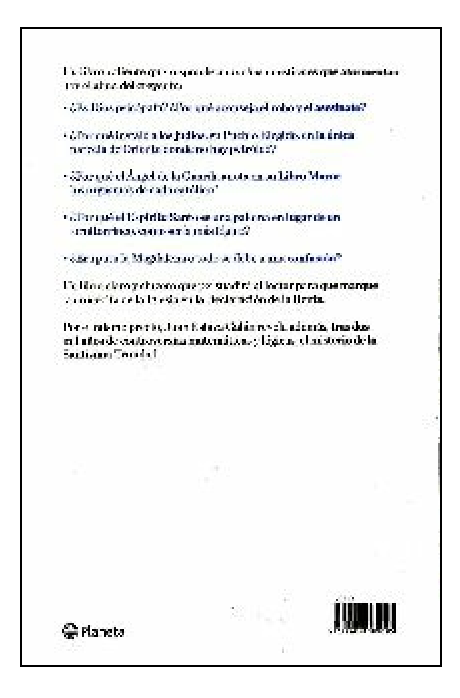
Juan Eslava Galán

EL CATOLICISMO EXPLICADO A LAS OVEJAS



Planeta



Planeta

JUAN ESLAVA GALÁN

EL CATOLICISMO EXPLICADO A LAS OVEJAS

Escaneado Y Ocr Ramlord

Planeta

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

NOTA: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights.*

Con todo, si no se ha conseguido las autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Ilustraciones del interior: Archivo del Autor, Archivo Planeta, Agencia EFE, © Rene-Gabriel Ojeda —Reunión des

Musées Nationaux, AISA, akg-images *Álbum,* © *Seamas Culligan* ZUMA/Corbis, © Bob Collier *Sygma* Corbis © PoodlesRock *CORBIS, Aisa* Corbis, Dr. John C. Trever, Ph. D. / Corbis

Primera edición: febrero de 2009

Depósito Legal: M. 612-2009

ISBN 978-84-08-08209-5

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.

Printed in Spain —Impreso en España

A mi querido amigo, paisano y tocayo, el eximio escritor Juan Rubio Fernández., sacerdote ejemplar, prez de la Iglesia, con amor filial en la comunión de Cristo

La verdad os liberará.

SAN JUAN EVANGELISTA, Jn 8, 32

...hacen un sermoncico cristiano que es un contento y un regalo oílle o léele..

MIGUEL DECERVANTES,

Don Quijote de la Mancha,

Parte I, Prólogo

La fe del creyente católico se basa únicamente en una «entrega ciega» que puede resumirse en una simple divisa, referida al Papa y al magisterio de la Iglesia: « *Totus tuus*» (que no significa en modo alguno «todos tontos», sino exactamente «todo tuyo»)...

JUAN LEITA, sacerdote jesuita,

Autopsia del nuevo catecismo católico,

Barcelona, Martínez Roca, 1993, p. 182

Introito

Como católico apostólico y romano vengo observando, con creciente desasosiego, que muchas ovejas de la grey cristiana abandonan su aprisco, prescinden del director espiritual, descuidan los sacramentos (incluso eluden la misa dominical y los ayunos y abstinencias) para limitarse a practicar un catolicismo tibio y acomodaticio o directamente no practican nada, engolfados como están en esta sociedad laica, secularizada y desnortada que adora al Becerro de Oro y corre irreflexivamente tras los placeres del mundo.

La verdad es que somos cristianos por pura rutina, por mero acomodo social, porque hemos nacido aquí, en la católica España, en la nación predilecta del Sagrado Corazón de Jesús y de la Inmaculada (dicho sea sin desmerecer al resto de la cristiandad). Precisamente por eso parece mentira que seamos tan dejados en la práctica de nuestros deberes religiosos. Somos católicos porque nos bautizan, porque hacemos la primera comunión, porque nos confirma el obispo (el cachetito que nos propina con su mano blanca, gordezuela y anillada), porque nos casa el cura (cada vez menos, ¡ay!), porque votamos a la derecha, porque escuchamos la emisora episcopal, porque nos divorciamos por la Iglesia (o sea, nos anulamos, he querido decir) y porque nos administra la extremaunción el capellán del hospital o el de la guardería de ancianos donde morimos. Somos católicos porque, en fin, nos dicen una misa de cuerpo presente que, ya finados y confinados en el ataúd, no podemos rehuir y, finalmente, un oficio de difuntos.

Eso es todo: un catolicismo pautado y rutinario, burocrático y registral.

¿Qué panorama contemplamos cuando examinamos la comunidad católica?

Vivimos como paganos, sólo preocupados por los placeres y por las comodidades, como si no existiera otra vida, como si no hubiera un Infierno para castigar al que no obedece los preceptos de la Santa Madre Iglesia y una Gloria para premiar a los corderos sumisos al Pastor.

El panorama no puede ser más desolador: abandono de las visitas al sagrario y del rezo del santo rosario en familia, sacramentos diferidos sine die, especialmente el de la penitencia, olvido del cumplimiento pascual, disminución de los óbolos y donaciones a la Iglesia, tibieza en el

cumplimiento de los deberes religiosos, aumento escandaloso del número de las bodas civiles (¡amancebamientos!); rupturas matrimoniales sin retratarse ante el Tribunal de la Rota, todo por ahorrarse esos mezquinos euros que vale una anulación como Dios manda; drástico recorte de las decenas de misas que antes se encargaban en sufragio de las ánimas del purgatorio...

— Bueno, yo no es que sea muy practicante, pero católico soy ¿eh? —dicen en las encuestas.

¿Católico?

¿Tú te llamas católico, desgraciado?

¿Qué sabes de los dogmas, qué de los misterios, qué de las Escrituras que son el fundamento de nuestra Santa Madre Iglesia?

Nada.

Nada de nada. Cuatro recuerdos desvaídos de la catequesis que te administró aquel cura sobón cuando tenías seis o siete años y pare usted de contar.

En los últimos decenios hemos asistido a la desaceleración de la Iglesia (nunca crisis). Hemos asistido a la dispersión de su rebaño; hemos asistido, lo que es peor, a la disminución de las vocaciones y a la deserción de un sinnúmero de pastores que captados por los cantos de sirena de la sociedad hedonista (el demonio en sus múltiples formas) ahorcaban los hábitos y abandonaban su sagrado ministerio para entregarse a los vicios que antes zaherían desde el púlpito y sólo practicaban (algunos) en la intimidad de sus conciencias. Ahora no. Desaparecidas las tonsuras, adoptados los atuendos seglares y las formas profanas salen al mundo con hambre atrasada de placeres, como berracos [1].

Creemos que la religión es cosa del pasado, de cuando Franco mandaba, de aquel tiempo añorado en que los cines y los bares cerraban en Viernes Santo y los guardias multaban a las parejas por besarse en el parque, de cuando la censura prohibía la publicación de libros desedificantes y mutilaba las películas para que no aparecieran besos en la boca ni achuchones.

¡Qué equivocados estamos! ¿Creemos que la escasez de milagros que padecemos significa que Dios se ha desentendido de su rebaño? ¡Craso error! Dios no envejece, ni afloja su sagrado dogal. Dios no descansa. Sigue ahí arriba, tan pimpante, vigilándonos estrechísimamente a través del agujero del

ozono, anotando puntualmente en su libro mayor los pecados de los que habremos de dar cuenta minuciosa en el Juicio Final.

Está escrito: «Mientras duren el Cielo y la Tierra, no dejará de estar vigente ni una coma ni un acento de la Ley sin que todo se cumpla» (Mt. 5, 18). Tomen nota los tibios, que el que avisa no es traidor.

Y otra advertencia hago: en este negocio las ovejas sumisas (o sea, los católicos observantes) nos salvamos, pero los que se apartan del redil se condenan para siempre jamás. ¿Que no me creen? Lean el Evangelio, palabra de Dios: «Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo." Entonces dirá también a los de la izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles"» (Mt. 25, 33-34 y 41).

O sea, de un lado, a la derecha del Padre, los católicos sumisos que obedecemos al mayoral (el Papa) y a sus gañanes (los integrantes la Conferencia Episcopal), los que sostenemos a la Iglesia con nuestro óbolo, ovejas camino de la salvación. Del otro lado, a la izquierda del Padre, el resto: cabritos destinados al Infierno, a la caldereta de Satanás.

Por los siglos de los siglos, ¿eh? Que no es broma y, repito, el que avisa no es traidor. En este apartado de los cabritos condenados van también, de una tacada, los que profesan otros cultos, aquí no cabe ecumenismo alguno, dejémonos de paños calientes. Hoy día, con la mundialización y los viajes papales a troche y moche retransmitidos por las cadenas de televisión hasta extremos francamente empalagantes, el mensaje católico llega a todas partes, como la Coca-Cola y el McDonald's. El que no se apunta es porque no quiere.

Algún timorato dirá: «Pero hay que resucitar las misiones, hay que reconquistar el espacio perdido, hay que frenar la desaceleración —nunca crisis— que hoy padece la Iglesia.»

No hay que preocuparse: tenemos a Dios con nosotros. La roca de Pedro aguanta impertérrita los embates de la tormenta. Ya amainará y el potente faro de Luz Divina que sostiene continuará iluminando el mundo, los verdes prados donde pastan mullida hierba sus ovejas.

¿Te preocupa, hermano, que crezca el número de cabritos? Son todos candidatos del Infierno. Más anchas estaremos las ovejas en el Cielo.

No se entienda, por ello, que soy insensible al estado del mundo. Nada de eso. Aquí está la prueba. Lleno de profundísima tristeza e inquietud, pero también con una pasión apologética y exegética que no negaré, he querido pergeñar estas páginas para que sirvan de luz o asidero a aquellos que, habiéndolas leído y meditado, se animen a enderezar sus pasos y regresar al redil como obedientes ovejas de la Iglesia.

La Iglesia católica apostólica y romana ha sido la luminaria del mundo, inspirada por Dios. Por eso no entiendo, aunque las acato, las flaquezas de Juan Pablo II o la de nuestro obispo Blázquez que piden perdón por supuestos errores cometidos por sus antecesores. Perdón por haberte quemado vivo, dicen; perdón por haberte encerrado en un lóbrego calabozo hasta que la humedad te deshizo los huesos; perdón por haberte obligado a emigrar y a vivir en el destierro; perdón por haberte perseguido, por haberte arruinado la vida, por haberte acojonado, perdón por haberte fusilado [2].

Perdón ¿a quién? Si el quemado, el encarcelado, el silenciado, el desterrado y el perseguido ya murieron hace siglos (el fusilado es más reciente, pero está igualmente muerto y bien muerto).

¿Perdón? ¿Qué mariconada es esa de pedir perdón, Su Santidad y monseñores?

Al burro muerto, la cebada al rabo. No lo dice la Biblia, pero es como si lo dijera.

¡No pidan perdón, Sus Santidades, que lo único que consiguen es que los católicos de a pie, gente sencilla y fácilmente embaucable como somos, nos llenemos de dudas, zozobremos en nuestra fe y perdamos la confianza esa tan ciega que tenemos depositada en la Iglesia! Ya sé que Sus Santidades piden perdón con la boca pequeña, que no sienten arrepentimiento alguno, que lo hacen por ser políticamente correctos, que intentan únicamente acomodarse a estos tiempos de tantos derechos del hombre, tanta igualdad de la mujer y tantas pamplinas.

Lo sé, pero, en cualquier caso, ¡no! Si el Sumo Pontífice es infalible y jamás yerra en cuestiones de fe, ¿qué trabajo le cuesta extender la infalibilidad a cuestiones de moral práctica? Declárese infalible y asunto arreglado. Todos contentos.

¿Quién le concedió al Papa la infalibilidad? Él mismo se la concedió, que por algo es el vicario de Dios en la Tierra. Pues nada más fácil que

extenderla a otras materias.

La Iglesia no tiene de qué avergonzarse. Sostenella y no enmendalla. La Iglesia debe asumir su pasado con gallardía, como sustenta las inmanentes verdades de su presente, y al que no le guste que ahueque el ala, que se busque la vida por otra parte y se haga neocatecúmeno de ágape dominical, allá él (o ella) con su conciencia. En lo que a mí respecta en este libro me propongo no aplicar paños calientes, llamar al pan, pan, y al vino, vino, sin mirar lo políticamente correcto, que ya está bien de pamplinas.

Debo advertir que no tengo conocimientos especiales de teología [3], aunque sí un *Catecismo* Ripalda con ampliaciones de Astete memorizados en la escuela y diversas lecturas de teólogos insignes cuyos conocimientos intentaré incorporar a mi dictado, citando siempre quién lo dice y qué dice, porque a cada cual lo suyo, a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga, que no por mucho tempranar amanece más madruga ni se hace mantequilla sin batir la leche, ni tortilla sin romper los huevos. Con eso y mi probada facilidad para la exégesis catequítica apologetizada y quizá alguna ayuda de Dios, creo que podré salir airoso en mi empeño.

También mencionaré, para refutarlos, textos de autores impíos y de historiadores hipercríticos que atacan el cristianismo y divulgan doctrinas perversas. Finalmente compondré un censo de herejías, con brevísimo comento de cada una de ellas, en evitación de que el lector desavisado pueda tomar por doctrina lo que es mera exposición de errores, que en ello toda discreción es poca.

Al pergeñar estas líneas no me mueve otro deseo que el de buscar la verdad. Con humildad y mansedumbre someto lo aquí expuesto al supremo magisterio de la Iglesia y al escrutinio de sus doctores. Si en algo yerro o me aparto de la verdad, desde ahora rectifico y donde digo digo estoy dispuesto a decir Diego. Como fiel hijo de la Iglesia comulgaré con ruedas de molino cuantas veces fuera necesario.

Aunque conozco el consejo de san Francisco de Quevedo: «Esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir» [4], prefiero seguir a san Juan («la verdad os liberará», Jn. 8, 32) antes que a san Quevedo, por más que sienta pareja veneración por entrambos.

Hoy los teólogos y los fieles reclaman una revisión de las fuentes del

cristianismo y los principios sobre los que se asientan sus creencias. Incluso existe una nueva hornada de teólogos laicos comprometidos con la verdad que escudriñan los textos y profundizan en ellos desde un punto de vista científico e histórico (véase Apéndice 4).

Los católicos no debemos temer el resultado de esas investigaciones que iluminan con luz vivísima y certera los fundamentos de nuestra fe. Ya sabemos que la religión es solamente un producto cultural nacido del terror primigenio de los primeros humanos, inermes ante una naturaleza hostil y misteriosa que no acertaban a comprender, pero esa certeza robustece nuestra fe. Si nuestros pastores se mantienen imperturbables en la verdad católica, no va a ser sólo porque viven de ella, ¿no es cierto?

«El miedo creó a los dioses» [5], sentencian algunos. Por su parte, los psicoanalistas alegan que «la religión proviene de una neurosis obsesiva relacionada con la psicosis alucinatoria» [6]. Muy cierto si lo aplicamos al batiburrillo de religiones existente en el mundo. Incierto si lo aplicamos al cristianismo, la única religión verdadera.

Las creencias religiosas han conformado civilizaciones, han configurado mitos, han definido identidades, han impulsado movimientos migratorios, han levantado imperios y han fundado naciones, pero sólo una religión, la cristiana católica, la nuestra, la genuina, ha generado la fórmula política, social, cultural e incluso económica de Occidente por espacio de dos milenios.

La figura de Jesucristo es, sin lugar a dudas (con Mahoma), la más influyente de la historia de la humanidad. Aún hoy la veneran más de dos mil millones de creyentes. Investigarla y analizarla desde la historia constituye una labor necesaria a la que se vienen aplicando, desde el siglo XIX, sucesivas generaciones de académicos. En estas páginas recurriremos a las obras de reputados estudiosos para arrojar luz sobre Jesús y su Iglesia. Con seriedad y diligencia, fuera paños calientes. Caiga quien caiga.

¿Qué documentos testimonian la presencia de Jesús en la Tierra?

El Nuevo Testamento, especialmente los Evangelios.

Algún descreído objetará: sí, pero los Evangelios son obras propagandísticas escritas con afán de apostolado en un momento en que la competencia entre cultos y creencias era muy intensa en el ámbito

mediterráneo y especialmente en la tierra de Israel.

Son, dirán otros, cuentos infantiles para calmar las angustias de los que no quieren enfrentarse con la dura certeza de que la vida termina con la muerte, que no hay prórrogas ni cuentos celestiales.

¡Los hipercríticos siempre con sus tiquismiquis!

Admitamos que los evangelistas tendieron las redes de su apostolado y en su afán por captar adeptos colmaron sus textos de milagros, apariciones, sucesos sorprendentes y otras fantasías conducentes a convencer a las gentes sencillas de que Dios los reclamaba para su balador rebaño.

¿Quiere esto decir que los Evangelios mienten?

Primero habría que definir mentira. En este mundo todo es relativo: ¿quién tiene la absoluta certeza de algo? Nadie. Un mismo suceso se percibe de manera distinta por cada uno de sus testigos. Uno dirá que el accidentado cruzaba la calle por el paso de cebra leyendo *Telva* cuando lo atropelló la Vespa; otro, que fue un ladrillo proveniente de la obra cercana; otro, que una gorda con un carrito de la compra repleto de hidratos de carbono. El guardia que levanta el atestado mordisquea el extremo del bolígrafo, pensativo, y no sabe a quién creer. ¿Dónde está entonces la verdad?

La verdad es una entelequia. Debemos enfrentarnos a los textos de las Escrituras con la fe de nuestra Iglesia en la seguridad de que nuestros pastores no nos van a engañar conduciéndonos a falsos pastizales. Ellos que sólo quieren el bienestar de sus ovejas son nuestros padres espirituales. ¿Acaso un padre quiere menos a su hijo porque le hable de la cigüeña que lo trajo de París, del Ratoncito Pérez que le deja un Geyperman debajo de la almohada junto al dientecito de leche desprendido, de los Reyes Magos que le traen a la niña su gabinete de la Señorita Pepis y la última versión de la muñeca Barbie, la que menstrua y usa Tampax o de su competidora Sasha la Conejita?

No, desde luego que no. Esos padres adoran a sus hijos y por lo tanto dejarán que la vida los despabile sobre el origen del hermanito que no trajo la cigüeña, sobre la inexistencia del Ratoncito Pérez y sobre la verdadera identidad de aquel retinto rey Baltasar impecune e indocumentado que no vino de Oriente en un camello sino del África subsahariana en un cayuco.

Nosotros, los católicos, somos como esos niños. Durante nuestra larga

infancia, dos milenios mal contados, nuestra Madre y Pastora nos ha relatado la historia de Jesús y de su Iglesia. Ya hemos crecido y podemos, sin escándalo, conocer la verdad. ¿Vamos por eso a querer menos a nuestra Madre? Desde luego que no. Seguramente la amaremos más y, desde el conocimiento de sus secretos, nos abandonaremos a ella aún más, como la amada que, vencida la última resistencia del virginal pudor, se entrega al amado con todos sus orificios abiertos de par en par y sea lo que Dios quiera [7].

En las páginas que siguen constataremos que el Jesús histórico, el devoto judío que sanó, exorcizó *y prodigio* por los caminos de Tierra Santa, guarda escasa relación con el Cristo ideado por san Pablo, el verdadero inventor del cristianismo. Vamos a comprobar que el primer siglo de cristianismo silencia la figura histórica de Jesús. Sólo muchos años después de su muerte se redactan escritos, a menudo contradictorios y plagados de fantasías, que narran su vida y milagros. En la Iglesia se impone la visión de san Pablo para el que Jesús, ahora llamado Jesucristo, es Dios mismo, la entidad que habita en el Reino de los Cielos, el Ser Supremo.

¿Se va entendiendo? Lo que quiero decir es que desde ahora, y en las páginas que siguen, distinguiremos entre Jesús (figura histórica) y Cristo (el Jesús versionado por san Pablo). Pablo habla de Cristo y apenas menciona a Jesús. El Jesús de carne y hueso, el que llevaba en sus sandalias el polvo de los caminos de Judea, de Samaria, de Galilea y el barro del lago Tiberíades le interesa poco o nada.

El profesor canadiense Earl Doherty lo ha expresado muy claramente: «Es necesario examinar el profundo silencio sobre el Jesús de Nazaret evangélico que encontramos a lo largo de casi cien años de la más primitiva correspondencia cristiana. Ni una sola vez Pablo, o sus contemporáneos, identifican su divino Cristo con el Jesús histórico.» [8]

Los académicos liberales creen que Jesús fue un «reformador social» y se preguntan, ¿cómo pudo derivar hasta transformarse en el Cristo cósmico?

Algunos autores, ya lo veremos, dudan de la existencia real de este Jesús apenas mencionado en los textos de escritores e historiadores de la época (Séneca, Petronio, Plutarco o Epicteto nada dicen de él). Los que lo mencionan (Flavio Josefo, Tácito, Suetonio...), lo hacen de pasada o en textos algo más extensos falsificados por copistas cristianos.

Fábulas, mentiras, falsificaciones... ¿sobre esos cimientos se fundamenta el cristianismo? Sí, admitámoslo, que dejará sin argumentos a los contumaces hipercríticos. ¿Que el cristianismo se basa en una sarta de mentiras y supercherías? Vale, es cierto, ¿qué pasa? Será todo mentira, pero, a pesar de ello, la Iglesia católica resiste incólume los embates del vendaval de la historia, los cataclismos de las edades que sepultan imperios y los condenan al olvido.

¿A qué se debe esa paradoja?

No existe paradoja alguna. Lo que permite que de esa ensalada de mentiras florezca una Iglesia siempre renovada es la firme mano de Dios que blande su nudosa y pastoril cayada para guiar a su balador rebaño, Dios nuestro pastor que lanza la certera pedrada de su castigo contra los que se descarrían.

Vamos a acercarnos sin reparos a los orígenes del cristianismo, vamos a indagar sobre el Jesús de carne y hueso que caminó descalzo, o con sucintas sandalias, por las polvorientas veredas de Tierra Santa. Vamos a comprobar, sin duelo ni sorpresa, que, a la luz de la ciencia, el cristianismo se nos revela como un potaje integrado por ingredientes de muy diverso origen: judaismo, cultos mistéricos, paganismo, gnosticismo...

Y a pesar de todo nuestra fe saldrá robustecida.

«Como historiador —escribe Robert W. Funk—, dudo si Jesús existió realmente o si es algo más que la fantasía de unas imaginaciones desatadas... No hay nada de Jesús de Nazaret que sepamos sin lugar a dudas. [...] Los redactores de los antiguos Evangelios estaban embriagados por la voluntad de creer, y nos manifiestan un Jesús que podría ser sólo el reflejo de nuestros más profundos anhelos:» [9]

Muchas personas nacidas y educadas en el seno de la santa Iglesia católica apostólica romana han perdido la fe y no asumen el sacrificio de la razón *(sacrificium intellectus)* [10] necesario para aceptar las verdades fundamentales del dogma que sus preceptores les inculcaron cuando eran niños: que existe Dios, que es a un tiempo Uno y Trino (o sea uno y tres, áteme esa mosca por el rabo), que cuando es tres se compone de Padre, Hijo y Espíritu Santo, que el Hijo, a su vez, presenta dos naturalezas, divina y humana, que ese Dios castigó una desobediencia de nuestros primeros padres (Adán y Eva) [11] con un pecado original, una tara de índole espiritual que se

transmite genéticamente, por así decirlo, a su progenie, o sea a la humanidad entera...

Ya lo sé: alguien objetará que parece un Dios muy injusto porque ¿qué culpa tengo yo de un pecado cometido por otra persona mucho antes de que yo naciera?

Bueno, el teólogo medieval san Anselmo lo explica de manera bastante satisfactoria: la ofensa hecha a Dios por Adán y Eva fue infinita, nada menos que robarle una pieza de fruta.

Ahí es nada: ¡le robaron al Creador una pieza de fruta!

¿Cabe imaginar unos sujetos más desaprensivos? ¿Cabe imaginar, queridísimos hermanos en Cristo, un pecado más horrendo?

La culpa por haber cometido tamaño delito no puede purgarla una sola persona humana [12], esa simple sabandija, ese montoncito repugnante de nervios, humores, carne y huesos. Hace falta un limpiador más potente: un limpiador que tenga esencia divina. Y ¿qué limpiador es ése? Jesús, el hijo de Dios, carne de su carne, su propia carne (recordemos: la Trinidad). Y ¿cómo debe morir ese Hijo sacrificial? No de una muerte sencilla y rápida, como la que se aplica a los conejos: su muerte tiene que estar también proporcionada a la gravísima ofensa, tiene que ser terrible. Y ¿cuál es la muerte más terrible? La respuesta la conocemos todos, pero refrescaremos la memoria de los ciegos que no quieren ver y de los lectores logsetomizados que adolezcan de vastas carencias culturales: la crucifixión.

Ya sé que algún lector pusilánime se preguntará: ¿es posible que Dios consintiera una putada de ese calibre en su Hijo que es Él mismo? Eso parece. Y no se piense, no, que la decisión la tomó en caliente, ofuscado por la ofensa. Tuvo el tiempo de muchas generaciones para pensárselo, concretamente unos cuatro mil años que es el espacio que media (según la Biblia) entre Adán, el pecador, y Jesús, el expiador del pecado. Tampoco fue este asunto un secreto que Dios guardara para su conciencia. Se lo comunicó a sus profetas para que lo divulgaran, por lo menos a Isaías, que anuncia: «El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento y entregar su vida como expiación» (Is. 53, 3-7).

«Un Dios —objeta el teólogo católico Juan José Tamayo— violento, vengativo, sin entrañas, más sanguinario que Moloc, que exigía el sacrificio de niños para aplacar su ira y conseguir sus favores; un Dios no sólo

impasible e insensible a los sufrimientos humanos, sino causante de ellos; un Dios que necesita el derramamiento de la sangre de su Hijo, hasta la última gota, para sentirse rehabilitado en su honor herido.» [13]

¿Cómo aceptar un Dios tan extremadamente cruel, tan sanguinario, tan incapaz de piedad, un ogro sediento de venganza que no se detiene ante nada?

Para explicarlo, la Iglesia esgrime un argumento infalible: los designios de Dios son inescrutables. ¿Quién eres tú, miserable sabandija, saco de mierda, mísero mortal, para cuestionar los designios de Dios? Si Él te ha declarado pecador por una falta que cometieron tus antepasados Adán y Eva, acéptalo a puño cerrado, con la fe del carbonero, y avergüénzate de ello.

La fe. ¿En qué consiste la fe? Muy sencillo: «La fe es creer en lo que sabemos que no existe», como dice san Mark Twain.

Te puede parecer, lo sé, desde la falible perspectiva humana, que es injusto que los hijos paguen por los pecados de los padres, pero la Biblia es taxativa en ese sentido. La palabra de Dios precisa: «Soy el Dios que hace caer la iniquidad de los padres sobre los hijos y los nietos hasta la cuarta generación» (Ex. 34, 7). Algún descreído podría objetar que también dice: «Los padres no morirán por culpa de los hijos, ni los hijos por culpa de los padres. Que cada uno sea condenado por su propio pecado» (Dt. 24,16) y más adelante: «Ya no diréis vuestro proverbio: los padres han comido uva verde y sus hijos han sufrido dentera. Pues cada uno morirá por su propio pecado. El que haya comido uva verde es el único que sufrirá dentera» (Jr. 31, 30) [14]. Lo malo es que el propio Jeremías se contradice casi en la misma página: «Señor, Tú que concedes misericordia a miles de miles, y haces pagar la iniquidad de los padres a sus hijos tras ellos» (Jr. 32, 18).

Una buena empanada, ¿eh? Eso te pasa por pensar, por intentar penetrar en los designios de Dios.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero con ese ramillete basta.

¿En qué quedamos?, se preguntará el perplejo lector. Es evidente que Dios sostiene en el Libro Santo una cosa y también su contraria. En este sentido Dios es como el refranero: «Haz bien y no mires a quién» se contradice con «quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro».

¿Qué profunda enseñanza se deduce del Libro Santo? ¿Qué intríngulis

se oculta ante esas aparentes necedades? Que la verdad y la justicia son relativas. Que una cosa es buena o mala dependiendo de la ocasión y de la conveniencia de la Iglesia, la única representante de Dios en la Tierra, la única legitimada para interpretar sus Escrituras. La Iglesia interpreta la palabra divina y nos guía por los complejos vericuetos de la Revelación. La oveja ignora, y no tiene por qué saber, los motivos del pastor y eso es lo que somos los católicos, ovejitas de la Iglesia, que nos cuida, que nos apacienta, que nos guía a los pastos más tiernos y más sabrosos, que nos libera de las zozobras de la vida ¿Y a cambio de qué? Prácticamente por puro altruismo, sólo a cambio de esquilarnos y de ordeñarnos [15].

La Fe, así, escrita con mayúscula, ése es el piloto automático que nos lleva a buen puerto, el abandono en las manos de Dios, la ciega obediencia de sus preceptos (impartidos por la Iglesia, su mediadora y capataz en la Tierra). ¿Tuvo algún reparo Abraham cuando Dios le pidió que sacrificara a su único hijo? En absoluto. Ni siquiera le pidió que se identificara.

Como hemos visto, Dios puede ser infinitamente justo, incluso excederse en esa justicia (desde la chata apreciación humana, claro), pero también es infinitamente misericordioso. Ese Dios se apiada de la humanidad encenagada en el pecado (original) y para limpiarnos la horrible mancha que arrastramos desde la cuna, qué digo, desde el vientre de nuestra madre, desde el mismo momento de la concepción, cuando somos solamente un espermatozoide que se ha unido a un óvulo después de que sus respectivos emisores efectúen un coito o casquete, ese Dios misericordioso, digo, para redimirnos del pecado original, nos envía a la Tierra nada menos que a su Hijo (la segunda persona de la Trinidad, o sea sustancia de Él mismo). Ese vástago que nació hace dos milenios en Galilea, Israel, en el seno de una familia judía, hijo de una ama de casa y de un artesano carpintero [16].

Reflexionemos: ¡Dios mismo hecho hombre, de carne y hueso como nosotros, un hombre que come, duerme, ronca, orina y defeca (incluso ventosea como nosotros, ¿por qué no?), ese hombre que, como nosotros, ríe cuando está alegre; que, como nosotros, padece cuando está triste, que sangra por sus heridas, que suda en verano, que tirita cuando siente frío, que estornuda, que tose, que sufre tentaciones del Maligno como nosotros, que se complace cuando una chica escultural le masajea los pies (con el gustito que eso da) después de bañárselos de perfume del caro, mientras Él le contempla el canalillo desde su privilegiada posición cenital [17]. No se me escandalicen

los pacatos. ¿Por qué no? Lo que se han de comer los gusanos dejad que lo disfruten los cristianos.

¿Y para qué ha enviado Dios a ese Hijo suyo, o sea, Él mismo, a la Tierra? Para redimir a la humanidad. Para librarla del pecado original. ¡A ver si no es inmensamente misericordioso ese Dios severo precisamente por ser inmensamente justo! Y nos envía a su Hijo, carne de su carne podemos decir (desde nuestra perspectiva terrenal) para que padezca una muerte ignominiosa, azotado, escupido, pellizcado, escarnecido, clavado en un madero, coronado de espinas, alanceado...

Recia manera de tratar a un hijo, puede pensar algún lector [18]. Sí, pero Dios sabe por qué lo hace, porque es necesario que el Hijo padezca ese calvario, nunca mejor dicho, para lavar con sangre el castigo que el Padre (que es a la vez el propio Hijo, insisto) le ha impuesto a la humanidad. Hubiera sido más fácil decir simplemente: «Bueno, le levanto el castigo a la humanidad, la perdono y pelillos a la mar. A partir de ahora los humanos ya no nacerán lastrados con el pecado original.» ¿Estaba eso en las manos de Dios? Por supuesto, ya hemos dicho que es omnipotente. Pero Dios sabe por qué hace las cosas y nuestra limitada inteligencia humana no alcanza a comprender muchos de sus inescrutables designios, entre ellos, obviamente, éste. El caso es que permite que torturen y crucifiquen a su Hijo (o sea a Él mismo) y, de este modo, lava con su sangre nuestro pecado.

Alguien podría aducir: me está pareciendo que ese Dios es algo sádico o incluso sadomasoquista (dado que el sujeto escarnecido, lacerado, azotado y crucificado es Él mismo). Nuevamente estamos intentando penetrar con la limitada inteligencia humana, apenas mayor que la de una ameba, la inconmensurable inteligencia divina. No lo intentemos, que sería un pecado de soberbia, el mismo que lanzó a los ángeles caídos al Averno. Lo del pecado original es dogma de fe, ¿no? Pues creámoslo y basta. Como debemos creer que Dios, en seguimiento de ese plan salvífico, permite que ese Hijo nazca de una mujer que es Virgen antes del parto, durante el parto y después del parto (aunque esto no significa que la copulación matrimonial no sea santa, ya que el propio Dios la ha autorizado y la ha diseñado en la naturaleza de machos y hembras, en la perfecta complementariedad de sus respectivos órganos sexuales) [19].

¿Qué necesidad hay de estas precisiones, de que un niño nazca de una virgen? ¿No podría haber nacido Jesús simplemente de una mujer, como todo

el mundo, rompiendo al salir el himen de la madre, caso de que el aparato sexual o vulva de la señora presentase un himen complaciente no desgarrado en la experiencia copulatoria previa (aunque en este caso no la hubo, sino que la preñez se produjo por una inseminación angélica). Nuevamente Dios sabe por qué lo hace y nuestra inteligencia de protozoo no lo abarca [20]. También ha permitido Dios que esa mujer, aunque nacida de coyunda normal, entre un hombre, san Joaquín, y una mujer, santa Ana (a los que aparentemente se les había pasado el arroz), sea, sin embargo, la excepción y no nazca lastrada con el pecado original como todo hijo de vecino. Porque pudo y convino, luego hubo [21], Dios hace que su Hijo (que es Él mismo, advierto, y perdonen mi insistencia) ejecutado en la cruz, muerto y bien muerto, sin ningún género de dudas, en el drama del Gólgota, ante testigos, resucite al tercer día y después de zanjar sus asuntos terrenales (unas cuantas apariciones espectaculares) y dejar el terreno abonado para la Iglesia, ascienda a los cielos (la Ascensión) y se siente a la derecha del Padre (de Dios Padre).

A los hipercríticos todo esto les parece un cuento chino. Allá ellos si se desentienden del alma que tienen que salvar. Servidor se adscribe al «creo porque es absurdo», *credo quia absurdum*, de Tertuliano [22].

Dios, en su infinita bondad y misericordia, no sólo nos ha librado colectivamente del pecado original que Él mismo nos había impuesto, sino que, saliendo al paso de nuestra angustia ante lo que hay más allá de la muerte, nos ha preparado una vida ultraterrena en la que el alma del difunto será juzgada por Él, sea en persona o por delegación (aquí un recuerdo emocionado para el arcángel san Miguel, el que pesa las almas en la balanza) y recompensada con la Gloria o castigada con el Infierno. Asimismo ha preparado una brillante consumación de los tiempos, digno broche final de su compromiso con la humanidad: un apoteósico día del Juicio Final en el que resucitaremos todos los humanos nacidos desde el principio de los tiempos (desde los homínidos de Atapuerca [23] hasta los últimos nacidos antes del fin del mundo) con nuestros cuerpos de carne y hueso, implantes dentales excluidos, para comparecer ante el tribunal divino para el Juicio Final.

Ya sé que todas estas precisiones no dejan de suscitar dudas en nuestro espíritu, ya sé que parece una mitología disparatada, que desafía la inteligencia de un niño de diez años o menor aún, cuando se deja de creer en los Reyes Magos de Oriente y en que los niños vienen de París; lo sé, pero la grandeza del mensaje cristiano reside precisamente en mantener estos

dogmas como verdades a las que nos obliga la fe. ¿La razón lo rechaza? Pues doblega tu razón y acepta que todo eso es cierto. Es el fundamento de tu religión. ¡Nada menos! Y con la fe no se juega. Recuerda: «Quien no se hace como un niño no entrará en el Reino de los Cielos» (Mt. 18, 1-5).



CAPÍTULO 1

Donde se demuestra la existencia de Dios y se refutan los extravíos del ateísmo

Las tres preguntas que los humanos nos hacemos en cuanto alcanzamos uso de razón son: ¿De dónde venimos? ¿Qué hacemos aquí? ¿Adonde vamos? [24]

Sólo Dios lo sabe, terrícola.

Me imagino las angustias de tantos contemporáneos nuestros: ¿hay Dios?, ¿no lo hay?, ¿en qué creer?

Un hombre va por un camino y encuentra en el suelo un Rolex de oro extraviado. Ignoramos cómo ha llegado allí, pero constatamos que se trata de un trabajo fino y complejo, lleno de engranajes y manecillas: una complicada maquinaria ideada con un propósito determinado: marcar la hora y el día de la semana y del mes (en este caso concreto el reloj dispone de calendario).

De la mera existencia del reloj se deduce la existencia del relojero que lo hizo. Eso es tan evidente que no admite discusión alguna.

Pues bien, la naturaleza es como ese reloj: perfecta y compleja. Por lo tanto tiene que existir un relojero que la ha diseñado, en este caso un *naturero*. Y yo os pregunto ¿quién es el *naturero* que ha diseñado la naturaleza?

La respuesta es obvia: Dios. ¿Quién si no?

Dios. La causa primera.

Este sencillo argumento del teólogo Pailey explicaba satisfactoriamente en 1802 la existencia de Dios a la gente corriente [25]. Luego llegó Charles Darwin con su libro *El origen de las especies* (1859) y en mala hora divulgó su teoría de la evolución: que el diseño de los seres vivientes se debe a mutaciones accidentales (que van adaptando cada especie a su medio) y al proceso de selección natural, en el que sobreviven las mutaciones más

adaptadas. Para Darwin y sus secuaces los organismos primitivos, al principio simplísimos, evolucionaron a lo largo de millones de años hasta producir las actuales especies, así que los científicos actuales creen solamente en la naturaleza.

Resultado: Dios ha quedado sin demostración, más bien como materia de fe.

En la polémica entre creacionistas y evolucionistas, como en todo en la vida, hay que tomar partido. Nosotros lo haremos siempre a favor de los creacionistas [26]. Ya sé que no tenemos pruebas mientras que la parte contraria las tiene todas, pero precisamente por eso tenemos que depositar nuestra fe ciega en los designios divinos.



El Papa Ratzinger escenifica, en solitario, su entrada en el antiguo campo de exterminio alemán de Auschwitz.

La fe. Eso vale más que todas las pruebas.

Algún descreído objetará: «Si existe Dios y es infinitamente sabio e infinitamente justo, si es misericordioso y se apiada de sus criaturas, ¿por qué nacen niños tarados, ciegos, sordos, parapléjicos? [27]

¿Por qué reparte tan gratuitamente la desgracia?

¿Dónde está la piedad de Dios?

En su visita al campo de exterminio de Auschwitz, el 28 de mayo de 2006, el Papa Ratzinger se preguntaba, emocionado y retórico, ante los periodistas y fotógrafos pendientes de su reacción: «¿Por qué, Señor, callaste? ¿Por qué toleraste todo esto? ¿Dónde estaba Dios en esos días? [28] ¿Por qué permaneció callado? ¿Cómo pudo tolerar este exceso, este triunfo del mal?»

El Santo Padre, que sabe de Dios más que nadie, podía haber aventurado las respuestas a esas preguntas, pero dio por terminada prematuramente la rueda de prensa, quizá para que nosotros mismos encontrásemos la respuesta luminosa: «Ten fe, y no te metas en más dibujos.»

¿Y qué me dicen del Infierno? ¿Qué me dicen de la aparentemente flagrante injusticia de condenar eternamente a un ser por un solo pecado, el consabido pecador que sale de una casa de lenocinio, cumplido el placentero expediente del casquete sabático, cuando, por la voluntad inapelable de Dios («ni una hoja se mueve sin su consentimiento»), se desprende una cornisa y lo aplasta con derramamiento de masa encefálica. El desventurado va al Infierno por los siglos de los siglos, por toda la eternidad [29].

La respuesta es obvia: ¿no será que no existe Dios, Su Santidad? ¿No será que nos lo hemos inventado por pura conveniencia, porque nos aterra el abismo de silencio y de nada que nos espera detrás de la puerta de la muerte?

Ese pensamiento nos asalta, producto del Maligno que no duerme [30], que continuamente maquina nuestra caída en la desesperación, en lo que el místico san Juan de la Cruz llamó «la noche oscura del alma».

Sólo la fe nos salvará de esa noche oscura que a veces nos aflige a los creyentes, a todos. Si incluso Jesús en la cruz dudó y murió desesperado (o sea desesperanzado, sin esperanza): «¡Padre, Padre!, ¿por qué me has abandonado?»

Si le ocurrió a Jesús, ¿no nos va a ocurrir a los simples mortales, a Pascal, a Camus, a Unamuno y hasta a Teresa de Calcuta? [31] Algunos aceptan el riesgo de llevarse una sorpresa en la otra vida cuando comparezcan ante ese Dios en el que no creían. ¡Demasiado tarde para lamentarte, amigo! ¿Qué le dirás ahora a ese Dios que te mira ceñudo, pues se ofende fácilmente? [32]

Es el eterno conflicto entre la fe y la razón. Es el Maligno insidioso que no duerme, que no cesa, que nos pone zancadillas, que nos tienta con la duda. ¿Qué hacer?

Si la razón nos dicta a veces que Dios no existe, ¡desterrémosla!, rechacémosla como tentación del Maligno, abracemos lo irracional, lo trascendente, lo indemostrable, precisamente porque es indemostrable, abracemos a Dios y pazcamos en los prados que nos propone la Iglesia como

obedientes ovejas, ¡beeee!, sin meternos en mayores dibujos. Doctores tiene la Iglesia.

CAPÍTULO 2

La Biblia y el Dios de Israel (יהוה, Yhvh, Yahvé o Jehová)

La Biblia es un conjunto de escritos de extensión variable: algunos ocupan hasta cincuenta páginas; el más corto, solamente un folio. Los escribieron entre los años —900 y —100 [33]. La autoría de la Biblia es irrelevante: sus autores, unos cuarenta se calcula, fueron meros amanuenses de los que se sirvió Dios para transmitir su Palabra.

La Biblia es la guía y el fundamento de la religión judía o mosaica, de la que han derivado otras dos: el cristianismo y el islamismo, cada uno de ellos subdividido, a su vez, en distintas sectas, la más importante de las cuales es el catolicismo, la verdadera religión, la nuestra.

A pesar de ello, la Biblia tiene sus detractores. «No es sistemáticamente mala —advierte uno—, sino lisa y llanamente extraña, como podía esperarse de una antología caóticamente improvisada de documentos inconexos, compuesta, revisada, traducida, distorsionada y *mejorada* durante nueve siglos por cientos de autores, editores y copistas anónimos desconocidos entre nosotros y principalmente desconocidos entre ellos.» [34]

Otros arremeten con la misma irresponsable ceguera contra el monoteísmo que estas religiones entrañan. «El gran mal de nuestra cultura —escribe Gore Vidal— es el monoteísmo. Surgidas de la bárbara Edad del Bronce, conocida como Antiguo Testamento, han evolucionado tres religiones inhumanas: el judaísmo, el cristianismo y el islam. Son religiones con dioses en el Cielo. Son, literalmente, patriarcales —Dios es el Padre Omnipotente— y de ahí el aborrecimiento de las mujeres durante dos mil años en aquellos países afligidos por el Dios celestial y sus terrestres delegados masculinos.»

A primera vista un lector poco avisado puede dudar de que lo que la Biblia contiene sea la Palabra de Dios porque los textos están plagados de errores, malentendidos, contradicciones, engaños manifiestos y tergiversaciones, y de historias increíbles como la de Jonás tragado por la

ballena y devuelto a tierra sano y salvo, o la de la burra de Balaam que habla...

Historias absolutamente increíbles, paparruchas, cuentos chinos...

¡Ahí radica precisamente la fuerza de nuestra fe, en creer que es la Palabra de Dios a pesar de las enormidades que nos cuenta! Probablemente las ha puesto Dios mismo para probarnos, porque es muy suspicaz y algo puñetero, aunque, en conjunto, como probaremos, no mala persona. Un buenazo.

Algunos libros de la Biblia están escritos en hebreo, otros en arameo y otros en griego, dependiendo de la época en que se compusieron. San Jerónimo los tradujo al latín hacia el año 405 (con algunos errores de bulto, por cierto) [35] y ése es el canon oficial de la Iglesia que llamamos Vulgata («vulgar», en latín).

Los judíos tienen su propia lista de libros revelados y los católicos tenemos la nuestra. En el Antiguo Testamento casi coinciden las dos listas, pero nosotros añadimos, además, el Nuevo Testamento, base de la Revelación cristiana [36].

El Antiguo Testamento precisa cómo es Dios [37], cómo creó el mundo [38] y narra la historia de Israel, el pueblo elegido al que Dios prometió entregarle una tierra fértil, Canaán, a cambio de que los judíos le sirvieran de felpudo, lo obedecieran y lo honraran por los siglos de los siglos [39].

El Nuevo Testamento refiere la vida de Jesús, su muerte, su Resurrección y los primeros pasos de las comunidades cristianas.

Intentemos aclarar un poco este aparente embrollo. La clave está en Moisés, un señor al que Dios se le apareció en el monte Sinaí, sobre una zarza que ardía sin quemarse (su legendaria maestría con los efectos especiales) y le anunció que designaba a Israel su pueblo escogido, y le prometía una tierra propia.

Si lo adoraban, claro.

—Pero Señor —objetó Moisés—. Si somos la más pequeña de las naciones y estamos rodeados de superpotencias feroces y abusonas: Egipto por un lado, Mesopotamia por otro, los babilonios, los asirios, los hititas, los amorreos, los gonorreos, los pitorreos...

—Tú tranquilo, que si me obedecéis y me adoráis yo quebrantaré la columna vertebral de esos matones y una pedrada del menor de los hijos de Israel derribará al gigante [40].

—Vale, Señor, yo voy a transmitir el recado y haré lo posible por convencer a ese pueblo duro de cerviz, pero tú procura cumplir con tu parte y no se te ocurra dejarme con el culo al aire, que rompo la baraja.

—Esos tiempos ya pasaron, desgraciadamente para vosotros —respondió Yahvé [41].

Moisés aceptó en nombre de su pueblo y Yahvé, con su propio dedo, grabó las tablas de la Ley, el código básico por el que Israel se iba a regir en lo sucesivo.

Hasta aquí todo parece verosímil, si salvamos la parte relativa a Dios, que es siempre un misterio. Pero ahora viene lo que, para la razón humana, es de todo punto inverosímil e inadmisible.

Moisés desciende del Sinaí y se encuentra al pueblo adorando un becerro de oro (¿el buey Apis, quizá?) que se han fabricado en su ausencia con las joyas de las mujeres de Israel. Monta en cólera, y rompe contra un peñasco las Tablas de la Ley que Dios le acaba de entregar.

Como elemento dramático está bien, pero si aplicamos un poco de sentido común resulta inaceptable. Veamos: es de todo punto increíble que las mujeres cedieran por las buenas sus pulseras, medallas, cadenas, anillos, ajorcas, zarcillos, colgantes, joyas y preseas. Imaginemos al pirado visionario que tuvo la idea. Llega a una choza, pregunta por el ama de casa titular y le dice:

—Buenas: que venía a recoger sus joyas para el Becerro de Oro.

—¿Cómo a recoger mis joyas? —se extraña la interpelada.

—Sí, los oros, los anillos y todo eso —precisa el hombre—. Es para fundirlos y hacer el Becerro de Oro.

—¿El becerro? —pregunta ella escamada—. ¿Qué becerro?

—El Becerro de Oro que vamos a fabricar para adorarlo. Soy el ecónomo de la cofradía.

—¡Te quieres ir ya! —responde la señora airada—. ¡Que dé sus joyas tu madre! Si queréis adorar un becerro, lo hacéis de madera y le dais una mano

de purpurina.

—No es lo mismo.

—¿Cómo que no es lo mismo? Lo que importa es la devoción. Yo mis joyas no las suelto, así que corta y navega. Búscate la vida en otro sitio y no importunes que tengo faena.

En esos momentos llega Moisés y dice: «Que vengo de hablar con Yahvé y dice que Él no necesita imagen alguna sino la devoción interiorizada y observar unos cuantos mandamientos, tampoco muchos.»

No le costó nada convencer al elemento femenino y las mujeres, persuasivas como son, convencieron a los maridos. Esto rebaja considerablemente el dramatismo de la narración, lo sé, pero recurrir continuamente al *deus et machina* como hace la Biblia es, a la larga, contraproducente. Llegará el día en que la gente no se crea nada. Sea como fuere, el pueblo de Israel acepta a Yahvé, el exigente y excluyente Dios único que ahora disfrutamos.

Ahora viene el conflicto. Los pueblos de su entorno adoran a varios dioses, a veces a docenas de ellos que conviven pacíficamente en el Cielo, en régimen monárquico unas veces y cooperativista autogestionario otras. Y tienen imágenes de esos dioses, unas veces, feos; otras, guapos, incluso diosas con las tetitas al aire, caderas rotundas y unos montes de Venus y unos pubis mollares tan suculentos como un lebrillo de lechazo aromatizado con tomillo, cebollitas y miel silvestre.

El Dios único de Israel advierte seriamente a su pueblo que no se les ocurra representarlo (ninguna imagen haría justicia a su Inmensidad) [42].

Los pueblos del entorno representan a sus dioses con ídolos, cada uno con sus atributos, se postran ante ellos, les ofrecen sacrificios, a veces los lavan y todo [43].

Todos los pueblos del entorno tienen reyes.

Israel tardará dos siglos en tener reyes: mientras tanto tuvo jueces (incluso una jueza), el rey era Dios mismo (teocracia), y el juez de turno juzgaba en su nombre [44].

Desde entonces los pueblos seguidores de la Biblia, y después del cristianismo (que procede también de ella al fin y al cabo), han tenido que

resolver el conflicto entre poder terrenal y poder divino. Moisés descubrió que «la sacralización de un conjunto de principios éticos es una extraordinaria fuente de poder» [45].

La moderna crítica pone en duda lo del pacto de Dios con Israel simplemente porque del estudio profundo de la Biblia se deduce que los judíos participaban de las creencias religiosas de los pueblos de su entorno: fueron politeístas, practicaron la prostitución sagrada [46], adoraron piedras y más tarde ídolos (del Baal local, el genio del entorno) [47] y practicaron sacrificios humanos [48].

Incluso el monoteísmo (que siempre, incluso hoy, ha ocultado en su seno un politeísmo latente), lo copiaron los hebreos de Egipto en tiempos de Moisés, con todos los fundamentos de la religión mosaica, arca de la Alianza incluida. «El Génesis es sólo un banal plagio de los poemas asiriobabilónicos anteriores, relativos a las leyendas de la creación del mundo. El pueblo judío deportado masivamente a Babilonia asimiló estas tradiciones y se las apropió, presentándolas como una revelación recibida por Moisés.» [49]

Las investigaciones de la ciencia positivista prueban, sin lugar a dudas, el origen histórico de la religión mosaica, y que ésta se formó copiando mitos de otros pueblos más cultos o más antiguos. Desgraciadamente esas investigaciones excluyen la Revelación divina del Dios de Israel, Yahvé.

¿Va a resultar que nuestra religión, la verdadera, se fundamenta en cultos idolátricos y falsos?

Tranquilícese el católico. Que el Dios de Israel resulte uno más de tantos y, para mayor escarnio, ni siquiera original, sino mero plagio, no nos debería preocupar, en principio, a los católicos: allá los judíos con su problema. Lo malo es que ese Dios, Yahvé, es también el fundamento último de la religión cristiana. Dicho de otro modo: el Dios de los judíos, Yahvé, es el nuestro. Lo que pasa es que los judíos no reconocieron a Jesús como su Hijo ni al Espíritu Santo.

O sea, la ciencia positivista ha demostrado que lo de la Revelación es un cuento chino, y nos ha jorobado a todos, judíos y cristianos por igual. ¿Qué podemos oponer los creyentes (o crédulos), cuando la ciencia positivista nos desarma y nos demuestra, sin posible réplica, que la Revelación es un mito cuyo origen histórico se ha probado documentalmente?

¿Tiramos la toalla, amadísimos hermanos, reconocemos lo evidente?

¡Jamás! Eso nunca: podemos y debemos oponer nuestra fe. La fe mueve montañas, como es sabido, y ellos, los positivistas, nunca podrán arrebatárnosla porque nuestra fe, al no basarse en la inteligencia ni en el raciocinio, ni en la arqueología ni en la historia, ni en la investigación sobre los textos sagrados (las armas más aviesas de los positivistas), queda a salvo, más allá de su alcance.

Que ladren, que gruñan, que argumenten. Nosotros a lo nuestro, obedientes tras los pasos de los pastores que piensan por nosotros y nos conducen a los frescos y nutritivos pastos de ese Cielo que aguarda a la oveja católica cuando traspasa las últimas cumbres de este Valle de Lágrimas.

Ya sé que los positivistas, aliados a los hipercríticos, pretenden desautorizar a la Biblia desenterrando huesos y fósiles y demostrando que la humanidad y la Tierra son mucho más antiguas de lo calculado. ¿Acaso no pudo Dios paralelamente a la creación de Adán y Eva, como muestra la Biblia, insuflar vida en un homínido y después una inteligencia progresiva hasta hacerlo *Homo sapiens sapiens* No sólo pudo sino que probablemente lo hizo.

Dios creó el universo en siete días y al séptimo, que caía en sábado, descansó. Quizá os preguntéis si en los primeros seis días creó el mundo y el séptimo descansó, ¿qué hizo el octavo día? De la propia enunciación del relato se desprende que ni crear ni descansar, pero entonces, ¿qué? La Biblia está llena de lagunas que angustian al creyente. Intentaremos colmar algunas con un poco de buena voluntad. La Biblia no dice qué ha hecho Dios desde entonces aparte de vigilar la conducta de los humanos, especialmente la del pueblo judío, su ojito derecho. Poco trabajo para una persona tan inquieta y activa, reconozcámoslo, mucho más si esa persona es, en realidad, Tres (la Trinidad).

Es evidente que Dios siguió experimentando y creó al homínido, al hombre de Olduvai, a Lucy, a los atapuercos y a todos los demás. En un momento dado pensó que se había pasado con los dinosaurios, con aquellos corpachones que engullían media selva de una sentada y soltaban unas cagadas ácidas de tonelada y media, y los eliminó para sustituirlos por unos bichos de tamaño más manejable, de elefante para abajo [50].

Este simple razonamiento desarma a los incrédulos que intentan

desautorizar el Libro Santo.

La lectura de la Biblia se presta a distintas interpretaciones que han originado una rica variedad de confesiones religiosas. Todas son tolerables, pero la buena, la única aceptable, la única respetable, es la católica apostólica romana. Todas las demás están erradas: son los hermanos separados de los que la Iglesia espera, con paciencia, que un día regresen al redil de la verdadera religión para recibirlos con los brazos abiertos como el hijo pródigo del Evangelio, como la oveja perdida del rebaño.

CAPÍTULO 3

Aspecto, características y gustos de Dios Padre

Sabemos que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¡Ojo! No se me inquieten las feministas: en este contexto bíblico la palabra *hombre* se refiere a humanidad, a hombres y mujeres. Si lo creó «a su imagen y semejanza», ¿qué aspecto tendrá Dios, el de un hombre, el de una mujer o (asusta pensarlo) el de un andrógino indefinido?

Para eso está la teología, la ciencia de lo divino, para aclarar las dudas. Es sabido que Dios, el Dios nuestro de toda la vida, el Yahvé de la Biblia, se desarrolla en un contexto tribal decididamente machista. Por lo tanto nos lo presentan como un hombre barbado y un poco alopécico, el típico macho alfa, pero eso no quiere decir que no tenga también una vertiente femenina. En realidad, como la psicología señala, no existen machos ni hembras puros, sino que cada sexo engloba aspectos del otro, en mayor o menor medida (lo que explica la existencia de hombres afeminados y de mujeres hombrunas).

Esto aceptado, vayamos a la pregunta esencial: *¿y* cómo es Él, y a qué dedica el tiempo libre? [51]

Bueno, si nos orientamos por la iconografía, tan repetida en estampas piadosas y en los retablos de las iglesias (casi siempre en el remate del retablo, junto al techo), Dios es bastante parecido a ese viejecito en camisón que luce barba y pelo canosos y una coquetuela peineta triangular en la cabeza [52]. Pero ese aspecto bonachón engaña. Si echamos mano de la Biblia nos encontramos con un individuo bastante suspicaz, picajoso incluso, y algo maniático (lo que quizá se disculpa debido a su avanzada edad). Cuando se enfada puede ser terrible, ya rondando los límites de la sicopatía, aunque sin entrar jamás en la esquizofrenia. En alguna ocasión ha decretado una devastación total del género humano (el Diluvio) [53] o la destrucción parcial, cuasi atómica, de alguna o algunas ciudades (la operación *Tormenta de fuego* sobre Jericó o la lluvia de azufre sobre Sodoma y Gomorra).

Lo que lo saca de sus casillas es que la gente que ha hecho un pacto con

Él, los judíos de la Biblia, le pongan los cuernos (metafóricamente hablando) con otros dioses, más si lo hacen con un simple becerro de oro. Eso es que no lo soporta. Los israelitas de Moisés metieron la pata en un momento en que Moisés miraba para otro lado (rendía cuentas al Jefe), adoraron el becerro de oro [54] y Dios no se anduvo con chiquitas y los condenó a vagar cuarenta años por el desierto. ¡Cuarenta años, que se dice pronto, más que una cadena perpetua en nuestra vigente legislación!

¡Cuarenta años en aquel secarral pedregoso antes de entregarles la Tierra Prometida! [55]

Lo que sabemos de Dios se contiene en la Biblia, un documento que Él mismo inspiró y que, por tanto, desde el punto de vista de la estricta crítica histórica, podríamos considerar tendencioso dado que cada cual arrima el ascua a su sardina. Sin embargo, la Biblia contiene suficientes elementos para, leyendo entre líneas, componer una imagen bastante completa de Dios, con las matizaciones debidas y siempre desde el respeto que como criaturas suyas nos merece, pero, al propio tiempo, sin claudicaciones ni paños calientes, mirándolo tal cual es [56].

Al juzgar a Dios debemos tener en cuenta las especiales circunstancias en las que se ha desarrollado su vida: la primera etapa de su existencia debió de ser muy triste: sin padres, solo, cuando el mundo no existía todavía, todo el día mano sobre mano en medio de aquel terrible vacío... Las cosas cambiaron cuando se le ocurrió crear el mundo, lo que hizo, notablemente, en sólo seis días. Algunos hipercríticos le han achacado cierta precipitación en el diseño de muchas de sus criaturas (los dinosaurios sin ir más lejos y no digamos el ornitorrinco que no sabe si es ave, si es mamífero, ni lo que es), pero hay que tener en cuenta que en ningún caso partía de prototipos conocidos, que todo lo creo *ex nihilo,* o sea, de la purita nada, y sin tiempo apenas para experimentar sus diseños. Demasiado bien le salió.

Gracias a la Biblia sabemos mucho de Dios y de su personalidad. Incluso conocemos minucias como que le gustan la carne y el tocino [57] y que aborrece las verduras [58], pero la verdad es que ignoramos mucho más de lo que sabemos. Por ejemplo, ¿tiene Dios ombligo? Si hizo al hombre a su imagen y semejanza y nuestro padre Adán no nació de mujer sino de un muñeco de barro al que Él insufló vida, soplando, se deduce que no estuvo unido a madre alguna por un cordón umbilical y, por lo tanto, no tuvo

ombligo [59]. Eva, que salió de una costilla de Adán, tampoco tuvo ombligo. Luego Dios no tiene ombligo. Sin embargo a partir de nuestros primeros padres, el resto de la humanidad ya lo tuvo [60].

Si Dios el Creador no tenía ombligo y es la misma entidad aunque distinta persona que el Hijo, nacido de la Virgen (con ombligo por tanto), henos aquí que en la Santísima Trinidad hay una persona con ombligo, otra sin él (Dios Padre) y una tercera nacida de un huevo (el Espíritu Santo). Dios Padre no ha nacido de nadie, podríamos decir que se crea Él mismo, lo que en términos naturales equivaldría a una partenogénesis o a una división celular, como los organismos primigenios. Lo señalo para subrayar la riqueza de matices de ese misterio cristiano que parece abarcar con su variedad a la naturaleza toda. Nos lo envidian las otras religiones, las falsas.

A algún lector le puede parecer fútil esta preocupación por el ombligo. ¿Para qué sirve el ombligo? Pues, hombre, sin ir más lejos para depositar un puñadito de sal cuando saboreas un tomate recién arrancado de su mata, recostado a la vera de la alberca, en la huerta, a la sombra de la parra, después de darte un baño, desnudito como tu madre te parió.

Prosigamos ahora con las características de Dios: aunque es Todopoderoso se cansa [61], duerme [62], le flaquea la memoria [63], de vez en cuando duda de si acertó al crear a la humanidad [64] y hasta se da a los diablos (dicho sea con todos los respetos) en sus horas bajas (es algo depresivo) [65], pero también aplaude cuando está contento o se le está pasando el enfado [66]. Domina perfectamente los recursos escénicos y los efectos especiales [67].

Las lectoras se preguntarán: ¿si nos hizo a su imagen y semejanza, no tiene entonces Dios un aspecto femenino que nos contente a nosotras?

Por supuesto que lo tiene, y muy importante. Podríamos decir que Dios es todo femineidad, aunque por las convenciones y prejuicios sociales de sus seguidores (especialmente el clero misógino) se ve obligado a ocultarlo y hemos de sacárselo leyendo entre líneas. Una madraza, eso es lo que es Dios. Veamos cómo se define Él mismo: «¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti. Mira: en las palmas de mis manos te llevo grabado» (Is. 49, 15-16).

Lo dicho: una madraza.

¿Es carca Dios? Evidentemente lo es, como todas las personas de cierta edad, además de algo machista [68] y los derechos humanos lo traen al fresco, hay que reconocerlo, pero luego tiene su lado bueno, el de su Hijo, el que predicó «amaos los unos a los otros», el que perdonó a la pecadora «porque has amado mucho» y, ya en el colmo de la bondad, «amad a vuestros enemigos» (Mt. 5, 44). Vaya lo uno por lo otro.

De vez en cuando notaremos en Dios ciertas flaquezas morales, como cuando recomienda a los judíos que roben [69] o que asesinen a todo bicho viviente [70].

En general hay que reconocer que Dios resulta bastante intolerante y quisquilloso en lo concerniente a sus mandatos, que el creyente, la oveja de su rebaño, debe obedecer ciegamente [71]. Monta en cólera con facilidad y cuando lo hace hay que temerlo (especialmente si se cabrea ante Jeremías o ante Isaías) [72], pero, en general, no es mala persona quitando esos ocasionales arrebatos de ira, como cuando se arrepintió de haber creado a la humanidad y envió el Diluvio Universal [73], o cuando hizo llover azufre sobre Sodoma y Gomorra porque sus ciudadanos eran partidarios de la libertad sexual, una medida a todas luces excesiva.

Observando la naturaleza uno se pregunta ¿por qué ha diseñado Dios organismos tan crueles, qué necesidad había de que este bicho tenga que ganarse la vida practicando un sadismo tan refinado? «Por ejemplo, la mantis religiosa o la viuda negra (una araña) que devoran al macho mientras las fecundan y la abeja que apuñala a la araña, la avispa *Cerceris* que, con un triple rejonazo de su aguijón destruye, con precisión quirúrgica, los tres centros nerviosos del escarabajo *Agrilo* y se lo entrega a su larva para que pueda consumir vivo, fresco, al desgraciado insecto paralizado, eligiendo los bocados, respetando los centros vitales con atroz sabiduría, manteniendo la vida hasta la última partícula de carne de su víctima... el *Leucospis*, el ántrax, cuyo gusano se adhiere al flanco de la larva de la *Chalicodoma*, y la absorbe a través de la piel, aspira, bombea aquel puré vivo que es la larva, y la deseca sabiamente también, para matarla, pero manteniéndola fresca, viva hasta el final... El avispón asesino que oprime el buche de la abeja para que vomite la miel y chupa la lengua que sale de la boca de la infeliz agonizante [...] ¡Qué cuadro el de la Creación! ¡Una matanza! Las leyes más feroces, las más

bárbaras, las más horriblemente inhumanas, lucha por la vida, eliminación de los débiles, el ser comiéndose al ser y comido por el ser... Si Dios existe sólo puede ser una inteligencia sin corazón, una calculadora, un espíritu matemático, poderoso y monstruoso para el que el dolor no cuenta, y cuyo plan gigantesco e inhumano no se estableció para que lo contemplara y lo comprendiera un ser dotado de sensibilidad.» [74]

Admitámoslo: de la observación de la naturaleza se deduce que Dios es un ser despiadado, sin sentimientos, gratuitamente cruel, incluso sádico. Desde la perspectiva católica podemos conocer esos hechos, regidos por leyes inflexibles que emanan de Dios, pero no debemos intentar comprenderlos. Como nos enseña la Santa Madre Iglesia, todo debe confiarse a la fe: hay que creer sin ver, o, mejor dicho, creer aunque se vea lo que uno no quisiera ver. El percibido horror de la obra divina sólo refleja la limitación de nuestra inteligencia. Si no lo comprendemos, no lo juzguemos [75]. La Iglesia, madre e intermediaria, juzga por nosotros y nos señala el camino. Esto es como las corridas de toros: no veamos la crueldad, el ensañamiento, la tortura de un bello animal, la incomodidad del asiento, las contumaces moscas, las rodillas huesudas que nos clava en el omóplato el de atrás, el humazo acre y apestoso del habano que fuma el tío de al lado, que nos lo estamos tragando todo; veamos, más bien, el arte de Cúchares, el colorido, la fiesta, el fervor de los aficionados del tendido siete, el embrujo de las damas de mantilla, el vestido brillante de los toreros, las posturitas que componen, el pasodoble voluntarioso de la banda de música, los alegres cascabeles de las mulillas que arrastran el cadáver ensangrentado y apuntillado de la res dejando un reguero de sangre sobre el dorado albero...

Todo se puede ver de dos maneras.

Dios también. Y Él (que es Ella) lo agradecerá.

El mal

Lo más jodidamente difícil de admitir en este asunto es la existencia del mal.

El mal, el jodido, el filosófico mal.

Si Dios creó el mundo de la nada, si todo lo que existe procede de Él,

que es infinitamente bueno e infinitamente sabio: ¿cómo es que creó el mal, el demonio, la enfermedad, la miseria y las demás lacras que afligen a la humanidad?

Es una buena pregunta. Que tiene una fácil respuesta: Dios creó el mal para probarnos y para hacer que los malos vayan al Infierno a sufrir eternamente.

Esto se entiende, pero uno se pregunta entonces: ¿y no hubiera sido más caritativo no inventarse el mal, dejarnos a todos en la Gloria? ¿Por qué nos dotó de orgasmos si luego resulta que copular es pecado, o sea, el mal?

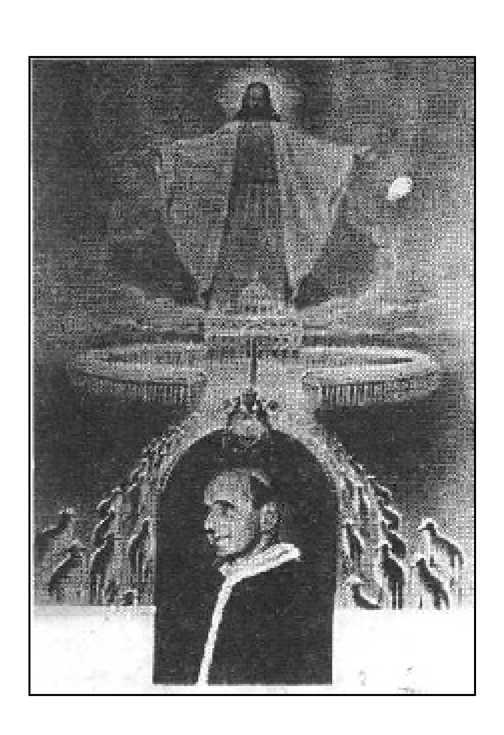
La respuesta es: para engolosinarnos con el orgasmo y, de ese modo, animarnos a engendrar hijos. El orgasmo es como la piruleta que se le da a los niños cuando hacen un mandado, es un premio por ser obedientes y buenos, por cumplir el plan divino de «creced y multiplicaos». Por eso, cuando lo hacemos con condón o mediante el coitus interruptus, o cuando nos masturbamos, estamos engañando a Dios, no le hacemos el mandado y sin embargo nos quedamos con la piruleta. ¡Un fraude a Dios Padre, que se dice pronto! ¡Para caérsenos la cara de vergüenza! Esto explica que el Papa, los obispos y las jerarquías de la Iglesia se opongan tan virulentamente a los anticonceptivos: no es por fastidiar a las ovejas y carneros de su rebaño, es, sencillamente, porque ellos son los representantes de Dios en la Tierra, sus administradores, los que velan para que el pacto divino se cumpla correctamente y ven con pesar (¡qué digo con pesar, con agudísimo dolor!) que incluso los católicos estamos haciendo trampas y no cumplimos el compromiso que adquirimos con el bautismo y revalidamos con los otros sucesivos sacramentos hasta llegar al matrimonio. Es una vergüenza que los matrimonios modernos tengan sólo un hijo o dos como mucho, a veces incluso ninguno. Dios conoce las estadísticas. Dios está perfectamente informado de que España, la otrora católica España, su nación predilecta (eso declaró el Sagrado Corazón de Jesús) es el país, no digo de Europa, sino del mundo, con una tasa de natalidad más baja. ¡Y sabe perfectamente que no es porque no se folle, es más, sabe, porque el ángel de la guarda que asigna a cada español en el acto del bautismo le lleva la cuenta, que, con el desmadre que se ha producido en los últimos años, ahora se está follando más que nunca, que la gente parece que no piensa en otra cosa más que en pijar y pijar, que yo comprendo que da un gusto espantoso, pero se está abusando mucho de la piruleta con esto de que al rato de haberla comido ya tenga uno

gana de otra (los de mi edad, menos, como mucho una piruleta a la semana) y de esto nos pasarán la cuenta en el Juicio Final.

¿A quién creemos que engañamos? ¿A Dios?

Esto del orgasmo, que al final está resultando tan problemático, suscita una nueva pregunta: ¿y no hubiera sido mejor dotarnos de un mecanismo que hiciera que los hijos brotaran por generación espontánea? Claro que pudo, pero, sabiendo cómo somos, quiso regalarnos esa alegría, esa compensación por las amarguras de la vida.

Mira cómo se lo pagamos.



S. Paulus VI

CAPÍTULO 4

El Dios de Israel

Volviendo a Adán y Eva, la jodida lógica impone que debieron concebir hijos e hijas [76]. En ese mortal aburrimiento que era el mundo entonces no les quedaba otra diversión que pasarse el santo día dale que te pego, una cópula detrás de otra, como conejos, en la obediencia del mandato divino («creced y multiplicaos», Gn. 1, 28) y, como vivían en la prístina inocencia del Paraíso, ignorantes de las técnicas anticonceptivas (que, por otra parte, no necesitaban), bien alimentados con los más exquisitos productos de la Tierra, sin frío ni calor, a gastos pagados como quien dice (hasta que metieron la pata, Adán comió el higo de Eva [77] y Dios los expulsó del Paraíso) [78], debieron reproducirse considerablemente. A su vez aquellos hijos e hijas de Adán y Eva, a falta de otra opción, tendrían que engendrar hijos entre ellos, o sea hermano con hermana, y más tarde tío con sobrina o hasta nieta con abuelo o viceversa. Entonces, ¿hemos de interpretar que Dios consintió al principio el gravísimo pecado del incesto, por razones técnicas, y después lo desautorizó? ¿Es posible que Dios cambie de opinión o la tenga tan acomodaticia que lo que hoy es pecado mañana no lo sea o viceversa?

Esto nos plantea otros problemas. ¿No pudo haber creado media docena de familias para que se reprodujeran entre ellas aun a riesgo de incurrir en cierta endogamia? Por supuesto que pudo (recordemos que es el Todopoderoso). Entonces, ¿por qué no lo hizo? ¿Es que se pasa por el forro su propia Ley cuando le conviene? Imposible, dado que Dios es la encarnación misma de la justicia.

El asunto nos conduce a un callejón sin salida. ¿Ven ustedes las consecuencias de introducir la débil lógica humana en la Revelación divina? Es como si el gato de Newton reflexionara acerca de los pensamientos de su sabio amo, la ley de la gravedad, *etc.* Con su limitada inteligencia, el minino no comprende nada, le parece que todo lo que hace el amo es absurdo. Ha visto caerle la manzana en la cabeza, ¡clock!, cuando dormía plácidamente la

siesta [79] y no comprende el alborozo que le produce el súbito coscorrón. El felino doméstico, en su cortedad mental, no percibe que el sabio acaba de descubrir la ley de la gravedad que le va a valer fama imperecedera. Algo parecido nos acaece a los humanos: esas aparentes gilipolleces de Dios, esas conductas suyas absurdas, esos aparentes caprichos sin pies ni cabeza (el mentado ornitorrinco sin ir más lejos) hay que aceptarlos y darlos por buenos. Por absurdos e irracionales que parezcan. Sabemos, por revelación, que sólo hay una religión verdadera: la católica, la nuestra, lo que excluye a todas las demás, y las reduce a meras supercherías y supersticiones de pueblos toscos y primitivos. Entonces, no lo cuestionemos más. *Non quaeras amplius.*

El Paraíso

En cuanto al Paraíso Terrenal en el que vivieron Adán y Eva hasta que pecaron y el buen Dios los expulsó, cabe indicar que la palabra deriva del persa *pardes,* «jardín».

«Un río brotaba del Edén para regar el vergel y desde allí se dividía en cuatro brazos: el Pishon, que circuye todo el país de Javilá, donde se encuentra oro, el bedelio y la piedra de ónix, el Gijón, que circunda todo el país de Kush; el Tigris, que recorre Azur y el Éufrates» (Gn. 2, 10-14) [80].

Dicho así parece claro porque se mencionan el Tigris y el Éufrates, los dos ríos que delimitan Mesopotamia («país entre dos ríos»), pero, cuando se desciende al detalle, la localización del Paraíso no resulta tan segura.

En la Edad Media, algunos viajeros a Oriente decían haberlo encontrado o haber oído hablar de él. El preste Juan, mítico rey cristiano de Etiopía, aseguraba al Papa en una carta que el Paraíso quedaba cerca de sus dominios. Cristóbal Colón, convencido de que las costas de América eran las de Asia, creyó que el Orinoco era uno de los cuatro ríos del Paraíso. Por su parte, el alemán Franz von Wendrin lo situó en Alemania (naturalmente) en la frontera mecklemburguesopomerana, o sea, en la región comprendida entre los ríos Oder y Frat, con sus afluentes Netze y Obra, de donde los hebreos fueron expulsados por el verdadero pueblo elegido, los primitivos germanos [81].

El interés científico por la ubicación del Paraíso, un tema tan cautivador como el de la tierra de Jauja, se inicia en 1881 con Friedrich Delitzsch y

prosigue con Albert Herrmann [82], que sitúa el Paraíso en la región de Hadramaut, en Arabia, donde se criaba el árbol de incienso. Sir William Willcocks lo emplazó en Mesopotamia al noroeste de Bagdad, por la zona de Anah y Hit [83]. El míster razonaba su localización: en la Antigüedad había allí unas cataratas que fertilizaban la región y permitían a los israelitas disponer de feraces cultivos. Cuando las cataratas menguaron, apenas un chorrito desmedrado, y finalmente desaparecieron (el consabido cambio climático), los israelitas tuvieron que emigrar. La visión de unas fuentes de asfalto ardiendo que había al este inspiraron al autor del Génesis la visión del ángel con la espada flamígera. La disparatada explicación del británico parece plausible para una persona que no cree en los ángeles.

Pero nosotros sí creemos.

Dios hizo su trato con Moisés y libró al pueblo hebreo del cautiverio de Egipto. Después, lógicamente, pasó factura por designarlo pueblo elegido y prometerle la Tierra Prometida; factura que aún estamos pagando, y muy gustosamente, los que basamos nuestra fe en el Libro de los Libros, o sea, en la Biblia.

El acontecimiento central de la Revelación fue la promulgación de los diez mandamientos en el Sinaí, el Decálogo inscrito por Dios mismo en las Tablas de la Ley: ésa es la raíz de nuestra alianza. Ahora bien, cabe preguntarse, ¿fueron diez los mandamientos? Sobre esto hay opiniones: el primero era «Yo soy tu único Dios» (Ex. 20, 3); el segundo: «No harás imágenes» (Éx. 20, 4). El tercero: «No te postrarás ante las imágenes ni les rendirás culto» (Ex. 20, 5). Los católicos hemos preferido refundir los dos primeros en uno y restarle importancia al tercero porque, de observarlo, nos hunde los museos y el turismo [84]. Para compensar y para que salgan las cuentas, san Agustín descompuso en dos uno de los últimos mandamientos: por una parte se prohíbe desear a la mujer de tu prójimo y por otra desear los bienes ajenos que, en un principio, eran el mismo mandamiento (la mujer considerada parte de esos bienes, un simple semoviente productivo como la burra o la cabra). Por cierto, en el Decálogo original no aparece por ninguna parte el sexto mandamiento que tantos quebraderos de cabeza nos ha dado y nos da (ahora ya menos, con la mengua de poder de la Iglesia y con la edad que uno va teniendo): «No cometerás actos impuros» (antes «no fornicarás») [85]. Lo que dice el original de la Biblia en el sexto es «honra a tu padre y a tu madre» (Éx. 20, 12), porque debido al corrimiento, el sexto nuestro

corresponde al octavo de la Biblia que se limita a advertir: «No cometerás adulterio» (Éx. 20, 14). O sea: por ninguna parte aparece que copular o masturbarse sea pecado, que conste y que lo sepa la afición, por otra parte tan abundante en las mismas filas clericales que tanto critican y persiguen la inocente autocomplacencia de la íntima y humilde gayola [86].

CAPÍTULO 5

Lo que sabemos de Jesucristo

Usted o yo, desde que nacemos, dejamos rastro de nuestro paso por este Valle de Lágrimas: una inscripción en el registro civil, una nota en el libro de bautizos de la parroquia, un nombre en la lista de nacidos el día anterior que aparece en la prensa local y, a lo largo de la vida, declaraciones al fisco, testamentos o documentos de compra y venta en notarías, multas de tráfico, cartas de amor o de ruptura, capitulaciones matrimoniales, instancias a la autoridad competente, hipotecas bancarias, pintadas en los retretes o en los muros de los monumentos turísticos, y un largo etcétera que remata en el registro de defunciones, cuando te dan carpetazo, dejas de declarar ante Hacienda y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Papeles, papeles, papeles, como decía Hamlet [87].En tiempos de Jesús nada de esto existía. No había papeles (o sea papiros). Hoy hasta las vacas tienen documentación y llevan sus placas identificativas grapadas en la oreja, los perros llevan el chip subcutáneo, usted lleva la cartera o el bolso llenos de carnets y tarjetas donde consta quién es y cuánto les debe a los bancos.

En tiempos de Jesús nada de esto existía. El ciudadano medio era un indocumentado. Una persona común, y Jesús lo parecía, no dejaba rastro alguno de su paso por este mundo. No existe documento alguno directo de la vida de Jesús [88]. Nada que pruebe directamente que existió y habitó entre nosotros. Lo que sabemos de él se escribió años después de su muerte y es un recopilatorio de tradiciones orales, probablemente desfiguradas y exageradas al pasar de boca en boca, amén de diversas leyendas surgidas en torno a su persona. Es lo que los historiadores llaman «las fuentes»: el Antiguo Testamento (principalmente los cuatro Evangelios) y otros testimonios no admitidos por la Iglesia. Las examinaremos brevemente en el Apéndice 3.

¿Mienten los Evangelios?

Algunos autores hipercríticos y malintencionados sostienen que los Santos Evangelios son una pura patraña urdida para que los clérigos vivan sin dar golpe a costa de la credulidad de sus fieles [89].

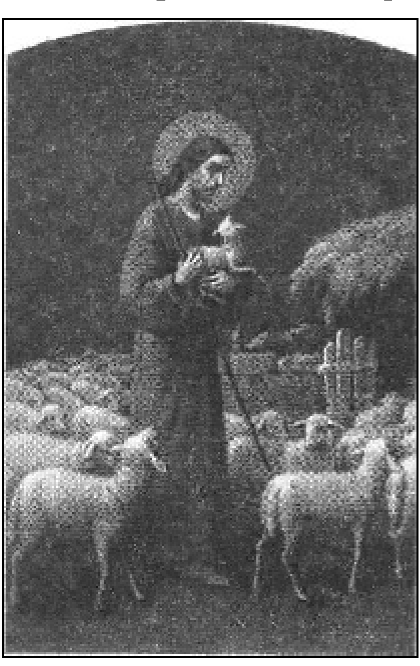
En este capítulo nos proponemos resumir el estado de la cuestión con la ponderación que corresponde al crítico imparcial, al que escucha a las dos partes y expone sus respectivos dictados sin ocultar defectos, pero tampoco manifestándolos de manera que brillen más que las virtudes.

Vaya por delante que no nos parece criticable que los evangelistas corrigieran, interpolaran y silenciaran datos de la vida de Jesús para que el personaje retratado en sus escritos se adaptara a los requerimientos del Cristo Mesías esperado por Israel [90]. Lo que al enamorado le parece encantadora pelusilla de melocotón en el labio superior de la amada y un lunarcito coqueto junto a la comisura de los labios, a un observador menos parcial puede parecerle mostacho tupido y verruga. Si el amor humano lo justifica todo, ¿qué no podemos esperar del amor divino? No se puede ser desapasionado cuando uno se siente arrebatado por Jesús. Por eso no debe escandalizarnos que «los Evangelios de la infancia se agarren a un clavo ardiendo para probar que Jesús desciende de David y cumple las profecías referentes al Mesías esperado. El paso siguiente era convertirlo en ideación de Dios, Palabra de Dios creadora [...] Jesús identificado con la divinidad» [91].

Admitámoslo. No se puede aseverar que los Evangelios sean libros históricos, puesto que continuamente falsean la verdad y tergiversan la figura de Jesús hasta presentarnos a un personaje completamente distinto y hasta opuesto del que probablemente fue el original. Además se contradicen gravemente, lo que ha llevado a piadosos copistas a intentar reconciliarlos, con tal torpeza que los han enmarañado a conciencia, lo que nos confunde más todavía.

Conviene aclarar que las manipulaciones e interpolaciones tardías sirven a fines distintos. Marcos predica que el Reino de los Cielos está ahora en el mundo (en el de su tiempo, quiero decir); Mateo se adapta más al pensamiento de los judeocristianos de Jerusalén, una secta dentro de la religión mosaica obsesionada con la idea de liberar a Israel del yugo de Roma; Mateo contradice a Marcos y a Lucas cuando intenta armonizarlos y limar sus diferencias, pero sólo consigue enturbiar aún más el mensaje.

O sea, más valía que hubieran permanecido quietos.



CAPÍTULO 6

Los antecedentes de Jesucristo

Antes de proseguir con la religión de Jesús, quizá convenga echar un vistazo a las otras religiones antiguas de cuyas mitologías aseveran los estudiosos que se nutrió el cristianismo [92].

Los que profesamos la creencia en la Escritura, Palabra de Dios, sabemos que Dios creó al primer hombre, Adán, de un muñeco de barro que hizo «a su imagen y semejanza». Después, viendo que Adán, joven, lozano y saludable, seguía solo y a punto de subirse por las paredes (porque, aunque le había otorgado deseo sexual, había olvidado ofrecerle el natural desahogo), Dios reparó prontamente su error: le infundió un profundo sueño anestésico, le extirpó una costilla y de ella creó a Eva, la primera mujer.

De esta pareja primigenia desciende la humanidad entera. Esta sencilla y plausible explicación, que viene en la Biblia, Palabra de Dios, es rechazada hoy desde los círculos académicos que, ensoberbecidos por la ciencia, ese becerro de oro al que adoran, sostienen que los humanos descendemos de homínidos, es decir, ¡de criaturas intermedias entre el hombre y el mono! [93]

Desde la fe, y desde la postura conciliadora que Jesús nos aconsejó, los cristianos podemos forzar nuestra natural repugnancia hacia los métodos científicos y aceptar que lo de Adán y Eva sea una metáfora y que en realidad el plan divino fuera, como explicamos arriba, modificar paulatinamente la naturaleza de manera que el mono evolucionara hasta convertirse en hombre.

Así como otros animales desarrollaron aletas para nadar, patas para correr o alas para volar, el hombre desarrolló un cerebro superior que lo convirtió en el más inteligente de los animales (dicho sea con las reservas debidas, porque tal como evoluciona la humanidad, uno alberga ciertas dudas sobre el acierto de Dios al crearla).

Aquel hombre inteligente se diferenciaba en algo esencial del resto de los animales: sabía que tenía que morir.

¡La certeza metafísica de la muerte! «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir», *etc.*

Los animales tienen conciencia de la muerte, a un perro se le muere su perra y le hace un duelo de aullidos que te parte el alma. Le duele la viudez, le duele la muerte, pero ignora que él mismo morirá un día.

El hombre, cuando desarrolló la inteligencia, supo que él también moriría y tuvo que enfrentarse con el misterio esencial de su vida: ¿qué pasa conmigo cuando muero?

Entre la caza del iguanodonte y la huida para escapar del tiranosaurio, el hombre primitivo le daba vueltas a ese pensamiento [94].Se angustiaba.

No se resignaba a morir sin más, a ser tan frágil, tan finito. Es que la vida es un soplo, cogitaba. Falto de calendarios, el abismo del tiempo lo acongojaba. La vida es apenas el instante de un relámpago en el que naces y, antes de que su fulgor se apague, ya te has muerto y se ha borrado la memoria de tu paso por la Tierra.

Eso fue antes de la Revelación. Para la humanidad hay un antes y un después de la Revelación.

¿En qué consistió la Revelación? La propia palabra lo indica: algo que estaba oculto se reveló; el hombre, que andaba caviloso y preocupado por esas dudas metafísicas acerca del sentido de su existencia, obtuvo de pronto las respuestas y pudo respirar tranquilo.

Sobre este asunto de la Revelación hay dos teorías: la de los ateos, agnósticos y demás ralea, y la de los creyentes (o crédulos), la nuestra.

¿Qué sostienen los agnósticos y los ateos?

Según ellos la Revelación es un timo, es el invento del sacerdote, del brujo, del chamán, del como-queramos-llamarlo... un vivales que llevaba tiempo cavilando la manera de no dar golpe y vivir a costa del trabajo de los demás, sus prójimos, sus hermanos.

El futuro sacerdote, todavía simple seminarista desde nuestra óptica cristiana, se dirigió al hombre angustiado y le dijo:

—No temas a la muerte, porque existe otra vida mejor que ésta. Uno no muere, solamente se transforma en otra cosa. Parece que uno muere, pero en realidad se traslada a otro mundo, a otra dimensión. Ahora bien: si quieres

merecer esa otra vida y vivir allá mejor de lo que has vivido acá, procura que a mí no me falte de nada para que pueda dedicarme *full time* a intermediar entre Dios y tú porque yo soy el que administra el más allá.

—¿Cómo es eso? —pregunta el atribulado mortal.

—Es porque en el más allá existe un Dios, una criatura superior, que ha creado el mundo y todo lo que ves, tú y yo incluidos. Este Dios, que vive en el Cielo, me ha confiado la administración de sus propiedades en la Tierra. Tú no tienes que preocuparte por nada. Entrégame parte de tus bienes, para que yo viva sin dar palo al agua y mantenido con la dignidad que, como vicario de Dios, merezco, que yo rezaré y velaré para que tu alma, la mismidad tuya misma, la que no muere con la carne, pueda gozar de toda clase de comodidades en el más allá.

—¿Seguro? —titubea todavía el atribulado mortal.

—Completamente —asiente el sacerdote con la necesaria convicción—. Firma aquí debajo y despreocúpate de todo, que ya has entrado a formar parte del rebaño místico. Verás el esquilado tan completo que te doy.

Así nacieron las religiones y así nacieron los sacerdotes que las administran. Por inspiración divina, ellos le dieron una explicación sobrenatural a todo lo que sus feligreses no entendían. Al principio casi todo entraba en el lote: el día y la noche, la Luna *y* el Sol, las estrellas que lucen en el firmamento, los planetas, la influencia de las fases lunares (en las mareas, en la floración, en el ciclo menstrual de las mujeres), el grano que se pudre y la espiga que germina, la sucesión de las estaciones, ahora calor, ahora frío, ahora viento y lluvia... todo en la naturaleza era un puro misterio, por eso las primeras religiones fueron astronómicas y agrícolas.

Luego, en la medida en que la humanidad evolucionó y fue encontrando una explicación lógica para todos esos fenómenos naturales, la religión fue cediendo terreno hasta quedar, ya en nuestro tiempo, prácticamente reducida a las primeras *y* esenciales preguntas: ¿de dónde vengo, cuánto tiempo me queda, que será de mí cuando muera, ganará el Madrid la liga...?

La ciencia no las responde, ni creo que pueda responderlas nunca. Por consiguiente necesitamos de la religión. Queda religión para rato. ¡Que no sufran los intermediarios, el clero, los astrólogos, los echadores de cartas, los magos, los adivinos, los charlatanes, los santeros, los que viven del cuento, la bruja Lola, la bruja Aramís, su santidad Adolf Ratzinger, el mago Rappel, el

adivino Acebes..., su negocio no peligra, su subsistencia está asegurada!

—Vendemos humo —como reconoció ante sus cardenales cierto Papa.

Esa es la visión de los agnósticos y de los ateos. La he traído a colación, sobreponiéndome a la repugnancia que me produce, para demostrar mi imparcialidad. Pero yo creo en la Revelación, creo firmemente en la existencia de Dios y en las verdades que nos enseña la Iglesia católica, apostólica y romana, la única legítima y no creo que esté formada por un hatajo de farsantes que viven de la credulidad del prójimo, fomentada desde la infancia por madres beatas e incultas y catequesis menorera de curas sobones. Aclarado este punto prosigamos con la historia de las creencias.

Las primitivas religiones animistas se basaban en los ciclos de la naturaleza y en los acontecimientos astronómicos relacionados con ellas (los solsticios de verano e invierno y los equinoccios de primavera y otoño).

En la noche más larga del año, el solsticio de invierno (en torno al 25 de diciembre), conocido como «la puerta de los dioses» se conmemoraba el nacimiento de la luz, del «dios Sol». Era el día en que los druidas celtas celebraban su fiesta anual del fuego.

Como explica el historiador de las religiones E. Royston Pike: «Los persas y los egipcios, los fenicios y los sirios, los griegos y los romanos, los aztecas y los incas, los hindúes y otros pueblos, celebraban en aquel día el parto de la reina de los Cielos, la Virgen celestial, y el nacimiento de su hijo, el dios solar.»

Todos estos dioses recibían el apelativo del «Salvador».

En tiempos remotos, en las primeras sociedades agrícolas, el ritual imponía que una doncella escogida para representar a la Diosa Madre, la Virgen, contrajera solemnes nupcias con un doncel denominado el Rey Sagrado. La fecundidad de esa pareja divina determinaba la fecundidad de los cultivos y la de los animales que alimentaban a la tribu. Cuando la Virgen o Diosa Madre quedaba preñada se sacrificaba al Rey Sagrado, como se sacrifica el grano de la espiga sepultándolo para que al cabo de los meses germine de él la nueva cosecha [95].

Con el tiempo ese ritual sangriento se suavizó. La muerte del Rey Sagrado se sustituyó por su mera mutilación o por otro tipo de sacrificio. De esta evolución del primitivo rito nacieron los cultos mistéricos que se

desarrollaron en el mundo antiguo entre los siglos —VII y —IV (un milenio aproximadamente).

Los cultos mistéricos se denominan así porque reservaban ciertos secretos doctrinales y ritos litúrgicos para una minoría de iniciados que ascendían a lo largo de varios grados de conocimiento.

Cada pueblo de la Antigüedad tuvo su hombre/dios solar: los egipcios creían en Osiris y en Horus; los griegos, en Dionisos; los frigios de Asia Menor, en Atis; los sirios, en Adonis; los persas, en Mitra; los romanos y otros pueblos itálicos, en Baco; los germanos y escandinavos en Frey.

Estos dioses eran representaciones del Rey Sagrado. Todos ellos sufrían una muerte cruenta y resucitaban. Los fieles del culto mistérico rememoraban la muerte y resurrección del dios mediante ritos que les aseguraban la resurrección y los redimían de la angustia de la muerte.

Estos dioses que nacen entre los hombres, sufren muerte cruenta y resucitan, ¿no nos recuerdan a Jesús? Como todos ellos son anteriores a nuestro Jesús se deduce que, en realidad, la historia de Jesús, su Pasión, muerte y Resurrección, reproduce fielmente aquellas creencias. Eso piensan muchos estudiosos [96]. Coinciden hasta los más mínimos detalles: el dios iraní Mitra nace en una cueva en torno al 25 de diciembre (solsticio de invierno), hijo de Dios y de una virgen [97]. Asisten a su nacimiento unos pastores (suelen ser tres, como los reyes magos); sus fieles lo llaman «Salvador» e «Hijo de Dios»; predica el bautismo que simboliza la nueva resurrección del alma; en una boda convierte el agua en vino; entra triunfante en una ciudad montado en una borriquita y aclamado por una muchedumbre de seguidores que lo reciben con palmas (me refiero a palmas de palmera, claro, aunque no descarto que también sonaran aplausos entusiastas) [98]; muere en primavera para redimir los pecados del mundo; ya cadáver, desciende a la morada de los muertos, pero al tercer día resucita y asciende a los Cielos; al fin de los tiempos regresará para juzgar a los hombres; su muerte y resurrección se rememoran en un ágape ritual en el que los fieles comen pan y beben vino (que representan respectivamente su carne y su sangre).

La Santa Cena (o mejor el Santo Almuerzo, ya veremos por qué) en la que Jesús instituye la eucaristía [99] parece inspirada en la fórmula mitraica: «Quien no coma de mi cuerpo y no beba de mi sangre para hacerse uno

conmigo y yo con él, no conocerá la salvación.»

No quisiera soliviantar con estos relatos el delicado estómago de algún sensible lector o lectora. Debemos ver en esa truculenta ceremonia teofágica *(teofagia*, «comerse al Dios») el eco lejano del canibalismo que practicaron las primeras sociedades religiosas [100]. La comida sacramental del dios sacrificado de manera cruenta deja rastros en casi todos los cultos mistéricos, pero en el tiempo al que aludimos la religión se había civilizado lo suficiente para sustituir con pan ácimo y vino aguado la carne y la sangre del Rey Sagrado.

Ninguna religión mistérica toma el pan y el vino como mero símbolo: cuando el sacerdote pronuncia sus palabras mágicas, la ofrenda se convierte en carne y sangre verdaderas del dios, aunque en el paladar del comulgante sigan sabiendo a pan y a vino e incluso los celiacos que tienen problemas con el gluten los sigan teniendo [101]. Cicerón escribe a este respecto: «¿Puede haber alguien tan tonto que crea que el alimento que come es verdaderamente Dios?» [102]

La eucaristía, sin duda el rito culminante del catolicismo, plantea algunas delicadas cuestiones que convendría que los teólogos solventaran de una vez por todas en lugar de esconder la cabeza bajo el ala. Para eso están los pastores, para atender la alimentación espiritual del rebaño y su bienestar. Veamos: Jesucristo está realmente presente, nada de metáforas, con su carne y con su sangre, en la eucaristía. Sobre esto no cabe duda alguna. Cuando el creyente comulga ingiere a Jesucristo vivito *y* coleando en la aparente oblea de trigo (sólo aparente, ojo). Esa carne y esa sangre de Jesucristo que el comulgante ingiere con unción va a parar a su estómago, donde se digiere y pasa al intestino. El camino y el proceso, todos lo sabemos, es el usual de cualquier alimento, sea o no espiritual: una parte se absorbe, entra en el torrente sanguíneo y se transforma en la propia esencia corporal del cristiano que, de este modo, se cristianiza aún más, pues integra al Cristo vivo en su propia materia orgánica (¡esto es hermoso!, la hostia cristianizándonos celularmente). Ahora bien, una parte de esa sustancia hostial, aunque sea mínima (pero que contiene a todo Dios, no lo olvidemos) no se digiere sino que, tras deambular por el intestino delgado y por el grueso, desemboca en el recto y se expele con las heces.

Aquí viene la parte verdaderamente escatológica, plenamente

escatológica de este asunto. En esas heces que el creyente expulsa de sí, en el placentero reservado, quizá mientras relee el Kempis o los ejercicios de Loyola, va algo de la hostia consagrada, algo de Jesucristo.

¿Algo?

No, algo no: la doctrina de la Iglesia insiste en que en la más mínima partícula de la hostia, aunque sólo sea un átomo prácticamente invisible de ella, se contiene Jesucristo entero, absolutamente entero. Ergo en la parte expulsada con las heces va Jesucristo tan completo como en una hostia terminada de consagrar, aún calentita por la conmoción transmutadora del sacramento. ¡Cómo es posible que no hayamos reparado en ello, dos mil años comulgando y expulsando heces sin advertir la enormidad que cometíamos!

Porque, queridísimos lectores, lo que ganábamos por un lado se nos iba por el otro.

Este punto debiera tratarse, con la máxima urgencia (y de modo reservado, que no trascienda), por una asamblea de teólogos que eleven un documento aclaratorio al Pontífice. Mejor aún, el propio Espíritu Santo por el habitual procedimiento de urgencia, debiera inspirar al Santo Padre para que emita una encíclica en la que trate este tema. Yo, desde mi modestia, sugiero que se habiliten retretes especiales en trascoros y sacristías, unos reservados en los que los comulgantes efectúen su primera deposición posteucarística a fin de posibilitar que estos detritus corporales reciban el tratamiento adecuado considerando que llevan una parte de Jesucristo (que es todo Él, como se ha visto). Quizá sea adecuado cierto peritaje de la industria minera. Existen empresas, me consta, que extraen polvillo de oro de carretadas de piedras, de arena o de barro. A lo mejor procesan veinte toneladas de barro para sacar una ínfima cantidad de oro que no bastaría para rellenar un empaste dental. Estos depuradores tienen experiencia, tienen medios y atesoran el conocimiento necesario. Que instalen sus depuradoras en lugares sagrados y que esas partículas ínfimas pero relevantes de la hostia consagrada expulsadas con las heces se reciclen convenientemente y retornen a la cadena nutricia de la eucaristía convenientemente incorporadas a la masa de harina de trigo candeal con la que las monjitas elaboran las hostias.

Las otras religiones de comunión, de las que el cristianismo copió, no habían resuelto este problema, dado que en aquellos tiempos poco evolucionados era insoluble. Podemos decir que dejaron la patata caliente en

nuestras manos. A ellas las podemos disculpar porque sólo duraron unos siglos, en tiempos más atrasados, pero el cristianismo va ya para dos milenios y los adelantos técnicos de este tiempo permiten esa recuperación eucarística que postulamos. Ni la Iglesia ni la comunidad cristiana tienen hoy pretexto para seguir descuidando un punto de tan vital importancia. La cadena de la salvación humana no debe peligrar por la flaqueza de uno de sus eslabones, que se da la circunstancia de que es el más importante. Faltaría más.

Regresemos ahora a las generalidades de la santa comunión. Decíamos que no es la única coincidencia entre el mitraísmo y el cristianismo: otros seis sacramentos mitraicos coinciden con los cristianos [103]. Fuera de este ámbito existe una clara mención de este rito en el Libro de los Muertos egipcio. La comunión era signo de iniciación, cuando el aspirante había pasado por la catequesis previa [104].

En la ceremonia de iniciación pagana a la que aludimos doce veteranos rodean al que representa al hombre dios, los mismos que más tarde bailan en torno al iniciado. ¿No nos recuerda a los doce apóstoles? [105]

El bautismo de los devotos de Mitra se practicaba, en principio, con la sangre del toro sacrificado, identificado con Mitra; después, dada la dificultad de sacrificar toros, que salían carísimos, se cambió la sangre por agua bendita. A la entrada de los mitreos había una pila de agua bendita para que los fieles se mojaran la frente al penetrar en el recinto sagrado.

La historia de Jesús punto por punto, siglos antes de que Jesús naciera.

¿Acojonante, no?

Indaguemos un poco más en su origen. Para eso retrocederemos más de mil años.

La primera mención histórica de Mitra se encuentra en los Vedas, libro sagrado de la India (unos tres mil quinientos años antes de Cristo). Mitra era entonces un dios benéfico supeditado al dios máximo Ahura Mazda («Señor Sabio») del día, de la luz. Su colega y oponente era Varuna, dios de la noche y de la oscuridad. El culto se transmitió de la India a Persia hacia el año —1500.

En el año —1200 nació, ¡de una virgen!, un niño llamado Zaratustra (o Zoroastro). El portento ocurrió en Bactriana (hoy Afganistán). Las similitudes de Zaratustra con Jesús van más allá del milagroso nacimiento: lo

bautizaron en un río, asombró a los sabios por sus conocimientos, retirado al desierto lo tentó el demonio, recibió una revelación de Dios y predicó una nueva religión (el mazdeísmo) cuyo libro sagrado, el Avesta (la Palabra) explica la existencia de dos dioses enfrentados: Ahura Mazda (el Bien) y Angra Mainyu (el Mal).

Auxiliado por doce discípulos, el profeta Zaratustra predicó el mazdeísmo al tiempo que obraba milagros, curaba a los enfermos y hasta resucitaba a los muertos. Cuando murió, sus fieles lo conmemoraron en banquetes rituales bajo la denominación de «la Palabra hecha carne» (¿no nos recuerda a «el Verbo se hizo carne» del Evangelio de San Juan 1, 14?).

El mazdeísmo inspiró sucesivamente a las grandes religiones monoteístas de la humanidad (mitraísmo [106], judaismo, cristianismo, islamismo).

Los mazdeístas creían en la primera pareja humana, en el Diluvio Universal, en el Arca que salvó a una pareja de animales de cada especie, en el Cielo, en el Infierno, en la venida a la Tierra de un redentor de la humanidad y en el Juicio Final, tras una batalla entre los demonios de Angra y los ángeles de Ahura Mazda, creían además en la existencia de una Trinidad divina (Ahura Mazda, Mitra y Anahita, la esposa de Ahura Mazda y madre de Mitra). Los adoradores de Mitra reconocían seis niveles de iniciación, por los que el devoto ascendía hasta reintegrarse a Dios. El más alto era el del páter (padre) que cubría la cabeza con un gorro frigio y portaba una vara y un anillo [107].

Como hemos dicho, el mazdeísmo inspiró el mitraísmo, uno de los cultos mistéricos vigentes en tiempos de Jesús. Hay que reconocer que las coincidencias de Zaratustra y Mitra con Jesús son extraordinarias. Lo que más nos impresiona como católicos es el rito mitraico de comulgar con la carne y la sangre del Dios que se diría directamente inspirado en nuestra santa misa, si no fuera porque tenemos pruebas fehacientes de que es bastante más antiguo.

Algunos autores católicos se han esforzado en explicar estas similitudes aduciendo que los mitraicos sucesores de los mazdeístas plagian la mitología de los cristianos. ¿Por qué no? Lo cierto es que no han quedado textos mitraicos que prueben su mayor antigüedad [108], pero en los templos mitraicos quedaron pinturas que cuentan en imágenes la vida y milagros del

dios.

Los templos de Mitra o mitreos eran, al principio, cuevas naturales, lo que remite a una religión muy primitiva. Después, estas cuevas se reprodujeron en estancias excavadas en la roca viva o edificadas en el subsuelo. Se han conservado algunos mitreos de regular tamaño, con aforo para unas cuarenta personas, porque el cristianismo construyó sobre ellos sus iglesias cuando se apropió no sólo de los ritos sino incluso de los lugares sagrados de las otras religiones. En todo el antiguo Imperio romano se conservan mitreos convertidos en criptas de iglesias (San Clemente de Roma, por ejemplo).

Estos ritos y liturgias sorprendentemente parecidos a los católicos se repiten en otras religiones precristianas mediterráneas y orientales [109].

Dionisos, «el Redentor», «el Salvador», «el Ungido», nacía de una virgen, Semele, en un pesebre, un 25 de diciembre. Hacía milagros, transformaba el agua en vino en sus bodas con Ariadna, penetraba triunfalmente en una ciudad a lomos de un asno y alimentaba con su propio cuerpo a sus devotos. Su símbolo es el carnero o el cordero. En *Las bacantes*, Dionisos se presenta ante sus discípulos como «Señor Dios, nacido de Dios» que ha abandonado «la forma inmortal para adoptar la apariencia humana». Cuando después de apresado, golpeado y escarnecido, compareció ante Penteo (su Poncio Pilato), le dijo: «No puedes hacerme nada que no haya sido dispuesto», que nos recuerda la advertencia de Jesús al romano: «No tendrías ningún poder contra mí si no se te hubiera dado de arriba» (Jn. 19, 11). Dionisos llevaba un manto escarlata (como Jesús en la Pasión) y sus iniciados acataban la cruz como símbolo [110].

El parecido no se limita a lo expuesto. Al igual que la Virgen María, la divina madre de Dionisos, la virgen Semele, sube al Cielo en cuerpo y alma para permanecer al lado de su divino Hijo.

Heracles el griego, «el Salvador», «el Unigénito», nace de una virgen el 25 de diciembre y lo sacrifican en el equinoccio de primavera.

Las coincidencias de antiguos relatos y mitos egipcios con los episodios de la vida de Jesús son igualmente sorprendentes. Desde las primeras dinastías, el faraón, hijo del dios del Cielo, tiene dos naturalezas, divina y humana, resucita después de muerto y se reúne con su padre en el Cielo [111].

El Osiris egipcio, «el dios hecho hombre», «el camino de la verdad y la luz», «el verbo hecho carne» anunciado por una estrella nace en un pesebre de la virgen Isis-Meri el 25 de diciembre. Un poema egipcio lo celebra: «¡Nos ha nacido el Niño! ¡Venid y adoradlo!» Bautizado por Anub, su vida es un continuo viaje en el que predica, pacifica a los pueblos, hace milagros y expulsa demonios. Su muerte en la cruz y su resurrección al tercer día se celebran en el equinoccio de primavera (Pascua) [112]. Cuando su culto pasa a Roma lo llaman el *Keristo* («Ungido»).



Tantas coincidencias inducen a sospechar a algún estudioso que los Evangelios pudieran ser obra de sacerdotes judeoegipcios del templo de Serapis en Sakkara, que los redactarían a partir de textos egipcios [113].

La crucifixión y resurrección del dios figura en otros cultos mistéricos mediterráneos, siempre coincidiendo con la Pascua cristiana.

Los devotos de Attis celebraban las Megalenses, tres días de fiesta en los que colgaban a su dios de un pino sagrado, lo sepultaban y resucitaba al tercer día. La misma ceremonia se repetía en Siria con los devotos de Adonis.

Aceptémoslo: las curaciones milagrosas, las expulsiones de demonios y la resurrección de los difuntos eran facultades que los practicantes de cultos mistéricos atribuían a distintos dioses y héroes de la Antigüedad, muchos de ellos anteriores a Jesús: Asclepio, Empédocles, Pitágoras (que también caminaba sobre las aguas)... Incluso coinciden ciertos simbolismos

numéricos: los cultos mistéricos veneran el número ciento cincuenta y tres [114].

¿Qué significan estas sorprendentes coincidencias? ¿Indican acaso que la historia de Jesús plagia la de Mitra y las de otros dioses de las religiones mistéricas mediterráneas, todas tan similares que parecen derivar de una historia primordial perdida? Los historiadores Timothy Freke y Peter Gandy defienden esa tesis: «Antes de nuestra era, un grupo de judíos creó una versión judía de los misterios paganos. Los iniciados judíos adaptaron los mitos paganos de Osiris-Dionisos para crear la historia de un Dios Hombre judío que moría y resucitaba: Jesús el Mesías. Con el tiempo este mito se interpretó como un hecho histórico y el resultado de todo ello fue el cristianismo literalista.» [115]

Según esto, los cristianos «crearon una religión cuya doctrina aseguraba que Jesús era el Hijo de Dios que nacía, moría y resucitaba en sentido literal, nada simbólico», lo que desembocó en una religión «dogmática que desfigura y tergiversa el gnosticismo del cristianismo original. ¿Quiénes tomaron por documentos históricos lo que eran simplemente metáforas gnósticas de los paganos? San Pablo, unos veinte años después de la muerte de Jesús, al que no conoció; Marcos, cuarenta años después de la muerte de Jesús; Mateo y Lucas, sesenta años después y Juan, poco después» [116].

Algo parecido ocurre con los milagros de Jesús: la moderna hipercrítica los considera meras leyendas hagiográficas urdidas por los cristianos para demostrar la divinidad del fundador: «Parece probable que los relatos taumatúrgicos tienen generalmente un origen helenístico», asevera el investigador Rudolf Bultmann [117]. Morton Smith, por su parte, considera a Jesús un mago helenístico similar al famoso Apolonio deTiana, que también obraba notables milagros [118].

¿Qué conclusión sacamos de todo esto?

Que estos estudiosos hipercríticos que basan sus estudios en la mera razón prueban que la narración evangélica no es más que una patraña divulgada por la Iglesia en su afán por alcanzar el poder y la riqueza. A ese extremo los lleva la pérdida de la fe. Pero el hecho de que estos historiadores descreídos no admitan los milagros no significa necesariamente que los milagros no ocurrieran. Los milagros ocurren. Ocurren en nuestros días, querido lector, y ocurren más a menudo de lo que parece. Lo que pasa es que

los milagros de ahora no son tan espectaculares e instantáneos como los antiguos. Los de ahora tienen un tempo más lento. Podríamos enunciar una ley universal: a una aceleración de la historia corresponde una deceleración del hecho prodigioso. Antes los santos curaban enfermos desahuciados, resucitaban muertos, construían puentes en una noche, lograban que hiciera kikirikí una gallina asada (el milagro de santo Domingo de la Calzada), trasplantaban con éxito la pierna de un subsahariano a un caucásico (el milagro de los santos Cosme y Damián) y cosas así. Hoy no. Hoy los milagros no son tan espectaculares. Hoy son más reflexivos, más a largo plazo. Pero eso no quiere decir que no ocurran. Por ejemplo: ¿no es un milagro que los ciudadanos Bush, padre e hijo, ganen reiteradamente las elecciones en el país más poderoso de la Tierra? ¿No es un milagro que un modesto pocero sin más patrimonio que su paleta y su fiambrera se haga millonario y en diez años de trabajo honrado adquiera un yate de lujo que ni el rey lo tiene semejante? ¿No es un milagro que los españoles vivamos estupendamente con un índice de productividad tan bajo?

¿Qué es un milagro? Milagro es el fenómeno que desafía las leyes naturales y la razón, recuerden.

Por otra parte, ¿qué necesidad tenía Jesús de hacer milagros cuando, en su calidad de Dios, podría haber inspirado fe en los hombres sin necesidad de demostrar nada? Ésta es la mejor probanza de que los milagros ocurrieron. Y no sólo los de Jesús: consulten la *Leyenda áurea* de Jacopo da Vorágine y comprobarán que los santos y patriarcas que siguieron la senda de Jesús también hacían milagros y obraban prodigios. Algunos incluso le salieron tan buenos discípulos que hasta superaban al Maestro en el número y la calidad de los milagros.

Volviendo a los enfadosos paralelos precristianos nos causa pesadumbre admitir que, confrontados con pruebas tan rotundas de la existencia de falsos dioses anteriores a Cristo que repiten punto por punto su Nacimiento, vida, Pasión, muerte y Resurrección, la creencia evangélica sólo se sostiene por la mera fe de los que seguimos aferrados a ella. Algunos autores cristianos han sugerido que el propio demonio inspiró la historia futura de Jesús a esas falsas religiones que precedieron a la verdadera. ¿Por qué? No puede estar más claro: ¡el demonio quiere desacreditarla, quiere enredar y confundirnos a los cristianos!

No digo yo que no ande el demonio de por medio pero, por otra parte,

¿acaso no está en la mano de Dios inspirar unos siglos antes del Nacimiento de Jesús la premonición de la historia de su Hijo a los iranios, a los egipcios, a los griegos y a otros pueblos mediterráneos para que imaginen una religión similar que, de algún modo, prepare y anuncie la venida de Jesús? ¿No pudiera ser que Dios, en su infinita sabiduría, que lógicamente entraña infinita prudencia y previsión, y cierto afán perfeccionista, ensayara la historia de su Hijo en otros sujetos antes de realizarla en el suyo?

Ciertamente.

La prueba irrefutable que confirma nuestro aserto es que las historias de Mitra y de los otros dioses solares, sus colegas, son, a la luz de la razón, meras patrañas, historias increíbles, mentiras que nuestro sentido común rechaza, insultos a la inteligencia. ¿Cómo puede un Dios encarnarse en un hombre para que los otros hombres, esas sabandijas creadas por Él, lo torturen y lo asesinen? ¿Cómo puede concebir un hijo una mujer que es virgen? [119] El Nacimiento de Dios en una cueva, entre pastores, y todas las demás paparruchas rituales como la de esos fieles que comen pan que es en realidad la carne de Mitra y beben vino que es su sangre, toda esa historieta inverosímil que repugna a nuestra razón, ¿quién en su sano juicio le concedería el más mínimo crédito? Sin embargo, los mismos conceptos trasladados a Cristo y a la religión cristiana brillan con un nuevo resplandor y nos parecen respetables y dignos de todo crédito, perfectamente plausibles, incluso si no contáramos con el auxilio de la fe.

Esto demuestra que la historia de Jesús es verdadera y las demás son falsas.

El dios Mitra y su religión cautivaron a los romanos a partir del siglo —II, especialmente a los soldados de las legiones que, debido a su oficio itinerante, hoy aquí, mañana allí, reprimiendo rebeliones, pacificando pueblos, difundieron estas creencias hasta los más remotos rincones del Imperio.

El mitraísmo, surgido probablemente en el siglo —II, alcanzó su máxima expansión durante el siglo III, cuando la primitiva religión grecorromana, la de Júpiter-Zeus y los dioses del Olimpo, estaba en franca decadencia. La proliferación de los cultos mistéricos aconsejó a las autoridades una fusión de los más importantes en el Sol Invictus, el patrón de las legiones romanas que el emperador Aureliano declaró oficial en 274. El

nacimiento del dios, el *natalis Solis invicti* («nacimiento del Sol invencible»), seguía celebrándose el 25 de diciembre. No es casualidad que el cristianismo escogiera ese día como fecha del Nacimiento de Jesús [120].

Cristianismo y mitraísmo (bajo su aspecto de Sol Invictus) compitieron por el Imperio romano hasta que el emperador Constantino I, necesitado de una religión estatal que cohesionara el Imperio, decidió fusionar los dos cultos con predominancia del cristianismo.

¿Por qué apoyó al cristianismo un emperador que toda su vida había sido fiel a Mitra? Evidentemente por inspiración divina, un milagro. Sin embargo los historiadores hipercríticos prefieren pensar que el taimado gobernante se limitó a apostar por el caballo ganador. ¿Por qué llevaba el cristianismo las de ganar? La respuesta se cae de su peso. Al contrario del mitraísmo, que era una religión de hombres, el cristianismo primitivo acogía a las mujeres, especialmente a las viudas ricas, y las mujeres adoctrinadas por el clero influían sobre sus hijos y maridos. Nadie lo sabía mejor que el propio Constantino, cuya madre, la cristiana santa Elena, le daba la tabarra a diario:

—Hijo, tendrías que hacerte cristiano, que parece mentira que sigas con lo de Mitra, que eso ya no se lleva.

—¡Madre, mujer, no me acoses, que tú no sabes lo que pesa administrar un Imperio en franca decadencia!

—¡El peso de la púrpura, hijo mío! Si fueras cristiano, notarías el alivio.

Teodosio (379-394), el sucesor de Constantino, profundizó en la misma política, declaró al cristianismo religión oficial del Imperio y prohibió la práctica del mitraísmo. Las nuevas iglesias se construyeron sobre los mitreos, ya lo hemos visto; los textos sagrados del mitraísmo se incineraron.

El cristianismo se organizó con sagacidad e inteligencia (sin duda inspiradas por Dios): copió la estructura religiosa del mitraísmo y la estructura política del Imperio romano. Al principio se las arregló sin sacerdotes: todos los fieles podían hablar en la asamblea en términos de igualdad, moderados por uno de ellos, el que gozara de más prestigio. Los más ancianos repartían las limosnas de la colecta entre los más pobres.

CAPÍTULO 7

La religión de Jesús

Jesús nunca dejó de ser judío, nunca pretendió instituir una Iglesia ni fundar una religión nueva. A la luz de los documentos hallados en Qumrán, desierto de Judea, en 1947, muchas de las ideas cristianas que parecían originales aparecen hoy como meras derivaciones doctrinales latentes en el judaísmo en tiempos de Jesús. Pero el cristianismo, en principio una secta judía de tantas, evolucionará hasta hacer sombra (y casi exterminar) el tronco del que brotó.

¿Era el cristianismo un culto mistérico? Por supuesto, ya hemos quedado en que era uno más, producto de la acumulación de ritos, mitos y leyendas procedentes de un sustrato religioso más antiguo.

Pero había una diferencia sustancial: los demás eran falsos, mientras que el cristiano es verdadero, el único que garantiza la salvación del alma inmortal a los creyentes (o crédulos) que lo practican.

El principal misterio (y dogma) del cristianismo es el de la Santísima Trinidad.

Decía san Bernardo, que en paz descanse, que el misterio insondable de la Trinidad puede únicamente ser venerado y no desentrañado. «Intentar desentrañarlo sería temeridad, pero creerlo es Piedad, conocerlo es Vida, ciertamente Vida Eterna.» Eso es lo que la Iglesia predica desde los púlpitos y hasta en la cabecera de los difuntos [121]. Braulio Algarinejo Narria, minero de la Camocha, en su lecho de muerte, atendido por el padre Próculo Gordo Monescillo, sintió un escrúpulo que ponía en peligro la salvación de su alma:

—Padre cura —murmuró con un hilo de voz—, la Santísima Trinidad *¿ye* uno o son tres, en qué quedamos?

El paciente sacerdote le explicó que la Trinidad es un misterio, que es como tres mechas que, ardiendo por conductos distintos, van a explotar el mismo barreno, que es como tres arroyos que desembocan en una misma

corriente, como tres velas que juntan sus pábilos en una misma llama, como las hojas de un trébol... El moribundo movía negativamente la cabeza:

—¡Que no, que no lo entiendo, padre!, entonces *¿ye* uno o son tres?

A lo que el capellán respondió, ya de mal humor:

—¿Y a ti, qué más te da? ¿Acaso los vas a tener que mantener?

¿Qué moraleja nos enseña esta parábola? Que al creyente no le conviene insistir excesivamente en los misterios del dogma cristiano, tanto si es criatura racional como si no, pero especialmente si es racional: ahí tenemos al ejemplo de Thomas Jefferson (1743-1826), al que los americanos consideran un talento. Este abominable ateo se atrevió a escribir: «Las ideas deben estar claras antes de que la razón pueda actuar sobre ellas; y nadie ha tenido nunca una idea clara sobre la Trinidad. Es el mero abracadabra de unos charlatanes que se titulan sacerdotes de Jesús.»

¡«Charlatanes», apostrofa al clero católico con el Papa a la cabeza! Semejante blasfemia no debe quedar impune. Desafortunadamente el impío Jefferson ha fallecido ya y no le puedo dar la réplica que se merece, pero quizá desde el Infierno donde arde en compañía de Lutero acierte a conocer, por permisión del Todopoderoso, la aclaración que voy a hacerle del misterio de la Trinidad. En la medida de mis modestas posibilidades, desentrañaré desde la razón, aunque con el auxilio divino de la fe, el para Jefferson (y otros de su calaña) insondable misterio de la Santísima Trinidad.

¿En qué consiste? La Trinidad es tres, pero también es una. Parece un acertijo matemático, pero no lo es: es un misterio. No confesamos tres dioses sino un solo Dios que habita en tres personas: la Trinidad consustancial [122]. Ahora bien, estas personas divinas no se reparten esa divinidad única a un 33,3333 —etc.— por ciento por barba (o ala), sino que cada una de ellas es enteramente Dios, Dios al ciento por ciento.

Más claro: «El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza.» [123] «Cada una de las tres personas es esta realidad, la sustancia, la esencia o la naturaleza divina.» [124]

Las tres personas, con ser una, no participan exactamente de la misma personalidad. Por diversos indicios, y por las Escrituras, sabemos, por ejemplo, que el Padre es irascible y vengativo (ya queda sobradamente

probado en las páginas precedentes) y que el Espíritu Santo no perdona fácilmente (conocida es la crueldad de la paloma, aunque el despistado de Picasso la tomara por símbolo de la paz) [125]. Sin duda el que tiene mejor carácter de los tres es el Hijo, probablemente influido por su transitoria naturaleza humana que adoptó cuando descendió a la Tierra «y habitó entre nosotros». Esto queda claro en las Escrituras cuando Mateo advierte: «El que insulte al Hijo del Hombre podrá ser perdonado; en cambio, el que insulte al Espíritu Santo no será perdonado, ni en este mundo, ni en el otro» (Mt. 12, 32).

¿Dónde y cómo surgió este misterio de la Trinidad? Los judíos sólo reconocían a un Dios, el Altísimo, el Todopoderoso, el Yahvé de la Biblia. Tanto estudiar los aspectos de Dios en las sinagogas y en el templo y les pasó completamente desapercibido el hecho de que ese Dios, Yahvé, englobaba en realidad a tres personas (y eso que tuvieron tiempo de descubrirlo, más de un milenio, desde Moisés a Jesús). Ya hemos visto, pero la Verdad sólo la posee El que Todo lo Sabe, que las primeras comunidades cristianas añadieron a la divinidad de Dios Padre (Dios mismo, que envía al Hijo a redimirnos) la del Hijo (Jesucristo) [126]. Ya tenemos una *Binidad*, o sea las dos primeras personas de la Trinidad. Veamos ahora de dónde sale la tercera.

Las primeras comunidades cristianas vieron en la predicación de Jesús (el anuncio del Reino de los Cielos) una emanación de la Voz, del Aliento Divino (nada más natural, puesto que el Hijo procede del Padre y es con Él una misma persona, que la voz del Hijo sea la del Padre).

La voz divina en la Tierra, el aliento divino *(ruah*, en hebreo), el soplo divino, cobra importancia y se transforma en otra manifestación de Dios, en la tercera persona de esa Trinidad [127].

Ya tenemos tres personas en una: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ya hemos comentado que en los retablos y cuadros antiguos se representaba el Padre en forma de anciano venerable de barba blanca con la tradicional coquetuela peineta triangular brotándole del occipucio y ataviado con un camisón blanco. El Hijo se presenta en la figura de Jesucristo, a veces llevándose una mano al corazón para que se vea el orificio de la lanza; el Espíritu Santo se representa en forma de paloma o palomo (el plumaje no nos permite, a simple vista, sexuar al ave, pero puesto que tuvo que ver directamente en el embarazo de María parece acertado considerarlo pichón).

Una vez que los primeros cristianos idearon la Trinidad divina fue fácil interpolarla en algunos escritos evangélicos, especialmente en los de san Pablo, para retrotraer su presencia a las fuentes mismas de la religión.

Así fue como el *trimurti*, la tríada de otras religiones rivales del cristianismo, se incorporó al cristianismo y se convirtió en un dogma que el cristiano está obligado a creer.

Es un modo de hablar: nadie nos obliga a creerlo. Es la fe la que nos impulsa, como un viento de popa, por los procelosos mares de la convicción católica, apostólica y romana.

¡La Trinidad! Tres velas aparejadas en las vergas (con perdón) de un mismo mástil teológico, tres velas henchidas por un viento potente —recordemos que «el Espíritu Santo sopla donde quiere» (Jn. 3, 8)—, tres velas que impulsan la frágil navecilla de san Pedro, como si de un triple fuera borda se tratara, tres velas que nos conducen, sin titubeos, a Dios [128].

No todo el mundo entiende y acata la Trinidad. Sin ir más lejos, los musulmanes nos llaman politeístas y nos acusan de adorar a tres dioses. Si fueran sólo los musulmanes, la cosa tendría un pase (podríamos atribuirlo a la envidia que nos tienen porque ingerimos, sin pecar, jamón y vino), pero es que a ese coro de abucheos se suman hoy algunos cristianos, ¡teólogos y creyentes incluso! Digámoslo en las palabras de uno de ellos: «Creer en Jesús suponía aceptar una Trinidad divina compuesta por Dios Padre, Jesús —convertido en Hijo de Dios— y el Espíritu Santo, que procederá *ab utroque*... ¡Válgame Dios!» [129]

El panorama no puede ser más desolador: moros y teólogos cristianos unidos contra el sagrado dogma, contra el misterio de la Trinidad. ¿No huele esto a chamusquina arriana? [130]

No me molestaré en refutarlos. El dogma quedará suficientemente claro e inteligible en cuanto desentrañe su esencia en las líneas que siguen, ¡Oído al parche!

Veamos: la verdad esencial es que Dios nos envía a la Tierra a un Hijo (que es Él mismo) encarnado en hombre (con todas sus servidumbres fisiológicas). Esto en sí es sorprendente, pero lo es más aún (y difícil de aceptar, lo sé, desde el mero sentido común) si pensamos que nos lo envía, no para darse un garbeo por su Creación y complacerse en la suerte como quien

dice, sino antes bien para que lo torturemos, para que nos ensañemos con él, para que lo hagamos objeto de toda clase de perrerías y finalmente para que lo crucifiquemos. ¿No es así?

Todo este horror, toda esta conculcación de los derechos humanos, toda esta injusticia flagrante, ¿por qué? Porque Dios quiere redimirnos del pecado original, Dios quiere lavar ese horrible pecado que la humanidad arrastra desde sus remotos antecesores, los tatarabuelos de Atapuerca incluidos.

¡Qué generosa actitud de Dios! Ese Dios que hace florecer a su Hijo en la matriz de una muchacha virgen, casi una niña, sin concurso de varón, solamente con un aleteo (hablo en metáfora, claro) del Espíritu Santo (Dios mismo en forma de pichón, como acordamos). Se podría objetar: pero este Espíritu Santo ¿no es la tercera persona de la Trinidad divina, sustancia misma de Dios, su *pneuma,* su *ruah*?

¡Claro que sí!

Se podría objetar: entonces, si el fecundador de la Virgen es Dios mismo, ¿cómo va la Virgen a parir a Jesucristo que es la segunda persona, el Hijo, o sea otra vez Dios mismo?

Nada más fácil. En este caso, Dios Padre se engendra a Sí mismo en la segunda persona, Dios Hijo.

Se podría objetar: si el Hijo lo es del Padre, pero al propio tiempo participa de su sustancia, resulta que, como tal, es también fecundador de la Madre.

Correcto. Evidente. Convengamos en ello.

Aquí tenemos lo que parecería una turbia relación incestuosa insinuada por el demonio: ¿el Padre es el Hijo?

—Sí.

—¿El Padre fecunda a la Virgen (Madre)?

—Sí.

Luego el Hijo fecunda a su Madre, la Virgen.

Parece evidente. ¡Ojo, estamos desentrañando el misterio de la Santísima Trinidad! Hay que estar atento para captar la idea.

Un observador imparcial podría preguntar:

—¿Hay incesto?

—¡¡¡Rotundamente, no!!! ¡No, no piense barbaridades, hombre!

—¿Y por qué no hay incesto si el Hijo es lo mismo que el Padre que fecunda a su Madre?

—Pues no lo hay porque, a pesar de las apariencias, la fecundación no se ha realizado mediante acto sexual, el metisaca ese tan gustoso que nos regala la naturaleza (y los débiles mortales no tenemos más remedio que acatar por antiestético y repugnante que nos resulte) sino de manera totalmente celestial, limpia, aséptica, como «un rayo de luz que pasa a través de un cristal sin romperlo ni mancharlo», según la inspirada expresión del catecismo del padre Astete. O sea, por inseminación divina.

Es imprescindible (desde la percepción humana) que un espermatozoide fecunde el óvulo de la Virgen de ese modo misterioso y milagroso.

—¿De dónde ha salido ese espermatozoide? —preguntarán algunos.

—¡Esas dudas, hombre o mujer de poca fe! ¿Vas a creer que el prestidigitador saca dos conejos y tres palomas de la chistera, simplemente porque lo ves, porque ocurre delante de tus ojos, y te resistes a creer que Dios Omnipotente («que lo puede todo», por extravagante y absurdo que parezca) pueda introducir un espermatozoide presencial en la matriz virginal, plegadita, intacta, de María.

¡La chistera de Dios, amigo incrédulo! ¿No tiene acaso Dios poder para quebrantar las leyes de la naturaleza que son sus propias leyes, hechas a su albedrío? ¿Acaso no se dice del legislador: «Hecha la ley, hecha la trampa»? ¿No dice también nuestro sabio refranero que el que a sí mismo se capa, buenos cojones se deja? ¿No estaba al alcance del Todopoderoso, y subrayo Todopoderoso, fecundar mágicamente a aquella muchacha?

¡Sí, rotundamente sí!

¿Pudo? Por supuesto que pudo.

¿Convino? Es evidente que convino, y mucho (no se iba a presentar el Hijo como Superman, en un cohete, ¿no?).

Pues si pudo y convino es evidente que hubo.

Es posible que esta sencilla, aunque impecable, demostración no disipe todas las dudas de los más recalcitrantes. Profundicemos un poco más.

Partamos de la existencia eterna de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. O sea, el Hijo existe (en su naturaleza divina) antes de que nazca la Virgen, existe de toda la vida como si dijéramos, desde antes del principio de los tiempos, cuando Dios (la Trinidad) se planteó la conveniencia de crear el universo, los mares, las cordilleras, los peces, la sarna, el escorbuto, la puesta de sol, la humanidad y todo eso. Bien. Vayamos ahora al complicado parentesco que se deduce de los tratos de la Trinidad con la Virgen.

Advierto al lector que vamos a entrar en los dominios de la teología pura y dura: vamos a continuar desentrañando el misterio de la Santísima Trinidad, para que se vea que, con un pequeño esfuerzo sumado a una porción de buena voluntad, todo se aclara y se entiende.

Si Dios Padre es, por un lado, Esposo o Fecundador de la Virgen (la deja embarazada, ¿no?), y por otro lado es el Hijo de la Virgen (Jesús, el Hijo, la segunda persona de la Trinidad, es el resultado del embarazo, ¿no?), entonces resulta que el Hijo es, en su calidad de Padre, el Suegro de su Madre, la Virgen, y que la Virgen es a la vez Madre y Nuera de su Hijo (Madre porque lo pare; Nuera porque el Padre, que es el Hijo, le ha cedido al Hijo, que es el Padre, como esposo (el circunstancial esposo que requiere la preñez, claro, en su personificación de la tercera persona, o sea el Espíritu Santo que es el agente real de la preñez)). El Padre, Dios que fecunda a la Virgen, es parte integrante, trinitaria, del Hijo, su Esposo Dios Padre como Padre del Hijo.

No sé si me explico. Ya sé que es difícil de entender, me hago cargo, pero si uno se pone a cavilar y profundiza en ello (aun a riesgo de no volver a emerger) [131], se entiende perfectamente. La Iglesia, siempre providente, lo ha declarado misterio para evitarnos quebraderos de cabeza y que tengamos que fundirnos las meninges intentando desentrañar el rompecabezas. La Iglesia es como una madre que vela por nosotros, por nuestro bienestar, y no quiere que nos angustien dudas absurdas. Por eso declara sus misterios, para quitarnos de líos [132]. Como a hijos pequeñuelos, corderillos mimados de su rebaño, nos suministra la papilla de alfalfa espiritual fácil de digerir.

Ya hemos aclarado que la Virgen resultó preñada, sin dejar de ser virgen, una niña inocente, puro candor, que ignoraba todo lo referente al acoplamiento animal, a la cópula, a la horrorosa y agresiva penetración, ese tanteo babeante, instrumento en mano, esas acuciosas pasadas a lo largo de los labios mayores, desde la depresioncilla clitoreidal hasta el perineo, apartando los húmedos y ensortijados pendejos, hasta dar con el esquivo

orificio vaginal, esa presión entre dolorosa y gustosa para salvar la pequeña resistencia del plegado microlabial, ese intercambio y trasiego de sudores, humores, fluidos seminales y vaginales, la cabalgada que comienza *allegro, ma non troppo* y remonta hasta llegar al *staccato* furioso, el cambio de suerte, ella debajo, ella arriba, de lado, la flor de loto, la iglesia sobre el campanario, la inversión de Lao-tsé, la borriqueta extremeña, en fin, el repertorio postural occidental que eludo explicar porque todos lo conocemos sobradamente por haberlo experimentado una y otra vez (¡y nos llamamos cristianos!) y, finalmente, la sacudida nerviosa, el extenuante espasmo orgásmico (más extenuante si es múltiple). Todo ese trasiego realmente asqueroso, si uno lo piensa fríamente, que suele establecerse entre un hombre y una mujer cuando cohabitan con la intención de procrear o por el mero gusto que da, como hacen algunos (¡y pecan!).

¡Esa es la hermosura del misterio de la Santísima Trinidad! Y no me lo olviden los tibios y los dudosos, los que a todo le ponen objeciones (¡porque, en el fondo, les flaquea la fe!), que el de la Santísima Trinidad es dogma, además de misterio [133].

¿Qué significa esto?

Significa que hay que creerlo a puño cerrado, sin sombra de duda, y que lo que te va en ello no es un empeño baladí, ¡es la eterna salvación de tu alma, de tu *ruah*!

Nada menos.

Como dice san Cesáreo de Arlés: *Fides omnium christianorum in Trinitate consistit* («La fe de todos los cristianos se cimenta en la Santísima Trinidad»).

Ya sé, me hago cargo, que estas explicaciones pueden parecer forzadas, que toda esta historia esencial del fenómeno cristiano puede parecer una sarta de embustes, de fábulas sin pies ni cabeza, de planteamientos descerebrados, que a un observador imparcial podría parecerle que los curas quieren hacernos comulgar con ruedas de molino.

¡Ahí reside la grandeza del asunto!

Que sea un misterio (o que fuera, antes de nuestra brillante exposición) no quiere decir que no podamos estudiarlo científicamente hasta delimitar sus propiedades y alcances. En este sentido se ha manifestado recientemente el

cardenal Javier Lozano Barragán, presidente del Consejo Pontificio para la Salud (el equivalente a un ministro de Sanidad del Vaticano), que ha señalado que «en el ADN podemos encontrar a la Santísima Trinidad», dado que se trata de un ácido basado en la «complementariedad mutua» [134].

Ya metidos en harina intentaré resumir, para los que no se saben el credo, los puntos en los que un cristiano debe creer [135]:

—En el tiempo de nuestros ancestros, un hombre nace de una madre virgen sin que en esa preñez intervenga un padre biológico.

—El mismo hombre sin padre grita a un amigo suyo llamado Lázaro, muerto hacía tiempo suficiente como para que hediera, y Lázaro vuelve rápidamente a la vida.

—El propio hombre sin padre vuelve a la vida tras haber muerto y haber permanecido enterrado durante tres días.

—Cuarenta días después, el hombre sin padre sube a un cerro y se eleva en el aire hasta que desaparece en la estratosfera, la capa atmosférica que envuelve a la troposfera a una distancia de la superficie de la Tierra que oscila entre los diez y los cincuenta kilómetros, donde la temperatura aumenta progresivamente hasta alcanzar los diecisiete grados centígrados, desde los cincuenta y cinco bajo cero de la tropopausa. Se sospecha que pudo ascender incluso más arriba, a los inmensos espacios siderales.

—Si murmuras pensamientos privados en tu cabeza, el hombre sin padre y su «Padre» (que también es Él mismo) oirá tus pensamientos y puede actuar según ellos. Simultáneamente, es capaz de oír los pensamientos de todo el resto del mundo.

—Si haces algo malo, o algo bueno, el mismo hombre sin padre lo ve todo, incluso aunque nadie más lo vea. Puedes ser recompensado o castigado en función de ello, incluso después de tu muerte.

—La virginal madre del hombre sin padre nunca murió, sino que «ascendió» corpóreamente al cielo (estratosfera, etc.).

—El pan y el vino, si se bendicen por un sacerdote (que tiene que tener testículos, de lo contrario la Iglesia no lo ordenaría, como no ordena a las mujeres, por muy provistas de ovarios que se presenten), «se convierten» en el cuerpo y en la sangre del hombre sin padre.

—Sobrevivirás a tu propia muerte.

—Creer en Dios es una virtud suprema. Si ves que tus creencias están vacilando, trabaja intensamente para restaurarlas, y ruega a Dios que te ayude en tu incredulidad.

—La fe (creer sin pruebas) es una virtud. Cuanto más desafíen tus creencias a las pruebas, más virtuoso serás. Los creyentes virtuosos que se las arreglan para creer algo verdaderamente extraño, sin apoyo e insoportablemente, en oposición directa con las pruebas y con la razón, son recompensados de forma especial.

—Todo el mundo, incluso aquellos que no tienen creencias religiosas, deben respetarlas con un nivel de respeto automático e incuestionable, más alto que el que se presta a otros tipos de creencia.

—Hay algunas cosas extrañas (como la Trinidad, la transustanciación, la Encarnación) que mejor no intentamos entender. No nos obcequemos, incluso, en intentar comprender una de ellas, porque ese empeño puede destruirnos. No nos introduzcamos en camisa de once varas y llamémoslas «misterios».

Dejemos a un lado nuestro razonamiento anterior sobre el misterio de la Santísima Trinidad, tan perfectamente estructurado que no admite réplica, lo sé, y vamos a admitir, por un momento, que todo el dogma, la doctrina, las Escrituras, la vida de Jesús que nos cuentan los Evangelios y demás marketing eclesial, todo eso sólo encierra una sarta de fábulas absurdas, de mentiras, de embustes (es lo que parecen a la luz de la limitada inteligencia humana, lo admito). Pues bien: de todas esas supuestas mentiras surge una verdad, la Verdad esencial, la VERDAD con mayúsculas, nuestra religión, la verdadera, la católica, apostólica y romana.

¿Cómo no ver en ello la mano de Dios, la confirmación de que se trata de la verdadera religión, la que Dios, el único, quiere que observemos?

CAPÍTULO 8

¡Dónde fue a nacer!

Jesús era judío y pobre. Sólo le faltaba ser negro para reunir las tres mejores condiciones para triunfar en la vida, según el cantante judío, pobre y negro Sammy Davis (que, además, era tuerto, para rematar la faena). Sin embargo, quitando el contratiempo de la crucifixión (que soportó por exigencias del guión, podríamos decir) es evidente que Jesús triunfó en la vida, aunque fuera después de muerto: es, con Mahoma, el personaje más importante e influyente de la historia de la humanidad. A fuer de justos, debemos consignar que tampoco jugaba en la carrera de la vida en igualdad con sus semejantes porque detrás de su fachada de judío pobre que se ganaba la vida como predicador, curandero y exorcista, Jesús se guardaba un as en la manga: era el Hijo de Dios. Nada menos. ¡Era Dios!

En las páginas que siguen vamos a examinar la figura de Jesús, pero antes es menester que previamente lo situemos en su contexto. Y para ello vamos a comenzar con un leve recuento de las peculiaridades del pueblo judío, en cuyo seno nació.

La Biblia nos habla de un patriarca del que descienden todos los judíos: Abraham, natural de Ur, en la actual Iraq, una tierra entonces pacífica y hasta puede que habitada por personas razonables. Ur no estaba lejos del lugar donde los ríos Tigris y Éufrates juntan sus aguas antes de desembocar en el golfo Pérsico. Una tierra rica, con regadíos, árboles frutales y buenos pastos.

Pero Abraham debió de tener poderosos motivos para emigrar. ¿Deudas, presión fiscal, líos de faldas? No lo sabemos. Lo cierto es que un buen día reunió a su extensa familia, hijos, nietos, primos, etcétera, lió el petate y marchó en busca de mejores oportunidades.

—¿Adonde vamos, padre? —le preguntaban los yernos.

—A donde Dios provea.

Primero remontó el Éufrates siguiendo el camino de las caravanas hasta

llegar a Harrán, en la actual Turquía. Culillo de mal asiento, tampoco le satisfizo el lugar, así que reemprendió el camino y descendió a través de los Altos del Golán para establecerse en la tierra de Canaán (actuales Israel y el Líbano).

La familia de Abraham creció en las nuevas tierras hasta que una pertinaz sequía agostó los pastos y los obligó a emigrar de nuevo, esta vez a Egipto, en busca de mejores oportunidades.

Eso dice la Biblia. Pero la Biblia no es un libro histórico, aunque contenga elementos históricos.

¿Existió Abraham o es una mera leyenda, un personaje imaginario inventado para que los distintos clanes y tribus israelitas dejaran de zurrarse por un pozo, por un pastizal o por un dátil y se hermanaran bajo la égida de un antepasado común?

Sobre este punto los historiadores mantienen opiniones encontradas. Los minimalistas sostienen que no tenemos pruebas, que todo lo que cuenta la Biblia es leyenda embustera; los maximalistas creen ver algo de verdad, aunque tampoco mucha.

¿Y lo del cautiverio de Egipto y el vagabundeo por el desierto, con parada y fonda en el monte Sinaí para la entrevista de Moisés con Yahvé, antes de proseguir la *errancia* hasta alcanzar la Tierra Prometida?

Lo mismo: los minimalistas, que es pura fábula; los maximalistas que algo habrá de verdad cuando tanto se insiste.

Los datos proceden de la Biblia y no cuentan con otro refrendo textual, pero la arqueología ofrece a veces indicios válidos sobre los que los maximalistas construyen sus hipótesis.

Hubo, al parecer, una dinastía egipcia de origen semita, los hicsos, que procedían de Canaán o aledaños. Hacia —1600 una pertinaz sequía agostó los pastos y las fuentes y pudo obligar a los israelitas, con su patriarca Jacob al frente, a trashumar a Egipto al amparo de estos hicsos, sus primos lejanos.

Pudiera ser.

Lo malo es que los egipcios expulsaron a los hicsos poco después, y aunque en un principio permitieron la permanencia de los israelitas en el delta, aprovechando que eran buenos pastores, las relaciones entre las dos comunidades se fueron deteriorando hasta que en el siglo —XIII casi todos

los israelitas se vieron enrolados a la fuerza, casi esclavizados, en las obras públicas del faraón.

Los egipcios construían grandes fortalezas en sus fronteras para afrontar la amenaza de los llamados pueblos del mar y no se andaban con miramientos a la hora de reclutar fuerza de trabajo.

Los israelitas, descontentos con el cambio, decidieron regresar a sus tierras de origen en Canaán (Ex. 12, 38) y tuvieron sus más y sus menos con el faraón, que se resistía a concederles el visado. Al final, fuera por lo de las plagas que desencadenó Moisés (dudoso) o por otro motivo más creíble (que desconocemos) el faraón los dejó marchar.

¿Cruzaron los israelitas el mar Rojo *(Yam Suf)* que abrió sus aguas como sabemos por la película *Los diez mandamientos*?

No se sabe.

¿Qué ruta siguieron en el Sinaí?

Tampoco se sabe.

¿Dónde está el monte Sinaí donde Yahvé se apareció a Moisés?

Vaya usted a saber. Pudiera ser, aunque es dudoso, el monte que hoy se identifica como Sinaí. Por cierto, que tiene a su pie el monasterio de Santa Catalina, desde cuya hospedería parten los turistas para ascender a la montaña por un sendero tortuoso jalonado por tramos de escalones, algunos tallados en la piedra.

Hay también un oasis Ein Qudeirat (¿el Kadesh Barnea de la Biblia?), donde pudieron acampar los israelitas cuarenta años antes de llegar a la Tierra Prometida.

En el desierto del Sinaí no han quedado pruebas, a lo mejor porque todo es pura leyenda, pero los arqueólogos detectan una migración y la fundación de nuevos poblados en el altiplano de Judá hacia los siglos —XIII y —XII.

¿De dónde procedían estos colonos?

Algunos de la costa, huyendo de los filisteos (uno de los misteriosos pueblos del mar) recién desembarcados. Otros parecen proceder del este.

¿Eran estos nómadas los israelitas recién llegados a la Tierra Prometida después de vagar cuarenta años por la península del Sinaí? Pudiera ser.

Dice la Biblia (pero la verdad sólo Dios la sabe) que Moisés ascendió a la cumbre del monte Sinaí y se entrevistó con Yahvé, el verdadero Dios, que se le apareció en forma de una zarza que ardía sin quemarse (¿alucinación visual y auditiva?, ¿había ingerido Moisés alcohol o sustancia psicotrópica?). El caso es que Yahvé alcanzó un acuerdo solemne con el israelita, o al menos eso fue lo que él contó a su regreso. Yahvé estaba dispuesto a adoptar a los israelitas como pueblo elegido y les prometía regalarles Canaán, el hogar de sus ancestros, «la tierra que mana leche y miel» (no existían entonces leyes contra la publicidad engañosa), a cambio de que lo adoraran sólo a Él, desterrando a los demás dioses [136].

Cerraron el trato y Yahvé le entregó a Moisés dos tablas de piedra en las que Él mismo había cincelado las diez exigencias o mandamientos básicos, dejando al albedrío de Moisés la redacción de otras prohibiciones menudas que dificultaran aún más la vida de los fieles y una minuciosa serie de preceptos contenidos en la Ley mosaica (Torá), que regulaba hasta el más mínimo detalle la vida de los judíos, como la obligación de circuncidar a los hijos varones, la prohibición de trabajar en sábado, y múltiples reglas alimenticias, como evitar la carne de animales de pezuña hendida (¡el consumo de jamón declarado pecado, imagínense!), de criaturas marinas desprovistas de escamas (¡lo que excluye las gambas y los langostinos!), de mezclar en la misma comida leche y carne, de purificarse después de la eyaculación o de la menstruación y un largo etcétera.

También dejó a su albedrío la elección de una clase sacerdotal. Moisés designó para este menester a una de las doce tribus, la de Leví.

El pacto estaba claro, pero hay que reconocer que ninguna de las partes lo cumplió satisfactoriamente. Los israelitas se descantillaban al menor descuido y daban en adorar a los dioses y diosas de los pueblos vecinos, más permisivos que el suyo (que ni siquiera se dejaba representar, mientras que, por ejemplo, la Astarté de los fenicios era una estupenda morenaza con las tetas al aire, ¡no hay color!). Yahvé, por su parte, los condujo a Canaán, una tierra francamente pobre, cuatro piedras peladas hirviendo al sol en medio de un desierto poblado de lagartos, donde los arroyos de «leche y miel» se revelaron como una broma pesada: de agua medio salobre y gracias.

No protestaron. ¿Para qué? ¿No era la tierra de Canaán lo que habían añorado desde el cautiverio de Egipto? Pues toma Canaán.

Si hubieran andado más listos, con la fama de sagaces que tienen, le habrían pedido a Yahvé que guiara a los egipcios a Canaán y los dejara a ellos en el Nilo [137].

¿Se imaginan? En este caso Jesús habría nacido, vivido, muerto, resucitado y ascendido a los Cielos en Egipto y los turistas cristianos podríamos visitar de una tacada pirámides y santos lugares.

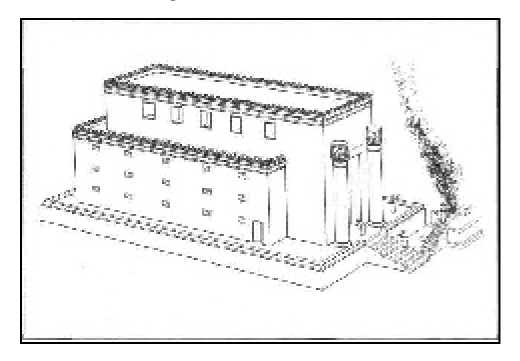
Por otra parte, Yahvé cumplió deficientemente su parte del trato: les prometió a los judíos la posesión perpetua de Canaán y sin embargo los ha dejado reiteradamente con el culo al aire ante las sucesivas potencias ocupantes de aquellas comarcas (Asiria, Babilonia, Persia, Macedonia, Egipto, Roma, el islam...), lo que los profetas y la clase sacerdotal, todos ellos vendidos a Yahvé (del cual comen), disculpan atribuyéndolo no a que Yahvé flaquee ante el poder de los dioses rivales, los de los pueblos vencedores [138], sino a que ése es su modo de castigar las veleidades del pueblo elegido.

Algunos hipercríticos estudiosos de la Biblia han sospechado que en realidad todo lo referente a Yahvé no era más que una patraña urdida por Moisés y los sacerdotes para cohesionar las doce tribus de Israel y vivir a costa del contribuyente. Esta ausencia de Yahvé, un Dios tan imaginario como todos los demás, explicaría que el «pueblo elegido» se haya visto tan a menudo dejado de la mano de Dios.

Esto es lo referente al mito y a sus consecuencias históricas. Ahora bien, si acudimos a la historia pura y dura, comprobable por documentación escrita y arqueológica, no estamos seguros de que los israelitas sufrieran cautiverio en Egipto. Lo que está probado es que hacia —1550 los egipcios conquistaron Canaán e impusieron tributos a los diferentes pueblos que lo habitaban, entre ellos a los *hapiru* («hebreos»). Cuando, cuatro siglos más tarde, los egipcios se retiraron de Canaán, dos pueblos de la zona ocuparon el vacío que dejaban: los israelitas en el interior y los filisteos en la costa. En el siglo —XI los filisteos intentaron ocupar las tierras de los israelitas, pero éstos se unieron bajo el mando del caudillo Saúl y ofrecieron enconada resistencia. El rey David, sucesor de Saúl, ocupó Jerusalén en el año —1000 y constituyó un reino que derrotó finalmente a los filisteos [139].

Debido a su estratégica posición, en el centro de todas las rutas de caravanas que comerciaban en el llamado Fértil Creciente [140] el reino de

Israel progresó en manos de su hijo Salomón.



El Templo de Salomón. Álvaro Rendón.

Salomón construyó en Jerusalén el primer Templo, centro de la religión judía, y allí estableció la morada de Dios, en el arca de la Alianza, un baúl chapado de oro que encerró en una cámara secreta, sin ventanas, el sanctasanctórum, en la que, una vez al año, entraba el sumo sacerdote acompañado de su sucesor para pronunciar en voz baja el *Shem Shemaforash* o Grandísimo Nombre, el nombre secreto de Yahvé que sólo estas dos personas conocían. El *Shem* es el Nombre que Él le había revelado en el Sinaí a Moisés. De esta manera, Israel renovaba anualmente su pacto con Dios.

Después de Salomón, los israelitas se dividieron en dos reinos: al norte, Israel, con capital en Samaria; al sur, Judá, con capital en Jerusalén.

Entre —722 y —700, Asiria, nueva gran potencia procedente del valle del Tigris, en el centro de Iraq, conquistó los dos reinos, Israel y Judá.

Los asirios deportaron a parte de la población de Israel siguiendo su política con algunos pueblos vencidos, pero a Judá sólo le impusieron abrumadores tributos.

Un siglo después, en —612, una nueva potencia, Babilonia, derrocó a los asirios. El rey babilonio Nabucodonosor conquistó Judá, destruyó Jerusalén —incluido el templo de Salomón, la morada de Yahvé— y deportó a la población (cautividad de Babilonia). Fue un golpe difícil de encajar, porque venía a demostrar que Yahvé era inferior a otros dioses, o, por lo menos consentía que la profanación del sanctasanctórum de su templo quedara impune. En esta destrucción debió de perecer la famosa arca de la Alianza, morada de Yahvé, que no vuelve a mencionarse en la Biblia. También es posible que, viéndolas venir, la pusieran a salvo [141].

Desde entonces la historia de Israel fue una sucesión de desgracias. Los judíos no volvieron a recuperar su independencia hasta 1948, con la fundación del Estado de Israel. Primero estuvieron sometidos a otras grandes naciones de la zona: persas, tolomeos de Egipto, seléucidas de Siria, o romanos; después, dispersos por esos mundos.

No adelantemos acontecimientos. En —539, los persas (un nuevo poder emergente) conquistan Babilonia y su Imperio. Los persas permitieron que los judíos regresaran a su antiguo hogar (excepto diez de las doce tribus, que hoy siguen perdidas). De nuevo en casa, lo primero que hicieron los judíos fue reconstruir su templo de Jerusalén.

En —332 Alejandro Magno, joven rey de Macedonia (al norte de Grecia) conquistó el Imperio persa, pero murió joven y sus generales se lo repartieron. Egipto e Israel le correspondieron a Tolomeo, que fundó una nueva dinastía. De los tolomeos, Israel pasó a los seléucidas, otra dinastía con sede en Siria.

Uno de los monarcas seléucidas, Antíoco IV Epifanes, deseoso de helenizar a sus súbditos (o sea, domesticarlos y convertirlos a la cultura griega, más tolerante y abierta que la judía) profanó el templo de Jerusalén en —167. Nunca lo hiciera porque los suspicaces judíos se alzaron en armas bajo la dirección de los macabeos (una influyente familia de su nobleza) y recuperaron su independencia. La ilusión de constituir de nuevo un Estado les duró casi un siglo (entre —142 y —63) hasta que la poderosa Roma lo sojuzgó.

Roma era la superpotencia del siglo I. Había sometido a todos los pueblos mediterráneos, a unos como provincias de su Imperio y a otros como Estados satélites relativamente autónomos.

Bajo Roma, la antigua tierra de Israel se dividió en varios Estados. En el mayor de ellos reinaba Herodes el Grande desde el año —37.

Cuando Herodes el Grande falleció el año —4, dejando a su pueblo más regocijado que pesaroso, sus posesiones se repartieron entre varios hijos suyos:

—Herodes Antipas (el que decapitó a san Juan Bautista) heredó Galilea y Perea.

—Filipo heredó Auranítida, Panea, Gaulanítida y otras provincias del

norte.

—Arquelao heredó Judea, Samaria e Idumea, aunque, debido a su mal gobierno, los romanos se la arrebataron diez años después para administrarla directamente por medio de un prefecto o gobernador, Poncio Pilato.

Poncio Pilato estaba subordinado al legado imperial en Siria, pero gozaba de cierta autonomía y podía dictar sentencias de muerte *(ius gladii)*. Normalmente residía en Caesarea Marítima, la capital administrativa, en la costa, una ciudad más romana, pero en las grandes fiestas religiosas, especialmente en la Pascua, se trasladaba a Jerusalén para que los judíos no olvidaran quién mandaba allí. Pilato mantenía relaciones cordiales con el sumo sacerdote del templo, máxima autoridad religiosa de los judíos, al que permitía cierta autonomía en Jerusalén y su entorno.

El sumo sacerdote gobernaba con ayuda del Sanedrín, una curia asociada al templo. La mayoría de los ancianos del Sanedrín procedían de antiguas familias saduceas que vivían estupendamente del negocio religioso. Algunos hipercríticos se empeñan en comparar a este estamento con la pandilla de farsantes de la curia vaticana (así los llaman, con desprecio de la caridad cristiana) y establecen paralelismos entre la opulencia de los saduceos y la que creen advertir en los cardenales por el simple hecho de que se vean obligados a vestir el cargo con automóviles de lujo, palacios opulentos, vestiduras espléndidas cuya confección vale un dineral y manjares *boccati di cardinali boccone* ingeridos en los comedores privados de los restaurantes más exquisitos o en sus palaciegas mansiones romanas. Y yo me pregunto, ¿nos merecerían el mismo respeto y la misma devoción si vistieran ropas modestas, como Jesús y sus apóstoles, como cualquier sacerdote pueblerino de misa y olla, tabacazo y dominó en el casino o como esos curas de la parroquia disidente de Madrid (hoy centro pastoral San Carlos Borromeo) que se disfrazan de pedigüeños para atraerse a la clientela? No, desde luego que no. Los curas deben vestir (y vivir) como curas, los obispos como obispos y los cardenales como cardenales. Que cada cual vista y viva según su rango y no nos mareen ni despisten más al rebaño, que ya no sabemos dónde pastar ni a qué pastor seguir en nuestro ovino peregrinar hacia los predios celestiales.

Dejemos entonces las cosas como están y que los cardenales y curiales vaticanos disfruten norabuena de esos privilegios y de esa vida regalada que se ganan día a día, a pulso, como anticipo de los goces del Paraíso.

Los israelitas, que constituían la población mayoritaria en Judea, Galilea y demás territorios de la antigua Israel, profesaban una única religión, la judía, pero estaban divididos en diversos grupos y sectas religiosas y políticas: saduceos [142], fariseos (rigurosos observantes de la Ley), zelotes (independentistas exaltados) y otras sectas más puramente religiosas: bautistas, esenios, qumranitas...

Casi todos aspiraban a independizarse de Roma, aunque discrepaban sobre el procedimiento a seguir. Todos ellos ansiaban el cumplimiento de las antiguas profecías que prometían el advenimiento de un caudillo o Mesías que liberaría a Israel de los invasores y restauraría el Reino de Dios en los últimos tiempos y con él la paz y la armonía universales [143]. Muchos interpretaban, por diversas señales, que la llegada de estos últimos tiempos era inminente y que el Mesías liberador se manifestaría en cualquier momento. El caso era consolarse de la humillación, que ya duraba varios siglos, de que, Israel, siendo el «pueblo elegido» por Dios, estuviese siempre sometido a otros.

Jesús hablaba arameo, la lengua de Israel, emparentada con el hebreo. Es posible que también chapurreara algo de griego porque Galilea estaba muy helenizada (el helenismo era la cultura internacional de los dominadores romanos). En cuanto a la escritura, casi todos los hipercríticos coinciden en afirmar que Jesús era probablemente analfabeto [144], como la inmensa mayoría de sus contemporáneos.

En aquella encrucijada de culturas que era Israel, los judíos estaban familiarizados con las creencias de otros pueblos mediterráneos y orientales (religiones mistéricas persas, siríacas, egipcias, de Asia Menor, helénicas...) y con la filosofía gnóstica, casi una religión nacida de la confluencia del pensamiento y la religión [145].

Jesús, interesado desde pequeñito por los temas religiosos, eso es obvio, como que era Hijo de Dios, tendría algún conocimiento de los cultos helenísticos y de sus iniciaciones mistéricas y gnósticas, que eran tema de conversación en ciertos ambientes. Los esenios, una secta judía, también mantenían su catequesis. Por su parte, san Juan Bautista iniciaba a sus seguidores bautizándolos en el Jordán [146].

¿Qué panorama religioso encuentra Jesús?

El judaismo estricto se practicaba más en Jerusalén, la ciudad del

templo, en la que convivían varias sectas o grupos, el *establishment* de Israel. El principal lo constituían los saduceos, importantes familias sacerdotales que controlaban el templo y sus servicios. El templo, sede de la religión mosaica, venía a ser una especie de Vaticano de los judíos: constituía una estupenda fuente de ingresos que a los que estaban en la pomada les permitía vivir lujosamente.

¿Tan adormecida tenían la conciencia?, se preguntará el lector.

Natural. Con tal de mantener sus privilegios, no les importaba colaborar con los ocupantes romanos.

En Galilea, la influencia del templo de Jerusalén y de sus sacerdotes era menor que en Judea. Galilea era una región conflictiva en la que mediaba un abismo social entre la clase dominante galilea, helenizada y urbana, y la clase campesina, empobrecida y hostil.

Los fariseos constituían una secta de personas muy religiosas dispuestas a cumplir al pie de la letra las abundantes prescripciones de la Ley mosaica. Creían en el Cielo, en el Infierno y en la resurrección de los justos dentro de un nuevo cuerpo que duraría eternamente.

Lejos de Jerusalén, en el desierto sobre el mar Muerto, los esenios, otra secta reunida en una especie de comunidad monástica, interpretaban la Ley a su manera. Los esenios ocultaron sus libros en las cuevas de Qumrán antes de que los romanos los exterminaran el año 68. Estos libros se encontraron por casualidad en 1947, cuando un aburrido pastorcillo árabe que apacentaba un rebaño de cabras lanzó una piedra dentro de una cueva y percibió el sonido de una vasija rota [147].

—¡Coño, ahí dentro hay algo! —se dijo.

Trepó por el balate, penetró en la cueva y encontró un depósito de cántaros que contenían los famosos escritos de Qumrán. Hablaremos del asunto cuando le toque.

Finalmente, terminaremos el catálogo de las sectas con los bautistas, pobres y desheredados seguidores de Juan el Bautista (o el Inmersor), un predicador que propugnaba una simplificación de los complejos ritos judíos centralizados en el templo. Lo llamamos el Bautista (o el Inmersor) porque realizaba un rito bautismal con el que, según él, Dios te lavaba los pecados y te eximía de las molestias y los gastos de peregrinar a Jerusalén y sacrificar

en el templo tres veces al año, como marcaba la Ley, lo que ocasionaba un gran trastorno a los pobres y una considerable ganancia a los saduceos.

Para completar el cuadro añadamos a los independentistas y violentos zelotes, unos aberzales partidarios de sacudirse el yugo romano por las bravas.

El cristianismo primitivo se nutriría de bautistas y zelotes, la tradicional clientela de las clases bajas y desheredadas. Muchos zelotes evolucionaron desde sus iniciales planteamientos violentos a la mansedumbre evangélica tras el descalabro del Gólgota, cuando el héroe independentista Jesús fracasó en su intento de iniciar un levantamiento general contra los romanos. Los seguidores de Jesús lo consideraban el Mesías esperado que los liberaría de Roma. Su crucifixión demostró que no era el caudillo político anunciado por las profecías. Después de un primer momento de dolorosa perplejidad, lo reciclaron hasta convertirlo en un Mesías espiritual. Sobre todo esto volveremos más menudamente en las páginas que siguen.

Los judíos a los que predicaba Jesús estaban sometidos a Roma, cuya cultura helenística incluía los cultos mistéricos, tan distintos de la religión mosaica de Israel.

Los fundamentalistas judíos no toleraban que otros dioses compitieran con el suyo, ese Dios malhumorado y celoso que exigía de sus fieles sumisión absoluta.

En este contexto nace Jesús y crece entre los menesterosos galileos, los más inclinados a meterse en líos. Los galileos eran pobres de solemnidad con tendencia a empeorar. Por una parte, como galileos, pagaban tributos al Estado, y por otra, como judíos, los pagaban al templo de Jerusalén, la autoridad religiosa (la Iglesia recaudadora, el negocio de los saduceos).

Las ciudades más importantes de Galilea eran Tiberíades, la capital, Cafarnaún (donde Jesús desarrolló gran parte de su actividad) y Séforis. A escasos kilómetros de esta última estaría Nazaret, el supuesto pueblo natal de Jesús que, en realidad, no existió [148].

¿Cómo que no existió? Entonces, ¿por qué lo ponen en los mapas y por qué lo mencionan a cada paso los Evangelios?

Todo tiene su explicación.

La aparición en las fuentes de este pueblo inexistente en tiempos de

Jesús tiene una motivación teológica: la de justificar que Jesús se presente como «el Nazareno» [149]. La palabra original, *nazarita* o *nazareo*, alude al judío que profesa el *nazir*, un voto ascético propio de los judíos más fanáticos y religiosos [150]. Estos ascetas se dejaban crecer el pelo como señal de la promesa. En este sentido no va descaminada la iconografía al uso que nos presenta a Jesús luciendo cuidada melena [151].

CAPÍTULO 9

La Virgen recalcitrante

En la aldea donde nació Jesús (que no sabemos cómo se llamaba), apenas unas docenas de casas diseminadas por el valle, un buen día estalla la noticia: María, la hija de Joaquín y Ana, un matrimonio muy conocido y respetado de la localidad, está embarazada no se sabe de quién (Mt. 1, 18) [152]. Desde luego, lo que venga no es de José, el honrado carpintero con el que los padres habían acordado casarla [153]. José, un hombre formal y respetuoso con el que la muchacha no ha mantenido trato carnal alguno. Hay que advertir que el matrimonio judío constaba de dos actos jurídicos: en el primero los padres de la novia acordaban formalmente el enlace con la parte contraria, se fijaba la dote, la fecha de la ceremonia y demás detalles. Esta promesa de boda era un compromiso de matrimonio en firme, aunque todavía excluía la consumación carnal. No obstante, en el tiempo que mediaba entre las dos ceremonias, un desliz sexual de la prometida se consideraba adulterio. En el caso que nos ocupa las malas lenguas propalarían que María había cornificado a José unos meses antes de la boda.

Podemos imaginar que el escándalo fue considerable en un pueblecito tan pequeño como el presunto Nazaret, donde todo el mundo se conocía. Con el agravante de que, privados como estaban de televisión y de revistas del colorín, la murmuración de las vecindonas (y vecindones) se alimentaba forzosamente de los escándalos producidos en la propia comunidad. Imaginemos los corrillos de comadres en el lavadero, en la fuente, en el horno comunal, en el zoco...

—¡Anda que no nos tenía engañados, tan modosita, la mosquita muerta! —diría una.

—¿Qué ha pasado? —preguntaría una vecina maligna, haciéndose de nuevas.

—Pues ¿qué va a pasar? María, la de José, que se ha comido la merienda antes de llegar al campo.

—¡Qué vergüenza! —exclamaría la otra—. ¿Y quién le ha hecho el bombo?

—¡Ah, no se sabe! —intervendría una tercera—. ¡El carpintero está que trina y pensando en repudiarla!

—¡Lo natural!

Empezarían las especulaciones sobre la identidad del padre de la criatura: ¿será un soltero, será un casado, será un viajante de comercio, será el cobrador de la contribución, será el lechero, será un pariente, será un extraño?

Para acallar los rumores, a la muchacha no se le ocurre otra cosa sino decir que se le había presentado un ángel del Cielo y le ha anunciado que el hijo que va a tener es ¡de Dios! [154]

—La niña asegura que el hijo se lo ha hecho el de Arriba, anunciado por un ángel —comenta sarcásticamente una vecina en la cola de la fuente.

—¡Qué desfachatez! —exclama otra—. ¿Se cree que somos tontos, o qué?

Imaginemos el bochorno de José, el prometido, y el papelón que le cupo representar en este sainete. El honrado artesano, vástago de una familia intachable, que nunca dio que hablar. Desearía que se lo tragara la Tierra cada vez que se personaran clientes en el taller con el pretexto de encargarle la reparación de unas narrias o el presupuesto para una mesa matancera.

Los de más confianza, ¡quién sabe si no eran los peor intencionados!, le testimoniarían su pesar por el desliz de su prometida: «Esa muchacha descarriada no te merece, quién lo iba a pensar, tan modosita como parecía, etc.»

Imaginemos también el bochorno de los padres, tan respetables, Ana y Joaquín, en cuya familia jamás se había producido un escándalo semejante. Con razón son santos, en unión del paciente José. A pulso se lo ganaron.

En aquellas circunstancias, José, siempre tan caballeroso, mostró la madera de la que estaba hecho, de ébano para arriba, y contra la opinión general mantuvo su compromiso de casarse con la muchacha.

Hay que verlo en su contexto para apreciarlo. Haciendo de tripas corazón, el santo varón demostró su bondad innata y en lugar de repudiar a aquella novia, a todas luces adúltera (eso parecía a la apreciación del

vecindario), se hizo cargo de la situación, cerró temporalmente la carpintería, o quizá la dejó a cargo de sus oficiales y aprendices, armó el hatillo, se lió la manta a la cabeza, aparejó la burra y se llevó a la embarazada lejos de allí para que pariera donde nadie los conociera y no los señalaran con el dedo [155].

Después del episodio de Belén, san José ya ha cumplido su papel en esta historia y no vuelve a aparecer por parte alguna [156]. En el resto de los Evangelios y demás papeles de la Iglesia se deduce que la Virgen es viuda y aunque estaba de muy buen ver (no hay más que repasar sus numerosas representaciones artísticas) no se volvió a casar, no porque no pudiera (que hay que suponer que los pretendientes los tendría a manojitos, siendo, además de viuda, virgen), sino precisamente por preservar esta virginidad y la dignidad que le confería ser madre de Jesús [157].

Según los Evangelios, Jesús tuvo seis hermanos (Mc. 6, 3; Mt. 13, 55) [158]. Los primeros cristianos aceptaban que fueron hijos de José y María, nacidos después de Jesús, cuando el matrimonio se formalizó [159]. A finales del siglo IV se impuso la idea de que María fue virgen no sólo en la concepción de Jesús, sino también durante el parto y después del parto (más difícil todavía), lo que terminaría siendo dogma de la Iglesia, los comentaristas maquillaron convenientemente esta incómoda mención evangélica haciendo pasar por hermanastros a los hermanos de Jesús, hijos de un primer matrimonio de José, que era viudo [160]; o bien explicando que la palabra *hermanos* significa, en realidad, «primos» o «parientes próximos» [161]. De las dos maneras se arregla el desaguisado. Los protestantes, sin embargo, con esa proclividad suya a persistir en el error, siguen erre que erre pertinaces en que Jesús tuvo hermanos de sangre, y que la virginidad de María tiene sólo un sentido espiritual.

Vamos a suponer que efectivamente José murió y por eso ya no se vuelve a mencionar en los Evangelios. Supongamos también que sus seis hijos procedían de un anterior matrimonio del que había enviudado. Como Jesús no era tampoco hijo suyo, esto supondría que no había tenido hijos de María. En ese caso la Ley judía del levirato obligaba al hermano mayor soltero del difunto a casarse con la viuda para engendrar en ella al menos un hijo [162]. El neotestamentólogo James D. Tabor señala que si José no tuvo hijos, todas las apariencias apuntan a que María parió en total siete y que

mantuvo relaciones sexuales completas (o sea calentamiento, monta, penetración, cabalgada, sacudidas pélvicas, orgasmo y eyaculación: todo el kit) con, al menos, tres hombres distintos: el dudoso padre de Jesús (Panthera o como se llamara); José (del que aceptaremos que no engendró hijos) y el hermano de José, probablemente llamado Clopás, del que, si excluimos la paternidad de José, la asendereada Virgen pariría los seis mencionados por el Evangelio. Ya sé que parece una enormidad, pero el profesor Tabor lo razona en su libro y a él remito al lector que quiera profundizar en el tema. Yo prefiero pasar sobre el asunto de puntillas porque, la verdad, uno no está acostumbrado a que siembren la cizaña de la duda en sus más firmes convicciones [163].

Regresemos al teológicamente oportuno traslado de la Virgen a Belén. Según dos Evangelios, María dio a luz en Belén, pero algunas tradiciones extraevangélicas sostienen que lo hizo en Ein Karen, una aldea a seis kilómetros de Jerusalén, en las montañas de Judea, donde residían unos parientes suyos, Isabel y Zacarías, ya algo mayores. Se dio la circunstancia, para que se vea lo que son las casualidades de la vida (o la voluntad divina, que no descansa) de que Isabel (¿su prima o su tía?), aunque por su edad estaba a las puertas de la menopausia también se había quedado embarazada (llevaba en su vientre a san Juan Bautista) [164].

Admitamos que en esta historia flaquean algunos detalles. No quisiéramos pecar de desconfiados, pero tampoco de crédulos, las cosas como son. Tanto Belén como Ein Karen están cerca de Jerusalén, a ciento y pico kilómetros del presunto Nazaret. Ese viaje dura tres días como mínimo [165]. Parece temerario que nuestro paciente José, ya en las puertas de la ancianidad, se aventure por caminos infames, en pleno invierno, con lluvia y vientos huracanados, llevando a lomos de su burra a una primípara en avanzado estado de gestación, quizá ya salida de cuentas y expuesta a romper aguas en cualquier traspiés de la pollina. A las fatigas del camino súmenle que pernoctarían en pensiones de mala muerte, dado que la infraestructura hotelera del país dejaba mucho que desear y ellos tampoco nadaban en la abundancia [166].

¿Qué quieren que les diga? Algunos eruditos dudan de que se realizara aquel viaje. Servidor, no: servidor cree a pie juntillas lo que asevera el Evangelio de Lucas (Palabra de Dios, *y* Dios no va a mentir) [167] en el que claramente se establece que Jesús nació en Belén (el de Judea, no el otro), de

María, una soltera que sólo estaba prometida (Lc 2, 5). Afirma el evangelista que José y María se dirigieron a Belén para empadronarse, que lo mandaba Roma, y que con tanta gente viajando por idénticos motivos no quedaban plazas libres en hoteles ni en pensiones, lo que obligó a la pareja a refugiarse en una de las cuevas que tanto abundan en la zona y que sirven de aprisco al ganado. ¡Hay que imaginarse cómo estaría de chinches y de garrapatas, aunque el texto evangélico eluda esos pormenores!

Yo les disculpo a los evangelistas que ignoren los detalles secundarios de la historia, pero al menos podrían haber cuidado un poco los esenciales en lugar de plagiarlos de las decenas de historias de dioses mistéricos que examinamos páginas atrás. De este modo habrían evitado que los teólogos cristianos nos las veamos y nos las deseemos para contrarrestar la argumentación de los contumaces hipercríticos cuando nos señalan cosas como que «la madre virgen que da a luz a un hijo divino es un mito ubicuo en el mundo antiguo, muy anterior a la era cristiana. En el mito solar, el dios del Sol nacía de una virgen, la luna nueva» [168].

¿Por qué tuvo que ser precisamente en Belén, con todo este lío del traslado desde Nazaret?

Porque, según las profecías, el Mesías de Israel tenía que nacer en Belén y, además, tenía que pertenecer a la estirpe de David (que también nació en Belén) [169]. Por eso, en su vehementísimo deseo de demostrar que Jesús es el Mesías esperado, el evangelista inventa que el emperador de Roma (Augusto) ordenó un censo que obligaba a sus súbditos a empadronarse en su lugar de origen, lo que obligó a José a viajar a Belén, de donde era oriunda su familia.

Ya podía el evangelista haber concebido otro pretexto para que Jesús naciera en Belén, porque lo del censo no cuela. En primer lugar, efectivamente hubo un censo, pero fue el de Quirino, gobernador de Siria, cuya autoridad sobre Judea comienza cuando los romanos la incorporan como provincia del Imperio, en el año 6 [170]. Entre el año —4, fecha de la muerte de Herodes el Grande, y el censo de Quirino, año 6, median por lo menos diez años y Jesús nació antes, reinando Herodes. Por lo tanto María y José no pudieron acudir a ese censo todavía en vida de Herodes el Grande. Por otra parte, es absurdo que la gente tuviera que empadronarse en el lugar de origen de la familia y no donde residían a efectos fiscales.

¿Quiere esto indicar que el Evangelio miente? No miente, desde luego,

en todo caso podríamos decir, con las debidas matizaciones, que falta a la verdad, pero en realidad se trata de otro *pia fraus*, fraude piadoso, que no invalida el hecho de que Jesús tuviera que nacer en Belén para cumplir las profecías relativas al Mesías. Esto son precauciones que los evangelistas, todavía inmersos en un ambiente judío, debían cumplir, pero, como es natural, a nosotros, cristianos y católicos de pleno derecho, se nos da un ardite que naciera en Belén o en Nazaret. Nosotros sabemos, porque nos lo dicta la fe, que Jesús es Hijo de Dios encarnado para redimirnos. ¡Qué más da si ese convencimiento no se adapta a los quisquillosos requerimientos de los judíos! Allá ellos si son tan ciegos que se resisten a ver la verdad [171].

Abundando en esta necesidad de adaptar a Jesús a las profecías relativas al Mesías, los Evangelios nos ofrecen incluso la genealogía de la criatura, dos genealogías distintas para que no quede duda y el discreto lector pueda escoger la que prefiera, en la seguridad de que las dos favorecen la misma conclusión: Jesús desciende de David [172].

Otro estudioso ha señalado que precisamente en Belén se hallaba la cueva santuario donde, según la tradición, había nacido el dios Adonis/Tanmuz y que los cristianos se limitaron a apropiarse del lugar y de la historia asociada a él [173].

Eso sólo demuestra que Dios no hace las cosas a la ligera, que antes de encarnar a su Hijo, nuestro Redentor, en una Virgen inspiró la misma historia a múltiples pueblos para ablandar la razón de los hombres a fin de que, llegado el momento, lo creyeran y apoyaran a su Iglesia.

CAPÍTULO 10

El Niño Dios en el pesebre

De pequeños nos narran el cuento de Caperucita Roja, el de los Tres Cerditos, el de Blancanieves y los Siete Enanitos, el del Sastrecillo Valiente, el de Pinocho y otros. También nos narran, como si fuera un cuento, el del Nacimiento de Jesús. Nos lo enseñan mejor que ninguno, hasta podríamos decir que nos envuelve como un espumillón navideño y acompaña vidas, especialmente en las fechas entrañables de la Navidad: villancicos, belenes o pesebres con figuritas de miniatura, estampas religiosas, cuadros, ilustraciones de libros, retablos de iglesias, ristras de bombillas, confeti, *cortínglés, caganer*...

Antes de alcanzar el uso de razón, los españoles estamos perfectamente familiarizados con el penoso viaje de la Virgen y san José, que llegan a Belén en pleno invierno y, a falta de posada, se ven obligados a cobijarse en una cuadra ruinosa del extrarradio donde la Virgen da a luz y como no tienen cuna (y eso que el supuesto padre era carpintero ¡en casa del herrero, cuchillo de palo!), acomodan al Niño en un pesebre donde un buey y una mula se apiadan de la criatura y lo caldean con su aliento perfumado de paja y de hierba. En esa tesitura, los ángeles bajan del Cielo para anunciar el Nacimiento del Niño Dios a unos pastores de cuya salud mental es lícito dudar, puesto que están apacentando a sus ateridas ovejas en una heladora noche de finales de diciembre ignorantes, al parecer, de que el ganado ovino no come a esas horas. Tras los pastores, o quizá antes, llegan tres Reyes Magos procedentes de Oriente que llevan meses siguiendo una estrella que les anuncia el Nacimiento del Redentor de la humanidad.

De pronto, el toque dramático: los Reyes Magos hacen una visita de cortesía al rey Herodes e imprudentemente lo informan del Nacimiento del futuro rey de Israel. El suspicaz monarca se preocupa.

—Lo único que me faltaba —rezonga—. La balanza de pagos por los suelos y ahora me nace un rapaz que anuncia golpe de Estado en cuanto

alcance la edad necesaria.

El rey de Judea decide cortar por lo sano: ordena a sus esbirros que liquiden a todos los niños menores de dos años de Belén y su entorno, que más vale prevenir que curar. Pero José y María, avisados oportunamente por un ángel, han huido a Egipto y han puesto a salvo al Divino Niño [174].

Nos lo relatan como un cuento infantil, pero cuando crecemos (y desarrollamos el escaso margen de raciocinio que nos permiten) advertimos que Caperucita, Blancanieves y los Siete Enanitos y el Sastrecillo Valiente son ficciones, que Pinocho nunca existió (aunque sí Pinochet), incluso que los Reyes Magos son, en realidad, los padres, quienes forzados por la sociedad de consumo y por la agresiva publicidad de la televisión, se gastan un pasión en adquirir juguetes para unos niños malcriados y pedigüeños que ni siquiera les agradecen el sacrificio económico que realizan, puesto que creen que los regalos proceden de Sus Majestades los RR. MM. de Oriente, a los que consideran unos perfectos gilipollas que se pliegan a sus exigencias en lugar de castigarlos con el saco de carbón que en justicia merecerían por el desastroso rendimiento escolar sumado a las putadas que perpetran contra sus padres y contra el mobiliario urbano a lo largo del año.

Sin embargo, seguimos creyendo en la Anunciación, en la Concepción virginal, en el pesebre, en la matanza de los Santos Inocentes, en la huida a Egipto y en todo el pack navideño. ¿Por qué?

Los hipercríticos y los descreídos creen tener la respuesta: os parece verdad porque vuestra mamá, la catequesis y el colegio de curas os han impreso indeleblemente esa patraña en el disco duro del cerebro para que, cuando alcancéis la madurez del sentido común, ni os planteéis si es verdad o mentira. Por eso lo aceptáis, por absurdo que parezca, sin cuestionarlo bajo el escrutinio de la razón. Incluso lo creen personas instruidas que siguen siendo católicas y se creen las pamemas evangélicas que les lee el cura en el sermón dominical.

Eso piensan los descreídos, pero ¿no es más cierto que Dios ha sembrado la semilla de la fe en nuestros corazones y que por eso acatamos las mentiras que en nuestro corazón, siempre infantil, son verdad? Otra vez el teólogo americano san Mark Twain, ¿lo recuerdan?: «Fe es creer en lo que se sabe que no existe.»

Recientemente ha aparecido una nueva generación de estudiosos

neotestamentólogos, muchos de ellos incluso católicos practicantes, que dudan de la veracidad de esta historia. Examinaremos sus objeciones y las refutaremos desde la esplendente verdad de nuestra Iglesia.

CAPÍTULO 11

La Anunciación

El Nacimiento de Jesús se relata en los Evangelios de Mateo y Lucas, aunque los dos discrepan en los detalles. En Mateo un ángel se le aparece en sueños a José y le advierte: «No temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.» El santo varón acepta la explicación y respira tranquilo. Un crédulo, dirán algunos; el tonto del pueblo, dirán otros (ya empezamos).

Vamos a ver: si sueñas con un ángel, con sus alas, sus fulgores, su voz aterciopelada y sugerente y todo eso, ¿no te vas a creer lo que te diga? Se podría objetar que a veces soñamos cosas imposibles, vale; pero si es un ángel el que se presenta, una criatura celestial que ha bajado del empíreo para transmitirte un recado ¡del mismo Dios!, un ente celestial de cuya existencia no nos cabe ninguna duda, ¿le vas a hacer el desaire de dudarlo? ¿No vas a acatar el mensaje que te comunica en sueños? Por supuesto que sí. Natural.

En Lucas el ángel Gabriel se le aparece en persona a María y la saluda: «Salve, María, llena eres de gracia.»

Deja el ángel que la muchacha se reponga del susto, que debió de ser morrocotudo, imagínense, quizá incluso la reanima del vahído que su aparición le ha provocado haciéndole oler unas sales, y le anuncia que va a tener un hijo sin concurso de varón: «Vas a concebir en tu matriz y vas a parir a un hijo, a quien llamarás Emmanuel...» [175] María, a pesar de su inocencia inmaculada, había recibido una sucinta educación sexual y estaba al tanto de los procedimientos conducentes a la preñez, ya que objeta:

—¿Cómo voy a quedarme preñada si no conozco varón?

Y cuando el ángel le cuenta lo de la inseminación divina por obra y gracia del Espíritu Santo, una explicación algo confusa que quizá no hubiera disipado las dudas de otra muchacha menos candorosa, María le contesta:

—Que sea lo que Dios quiera [176].

Esa tranquila aceptación de la muchacha ha hecho correr ríos de tinta. ¿Estaba María, debido a su Nacimiento (recuerden: sin pecado original), en un estado de gracia tal que le permitía conocer la voluntad divina o Dios se la infundió en aquel preciso momento para que se hiciera cargo? ¿Es esto lo que Lucas tiene en mente cuando describe (o inventa) la escena? Probablemente no, pero dichas lecturas pueden ser una consecuencia inevitable de su osada decisión de escribir desde el punto de vista de María.

En los cuadros de la Anunciación, tan abundantes en la iconografía cristiana, vemos por un lado al ángel y por el otro al Espíritu Santo que acerca el pico al oído de la Virgen como transmitiéndole el mensaje fecundatorio (el Verbo que se hizo carne, aunque, a fuer de exactos, en el caso de una paloma o palomo sería el zureo que se hizo carne. De otro modo hubiéramos necesitado un loro, una cotorra o un cuervo, los únicos pájaros que verbalizan).

¿Paloma o palomo? Consideraciones teológicas largas de exponer y necesariamente prolijas aconsejan el palomo: Padre e Hijo son machos, parece que se presta mayor cohesión al dogma trinitario si también consideramos macho al ave: el Espíritu Santo [177].

En resumidas cuentas: el pichón divino empreñó a María.

Esto lo ha interpretado cabalmente el villancico teológico atribuido al eximio poeta don Diego López de Haro (principios del siglo XVII) en el que la propia Virgen puntualiza:

> Niegan mi virginidad, por
> decir que he concebido. Así
> fue y es la verdad, pero fue
> por el oído.

Ya vimos que esta Anunciación concuerda con otros relatos de nacimientos fabulosos de héroes y semidioses que encontramos en diversas religiones mediterráneas. El semidiós se identifica por lo extraordinario de su nacimiento. Cuando Lucas escribe su Evangelio, «los cristianos están compitiendo en un mundo más grande ahora, no sólo un mundo judío... Y en este mundo más amplio, Alejandro el Grande es el modelo para Augusto, y Augusto a menudo se.convierte en el modelo para Jesús» [178].

El ángel Gabriel le comunica a María los detalles técnicos de su preñez prodigiosa: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1, 35).

Se supone que María concibió en aquel preciso momento y ya vemos que el padre de la criatura es Dios en su versión Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad. Esta creencia se incorpora a las fundamentales de la fe en el siglo II. Con el tiempo, los católicos y los ortodoxos coincidirán en que María, además de quedarse embarazada sin concurso de varón, se mantuvo virgen (más difícil todavía) antes del parto, en el parto y después del parto. Y sin cesárea, con el niño saliendo por el canal habitual. ¡Lo que no pueda Dios!

A decir verdad, lo de la virginidad de María no siempre estuvo claro. Los primeros cristianos no se metían en teologías y pensaban que Jesús era un hombre como otro cualquiera, que sólo se convirtió en Hijo de Dios cuando resucitó; a Marcos le pareció que la divinidad le advino cuando san Juan el Bautista (o el Inmersor) lo bautizó en el Jordán. Sólo unos años después, en tiempos de Mateo y Lucas, se decidió que Jesús era Dios de nacimiento (ya vemos que, inspirados por Dios, le van arrimando la sardina al ascua de los cultos mistéricos, cuyos dioses nacen, no se hacen).

¿Concebido de una Virgen? Esta verdad inmutable que a los católicos nos emociona hasta las lágrimas no es cabalmente entendida por los que profesan religiones falsas y por los agnósticos. ¡Incluso lo toman a chacota!

¿Qué necesidad había de que la Madre fuera virgen?, se preguntan.

Pues había una absoluta necesidad por dos motivos, a cual más esencial: en primer lugar porque, en otras religiones mistéricas que competían con el primer cristianismo, los hombres divinos *(theios aner)* nacen de una virgen y Jesús no va a ser menos. En segundo lugar porque, de este modo, se cumplía la profecía de Isaías, quien anunció que el Mesías nacería de una virgen —bueno, a decir verdad, el texto hebreo alude a una «muchacha» *(almah);* pero el evangelista Mateo, con las prisas, manejaba una defectuosa traducción griega en la que habían escrito «virgen» *(betulah)* en lugar de «muchacha», pero este extremo sólo se ha descubierto recientemente con esa manía de comprobarlo todo, que no parece sino que ya no nos fiamos de Dios.

¿Un error de traducción que ha determinado la teología católica y hasta

la creación de una rama específica de ella, la mariología?

Pues, sí. Eso es lo que hay. Parece una barbaridad, pero ¿acaso no depende todo de la voluntad divina, que ni una hoja cae del árbol sin que Él dé su visto bueno al mínimo evento?

Es evidente que Dios mismo permitió, cuando no provocó, el error de traducción que despistó al bueno de Mateo y es evidente también que lo hizo para que se cumpliera su voluntad de nacer (en la forma de su Hijo) de una virgen intacta, por un conducto vaginal que no hubiera sido antes marraneado por hombre alguno. ¡Nada más natural!

Algunos críticos (a los que Dios, en su momento, dará su merecido por poner en tela de juicio la honestidad de su madre) han osado afirmar que el Nacimiento de Jesús, ocurrido aparentemente «de penalti», antes de que María y José formalizaran sus esponsales, fue el resultado de un adulterio. Para ello se basan en fuentes tardías que atribuyen su paternidad a un soldado romano llamado Panthera [179]. Esto explicaría la referencia de Mateo a un José decidido a romper su compromiso con María antes de que el ángel se le apareciera en sueños y le revelara el milagro [180].

Que Dios preñe a una virgen para que nazca de ella un héroe, un semidiós o un Dios entero (caso de Jesús), ya hemos visto que es de lo más normal en el mito mediterráneo. Ahora no ocurren esas cosas, desgraciadamente, y por eso nos resistimos a creerlas, pero en la Antigüedad eran moneda corriente. Ahí tenemos a Hércules, a Perseo, a Rómulo y Remo y hasta a personajes históricos como Alejandro Magno y Augusto, este último engendrado por el dios Apolo mientras su madre dormía. ¡Cómo se lo liaría de suave que la señora ni se enteró! [181]

Los Evangelios aseveran que José y María sólo mantuvieron relaciones sexuales completas después del Nacimiento de Jesús. «Pero no la conoció hasta después del Nacimiento de Jesús» (Mt. 1, 25).

En este contexto, *conocer* significa «copular», lo que nos plantea a los católicos un grave problema, lo sé: si José y María mantuvieron relaciones sexuales una vez casados, como es lo normal y lógico (y lo obligado tratándose de judíos), María no pudo conservarse virgen.

Eso es lo que nos dicta la lógica, y lo que los teólogos de la Iglesia (Orígenes, Tertuliano y el resto de la peña) creyeron y admitieron hasta el

siglo IV, pero desde el año 649 aflora un argumento demoledor que contraría, desactiva y anula esa lógica: el concilio lateranense acordó, votado por los obispos asistentes, que la Virgen se mantuvo perpetuamente «intacta, innata e íntegra».

O sea, virgen antes, durante y después del parto.

Desde entonces, María es la Virgen con inicial mayúscula, la Virgen por antonomasia. De hecho, apenas la conocemos por María sino por «la Virgen» o, como mucho, por «la Virgen María».

Algún hipercrítico podría objetar: ¿Virgen porque un grupo de obispos pirados y absolutamente ignorantes en materia de sexo la declaró como tal seis siglos después de muerta?

Lo refuto en seguida. Vayamos por partes. «Después de muerta», no, que asunció vivita y coleando al Cielo, uno de los contados casos de abducción divina de que tenemos noticia (otro fue el de Elias el profeta) y eso no se discute porque es dogma (desde 1950). En cuanto a los «obispos ignorantes en materia de sexo», este argumento tampoco es admisible porque, aunque ya la Iglesia exigía castidad a sus pastores, eso no implica necesariamente que ignoraran los principios de la coyunda: antes de ser obispos muchos de ellos se la habrían corrido bien de jóvenes y tendrían ya el culo pelado del fornicio, como san Agustín honradamente confiesa de su persona. Y si este grupo de obispos, tras profundas deliberaciones, iluminados por el Espíritu Santo, por Dios mismo, declaran a María Virgen perpetua, no hay nada más que decir. Es dogma de la Iglesia. Con eso está dicho todo.

Más grave que la duda de los incrédulos nos parece el hecho de que numerosos católicos deficientemente doctrinados confundan la virginidad de María con su Inmaculada Concepción, que es un asunto completamente distinto. Inmaculada Concepción significa que, por un don especial de Dios, María no nació con la horrible mancha del pecado original (el de Adán y Eva cuando compartieron el higo o manzana) con el que todos los humanos nacemos desde el principio de los tiempos. Este favoritismo divino es perfectamente disculpable, puesto que la muchacha estaba destinada a llevar en su vientre a su Hijo, o sea, a Él mismo.

En la Edad Media algunos teólogos bienintencionados propusieron que la madre de la Virgen, santa Ana, también hubiera concebido a María

virginalmente, sin concurso del santo varón san Joaquín, pero esto ya pareció excesivo, se impuso la cordura y finalmente se decidió que la hubieran concebido por la vía natural, mediante gustoso y refocilado coito, en la consumación del santo matrimonio.

No fue fácil (como no lo es ahora) persuadir a la grey cristiana del prodigio de la Concepción Inmaculada de María, y eso que al asunto se han aplicado las mayores luminarias de la Iglesia (san Bernardo, san Buenaventura, san Anselmo, santo Tomás de Aquino...). Durante siglos los franciscanos *(inmaculistas)* y los dominicos *(maculistas)* anduvieron enzarzados en una controversia tan feroz que a menudo llegaron a las manos y hasta salieron a relucir las navajas con olvido de la caridad y la mansedumbre evangélicas que deberían ser connaturales al estado religioso. A finales del siglo XIV el Papa Sixto IV se vio obligado a prohibir a cada bando que excomulgara al contrario bajo la acusación de pactar con el demonio.

Santo Tomás de Aquino (dominico y por lo tanto maculista) alegaba que la Virgen recibió su pecado original, como cada hijo de vecino, es decir, cuando la concibieron, aunque luego Dios se lo borró al nacer. O sea, el feto fue maculado mientras se mantuvo en el vientre de la madre, nueve meses (o menos si fue prematuro). Frente a las razones de santo Tomás, el franciscano Duns Scoto defendía, con no menos ardor, la tesis inmaculista. Finalmente los franciscanos se llevaron el gato al agua cuando, en 1556, el Concilio de Trento se declaró favorable al inmaculismo. Con este espaldarazo, el movimiento inmaculista cundió entre órdenes, cofradías y particulares. En la muy mariana ciudad de Sevilla diversas cofradías exigían a sus cofrades que se comprometieran, mediante solemne juramento, a defender con la espada, si a mano viniere, la Inmaculada Concepción de María.

Tanto creció el inmaculismo que, en 1854, el Papa Pío IX declaró dogma la Inmaculada Concepción y hoy todos los católicos estamos obligados a creerlo, lo que incluye a los recalcitrantes dominicos [182].

CAPÍTULO 12

Un niño nace en Belén

Es de creer que cuando María sintió las primeras contracciones que anunciaban el parto, José partiría en busca de la partera del pueblo y que esta mujer, una profesional abnegada, acudiría solícita al lado de la parturienta y, tras requerir agua caliente en abundancia y toallas, seguramente se haría cruces [183] cuando examinó a la madre, ya en postura paritoria, despatarrada sobre la albarda del asno, a falta de colchón, y advirtió que la joven primípara era tan virgen que apenas le cabía el dedo índice untado en aceite con el que la buena mujer intentaba tantear el canal del parto. ¡Lo nunca visto! Seguramente comentó algo así como:

—Señora, yo le puedo jurar, por la salud de mi Efraín y de mis cinco hijos, que en mis cuarenta años de ejercicio profesional, con los miles de niños que he ayudado a traer al mundo, es el primer caso que se me presenta de una virgen preñada.

El bueno de san José se encogería de hombros como diciendo: «Ya ve usted. A mí que me registren.»

Más aún se asombraría la mujer al ver que, tras las dilataciones, el empuje, los sudores, la ruptura de aguas, la apertura del canal del parto, la salida del neonato bien encajado, con la divina cabeza por delante y luego la placenta y la tripa umbilical, al lavar a la recién parida comprobó que seguía siendo virgen. Podemos imaginar su sorpresa ante el prodigio: «¡Señora, es como si tuviera usted el chichi de goma!» [184]

Es pena que los evangelistas y/o los padres de la Iglesia no mencionen siquiera a aquella mujer que ayudó a traer al mundo a Jesús, pero para eso estamos nosotros, para rellenar las lagunas evangélicas con aquello que nos dicte el sentido común [185].

El ángel indicó a los padres que le pusieran Jesús a la nueva criatura, o sea, el Emmanuel de Isaías [186]. No era ninguna excentricidad. A juzgar por

los registros funerarios de la época (las cistas de huesos que se encuentran en las necrópolis excavadas) el nombre Jesús era tan común en el mundo judío como Pepe o Manolo lo son en el mundo hispánico [187].

¿Cuándo nació Jesús?

La era cristiana, en cuyo año 2009 vivimos, comienza con el Nacimiento de Jesús [188]. En realidad el autor del cómputo, el monje Dionisio *el Exiguo,* que hizo sus cálculos en el año 527, se equivocó en unos cinco años. Esto quiere decir que Jesús nació probablemente entre los años —7 y —5, o sea, unos años *antes de Cristo* [189].

Jesús nació, como todos nosotros, por vía natural, un niño como todos los niños que berreaba cuando tenía hambre (María le dio el pecho, que no hay nada como la leche materna, hasta Arguiñano la recomienda) [190], que se hacía pis y caca como cualquier niño. En diversos santuarios de la cristiandad se veneran pañales del Niño Jesús. Aunque en aquellos lejanos tiempos los pañales no eran desechables y solían reutilizarse después de lavados [191], no por eso deja de existir una razonable abundancia de los sagrados pañales. El lector interesado encontrará noticia de ellos en los apéndices de este libro.

¿Nació Jesús en Belén o en Nazaret? Mateo y Lucas dicen que en Belén [192]; Marcos, el más cercano a los hechos, llama a Nazaret la *patrida* o pueblo natal de Jesús. La mayoría de los estudiosos se inclina por Nazaret y descarta Belén [193].

Entonces, ¿qué pinta Belén en esta historia?

Vayamos por partes. Los designios de Dios son, en este caso, perfectamente escrutables. Ya vimos que era teológicamente necesario que el Mesías naciera en Belén para que se cumplieran las profecías. Tenía que nacer en el mismo lugar donde nació el rey David. Recordemos que Jesús se presentaba como heredero dinástico de David a través de la línea de José [194].

La estrella de los Magos

Una estrella singularmente brillante guió a unos magos de Oriente hasta el pesebre [195]. Sin embargo, los cálculos astronómicos indican que ningún

astro destacó por aquellos días. ¿Cómo se explica? ¿Es un fallo de los Evangelios? No, por supuesto: los Evangelios, como Palabra revelada, no pueden contener errores [196].

Quizá Mateo se concedió una licencia meramente literaria (inspirado por Dios, por supuesto) e introdujo la estrella en la historia para embellecerla. Los viejos del lugar recordarían el paso del cometa Halley el año —12 y los prodigios que lo acompañaron.

En la Antigüedad era frecuente asociar la aparición de una estrella brillante al nacimiento de un gran hombre (Alejandro Magno, Julio César, Herodes...) o con un acontecimiento de gran relevancia (la fundación de Roma, la caída de Jerusalén...).

La clave está, como siempre, en la necesidad de ajustar el divino Nacimiento a una profecía del Antiguo Testamento. La estrella que describe el Evangelio de Mateo recordaría a los lectores judíos otra estrella de la Biblia relacionada con la profecía mesiánica: «De Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel» (Num. 24, 17).

¿Fue un ovni la estrella de Belén? Lo afirmó J. J. Benítez, siempre tan riguroso en sus investigaciones, y los hechos parece que lo confirman porque de otro modo no se explica el comportamiento del presunto astro, que siguió una trayectoria decididamente errática, impropia de un cuerpo celeste [197]. «Una estrella que se levantó desde el este, apareció sobre Jerusalén, giró al sur hacia Belén, y luego se quedó quieta sobre una casa —observa el profesor Brown— habría constituido un fenómeno celestial sin paralelo en la historia astronómica. Sin embargo, no aparece en los registros de la época.»

El caso es que los creyentes han ofrecido toda clase de explicaciones, a cuál más natural y atractiva: fue un cometa, fue una conjunción de planetas, fue, sencillamente, un milagro...

Johannes Kepler, el autor de los cálculos de las órbitas planetarias alrededor del Sol, observó, en 1604, una triple conjunción (que se repitió tres veces) [198] de Júpiter-Saturno, capaz de producir el efecto de la estrella [199]. Como el fenómeno sucede cada ochocientos cinco años, esto significa que acaeció hacia el año —7, el año probable del Nacimiento de Jesús. En la tradición judía esta conjunción había señalado antiguamente el «año de Moisés», libertador del pueblo de Israel. El paralelo con Jesús, el nuevo Moisés, es evidente.

Otros autores han formulado diversas teorías para identificar la estrella de Belén [200]. Incluso se ha señalado que pudo ser una nova o una supernova. Esta hipótesis se apoya en testimonios coreanos y chinos de la dinastía Han sobre luces celestiales avistadas en aquellas regiones hacia la época del Nacimiento de Jesús.

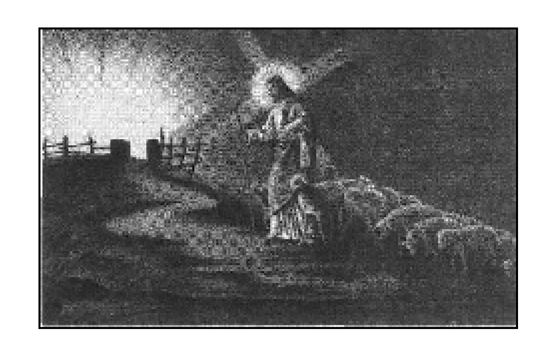
El Evangelio de Mateo llama a los Reyes Magos *magoi*, es decir, «astrónomos, sabios o magos». ¿De dónde procedían? Si eran astrónomos (o sea, astrólogos) podían proceder de Mesopotamia o de Persia [201], pero los regalos que llevaron al Divino Niño, oro, incienso y mirra, parecen indicar que procedían de Arabia. Quizá eran caravaneros de Saba y Madián.

Concordemos esos datos: eran caravaneros árabes a los que el anuncio de la estrella sorprendió en Persia, trapicheando con sus mercaderías, y se dijeron: «Es menester que regresemos por la ruta de la costa para adorar al Niño Dios.» Cuando hay buena voluntad hasta la hipercrítica suspende su actitud habitualmente agresiva.

El tiempo ha ido agregando detalles: los Magos de Mateo se llaman «Reyes» a partir del siglo II (quizá porque el incienso se asocia a la realeza en los Salmos); san Jerónimo (siglo IV) asegura que llegaron en dromedarios, unos animales más útiles que bellos «que pueden recorrer en un día lo que un caballo en tres».

Al principio, el número de los magos oscilaba entre dos y doce. Sólo a partir del siglo VI se fija en tres, Melchor, Gaspar y Baltasar, para hacerlos coincidir con el número de regalos que llevan al Niño. Todavía no se dice que Baltasar fuera negro. En un texto medieval irlandés leemos: «El primero era [...] un anciano de cabello blanco y larga barba. El segundo [...] un imberbe de tez rosada [...]; el tercero, moreno y de barba cerrada.» [202]

Los sepulcros que guardan las supuestas reliquias de los Reyes Magos se veneran en la catedral de Colonia, Alemania. «Tras sufrir penalidades por el Evangelio —asegura la leyenda—, se encontraron por última vez en Armenia, donde fallecieron tras oír misa. San Melchor, el primero de enero, a la edad de ciento dieciséis años; san Baltasar, el 6 de enero, a los ciento doce años, y san Gaspar, el 11 de enero, a los ciento nueve.»



CAPÍTULO 13

El pesebre

Lucas cuenta que José y María se refugiaron en una cueva, y acunaron al Niño en un pesebre *(phatne)* porque no encontraron sitio en el albergue (Lc. 2, 7). Albergue es *katàlyma*, que significa «estancia» o incluso «corral de caravanas». [203]

En todo Israel existen muchas cuevas naturales o excavadas que se usaron antiguamente como viviendas, graneros o cuadras. Sin embargo los rebaños de turistas que visitan el divino pesebre en la iglesia de la Natividad de Belén (edificada alrededor del año 324 por Elena, madre del emperador Constantino), adoran una especie de cueva con un pesebre de mármol que tiene engastada una estrella dorada.

Según el Evangelio de Mateo, Jesús nace en una casa (Mt. 2, 11). Ningún evangelista menciona la mula ni el buey [204], pero los cristianos debieron incorporarlos pronto a la escena por motivos teológicos, para apropiarse de una alusión del profeta Isaías: «Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo. Israel no conoce, mi pueblo no discierne» (Is. 1, 3) y la versión griega de Abacub: «Te darás a conocer entre dos animales», aparte de la veterotestamentaria burra de Balaam, tan inteligente que detectó la presencia del ángel del Señor antes que su amo (Nm. 22, 22-34).

El buey y la mula (o asno) del Nacimiento comienzan a aparecer en el arte sacro hacia el siglo IV. Para san Jerónimo, el mediocre traductor, la burra representa al Antiguo Testamento y el buey al Nuevo.

Lucas asegura que un ángel se apareció a los pastores para comunicarles el Nacimiento del Niño Dios: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría [...]. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor [...]. Se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad"» (Lc. 2,11) [205].

No lejos de Belén, en medio de un bosquecillo, una gruta consagrada al culto de Adonis les pareció a los cristianos muy a propósito para portal de Belén. Pudo y convino, luego hubo. Mediando el siglo III desahuciaron a Adonis, le pusieron los muebles en la calle, y adjudicaron a la gruta un nuevo cometido: testimoniar el lugar donde nació Jesús, lo que no tardó en generar una literatura justificativa. «En la gruta donde el Niño Jesús emitió sus primeros vagidos, se lloraba al amante de Venus», se queja san Jerónimo. Santa Elena, madre del emperador Constantino, levantó sobre la gruta una iglesia que pronto se convirtió en centro de peregrinación. Reedificada por Justiniano, fue el único templo cristiano que el persa Cosroes II respetó cuando invadió Tierra Santa (ya queda dicho que se emocionó ante el mosaico que representaba a los tres Magos con atuendo persa). La iglesia se convirtió en centro de peregrinaciones al que acudían los devotos para adorar el santo pesebre, los restos de los Santos Inocentes y la mesa en la que se sentó la Virgen en el sobreparto, cuando recibió a los tres Reyes Magos.

La iglesia que hoy visitamos corresponde a una tercera remodelación, ya en tiempos de los cruzados, que la dividió en cinco naves, y le dio cierto aspecto de fortaleza.

Se accede al templo a través de una puerta diminuta (diseñada para evitar que los turcos, dueños de aquellas tierras hasta 1919, profanaran el lugar penetrando a caballo). Interiormente el recinto está parcelado en diversos sectores pertenecientes a las iglesias ortodoxa, católica y armenia. Cada una de ellas ha construido su propio campanario, mantiene a sus párrocos, coadjutores y celadores y hace lo posible por superar a las otras en lujo, artificio y piedad. También en aseo y atildamiento, lo que resulta en un templo limpio como los chorros del oro, con la plata reluciente y jarrones con flores frescas.

Unas empinadas y angostas escaleras de piedra conducen a la cripta en la que se venera el santo pesebre. También este reducido recinto ha sido objeto de disputa: el altar donde está la estrella de plata que supuestamente señala el lugar exacto de la Natividad pertenece a los ortodoxos; la estrella de plata propiamente dicha es propiedad de los franciscanos; la imagen de la Virgen que preside el altar es patrimonio de los cristianos sirios y la imagen del Niño Dios que yace junto al sagrado pesebre, preservada del manoseo devoto por una malla de alambre de gallinero, se la disputan los cristianos armenios y el archimandrita ortodoxo [206]. Todo más liado que el testamento

de un loco.

Si usted es católico y, después de postrarse y orar ante el divino pesebre, siente el irreprimible impulso de aliviar su conciencia confesando sus culpas y reconciliándose con Dios, evite dirigir su solicitud de consuelo sacramental a los clérigos de la sotana negra, que éstos son los ortodoxos, o a los de morado y crema, que son los armenios. Debe buscar a un religioso de hábito pardo, nuestros franciscanos de toda la vida, que lo encaminará al confesor más idóneo (siempre hay media docena revoloteando por allí, atentos al negocio) [207]. Por propia experiencia le aconsejo que evite al barbudo grandón de mirada extraviada (padece halitosis) y al leptosomático polvorilla de nariz aguileña y mirada ratonil (ostenta parafilias varias, en especial *frotteurismo).*

No lejos de la basílica de la Natividad se encuentran cuatro grutas que, con el tiempo, también se han transformado en santos lugares. En la gruta de la Leche, regentada por los padres franciscanos, las gotitas de leche escapadas del pezoncito virginal de María se convirtieron en otras tantas piedrecitas blancas. La gruta del Sueño de José se presenta como el lugar donde el ángel se apareció al paciente varón y le aconsejó que huyera a Egipto porque los sicarios de Herodes buscaban al Niño para matarlo (Mt. 2, 19-29) [208].

—¡Lo que nos faltaba! —comentó el santo varón mientras recogía apresuradamente el hato cuando el ángel lo puso sobre aviso—. Después de cornudos, apaleados.

La tercera gruta, consecuencia de la segunda, mucho me temo, es la de los Santos Inocentes, donde los esbirros de Herodes degollaron a todos los niños menores de dos años de la comarca (el pusilánime lector no ignora que se trata de una piadosa, aunque truculenta, fábula: nunca ocurrió tal degollación de inocentes aunque la cueva esté ahí para testimoniarlo). La cuarta y última gruta es la Fuente de la Virgen, donde María aplacó su sed al salir hacia Egipto [209].

Volviendo a la leche de la Virgen, cabe precisar que los paños impregnados en el preciosísimo líquido o las rocas sobre las que se salpicó (como en el santuario alemán de Ganing) constituyeron una de las reliquias más apreciadas en la Edad Media.

Cerca de las santas grutas se venera el campo donde los pastores

apacentaban sus rebaños cuando vieron la estrella. En realidad se designan en plural, *campos*, porque son dos, a las afueras de Belén: uno a cargo de la Iglesia ortodoxa y otro de la Iglesia católica (la única verdadera) sobre el que se levanta la moderna capilla de los Pastores.

Belén es hoy una ciudad de intenso turismo pío, hoteles, pensiones, restaurantes, hamburgueserías, Kentucky Fried Chicken, heladerías, tiendas de souvenires, puestos de rosarios confeccionados con huesos de aceitunas del huerto de los Olivos, botellitas con licor de pétalos de rosa del huerto de Getsemaní, pisapapeles de metacrilato que muestran en su interior un metacarpo procedente de la tumba de Lázaro; perchas de la madera del olivo en el que (según la tradición) se colgó Judas; coronas de espinas [210]; comercios de todo a cien, en los que pueden adquirirse fotografías del Papa, estampas, imágenes, postales, bufandas del Betis Balompié con la imagen de la Virgen de Fátima en un extremo y la del Jesús del Gran Poder en el opuesto, estampitas del Niño Jesús tocadas en el sagrado pesebre, frascos de agua del Jordán en elegante estuche de piel de camello alusivo a las vestiduras de san Juan el Bautista (o Inmersor), *etc.*

Por Navidad se instalan cabinas telefónicas especiales para que los turistas feliciten a sus amigos con fondo de repiques de las campanas de Belén (una grabación de las mismas porque antes el campanero es que no daba abasto, el hombre) [211].

La circuncisión

De acuerdo con el rito judío, a Jesús le extirparon el prepucio a los ocho días de su Nacimiento [212]. Tan memorable acontecimiento se conmemora en la fiesta de la circuncisión. Un tanto absurdo, lo sé, porque si los cristianos abandonamos la circuncisión (por sabia decisión de san Pablo) no veo por qué hemos de conmemorarla para recordarle a la gente sencilla que Jesús era judío y no cristiano. Ya podrían argumentar algo los teólogos, que para eso se les paga, para relegar al olvido ese rito propio de moros y judíos.

¿Qué se hizo de aquel anillito de carne divina que le cortaron al Niño Jesús de su pitito? Ésta es una cuestión que, aunque pueda parecer baladí, encierra más teología de la que a simple vista aparenta. Es evidente que ese

trocito de carne, participaba, como el resto del cuerpo del Señor, de su carácter divino. Era un trozo de Dios. Y dado que Dios es eterno, es imposible que un trozo de su cuerpo se consuma o se pudra. Si no se pudrió, existe. Si existe, ¿adonde fue a parar? Jesucristo, cuando instituyó que su cuerpo era el pan sacramental en la Santa Cena, no pudo dejar de incluir el prepucio extirpado como sustancia sacramental divina, dado que el Hombre hubiera estado incompleto sin prepucio y no es admisible que un trozo de Dios encarnado no participe del destino sacramental del resto. Ahora bien, si ese prepucio no se había perdido, por ser parte de Dios y consecuentemente Dios mismo, tenía que haberse conservado y era la única porción de su cuerpo que podía quedar en la Tierra después de la Ascensión. ¿Ascendió al Cielo con Jesús o permanece entre nosotros en espera de la Resurrección de la carne? Si ascendió, ¿cuándo se reintegró en el cuerpo divino, en el momento de la Resurrección o días después, en el de la Ascensión? ¿O acaso estaba ya en el Cielo, aguardando al resto, desde que lo cortaron treinta y pico años antes? En este caso debieron producirse dos ascensiones en épocas distintas, la propiamente dicha y la del prepucio y no veo por qué no existen dos festividades de la Ascensión en nuestro calendario litúrgico, porque, si la parte se contiene en el todo, como es lo lógico, las dos debieran ocupar el mismo rango independientemente de la cantidad de Cristo ascendida. Y finalmente ¿ostenta Jesús su prepucio reintegrado en la morada celestial, a la derecha de Dios Padre, sustancia de Dios Padre él mismo?

La lucubración sobre el destino del prepucio de Cristo ha poblado de profundas cavilaciones las vigilias de muchos padres de la Iglesia. Durante más de un milenio ha planteado a los concilios y a los teólogos arduas preguntas de difícil respuesta y ha dado mucho que meditar a las conciencias. Hoy, gracias al testimonio de la monjita Agnes Blannbekin (muerta en Viena en 1715), conocemos la verdad: el prepucio resucitó en la Resurrección, por lo tanto está en el Cielo, felizmente reintegrado al cuerpo sacratísimo de Jesús [213].

Las revelaciones de sor Agnes constituyen la mejor demostración de que los prepucios que se veneran en los distintos santuarios de la cristiandad son falsos. Nuestro personal parecer es que el sagrado prepucio debió integrarse a Cristo poco antes o poco después de la Ascensión, si no en la Ascensión misma, pero, en cualquier caso, ese anillito de Dios no puede estar en la Tierra por más que algunos se empeñen. Sin embargo, existen o han existido

hasta catorce prepucios de Jesús de los que el lector interesado hallará noticia en los apéndices de este libro [214].

Regresemos al relato evangélico. Habíamos quedado en que Herodes, temiendo que Jesús, el heredero de David, lo destronara algún día, ordenó matar a todos los niños menores de dos años de la comarca. El episodio nos recuerda el asesinato de los hijos varones de Israel ordenado por el faraón, una escabechina de la que Moisés escapó de milagro (lo abandonaron en una cesta, que la corriente del Nilo arrastró y una princesa egipcia lo encontró y lo adoptó). Con este ingenioso procedimiento, Mateo establece un paralelo entre Jesús y Moisés. La primera cuna de Jesús es un pesebre lleno de paja; la primera de Moisés, una cesta de papiro, otro tipo de paja. Moisés recibió la Ley Antigua en el Sinaí; Jesús recibe la Ley Nueva y la dicta en el «Sermón de la montaña». ¿Captan el paralelismo? [215]

Los Evangelios nos hablan del Nacimiento de Jesús y relatan sus predicaciones, Pasión, muerte y Resurrección. Todo lo que sabemos se refiere al primer mes de su vida y al último año. Lo que pasó en el intermedio, su infancia, su pubertad, su adolescencia, su madurez de hombre... es un misterio. Imaginémoslo como un niño cualquiera de una polvorienta aldea galilea. ¿A qué jugaba? ¿Qué travesuras hacía? ¿Qué amigos tenía? ¿Se bañaba en las albercas? ¿Cazaba ranas en los arroyos? ¿Se colgaba de la trasera de los carros? ¿Participaba en las pedreas con los niños del pueblo vecino? ¿Aflojaba el atarre de la albarda del asno para que el aguador se diera la costalada con ruptura de cántaros y las consiguientes blasfemias? ¿Le tiraba a las niñas de las trenzas? ¿Robaba higos en las huertas? ¿Ahorcaba perros? ¿Se meaba en los hormigueros?

De eso nada sabemos. Presumimos que sería un niño ejemplar, obediente, nada respondón y que, en cuanto tuvo seis o siete años, comenzó a ayudar a su padre en la carpintería, al principio llenando el botijo en la fuente del pueblo o en el pozo de su humilde morada, luego removiendo la cola de pegar en la hornilla, barriendo las virutas, desbastando tablas, tallando cuñas o ensamblando los muebles que san José fabricaba [216].

El único dato relativamente seguro que poseemos de la infancia de Jesús nos lo transmite Lucas. Cuando Jesús contaba unos doce años viajó con sus padres al templo de Jerusalén, con motivo de la preceptiva visita pascual, *y* se extravió entre el gentío que, en aquellas fechas señaladas, abarrotaba el

sagrado recinto [217]. Imaginemos la escena: sus padres, alarmados, lo buscan y al final lo encuentran departiendo con ancianos doctores de la Ley que lo escuchan boquiabiertos pues jamás vieron un caso semejante de precocidad: a su corta edad, el Niño dominaba complejos conceptos religiosos en los que ellos mismos patinaban. ¡Estaban lejos de sospechar la causa de que aquel mocoso precoz (y un punto repelente) les diera cien vueltas en las intrincadas materias a las que ellos habían consagrado toda una vida de estudios y meditación! No es por quitarle mérito al Niño, pero es que era Dios mismo el que se las estaba explicando. Con ese bagaje bien hubiera podido optar a notarías o a registrador de la propiedad y hubiera aprobado las oposiciones a la primera y con el número uno. ¡Con harina cualquiera amasa!

Disputas bautismales

Pasaron los años día tras día, mes tras mes, estación tras estación, con sus sequías y sus lluvias torrenciales, con sus cigüeñas, sus escarabajos peloteros y demás fauna sagrada de Tierra Santa. Con la harina del tiempo se fue haciendo el pan de los días. Jesús, aquel muchacho concebido por María fuera del matrimonio, creció y se convirtió en un hombre hecho y derecho. El oficio familiar de la carpintería (o la albañilería) no le tiraba mucho, y él, con aquella labia que Dios le dio, aspiraba a un oficio más descansado (eso les parecería a los vecinos y a los familiares, ignorantes de quién era y de que tenía una misión que cumplir por mandato de su Padre, el de Arriba), así que traspasó la carpintería para meterse a predicador, profeta, adivino y sanador ambulante y vagó por esos caminos de Él mismo (o sea, por esos caminos de Dios) anunciando, a todo el que quería oírlo, la inminencia del fin del mundo y el advenimiento del Reino de los Cielos.

Es posible que el debut de Jesús como mago u obrador de milagros comenzara el día que se achispó en una boda y realizó su primer prodigio, el de convertir el agua en vino. Sus vecinos creerían que fue un truco de prestidigitación y lo comentarían como tal en mercados y tabernas, especialmente en estas últimas, ante el escéptico tabernero que observaría para sus adentros: «Eso mismo hago yo y nadie me concede el menor mérito.»

Para otros, lo de las bodas de Caná forma parte del Jesús mítico y creen

que el milagro es una invención del Evangelio.

En esta circunstancia se cruza en la vida de Jesús un hombre providencial, san Juan el Bautista, primo suyo según Lucas [218]. Juan el Bautista había sentido muy tempranamente la vocación de hombre santo. Huérfano de sus padres cuando todavía era niño, se entregó a la espiritualidad y «lleno del Espíritu de Dios» huyó al desierto como anacoreta *avant la lettre* (en realidad algo así hacían los esenios, retirados del comercio de los hombres para acercarse a Dios).

En el desierto, Juan templó su espíritu y se alimentó de miel, langostas, lagartos, sabandijas varias, frutas silvestres, raíces, y lo que buenamente encontraba. Tenía muy buena boca san Juan [219].

Después de unos años de penitencia, el hombre santo decidió abandonar el arenal calcinado por el sol, no por miedo a contraer un melanoma, sino porque se sintió llamado a predicar el Reino de Dios. Comenzó, pues, su vida pública sin renunciar al vestido que había usado en el desierto, una piel de camello, lo que le otorgaba un aspecto un tanto montaraz que no desagradaba a sus seguidores ya que demostraba su desapego de los bienes del mundo y su sencillez, dos cualidades convenientes en un predicador.

Algunos hipercríticos señalan una influencia decisiva del Bautista en la formación del pensamiento de Jesús, y acusan a los evangelistas de haberla minimizado introduciendo en sus relatos falsas declaraciones como aquella de que «detrás de mí ha de venir alguien a quien yo no soy digno de desatar la correa de las sandalias» y que éste sustituirá su bautismo de agua por el bautismo «en el Espíritu Santo» [220]. Piensan estos neotestamentólogos que Jesús cursó su noviciado en el grupo que seguía a Juan el Bautista (o el Inmersor), lo que explica su bautizo en el Jordán y el hecho de que él mismo bautizara a otros (Jn. 3, 22).

Quizá hubiera seguido toda su vida como mero discípulo del Bautista, así de modesto era Jesús, pero cuando encarcelaron al Maestro (por orden del tetrarca de Galilea, Herodes Antipas) tomó el relevo y continuó su obra con los resultados que a la vista están: esta espléndida cosecha de cristianos, este árbol poderoso frutado de fe, esperanza y caridad que extiende su sombra salvífica por el mundo.

¿Qué puede haber de cierto en lo de que Jesús es mero continuador del Bautista (o el Inmersor)?

Me temo que mucho: el Bautista (o el Inmersor) predicaba las mismas cosas que predicaría Jesús después: la necesidad de arrepentirse porque la llegada del Reino de los Cielos es inminente (Mt. 3, 2); el amor al prójimo como a ti mismo y el perdón de las ofensas. Además, el hecho de que Jesús se sometiese al rito bautismal sugiere que probablemente formaba parte de la comunidad del Bautista (o el Inmersor) [221].

Una hipótesis con muchos visos de realidad sería la siguiente: un buen día aparece por el valle del Jordán un tipo algo estrafalario vestido con una piel de camello, atezado por el sol porque procede del desierto donde las insolaciones, la soledad y los espejismos le han medio secado la sesera. Es posible que pertenezca a esas comunidades esenias que se han apartado de la religión legalista que engorda los bolsillos saduceos en el templo de Jerusalén y predique otras cosas relacionadas con los antiguos profetas. Muchos galileos acuden a que Juan los bautice, entre ellos la familia de María, la viuda del carpintero, con sus numerosos hijos. La predicación apocalíptica de Juan concuerda con las esperanzas de liberación e independencia de numerosos patriotas («ya está el hacha hendiendo la raíz de los árboles», asevera). Para cuando Herodes encarcela y elimina al molesto y peligroso profeta, la llama de su predicación ha prendido entre muchos. Los nacionalistas zelotes, partidarios de la lucha armada, reclutan nuevos secuaces entre los seguidores del Bautista. Uno de los que se enrola es Jesús, a pesar de la oposición de sus otros hermanos, especialmente de Santiago, que no ven tan claro lo de la lucha armada.

Los conjurados y rebeldes tienen sus bases en el desierto desde donde recorren el territorio en cuadrillas animando a los judíos a unirse a su causa que es, no lo olvidemos, entre política y religiosa. Jesús" se compromete totalmente con ellos y profesa como asceta *nazir*. La familia, en especial su hermano Santiago, le suplica que abandone la lucha armada y regrese con los suyos. Es inútil, Jesús está tan fanatizado que no atiende a razones. Está loco, dicen.

Llega el momento decisivo de provocar una insurrección armada en Jerusalén, un levantamiento que encienda la rebelión de toda Judea, como en tiempos de los macabeos, y permita sacudirse el yugo de Roma. Los conjurados, Jesús entre ellos, salen del desierto y se van concentrando en el monte de los Olivos, frente a Jerusalén... [222]

Pero no adelantemos acontecimientos, que todavía faltan meses para que

eso ocurra. Estábamos junto a Juan el Inmersor. Y ahora abandonando la historia hipotética, regresamos al mítico Jesús que se desprende de los Evangelios.

Sea como fuere, es indudable que el primer acontecimiento importante de la vida de Jesús Hombre fue su bautismo en el Jordán.

Juan el Bautista era «un hombre de bien que incitaba a los judíos [...] a ser justos los unos con los otros y píos hacia Dios, y a ir juntos al bautismo». [223] Herodes Antipas lo ejecutó por revoltoso o quizá por un motivo más personal que político: en sus predicaciones le reprochaba que hubiera repudiado a su mujer legítima para unirse a Herodías, la bella mujer de su hermano (Mc. 6, 17-29; Mt. 14, 3-12).

No es mi intención disculparlo, pero procuro entenderlo. Herodes Antipas era un político avezado, con más conchas que un galápago, y ducho en el ejercicio de la paciencia. No es que el Bautista (o el Inmersor) le encantara: aquella mosca cojonera lo tenía más que harto, pero no se atrevía a ejecutarlo por miedo a que sus fanáticos seguidores, aquella tanda de desharrapados, provocaran disturbios. Mientras tanto, Herodías, su amante, se reconcomía cuando sus amigas acudían a palacio para la tertulia de los miércoles y, después del acostumbrado desuello de las amigas ausentes, le comentaban, con aviesa intención, lo que el Bautista, aquel patán vestido de camello, pregonaba de ella por plazas y mercados. [224]

Hay que imaginarse las quejas de la señora en el lecho conyugal (y adúltero), tras una cena íntima transcurrida en ambiente glacial en la que Herodías apenas abriría la boca para decir: «Por favor, pásame la sal.» Cuando Herodes, deseoso de alguna remuneración carnal que compensara una jornada de trabajo agotadora en presidencia, posara su mano en el muslo prieto y suave de Herodías, ella se la retiraría bruscamente y le daría la espalda.

—¿Qué te pasa? —le preguntaría el paciente Herodes, como si no supiera perfectamente lo que le pasaba.

—¡Nada! —respondería ella, seca.

—Algo te pasará —insistiría él con suavidad—. Te noto un poco tensa.

—¡Ya te he dicho que no me pasa nada! —replicaría la mujer, más cortante si cabe.

—Vamos, mujer, dímelo —insistiría Herodes.

Entonces ella prorrumpiría en sollozos, menudas son:

—¿Qué me va a pasar? —articularía, llorando ya a moco tendido—. ¿Es que no ves que ese mendigo vestido de camello va por ahí poniéndome de puta para arriba?

—¡Vamos, mujer! —exclamaría Herodes, conciliador—, ¿no ves que es un pobre loco, un desgraciado?

—¡Sí, loco estará, pero luego mis amigas vienen a decirme que me está poniendo como chupa de dómine y tú que eres el rey no haces nada! ¡Eso es porque ya no me quieres, si me quisieras, otro gallo cantaría!

Con estas y parecidas razones, la astuta Herodías iría minando la santa paciencia de Herodes (le recuerdo al lector que éste no es el Herodes cruel y resolutivo que asesinó a los Santos Inocentes páginas arriba, sino su hijo, un auténtico calzonazos que nunca estuvo a la altura de las circunstancias).

Las sesiones quejumbrosas de Herodías menudearon en la misma medida en que espaciaba los débitos conyugales concedidos al gobernante. El vaso de la paciencia herodiana se colmó en el transcurso de una cena de gala. El alcohol había corrido generosamente. [225] En la sobremesa salió la niña de la casa, la joven y atractiva Salomé (hija de Herodías habida en su anterior matrimonio), que estaba en su punto exacto de sazón, dieciocho primaveras, culito respingón, pechitos agudicos que el brial quieren romper, cinturita cimbreante, con ombligo de pileta; los labios rojos y gordezuelos, sin artificios de silicona, y unos ojos verdes con destellos de miel candente, llenos de inocente malicia, caída de pestañas incluida.

Salió, digo, la niña a demostrar sus gracias ante los invitados y se puso a bailar al estilo de entonces: danza del vientre en su variante *heavy*, caída de los siete velos, contorsiones rítmicas, golpes de cadera con desplazamiento de faldita y exhibición fugacísima del nacimiento del culo, y el restante repertorio de coreografías sensuales y hasta desvergonzadas, más propias de cabaretera desorejada que de princesa, rematado todo ello con una serie de contoneos y espasmos púbicos que hubieran soliviantado al santo Job. [226]

El padrastro, Herodes, cautivado por la picardía de la muchacha, le dijo, en un rapto de generosidad y largueza cesáreas:

—Pídeme lo que quieras que te lo concederé.

Salomé cruzó una mirada cómplice con mamá (el par de víboras lo tenían perfectamente planeado) y se descolgó solicitando la cabeza del Bautista en una bandeja de plata. [227]

¡Coño con la niña, además de plata, no se conformaba con el honrado peltre!

Murmullo de los invitados. Consultas cada cual con su vecino. «¡Menuda papeleta se le plantea al monarca! —diría uno—. ¡Veremos cómo acaba la cosa! ¡A ver si tiene perendengues de cumplir lo que con tanta ligereza le ha prometido a la petarda de la hijastra!»

—Sí, será una petarda, pero hay que ver lo buena que está —precisaría otro.

Herodes, fiel a su palabra empeñada ante tantos testigos, no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y conceder lo que se le demandaba. El carnífice titular bajó a los calabozos con el sable de las ejecuciones y descabezó al santo varón.

Ni sentencia, ni tribunal de apelación, ni abogado, ni leches.

La bella Salomé ha alcanzado considerable fortuna literaria. Ha inspirado poemas y óperas, novelas y películas, canciones y *performances.* En el cine, la escena culminante de su vida es la danza de los siete velos que, al final, la deja desnuda como una bandeja de plata sobre la mesa de la presidencia, con desparrame de frutas, platos y salsas por el marmóreo suelo; en otras, es una danza del vientre con mucho meneo de caderas y oscilaciones pectorales al ritmo de una orquestina de chirimías y panderos. La verdad sólo Dios la sabe. No hace mucho causó algún revuelo la soprano Francesca Patane que mostraba sus gracias, dos tetitas talla ochenta como mucho, en la ópera de Strauss *Salomé.* Sin embargo, gorgoritos aparte, servidor se decanta más por la bailarina del vientre Yamila Masur o por Princess Babe. Les pongo las fotos para que juzguen ustedes mismos. [228]

¿Cómo fueron las últimas horas del Bautista? Nos lo imaginamos en la insomne madrugada, echado en su jergón de paja, meditando sobre la brevedad de la vida y sobre la sagrada misión que ahora, presintiendo cercana su muerte, quedaba en manos del primo Jesús.

Para la Iglesia, san Juan Bautista es el primer mártir caído en defensa de la indisolubilidad del matrimonio y en contra del divorcio.

Regresemos ahora al río Jordán. No es muy caudaloso, pero tiene trescientos kilómetros de largo que, en parte, marcan hoy la frontera entre Israel y Jordania. Según el Evangelio, Jesús se bautizó en «Betania, la orilla opuesta del Jordán» (Jn. 1, 28). La cita es imprecisa, especialmente debido a que nadie sabe dónde estaba Betania. En el mapa de Medebá, del siglo VI, la situaron al sureste de Jericó. Existe un lugar que la tradición identificó, dos siglos después, con un remanso cercano a la desembocadura del río, en el mar Muerto. Allí construyeron los ortodoxos, en el siglo XV, el monasterio de San Juan. Los franciscanos han edificado una capilla en 1933. En este *yardenit* o «lugar bautismal», cerca del kibutz Kinneret, los israelíes han levantado un complejo turístico-piadoso, un auténtico oasis muy arbolado, que incluye restaurantes de diverso pelaje (hasta un chino: El Yangtsé) y tiendas pías donde se pueden adquirir medallas, estampas, rosarios, llaveros, encendedores, cucharillas y otros souvenires devocionales. Los autobuses climatizados que traen y llevan turistas de Jerusalén al mar Muerto se detienen en el amplio aparcamiento y abren las compuertas para que los guiris salgan de estampida a guardar cola ante los retretes, a refrescarse en los chiringuitos, a gastarse los cuartos en las tiendas y a fotografiarse y llenar cantimploras de plástico en las mismas verdosas aguas donde se supone que Jesús se introdujo para que san Juan lo bautizara.

En el lugar se ha habilitado recientemente un bautizadero de moderno diseño en el que, por la módica suma de cien euros, el peregrino turista renueva su bautismo (mil euros si prefiere inmersión completa, camisón blanco y sandalias playeras aparte). Un sacerdote, debidamente acreditado como socorrista ante la Oficina de Turismo, se coloca al final de la pasarela que penetra en el río hasta que el agua llega a la cintura del aspirante y, tras musitar la oración, te sumerge mientras tus acompañantes perpetúan el recuerdo con la cámara de vídeo desde el mirador adyacente. Acuden allí anualmente miles de visitantes cristianos que incluyen el bautismo en su pack turístico de los santos lugares, para convertir en realidad el sueño de rebautizarse en las mismas aguas donde lo hizo el Mesías.

No es por aguarle la fiesta a nadie, pero es obvio que estos creyentes bienintencionados ignoran la profecía de san Heráclito de Éfeso: «Uno no puede bañarse dos veces en el mismo río.» Porque el cauce será el mismo, más o menos, pero no se trata de las mismas aguas en las que se bautizó Nuestro Redentor. Aparte hay otra objeción: las aguas del Jordán son pocas y

bastante marraneadas y turbias debido a los vertidos. Hay que imaginar que en tiempos de Jesús serían más limpias, pero ahora es temeridad, sólo justificada por la fe, sumergirse en aquella charca inmunda. [229]

El próspero negocio bautismal israelí ha concitado la sana envidia de la vecina Jordania que ha ideado un *Proyecto Bautismo* para reivindicar que el bautismo de Jesús ocurrió en su territorio y no en el del vecino. Según los jordanos, la Betania evangélica no estaba en Israel sino en Jordania. Para probarlo han contratado a un equipo de arqueólogos dirigido por el prestigioso doctor Mohamed Waheeb, quien, tras varias campañas de excavaciones, asevera haber descubierto el verdadero lugar del bautismo de Jesús. En la ribera jordana, naturalmente.

Previsible.

Aduce Waheeb la existencia, cinco millas al norte del mar Muerto, de los restos de dos iglesias bizantinas que, de acuerdo con los testimonios de los antiguos peregrinos, se erigieron en el mismo lugar del bautismo de Jesús, no exactamente en el Jordán sino en un afluente, el arroyo Wadi-Kharrar, donde la tradición asegura también que el profeta Elias ascendió a los Cielos. [230]

El gobierno jordano, sensible (a pesar de su condición islámica) a las necesidades religiosas de los turistas cristianos, ha proyectado construir en aquel punto un grandioso Parque del Bautismo de Wadi-Kharrar.

CAPÍTULO 14

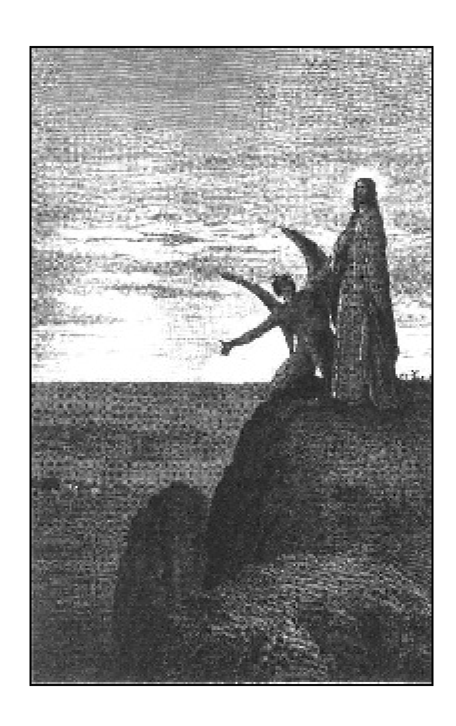
Las tentaciones del demonio

Ya bautizado Jesús, el Espíritu Santo lo transportó al desierto (los Evangelios no especifican el medio de transporte, pero tratándose del Espíritu Santo debió de ser por vía aérea, como se mueven los ángeles y el Espíritu mismo en su forma de paloma). Otra posibilidad es que lo hiciera por el procedimiento no menos mágico que ahora conocemos como telequinesis. En la mano de Dios está, desde luego, lo de transportar por los aires y más de un caso se menciona en la historia sagrada (el carro de Elias, el obispo de Jaén que fue a Roma, etc.).

¿Por qué este retiro del Señor en el desierto?

¿Para sintetizar la vitamina E, con aquel solecico? ¿Para meditar sobre su vida? [231]

No. Estas propuestas de reputados biblistas nos parecen aventuradas. A falta de testimonio más convincente es lícito pensar que probablemente Jesús intentaba emular a su primo e inspirador el Bautista, que había pasado allí largos años de penitencia anacorética. [232] Jesús sólo aguantó cuarenta días, lo que no debemos atribuir a que la vida solitaria y sacrificada, la dieta poco apetitosa (algún panal de rica miel, algún saltamontes, algún yerbajo digerible) le aconsejaran desistir. No olvidemos que se trata de Dios. Él hubiera soportado eso y mucho más. Su propósito era permanecer cuarenta días, ni uno más: la cuarentena y vuelta al tráfago del mundo, a predicar el Reino de Dios.



¿A qué desierto se retiró Jesús? No lo sabemos, probablemente al de Judea que le cogía más a mano. Es un dato irrelevante ya que en Tierra Santa desiertos no faltan, gracias a Dios. En cualquier caso es a este desierto al que alude la expresión popular «donde Cristo dio las tres voces», significando un lugar apartado y hostil.

Jesús ayunó los cuarenta días que permaneció en el desierto, fuera por penitencia (lo que es dudoso, porque pecados no tenía: ¡como que era Dios!), fuera porque la dieta del primo Bautista, saltamontes y miel silvestre, no lo acababa de satisfacer.

Algunos hipercríticos dudan de que ayunara los cuarenta días, pero es fácil rebatir sus argumentos. Un ayuno de cuarenta días es posible, ahí tenemos los casos del etarra De Juana Chaos y otros huelguistas de hambre. Incluso en la India se dan casos de faquires que ayunan profesionalmente, sea por misticismo, sea porque han decidido no dar palo al agua con pretexto piadoso, y parece que viven del aire, como los camaleones.

Es uno de los misterios que encierra el hecho religioso: cómo el mero Espíritu es capaz de alimentar al cuerpo. Ahora bien, hemos de pensar que Jesús saldría enflaquecido de la prueba. Aun así, con sus facultades mermadas, resistió las tentaciones a las que lo sometió el demonio. [233] ¡Con un par, sí señor!

Aquí se nos plantea un parvo escollo teológico. Si Jesús es Dios (y ya sabemos que lo es), no puede pecar. Cierto. Pero no olvidemos que existen en él dos naturalezas: la divina y la humana. Como hombre puede pecar, eso es evidente, pero no como Dios. Entonces surge un nuevo dilema: si las dos naturalezas son permanentes, no podemos separar la parte humana de la divina. Parece natural y sin embargo no lo es porque, como vemos a lo largo de los evangelios, Jesús Hombre sufre, duda, se irrita, es sensible al halago y finalmente muere, sentimientos y accidentes naturales que no podría experimentar como Dios. Es difícil de entender, lo sé, pero es mejor creerlo tal cual. Para eso tenemos la fe. [234]

No lejos de Jericó se localiza el monte de las Tentaciones donde se supone que el demonio tentó a Jesús recién cumplidos sus cuarenta días de retiro. En 1890 los ortodoxos ganaron por la mano a los católicos y ocuparon el borde mismo del acantilado con los andamiajes de un monasterio que llaman de los Cuarenta Días (en árabe Deir el-Quruntul).

Superada la prueba del desierto, Jesús comienza su vida pública propiamente dicha. Se establece en una de las ciudades importantes de Galilea, Cafarnaún, e inicia su predicación de la inminencia del Reino de Dios. [235] Para ello se rodea de una panda de seguidores entre los que escoge a doce apóstoles, uno por cada tribu de Israel, lo que indica que su predicación tenía un inevitable cariz político, independentista (entre los judíos la religión no se deslindaba de la política). [236]

Entre los discípulos figuraban algunos pescadores del mar de Galilea, presumiblemente elementales y analfabetos. Hay que imaginarse la resistencia familiar, las mujeres llorosas, las suegras irascibles cuando les anunciaran que colgaban el remo y las redes para integrarse en el séquito de aquel charlatán don nadie (eso parecería Jesús al principio) que les prometía un hipotético Reino de los Cielos. Y, lo que es peor, un séquito en el que, caso insólito en la época, ¡figuraban varias mujeres!

No es creíble que los apóstoles se enrolaran atraídos por la compañía femenina pues de sexo ya estarían abastados con sus respectivas *cónyujas.* [237] Seguramente se arrimaron a Jesús buscando alguna ganancia material (como Sancho Panza se ajustó con don Quijote) y nunca comprendieron muy bien al Maestro ni estuvieron dispuestos a arriesgar por Él (más adelante veremos que, cuando los romanos los detienen, ¡salen corriendo y lo dejan en

la estacada, los muy cabritos!).

El Papa Ratzinger, nuestro Santo Padre felizmente reinante, cuyas rojas y premiadas pantuflas beso con amor filial, [238] señala, en su esclarecedor ensayo *Jesús de Nazaret,* que los apóstoles constituían un grupo heterogéneo (lo que muestra la astucia política de Jesús, que no se casaba con nadie): Simón el Zelote y Judas Iscariote eran zelotes (o sea extremistas aberzales) y hasta es posible que el propio Jesús lo fuera, como se sospecha.[239] Leví-Mateo era publicano (colaboracionista de los ocupantes romanos); Juan, Santiago y Andrés, pescadores galileos con las luces justas para la pesca nocturna, y el par restante, Felipe y Andrés, más helenistas que judíos. En términos políticos constituían un grupo mixto propenso a degenerar en jaula de grillos, si el portavoz no lo guiaba con mano firme.

Gentes de todo pelaje acudían a escuchar a Jesús, si creemos a los evangelistas. Su discurso no era todavía el de un exaltado, sino un mensaje de esperanza para los pobres de la Tierra, los marginados y los pecadores.

Reunía Jesús multitudes más que por el interés de la merienda (los panes y los peces) por escuchar su sermón. [240]

Los neotestamentólogos, tanto los hipercríticos descreídos como los pertenecientes a la pastueña facción clerical, aceptan unánimemente que Jesús centraba su predicación en el anuncio del Reino de Dios. Ahora bien, ¿qué significaba para Jesús el Reino de Dios? Jesús, que en su aspecto sustancial de Hombre no era más que un judío de su tiempo, y por lo tanto participaba del ambiente apocalíptico y del creciente malestar de sus compatriotas, estaba persuadido de que el Dios de Israel, Yahvé, intervendría de un momento a otro, como aseguraban las antiguas profecías, y que Él y sus contemporáneos conocerían ese gran cambio del Reino de Dios. Esto acarrearía, en términos políticos, el final de la dominación romana, la independencia de Israel y el advenimiento de un período de paz fraternal. Ahora bien, los que quisieran ser dignos de participar en ese Reino deberían transformarse radicalmente *(metanoia),* «quien no se hace como un niño no entrará en el Reino» (Mt. 18, 1-5). Había que perdonar, amar al prójimo, amar incluso a los enemigos (Mt. 5, 21-26) (esta parte les encantaba a los hippies californianos, que también usaron la imagen de Jesús con flores). Tan inminente le parecía a Jesús la llegada del Reino de Dios que aconsejaba al joven rico «vende cuanto tienes y dáselo a los pobres», porque «no se puede

servir a Dios y a las riquezas» (Mt. 6, 24), un consejo aparentemente descerebrado que sólo se justifica si uno piensa que todas esas riquezas no te van a servir para nada el mes que viene, así que más vale que las inviertas en méritos. Esta actitud responde a lo que un autor denomina «ética interina» o «provisional». [241] Ello justifica que, a pesar de la incompatibilidad expresada por Jesús entre Dios y las riquezas, la Iglesia no se desprenda de ellas, sino que, antes bien, las siga acumulando, cuantas más mejor.

¿Por codicia?

¿Codiciosa la Iglesia? ¿Interesada? ¿Trincona?

No, desde luego que no. Si la Iglesia propende a la acumulación de bienes es porque cuando llegue, por fin, el sucesivamente aplazado Reino de Dios y ella reparta sus bienes entre los pobres siguiendo el consejo de Jesús, su fundador, cuanto mayores sean sus riquezas más resplandecerá su virtud y mayor será el ejemplo que nos dará a los fieles, animándonos a imitarla según su sabio magisterio.

El Reino de Dios ¿era para todos? Los judíos nunca practicaron el apostolado porque su religión se suponía privativa de su pueblo de acuerdo con el pacto del Sinaí (Yahvé y Moisés). Parece, por lo tanto, que Jesús sólo se dirigía a los judíos. El mismo lo declaró: «Sólo he venido para las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt. 15, 24). Pero era tan generoso que, sin embargo, condescendió en un par de ocasiones a que algunos gentiles, no judíos, participaran en la esperanza del Reino. De hecho sanó a varios gentiles: el criado del centurión de Cafarnaún o la hija de la mujer siriofenicia, a la que en un principio rechazaba («no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros», Mc. 7, 24-30). Quizá salvó a la siriofenicia por su condición de mujer. Jesús, todo un caballero, prestaba una distante pero especial atención a las mujeres. En el caso del criado del centurión hemos de pensar que quizá la actuación del curandero fue una forma de congraciarse con la autoridad para que no le buscara las cosquillas: Jesús no era médico titulado, desde luego, pues, como sabemos, tenía menos papeles que una liebre [242] y, por lo tanto, ejercía la medicina clandestinamente. El centurión era, en Cafarnaún, como el comandante de puesto de la Guardia Civil de uno de nuestros pueblos en tiempos de la dictadura. Te pide un favor, no se lo haces y lo mismo te empaqueta bajo la Ley de Vagos y Maleantes (o su equivalente romano, claro). Hay que ponerse en su lugar. El centurión tiene al criado enfermo, en la cama, con fiebre alta, y la centuriona

está que se sube por las paredes desde que se ve obligada a asumir personalmente las tareas domésticas, siendo, como es, una señora, la esposa de la primera autoridad militar del municipio. Por la noche el centurión quiere testimoniarle la firmeza de su amor y ella:

—¡Quita, quita, hombre, vamos a dejarlo para otro día, que hoy estoy reventadita de trabajar y me duele la cabeza!

El aguerrido militar intenta cogerle una mano, a ver si la convence:

—¡Que no, Quinto Curcio Máximo, que te he dicho que no! ¡No insistas!

—Pero Rómula Spátula Frígida —insiste él, cariñoso—. ¿Qué te pasa, por Hércules?

—¿Qué me va a pasar? —replica ella haciendo pucheros—. ¡Que me da vergüenza que notes las manos de fregona que se me están poniendo!

Eso una noche y otra y la siguiente también. Un buen día pasan frente a la casa cuartel el curandero Jesús y sus mariachis y acompañantas (las adoratrices, se deduce) que van de pueblo en pueblo predicando el Reino de Dios y recaudando limosnas para el sostenimiento del culto (o sea, del grupo cultual que ellos mismos conforman). ¿No es humano que el centurión aproveche que los tiene en su jurisdicción para resolver su problema?

—¡Hombre, Maestro Jesús —cohecha haciéndose el encontradizo—, por lo que más quieras: cúrame a un criado que tengo con cuartanas que no sabes lo pesadita que está mi mujer restregándome todo el santo día por la faz que la hija de su madre no nació para fregona!

Nosotros sabemos que Jesús era Hijo de Dios y sus acompañantes, los apóstoles, todos santos (salvo Judas), pero desde la óptica del romano serían un grupo de charlatanes vagabundos que iban de un lado a otro, que si Maestro por aquí, que si Maestro por allá, con su rollo místico, y sin trabajar.

Es natural que Jesús le hiciera el milagro demandado para congraciarse con la autoridad.

Hay situaciones, como la descrita, que se explican por su propia lógica. Otras son las dudas teológicas que nos asaltan. Por ejemplo: ¿pensaba Jesús que era el Mesías esperado por Israel?

En este punto disienten los estudiosos: unos creen que nunca pretendió

tal cosa, que fue un mero predicador, sanador y exorcista que al final metió la pata, se creyó su propia pamema y lo crucificaron por andar prometiendo que restauraría la casa de David; otros, por el contrario, creen que estaba convencido de ser el Hijo de Dios, Dios mismo, pero sólo lo manifestaba a sus íntimos.

Como si dijéramos, Dios de incógnito. [243]

Algunas veces Jesús se presentaba como Hijo del Hombre. ¿Qué significado tenía para él esa expresión, siendo, como era, Hijo de Dios? Aquí la ciencia duda y no sabe si tomarlo por una mera licencia estilística, una manera de decir «yo» o si es un reflejo de expresiones similares tomadas de las Escrituras (libro de Daniel). [244]

Lo que está fuera de dudas es que Jesús era un judío fiel a la Ley, pero a veces la interpretaba libremente y se apartaba del rigorismo de sus correligionarios, especialmente en lo tocante a la observancia del sábado y a la pureza ritual.

La enseñanza de Jesús, su alta moral (que la Iglesia no ha observado nunca, lo sé, ni los cristianos en general, si exceptuamos contados individuos) no son tan originales como a menudo predican los púlpitos y los teólogos. En realidad todo lo que dijo ya aparecía en el Antiguo Testamento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» procede del Levítico; lo de hacer el bien a los enemigos procede de Éxodo; lo de poner la otra mejilla cuando te abofetean para que acaben de partirte la cara es de Jeremías; «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer» está en Proverbios. [245]

Era complejo Jesús (como que tenía dos naturalezas, una más que cualquier mortal): si en ocasiones se mostraba manso, otras veces adoptaba actitudes que, francamente, podríamos considerar escasamente evangélicas, pero ahí está la riqueza de su personalidad, llena de matices. Por ejemplo, cuando les comunica a los discípulos: «He venido a traer fuego al mundo, ¡y cuánto deseo que esté ya ardiendo! He recibido un bautismo de dolores, ¡y me angustio hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer la paz a la Tierra? Os digo que no, sino discordia. En adelante, estarán divididos cinco: tres contra dos y dos contra tres; el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra» (Lc. 12, 51-53).

¿Qué ha querido decir Jesús? Sus palabras están claras: que ha venido a

traer la discordia, a desunir a las familias, a azuzar el consuetudinario odio entre suegras y nueras. [246]

¿Tiene esto sentido en un hombre que predica la paz?

No nos quedemos en una lectura superficial. Recordemos: Dios escribe derecho con renglones torcidos. Si leemos algo que nos acomoda, admitámoslo; cuando encontremos algo que no nos acomoda, pensemos que se trata de una parábola que no hay que tomar al pie de la letra porque posiblemente quiera decir justamente lo contrario de lo que dice.

¿Quién decide cuándo hay que tomar la Escritura en sentido literal y cuándo en sentido figurado?

La Iglesia, naturalmente, la depositaría de la Revelación. Por lo tanto, esto se explica por sí solo. Cuando Jesús dice que ha venido a traer la discordia y a desunir a las familias no ha querido decir lo que dice, sino justamente lo contrario: que ha venido a traer la concordia, a unir a las familias, a fomentar el amor entre suegras y nueras (y también, si me apuran, entre cuñados, y entre yernos y suegros, aunque no lo especifique). Soseguemos, pues, nuestra conciencia. La Iglesia, en sus pastores, tiene explicación para todo, tanto si se entiende como si no. No abandonemos nuestro papel de sumisas ovejas: leche y lana es todo lo que la Iglesia nos pide (o sea, que nos dejemos esquilar y ordeñar por el clero autorizado), no interpretaciones de las Escrituras que sólo a ella competen.

Más escabroso resulta el episodio de la higuera veleidosa a la que Jesús maldice y seca (entonces no existía autoridad forestal que lo persiguiera, ni tal estrago estaba tipificado como delito).

Refresquemos el conocido pasaje evangélico: a la salida de Betania, Jesús divisa una higuera frondosa, siente apetito y se le antoja degustar unos higos que presume deliciosos, todavía fresquitos del relente nocturno, con su gotita de miel en el pedúnculo. Cuando descubre que el desagradecido árbol no tiene higos ni brevas, contrariado en su faceta humana, se enfada, lo maldice y lo seca (Mc. 11, 13; 12-26).

¿Por qué no tenía higos la higuera? Como advierte el evangelista «no era tiempo de higos» *(Non erat tempus ficorum,* apunta la Vulgata). Era marzo y todo el mundo sabe que en marzo todavía no hay higos. Incluso Jesús lo sabía.

Los discípulos se quedaron de piedra e intercambiaron miradas como diciendo: «¡Vaya con el Maestro, y de qué humor se nos ha levantado hoy!»

¿Jesucristo de mal humor? ¿Jesucristo iracundo? Pero ¡si es Dios! ¿Cómo va a sentir Dios ira, uno de sus pecados tipificados como capitales? [247]

Examinemos el asunto con detenimiento. No juzguemos a la ligera. La higuera no era responsable por no tener fruto. Su coartada era perfecta: no era tiempo de higos, y, por lo tanto, no tenía obligación de tenerlos. Las leyes de la naturaleza (formuladas por el propio Dios) no se lo permitían. Y sin embargo Jesucristo, o sea, Dios, la castigó aniquilándola. Si este árbol fuera un ser capaz de razonar se quejaría amargamente del atropello.

Es indiscutible que este episodio evangélico implica muchos y profundos misterios. Pensemos: ¿por qué no castiga Jesús a los demás árboles? Por ejemplo: ¿por qué no castiga a los olmos por no dar peras, a las palmeras por no dar azafrán, a la tomatera por no dar boniatos, y, ya puestos, a las adelfas que adornan las autopistas por no dar *gepeeses*.

¿Por qué fue castigado solamente el árbol que, encima, da frutos dos veces al año? ¿En qué pecó la desventurada higuera?

¿En que no tenía frutos? Si Mateo y Marcos nos dicen que no era tiempo de higos, entonces, ¿por qué la maldijo Jesús?

La culpa fue de la higuera. Evidente. Si esa higuera hubiera gozado de un mínimo de sentido común se hubiera apresurado a cargarse de higos al ver que se le acercaba, hambriento y acalorado, el Redentor de la humanidad. Así obran en las Escrituras incluso las criaturas más insensibles de la naturaleza. Pensemos en la piedra de la que brotó agua en el desierto, pensemos en la zarza que ardía sin quemarse en el monte Sinaí, pensemos en la burra de Balaam que habló con una dicción más que pasable en lugar de rebuznar.

¿No podía la higuera haber observado el comportamiento anómalo que se esperaba de ella? ¡Claro que podía! Pero no. La higuera era demasiado orgullosa para someterse. La higuera no obedece a Dios, se niega a improvisar su fruto y Jesús la seca.

¿Qué enseñanza podemos extraer de este pasaje? Sólo una, pero muy importante: ¡que se joda la higuera y haberse despabilado!

Por eso, unos días más tarde, la troupe apostólica acierta a pasar por el

mismo camino y Pedro dice: «Maestro, mira, la higuera que maldijiste: se ha secado.» Respondiendo Jesús, les dijo: «Tened fe en Dios» (Mc. 11,21).

¡Tened fe en Dios! ¡Ésa es la clave! ¿Qué nos dice la Iglesia? Que tengamos fe en Dios. La Iglesia tiene explicación para todo, es su oficio. Veamos lo que oímos a pie de púlpito: «En algunos países las higueras tienen los higos tempranos debajo de las hojas y los tardíos sobre las hojas. En este caso, las hojas indicaban que había frutos debajo de las hojas. La sentencia contra esta higuera fue motivada por la ausencia de fruto.»

Natural.

Otro pasaje igualmente revelador de la fortaleza de ánimo de Jesús:

> Cruzaron el lago hasta llegar a la región de los gerasenos. Tan pronto como desembarcó Jesús, le salió al encuentro un hombre poseído por un espíritu maligno. Este hombre vivía en los sepulcros, y ya nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas. Muchas veces lo habían atado con cadenas y grilletes, pero él los destrozaba, y nadie tenía fuerza para dominarlo. Noche y día andaba por los sepulcros y por las colinas, gritando y golpeándose con piedras.
>
> Cuando vio a Jesús desde lejos, corrió y se postró delante de Él.
>
> —¿Por qué te entrometes, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? —gritó con fuerza—. ¡Te ruego por Dios que no me atormentes!
>
> [Es que Jesús le había dicho: «¡Sal de este hombre, espíritu maligno!»]
>
> —¿Cómo te llamas? —le preguntó Jesús.
>
> —Me llamo Legión —respondió el demonio—, porque somos muchos. [248] Y con insistencia le suplicaba a Jesús que no los expulsara.
>
> En una colina pacía una piara de muchos cerdos. Los demonios le rogaron a Jesús:
>
> —Mándanos a los cerdos; déjanos entrar en ellos. Así que Él les dio permiso. Cuando los espíritus malignos salieron del hombre, entraron en los cerdos, que eran unos dos mil, y la piara se

precipitó por el despeñadero y se ahogó en el lago.

Los porqueros huyeron a contarlo en el pueblo y la gente fue a ver lo que había pasado. Llegaron donde estaba Jesús, y cuando vieron al endemoniado tan tranquilo, sentado, vestido y en su sano juicio, se quedaron estupefactos. Se corrió la voz por la comarca y la gente comenzó a suplicarle a Jesús que se fuera. (Mc. 5, 1-17)

La actitud de los aldeanos se comprende. Vamos a decirle al brujo que se marche a otra parte porque si no ha hecho más que llegar y ya hemos perdido dos mil cerdos. En dos días, que permanezca aquí acaba con toda la cabaña y de eso vivimos.

Esto parece sensato. Admitámoslo.

Ahora bien, ¿es que no podía Jesús expulsar a los demonios sin perjudicar a los cerdos? Podía, por supuesto que podía, como que era Dios que todo lo puede. ¿Entonces?...

Entonces debemos verlo en su contexto. Jesús era judío, los judíos no comen cerdo. ¿Qué hacía una megapiara de dos mil cerdos profanando la bendita tierra de Israel, hozando en sus arroyos, comiendo sus castañas y sus bellotas, emponzoñando el aire con su hedor?

Indudablemente era una afrenta a los judíos, al pueblo de Dios, una injuria al sagrado suelo prometido por Yahvé a Moisés y a su descendencia. Ya sabemos que había mucha población gentil (o sea, no judía, quiero decir; no *gentil* de «amable») que sí comía cerdo, pero también es cierto que podrían haber vivido en otra parte. Nadie los había llamado a plantar sus tiendas en la tierra de Israel. Por consiguiente hemos de admitir que Jesús obró sensatamente y que anduvo cargado de razón al cargarse a los cerdos y a los demonios de una tacada. Que despabilen y no provoquen.

Otro pasaje dudoso (y será el último, lo prometo) es cuando uno de los seguidores de Jesús se acerca al Maestro y le dice:

—Señor, permíteme que primero entierre a mi padre; luego te seguiré.

Jesús le contestó:

—Sígueme, lo importante es que me acompañes inmediatamente. ¡Deja que los muertos entierren a sus muertos!

(Lc. 9, 51-62)

¡Admirables palabras: «que los muertos entierren a sus muertos»!

¡Eso tiene mucha miga, eso desafía las lucubraciones de los filósofos más incrédulos, los que se creen dotados de una inteligencia privilegiada que puede explicarlo todo y por eso se atreven a contradecir los designios de Dios!

¡Hay tanta sabiduría, tanta profundidad encentrada en esas palabras, «que los muertos entierren a sus muertos» que, después de meditar largo rato sobre ellas, intentando encontrarle una lógica he decidido renunciar a explicarlas! Diré, con Jesús, «el que tenga oídos para oír que oiga» (Mc. 4, 9).

Jesús recorrió las orillas del mar de Galilea y los peñascales de Judea predicando y realizando curaciones y exorcismos, actividad que desarrolló a pesar de la oposición de los médicos, quienes lo acusarían de intrusismo profesional. [249] Este extremo lo silencian los Evangelios, pero nosotros lo deducimos de la lectura interlineal de estos inspirados documentos. Algunos lo tachan de borracho (¡aquel milagro de las bodas de Caná!) y de tragón. [250] También le reprocharon que no escogía sus amistades, porque a veces lo vieron en compañía de publícanos o de putas (Mt. 11,19). [251] Finalmente, para acabar de arreglarlo, lo acusaron de practicar la brujería. [252]

Los familiares de Jesús, la Virgen y sus hermanos, manifestaron en diversas ocasiones algunas dudas concernientes al equilibrio emocional de nuestro Redentor (Mc. 3,21).

Jesús no rechazaba a las mujeres ni las relegaba a un papel secundario como después haría la Iglesia que dice seguir sus enseñanzas. Antes bien, las colocaba en un lugar preeminente de sus predicaciones, especialmente a las débiles y aperreadas por el mundo, a las enfermas y a las putas. A estas últimas las sitúa incluso por delante de los sacerdotes en el Reino de Dios (Mt. 21, 31). [253]

En el séquito de Jesús figuraban varias mujeres (María Magdalena—su posible compañera—, Juana, Salomé...), algo insólito en la sociedad judía que relegaba a la mujer a un papel pasivo, pierna quebrada y en casa. Las mujeres, por su parte, acompañan y sirven a Jesús más que los apóstoles, especialmente en los momentos difíciles, al pie de la cruz, (Mc. 15,40-41) y

cuando resucita (Mc. 16, 11).

Recordemos los casos de la mujer a la que cura en sábado. Amablemente la llama «hija de Abraham», un título masculino (Lc. 13,11); el de la que sufría «una patología femenina» que la hacía impura y apestada a los ojos del pueblo, que sana en cuanto toca subrepticiamente la túnica de Jesús (Mc. 5, 25-34); el de la extranjera que, con su viva réplica, se lo mete en el bolsillo y le hace cambiar de opinión (Mt. 15, 28); el de la viuda a la que Jesús se acerca (Lc. 7, 13); el de la experta prostituta que «ha amado mucho» (Lc. 7, 37-47); el de la que le masajea los pies con perfume mientras Él le perdona sus pecados; el de la viuda pobre (Mc. 12, 41-44); el de Marta y María, las amigas hospitalarias que lo acogen en su casa (Lc. 10, 38-42); *etc.*

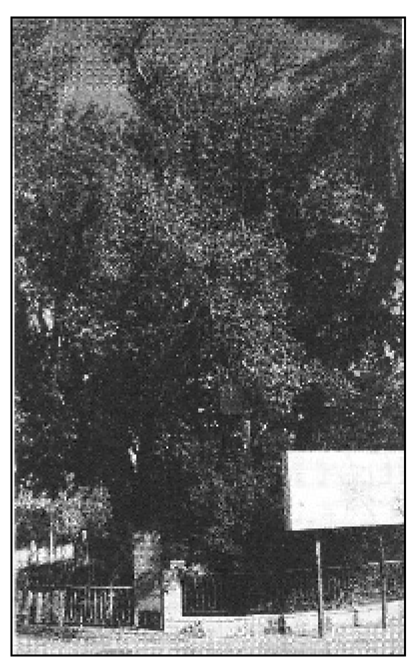
Las mujeres son, a menudo, las más entendidas interlocutoras de Jesús cuando habla ex cátedra: a Marta de Betania, le explica lo de la «resurrección y la vida», en unos términos que, desde luego, no hubiera entendido Pedro, el pescador.

No sabemos durante cuánto tiempo realizó Jesús su ministerio, es posible que un año (los sinópticos sólo mencionan una fiesta de Pascua), es posible que tres años (Juan asevera que celebró la Pascua anual en tres ocasiones). Casi todo lo que cuentan los Evangelios ocurre al norte de Galilea, cerca del mar de Tiberíades (como llamaban los promotores inmobiliarios, con evidente exageración, al lago de Genesaret).

Allá donde iba, Jesús exponía sus enseñanzas por medio de parábolas, unas historietas con moraleja muy populares entre los campesinos de Galilea. Nada de abstracciones: lenguaje muy concreto; al pan, pan, y al vino, vino; que lo puedan entender los incultos. [254]

Los Evangelios citan repetidamente las ciudades de la comarca (Cafarnaún, Corozaín, Betsaida...). [255] Tal parece que Jesús prefería el asfalto de un medio urbano al agro de un medio rural. No se lo reprocho. En las ciudades había más clientela, más gente desocupada a la que predicar y convertir, más movida ciudadana, más bullicio en plazas y mercados. En el campo, por el contrario ¿qué iba a encontrar? Cuatro destripaterrones cerriles incapaces de comprender el mensaje y tan atareados que no tendrían tiempo de escuchar la palabra divina. Esta situación es la que nos sugiere la parábola del sembrador. A Jesús no le gustaba desperdiciar su discurso. Prefería a la gente de ciudad, menos obtusa, más permeable, más pudiente.

En Jericó, la ciudad de las palmeras, se venera un sicómoro que los franciscanos señalan como descendiente del evangélico al que trepó Zaqueo para contemplar a Jesús en medio de la muchedumbre de adeptos («¡Zaqueo! Bájate de ahí, que hoy he de llegar a tu casa... —le dijo Jesús, con aquella amable campechanía suya—. Hoy ha llegado la salud a esta casa).



El sicómoro de Zaqueo.

En 1916, dos arqueólogos alemanes encontraron casualmente las ruinas de la sinagoga de Cafarnaún donde predicó Jesús (Mc. 1, 21). El edificio se ha fechado en el siglo II de nuestra era, o sea, que no existía en tiempos de Jesús. Era muy lujoso: altas columnas, escaleras de mármol, exquisitos frisos esculpidos... ¿Cómo pudo disponer de una sinagoga tan monumental y rica un poblado cuya economía siempre osciló entre lo pobre y lo paupérrimo? Se ha sugerido que quizá fue una donación del emperador Juliano el Apóstata, el defensor del paganismo, con la aviesa intención de probar que las maldiciones de Jesús no se cumplían. [256]

También se muestran en Cafarnaún las supuestas ruinas de la casa de Pedro donde el Señor curó de fiebres a la suegra del que había de negarlo tres veces. A mediados del siglo V, la presunta casa de san Pedro fue convertida en una *domus ecclesia* de planta octogonal que veneraban los peregrinos.

Finalmente está el monte de las Bienaventuranzas, desde el que Cristo

promulgó la Nueva Ley. Es una suave colina, sobre la que han edificado una coquetuela ermita.

En la comarca del Tiberíades existen, además, otros santuarios que se incluyen en el mismo pack turístico: el de la Tempestad Calmada, el de la Multiplicación de los Panes, y el del Otorgamiento del Primado a Pedro después de la Resurrección. Este último es tan pequeño que posiblemente tenga menos ladrillos que letras su nombre, pero alberga decorosamente la llamada roca sagrada, una piedra con entalladuras cimenticias sobre la que se supone que Jesucristo comunicó a Pedro que era piedra y sobre esa piedra edificaría su Iglesia.

En Siquem, región de Samaria, está el convento ortodoxo del Pozo de la Samaritana o Pozo de Jacob, donde Jesús se encontró con la compasiva mujer (Jn. 4, 1-42). El pozo, de unos treinta y cinco metros de profundidad, es anterior a los tiempos de Jesús, aunque en él se detectan elementos romanos, bizantinos y hasta mamelucos. Alrededor del brocal de piedra (al que no falta detalle: soga, garrucha, caldero de cinc.) se levantó, en 1910, una cripta hoy profusamente adornada de iconos y lámparas votivas. El peregrino que busca un regalo adecuado para sus seres queridos puede adquirir en la tienda de souvenires del convento una botella de plástico que el fraile guardián le permitirá llenar de agua del pozo santo, previo donativo. Su familia se lo agradecerá, que ya está harta de que regrese de sus viajes con la consabida ensaimada mallorquina.

En Betania se venera el santuario de Lázaro, con una iglesia levantada en 1953 sobre ruinas bizantinas del siglo V. La tumba de Lázaro es la atracción turística del lugar. Se bajan dos tramos de empinadas escaleras y se accede a un par de angostas cámaras parcialmente talladas en la roca. No le debió resultar nada fácil al difunto abandonar aquel lugar con la dificultad añadida de las vendas y las cintas de la mortaja, aunque tampoco se quejaría de que lo hubieran resucitado, que a caballo regalado no le mires el diente.

También visitó Jesús en su gira algunas localidades del sur, Caná (la de la boda), Naín y Nazaret, donde sus antiguos convecinos no le hicieron el menor caso e incluso intentaron agredirlo (nadie es profeta en su tierra). [257]

CAPÍTULO 15

Jesús, predicador y tertuliano (con Moisés y Elías)

Jesús difundía su mensaje en cualquier parte, al aire libre o en las sinagogas.

No entendamos las sinagogas como el lugar de los cultos judíos al estilo de nuestras iglesias. Eran, sobre todo, centros de reunión entre eruditos en temas bíblicos o simples aficionados a discurrir sobre problemas de la Ley (la ley religiosa, claro). Seguramente Jesús participó activamente en estas discusiones en las que exhibiría unos conocimientos de las Escrituras difíciles de imaginar en el hijo del carpintero galileo (o albañil).

¿De dónde sacaba Jesús esos conocimientos, o son simplemente parte de su leyenda urdida por los evangelistas? ¿Cursó Jesús estudios en alguna parte?

Improbable, puesto que procedía de familia humilde y no tendrían medios. Como dijimos páginas atrás, es dudoso que supiera leer y escribir porque, como la mayoría de sus contemporáneos, sería analfabeto, pero es posible que aprendiera como oyente en las tertulias de los escrituristas locales. Desde luego eso no justificaría sus profundos conocimientos en materia de la Ley mosaica. Más bien hemos de pensar que, siendo Dios, Él mismo poseía todos estos conocimientos y muchos más por ciencia infusa.

Jesús, fariseo él mismo, discutió con sus correligionarios repetidas veces (discutir en el más noble sentido de la expresión, sin llegar jamás a las manos excepto cuando expulsó del templo a los mercaderes). Le parecían los fariseos a Jesús «sepulcros blanqueados», gentes instaladas en la letra de la religión, no en su espíritu, gentes duras de corazón que, aunque observaban estrictamente los más mínimos preceptos de la Ley, después se olvidaban de ser justos, compasivos y leales (Mt. 12, 38-40; Lc. 20, 45-47). [258]

Entre las predicaciones de Jesús es famoso, por su trascendencia, el «Sermón de la montaña» (Mt. 5-7), que tantas esperanzas alentó, y alienta,

entre los desheredados de la fortuna, dejando aparte su evidente contenido teológico. Aunque ¿de qué humilde parábola de Jesús no podemos deducir un mensaje trascendente a poco que meditemos sobre ella una y otra vez hasta encontrarle su porción de sabiduría y doctrina?

Los que escuchaban a Jesús, gentes rudas en su mayoría, campesinos, pescadores, artesanos, arrieros, hortelanos, pastores, ceramistas, molineros, albañiles —ningún notario, ningún registrador de la propiedad—, se extrañarían de que predicara el amor a los enemigos (Mt. 5, 38-48; Lc. 6, 27-36). También se extrañarían del hecho de que, en lugar de aparentar distanciamiento y miedo reverencial hacia el Dios airado de la Biblia, Él lo llamara familiarmente *Abba* («Padre», en arameo). [259]

¡Como que era la segunda persona de la Santísima Trinidad!

El Dios de Jesús es un Dios cercano que busca a los pobres, a los marginados, a los oprimidos (Lc. 4, 18) y a los pecadores (Lc. 15) para ofrecerles su misericordia. La oración del padrenuestro (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 1-4), que Jesús recomendó a sus seguidores, expresa claramente esta relación de cercanía con Dios. No otro es el mensaje que, en su esencia, nos transmite nuestra madre la Iglesia. Aunque nuestra santa Iglesia católica y romana nos parezca instalada en la riqueza y en la molicie, en la solicitación y en la pedofilia, en la palabrería mística y en la retórica hueca, eso son meros accidentes circunstanciales, las vistosas y llamativas vestiduras con las que se engalana de oficio para mejor inculcar su mensaje salvífico a la humanidad. La Iglesia en su esencia, la roca petrina escogida por Jesús para fundar sobre ella el magno y costeado edificio de la nueva religión, nunca ha dejado de mencionar a los pobres en sus homilías y hojas parroquiales. Precisamente su misma riqueza, esos lujos, esas pompas, esos dorados, esos mantos de púrpura, esas casullas bordadas en seda, esos cálices de oro puro engastados de piedras preciosas, ese menaje suntuoso, esos mármoles, esos jaspes, esos inciensos, esos tesoros artísticos que la Iglesia posee, le permiten contemplar a los pobres de la Tierra con la perspectiva de conjunto que da la lejanía, a una distancia que la ayuda a verlos mejor.

La Iglesia es rica, sí, pero lo es por los pobres, esas criaturas que Jesús confió a su custodia.

Estimulado por sus éxitos en Galilea, Jesús extendió sus predicaciones a la vecina Judea y predicó en Jericó, [260] en Betania [261] y hasta en Jerusalén,

la capital, el templo, oficina central de la religión judía, territorio comanche.

El Evangelio de Juan menciona tres visitas de Jesús a Jerusalén (sería interesante saber si correspondientes a tres fiestas pascuales sucesivas, lo que nos sugeriría tres años de predicaciones, pero parece más probable que las tres visitas se realizaran en el mismo año, el último de su existencia, contando la tercera, en Pascua, la que le costó la vida). [262]

El episodio más trascendental ocurrido a Jesús en esta época de predicaciones es lo que conocemos por Transfiguración. [263]

¡La Transfiguración!

Hoy, con los adelantos de la cirugía estética, estamos acostumbrados a que muchas personas (actrices, cantantes, políticos, banqueros...) se transfiguren y aparezcan limpias de arrugas, con el cutis brillante y liso como el culito de un bebé. En tiempos de Jesús no existía tal cosa, por lo tanto una Transfiguración sólo podía achacarse a un milagro. Jesús se transfiguró dos veces, una vivo, en el monte Tabor, y otra ya difunto y resucitado cuando se aparece a sus discípulos y no lo reconocen de rejuvenecido que estaba.

Vayamos con la primera.

Jesús asciende al monte Tabor a orar en compañía de algunos apóstoles. [264] ¿Por qué al Tabor? Pudiera ser que fuera aficionado al montañismo, pudiera ser que todavía guardara un resabio de las religiones prebíblicas que consideraban lugares sagrados las cumbres de los montes (recordemos el Olimpo griego, morada de los dioses).

Por el camino, que es empinado *ma non troppo,* el rostro de Jesús se transfigura. Los apóstoles que lo acompañan también se transfiguran, como todo hijo de vecino cuando asciende por una cuesta a paso vivo y calzado con unas simples sandalias. Todos se transfiguran, pues, pero es que el rostro de Jesús no enrojece ni transpira del esfuerzo. Antes bien, se muestra pálido y resplandeciente y también resplandece la ropa que viste. Mientras ora, ya en la cumbre, su faz se transforma y su vestido resplandece aún más. Los ceporros de los apóstoles (uno no comprende cómo pudo Jesús rodearse de aquella tropa impresentable), en lugar de contemplar el prodigio y caer de rodillas ante tamaña manifestación de su divinidad, se echan bajo una encina y roncan, tan felices, bien alimentados y ociosos.

Afortunadamente despertaron a tiempo para asistir (y testimoniar) la

parte final del milagro.

Se despabilan y hete aquí que encuentran a Jesús departiendo con Moisés y Elias. ¡Dos personajes de la Biblia muertos hacía cientos de años!

¿Cómo supieron los apóstoles que los visitantes eran Moisés y Elias, si nunca los habían visto? Posiblemente se lo comunicó Jesús, ya a toro pasado.

Nunca se ha aclarado si Moisés y Elias estaban allí de carne y hueso, en cuyo caso tendríamos que contabilizar tres resurrecciones previas a la de Jesús (con la de Lázaro harían cuatro) o si eran meras presencias, espíritus puros con apariencia humana, o sea, fantasmas o ectoplasmas. Lo que sí sabemos es que el ambiente era tan relajado y cordial que Pedro sugirió la posibilidad de montar tres tiendas (para Jesús, Moisés y Elias, respectivamente) y permanecer allí un tiempo. Para terminar de subrayar la magia del momento, de una nube surgió una voz celestial, presumiblemente la de Dios Padre, que anunció: «Este es mi Hijo elegido, escuchadle.»

Por si quedaba alguna duda.

Los historiadores hipercríticos tienden a poner en cuarentena el episodio, como todo lo maravilloso que acaece en la vida de Jesús (y en la vida de todos los héroes mediterráneos que lo precedieron en el papel de Hijos de Dios). Aducen que la cima del monte Tabor suele estar rodeada de nieblas. Es un hecho, admitámoslo, que las nieblas sumadas a la humedad adensan el aire y este aire más denso favorece la propagación del sonido. Uno murmura y a media distancia no se le ve, pero se escucha perfectamente lo que dice. La brisa finge susurros y los susurros propician alucinaciones. ¿No pudo ser que en aquel ambiente mágico los apóstoles creyeran que veían o escuchaban a Elias y a toda la basca celestial?

Pudo ser, por supuesto.

Admitámoslo. Por lo tanto no se trata de un subterfugio de los evangelistas para probar que Jesús es el Mesías y el sucesor de los grandes maestros del Antiguo Testamento, sino de una alucinación acústica. Ellos obraron de buena fe, no para engañarnos ni para engañar a la posteridad. Que el catolicismo se base mayormente en mentiras (todas justificables por la fe, quede claro) no quiere decir que en todos los casos mintieran adrede. En otros casos, como éste, se engañaron debido a la confusión de los sentidos y hay que disculparlos.

Que Elias secuestrado por un carro de fuego siglos antes no bajara del Cielo a entrevistarse con Jesús (o sea Dios) al que veía todos los días allá arriba: lógico. No lo vamos a discutir. Es como vivir en la misma casa y citarse a hablar en el extrarradio. No tiene sentido, pero de eso a que todo sea una urdimbre de embustes para llevarnos al huerto a los creyentes a fin de que aflojemos la bolsa y mantengamos a un clero ocioso que vende humo (como algunos insinúan) media un abismo.

¡La incredulidad de los hipercríticos, siempre hurgando en lo que es verdad y lo que es mito! ¿Qué ganarán con ello? Esta incredulidad es el triste producto de la falta de fe. Ante esa cerrazón, ¿qué podemos decir o hacer?

Nada. Rezar por ellos.

Incluso si admitiéramos que es improbable que sucediera lo de la Transfiguración, podemos convenir en que es una manera poética de establecer ese vínculo entre lo antiguo y lo nuevo, la Ley de los profetas y la del dulce Jesús, y que eso tranquilizaría mucho las conciencias de los primeros cristianos que salían del seno del judaísmo sin saber bien adonde les iba a conducir el sendero cristiano, tan novedoso, y quizá con ciertos remordimientos de estar traicionando la religión de sus ancestros.

Finalmente plantearemos una cuestión: ¿Jesús se creía Dios o era solamente un exaltado, un profeta que había venido a predicar su reino?

Éste es un debate moderno que está lejos de resolverse: unos jesusólogos opinan que se creía Dios; otros, lo dudan (Crossan, Borg). Los títulos de Hijo de Dios y Cristo se los dan sus discípulos.

A Jerusalén, a cumplir con la Pascua

Cuando Jesús ganó un número apreciable de adeptos cobró confianza y su mensaje se radicalizó. Comenzaba a preocupar a las autoridades religiosas y políticas de Israel (el colaboracionista Sanedrín judío y Pilato, el gobernador romano).

Aparentemente Jesús se dirige a Jerusalén en compañía de sus discípulos para celebrar la Pascua. Antes pasan por la aldea de Betfagé para recoger el burro que Jesús montará al entrar en la capital (a fin de que se cumpla la profecía de Zacarías que especifica claramente que el Mesías debe llegar

«cabalgando sobre un burro, sobre un burro hijo de burra» (Za. 9, 9). [265] Poco margen queda para la duda.

Aquí se concita un pequeño escollo teológico. En la Semana Santa sevillana, la mejor del mundo, que ha sido con justicia llamada «el Quinto Evangelio», porque lo que allá se representa va a misa, existe un venerado paso, el de la entrada de Jesús en Jerusalén, conocido como «La Borriquita» en atención a que su figura principal es la burra que monta Jesús.

¿Una burra? Pero ¿no habíamos quedado, con autoridad bíblica irrefutable, que era un burro, o sea un macho y probablemente un macho alfa, poderoso, dotado, digno de ser montado por Jesucristo?

Una vez más debemos mostrarnos flexibles con el dogma. ¿Cómo van a poner sobre un paso de Semana Santa, a tres metros del suelo, donde mejor se vea, la descomunal y desedificante credencial genérica de un burro macho que, por menguado que sea, representada a tamaño natural no dejaría de captar la atención de las devotas de rosario, velo y mantilla que acompañan al paso? ¡Incitaría a pecar contra el sexto, qué duda cabe!

Mucho mejor que sea borriquita.

En 1883 se construyó una iglesia en torno a la piedra donde se subió Jesús para montar el burro, la llamada *stelé,* un bloque cuadrado adornado con pinturas y protegido por una valla de madera. [266] ¿Indica esto que Jesús era bajito? Eso parece si consideramos la escasa alzada del típico asno mediterráneo, que cuando uno lo cabalga ha de recoger las piernas para que los pies no arrastren por el suelo. Pero tampoco podemos descartar que el burro fuera un zamoranoleonés, cuya talla supera los ciento cuarenta y cinco centímetros a la cruz, un asno de paso largo y elegante, muy apropiado para una entrada triunfal en Jerusalén. Algún hipercrítico podrá objetar que es dudoso que en la Judea de los tiempos de Jesús hubiera asnos zamoranoleoneses. ¿No estaba acaso en la mano de Dios otorgar a su Hijo una montura digna? ¿Iba a permitir que entrara en Jerusalén a lomos de un escuálido asno mediterráneo, todo pelo y orejas? ¡No fastidie, hombre!

La prueba de que fue un asno castellanoleonés la tenemos en el hecho de que Jesús requiriera el auxilio de la piedra *stelé* para echarle la pierna por encima.

Una última cuestión: ¿llevaba el asno albarda? Los Evangelios, siempre

tan sucintos, nada dicen. Podemos deducir que Jesús montó a pelo del hecho de que no exista santuario alguno de la cristiandad donde se venere la santa albarda.

Después de la muerte de Jesús, tres guerras judeorromanas sucesivas devastaron el país. [267] Roma liquidó el reino de Judea como entidad política y lo convirtió en la provincia de Siria-Palestina.

El emperador Adriano transformó Jerusalén en una ciudad helenística, Aelia Capitolina, similar a otras de la ribera mediterránea: un trazado rectangular, un templo mayor consagrado a Júpiter, un foro o plaza central, y las usuales instalaciones públicas para higiene y esparcimiento de la ciudadanía: baños, letrinas, hipódromo... La Jerusalén que conoció Jesús desapareció prácticamente. Baste decir que la famosa piscina de Siloé se transformó en ninfeo; la piscina de Bethesda, de aguas medicinales, se consagró al dios Esculapio, y en el probable Gólgota (difícil de localizar porque era un simple desnivel de seis metros de altura por su parte más arriscada, no un monte Calvario) se entronizó una estatua de Venus.

¡Venus: la diosa del amor a cuyo amparo la gente se entregaba al fornicio!

Ésta era la ciudad helenística que hoy pacientemente rescatan los arqueólogos. Pero cuando el cristianismo se convirtió en religión oficial del Imperio, los obispos condenaron a la piqueta los templos paganos que profanaban la Ciudad Santa y los sustituyeron por iglesias cristianas conmemorativas de los episodios de la Pasión. La estatua y el templo de Venus se demolieron con saña para construir en su solar una iglesia igualmente consagrada al amor, pero esta vez al amor divino en el que, como es sabido, no cabe el metisaca.

La arqueología moderna ha demostrado que ni uno solo de estos santos lugares es el original que pretende ser, pero ello no constituye obstáculo para que el sencillo peregrino, fiado más en su fe que en la ciencia, los visite emocionadamente y corrobore en ellos cada tilde del relato evangélico. Porque, como en seguida veremos, en Jerusalén se conservan perfectamente identificados todos los santos lugares, algunos incluso por duplicado y triplicado, y además, convenientemente agrupados para comodidad del peregrino.

Regresemos ahora al día de autos. Jesús entra en Jerusalén. La gente lo

aclama como «Hijo de David» e incluso como Rey (según Lucas, sólo lo aclaman sus discípulos). [268]

Escándalo en el templo

Lo primero que hace Jesús es dirigirse al templo y expulsar, de muy malos modos, a los cambistas y vendedores que operan en el amplio patio adyacente. Con ira incluso, hemos de admitir, a pesar de los reiterados llamamientos evangélicos a la templanza y al amor al prójimo (pero una cosa es predicar y otra dar trigo). [269]

Se preguntará el lector: ¿y qué hacían cambistas y vendedores en el templo? Esto requiere una explicación: la Ley judía, o sea, la religión mosaica, preceptuaba que los fieles sacrificaran animales en el templo en Pascua y otras ocasiones rituales. Además, debían tributar una cantidad de dinero para el sostenimiento del culto y sus ministros.

El oferente rico sacrificaba un cordero; el pobre, un par de pichones. Como algunos devotos venían de muy lejos (y no era cosa de cargar todo el camino con un cordero berreante que te entorpece la marcha), los vendedores de palomos y corderos estaban autorizados a instalar sus jaulones y rediles en un sector del patio exterior del templo, para que los fieles pudieran adquirir cómodamente los animales destinados al sacrificio.

También había tenderetes donde los cambistas trocaban cualquier moneda del Imperio romano por el siclo de plata, la única admitida por la tesorería del templo.

En éstas llega Jesús, se le cruzan los cables y organiza un altercado quizá con ayuda de los apóstoles, algunos de ellos pescadores fortachones tirando a energúmenos. Tras expulsar a los vendedores y cambistas [270] remata la faena profetizando la destrucción del templo. [271]

Somos cristianos y estamos de parte de Jesús, por supuesto, pero como la verdad nos liberará (san Juan, una vez más) y nunca está de más cierta imparcialidad, es menester que usemos de un poco de empatía, o sea, que nos pongamos en el pellejo de la otra parte, de la del templo, con sus vendedores y sus cambistas, para comprender cabalmente lo que allí sucedió. La costumbre establecida y sancionada por la Iglesia judía (el sumo sacerdote y

sus cardenales, para entendernos) era que en el recinto exterior del templo se vendieran animales y se cambiara dinero. A nadie le parecía una profanación. Llega Jesús, desde la óptica oficial un pirado, un francotirador que interpreta la Ley judía a su manera, e interfiere gravemente las actividades del templo liándose a cintarazos con los comerciantes autorizados. Y lo hace en el momento más delicado, en plena Pascua.

—¡Nos hemos pasado, Jesús! —pudo decirle Judas, el economista del grupo—. ¡Hemos tocado al clero donde más le duele, en el bolsillo!

Si no lo dijo es lo que pensaron, y sintieron, los sacerdotes.

El patio exterior del templo es parte del recinto sagrado. Por lo tanto la falta cometida por Jesús se tipifica como profanación y blasfemia.

Veámoslo ahora desde la óptica de Jesús porque nos consta que esta súbita explosión de ira y violencia en el de ordinario morigerado y tranquilo Jesús escandaliza a algunos espíritus delicados. Y yo me pregunto: ¿cuál de nosotros, por paciente que sea, no ha experimentado alguna vez un arrebato ante un abuso o una injusticia? Ahora bien, un hombre que se autodefine como «manso y humilde de corazón» (Mt. 11, 29) [272] no puede ser propenso a la ira. Por lo tanto lo del templo fue una excepción o quizá, mejor aún, una exageración del evangelista. Tengamos en cuenta que las Escrituras no siempre admiten una lectura literal: cuando conviene a la exégesis de la Iglesia debemos tomar sus relatos como meramente metafóricos y sólo en los casos necesarios, que la propia Iglesia señalará de acuerdo con las circunstancias del momento, los tomaremos al pie de la letra.

La Santa Cena

Todos o casi todos los que hemos tenido el privilegio de crecer en un hogar cristiano estamos familiarizados con la imagen de una Santa Cena presidiendo el comedor: un cuadro o un bajorrelieve apaisado en el que Jesús y sus doce apóstoles ocupan solamente el frontal de una mesa alargada y estrecha como la barra de un bar, una distribución absurda desde el punto de vista de la lógica. Lo suyo sería acomodarlos en torno a una mesa más recogida, pero el alargamiento se justifica por necesidades escénicas, como en el teatro o en el cine, para que los fieles podamos abarcarlos a todos con

una mirada sin que ninguno quede de espaldas. Esto no requiere mayor justificación y si lo traemos a colación es porque hay hipercríticos que objetan de todo.

Lo mismo cabe decir de esas imágenes en relieve de la Santa Cena en las que la mano de Jesús está articulada mediante bisagra y se mueve cuando el padre de familia le da un golpecito para que oscile en un simulacro de bendición. Los hipercríticos alegan que la mano del Jesús sólo se mueve de un lado a otro como si dirigiera una banda de música (y no arriba y abajo, a derecha e izquierda), lo que técnicamente dista de ser una bendición como Dios manda. [273] Sí, esto es cierto, podemos argumentar, pero ¿no queda cumplida la intención devota de la familia que aguarda disciplinadamente a que la mano del Cristo se detenga mientras se enfría la sopa? *En cesando* el movimiento, la mesa se da por bendecida y los comensales atacan las viandas.

Tratándose de Jesús, la imagen no tiene por qué realizar una bendición técnicamente perfecta, lo que requeriría más engranajes y cierta complejidad de diseño en la sujeción de su muñeca, y esto encarecería innecesariamente el relieve.

Regresemos ahora a la Santa Cena original, a la de Jesús y sus discípulos.

No hubo tal cena: lo que Jesús celebró fue el almuerzo festivo (el Santo Almuerzo deberíamos llamarlo), una comida que los judíos celebraban la antevigilia de la Pascua. [274] Eso pudo ocurrir el 13 del mes de *nissan* (o sea, el 6 de abril) del año 30, que caía en jueves, no en viernes. Por lo tanto yerran Marcos, Mateo y Lucas cuando sitúan en el mismo día la Última Cena y la Pascua de Jesús, lo que es ritualmente imposible. [275] La Pascua era el sábado, pero Jesús murió el viernes día 14 a mediodía (Jn. 19, 14-31). [276]

¿Qué comían los judíos por Pascua? La Pascua era la fiesta religiosa por excelencia, equivalente a nuestra Navidad. Se comían el cordero que por la mañana habían sacrificado en el templo. Aquel día, desde muy temprano, una cuadrilla de matarifes atendía las largas colas de padres de familia que se formaban en el patio del sagrado recinto, una explanada del tamaño de un campo de fútbol, para sacrificar, en los distintos altares habilitados, miles de corderos. Después cada cual se llevaba el suyo a casa y lo preparaba para la cena, a la parrilla o al horno. Por Pascua flotaba en Jerusalén un estimulante

aroma a cordero asado con especias que, como es sabido, es muy grato a Yahvé, tan aficionado a la carne. [277]

El cordero asado pascual se acompañaba con ensalada de lechuga, achicoria, berros, cardos y hierbas amargas (estas últimas en recuerdo de las lágrimas que los israelitas vertieron en Egipto). El cordero se untaba con *jaroset,* la mermelada ritual de higos, almendras, dátiles, pasas, canela y vinagre en memoria de la arcilla que los israelitas amasaban en Egipto para hacer los ladrillos del faraón. El plato se acompañaba con el pan ácimo (sin levadura) en forma de galletas, como el que los fugitivos de Egipto comieron en el desierto (con las prisas se les había olvidado la levadura). [278]

La Iglesia sostiene, con cierta base evangélica, que, durante aquel Santo Almuerzo, Jesús instituyó la eucaristía. Partió el pan con los dedos y dijo: «Tomad y comed. Éste es mi cuerpo», y tomando el cáliz de vino entre las manos dijo: «Bebed todos de él, porque ésta es la sangre de la Alianza, que será derramada por la chusma para la remisión de los pecados.» [279] Es de suponer, aunque los Evangelios no lo aclaran, que bebieron los trece del mismo cáliz, pasándolo de mano en mano, en plan mediterráneo, cucharada y paso atrás. [280]

También señaló que la próxima vez que bebiera vino lo haría en el Reino de Dios. [281] Esto admite dos interpretaciones: la primera, de carácter político, propia del Jesús histórico (un nacionalista zelote); la segunda, de carácter espiritual, propia del Cristo de la fe inventado por san Pablo unos años después, ya a toro pasado.

La interpretación de signo político: al día siguiente los rebeldes (entre ellos Jesús) iban a alzarse en armas contra los romanos y, con la ayuda de Yahvé (como en tiempos de los macabeos), los derrotarían. Liberados del yugo extranjero restaurarían la soberanía de Israel, y se cumpliría para siempre la promesa hecha por Yahvé a Moisés en el Sinaí.

Ya sabemos que la rebelión se saldó con un sonado fracaso, seguido de desconcierto y menos mal que pasados unos años de vacilaciones y empanadas mentales apareció san Pablo, quien, juntando las piezas dispersas de las profecías, los recuerdos de Jesús y los bulos surgidos en torno a su figura, tuvo la paciencia de construir las bases de una teología renovadora de la cual nos alimentamos hoy tantos millones de cristianos, unos espiritualmente (las ovejas) y otros incluso como saneado medio de vida (los

pastores).

No proseguiremos sin señalar que de la propia institución eucarística se deduce que el Cielo de los cristianos no consiste solamente en contemplar arrobados el rostro resplandeciente de Dios, sino que también se bebe vino (Jesús en el Santo Almuerzo señaló que la próxima vez que bebiera vino lo haría en el Reino de Dios). Lo menciono porque hay correligionarios nuestros, católicos observantes incluso, que envidian secretamente el Paraíso de Mahoma, donde, como es sabido, los inquilinos se pasan el día bebiendo licores exquisitos, degustando manjares escogidos y copulando sucesivamente con las setenta y dos vírgenes que le corresponden a cada cual, todo el día dale que te pego, sin que la erección pierda firmeza y devenga morcillona. Saber que los católicos tendremos vino, de excelentes añadas, es de suponer, acorta bastante las distancias. Cierto que sería más divertido si, además, dispusiéramos de unas cuantas huríes, aunque sólo fueran diez o quince por barba. No hay que descartar que nuestro querido pastor alemán, el Papa Ratzinger, o alguno de sus sucesores lo admita algún día y lo declare dogma de fe. [282]

Como es sabido, los dogmas de la Iglesia se van revelando a lo largo del tiempo según el Espíritu Santo inspira a los Santos Padres, el último en 1950 (la Abducción o Asunción de la Virgen), así que no debemos perder las esperanzas de que algún día podamos gozar del fornicio en la otra vida ya que en ésta nos lo limita y entorpece tanto su condición de pecado.

El cenáculo o sala de la Santa Cena (Santo Almuerzo en realidad) que muestran hoy los *tours operators* turísticos es una sala de ocho por catorce metros que data del siglo XI. Desde el mismo cenáculo arranca una escalera que, cruzando un coqueto y pintoresco jardín, conduce al huerto de Getsemaní. De esta manera dos santos lugares se visitan en una tacada, cómodamente.

Emociona imaginar a los discípulos que en la sobrecena (o sobrealmuerzo en realidad) descienden por estas escaleras en devoto tropel, cuidando de no tropezar por los traidores peldaños, mientras rodean al Maestro y le escuchan decir: «Mi paz os dejo, mi paz os doy...» (Jn. 14, 27)

El cáliz de la Santa Cena (Santo Almuerzo, quedamos) no podía faltar entre las supuestas reliquias de Jesús. ¡Lo tenemos en Valencia! Más información en los apéndices.

La oración del huerto

Tras la cena (almuerzo), Jesús y los suyos se dirigieron a orar al huerto de Getsemaní (convengamos en que se trata de una conducta un tanto extraña porque no son horas, en plena siesta, con el soletazo), pero a estas alturas Jesús había adquirido tal prestigio que todo lo que proponía les parecía bien a sus apóstoles. [283]

El día de marras, los apóstoles, debido a la comida copiosa y a las frecuentes libaciones y brindis que la jalonaron, se quedaron traspuestos (Lc. 9, 32). Jesús, por el contrario, no conseguía conciliar el sueño, angustiado como estaba por lo que se le venía encima. Incluso es posible que se arrepintiera del berenjenal en que se había metido y del espectáculo que había dado en el templo, aquella grave alteración del orden público que no podía quedar impune. Debió intuir que, a aquellas horas, ya lo estarían buscando y, por un momento, se sintió deprimido y tentado de poner tierra por medio (es lo que nos dicta la lógica). Sin embargo se sobrepuso y, según los Evangelios, decidió aceptar la voluntad de Dios: «Que sea lo que Dios quiera.» [284]

Jesús oró y en su oración dijo: «Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz» (Lc. 22, 39-53). En la gruta de la captura de Cristo, el peregrino encuentra la piedra sobre la que oró y tres altares adosados a las paredes rocosas con una inscripción que dice: «Y el sudor caía como gotas de sangre.» [285]

Uno se plantea un interrogante: si todos los apóstoles estaban dormidos y no había otros testigos, ¿quién pudo comunicarle al evangelista la angustia de Jesús y su oración al Padre?

Esto es un misterio, aunque la Iglesia no lo reconoce como misterio oficial. Si tuviera que inscribir en la lista de los misterios todo lo que en sus doctrinas carece de explicación inteligible, aviados íbamos. Lo mejor es pensar que Dios, que todo lo puede, reveló al evangelista lo allí ocurrido. ¿Quién mejor informado que Dios que en su primera persona recibía la súplica y en su segunda persona la realizaba? Y ¿no es Dios mismo el que inspira las Sagradas Escrituras, como enseña la Iglesia? Esto debiera bastar

para disipar nuestras dudas.

Bart D. Ehrman, uno de estos investigadores de la nueva hornada (de esos hipercríticos que a lo mejor tienen abandonada a la familia, pero siguen obsesionados con husmear en los Evangelios y sacar a relucir asuntos que mejor seguirían quedos como han estado dos mil años), señala que el pasaje de la angustia de Jesús en el huerto y su sangre sudada es una interpolación posterior de la que Lucas no se responsabiliza y a la que, por lo tanto, no debemos conceder ningún crédito. [286]

El apóstol Judas, el tesorero y contable del grupo, el que llevaba la bolsa, había traicionado a Jesús, para entregarlo a la policía del Templo, trabajo por el que lo habían recompensado con treinta monedas de plata. Judas se presentó en el huerto, con fuerte escolta policial, y besó a Jesús (un beso oriental, liviano, en la mejilla), la señal convenida para identificarlo. Los policías lo arrestaron y se lo llevaron maniatado.

Según la versión evangélica, los apóstoles dudaron sobre si resistir o darse a la fuga, pero finalmente huyeron, los muy mariconazos, y dejaron tirado al jefe. [287]

La plausible versión que la crítica moderna deduce difiere bastante de la tradicional: el zelote Jesús ha llegado a Jerusalén al frente de una banda numerosa de los suyos con el deliberado propósito de organizar una *kale borroka* o *intifada* contra el poder establecido, los romanos, y sus socios saduceos. Esperan que ese tumulto desencadene el levantamiento general contra el ocupante romano y la restitución del reino de Israel.

Probablemente el punto de concentración acordado por las partidas rebeldes era Getsemaní, a las afueras de Jerusalén. El plan era, podemos conjeturar, apoderarse del templo, cerrar las puertas y aguardar a que Dios interviniera en su favor como ya hiciera dos siglos antes, en tiempos de los macabeos.

Los romanos, perfectamente informados por sus espías, rodearon el lugar y atacaron a los revoltosos en cuanto amaneció. Mataron a muchos, otros huyeron y otros cayeron prisioneros, al menos tres, Jesús y los dos que crucificarían con él (los erróneamente llamados buen y mal ladrón, banquero y carterista respectivamente según la tradición apócrifa).

Los que apoyan esta hipótesis aducen que los romanos no envían

simplemente a un grupo de corchetes a detener a Jesús sino a un pequeño ejército, una cohorte completa (unos seiscientos soldados) al mando de su tribuno, y además reforzada por guardias locales del Sanedrín, quizá doscientos números. Debe producirse no una reyerta, no un rifirrafe vecinal, no una riña callejera, sino una pequeña batalla de la que los Evangelios, reinterpretando la vida de Jesús a su conveniencia, se esfuerzan en borrar las huellas, pero lo hacen tan descuidadamente que dejan sobrados indicios: por una parte el episodio de Pedro, que con su espada *(machaira),* propina un tajo a un tal Malco y le amputa una oreja; [288] por otra parte, el comentario de Poncio Pilato en el apócrifo Evangelio de los Doce Apóstoles. El estadista repara en que uno de sus centuriones sólo tiene un ojo porque «le habían saltado el otro en el combate». El texto dice «el combate», no «un combate», aludiendo a la reciente refriega entre los zelotes de Jesús y la cohorte romana.

En juicio sumarísimo, el prefecto romano juzga a los rebeldes prisioneros y los condena a *mors aggravata,* o sea crucifixión, por un delito de *laesa maiestas populi romani,* que se ejecutará de inmediato. En el preceptivo informe archivado para Roma constaba que el cabecilla condenado era «Jesús *el Nazir*». El secretario del juzgado que redacta el acta «no tenía idea de lo que podía ser un *nazir*. Interpretó que se trataba de una referencia a su lugar de origen, e improvisó una elegante latinización del apelativo: «Jesús el Nazareno.» [289]

De ahí procede la invención de Nazaret mencionada páginas atrás.

Judas deglute el marrón

«Más falso que Judas», reza el dicho popular. Incluso para la gente alejada de la práctica religiosa, Judas, el tesorero de la troupe apostólica, se ha convertido en el prototipo del traidor. En este sentido es más conocido, incluso, que san Pedro. En la iconografía lo pintan pelirrojo y malencarado, sentado incómodamente en una banqueta en un extremo de la mesa de la Santa Cena, aferrado a la bolsa del dinero. A causa del color azafranado del pelo de Judas los pelirrojos han sufrido cierta discriminación en la cristiandad mediterránea: «Ni gato ni perro de aquella color», escribe Quevedo en *El Buscón.* Ahora es posible que tengamos que modificar nuestra opinión sobre Judas. En 1978 se descubrió el manuscrito de un inédito Evangelio de Judas

[290] en el que el Iscariote aparece como el discípulo más cercano a Jesús, el hombre de su confianza que administraba el peculio del grupo, el contable de la empresa (salvífica). Según el documento, Jesús pidió a Judas que lo denunciara para forzar el cumplimiento de la profecía que anunciaba su muerte y crucifixión. En un estudio reciente del Evangelio de Judas, [291] el sacerdote y neotestamentólogo Rodolphe Passer afirma: «Jesús dice que es necesario que alguien lo libere finalmente de su cuerpo humano, y Él prefiere que esta liberación la haga un amigo antes que un enemigo. Así que le pide a Judas, su amigo, que lo venda, que lo traicione. Es una traición para el público en general, pero entre Judas y Jesús no lo fue.»

La reacción de la Iglesia ha sido un tanto tibia y desde luego poco esclarecedora. Da la impresión de que los pastores no están tan seguros como antes de la cañada por la que deben conducir al rebaño. Por un lado rechazan de plano la posibilidad de que Jesús y Judas estuvieran de acuerdo en esta especie de suicidio inducido de Jesús; por otra, pocos meses antes de la publicación del documento declararon que quizá habría que reivindicar la figura de Judas Iscariote. [292] A la luz de este texto cobra un nuevo sentido la frase que Jesús dice a Judas en el Evangelio: «Ve a cumplir tu misión.» No es que adivinara la traición: es que se habían puesto de acuerdo en que la perpetrara para precipitar el final. [293]

Los apóstoles no entendían el mensaje de Jesús. En el Evangelio de Judas, Jesús se burla de ellos cuando realizan el rito de la eucaristía y adoran a un Dios que no existe.

El huerto, hoy

En el huerto de Getsemaní sólo restan hoy ocho venerables olivos de tronco retorcido, tan decrépitos que ha habido que sostenerles algunas ramas con tirantas de acero o bardales de mampostería. Ya casi no producen aceituna pero, no obstante, uno de los recuerdos más vendidos en los bazares y tenderetes de Jerusalén son rosarios confeccionados con huesos de aceitunas de Getsemaní.

Los Evangelios no mencionan que allí hubiera un huerto. Marcos y Mateo se limitan a precisar que a Jesús lo detuvieron en Getsemaní, y Juan

habla de un *kepos* o campo cultivado. Sólo a partir del siglo XII se empieza a hablar del huerto de Getsemaní. [294] Sobre esta tenue base escriturística han plantado sus sólidos cimientos las treinta iglesias que rodean y acosan al supuesto huerto. ¿Recalificación urbanística? Lo sería, sin duda, de no mediar intención *sancta*.

La más vistosa de todas es la basílica de las Naciones, con sus doce cúpulas, una por apóstol. Delante del altar principal, acotada con una artística verja en forma de trenzada corona de espinas, sobresale la roca sobre la que Jesús oraba cuando vinieron a prenderlo.

Junto a la Iglesia ortodoxa rusa de María Magdalena encontramos el *Pilar de Judas*, también conocido como *Osculum* (Beso), que marca el lugar donde el discípulo traidor entregó al Maestro. En su pecado llevó la penitencia, porque cerca se yergue el monasterio de San Onofre, en el paraje llamado Alcedama o «Campo de la Sangre», donde Judas se ahorcó de una higuera después de devolver las treinta monedas. En los Hechos de los Apóstoles se ofrece una versión más idealizada en la que percibimos cierto ensañamiento y falta de caridad cristiana que es dudoso que Jesús suscribiera: «Con el dinero Judas adquirió un campo y tropezando y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se desparramaron» (Hch. 1, 1-18). [295]

Con las vueltas que da la vida, las monedas de Judas también se han convertido en reliquias. En la catedral de Valencia se veneran tres, y otras tantas, nada más natural, en la de Génova. Del ramal utilizado para ahorcarse, ni rastro.

En el siglo III, uno de los pioneros del turismo pío, el Peregrino de Burdeos, aseguró haber orado ante la piedra donde Judas traicionó a Jesús, y en el lugar exacto del monte de los Olivos desde el que nuestro Redentor inició su Ascensión a los Cielos. No parece que se trate de las piedras actualmente designadas al efecto. En un testimonio algo posterior al del bordelés, hacia 530, se aseguraba que en la piedra de marras se percibían claramente los hoyuelos marcados por las rodillas de Jesús. En la piedra actual, dentro de un templete octogonal que guarda los restos de una capilla bizantina, un alcorque señala la roca ascensional con un rehundimiento que vagamente asemeja la huella de un pie.

Los hipercríticos podrían objetar que la vaga señal no prueba nada pero

en este caso viene en nuestro auxilio una tradición que legitima la huella y disipa cualquier duda sobre su autenticidad. Nos referimos al entrañable y antiguo villancico que reza:

> En el portal de Belén
> hay una piedra redonda
> donde puso Dios el pie
> para subir a la gloria.

Naturalmente, forzados por el octosílabo y por tratarse de un villancico navideño, han tenido que sustituir el topónimo Jerusalén por el de Belén.

Existe otra losa, en la mezquita del Monte, que disputa a la anterior la candidatura de piedra ascensional de Jesús. [296]

Jesús en los juzgados

La policía condujo a Jesús ante el sumo sacerdote Caifás, el Papa de los judíos (para entendernos, salvando las naturales distancias). [297] El Sanedrín (especie de colegio cardenalicio judío) interrogó al detenido, Caifás le preguntó si era el Mesías, y Jesús respondió: «Tú lo has dicho.» No sabemos bien cómo interpretarlo porque puede significar: «Sí, soy lo que dices» o bien lo contrario: «Eso lo dices tú, no yo.» [298] Ahí se ve la habilidad dialéctica de Jesús, pareja a su labia, que no en vano persuadía a las multitudes de asuntos celestiales poco comprobables e incluso en apariencia disparatados. De cualquier modo los saduceos lo tomaron como afirmación, una blasfemia que agravaba su causa.

Desde esta óptica puede parecer que Jesús buscaba la muerte. Los primeros cristianos, en su afán por congraciarse con los romanos (hasta consiguieron que declararan el cristianismo religión oficial del Imperio) desviaron la responsabilidad por la muerte de Jesús a los odiados judíos, pero hoy sabemos que la responsabilidad de los judíos en el drama del Gólgota fue

muy limitada.

Jesús estaba acusado de dos delitos, uno religioso y otro político. Desde el punto de vista de la Ley judía había incurrido en blasfemia, lo que se castigaba con la muerte por lapidación. Desde el punto de vista de la ley romana lo acusaban de sedición, un delito penado con muerte en la cruz si el reo no era ciudadano romano, caso de Jesús. Caifás y el Sanedrín desviaron el caso de Jesús a los romanos, que le aplicaron la pena de muerte de su código.

Es curioso pero, en este sentido, Jesús sufrió un proceso similar al de las víctimas de la Inquisición (institución cristiana medieval, como sabemos): la Iglesia lo juzga y lo condena a muerte, pero la responsabilidad de la ejecución la descarga en el poder civil. Es lo que técnicamente se llamaba «relajar al brazo secular». [299]

Que Jesús muriera en la cruz y no lapidado tiene más importancia de lo que parece, especialmente desde el punto de vista estético. El hecho de que lo crucificaran nos libró a los cristianos de adorar en las iglesias un montón de guijarros y de llevar al cuello una cadenita con una piedra. Parece ridículo, lo sé, pero a cualquier persona de los tiempos de Jesús le hubiera resultado igual de ridículo y de chocante ver a un cristiano con una cruz al cuello o arrodillado ante la imagen de un crucificado.

Tardaron siglos los cristianos en usar el símbolo de la cruz, y más siglos aún en añadirle un hombre clavado al madero.

Jesús pernoctó en el calabozo y a la mañana siguiente compareció ante el procurador romano Poncio Pilato, [300] que lo interrogó y sólo sacó en limpio que era un pirado. Uno más de los muchos visionarios judíos fanatizados por las profecías de cuatro profetas alucinados (eso es lo que eran desde la óptica de un romano).

Ante el palacio de Pilato, o en su sala de audiencias, se había congregado una turba de desocupados y curiosos que no se perdían una ejecución pública, como ocurre hoy en cualquier país sarraceno. Pilato se asomó al balcón y les preguntó: «¿A quién preferís que crucifiquemos, a Jesús o a Barrabás?»

Barrabás se nos ha presentado desde los púlpitos y en la catequesis (con la mejor intención, dado que lo suscribía la piadosa tradición) como un famoso bandido al que la policía había capturado recientemente tras un

brillante servicio. Se nos ha dicho que la chusma judía, es posible que sobornada por los sacerdotes, ya se sabe lo insidioso y falto de escrúpulos que puede llegar a ser el clero, pidió a Pilato que soltara a Barrabás. El romano solicitó una palangana y se lavó ostentosamente las manos como diciendo: «Yo no tengo nada que ver en esto y que me aspen si hay quien os entienda, que preferís matar a un pobre hombre, al que evidentemente le falta un tornillo, antes que a un delincuente reincidente con la ficha policial repleta de delitos de sangre y contra la propiedad, sin contar los estupros y otras menudencias.» [301]

Esta es la versión evangélica, la edulcorada, pero a la luz de las últimas investigaciones parece que las cosas pudieron no suceder exactamente así. No es que la Iglesia en sus ministros haya faltado a la verdad, sino que más bien la verdad le ha faltado a la Iglesia. Barrabás no era un malhechor, era un activista nacionalista, un zelote. Si leemos con atención el Evangelio encontramos entre líneas la explicación: «Barrabás estaba preso por una sedición y una muerte» (Lc. 23, 18-19).

Era un sedicioso, un zelote nacionalista implicado en la liberación de Israel del yugo romano, un héroe nacional. Esto explica que la chusma grite «suéltanos», porque ellos se consideraban presos en la persona de Barrabás.

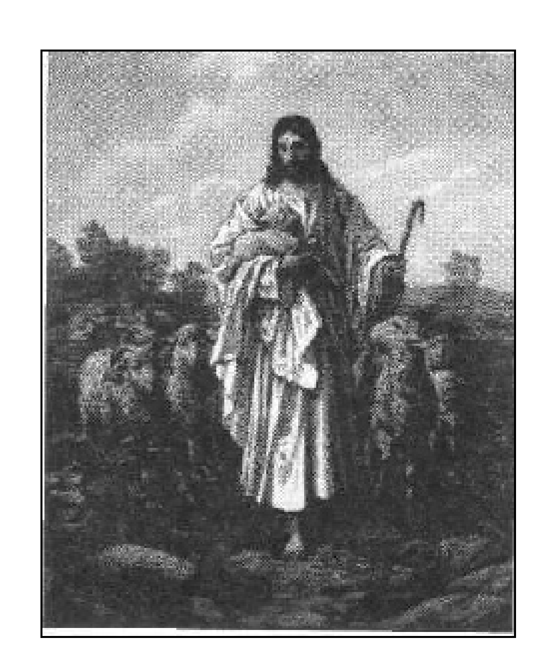
Ahora bien si damos una nueva vuelta de tuerca y examinamos el significado de Barrabás *(Bar Abba,* «el Hijo del Padre», en arameo) bien puede ocurrir que Barrabás y Jesús fueran la misma persona y que todo el episodio no sea más que una recreación evangélica de la muerte de Jesús. [302]

Como siempre, el problema reside en que tenemos muy pocas certezas de la biografía real de Jesús: casi todo son leyendas recogidas o inventadas por los evangelistas que se ven en la tesitura de concordar al Jesús de la historia con el Cristo de la fe. Uno y otro no pegan ni con cola, pero ahí reside precisamente la grandeza de nuestra fe: en creer lo que nos indica nuestra Santa Madre Iglesia por medio de sus pastores, sin necesidad de verlo, por increíble y embustero que sea o parezca.

No lejos de la iglesia de las Negaciones de Pedro o Gallicantu («el gallo que canta») se encuentra la prisión de Jesús, una cueva tallada en la roca y hoy protegida de la devoción de los peregrinos por una verja. En uno de sus aposentos se venera el lugar de la flagelación.

Relacionado con el juicio sumarísimo de Jesús está la Scala Santa, o escalera del palacio de Poncio Pilato en Jerusalén por la que supuestamente ascendió y descendió Jesús el día de su crucifixión. Son veintiocho peldaños de mármol de traza renacentista que se veneran en Roma, en la basílica de San Juan de Letrán. [303] Los devotos llevan siglos subiéndola de rodillas. El rellano superior conduce a la antigua capilla privada de los Papas (cuando residían allí, antes de mudarse al Vaticano) donde se venera una de las verónicas conocidas como *mandylion* de Edesa. [304]

Otro santo lugar venerado por los peregrinos es el enlosado o litóstrotos (en hebreo *gabbata*) de la fortaleza Antonia, cuartel de la guarnición romana en Jerusalén. El sacro pavimento se venera en los dos conventos que ocupan el solar de la fortaleza Nuestra Señora de Sión y el de los franciscanos. Las enormes losas de piedra (de hasta dos metros por metro y medio de superficie y cincuenta centímetros de grosor) cubrían los dos mil quinientos metros cuadrados de patio de armas de la fortaleza. Están estriadas a cincel, para evitar resbalones de caballos o costaladas de tropa en zafarrancho (las sandalias claveteadas de los legionarios eran muy traidoras). En algunas losas esculpieron los legionarios tableros de juego para distraer sus ocios. Los guías señalan uno de ellos, el llamado *Tablero del juego del rey*, sirvió para burlarse de Jesús. Apoyados en la arqueología, los hipercríticos han demostrado que estas losas no son las que pisó Jesús. Es pena, porque se trata casi del único santo lugar al aire libre. Prácticamente todos los santos lugares se encuentran en cuevas: Anunciación, Nacimiento, carpintería de San José, amamantamiento de Jesús, siesta de san José cuando se le apareció el ángel, degollación de los Santos Inocentes, oración de Getsemaní, *etc.* El turista se lleva la impresión de que Jesús pertenecía a una comunidad troglodita. Si después visita las catacumbas romanas, sus sospechas se confirman definitivamente. Nada más lejos de la realidad. Nuestra religión se basa precisamente, como estamos comprobando, en la Luz de la Verdad.



CAPÍTULO 16

La Pasión propiamente dicha

Hasta aquí hemos seguido los Evangelios, aunque con las reservas propias del caso. Ahora vayamos a la historia. Los romanos condenan a Jesús a morir en la cruz, lo que ellos denominaban *mors aggravata*, por sedición contra el pueblo romano.

¿Sedicioso Jesús? ¿Se metía Jesús en política?

Eso parece. Los Evangelios, que manipulan la figura de Jesús para adaptarlo a sus intereses teológicos, disimulan y ocultan este extremo, pero la historia es la historia y si no pones especial cuidado en borrar las pistas (ellos pusieron poco) siempre dejas cabos sueltos de los que algún hipercrítico entrometido puede tirar y sacar el ovillo. Afortunadamente los creyentes estamos atentos a la jugada y procuramos arreglar el estropicio con las invencibles armas de la fe.

Si examinamos los antecedentes del grupo apostólico que acompañaba a Jesús, «los doce magníficos» podríamos denominarlos, trece si contamos al Divino Cabecilla, parece que se confirma que todos eran gente bragada y peligrosa: Simón el Zelote (Lc. 6, 15; Hch. 1,13) y Judas Iscariote (Mc. 3, 19; Mt 10, 4), nacionalistas violentos; [305] Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, tampoco parecen dos angelitos y por algo los apodaban *boanergues*, «hijos del trueno»; Pedro también se conoce como *Bar Jona* (Mt. 16, 17) «forajido, extremista», posible designación de los zelotes. [306]

Admitámoslo: a Jesús lo ejecutaron por sedicioso, el mismo tratamiento que dieron a tantos otros judíos fanáticos que confundían religión y política (como ahora los fundamentalistas islámicos). [307]

En tiempos de Jesús, con el ambiente cargado de presagios apocalípticos, los charlatanes y presuntos profetas surgían con cierta regularidad. Como cuando se avecina tormenta, se percibía en Israel esa tensión estática que antecede al vendaval, esa pulsión que anuncia que algo

está a punto de ocurrir. Los judíos estaban convencidos de la inminencia del final de los tiempos, la manifestación definitiva del poder de su Dios. Esperaban que ocurriera algo parecido a lo acaecido en tiempos de los macabeos cuando el tirano que sojuzgaba Israel profanó el templo, el pueblo se levantó, barrió a los ocupantes y recuperó su independencia.

Los romanos esperaban un levantamiento general tarde o temprano y no se andaban con contemplaciones a la hora de eliminar a los fanáticos que pretendían acaudillarlo.

Creían los nacionalistas judíos que el Dios de Israel no abandonaba a su pueblo así como así, aunque de vez en cuando le impusiera un correctivo. Yahvé permanecía allá arriba, vigilante, esperando que el pueblo iniciara la revuelta para apoyarlo decisivamente, como había hecho tantas veces a lo largo de su historia, frente a ocupantes mucho más poderosos.

Sólo faltaba una buena revuelta contra los romanos. El Dios de Israel los derrotaría y los expulsaría del sagrado territorio patrio.

Desde la perspectiva histórica, a juzgar por los indicios que pueden rastrearse en los Evangelios, Jesús pudo ser uno de esos rebeldes que aspiraba a la independencia del yugo romano. Por ahí apuntan las más recientes investigaciones, aunque Ratzinger en su libro predica lo contrario y prefiere culpar a los judíos.

Reconstruyamos el drama: uno o varios grupos armados, de guerrilleros podríamos decir, entre ellos el galileo que acaudillan Jesús y Pedro, abandonan sus bases secretas en el desierto de Judea y se dirigen a Jerusalén confundidos entre la multitud de peregrinos pascuales que llenan los caminos.

Los zelotes preparan una insurrección general en Jerusalén en el momento de mayor afluencia de judíos, lo que entorpecerá considerablemente la reacción romana.

Los romanos aplastan esa rebelión en el punto mismo de concentración zelota, en Getsemaní, a las afueras de Jerusalén. Entre los capturados y ejecutados sumariamente figura el cabecilla Jesús de Galilea.

¿En qué se basan los historiadores que apoyan esta hipótesis?

Roma no crucificaba a judíos desarmados. La *mors aggravata* (en sus tres variantes de hoguera, exposición a las fieras en el circo o crucifixión pública) se aplicaba sólo a esclavos y a hombres libres acusados de delitos

gravísimos, entre ellos el de sedición contra el Imperio, lo que técnicamente se denominaba *laesa maiestas populi romani,* o sea, por delitos de lesa majestad.

Ya vimos que los Evangelios silencian el combate previo, pero dejan pistas. El apóstol Pedro desenvaina su espada, arremete contra los romanos y le amputa una oreja al soldado Malco.

¿Qué hace nuestro pacífico apóstol con una espada? A los judíos se les prohibía portar armas.

Regresemos a la sentencia contra el rebelde Jesús «el Nazareo». La ley romana prescribía treinta y nueve golpes para un condenado. Si era soldado se le aplicaban con bastones *(fustis);* si civil romano, con varas *(virgo)* y sólo si era esclavo con látigos *(flagelum).* Por tanto yerra el evangelista Marcos cuando escribe que golpearon a Jesús con una caña (Mc. 14, 21) e igualmente los artistas que representan la flagelación con varas.

Los verdugos azotaron a Jesús y añadieron de su cosecha burlas y escarnio que algún hipercrítico podría atribuir a la imaginación *gore* del evangelista: «¿No dice que es el rey de Israel? —se dijeron—. Pues vamos a vestirlo de rey.» Le echaron por los hombros un trapo rojo, le encajaron una corona de espinas en la cabeza y le colocaron una caña en la mano a manera de cetro. [308] Disfrazado de esa guisa lo saludaban levantando el brazo en saludo fascista (el que usaban los romanos) y le decían: «Salve, rey de los Judíos.» [309]

Cuando se cansaron del juego, lo cargaron con el madero y lo condujeron por las calles de Jerusalén, la Vía Dolorosa, al Gólgota (la calavera), el cerrete pelado de las afueras de Jerusalén donde se levantaban las cruces.

Los romanos no cargaban a sus reos con la cruz entera, como reproduce erróneamente la iconografía cristiana (y la visión de sor Ana Catalina Emmerich, la inocente embaucadora), [310] sino solamente con el travesaño horizontal (*patibulum*), porque el vertical (*stipes*) estaba fijo en el lugar de las ejecuciones. Al madero horizontal le practicaban una escotadura en el centro para ensamblarlo en el extremo del madero vertical.

Debilitado por la pérdida de sangre, Jesús tropezaba abrumado por el peso del madero (las tres caídas). El *exactor mortis* o capataz de la ejecución,

hombre de probada experiencia y pundonor profesional, pensó: «O nos hemos excedido con la flagelación o el tipo este es un finolis que no aguanta nada», así que, temiendo que el condenado se le quedara por el camino, lo que menoscabaría su prestigio y arruinaría el espectáculo, designó a un ayudante para que cargara con el *patibulum.* La china le cayó a Simón de Cirene, un honrado y laborioso hortelano jerosolimitano que en mala hora acertó a pasar por allí cuando se dirigía a su casa para lavarse un poco, vestirse de limpio y salir a dar una vuelta y a tomarse unos lingotazos con los amigos. Es evidente que aceptó renuente la tarea porque, de haber llevado el madero de buena gana, la Iglesia lo habría elevado a los altares y a estas horas sería san Simón de Cirene, patrón de los transportistas, y tendríamos su efigie en llaveros y medallas en los expositores de gasolineras y bares de carretera, además de figurar en las cabinas de los camioneros compartiendo espacio con almanaques de tías en cueros. [311] Él se lo perdió.

La vía dolorosa o vía crucis, es, según la tradición, el itinerario de la primera procesión; el camino que anduvo Jesús con la viga a cuestas hasta el Gólgota. Hoy es una calle (más bien varios callejones en zigzag), abarrotada de tenderetes de efectos religiosos y turísticos y de santos lugares, capillas y placas del vía crucis de diversas épocas, trazas y estilos. Sus tres iglesias (la de la Condena, la del Ecce Homo y la de la Flagelación) constituyen una visita obligada para los peregrinos y una saneada fuente de ingresos para las órdenes e instituciones pías que las regentan. Desde hace siglos muchos penitentes recorren descalzos, incluso con cadenas en los pies, la vía dolorosa haciendo estación de penitencia. Eso no significa que sean masocas sino que su amor por Jesús es tan grande que no vacilan en demostrárselo infligiéndose ese tormento.

Es una pena que la moderna crítica establezca que el itinerario de Jesús camino del Calvario debió de ser distinto (dado que el famoso monte no pudo estar donde santa Elena o el obispo san Macario lo señalaron siglos después).

Al llegar al Gólgota, los romanos le ofrecieron a Jesús, según la tradición, «vino con hiel», seguramente un vino mirrado anestesiante (que se administraba al condenado cuando la familia sobornaba al *exactor mortis).* Según el Evangelio, Jesús lo rehusó, con viril entereza: quería afrontar el tormento sin ahorrarse sufrimientos para dejar bien redimido al género humano, nada de subterfugios ni medias tintas. No faltan hipercríticos para insinuar malévolamente que a lo mejor no le dieron vino mirrado porque no

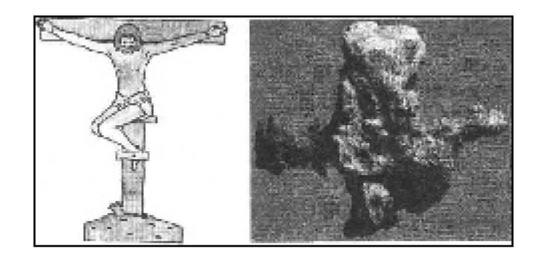
tenía con qué pagarlo, dado que Judas había huido con la caja de la comunidad y el resto de los discípulos andaba en paradero desconocido. [312]

Los verdugos, vista la indigencia del condenado, se encogieron de hombros y se limitaron a repartirse sus vestiduras, que era uno de los gajes del oficio.

Según los Evangelios, los ejecutores clavaron en la cruz un cartel que explicaba el delito del ajusticiado: «Jesús, el Rey de los Judíos.» En el apéndice explicamos por extenso el destino de este cartel, la reliquia denominada «título de la cruz» *(titulus crucis).*

Finalmente clavaron los brazos de Jesús al madero horizontal *(patibulum)*, lo levantaron y lo encajaron en la viga vertical *(stipes).* Después crucificaron a los otros dos condenados uno a cada lado de Jesús. [313] Ya dijimos que probablemente eran zelotes de menor entidad atrapados en la redada policial de Getsemaní.

Los dos únicos testimonios que existen de la colocación de los clavos en el suplicio en la cruz, uno arqueológico y otro literario, sugieren que los romanos fijaban los brazos del condenado al madero con ayuda de dos gruesos clavos que atravesaban los antebrazos entre los huesos cubito y radio. No clavaban las manos (que se hubieran desgarrado por el peso del cuerpo), ni las muñecas, más vascularizadas, en las que existía mayor peligro de afectar una vena importante en cuyo caso el condenado se hubiera desangrado rápidamente. [314] La gracia de la cruz consistía en prolongar el suplicio durante varios días.



Esta reconstrucción muestra cómo pudo ser crucificado Jesús. Crucifixión Ankle Bone.

El testimonio literario es una comedia de Plauto en la que se menciona que a los crucificados se les clavan los brazos *(brachia)*, [315] El arqueológico

lo suministran los restos de un crucificado de la época de Jesús hallados en Jerusalén todavía con el clavo de los pies atravesando el talón *y* un trozo del madero que se desprendió al arrancarlo. Sus huesos muestran claramente las erosiones de los clavos en la juntura de los huesos cubito y radio. [316]

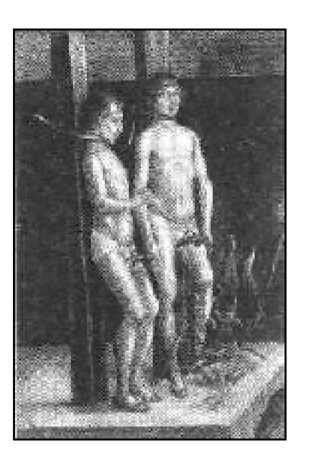
Yerra por tanto la crucifixión de Jesús que retrata la iconografía cristiana siempre con los clavos (o las heridas del Resucitado) en las palmas de las manos. Incluso estigmatizados posteriores tan alejados de sospecha de fraude como san Francisco de Asís, santa Teresa de Ávila, santa Catalina de Ricci, santa Verónica Giuliani, Ana Catalina Emmerich, santa Gema Galgani, el padre Pío *y* el Papa Clemente, pontífice del Palmar de Troya, sangran por las llagas de las palmas, lo que, desde la perspectiva de los hipercríticos, los desautoriza. Un ilustre sindonólogo jesuíta nos tranquiliza sobre este extremo: las erróneas llagas de los estigmatizados prueban cómo «acomoda Dios su prodigio a la estimación humana». [317] ¡Gracias, Dios, por tu comprensión!

No es por incordiar, pero el fallo del clavo no es el único en el que incurren los sindonólogos cuando describen el suplicio del hombre de su sábana. También está el delicado asunto del *sedile* o *cornu y* del *suppedaneum lignum.*

El *suppedaneum* era una plataforma que servía de apoyo para los pies del crucificado. Unas veces tendría forma de taco triangular, cuando un único clavo atravesaba los dos pies, y otras veces de tabla o palo horizontal, cuando los pies se clavaban independientemente. Este madero está presente en casi todas las representaciones de Jesús crucificado. Sin embargo, los artistas no suelen prestar atención a otro importante componente de la mecánica de la crucifixión, el *sedile*, un clavo grueso o una estaca que se clavaba a la altura de la entrepierna, sobre la que el reo apoyaba el peso del cuerpo cuando la tensión de los brazos le resultaba insoportable. El padre Loring, S. J., lo compara delicadamente con el alargado sillín de una bicicleta de carreras. [318]

La existencia del *sedile* nos recuerda el complejo mecanismo de la muerte en la cruz. El crucificado colgado de los brazos sufre tal tensión sobre sus músculos pectorales y abdominales que sólo puede respirar con el diafragma. Esta imperfecta respiración, entrecortada y dificultosa, acarrea una progresiva falta de oxígeno, que acaba provocando la muerte por asfixia o por insuficiencia coronaria. No obstante, cuando el crucificado siente que

se ahoga, alivia los músculos del tronco descargando el peso del cuerpo sobre el *sedile;* entonces la sangre torna a subir y la sensación de asfixia se mitiga, pero la presión del *sedile* sobre el perineo provoca un dolor tan enloquecedor que obliga al desventurado a sostenerse de nuevo sobre los brazos, lo que reinicia el proceso que conduce a la asfixia o al infarto. La cruel alternancia se repite hasta que el condenado, exhausto, no tiene ya fuerzas para elevarse, pierde el conocimiento y sucumbe a la asfixia. [319]



En algunos casos el *exactor monis,* el capataz que dirige la ejecución, ordena a uno de sus acólitos que quiebre los huesos de las piernas del condenado *(crurifragium)* para evitar que se sostenga sobre el *sedile* y se asfixie rápidamente. Según los evangelistas, a Jesús no le practicaron el *crurifragium,* pero a sus dos acompañantes sí. De este modo se reforzaba la profecía según la cual al Mesías no se le quebrantaría hueso alguno (Jn. 19, 33 y 36, 41; Is. 53, 12).

CAPÍTULO 17

La Sábana Santa y la secta sindonológica

Los sindonólogos intentan convencernos de que el *crurifragium* era la regla más bien que la excepción y que, por lo tanto, el hecho de que al hombre de la Sábana Santa no se lo hayan practicado demuestra que se trata de Jesús. El sentido común dicta que si la crucifixión es un castigo ejemplar cuya esencia consiste en prolongar, incluso durante días, la agonía del reo, carece de sentido provocarle la muerte antes de que ésta le llegue por vía natural. Las piernas del reo sólo se rompen de manera excepcional, cuando el equipo ejecutor tiene prisa y decide rematar la faena por la vía rápida.

De la tortura y crucifixión de Jesús tenemos múltiples detalles debidos a dos fuentes merecedoras de absoluto crédito (siempre que medie la fe): las visiones de la monja Ana Catalina Emmerich, que la describió con pelos y señales (a cuál más espeluznante), y las deducciones de reputados sindonólogos que aplican su sagacidad investigadora a la Sábana Santa de Turín. Uno de éstos, el doctor Pierre Barbet nos describe la actuación de «un enjambre de asquerosas moscas, gruesas moscas verdiazules, cuales se ven en los mataderos y depósitos de cadáveres, que revolotearían en torno a su cuerpo y se lanzarían sobre una u otra de sus llagas para chupar el jugo y depositar en ellas sus huevos. Se cebarían especialmente en su rostro. Imposible espantarlas». [320]

¡Admirable deducción! Nadie, hasta Barbet, había reparado en la presencia de las molestas moscas, un padecimiento más que añadir a los tradicionales tormentos de Jesús que la Iglesia se complace o refocila en enumerar. A lo que apostilla el piadoso padre Solé, S. J., «menos mal que las tinieblas las alejarían». [321]

En la misma línea de investigación sindonológica, el meteorólogo y ufólogo Julio Marvizón efectúa un esclarecedor análisis del estacazo o *rapisma* que fracturó la nariz e hinchó el pómulo derecho de Jesús, lo que él llama «la *bofetá*» en homenaje a la homónima cofradía de la Semana Santa

sevillana. [322]

Deduce Marvizón que cuando Jesús compareció ante Anás, «alguno de los "alguaciles" con su porra» se situaría a su derecha. En un momento dado, este sujeto golpeó a Jesús «con la mano izquierda y hacia arriba». ¿En qué se basa el perspicaz sindonólogo para efectuar tan categórica observación? Elemental: el funcionario «usaría la mano izquierda porque los judíos empleaban esta mano para escribir ya que lo hacían de derecha a izquierda; luego era su mano más hábil». [323]

¡Mal debían andar los presupuestos generales del Estado de Judea cuando los escribientes de los juzgados se pluriempleaban de policías maltratadores!

Mély, a principios de siglo XX, señaló una desproporción de la cabeza del hombre de la Sábana Santa: «En el canon anatómico, un cuerpo contiene siete veces, rara vez ocho, la longitud de la cabeza, en tanto que aquí, en el lienzo, es contenida ocho veces y media.» [324] Modernamente han notado el mismo defecto Picknett y Prince, pero los defensores de la autenticidad de la reliquia insisten en que la cabeza está maravillosamente proporcionada. Es cuestión de gustos, lo sé, pero si recurrieran en su argumentación a los teólogos y santos padres que nos dicen que Jesús era contrahecho podrían reforzar sus razonamientos.

En la imagen de la Sábana Santa los brazos descansan a los lados del cuerpo de manera natural (como es lógico, por otra parte, tratándose de un cadáver) pero los antebrazos se alargan excesivamente con el fin de alcanzar la zona púbica y cubrirla con las manos. En esto Dios anduvo muy acertado (como casi siempre), porque en lugar de cruzar los brazos sobre el pecho, como solía hacerse con los cadáveres, inspiró a los amortajadores de su Hijo para que se los cruzaran sobre la zona púbica previendo que algún día aquel sudario sería ostensionado en una iglesia donde la exhibición de la impronta dejada por los órganos sexuales de Jesús hubiera resultado inconveniente. ¡Ojo!, no porque hubiera en ellos nada de que avergonzarse, [325] sino simplemente por pudor, por evitar el escándalo de los niños inocentes y las novicias en flor que acudieran a venerar la reliquia. La desmesurada longitud de los antebrazos confirma nuestra impresión de que Jesús, aunque humano, tenía algo distinto que en cierto modo ratificaba su condición celestial.

Los brazos demasiado largos del hombre de la sábana, las piernas

disparejas, los muslos fuera de las caderas (como en algunos Borbones), la imagen frontal de un muslo más gruesa que la dorsal... Son incongruencias que no prueban que la figura de la sábana sea falsa sino todo lo contrario, su autenticidad. Un falsificador hubiera cuidado de no incurrir en tales errores, ergo la reliquia es verdadera. [326] Paralelamente, los fallos detectados en la distribución de las manchas de sangre (la colada de sangre que no se extiende de manera homogénea, sino que presenta pequeños espacios intermedios en blanco) prueban que las manchas de sangre son verdaderas y no falsificadas. [327]



El rostro de Cristo en la Sábana Santa de Turín en realidad se trata de una falsificación medieval.

¿Hay fallos? Sí. ¿Un falsario habría evitado los fallos? Sí. Ergo la existencia de fallos prueba que la sábana es auténtica.

El caso es que estas deducciones teológicas de la neosindonología suscitan suspicacias entre los teólogos titulados que ven sus predios invadidos por bienintencionados pero «superficiales teólogos» deseosos de «ayudar a Dios a clarificar un misterio que Él se ha reservado para Sí». [328] Un caso más de intrusismo profesional, tan común en los confusos tiempos que padecemos. Citemos, por vía de ejemplo, un caso concreto. El padre Solé, S. J., arrastrado por su pasión sindonológica, incurre en pequeños

deslices doctrinales que, aunque no restan bondad a su conclusivo libro, sí pudieran introducir la semilla de la duda en la grey cristiana, especialmente en lectores escrupulosos y poco versados en teologías. Así cuando glosa las palabras de Jesús: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», y se pregunta retóricamente: «¿No lo sabían aquellos fariseos *y* aquellos escribas?» [329]

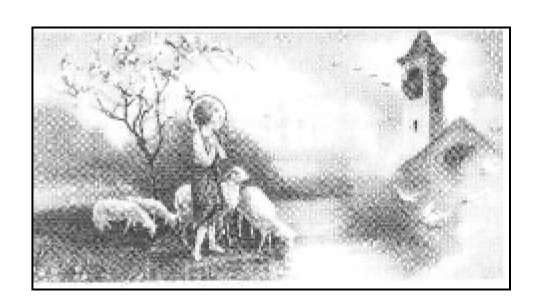
Tal inquisición nos parece de lo más impertinente. Si Dios mismo, Jesús, que es omnisciente, que lo sabe todo, le acaba de aseverar al Padre (o sea, a Sí mismo, con evidente intención retórica) que aquellos sayones no saben lo que hacen, ¿quién es el padre Solé, S. J., para enmendarle la plana al Creador poniendo en duda si lo sabían o no lo sabían? ¿Acaso insinúa el piadoso sacerdote que Dios sufrió un lapsus momentáneo dado lo delicado de su situación? Conforta encontrar dos páginas adelante la confirmación de que el padre Solé, S. J., sigue convencido de la omnipotencia divina («era el Padre quien, en cierta manera, dirigía los acontecimientos»). [330]

Pero esa locución «en cierta manera» vuelve a suscitar razonables dudas que conturban el ánimo del creyente escrupuloso. Hay que determinar claramente si Dios dirigía los acontecimientos o no los dirigía. Su voluntad sobre el asunto debía de ser clara. Si Dios, en su omnipotencia, dirige TODOS los acontecimientos ¿cómo puede el buen jesuíta dudar de ello? Lo que nos trae a la memoria el caso de aquel pobre cura de misa y olla, párroco en cierto pueblo serrano, que comenzaba las homilías dominicales diciendo: «Como decía Jesucristo, y en parte tenía razón...»

No quisiéramos apartarnos del tema. Solamente pretendíamos manifestar nuestro completo acuerdo con los doctores de la Iglesia, cuyo sentir es que la sindonología no debe arrogarse facultades teológicas. Limítense los sindonólogos a confirmar el Evangelio en un nivel puramente descriptivo, esto es, a la ratificación y glosa de los variados tormentos padecidos por Jesús en la cruz; déseles, si menester fuera, una opción a convalidar sus estudios con otros de rango superior, como variedad de medicina forense (¿arqueoforense, rama sindónica, quizá?), pero no se metan en camisas de once varas, ni se internen en los peligrosos médanos de la sagrada teología. [331] Continúe cada cual en su parcela, sindonólogos en la suya, teólogos en la que les es propia, y Dios en la de todos.

Yo también en la de todos, soy consciente, y pido perdón por ello. Lo

hago con mi mejor voluntad, porque intento aclarar todos estos extremos relacionados con el Extinto.



CAPÍTULO 18

Donde Jesús expira y se cuenta en qué acabó todo

Serían las tres de la tarde, cuando Jesús, que hasta entonces había permanecido casi todo el tiempo callado (en su situación tampoco le apetecería mucho hablar) exclamó: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», [332] y a renglón seguido expiró.

Imaginemos la escena del Calvario. El *exactor mortis* nota que el condenado no se queja y parece que no respira.

—¡Me cago en la leche! Éste la ha palmado antes de tiempo —comenta a su segundo, con rudeza legionaria.

—A lo mejor se ha desmayado —supone el acólito—. Es el más endeblito de los tres.

—Pincha y salimos de dudas —ordena el capataz.

El soldado pincha con su lanza y del divino costado brotan sangre y agua.

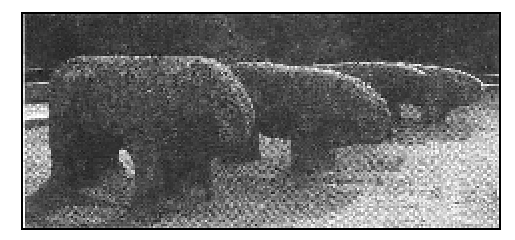
El Divino Redentor está muerto: ha entregado el Ánima al que se la dio, a Dios Padre, o sea, a Sí mismo (en su calidad de segunda persona de la Trinidad).

La tradición quiere que el soldado que aplicó la lanzada a Jesús se llamara Longinos.

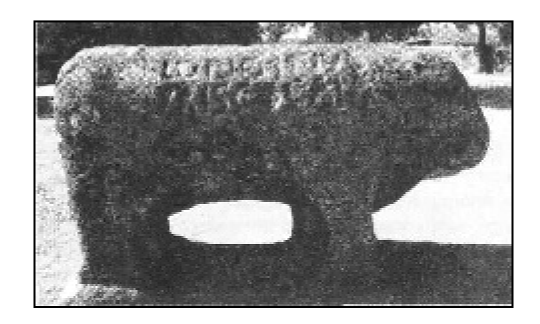
¿Pudiera ser español este Longinos? Entonces había bastantes españoles en las legiones romanas. Sobre el lomo de uno de los cuatro famosos toros de Guisando (Ávila) hay una inscripción en latín que dice: «Longinos lo hizo a su padre Prisco de la tribu de los calaeticos.» ¿Pudo ser el Longinos de la lanzada que al regreso de su misión de paz en Tierra Santa se encuentra a su padre muerto y decide agrupar unos cuantos toros para hacerle ese monumento funerario?

¿Quién sabe? La lanza de Longinos se convirtió en una de las

principales reliquias de la cristiandad, como veremos pormenorizadamente en los apéndices.



Los toros de Guisando (Ávila).



Longinos inscrito en un toro de Guisando

No estaría mal que el obispado correspondiente levantara una capilla conmemorativa de san Longinos en los alrededores de los toros de Guisando, pintoresco paraje muy a propósito para romerías y meriendas, con una tienda de souvenires donde turistas y peregrinos pudieran adquirir reproducciones de la santa lanza.

¿De qué murió Jesús? Un médico forense hubiera certificado que falleció de hipoxia-anoxia cerebral consecuencia de hipovolemia poshemorrágica. [333]

Jesús resucitó cuando llevaba tres días muerto. Es un dogma y como tal los cristianos lo acatamos sin discusión. Pero faltaría a la verdad si no informara de la existencia de algunas ovejas descarriadas que no aceptan la muerte de Jesús y creen que todo fue un truco de los suyos (¡trucos llaman a los milagros estos desgraciados!) para fingir que resucitaba y cumplir dolosamente las profecías.

Lo malo (y confuso, me temo) es que desde otra perspectiva forense,

cuando se examina la Sábana Santa, resulta que no murió, que lo bajaron vivo de la cruz. Bastante fastidiado, ciertamente, eso nadie lo pone en duda, pero vivo.

¿Y la lanzada, entonces? Nada: por lo visto lo pilló de refilón, como las heridas que recibe Bruce Willis: una lanzada venial aplicada rutinariamente por un militar chusquero y descuidado.

Veámoslo despacio. Sólo transcribir estas insensateces produce náuseas, pero, una vez más, haré de tripas corazón y las expondré brevemente a fin de refutarlas.

Es el caso que los Evangelios contienen pasajes que dan que lucubrar a esos autores, por ejemplo cuando dice: «¿Por qué buscáis entre los muertos a Aquél que está vivo?» (Lc. 24,5), lo que, leído torcidamente desde una óptica puramente materialista, que coincide con el sentido común, el cual rechaza que un muerto resucite, parece más plausible que Jesús no hubiera fallecido en el patíbulo, si aceptamos que lo vieron diversas personas después de su crucifixión y que compareció ante los discípulos en carne y hueso. La teoría no es nada nueva y ya fue formulada en el siglo XIX por escrituristas hipercríticos que buscaban una alternativa racional a la propuesta evangélica de la Resurrección sin advertir, quizá, que más vale no meneallo y dejar las cosas como están dado que, si se rechaza el prodigio de la Resurrección, todo el cristianismo cae por su base y de un plumazo se quedan sin trabajo y sin prebendas cerca de un millón de eclesiásticos (entre cardenales, obispos, curas, frailes y monjas) que generan a su vez otros tantos puestos de trabajo indirectos entre sacristanes, administrativos, amas del cura, mantenidas, *etc*. Ya lo dice san Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana es también nuestra fe» (1 Co. 15, 14).

«Algunos estudios científicos insisten en la posible supervivencia de Jesús a partir de los elementos observados en la Sábana Santa o sobre deducciones generales. El profesor Bonte (1992), director del Departamento de Ciencias Forenses de la Universidad de Düsseldorf, comentó: «Desde mi punto de vista todo apunta a que la actividad de la circulación sanguínea no había cesado aún, y, por lo tanto, la persona en cuestión debía de estar viva», aunque luego se extraña de la presencia de la rigidez cadavérica para poner en duda sus propias observaciones sobre la supervivencia. Los estudios de Rodney Hoare (1994) también lo llevaron a sospechar la supervivencia de Jesús al comprobar que para que se pueda formar la imagen sobre la tela de la

sábana era necesaria la temperatura corporal de una persona viva, hasta el punto de que, si se hubiera tratado de un cadáver, nunca podría haber formado imagen alguna sobre el lienzo. En esa misma dirección apuntan los trabajos de Elmar R. Gruber y Holger Kersten (1998), los de Gerhard Kuhnke (2004) y, más recientemente, los de Helmut Felzmann (2005), que añaden otros elementos relacionados con la supervivencia de la persona retratada en la Sábana Santa. [334]

Los doctores ingleses Trevor y Margaret Lloyd Davies, en un artículo publicado en el prestigioso *Journal of the Royal College of Physicians of London*, exponen su sospecha de que Jesús estaba vivo cuando lo descendieron de la cruz. [335]

La noticia, divulgada por la agencia EFE, apareció en páginas interiores de diversos periódicos y revistas españoles: «Tras siete años de investigaciones sobre el sudario que envolvió su cuerpo (la Sábana Santa), varios científicos han llegado a la conclusión de que a Jesús lo enterraron vivo. Las veintiocho manchas de sangre del sudario avalan esta teoría. Resulta científicamente imposible que un cadáver sangre de la forma que lo hizo el cuerpo envuelto en el sudario, aseguran los investigadores.» [336]

Dos autores de Biblia-ficción, el suizo Kart Berna (seudónimo de Hans Naber) [337] y el catalán Andreas Faber-Kaiser, [338] sostienen que Jesús sobrevivió al suplicio y rehízo su vida lejos de Judea, en Cachemira, donde murió de viejo no sin antes fundar una secta cuyos seguidores perduran hasta hoy. [339]

Hugh Schonfield asegura que Jesucristo se dejó crucificar para cumplir las profecías mesiánicas, tras conchabarse con los ejecutores para que hicieran su trabajo de manera que no muriera y pudiera aparecer como resucitado días después. [340] Schonfield maneja una copiosa erudición, pero también se apoya en la Sábana Santa, a la que considera legítima prueba de que Jesús vivía cuando lo llevaron al sepulcro. [341]

Finalmente, el médico inglés W. P. Primrose sostiene también que el hombre de la sábana estaba vivo cuando lo alancearon y se atreve a afirmar que no recibió la herida donde la sindonología indica sino en el costado, en la parte inferior derecha del abdomen. [342]

«¿Murió Jesucristo a consecuencia de las heridas recibidas a raíz de su

captura y a causa primordialmente de la crucifixión? —se pregunta P. Guirao—. ¿O sobrevivió a sus heridas, fue ocultado, posiblemente disfrazado, y sacado de Judea, y vivió en otro lugar hasta su muerte natural? [...] ¿Qué argumento es más sólido? ¿El de que murió y resucitó o el de que no murió, fue curado y regresó con sus discípulos, yéndose a predicar a otra parte?» [343]

Vayamos por partes y no se me amontonen. Examinemos las pruebas. La primera de todas: los testigos.

A ver, ¿quiénes presenciaron la ejecución?

Mateo y Marcos dicen que varias mujeres devotas de Jesús; hombres, ninguno. Los muy mariconazos habían huido (todos los entusiastas seguidores de la víspera se encontraban en paradero desconocido, por si las moscas). No obstante, Juan asegura que la Virgen estaba en compañía del «discípulo amado».

¿Quién era el discípulo amado?

En el Evangelio no se menciona su nombre, lo único que nos dice es que en el Santo Almuerzo «uno de los discípulos, al que Jesús amaba, estaba en la mesa al lado de Jesús» (Jn. 13, 23). La tradición lo identifica con el apóstol Juan, el que en las Santas Cenas aparece jovencillo imberbe con la cabeza reclinada en el pecho de Jesús, en actitud un tanto equívoca que ha dado alas a ciertos autores gais para llevar el agua a su molino. Comento esta barbaridad porque prefiero que el lector no se entere por la calle de labios de algún hipercrítico malévolo, lo que le causaría el consiguiente escándalo. Pensémoslo seriamente: ¿cómo iba Jesús a consentir carantoñas de nadie en el momento solemnísimo de instituir la eucaristía? Pero ¿en qué cabeza cabe esa barbaridad? Hay que ser muy retorcido para insinuarlo. [344]

Decía que tradicionalmente se ha identificado al «discípulo amado» con Juan, el autor del Evangelio, en el que aparece tan favorecido (se aduce que no se presentaría en primera persona por modestia), pero este supuesto no se sostiene a los ojos de la crítica moderna. Otros candidatos alternativos a «discípulo amado», que la Iglesia no tiene inconveniente en admitir, son Santiago, el hermano de Jesús (que luego dirigiría la Iglesia de Jerusalén); Lázaro, el resucitado, del que reiteradamente se dice que Jesús lo apreciaba especialmente (Jn. 11, 35-36); o el joven rico que aparece en Marcos (Mc. 10, 21); o incluso Natanael (Jn. 1, *47).*

Hay un quinto candidato cuya sola mención levanta ronchas en el *entourage* vaticano y que servidor no puede omitir debido a su cristiano compromiso con la verdad, aunque siempre desde el sometimiento a lo que, en última instancia, disponga la Iglesia. A los sensibles que están leyendo estas líneas de pie, quizá agarrados a la barra de un transporte público, les aconsejo que se sienten antes de proseguir (alguna embarazada les cederá su asiento si pretextan un mareo) y lo advierto por experiencia propia, porque la primera vez que supe de esta hipótesis casi pierdo el sentido.

Allá va: ¡Jesús tenía un hijo de María Magdalena!

Lo que leen: Jesús, el asexuado Jesús que nos transmiten los Evangelios, el sexualmente amorfo Jesús que nos presenta la Iglesia, podría haber sido padre de, al menos, una criatura. Y, para mayor sorpresa, nacida de María Magdalena a la que esa misma Iglesia, sin consideración alguna hacia la mujer, ha tomado por puta (aunque arrepentida) sin base escriturística alguna.

¿Es posible que Jesús estuviese casado o, al menos, tuviera una compañera sentimental? [345]

Razones no le faltan. Jesús Dios, el Hijo siempre obediente de Dios Padre, pudo observar el precepto bíblico «creced y multiplicaos», el primer mandato que Dios le impone a la humanidad. Jesús, dando ejemplo de religiosidad y de ciudadanía («al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»). ¿Por qué no? ¿Es que iba a ser menos Dios por engendrar un hijo con una mortal? [346] No es imposible, es más: no hay en la Biblia ninguna objeción a que el futuro Mesías sea padre.

CAPÍTULO 19

¿Fosa común o Gloria?

El caso de la Magdalena merece comentario aparte porque hay mucho que dilucidar sobre si fue o no la esposa de Jesús, como algunos aseveran sin considerar el daño que gratuitamente infligen al rebaño cristiano, especialmente a esas corderitas en edad de lechazo que se sentirían horrorizadas de saber que el dulce Jesús también sucumbió a los halagos del sexo, como cualquier mortal.

Admitamos con los hipercríticos que Jesús pudo estar casado. Es más, de acuerdo con la costumbre judía, debió estar casado porque era un judío riguroso y observador de la Ley mosaica y ésta obligaba a los varones a contraer matrimonio a una edad razonable. Si vivió como mínimo treinta y tres años, «la edad de Cristo» (otros opinan que unos cuarenta o incluso algunos más), [347] es evidente que debió estar casado.

Entonces, ¿por qué no mencionan los Evangelios a su esposa?, se preguntará el lector.

¿Por qué va a ser, alma de cántaro? ¡Lo hacen adrede! Los evangelistas eliminan las pistas comprometedoras aunque luego metan la pata y dejen los indicios.

Se ha especulado con que la Magdalena evangélica pudo ser la esposa de Jesús. Remito al lector al apéndice correspondiente, donde se trata el asunto por extenso.

¿Cómo se explica, entonces, que los Evangelios no mencionen una esposa de Jesús?

Ya hemos visto la gran diferencia que existe entre el Jesús de la historia y el Cristo de la Iglesia. Es posible que los Evangelios mencionaran a la esposa y que la censura de los padres de la Iglesia, tan rigurosa, suprimiera cualquier mención incómoda al estado marital de Jesús o a su vida sexual. Una vida sexual sana, como la preconizada por los judíos del Antiguo

Testamento y los del tiempo de Jesús, entre los que el sexo no sólo está para reproducirse sino para disfrutarlo como la bendición de Dios que es.

Jesús casado o emparejado con la Magdalena?

Yo ni quito ni pongo rey, que conste, y dado que no resulta viable someter a las pruebas de paternidad al que hoy mora a la derecha del Padre, creo que en esta cuestión es menester suspender el juicio por más que algunos estudios serios sugieran la paternidad de Jesús, cuando no lo afirman claramente, tras minucioso examen de las Escrituras. El teólogo católico Rudolf Schnackenburg manifiesta que el discípulo amado fue «un personaje muy especial», y Rafael Hereza lo corrobora en su interesante estudio. [348] A pesar de ello, el que esto escribe se remite, como en todo lo demás, al supremo magisterio de la Iglesia y a los prudentes doctores que pastorean el rebaño cristiano. Con los textos en la mano nadie puede aseverar que Jesús experimentara en vida las delicias del sexo. No porque el sexo en sí sea malo (¡Dios nos libre de pensarlo, que el diseño del aparato reproductor es suyo, y no iba Él, infinitamente sabio como es, a lanzar piedras contra su propio tejado!) sino porque se había encarnado y había bajado a la Tierra para sacrificarse por nosotros y redimirnos del pecado original. En ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de desviarse una micra de su sagrada misión para echar un casquete. ¡Y mira que ocasiones no le faltaron con tanta corderilla recental deseosa de una sesión privada de catequesis con el Maestro! Las únicas pruebas que tenemos de actividad sexual de Jesús pertenecen a la etapa posterior a su muerte, ya encarnado a la derecha del Padre (o sea, de Él mismo, no nos confundamos) y convertido en Jesucristo. No me refiero a lo del éxtasis de santa Teresa, tan magistralmente retratado por Bernini, que pudo ser (y de hecho fue) provocado por el saetazo dorado que le asestó el ángel. Mi aserción se basa en los indiscutibles testimonios de monjitas elevadas a los altares y por lo tanto merecedoras de todo crédito que vienen a probar, sin sombra de duda, lo que los torpes teólogos no aciertan a ver: la gloria de Jesucristo abarcando todas las facetas de la vida, Jesús dispensando consuelo a sus esposas conventuales más necesitadas. [349] Oigamos a santa Ángela de Foligno (1249?-1309) en la confesión de su experiencia mística: «Era como si fuese poseída por un instrumento que me penetrase y se retirase rasgándome las entrañas. Mis miembros se quebraban de deseo [...] y para ese tiempo, Dios quiso que muriera mi madre, que era un gran impedimento para mí. Al poco tiempo, mi marido y todos mis hijos

murieron. Sentí un gran consuelo. Dios hizo esto por mí, para que mi corazón estuviera en su corazón.» [350]

No menos aleccionador resulta el testimonio de santa Mechtilde de Magdeburgo (1210?-1285?) que describió, sus experiencias con Jesús en el libro *La luz rutilante de la verdad,* donde leemos: «Señor, ámame con fuerza, ámame repetidamente y por largo tiempo. Te reclamo, abrasada de deseo. Tu ardiente amor me inflama a todas horas. Sólo soy una alma desnuda, y Tú, en ella, eres un huésped ricamente ataviado.»

Finalmente, por no cansar, nos limitaremos al testimonio de santa Margarita María Alacoque (1647-1690) monjita que plasmó sus experiencias místicas en diversos escritos por consejo de su director espiritual, el piadoso jesuíta Claudio de la Colombiére, hoy santo que la acompaña en los altares. A santa Margarita María se le apareció Jesús en diversas ocasiones siempre con resultados muy satisfactorios. Nadie lo explicará mejor que la propia interesada: «Estando yo delante del Santísimo Sacramento me encontré toda penetrada por su divina presencia. El Señor me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado. Él me dijo: "Mi Divino Corazón está tan apasionado de Amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de ti."» A partir de entonces se derramó muchas veces, como manifiestan sus confesiones, en las que encontramos pasajes tan conmovedores como éste: «Un día que Jesús se puso sobre mí con todo su peso, respondió de esta forma a mis protestas: "Quiero que seas el objeto de mi amor; no te resistas para que pueda gozar de ti."»

En los últimos años se han publicado decenas de libros, a cuál más disparatado, sobre los pretendidos misterios del pueblecito francés de Rennes-le-Cháteau. Estos tratados de historia-ficción han inspirado novelas y películas, entre ellas *El código Da Vinci.* A la leyenda medieval que aseguraba que María Magdalena emigró a la Provenza a la muerte de Jesús se le ha añadido modernamente la noticia de que llevaba en su vientre a un hijo póstumo del Crucificado que, andando el tiempo, fundaría la dinastía merovingia. Una orden secreta que se remonta a Godofredo de Bouillón velaría por la transmisión de la estirpe de Jesús (la *sang real*, o «sangre real», el grial) en espera del momento de proclamarla. Todo esto no es más que una invención del escritor Gérard de Sède en combinación con el activista fascista

francés Louis Plantard, a la que no merece la pena dedicar más espacio. [351]

Muerto Jesús, ¿quién se hace cargo del cadáver? ¿Los discípulos? No, porque están huidos, en paradero desconocido, y no les llega la camisa al cuerpo.

Según la ley romana, los condenados a muerte no tenían derecho a una sepultura decente y sus cadáveres iban a parar a una fosa colectiva. [352] Algunos estudiosos están convencidos de que el cadáver de Jesús, como el de cualquier ajusticiado, especialmente si lo fue por sedición, acabaría en una fosa común donde, por razones higiénicas, se rociaba con cal viva. Sin embargo otros autores, más fiables por pertenecer a la facción católica, suponen que alguien lo robó (o lo compró a los sepultureros). [353]

¿Quién rescató el cadáver de nuestro Redentor? El trabajo de retirar el cadáver y darle cristiana sepultura (en realidad todavía judía sepultura) recae, según la tradición, en un simple simpatizante, un sujeto que ni siquiera figuraba en la nómina de los apóstoles, un hombre piadoso y cabal al que conocemos por José de Arimatea. [354] Él se presenta ante el piquete ejecutor y le pide permiso al sargento romano (¿un decurión quizá?) para llevarse el cuerpo de Jesús. El rudo sargento se lo piensa un momento y accede: «Vale, todo tuyo», porque, lógicamente, lo que quiere es quitarse el muerto de encima (valga la obviedad) y regresar cuanto antes a la cantina, ahora que cae la tarde y se juntan allí sus conmilitones a hablar de mujeres, de pagas, de complementos, de traslados, de qué droguero vende el mejor limpiametales para sacarle brillo a la *lorica segmentata* (la armadura del soldado romano) y todos esos asuntos que constituyen el comento diario de un militar destinado a una lejana guarnición de provincias. El tema del día sería la escaramuza de la víspera en Getsemaní. Malco, el que perdió la oreja, culparía de su desgracia a un inoportuno resbalón.

—Perdí el equilibrio, hinqué la rodilla en el suelo y entonces se me echó encima aquel energúmeno con el espadón, que si no llego a llevar el casco me abre la cabeza como una sandía.

—Por la noche lo reconocieron dos criadas en el patio de la casa de Anás —diría otro—, pero cuando avisaron a los guardias se había pirado.

José de Arimatea, auxiliado por algún criado, hemos de suponer, descuelga el cadáver, lo desclava, lo envuelve en una manta o sábana (¿el santo sudario?), lo monta en un asno o mulo, terciado, como en las películas

del Oeste, y se lo lleva a un enterramiento de su propiedad, en un sepulcro excavado en la roca que era entonces donde las gentes con posibles sepultaban a sus muertos. [355] Lo deja allí y, arrimando el hombro con sus criados, corre la piedra circular que lo cierra y tapa la entrada para evitar que los perros asilvestrados y las alimañas carroñeras se ceben en el cadáver que ha de resucitar. [356]

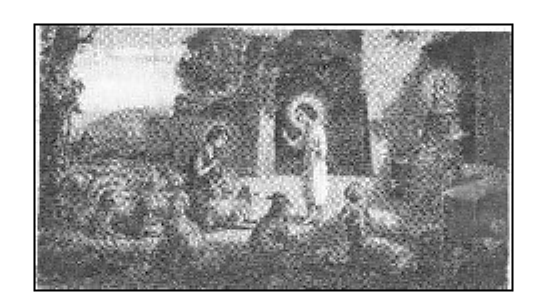
Ahora podemos regresar al texto evangélico. Menciona Mateo que al día siguiente del deceso, los «príncipes de los sacerdotes y los fariseos» pidieron a Pilato que apostase en el sepulcro a unos seguratas. Temían que los seguidores de Jesús robasen el cadáver para hacer creer que había resucitado. [357] Por lo visto barruntaban que algo se estaba cociendo. Quizá habían recibido un chivatazo.

El clamoroso silencio de la Iglesia sobre este asunto ha suscitado recelos en el rebaño cristiano, especialmente después de que Holger Kersten y Elmar R. Gruber, seguidores de Hans Naber, el sindonólogo hereje, hayan metido baza en el penoso asunto con un libro (*The Jesus Conspiracy)* en el que intentan demostrar que el Vaticano se había conchabado con los laboratorios del radiocarbono para manipular los resultados y probar que la Sábana Santa es falsa. Con este subterfugio pensaban evitar la ruina de su milenario negocio eclesial, que sin duda perdería todo el crédito si se divulgaba entre el rebaño la terrible verdad: que después de todo no se produjo Resurrección alguna porque Jesús estaba vivo cuando lo sepultaron.

Lo grave y sorprendente del caso es que tamaña herejía sindonológica esté ganando adeptos incluso entre sindonólogos de prestigio que hasta ahora se habían conducido como padres de familia intachables. Por ejemplo, Rodney Hoare, el presidente de los sindonólogos ingleses, se nos ha descolgado recientemente con un libro en el que se pasa, con armas y bagajes, al bando de los que pregonan que Jesús no murió en la cruz. [358] Sostiene Hoare que Jesús entró en coma y sus ejecutores lo dieron por muerto «pero los testimonios escritos de su Resurrección muestran que se recobró del coma [...]. Las pruebas contenidas en la sábana acaban con la Resurrección. No obstante, la certeza de que la Resurrección no fue sobrenatural, que el crucificado se recobró de un coma profundo, implica que el destino final de ese cuerpo queda abierto a la pura especulación [...] el cuerpo debió finalmente morir [...] su tarea en la Tierra estaba cumplida y pudo no atreverse a aparecer nuevamente en público. Quizá, a poco de dejar a sus

discípulos murió en alguna parte de Tierra Santa y sus huesos pueden yacer allí todavía». [359]

Es decir, que murió como todo el mundo y no ascendió a los Cielos. Si san Pablo levantara la cabeza seguramente desaprobaría el rumbo que está tomando el presidente de los sindonólogos ingleses.



CAPÍTULO 20

¿Guapo, feo, del montón...?

Ahora que hemos dejado muerto y enterrado a Jesucristo cabe plantearse una pregunta: ¿cómo era el Divino Extinto, el Jesús maduro que murió en Jerusalén brutalmente torturado por los romanos? [360]

¿Era Jesús alto, rubio y con los ojos azules, atlético, de anchas espaldas, aunque sin exagerar (no necesitaba anabolizantes ni gimnasio, era Dios), y el culo en su sitio, un tipo nórdico como nos lo pintan las estampas, los cuadros y últimamente las películas o, por el contrario, respondía a lo que sería un campesino galileo del siglo primero, chaparrete, moreno, ojos melados, pelo hirsuto, barba, bigote y la cara un poco de alelado como nos propone el estudio recientemente propuesto por un equipo de trabajo de la BBC y Discovery Channel tras analizar antropométricamente calaveras de judíos compatriotas y coetáneos del Salvador «a partir de pruebas científicas y arqueológicas».

En fin, nos gusta más el Jesús nórdico de las estampitas que hacen suspirar a las novicias, el que hacía levitar a santa Teresa y tanto la ponía. [361]

Las fuentes que refieren la vida de Jesús no nos lo describen físicamente. La idea que tenemos de él, alto, guapo, de mirada serena, con barba partida, es la que nos ofrece la iconografía, pero este Jesús tiene mil caras porque lo dibujan con arreglo a los ideales estéticos de cada momento. No nos sirve.

Si acudimos al socorrido Antiguo Testamento en busca de testimonios de los profetas sobre el físico del futuro Mesías (suponiendo siempre que Jesús lo fuera, claro) no nos aclaran gran cosa porque son contradictorios, el viejo truco divino para cubrir todas las posibles opciones: por una parte nos lo pintan guapo: «Eres la más hermosa de las personas» (Sal. 44, 3); pero, por otra, más feo que Picio: «No tenía apariencia ni presencia; y no tenía aspecto que pudiésemos estimar» (Is. 53, 2). Abundando en lo mismo, el mártir

Justino describe a Jesús como deforme y de aspecto penoso *(aeidouz);* Clemente Alejandrino asegura que era feo *(oyin aiscron);* Tertuliano que «no era siquiera de forma verdaderamente humana» *(nec humanae honestatis corpus fuit);* [362] san Irineo lo describe como *informus, inglorius, indecorus;* Orígenes lo pinta «pequeño y desgarbado», en lo que se muestran de acuerdo Teodoro, san Cipriano, san Cirilo de Alejandría y san Basilio. Todos afirman que no excedía los 1,35 metros de altura, o sea un redrojo en las lindes de la enanez, un desperdicio humano que, además, de acuerdo con san Agustín, sería hasta deforme: «La deformidad de Cristo os forma... Su deformidad es nuestra belleza.» (¿Se imagina el lector la labia que debió gastar un sujeto de tan poca presencia para arrastrar a las masas de aquella manera?) Algunos hasta aseveran que era leproso.

¡Ojo!, me limito a citar autores cristianos, pero si recurrimos a los paganos enemigos del cristianismo constatamos que el juicio varía poco: ninguno le dedica lindezas ni lo tiene por guapo. El más influyente de ellos, Celso, lo describe como «bajito, feo e innoble».

¿Cómo se armoniza ese Jesús nada agraciado con su condición de Hijo de Dios? ¿Es que Dios no pudo marcarse el detalle de hacer a su Hijo (o sea a Él mismo) un tipo resultón, guapo, simpático y cachas? Pues se ve que no, lo que una vez más alimenta la sospecha de una vena masoca en el Altísimo, dicho sea con la debida reverencia y respeto de creyente sometido a las enseñanzas de la Iglesia, pero también comprometido con la verdad. San Isidoro nos brinda una justificación teológica de la fealdad de Jesús que quizá debiéramos admitir a falta de mejor excusa: era feo «porque ocultó la condición de maestro para revestir la del esclavo». El santo parece indicarnos aquí que los ricos son guapos y los pobres feos. Quizá no vaya del todo descaminado.

Esta tradición del Jesús feo y deforme se va suavizando en siglos sucesivos a medida que crece la certeza dogmática en que era Dios encarnado. En el año 710, el cretense Andrés describe un supuesto retrato fidedigno de Jesús pintado por el evangelista Lucas en términos no tan desfavorables: aunque es cejijunto *(sunojrun)* tiene los ojos bonitos, el rostro alargado y es alto aunque algo chepudo *(epicujon).* Poco a poco van embelleciéndolo, pero en lo de la parva estatura mantienen las diferencias. El monje de Constantinopla Epifanio (hacia el año 800) indica que Jesús medía seis pies de estatura (unos 190 centímetros), pero la Carta Sinodal de los

Obispos de Oriente (en 839) afirma que no excedía tres codos de altura (unos 135 centímetros).

El único documento fidedigno que nos queda para saber cómo era Jesús sería la Sábana Santa, si no fuera falsa. Los laboratorios del radiocarbono que analizaron el tejido concluyeron que se trata de un lienzo del siglo XIV, o sea, que es una reliquia falsificada, pero, aunque este veredicto de la ciencia sea inapelable (las objeciones científicas de los sindonólogos la verdad es que no se sostienen), sin embargo cabe pensar que Dios, en su omnipotencia, pudo permitir que un cadáver del siglo I, el suyo, fuera envuelto en una sábana del siglo XIV. ¿Por qué no? ¿Qué significa ese minúsculo lapso de tiempo, catorce siglos, apenas un milenio y pico, comparado con el abismo de la eternidad, con las cifras de millones de millones de trillones de años en las que se maneja Dios? Dios es eterno, no tuvo principio ni tendrá final. Ante esa enormidad mareante de tiempo, un milenio y pico de diferencia carece de importancia. Por lo tanto aceptemos, como hacen los sindonólogos, que en el siglo I se amortajó un cadáver con un lienzo del siglo XIV. Además, tenemos pruebas concluyentes de que Dios ha alterado el análisis de los laboratorios del radiocarbono para castigar la presunción de los científicos descreídos. Lo dicen las Escrituras: «No pondrás a prueba al Señor, tu Dios» (Dt. 6, 16).

¿Qué encontramos en la sábana santa? La impronta del cuerpo de Jesús, no deformada y grotesca como la que resultaría de envolver un cuerpo ensangrentado, sino frontal y lisa, como una foto (Dios puede eso y más).



CAPÍTULO 21

La Resurrección

A nadie se le oculta que el dogma de la Resurrección puede parecer irracional si se considera científicamente, es decir, a la mera luz de la razón. Que el cadáver de un hombre salvajemente torturado se desintegre mágicamente en la tumba donde está encerrado para luego integrarse y aparecerse a sus amigos y conocidos es difícilmente admisible por una persona que esté en su sano juicio. Apurando las posibilidades, alguien podría objetar que pudo tratarse de una alucinación o un fantasma, pero tal suposición no se sostiene puesto que el aparecido permitió que un incrédulo le introdujera dos dedos en una de sus llagas para demostrar que no había truco. [363] La otra posible explicación, que se tratara de un zombi, es decir, de un muerto viviente, es igualmente inaceptable a la luz de la ciencia. [364] Es difícil, por no decir imposible, atribuir la Resurrección de Cristo a un caso de zombificación. Ello requeriría explicar por qué conductos un fenómeno específico de la cultura haitiana (y únicamente documentado en aquella sugestiva isla caribeña a partir del siglo XVIII) se ha podido extrapolar en la historia judía del siglo I.

La conclusión es evidente: Jesucristo no fue ni fantasma, ni zombi. No existe explicación racional satisfactoria de la Resurrección. Por eso la Iglesia, obrando con su habitual prudencia, ha elevado todo el asunto a la categoría de misterio liberándonos del trabajo de intentar comprenderlo. Y ese Misterio es, además, un dogma, lo que nos obliga, como cristianos, a aceptarlo. No hay más que hablar. Las obedientes ovejas del rebaño cristiano lo creemos a puño cerrado y punto. Y así entramos a participar en sus efectos salvíficos, que es lo verdaderamente importante.

Algún aficionado a la ciencia ficción podría alegar la posibilidad de invertir el tiempo, teóricamente probada por la teoría de la relatividad, e incluso la conjeturable construcción futura de una de esas máquinas desintegradoras/integradoras capaces de obrar tal maravilla. Nadie sabe si

esta fantasía futurista llegará algún día a ser realidad dado que hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad. Lo difícil de admitir por los incrédulos, en el caso que nos ocupa, es que el prodigio ocurriera en tiempos de los romanos y por arte de magia o por la intervención de los habituales entes superiores, pero para eso está precisamente la fe que mueve montañas. Se aplica la fe y ¡zas!, desaparece el problema.

Contra los hipercríticos que aseveran, henchidos de orgullo seudointelectual, que no es posible que un muerto resucite, se puede argumentar que si se trata de un héroe o de un Dios, o Hijo de Dios (y por tanto Dios mismo), como sucede en el caso que comentamos, esta Resurrección es perfectamente plausible y no faltan ejemplos antiguos que lo avalan. Ahí están los casos de Hércules, de Aquiles, de Osiris, de Dionisos, de Atis y de Adonis, todos ellos muertos y resucitados, por citar solamente algunos de los más notorios.

Jesús resucitó para convertirse en Cristo. Es así de simple y así de necesario porque, como dijo san Pablo, «si Cristo no ha resucitado, vuestra fe está vacía [...]. Si lo que esperamos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los hombres más dignos de compasión» (1 Cor. 15, 17-19). Esto prueba que ha resucitado.

Los Evangelios coinciden en que Jesús resucitó de entre los muertos al tercer día y en que se apareció a sus discípulos en varias ocasiones, lo que muestra que anduvo remoloneando por el mundo (al que su naturaleza humana había tomado cierto apego) antes de decidirse a ascender al Padre Eterno. [365] Sin embargo, los propios evangelistas se contradicen cuando relatan los últimos días de Jesús.

Tampoco coinciden cuando censan a las personas que asistieron al suplicio del Redentor. ¿Quién permaneció al pie de la Cruz, después de la vergonzosa desbandada de los apóstoles en Getsemaní? Aquellos calzonazos de mierda lo dejaron solo y las únicas que tuvieron pelotas para atestiguar su fe en el supuesto Mesías fueron, mira por dónde, las mujeres. [366] Juan menciona a la Virgen María, su madre; a su tía María de Cleofás y a María Magdalena (Jn. 19, 25), a la que algunos consideran su esposa o, si no había papeles por medio, su amiga con derecho a roce; Marcos y Mateo creen que las mujeres presentes fueron María, madre de Santiago, Salomé y María Magdalena (Mc. 15, 40; Mt. 27, 55-56); Lucas menciona a María, a Juana y a María Magdalena, pero no en el Calvario, sino visitando el sepulcro (Lc. 24,

10). O sea, mujeres cuyas identidades no siempre coinciden. La que aparece en todas las listas es María Magdalena. Ya sabemos por qué.

Otras contradicciones: ¿dónde y cuándo ocurre la Ascensión de Jesús a los Cielos? Mateo dice que en Galilea; los Hechos, que en Betania. Unos que a los cuarenta días; otros, que al tercer día.

Reconozcámoslo: los estudiosos no conceden mucho crédito a la Resurrección y a las apariciones. Dada la inconveniencia de poner en tela de juicio el fundamento del cristianismo, el lector hará bien en no creer a los que desacreditan estas noticias y las consideran fantasías ideadas para justificar la muerte desastrada de Jesús. [367]

Jesús muere y resucita al tercer día, y, siempre según las Escrituras, se aparece a las siguientes personas: a Cefás, a los once apóstoles, a Santiago, a Pablo y a un grupo de seguidores en Galilea.

En Marcos, las mujeres que acuden al sepulcro el domingo por la mañana con ungüentos y perfumes para ungir el cadáver, [368] lo encuentran abierto y vacío, sin muerto dentro, pero un ángel les anuncia que Jesús ha resucitado y espera a sus discípulos en Galilea. [369] Esa misma noche de domingo, el resucitado se presenta a los discípulos (vivo aunque con las heridas de la crucifixión) y les otorga el Espíritu Santo y el poder de perdonar pecados.

Aquí nos asalta una pequeña duda: si en la cruz estaba desnudo como su madre lo trajo al mundo (aunque por razones obvias en las representaciones cristianas le adicionan un taparrabos o «paño de pureza»), ¿dónde se procuró Jesús los vestidos para aparecer dignamente ante los suyos? Es uno de los muchos misterios del Nuevo Testamento, aunque es de sospechar que, conociendo que iba a resucitar, la previsora Magdalena le llevara a la tumba una túnica, la más decente que encontrara en su fondo de armario.

Crossan escribe sin ambages: «Marcos creó el hallazgo por las mujeres del sepulcro vacío para evitar una aparición ante los discípulos y Mateo creó la visión de Jesús resucitado por parte de las mujeres para preparar una aparición del Resucitado ante sus discípulos.» [370]

«Tenemos que concluir, con Lüdemann, que las narraciones evangélicas sobre la tumba vacía y las apariciones no proceden en ningún caso de testimonios oculares [...]. El saldo de su profundo análisis acaba resultando

insuficiente, de manera que concluye que el acontecimiento de la Resurrección es históricamente improbable.» [371]

Dicho de otra manera y hablando en plata: todo es falso. El Jesús histórico murió crucificado y no resucitó.

Parece mentira que sean eruditos católicos precisamente los que llegan a esas conclusiones. El dilema que en conciencia se nos presenta a los teólogos es muy simple: sigues el camino tortuoso y sembrado de simas y peligros que te marcan la ciencia positivista, el método histórico, la crítica textual, o sigues la luminosa autopista de la fe, la que te conduce a Dios. O lo uno o lo otro, amigo mío. No se puede servir a dos señores (Lc. 16, 1-13). Estamos de acuerdo en que los Evangelios son un puro embuste, relatos legendarios producto del saqueo de todas las mitologías y ritos mistéricos que estaban de moda en el Mediterráneo cuando el cristianismo inició su rodaje. De acuerdo... ¿y qué? ¿Qué valor pueden tener las pruebas por incontrovertibles que sean frente a la certeza absoluta, sin resquicios, de la fe?

Creemos en Jesús porque creemos en el Jesús que nos enseña la Iglesia, iluminada por Dios, y el Papa infalible, el Vicario de Dios en la Tierra, la Verdad del catolicismo, esa Verdad cambiante como un coloreado caleidoscopio al que las ovejas del Señor, los niños que en realidad somos, conforman su limitada inteligencia para alcanzar el Reino de los Cielos.

¡Ay, de esos eruditos que se queman las cejas sobre los textos desentrañando hasta los últimos secretos de las Escrituras! ¡Hombres de poca fe! ¿Qué importancia tiene que todos los textos referentes a la Resurrección de Nuestro Señor, a su posterior aparición a los apóstoles y a otros ciudadanos y conocidos sea una fábula urdida a posteriori? ¿No es lógico que lo hicieran si en ello iba el reconocimiento de Jesús, el Predicador, el Sanador, el Exorcista, como Cristo (el Mesías ungido), como Dios? Nada más natural. Esta invención se justifica porque debía servir a efectos catequísticos. Es una mentira piadosa, una *pía fraus.* Pero detrás de esa invención, ¿qué hay? Evidentemente el designio divino. En presencia de Dios, conceptos como la verdad o la mentira palidecen y pierden el sentido que pueden tener entre sus criaturas. En presencia del Altísimo lo que cuenta es la fe. El cristiano debe creer en la Resurrección de Jesús, porque ése es el fundamento de su fe. Por lo tanto no hay nada más que hablar sobre el tema porque todo encaja: Dios ha permitido que de una sarta de embustes, de tergiversaciones, de interpolaciones, de contradicciones, brote, con su luz

cegadora, la verdad de la Resurrección, nuestra promesa de vida futura. Igual que del estiércol que la abona brota la rosa blanca, fragante, impoluta.

Las apariciones y la Ascensión

Regresemos ahora al Calvario.

La primera persona que descubre la Resurrección de Jesús es María Magdalena, ahí se ve cuánto la apreciaba el ex difunto.

En Mateo, la Magdalena y «la otra María» van al sepulcro el domingo por la mañana y encuentran a un ángel vestido de blanco sentado sobre la tapa. Caben dos explicaciones: o la piedra se movió a causa de un reciente terremoto (que los propios Evangelios testimonian), o el ángel la había movido.

Los guardias, que presenciaron la escena, se acojonaron y «quedaron como muertos» (Mt. 28, 1-4).

El ángel informa a las mujeres de que Jesús ha resucitado y les encomienda que avisen a los discípulos para que se dirijan a Galilea, que allí lo verán. Cuando las mujeres regresan, Jesús se les aparece y les repite el recado: que los discípulos deben ir a Galilea (Mt. 28, 5-10). Ya vemos que no se fiaba del ángel o dudaba que las mujeres lo hubieran entendido cabalmente, porque es de suponer que se quedarían embobadas después de contemplar aquella belleza cegadora. Para entonces los seguratas habían reaccionado y corrían a avisar a la curia del templo.

—¡Jesús ha resucitado! —le dirían a Caifás.

—¡Ya habéis estado bebiendo!

Hay que suponer la incredulidad con que los cardenales judíos conocerían la noticia de la intervención del ángel, pero los guardas jurados jurarían y perjurarían que era la verdad.

Confrontados con esa realidad, ¿qué podían hacer los sacerdotes? La versión cristiana nos los muestra muy preocupados. Si la noticia se divulgaba, las turbas ignorantes y supersticiosas exigirían la cabeza del sumo sacerdote por haber asesinado nada menos que al Hijo de Dios. Para conjurar ese peligro sobornaron a los seguratas para que declararan que los discípulos de

Jesús habían robado su cuerpo (Mt. 28, 11-15).

En Marcos las cosas ocurren de modo distinto: tres discípulas de Jesús (María Magdalena, María «la de Santiago» y Salomé), se dirigen al sepulcro el domingo temprano con los potes y aceites necesarios para ungir y perfumar el cadáver (Mc. 16, 1-2). Al llegar encuentran la piedra corrida. Dentro, un joven vestido con una túnica blanca (el ángel, evidentemente), les anuncia que Jesús ha resucitado, y les pide que comuniquen a los discípulos y a Pedro que Jesús los espera en Galilea. Temerosas, las mujeres no comentaron a nadie lo ocurrido (Mc. 16, 3-8). Jesús se aparece a María Magdalena (no se mencionan las otras mujeres), y ella divulga que el Maestro ha resucitado, pero no la creen (Mc. 16, 9-11). Jesús se aparece entonces a dos discípulos en un camino: tampoco los creen (Mc. 16, 12-13). Finalmente se aparece a los once apóstoles, y después de abroncarlos por desconfiar de su Resurrección les encomienda la predicación del Evangelio. Sólo entonces, cumplida su misión, asciende a los Cielos, para sentarse a la derecha de Dios Padre (Mc. 16, 14-20). [372]

En el Evangelio de Lucas, un grupo de mujeres (entre las que reconocemos a María Magdalena, Juana y a María de Santiago) se disponen a ungir con perfumes el cadáver de Jesús, pero encuentran el sepulcro vacío (Lc. 24, 1-3). A éstas se les aparecen dos hombres «con vestiduras deslumbrantes», evidentemente ángeles, que les anuncian la Resurrección de Jesús (Lc. 24, 4-7). Las mujeres van con la noticia a los apóstoles, pero sólo las cree Pedro (Lc. 24,8-11), quien, no obstante, se dirige al sepulcro para comprobar personalmente que, en efecto, está vacío (Lc. 24, 12). Ese mismo día, Jesús se aparece a dos discípulos que se dirigían a Emaús. Está tan cambiado que sólo lo reconocen cuando lo ven partir el pan (Lc. 24, 13-35). Poco después se presenta a los once discípulos que lo toman por un fantasma, pero les demuestra que es Él en carne inmortal y lo ven comer (Lc. 24, 36-43). Tras aleccionarlos sobre el profundo significado de su muerte y Resurrección (Lc. 24, 44-49), los lleva cerca de Betania y asciende al Cielo (Lc. 24, 50-53).

En el Evangelio de San Juan, María Magdalena madruga para ir al sepulcro y, al descubrir que la piedra está corrida, va a comunicárselo a Pedro y al «discípulo amado» (Jn. 20, 1-2). Pedro va al sepulcro y encuentra las vendas y el sudario, pero el cadáver ha desaparecido. El discípulo amado «vio y creyó» (Jn. 20, 3-10). A Magdalena, que ha quedado fuera llorando

como una magdalena, valga la redundancia, se le aparecen los dos ángeles de blanco y le preguntan: «¿Por qué lloras, mujer?», a lo que ella responde: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé adonde.» Entonces siente que alguien la observa, se vuelve y encuentra a Jesús resucitado, que también le pregunta por el motivo de sus lágrimas. Magdalena al principio no lo reconoce. Lo confunde con el hortelano de una huerta cercana, y le pregunta dónde ha puesto a Jesús. Pero cuando él la llama por su nombre, María, ella advierte que es Él, y se funde con el amado en estrecho abrazo exclamando: «*¡Rabbuní!*» Jesús, viendo que peligra la compostura que tan solemne ocasión demanda, se ve en la precisión de indicarle que deje de tocarlo, porque todavía no ha subido al Padre. [373] Le encomienda que avise a sus hermanos. Magdalena lleva la noticia a los discípulos (Jn. 20, 11-18). Ese mismo día, por la tarde, Jesús se aparece a diez discípulos (faltaba Tomás) y les muestra la mano y el costado perforados antes de enviarles el Espíritu Santo soplando sobre ellos. Cuando llega Tomás y se lo cuentan no se lo cree (Jn. 20, 19-25). Ocho días después, Jesús se vuelve a aparecer, esta vez a todos, y le pide a Tomás que meta el dedo en su mano y en su costado. Tomás cree y Jesús lo reprende porque hay que creer sin ver (Jn. 20, 26-29). Días después Jesús se aparece a siete discípulos que intentaban pescar, sin resultados, en el mar de Tiberíades y ellos no lo reconocen. Les ordena que echen de nuevo la red y esta vez la sacan llena de peces. Entonces lo reconocieron, y comieron con él pan y peces, como en los viejos tiempos (Jn. 21,1-14). Jesús conversa con Pedro y con «el discípulo amado» (Jn. 21, 15-23) antes de volar al Cielo.

En febrero de 1986 una pertinaz sequía bajó el nivel de las aguas del lago y dejó al descubierto los restos de una barca de la época de Jesús que se había conservado en razonable estado incrustada en el cieno de la orilla.

¿La barca apostólica de Pedro? ¿Era la barca que conoció los pies taladrados de Jesús resucitado? Un equipo de arqueólogos israelíes rescataron el pecio que hoy se puede admirar restaurado en el kibutz Ginossar. [374]

En el supuesto lugar de la pesca milagrosa levantaron los cruzados una iglesia de San Pedro en el siglo XII que los musulmanes reconvirtieron en mezquita (en aquellos tiempos aún no se había desarrollado el concepto de alianza de civilizaciones) y desde el siglo XIX se recuperó para el culto cristiano. Hoy es un centro de piedad al cuidado de los franciscanos del que parten expediciones de turistas para pasear en barca por el lago de Tiberíades

donde Jesús pescó y anduvo sobre las aguas.

Los hipercríticos detectan algunas incongruencias en los relatos evangélicos. Por un lado Jesús se aparece a los apóstoles en Galilea donde los ha citado, por otro, se les aparece en Jerusalén al día siguiente de resucitar. Se advierte una duplicación que resta solemnidad al portento. El sentido común y la crítica textual nos dicta que si Jesús encomienda a la Magdalena que comunique a los apóstoles que los verá en Galilea, no tiene sentido que cambie de opinión y se les aparezca el mismo día por la tarde. Dios raramente cambia de opinión, más bien es inclinado a sostenella y no enmendalla. No va a poner en solfa su prestigio por una tontería. Por lo tanto hemos de interpretar que los once apóstoles restantes (Judas se había ahorcado o había perecido en desafortunado accidente) no permanecieron en Jerusalén después de la detención del jefe. Pensarían: cuando las barbas del vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar, y saldrían por pies.

¿Por qué insistía tanto Jesús en que la reunión fuera en Galilea, su región natal, el escenario de las primeras predicaciones? ¿Acaso tenía cierta prevención con Jerusalén, el solar del templo, la ciudad del *establishment* judío, el Vaticano de los saduceos, del Sanedrín? Desde el punto de vista humano, es probable. Allí no se andaban con paños calientes: por un simple altercado en el templo, cuatro mercaderes magullados y un par de tenderetes por los suelos, los de la curia mosaica habían conseguido que lo condenaran a muerte.

Sin embargo, Jesús ha resucitado: no tienen por qué temer una repetición de los hechos. Ni en la jurisprudencia judía ni en la romana se recordaba ningún caso de un condenado a muerte al que hubieran ejecutado dos veces, la segunda después de resucitar. Por ese lado no había problema: el problema estaba en que los discípulos, aquellos gallinas, sólo Dios sabe adonde habían parado después del esturreo de Getsemaní, cuando huyeron cobardemente. Es improbable que hubieran permanecido en Jerusalén (excepto quizá Pedro, «el discípulo amado» y algún otro). Probablemente los demás habían puesto tierra de por medio. Y ¿adónde iban a ir aquellas criaturas contemplativas, sin oficio ni beneficio, sin la bolsa de Judas atendiendo al mantenimiento de la comunidad y sin subsidio de desempleo, que entonces no existía? Es evidente que se dirigirían a su tierra, el rabo entre las piernas, confundidos con la multitud de peregrinos que regresaban a sus hogares después de celebrar la Pascua en Jerusaíén comentando la movida de

aquellos días. Irían pensando en reintegrarse a sus antiguos oficios después del fiasco de predicar con Jesús el Reino de los Cielos. Hay que imaginárselos pensando en lo que les iban a decir a sus mujeres, a las que habían abandonado, con la hambrienta prole, para sumarse a la troupe del Nazareno. Llegarían con las orejas gachas, como Sancho Panza cuando regresó al lado de Teresa Panza después de la desastrosa segunda salida de don Quijote, en la que casi alcanza el ansiado gobierno de la ínsula Barataría, el Reino de los Cielos del escudero manchego.

Hay que imaginarse, también, el recibimiento que le harían sus mujeres:

—¿Qué? ¡Pedazo de alcornoque! ¿Te das cuenta de la razón que tenía cuando te decía que todo eso del Reino de los Cielos era una locura? ¡Ya me he enterado en lo que ha quedado lo del carpintero que os puso la cabeza a pájaros! Crucificado, ¿no? ¡Y vosotros, hatajo de tontos, vivos de milagro, que si os echan el guante estaríais ahora picando en las minas de azufre, como Ben Hur! Yo te voy a decir mi verdad, Fulano: la hija de mi madre no nació para pasar estos tragos. Todo este tiempo en que nos dejaste desamparados me has tenido trabajando como una burra, lavando la ropa de medio pueblo por un miserable óbolo y malcomiendo con tus hijos de cuatro cardillos y cuatro espárragos que encontrábamos en el campo. Ahora que te advierto una cosa y no me rechistes: mañana mismo vas al aparcero y le reclamas el pegujal y te quiero ver ya mismo doblando el lomo con el azadón y el escardillo, que mira lo abandonado que está todo. Y lo que te quede de vida me tienes que tener como a una reina y lo que yo te diga va a la sinagoga y tú sin rechistar, que el mando de la familia lo tiene que tener el que tenga cabeza; o sea, yo.

Si no eran ésas exactamente las palabras, ésos serían los sentimientos. El hecho es que cuando Jesús se aparece a los apóstoles se los encuentra plenamente reintegrados en las antiguas labores y faenando. Ni unos días de descanso les concedieron las parientas después del descalabro.

Es pena que los Evangelios no recojan estos extremos que el sentido común nos dicta, pero así son las cosas. Dios, cuando revela, no se detiene en minucias. Va siempre al grano, lo que desde nuestro limitado entendimiento de miserables microbios no se comprende, pues, si a alguien le sobra tiempo para detenerse en detalles, es precisamente a Él.

Así pues, Jesús, conociendo este extremo, obró como prudente y decidió

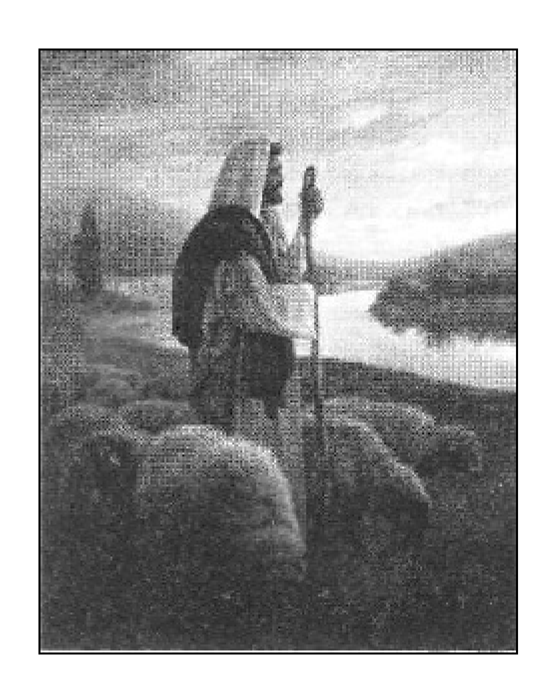
convocar a su troupe en Galilea, al amparo de las aldeas, de los riscos, de los caminos familiares, donde se sintieran más seguros y fuera del alcance de la curia jerosolimitana.

En Galilea, como en un regreso a los buenos viejos tiempos, Él se les apareció y les encomendó solemnemente que predicaran el Evangelio (Mt. 28, 16-20).

¿Qué hicieron los apóstoles? ¿No habían escarmentado lo suficiente? Aquí está el milagro: lo vieron, creyeron en la Resurrección, lo dejaron todo de nuevo, esta vez definitivamente, y se dispersaron por los caminos del mundo con las lenguas que el Espíritu Santo les infundió a predicar el Evangelio.

«Remendaban sus redes a la orilla del lago de Genesaret gentes —dice san Jerónimo (siglo V), en su *Comentario a Isaías*— cuando fueron llamados por Jesús y enviados al mar inmenso, haciéndolos de pescadores de peces, pescadores de hombres, los que comenzando desde Jerusalén predicaron el Evangelio hasta el Ilírico y España, aprisionando con su doctrina en breve tiempo a la misma Roma» (a Is. 42, 10).

«Con la ligereza de los ciervos, se dispersaron los apóstoles por el mundo, para dar cumplimiento al encargo que habían recibido del Señor de evangelizar a todas las naciones. El Espíritu Santo los congregó y les asignó el lugar que a cada uno había caído en suerte. Uno se fue a la India, otro a España, otro al Ilírico, otro a Grecia, de modo que cada cual descansara en la provincia donde había anunciado el Evangelio y la doctrina» (a Is. 34, 16-17).



CAPÍTULO 22

La Abducción de la Virgen (antes Asunción)

¿Qué fue de la Virgen?

La tradición y la enseñanza de la Iglesia indican que la Virgen vivió sus últimos años en la ciudad de Éfeso (en la costa de Anatolia, unos sesenta kilómetros al sur de Esmirna, actual Turquía). En aquellos días Éfeso era una próspera ciudad helenística afamada por su activo comercio y por su santuario de Artemisa (la Diana romana, diosa de la fecundidad) al que acudían multitudes de devotos como hoy a Lourdes o Fátima. En Éfeso existía una próspera industria de fabricación y venta de amuletos religiosos, en este caso imágenes protectoras de la fecundidad o príapos: unos diosecillos grotescos con un miembro viril desproporcionado y desde nuestra perspectiva cristiana francamente indecente. Según unas versiones, el apóstol san Pablo intentó predicar allí el Evangelio en el año 55 y los fabricantes de príapos lo corrieron a pedradas temerosos de que les arruinara el negocio; según Eusebio de Cesárea, el fundador de la primera iglesia de Éfeso fue san Juan, el año 42. Tras la muerte de Santiago, el hermano de Jesús y jefe de la Iglesia cristiana (variedad hebraizante), el año 41, los apóstoles decidieron abandonar Israel y san Juan (al que Jesús había encomendado a su Madre en el Calvario) se mudó a Éfeso llevando consigo a la Virgen, que debía andar ya por los sesenta años.

En Éfeso precisamente, y en la primera iglesia del mundo consagrada a la Virgen, se reunió un concilio ecuménico el año 431 que declaró oficialmente a la madre de Jesús Virgen y Madre de Dios y condenó las doctrinas de Nestorio, obispo de Constantinopla, que lo negaba.

La reputada (y apreciada por la Iglesia) vidente alemana Ana Catalina Emmerich (1774-1824) experimentó diversas visiones histórico-arqueológicas, como si Dios la tuviera mentalmente conectada al canal Historia, y describió los detalles de los últimos días de la Virgen que sirvieron al abate francés Gouyet para localizar la casa de la Virgen en las

ruinas de Éfeso. No concedieron el más mínimo crédito. Diez años después, hacia 1891, un grupo de religiosos y beatas que vagaban por aquellos andurriales, con los textos de la vidente Emmerich en la mano, arribaron a una plantación de tabaco junto a unas ruinas antiguas. Con embargante emoción comprendieron que aquélla era la casa de la Virgen descrita por la vidente: en la pendiente de una montaña desde la que se disfrutaban espléndidas vistas de Éfeso y del mar. Inmediatamente se organizaron expediciones pías y romerías. En 1966 se excavaron las ruinas y se reconstruyó la casa (una planta en forma de cruz latina, como las iglesias) que se ha convertido en afamado centro de peregrinación. Desde entonces, el turismo piadoso ha generado una potente industria que rinde muy buenos dividendos tanto espirituales como pecuniarios. Por allí han pasado, y orado frente a los fotógrafos, los Papas Pablo VI (en 1967), Juan Pablo II (1979) y Benedicto XVI (2006).

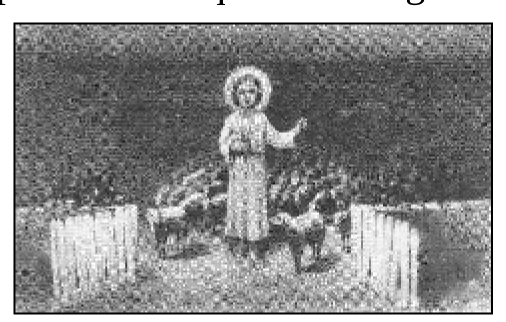
Los primeros cristianos pensaban que la Madre de Jesús era mortal, y como tal murió cuando le llegó su hora, ya anciana y muy reconfortada al ver cómo el nombre de su Hijo crecía de boca en boca, lo que sería un consuelo muy grande para una madre que ni siquiera tenía una tumba a la que llevarle flores (había ascendido a los Cielos).

Después fue extendiéndose la especie de que María no había muerto, sino que había sido abducida y había subido al Cielo en cuerpo y alma, como su Hijo, por privilegio especial de Dios que quiso que su Madre, la Virgen, estuviera también en la Gloria (es el dogma de la Abducción o Asunción). [375] Los hipercríticos ven en esta irregularidad cierto favoritismo de Dios Padre, quizá persuadido por la segunda persona, el Hijo, que podría haber estado algo enmadrado, aunque no exista prueba evangélica de ello.

Nada de eso. La Virgen, al no conocer el pecado, no podía padecer la corrupción de la tumba. [376] Por otra parte, había padecido *in corde* lo que Jesús *in corpore y* por lo tanto se hizo acreedora de las primicias de la Resurrección del Señor, aunque, por guardar las formas, la Santísima Trinidad acordó mancomunadamente aplazar su abducción hasta que su vejez corporal la hiciera aconsejable. A la aparente muerte física de la Virgen la llamamos *Dormición.* O sea, se durmió y asunció a los Cielos (no podemos decir ascendió porque no lo hizo por cuenta propia como Jesús: por eso distinguimos entre Ascensión (la de Jesús) y Abducción o Asunción (la de la Virgen).

Los católicos sabemos que lo que antes era una mera posibilidad sin muchos visos de realidad, incluso una fantasía disparatada, hoy es una espléndida certeza desde que, el 1 de noviembre de 1950, el Papa Pío XII ejerció su infalibilidad pontificia al proclamar dogma de la Iglesia la Abducción de María (o Asunción, como entonces se llamaba) después de consultarlo con todos los obispos. A la Virgen abducida la representamos vestida de sol, con la luna a sus pies y coronada con las doce estrellas de la Unión Europea (antes de su ampliación). Los protestantes, siempre tan envidiosos, no aceptan que la Virgen asunciera en cuerpo y alma a los Cielos y aducen que no existe fundamento escriturístico para afirmarlo. [377]

Como siempre, España se había adelantado a la teología vaticana, nos enorgullece declararlo: hacía ya siglos que admitíamos la Abducción o Asunción y montones de honestísimas mujeres españolas han llevado con orgullo ese nombre de pila antes de que fuera dogma.



CAPÍTULO 23

Cristianos en la sinagoga

Ya hemos visto que después del descalabro de Pascua y de la subsiguiente ejecución de Jesús, los seguidores del presunto agitador se dispersaron para escapar del castigo (si los atrapaban los acusarían igualmente de sedición). Sólo cuando el rumor de que Jesús había resucitado creció hasta convertirse en certeza absoluta, sus seguidores recuperaron la confianza, abandonaron sus escondites y se reagruparon.

Los sediciosos galileos sólo regresaron a Jerusalén unos años después, pasado el peligro, cuando creyeron que el cumplimiento de las profecías apocalípticas era inminente y convenía que los cogiera lo más cerca posible del templo, considerado centro del mundo. Pedro, Santiago, Juan, Santiago el Mayor y quizá la madre de Jesús, María, se instalaron en la ciudad sagrada que tan amargos recuerdos les traía. «Dios había aceptado el sacrificio de sus dos profetas (Juan el Bautista y Jesús) y ahora no demoraría su intervención.» [378]

El definitivo milagro de la Resurrección, del triunfo sobre la muerte, rescataba al predicador ajusticiado (o al zelote, al jefecillo insurrecto) de la ignominia de haber muerto en la cruz.

La naciente Iglesia tenía la explicación. No es que Jesús hubiera fracasado en su insurrección contra Roma y subsiguiente restauración del Reino de los Cielos. Es que ese reino no se refería, como creíamos, a un plano material sino a una doctrina salvífica que sólo tiene vigencia en el plano espiritual.

Era una manera de justificar el fiasco, de mantener despierta una esperanza, por absurda que fuera, tras la fracasada insurrección general contra los romanos. Era una forma de aferrarse, a pesar de todo, al que muchos habían aclamado en vida como Mesías, el héroe liberador de Israel (del dominio extranjero) profetizado por los libros sagrados. [379]

El regreso de los galileos de Jesús a Jerusalén, bajo las narices del

pretorio, entrañaba sus peligros. La autoridad romana había tipificado al grupo como sedicioso y rebelde. Este recelo se mitigó algo cuando las autoridades percibieron el radical cambio de estrategia de los seguidores de Jesús, más pendientes ahora de la divinización de su profeta que del derrocamiento de Roma, pero de todos modos, unos años más tarde, los romanos detuvieron a Santiago el Mayor y lo ajusticiaron. [380]

La figura histórica de Jesús entraba en la leyenda. En pequeños cenáculos, los discípulos relataban sus prodigios ante catequistas embobados, se narraban milagros cada vez más fantásticos, se enriquecía su biografía para probar el cumplimiento de las profecías.

La realidad se adaptó a una improvisada teología. Se arrumbaron las perspectivas mesiánicas, las de la instauración de un rey fuerte tras derrotar a los ocupantes romanos. El Reino de Dios se reconvirtió en un reino espiritual. Jesús evolucionó de libertador político a profeta enviado de Dios para predicar la llegada del reino de la paz y el amor. Con ese reino llegaría un Mesías para juzgar a todas las naciones y colocar a Israel en lugar preeminente. (Todavía no presentaban a Jesús como el Mesías ni el Hijo de Dios encarnado, eso se aceptaría años después con la reelaboración dogmática de san Pablo.)

Jesús había iniciado su carrera política como adepto a las doctrinas del Bautista. La figura del Bautista era tan importante y estaba en la mente de tanta gente que no se podía suprimir así como así. Lo que hicieron, en su momento, fue rebajarla al mero papel de precursor de Jesús. Para ello introdujeron en los Evangelios una declaración del propio Bautista que se subordinaba a su presunto primo: «Detrás de mí, viene uno que os bautizará con el fuego del espíritu, y de quien no soy digno de atar la correa de su sandalia» (Jn. 1,26-27)

Jesús nunca fundó una Iglesia. Lo de «tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt. 16,18) falta a la verdad, es sólo un subterfugio para hacernos creer que Jesús fundó una Iglesia. El verdadero fundador del cristianismo, tomando como pretexto a Jesús, fue san Pablo. Es un asunto en el que hasta los propios jerarcas católicos están de acuerdo, aunque tampoco lo divulgan *urbi et orbi* por no escandalizar al rebaño. Lo hermoso de la Iglesia es que, a pesar de tantas irregularidades en su fundación, y no digamos en su ulterior desarrollo, se mantiene incólume después de dos mil años de agitada historia. Eso indica que Dios está con ella. Frente a los

hipercríticos que aducen los dos mil años de intolerancia, de codicia, de latrocinio, de desvergüenza, de inmoralidad, de torturas y de violencia que han presidido la gestión de la Iglesia sólo esgrimiremos un argumento: si a pesar de eso la Iglesia se mantiene debe ser porque Jesús está con ella, porque Dios la apoya.

«¿Dios apoyando la inmoralidad, la mentira y el abuso del poder?», se preguntará alguna oveja despistada.

Pues sí, ¿por qué no? ¿No hemos quedado en que sus designios son inescrutables?

Aceptemos que Jesús nació judío y vivió y murió como judío. Un judío fariseo crítico con la religión oficial, pero respetuoso de la Ley mosaica, la estricta observancia religiosa de sus correligionarios. [381] Sus apóstoles se mantuvieron como judíos de una tendencia determinada, la cristiana, una más de las muchas sectas que coexistieron en el seno del judaismo. Después se subdividieron en varios grupos o sectas que, con el tiempo, formaron dos tendencias: los cristianos hebraizantes y los helenistas.

Los cristianos hebraizantes de Jerusalén exigían circuncisión y observancia de la Ley mosaica a los paganos que se convertían al cristianismo.

Por el contrario, los cristianos helenistas (judíos de habla griega y de cultura helenística) pensaban que Jesús había superado las enseñanzas de la religión mosaica y, por lo tanto, eximían a los conversos de la circuncisión y del cumplimiento de la Ley.

Muchos paganos (no judíos) se sintieron atraídos por el mensaje de Jesús, pero eran refractarios a la circuncisión y demás exigencias de la Ley mosaica, por lo que se unieron a los cristianos helenistas. El resultado fue que el cristianismo helenístico creció como la espuma mientras que el hebraizante se enquistaba y languidecía.

Es natural. La circuncisión ritual, o corte del prepucio con un afilado cuchillo de piedra, se tolera más o menos cuando eres un niño de pocos días y ni sabes hablar ni te piden opinión, pero si te la tienen que practicar ya talludito, ver que un tipo barbudo que huele a sudor rancio, ase sin contemplaciones tu bien más preciado, tu otro yo, con una manaza de uñas enlutadas, para cortarle, así, en frío, sin anestesia, una rodajita de prepucio, con lo que eso duele y el riesgo de infección que comporta...

Si a esto le sumas que te prohíben comer cerdo, con lo habituado que estabas al jamón y a los churrascos, pues, francamente, uno (debido a su incapacidad de comprender la trascendencia de las restricciones alimenticias en los planes de Dios) lo encuentra una exigencia absurda. [382]

Por el contrario entre los helenistas todo eran facilidades:

—Hijo mío, si crees en la divinidad de Jesús y aflojas tu bolsa para el mantenimiento de los obispos y pastores del rebaño, ya vas cumplido. Guárdate esa gurrumina arrugada y súbete la cremallera: no es necesario que te la operes.

—¿Y el cerdo?

—Sin problema, hijo mío: siempre que colabores con tu óbolo al mantenimiento del culto puedes seguir comiendo churrascos y morcillas, y rebañando con sopas la pringue del tocino, allá tú con tu colesterol.

Al principio, los cristianos helenistas reconocían la autoridad de la comunidad cristiana hebraizante de Jerusalén prestigiada por su proximidad al templo y a las fuentes (judías) de la creencia. Pero el abismo sociocultural existente entre las dos tendencias, una abierta al helenismo, la otra cerrada a todo lo que no fuera judaísmo aberzale, se fue ensanchando hasta que desembocó en el inevitable cisma. Cuando los helenistas se liberaron del judaísmo estallaron trifulcas, celos y enemistades (con olvido, mucho me temo, del comportamiento caritativo y fraternal que debemos observar los cristianos).

Las crecientes divergencias doctrinales entre las dos facciones crecieron hasta el punto de que los hebraizantes persiguieron y expulsaron de Jerusalén a los helenistas. En el año 36 o 37 muchos cristianos helenistas se mudaron a Antioquía, en Siria, a seiscientos cincuenta kilómetros. Otros a Samaria (Felipe), a Judea, a Damasco (Ananías), a Fenicia y a Chipre, lugares donde ya existían colonias judías.

A partir de este punto, la teología de los cristianos helenistas establecidos sobre todo en Antioquía y Damasco toma su propia deriva en su afán por justificar teológicamente el fracaso de Jesús para, en una segunda lectura más profunda, presentarlo como cumplimiento de un plan divino enunciado en las antiguas profecías. Esa teología será definitivamente desarrollada por san Pablo.

Apena constatarlo, pero debemos reconocer que aquellas incipientes comunidades cristianas no mantuvieron el diálogo ecuménico que cabía esperar ni se comportaron con la mansedumbre evangélica que recomendaba el dulce Jesús. Hasta en ocasiones llegaron a las manos, navajas cabriteras a degüello. [383]

El anónimo autor de los Hechos de los Apóstoles (otro libro canónico, palabra de Dios) intenta armonizar las contradicciones de los Evangelios y, en su afán por lo políticamente correcto, se inventa una armonía que nunca existió entre los grupos de Jerusalén y el helenista.

Hemos visto que los cristianos hebraizantes de Jerusalén interpretaban el Reino de los Cielos mencionado por Jesús en términos políticos, como una liberación del yugo romano. Pero como pasaban los años, el Reino anunciado no llegaba, y el dominio romano parecía más asentado que nunca, reinterpretaron la doctrina del Reino para adaptarla a la dura realidad: «¡Qué tontos hemos sido! Aquí, como pasmarotes, esperando la llegada del Reino de Dios y no hemos advertido que estaba aquí ya. Esperábamos un reino terrenal, cuando Jesús hablaba de un reino celestial que ya ha llegado. No lo percibimos, pero está. El Reino de Dios es la promesa de felicidad para la otra vida.»

Sonaba bien y lo explicaba todo. San Pablo, el gran impulsor del cristianismo, que aparecerá en seguida, era de esta opinión, que fue la que prevaleció. Por eso, desde entonces, la Iglesia nos ha convencido para que soportemos con paciencia las injusticias de los poderosos (¿quiénes son los poderosos? Roma entonces, cualquiera que detente el poder ahora y en cada época histórica). «Querido cristiano —nos dicen— pon siempre la otra mejilla, tú mantente manso como el cordero pascual, que esta vida es un valle de lágrimas y Dios te recompensará en la otra vida por las injusticias que soportas en ésta.»

Duele reconocerlo, pero a cambio de esa mansedumbre y conformidad cristiana que la Iglesia predica a sus ovejas, el poderoso protegió a la Iglesia, la alimentó y la colmó de privilegios. «Tú mantenme tranquilo el rebaño mientras yo lo ordeño y lo exploto que a ti no te va a faltar de nada.» [384]

Es lo que los tratadistas antiguos denominan la alianza entre el altar y el trono.

En lo sucesivo las dos tendencias cristianas (helenista y hebraizante) «se

repartieron el campo de misión: Pablo y los suyos, a los gentiles; Pedro y los suyos a los circuncisos». [385]

En el año 66 los judíos se sublevaron contra Roma. Después de cuatro años de guerra feroz, los romanos aniquilaron toda resistencia, arrasaron Jerusalén y destruyeron el templo.

Este desastre nacional les recordó a los judíos otro aciago episodio de su historia con el que establecieron un claro paralelismo: la destrucción de Jerusalén y del primer templo por los babilonios en —587 y la deportación masiva de los judíos a Mesopotamia (la «cautividad de Babilonia»).

En aquel tiempo aciago, el segundo Isaías había profetizado sobre el futuro de Israel:

> Verás a mi Siervo prosperar
> será enaltecido, ensalzado *y* levantado.
> [...] Nosotros lo tuvimos por azotado
> herido por Dios *y* humillado.
> Pero fue herido por nuestras culpas.
> Yahvé descargó sobre él
> la culpa de todos nosotros.
> Fue oprimido y humillado
> pero él no abrió la boca.
> Como cordero llevado al degüello,
> como oveja que va a ser esquilada,
> permaneció en silencio, sin abrir la boca.
> Yahvé quiso quebrantarlo con males
> si se entrega en expiación,
> verá descendencia
> alargará sus días su mano ejecutara el designio de Yahvé.
> Mi siervo justificará a muchos

pues las culpas de ellos soportará...

(Is. 52, 13;53 y ss.) [386]

La profecía escrita, repetida y murmurada en corrillos *y* sinagogas causaba sensación en las comunidades cristianas: hace quinientos años un profeta anunció que algún día sería sacrificado un siervo de Dios para reparar las culpas de la humanidad. ¿No se refería a Jesús, crucificado por los romanos, sacrificado para redimir a su pueblo?

¡Claro que sí! La cosa estaba clara. Isaías lo había profetizado todo. Que Jesús muriera en la cruz como un rebelde fracasado no significaba nada, o mejor dicho, lo significaba todo: ¡había venido a cumplir la profecía, su sacrificio era necesario, era el Cordero autoinmolado para lavar las culpas de Israel, o sea, de la humanidad!

Buscándole los tres pies al gato, evolucionó la teología cristiana, al principio tan rudimentaria. Jesús había predicado la proximidad del Reino de los Cielos, un imperio terrenal justo y benéfico que sustituiría al injusto y maléfico Imperio romano. Después de su muerte sólo se hablaba de la inminencia del Reino de los Cielos: la semilla depositada por Jesús había germinado y muy pronto se transformaría en un árbol poderoso que cubriría a la humanidad con su sombra protectora, la Iglesia.

Después de la destrucción de Jerusalén y del segundo templo en el año 70, las instituciones judías (Sanedrín, sacerdocio, sacrificios, tributos al templo, etc.) desaparecieron prácticamente, lo que contribuyó al auge y la descentralización de las sinagogas locales. La guerra había debilitado a los saduceos (la aristocracia del templo), y a los zelotes (la belicosa rama aberzale del judaísmo). También los qumranitas estaban quebrantados y sus monasterios arruinados. Los únicos que escaparon del cataclismo más o menos indemnes fueron los fariseos y los cristianos.

Los dirigentes de la Iglesia comprendieron que sus doctrinas debían adaptarse a la nueva situación. Había que ofrecer una explicación coherente de la desgracia que se abatía sobre Israel para presentarla como voluntad de Dios y no como derrota del Todopoderoso Dios de Israel frente a los dioses de Roma. Esos dioses de pacotilla no pueden nada comparados con el único verdadero, el nuestro. Lo que pasa es que nuestro Dios, Yahvé, es celoso y

tiene muy malos prontos. Nosotros habíamos pecado y él nos ha castigado con esa aplastante derrota. ¿Acaso no dice la Escritura: «Pueblo de Israel, de dura cerviz...», etcétera?

Así lo veían los judíos del tronco más ortodoxo, pero los cristianos hebraizantes discrepaban. A ellos les parecía que la destrucción del templo confirmaba una profecía de Jesús: ¡ésa es la prueba de que Jesús era el Mesías!

Esta oportunista apropiación electoral de la desgracia de Israel molestó tanto al nuevo Sanedrín que no vaciló en declarar herejes a los cristianos. Incluso introdujo una maldición contra ellos en la oración oficial que todo judío, incluidos los cristianos hebraizantes, recitaba tres veces al día: «Que los *notsrim* ["cristianos"] y los *minim* ["herejes"] desaparezcan [...] que sean borrados del Libro de los vivos [...] que no se les inscriba con los justos.»

Ofendidos, los cristianos hebraizantes se separaron definitivamente de las sinagogas y formaron comunidad aparte.

¡Pobres cristianos! Al principio eran minoría, eran pobres, eran débiles, y soportaban el desprecio de los judíos y su exclusión de las sinagogas. Los judíos propalaron, además, que Jesús había sido un hechicero, un embaucador y un tuercebotas sin más crédito que el que le daba la panda de vagos y gorrones que lo seguía (los apóstoles), para aprovecharse de la credulidad de las gentes sencillas.

No sospechaban los judíos que aquel débil arbolillo cristiano al que vapuleaban crecería hasta hacerles sombra, una sombra de lo más inclemente. En efecto, cuando los cristianos agarraron por el mango la sartén del Imperio romano se vengaron con creces de los desprecios sufridos y persiguieron a los judíos durante los siguientes dos mil años. No por espíritu vengativo, ¡Dios nos libre de pensarlo!, que de eso, lógicamente, la santa Iglesia está limpia como una patena, sino por estricta justicia, por la severidad, no exenta de caridad cristiana, que el que está en posesión de la Verdad puede y debe emplear con el que persiste en el error. Al errado hay que atraerlo a la luz del Evangelio aunque sea rompiéndole la columna vertebral. [387]

CAPÍTULO 24

En el que se explica cómo Jesús, ciudadano particular de Galilea, llegó a ser Dios

Recapitulemos: el Reino de los Cielos que Cristo predicaba era inmediato, estaba a la vuelta de la esquina. [388] Luego vinieron la crucifixión, la Pasión y todo lo demás. Pasaba el tiempo y parecía que el Reino de los Cielos anunciado y esperado como inminente no terminaba de llegar.

Pasaron meses, pasaron años y no se veía mudanza ni atisbo de que la pudiera haber.

Fue entonces cuando san Pablo, con aquella inteligencia suya y aquella capacidad de reinterpretar las esperanzas de la comunidad, el que advirtió que, en realidad, el Reino de los Cielos ya estaba funcionando sin que nadie se hubiera percatado: «¡Éste es el Reino de los Cielos, si lo estás pisando, criatura! Ya sé que te parece que todo sigue igual, pero todo ha cambiado: ahora vivimos la esperanza salvífica de Jesús, el Cristo, el Mesías anunciado, que se sacrificó en la cruz por nosotros. Parece que la vida sigue igual, pero todo ha cambiado. ¡Regocíjate porque has visto la luz y vives inmerso en el Reino de los Cielos, aunque no lo hayas notado, alma de cántaro!»

San Pablo

Digámoslo claro una vez más: el verdadero fundador del cristianismo y de la Iglesia fue san Pablo (Jesús murió judío convencido y, ya hemos visto, nunca soñó en fundar una religión distinta). La personalidad de san Pablo está abierta a las más diversas interpretaciones. Parece fuera de duda que en principio era un fariseo fanático perseguidor de los judíos que no observaban escrupulosamente los preceptos del judaísmo, pero algunos autores piensan que era un zelote; otros, que un practicante del ocultismo rabínico o mistérico; otros, que un gnóstico; otros, que un agente romano; otros, que

simplemente padecía una distonía neurovegetativa que le provocaba alucinaciones.

Vaya usted a saber.

Lo que Dios le concedió en brillantez intelectual, diplomacia, inteligencia y capacidad de trabajo, se lo escatimó en presencia física. San Pablo era feo, bajito, calvo, de salud frágil —dicen—; tenía una personalidad apasionada, pero depresiva, fanática y paranoide, encerrada en sí misma. Si contamos con que participó en la lapidación de Esteban (Hch. 8, 1; 22, 20) debía ser agresivo y enemigo de las medias tintas. «Hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres y los encarcelaba» (Hch. 8, 3); «perseguía con saña a la Iglesia de Dios (los cristianos) tratando de destruirla» (Ga. 1, 13-15). [389]

Saulo o Pablo había nacido en el seno de una buena familia judía deportada por los romanos a Tarso, en Cilicia. Había recibido una educación liberal, helenística, hablaba griego y arameo y era ciudadano romano. A los veinte años se hizo fariseo en Jerusalén y desde entonces se convirtió en un furibundo perseguidor de los cristianos helenistas. Después de pasar quizá unos años en Arabia y entre los nabateos se hace cristiano y emprende viajes evangelizadores primero a Siriay Cilicia; después a Chipre, Pisidia, Licaona (años 39-40); a Palacio, Filipos, Tesalónica, Atenas, Corinto (años 46-50); a Jerusalén, a Éfeso, a Macedonia, a Roma, a Hispania (según algunos) y a otros lugares. Finalmente los romanos lo encarcelan, lo juzgan, lo condenan y lo decapitan en el año 67.

Se ha señalado a menudo que san Pablo era misógino e infundió en su Iglesia esa misoginia. Examinando sus escritos, en efecto, se barrunta cierto antifeminismo, pero antes de apresurarnos a condenarlo pensemos que sabemos muy poco de su vida. ¿Y si fue un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de fiera? ¿Y si las mujeres le daban de lado porque era calvo, porque padecía una enfermedad de la piel y porque el aliento le cantaba a considerable distancia? ¿Y si lo intentó de joven y constató, tristemente, que no se comía una rosca? ¿Y si padecía una disfunción eréctil congénita? No es suposición baladí: muchas vocaciones religiosas han nacido y nacen de un complejo; del mismo modo que otras han derivado de un hartazgo (la de san Agustín, sin ir más lejos, que tras una juventud dilapidada y crápula, siempre de putas y deslechado, sentó la cabeza y se hizo cristiano de comunión diaria). No digo yo que esas razones disculpen la misoginia del apóstol, pero

al menos nos ayudarán a entenderla. Y en lo que se refiere a la Iglesia inspirada por él, la acusación de misoginia que tan a menudo lanzan contra ella los hipercríticos no se puede extender, alegremente, a todos sus miembros. Muchos de ellos, interesa constatarlo, son aficionadísimos al bello sexo y jamás incurrieron, como otros colegas, en pederastia y menoreo; otros adoptan actitudes amujeradas, cierto es, pero lo hacen para mejor divulgar el sacro ministerio entre las devotas y afectas al Santísimo. Y ¿qué decir de las numerosas mujeres que forman parte de la Iglesia, las monjas y novicias, de tantos institutos y órdenes religiosas, muchas de las cuales son, a su vez, inclinadísimas a la afectividad hacia sus congéneres? Desestimemos, pues, esa infundada acusación de misoginia que los hipercríticos lanzan contra la Iglesia simplemente porque las mujeres no pueden acceder al sacerdocio y a la administración de los sacramentos. ¿Acaso no les concedió Dios en exclusividad la facultad de engendrar y parir hijos que negó al hombre? Pues confórmense con ella y no quieran ocupar parcelas que el plan divino reservó a los machos (siempre que estén provistos de las correspondientes credenciales).

El episodio central de la vida de san Pablo es su conversión: va camino de Damasco para perseguir a los cristianos damascenos cuando una visión cegadora lo derriba del caballo. En medio de aquella luz, distingue la figura de Jesús que se presenta: «Yo soy Jesús, al que tú persigues» (Hch. 9, 5a).

Ese momento de cegadora luz, esa Revelación la interpreta el erudito Schonfield como «un episodio alucinado de insolación y epilepsia». [390] Pudiera ser, pero esa explicación científica no rebaja el misterio de la presencia divina. En esa conversión de Pablo está la mano de Dios, cuyos designios no hará falta recordar que son inescrutables. ¿Me persigues, eh? ¿Te ensañas con mis fans, te has convertido en su pesadilla? Pues bien, ahora te haré caer del caballo y cuando te levantes serás el fundamento de mi Iglesia y servirás a mi Hijo bienamado que tengo aquí sentado a mi derecha.

Eso fue lo que pasó.

El furibundo perseguidor de los cristianos se convierte de pronto en el cristiano más fervoroso, en el caudillo del movimiento, en el sistematizador de las confusas doctrinas jesusitas, en el verdadero fundador del cristianismo.

¿Qué predica san Pablo tras la Revelación del camino de Damasco? —se pregunta Busquets—: «Nunca relaciona la persona y la obra de Jesús ni con

su actividad ni con su predicación, sino con su muerte y Resurrección.» [391]

Los primeros cristianos habían creído que Jesús era un hombre que resucitó después de muerto y se convirtió en Dios. A partir de Pablo creerán que es un Dios (Dios, el único) que se ha convertido en hombre para, una vez muerto y resucitado, regresar al Cielo de donde salió para su misión terrícola.

Los judíos y los paganos en general se preguntaban con una pizca de sarcasmo: ¿Jesús, el sedicioso crucificado, ha resultado ser Dios?

A lo que los cristianos replicaban: «¿No se han cumplido en Él las profecías?»

Para Pablo, Jesús es el transgresor de la Ley, es el Mesías enviado de Dios para clausurar la Ley caduca de los tiempos antiguos e inaugurar la nueva. El centro de la creencia es que Dios resucitó a Jesús y lo constituyó en Salvador, a lo que se suma la espera de la parusía o retorno del Señor. «En Jesús el Cristo está ya el Reino de los Cielos iniciado en la Tierra [...] aunque todavía no se haya consumado.» [392]

San Pablo era un hombre de mundo, culto y viajado, que participaba por igual de la cultura judía y de la helenística. Su capacidad intelectual superaba ampliamente a la de los jefes de las comunidades cristianas (rudos pescadores o carpinteros liberados por la organización), lo que explica que le correspondiera a él la definitiva fijación del mensaje cristiano.

No fue fácil desarrollar una doctrina mínimamente coherente que conciliara unas tradiciones mosaicas ajenas e incluso opuestas a la mentalidad helenística imperante en el Imperio romano. De hecho, nunca hubo coherencia en la doctrina cristiana y a ello se debe esa proliferación de dogmas y misterios bajo la que se oculta la chapuza doctrinal de su origen. Lo que nos demuestra, una vez más, que Dios mismo está detrás del cristianismo, apoyando a la verdadera Iglesia, porque de otro modo es impensable que hubiera llegado hasta el siglo XXI tan lozana y rozagante como la vemos, con sus asignaciones, sus conferencias episcopales, sus ornamentos bordados en seda y oro, sus hábitos, sus capas magnas, sus pompas, sus canonizaciones y todo ese fervor que arrastra.

Para los Evangelios sinópticos, Jesús es un hombre, el Mesías; Pablo también lo considera hombre, aunque escogido por Dios; para Juan, Jesús es el Logos, Palabra divina, que participa de la divinidad. [393]

Los padres de los dos primeros siglos titubean entre considerarlo Dios o considerarlo Hombre. El Concilio de Nicea acaba con las vacilaciones y declara solemnemente que Cristo es de la misma naturaleza de Dios, una astilla de la misma madera. El Concilio de Constantinopla determina que Dios se compone de tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Cristo es la segunda persona. El Concilio de Éfeso determina la doble naturaleza de Cristo, divina y humana, unidas. Para el Concilio de Calcedonia, Cristo tiene dos naturalezas unidas en una persona.

En resumen: Dios es la Trinidad divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo tiene dos naturalezas, divina y humana.

Pablo elabora su doctrina: no es la observancia de la Ley lo que redime al creyente, sino la fe en Jesucristo.

San Pablo establece el *kerigma*, el mensaje cristiano, [394] en dos puntos, a saber:

—Primero: Jesucristo (el Mesías o Ungido) pagó con su muerte la reconciliación de Dios con la humanidad y el perdón de los mortales (1 Co. 15, 3-4; 2 Co. 5, 18-20; Ga. 3, 13; Rm. 6, 18).

—Segundo: su rito de partir el pan y el vino con sus discípulos instituyó la Nueva Alianza, un nuevo trato con Dios, que se renovaría conmemorando su muerte (la santa misa), (1 Co. 11, 23 y ss.).

Quizá el creyente puntilloso albergue ciertos escrupulillos cuando escudriñe los textos y advierta que Jesús no instituye esas cenas-misas en ninguno de los Evangelios. ¿Comprende ahora por qué la Iglesia ha procurado evitar el contacto directo de los fieles con las Escrituras? Es que, sin la debida preparación, sin la intermediación oportuna de la Iglesia, leer las Santas Escrituras puede ser tan dañino como dejar una medicina en las manos de un niño. La medicina es para sanar, como lo son las Escrituras (para sanar el alma), pero mal administradas pueden producir la muerte (del niño en el caso de las medicinas; del alma del creyente, de su fe, en el caso de las Escrituras). ¿Por qué, entonces, ha consentido la Iglesia que se divulguen? Bueno, la verdad es que se ha resistido como gato panza arriba, pero al final, acosada por el liberalismo, por la Ilustración, por la modernidad y por otros errores modernos (condenados en su día por los Papas) ha tenido que transigir, pero muy a regañadientes, que conste, como la madre que, después de mucha resistencia, accede a comprarle al hijo la moto en la que está

emperrado. La madre (la Iglesia en nuestro caso) cede muy en contra de su voluntad porque los demás mozalbetes descerebrados del vecindario (los protestantes y otros hermanos descarriados) ya tenían moto y su hijo (nosotros, los católicos) andaba todo el día dándole la tabarra con que quiero una moto (o sea, leer los Evangelios).

También contribuyó a difundir la Biblia la invención de la imprenta, otro vehículo perniciosísimo de Satanás, otro de esos inventos que parecen inspirados por el diablo, con lo bien que estaba la humanidad macerada en su ignorancia sin libros ni periódicos, pendiente del cálido verbo de los sacerdotes y obispos que gestionaban nuestras creencias, que guiaban nuestras conciencias, que nos administraban a Dios. En fin, hubo que ceder porque había que hacerlo ante el peligro que suponía el crecimiento del protestantismo que disparaba sus sofismas desde posición ventajosa puesto que tenía contacto directo y diario con las Escrituras...

Vamos a comprarle la moto al niño porque, de lo contrario, va a montarse en la de los vecinos (los protestantes) y ahí sí que podemos perderlo. Son, ya lo estamos viendo, muchos factores los que han incidido para que a la Iglesia se le escape el negocio de las manos. Debemos esperar que en un futuro, no muy próximo, desgraciadamente, las aguas vuelvan a su cauce y las Escrituras vuelvan a las sacristías, a los seminarios y a las casas parroquiales de donde nunca debieron salir y nuevamente alcancemos a Cristo a través de la predicación de los sacerdotes y frailes (especialmente dominicos y jesuítas), los doctores de la Iglesia, los intermediarios ideales, los pastores de largo cayado. ¡Cuánto mejor sería que, en lugar de abismarnos sobre la Biblia sin realmente entenderla, solazásemos nuestro espíritu y apuntalásemos nuestra fe con la frecuentación de *Camino*, el santificador libro de san Josemaría Escrivá; con las meditaciones de Tomás de Kempis, con los ejercicios espirituales de san Ignacio, con los del padre Claret y en el caso de las fíelas, con *La perfecta casada* de fray Luis de León?

Volviendo a lo nuestro, tendremos que reconocer que la institución de la santa misa sólo aparece en Corintios, en un pasaje que muchos comentaristas consideran, para más inri, interpolación tardía. Otros interpretan que las palabras «cuando hacéis esto» aluden a «cuando os entregáis al martirio», no cuando cenáis y que lo de la cena ritual origen de la misa es la versión cristianizada de una costumbre helenística.

Mi pregunta es: ¿qué sentido tiene marear la perdiz buscándole tres pies

al gato? ¿Adónde nos conduce diseccionar la historia *y* estrujarnos las entendederas con indagaciones cuya respuesta puede sembrar en nuestro ánimo la semilla satánica de la duda?

¿Tenemos fe?

Sí.

¿La Iglesia ha declarado que el banquete ritual con carne y sangre que parecen pan y vino, pero en realidad son la carne y la sangre de un hombre nacido hace dos mil años, es un dogma?

Sí, y de los más sagrados.

Pues en ese caso, si hay fe, *non quaereras amplius,* no indagues más, no marees más la perdiz.

¿Pudo Dios instituir un banquete sagrado, la santa misa? Por supuesto que pudo.

¿Convino?

Por supuesto: a la vista está.

Pudo y convino, luego hubo. Punto.

La Iglesia se apodera de la sacralidad y se erige en indispensable mediadora entre el creyente y Dios, ella administra el misterio.

¿Qué piensa de todo esto el Papa Benedicto XVI que además es teólogo y ha sido gran inquisidor en los últimos tiempos? [395] En su libro *Jesús de Nazaret* se inclina por creer que Juan el Bautista y «quizá Jesús y su familia» mantuvieron algún contacto con la secta de los esenios. A Jesús no lo ejecutaron por cuestiones políticas sino por blasfemia (con lo que el Santo Padre sutilmente apunta la culpabilidad de los judíos sin perder la sonrisilla aviesa y esa mirada de reojo, bajo el flequillo, que no veíamos desde lady Di).

¡Ese plumero, Santo Padre, que se le ve!

Pablo, hombre de mundo, culto, helenista, comprendió que con ese estricto judaismo restringido al pueblo de Israel no se iba a ninguna parte, que el futuro estaba en el universalismo que predicaban sus perseguidos cristianos (los helenistas, no los hebraizantes, claro). De la noche a la mañana decidió unirse a ellos y abrazar ese ideal. El mundo era muy ancho para que

gravitara en torno al templo y a la observancia de los mil absurdos preceptos que la Ley imponía.

Pablo llegaba tarde al cristianismo, pero un tipo de su carácter, de su cultura y de su mundo tenía todas las bazas necesarias en la mano: con paso firme y a codazos se abrió paso hasta ponerse el primero. Por lo pronto se le apareció el mismo Jesús para que quedara clara su vinculación directa con el Hijo de Dios: «Se me apareció también a mí, como al nacido a destiempo» (1 Cor. 15, 9).

La conversión ocurrió en Damasco. Después Pablo regresa a Jerusalén y se entrevista con Pedro y con Santiago, el hermano de Jesús, los líderes judeocristianos. Esto ocurriría entre los años 36 y 40. No parece que llegaran a ningún acuerdo aparte de que cada comunidad seguiría su camino, los cristianos hebraizantes de Jerusalén y los helenizantes de Antioquía y otras ciudades. En los años siguientes, Pablo recorrió las nacientes comunidades de Cilicia (Tarso) y Siria (Antioquía). Pasados catorce años, hacia el año 51, regresa Pablo a Jerusalén, quizá molesto porque los de aquella comunidad (los hebraizantes) persisten en enviar gentes («falsos hermanos») a las comunidades helenísticas para persuadirlos de que deben observar la Ley, circuncidarse y todo lo demás.

Llegaron a un principio de acuerdo: los helenizantes que no fueran judíos no tendrían que observar estrictamente la Ley; a cambio, los cristianos hebraizantes de Jerusalén recibirían subsidios de las boyantes comunidades helenísticas. ¡Lo que no se arregle con dinero! Ya existían ciertas diferencias entre Pedro (más conciliador) y Santiago (estricto), pero en lo de repartirse las subvenciones se pusieron prontamente de acuerdo.

«La narración paulina ha configurado ya tres tipos de cristiano: a) el judío intransigente que exige la circuncisión de los paganos; b) el judío observante que tolera a los paganos sin circuncidar; c) el gentil creyente que no se ha circuncidado. Y las tres corrientes del cristianismo: la de Jerusalén, la de Pedro y la de Pablo. A las que pronto habrá que añadir un cuarto tipo: el judío que rechaza la circuncisión.» [396]

La insurrección judía del año 67, que terminó con el aplastamiento de los rebeldes, la destrucción de Jerusalén y del templo, lo trastocó todo. La comunidad cristiana hebraizante regentada por Santiago (que ostentaba cierta primacía sobre las helenísticas) quedó prácticamente fuera de juego.

«El mensaje de Juan, de Jesús y de Santiago se extinguen en el solar semítico. En cambio el de Pablo, trasplantado al medio helenístico y romano, transformado en una cosa distinta que de la antigua sólo conservaba el nombre, medró y se desarrolló hasta el día de hoy.» [397]

La desaparición del templo de Jerusalén, con toda la complejidad administrativa que lo rodeaba, acarreó muchos cambios. Al extinguirse la fuente de ingresos de los funcionarios que vivían de él, muchos escribas quedaron en paro forzoso y tuvieron que ganarse la vida en otras tareas. Pronto encontraron el nuevo filón: como en todo período de crisis, surgió entre los judíos una literatura apocalíptica que hablaba de misterios y del fin del mundo. Esa literatura necesitaba escritores con imaginación, escribas con buena letra para producir copias, agentes editoriales para divulgarlas.

Uno de esos libros, el llamado Apocalipsis, atribuido a san Juan, redactado en los albores del siglo II, gozó de tanto predicamento entre los cristianos que lo incorporarían al canon de sus Escrituras sagradas.

En el Apocalipsis, Dios se rodea de los cuatro vivientes y de veinticuatro ancianos. Los cuatro vivientes se referían a los cuatro puntos cardinales que abarcan la Creación, pero Ireneo los interpretó en clave cristiana, como los cuatro evangelistas redactores de escrituras admitidas en el canon eclesiástico. Los veinticuatro ancianos podían representar a los ángeles custodios del tiempo, pero los cristianos los identificaron como las doce tribus sumadas a los doce apóstoles.

En el Apocalipsis, Dios tiene en su mano un rollo de pergamino que contiene el pasado, el presente y el futuro. El libro está sellado con siete sellos. El único digno de romper los sellos y revelar los designios de Dios es el Cordero que se ha ofrecido en sacrificio. [398]

Los cristianos entendieron fácilmente el mensaje: ¡claro, el Cordero es Jesús en cumplimiento de la profecía de Isaías!

Así es como Jesús crucificado se convierte en el Cordero Degollado, el Hijo del Hombre, el Mesías, la Palabra de Dios.

Los que no habían creído en la Resurrección, creyeron ahora. A las sectas cristianas les resultó más fácil su labor de apostolado, mientras que los cultos mistéricos que competían con ellas se desacreditaron y encontraron mayor dificultad para ejercer su proselitismo. [399]

A partir de entonces, los cristianos ensalzaron a Cristo como el Cordero de la profecía: «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo.»

Mirado con los ojos de la razón, que no de la fe, esta expiación vicaria parece un designo completamente arbitrario de Dios. «¿No es teológicamente repugnante —se pregunta Busquets— que Dios exija el sacrificio de su propio Hijo, como decían los antiguos catecismos? [...] ¿Qué clase de ogro repulsivo sería este padre?» [400]

«Un Dios así es tan incongruente y arbitrario como injusto» enjuicia el filósofo Rubert de Ventós. [401]

Enunciémoslo crudamente: Dios mata a su Hijo por un pecado que éste no ha cometido.

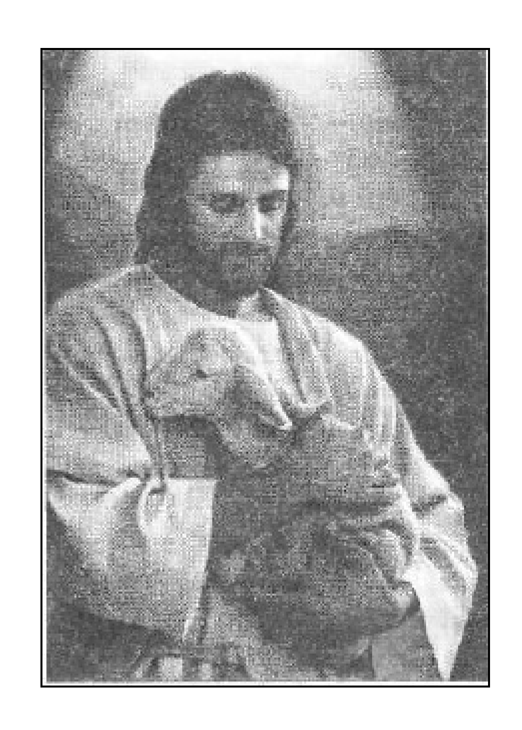
Es que de ese modo redimía a la humanidad —podríamos replicar—. Pero ¿no quedamos en que era Todopoderoso? Entonces bien pudo levantar el castigo graciosamente, sin necesidad de desdoblarse en un Hijo que bajara a la Tierra en figura humana para que lo putearan y lo martirizaran. Visto así, parece repugnante, en efecto, pero si tenemos en cuenta que los designios de Dios son inescrutables y que nosotros, débiles mentales, no podemos soñar en aproximarnos un ápice a la deslumbradora inteligencia divina, se deduce que Dios debió de tener un motivo importante, que no alcanzamos a concebir, para sacrificar de esa manera tan cruenta a su Hijo, que, no lo olvidemos, es Él mismo y, por lo tanto, va al martirio por propia voluntad: *Oblatus est quia ipse voluit*, «[Jesús] se ofreció en la cruz voluntariamente». [402] El refrán castellano asevera que «el que a sí mismo se capa buenos cojones se deja», pero, en este caso, está claro que Dios no se anduvo con paños calientes: ¿había que sacrificar al Cordero (su Hijo, Él mismo) para cumplir el plan divino diseñado por Él mismo? Es evidente que sí: pues no lo pensó dos veces y se sacrificó. Sin titubear, sin una sombra de duda, sin inyecciones epidurales ni mariconadas (rechazó el vino mirrado que le ofrecían). Con un par. Pudo y convino, luego hubo. No se hable más.

Alguien podría argumentar que, desde la psicología profunda, se detectan ciertas tendencias suicidas o, al menos, cierto masoquismo encubierto en Dios: lo sugieren ese subterfugio innecesario de hacerse crucificar, esa crueldad extrema consigo mismo. Nuevamente estamos elucubrando sobre unos motivos divinos que exceden a nuestro imaginario. Recordemos con humildad el gato de Newton.

El caso es que, pocos años después de la muerte de Jesús, sus seguidores lo habían identificado con el Mesías, o sea, Cristo en griego, y habían convertido al predicador en Dios mismo. Aquel banquete que celebró con sus discípulos en Jerusalén, que al principio se conmemoraba con banquetes o ágapes en los que cada uno llevaba comida y la compartía con los demás, evolucionó hasta dar en una ceremonia sacrificial en la que el devoto quedaba liberado de sus faltas. Este banquete, junto con el bautismo, procedía de otras religiones mistéricas más antiguas y acreditadas. La diferencia está en que lo que los otros cumplían como rito mágico (que nos produce cierta irrisión, ¿a qué negarlo?), los cristianos lo elevan a la categoría de sacramento salvífico. Ahí es donde se ve la mano de Dios, dirigiendo, inspirando, por medio del Espíritu Santo: lo que en las otras religiones es magia y superstición, en el cristianismo es sacramento, es dogma, es Revelación.

Las distintas comunidades cristianas, distantes entre sí como estaban, y no siempre bien comunicadas, desarrollaron a veces diferentes ritos y hasta diferentes creencias. El bautismo, por ejemplo, se sustituía en Grecia, Chipre y Siria por la imposición de manos.

Jesús en ningún caso había soñado con un movimiento de vocación universal. De hecho, a Él le era indiferente lo que ocurriera fuera del ámbito estrictamente judío. El decreto apostólico por el que Jesús resucitado instiga a los apóstoles a convertir los pueblos del mundo y reagruparlos en un solo rebaño, es una invención de san Lucas [403] y se corresponde con el Cristo de la fe inventado por san Pablo que aspira a la universalidad.



CAPÍTULO 25

El Emperador se bautiza

Tacita a tacita, el cristianismo se extendió por todo el Imperio. Lo hizo larvadamente, al amparo de las comunidades judías dispersas por el extranjero, como esos parásitos que viven en el intestino de peces más grandes, pero también gracias a la inteligente actividad misional de Pablo y sus enviados. En cualquier caso la expansión fue lenta y un fenómeno más urbano que rural. Un siglo después de la muerte de Jesús sólo había comunidades importantes en Roma, Antioquía, Efeso, Corinto y Alejandría.

Como todos los pueblos politeístas de la Antigüedad, los romanos solían ser tolerantes con los dioses extranjeros. Incluso los incorporaban a su propio panteón sin mayor problema. En la mentalidad pagana, diversos dioses pueden convivir sin excluirse, más bien complementándose. Sin embargo siempre sintieron cierta prevención hacia el Dios de los cristianos, Jesucristo. No les parecía trigo limpio: a Jesús lo había ejecutado un gobernador romano por un delito de sedición, cuando acaudillaba una rebelión contra la autoridad imperial. Por consiguiente los seguidores de sus doctrinas eran sospechosos del mismo delito, lo que entrañaba, teóricamente, pena de muerte.

En la práctica, las autoridades romanas eran conscientes de que se trataba de una secta menor e inofensiva, que había abandonado la rebelión activa predicada por su fundador. Hubo, sin embargo, algunas causas contra cristianos en situaciones y lugares muy concretos. [404] El emperador Claudio promulgó un edicto, entre los años 41 y 49, que expulsaba a los judíos de Roma. Estaba harto de trifulcas entre los judíos de toda la vida y los renovadores de Jesús.

Lo peor llegó después, con el conflicto del culto al emperador. La religión estatal romana divinizaba al emperador. En muchas ciudades se erigía una estatua del emperador ante la que los súbditos se inclinaban o presentaban ofrendas cívicas. Los cristianos, aunque buenos ciudadanos que pagaban impuestos como todo quisque y cedían la derecha en la acera, no

reconocían más Dios que el suyo y, por lo tanto, se resistían a participar en el rito estatal. Algunas autoridades vieron en esta actitud una confirmación del carácter sedicioso de la secta y, en consecuencia, procedieron contra ella. ¿No nos recuerda el conflicto de las banderas en Vasconia? Los romanos no podían aceptar que los cristianos consideraran demonios execrables a los dioses respetados por el Imperio, ni que realizaran rituales secretos en los que, eso se rumoreaba, se entregaban a ritos tan repugnantes como el canibalismo (se decía que comían la carne y bebían la sangre de una víctima que representaba a su dios, el insurrecto galileo crucificado en Jerusalén).

Tampoco los cristianos ayudaban a aclarar las cosas con su tendencia al secretismo, en parte por seguridad y en parte por estética mistérica heredada del mitraísmo. Celebraban sus reuniones en subterráneos o catacumbas que también servían de cementerios.

En los mercados, en los foros, en el circo, en los baños, en las tiendas circulaban bulos sobre los cristianos, quizá inspirados por el Maligno.

—Me han dicho que sacrifican a un niño y se lo comen —murmuraba una vecindona en la cola de la pescadería.

—Pues a mí me han dicho que adoran a un cordero y luego se lo meriendan —apuntaba la de la peluca rubia de germana.

—¡Ay, qué rico!

—¡Mira ésta, pues hazte cristiana!

—Ya me gustaría, ya, pero se entera mi Quinto Leñus Rústicus y es capaz de deslomarme.

—Pues yo me malicio que todo ese secreto y ese misterio es porque practican la *mixtus fornicatione* [405] y el obispo, o como llamen al amo del corral, se las cepilla a todas.

—¡Anda ya! —exclamaba la rubia incrédula.

—Lo que te digo: no ves lo relajadas que salen de esa reunión. ¡Éstas dejan en mantillas la fiesta bacanal!

Las romanas oían campanas, pero no sabían dónde. Como hemos dicho, el rito esencial de aquellas reuniones secretas era el ágape. En un principio, los asistentes aportaban comestibles ya preparados con los que celebraban una cena de hermandad y de paso permitían a las devotas lucir sus

habilidades culinarias. Antes de despedir a los asistentes, el líder u obispo repartía las sobras entre los más necesitados. Era, en el fondo, un rito de redistribución como los que practican ciertas sociedades primitivas. De estos ágapes derivaron las reuniones eucarísticas, versión primitiva de la santa misa. También comenzaron a aceptar limosnas para el sostenimiento del culto y para la bolsa de ayuda al necesitado. Las damas de alto copete, escogidas por Cristo para su fe, porfiaban a ver cuál daba la limosna más alta y alcanzaba los pastorales elogios del obispo.

El cristianismo podía ser inofensivo, pero no gozaba de muy buena prensa entre los paganos. Si la plebe inculta y supersticiosa veía en los cristianos una secta maligna practicante de brujería y de ritos perversos (infanticidios, antropofagia y toda suerte de nefandas maldades), los romanos cultos no tenían mejor opinión: Tácito considera el cristianismo «superstición detestable» y tiene a los cristianos por «enemigos del género humano»; a Suetonio le parecen gente «nueva y peligrosa»; a Plinio *el Joven*, «perversa y extravagante».

«¡Los cristianos a las fieras!» se convirtió en el grito obligado en toda suerte de motines y algaradas populares», dice Tertuliano.

La primera persecución fue la de Nerón, después de culpar a los cristianos por el incendio de Roma. No debió de ser muy cruenta, y seguramente se limitó a la capital del Imperio, ya que la silencian las fuentes cristianas, aunque la literatura, la pintura y el cine (*Quo vadis?*, Peter Ustinov) la han exagerado posteriormente. Quizá ocurriera en esta época el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo.

El emperador Domiciano, persiguió también a los cristianos (entre los años 81 y 96) pero tampoco perpetró esa gran matanza que muchos apologetas posteriores inventaron por motivos propagandísticos. [406]

Cuanto más se poda, más fuerte crece el árbol. Ahí se ve la mano de Dios. Hacia mediados del siglo II la comunidad cristiana había aumentado y era ya notoria en el Imperio romano. Aunque predominaba la versión de Pedro y Pablo (que daría origen a la Iglesia católica) existían muchas otras confesiones cristianas (marcionitas, montanistas, gnósticos...) que a veces realizaban ritos aberrantes a los ojos de los paganos, lo que desacreditaba al cristianismo.

En ese ambiente subversivo, el cristianismo crecía entre los pobres y

entre los esclavos. Las gentes sencillas admiraban la simplicidad de sus ritos, la humildad y solidaridad de sus practicantes, y también ¿por qué no reconocerlo? el reparto de alimentos y subsidios que los adeptos más pudientes practicaban entre los más necesitados.

Luego se fueron incorporando miembros de estratos más elevados de la sociedad, incluso señoras encopetadas, damas romanas de ebúrneos brazos y peinados altos de panal que se sentían atraídas por aquel secretismo subterráneo en el que compartían sencillas viandas con sudorosos y harapientos correligionarios. Diríase que lo hacían por morbo, si las comparásemos con las señoras desocupadas que compensan las ausencias del marido por trabajo o amores, yéndose a repartir prendas y paquetes de garbanzos a las chabolas, el chófer con gorra y uniforme a prudente distancia sin quitar ojo del Mercedes.

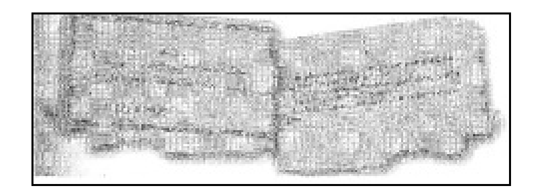
Es fácil criticar a las patricias y pensar que cristianaban por esnobismo, pero yo me pregunto ¿por qué no por amor cristiano verdadero, por entrega abnegada y desinteresada al prójimo necesitado?

A principios del siglo III la secta de Pablo y Pedro era la predominante. Sus hermanas, cada vez más minoritarias, se consideraban heterodoxas. Ese fue el primer paso para declararlas heréticas y para perseguirlas en cuanto el Estado reconoció el cristianismo como religión oficial. Las fluidas relaciones entre los líderes de las principales comunidades (Roma, Alejandría y Antioquía) configuraban la futura jerarquía eclesial centralizada.

Crecía el cristianismo en la medida en que menguaba el Imperio, ya en plena decadencia. No obstante el caduco paganismo aún tenía fuerzas para defenderse y contraatacar. En 249, bajo el reinado de Decio, se desencadenó una nueva persecución. Pretexto: lo de siempre, que los cristianos desobedecían el edicto imperial que obligaba a sacrificar a los dioses estatales. Algunos cristianos se mantuvieron firmes, fueron ejecutados y alcanzaron la palma del martirio, pero también hubo otros (los llamados *lapsi*) que sacrificaron a los dioses para quitarse de líos y obtener el certificado correspondiente (*libelo*). Pasado el peligro, algunos de estos *lapsi* solicitaron la readmisión en la Iglesia cristiana, pero los obispos los llamaron apóstatas y no se lo pusieron nada fácil. [407]

Hubo otra breve persecución en tiempos de Valeriano (257) pero después, con Galieno, el Imperio se tornó más tolerante e incluso devolvió a

los cristianos los bienes confiscados. Al amparo de esta paz, la Iglesia se robusteció y organizó el germen de la estructura de poder que sería en el futuro.



Certificación de comunión que expedían las parroquias españolas hace un siglo.

CAPÍTULO 26

El sacerdocio cristiano

Jesús no instituye ningún sacerdocio en los Evangelios. Como él se mantuvo judío toda su vida, suponía que el único sacerdocio posible era el tradicional, el de la tribu de Leví designado por Yahvé.

Entonces, ¿de dónde procede el sacerdocio cristiano?, se preguntará el lector.

A ello vamos: probablemente se inspira en los sacerdotes o hierofantes de los cultos mistéricos.

Procedamos por partes (como diría Jack *the Ripper):* los doce apóstoles o enviados que acompañan a Jesús se multiplican con la constitución de comunidades cristianas (Pablo, Santiago, el hermano de Jesús, Bernabé, etc.),[408] y cuando se les acumula el trabajo, porque los adeptos aumentan sin cesar, se ven obligados a conceder franquicias espirituales regentadas por colaboradores llamados *presbíteros* («ancianos»), y *episcopos* («obispos»).[409] Quizá los apóstoles eran misioneros que extendían el cristianismo en comunidades paganas mientras que los presbíteros eran sacerdotes de comunidades ya asentadas. A principios del siglo III, casi todas las comunidades cristianas estaban regidas por un obispo que presidía la eucaristía y administraba el peculio común (o sea, concentraba el poder social y el económico, los dos pilares en los que se apoyará la futura Iglesia).

Los primeros obispos o rectores se elegían por aclamación en el seno de la comunidad. Cuando el riesgo de herejía se acentuó, esta designación se confió a la jerarquía superior, establecida en una de las ciudades más importantes (Roma, Antioquía o Alejandría).

> En Antioquía, alrededor del año 110, estando allí el obispo Ignacio, se configuró la orden de los tres oficios que se convirtió en habitual en todo el Imperio: obispo, presbítero y diácono. La

eucaristía no podía celebrarse sin un obispo.

La división entre el «clero» y los «fieles» ya era un hecho. [410]

A lo largo del siglo, los pastores se aseguraron el control del rebaño. Para ello adaptaron su jerarquía a los modelos políticos romanos. Crecía el dogma, ya interpretado por el obispo, y crecía la vigilancia de la base por parte del funcionariado eclesial.

Sólo faltaba que se reconociera un obispo de los obispos a imitación del cesar de Roma, para que la adecuación al Imperio fuera completa. No tardaría en alzarse con ese título el obispo de Roma, aprovechando que estaba más cerca de la fuente de poder que sus colegas y que la comunidad cristiana de Roma era la más rica, dueña de un estimable patrimonio de fincas, edificios y cementerios.

El «Reino que no era de este mundo» había crecido y se había consolidado hasta constituir un Estado dentro del Estado. Los cristianos no superaban todavía el diez o el quince por ciento de la población del Imperio, pero su religión era la más activa y la más integradora, con gran implantación entre las mujeres (marginadas por otros cultos mistéricos). Incluso había apóstolas y profetisas de prestigio, entre ellas una tal «Junia, destacada entre los apóstoles», como la llama san Pablo (Rm. 16, 7). [411]

La jerarquía eclesial (Papa, colegio cardenalicio, obispos y sacerdotes) reprodujo en un principio las odiadas instituciones judías (sumo sacerdote y Sanedrín), como parece natural, dado que la Iglesia nace de la sinagoga, pero en cuanto se sintió con fuerzas suficientes se apartó de ella y abominó de sus orígenes. Inspirados por Dios, los obispos reescribieron la historia para eximir a los romanos de toda responsabilidad por la muerte de Jesús y endosársela a los judíos.

Ese fue sólo el comienzo. Cuando las comunidades helenísticas crecieron, ya convertidas en Iglesia bajo la obediencia del obispo de Roma, declararon heréticas a las hebraizantes que, mientras tanto, habían decaído. Después las persiguieron sañudamente, quizá con momentáneo olvido de la caridad cristiana, lo que es enteramente disculpable si tenemos en cuenta el entusiasmo y la unción con que aquellos primeros obispos y jerarcas

construían el magno edificio de nuestra Iglesia. Se imponía el pensamiento único. ¿Qué mejor garantía de que la oveja cristiana, el cordero perdido en la oscuridad de un mundo proceloso, en el que acecha el Maligno, iba a encontrar el correctivo necesario para que jamás abandonara la senda que le marca el dulce Jesús? [412]

La Iglesia jerárquica se formaba rápidamente para ser esa hermosa realidad que hoy es. No obstante, no todo fue un camino de rosas porque, mientras tanto, de ese mismo tronco judío han brotado otras ramas. ¿Qué hacemos con ellas, se preguntaban los obispos llenos de zozobra, pero también de caridad y comprensión hacia el hermano descarriado? Oigamos a Busquets: «De entre las muchas comunidades eclesiales nacientes, las gnósticas fueron perseguidas, las carismáticas estranguladas, y las antiautoritarias fagocitadas, de modo que prevalecieron las más autoritarias y jerarquizadas.» [413]

La Iglesia naciente erradicó todo desviacionismo, siempre desde la caridad bien entendida. Más vale prevenir que curar. Quien bien te quiere te hará llorar. Esas comunidades, cada cual de su padre y de su madre, no seguían el camino recto (el de la Iglesia). Mejor, pues, suprimirlas antes de que crecieran, se robustecieran e inocularan la cizaña de la duda en el rebaño cristiano.

No le iba mal a la Iglesia a principios del siglo IV. Aunque en algunas comunidades ya se había alcanzado el techo de las posibles conversiones y el proselitismo (perdón, el apostolado) era más lento que al principio.

De pronto sobrevino la gran persecución de Diocleciano entre 303 y 313, que, por motivos puramente políticos, afectó más a las jerarquías que a las bases. Los historiadores no entienden bien qué motivos pudo tener Diocleciano para, después de dieciséis años de gobierno moderado, desencadenar la cruenta persecución. Bien. Para eso está aquí un servidor, para aclararlo. Al parecer mediaron motivos de índole doméstica. La mujer de Diocleciano, Prisca, y su hija Valeria eran cristianas o catecúmenas y llevaban lustros dándole al hombre la barrila con que se bautizara: «Anda, Vale, ¿a ti qué más te da? Hazlo por nosotras. Anda, Vale, dame ese gusto (ya que de otros me tienes más bien escasita), etc.» Razones como ésta un día sí y otro también. Colmada la paciencia, Diocleciano se lió la manta a la cabeza, dio un puñetazo sobre la mesa (que era de mármol veteado: se hizo daño) y sentenció:

—¡Me cago en la leche, a estos los arreglo yo que se van a acordar de mí! [414]

Hasta aquí las suposiciones razonables, pero es que aparte de su problema doméstico, el emperador pudo tener otras razones más relacionadas con la alta magistratura que desempeñaba.

Los crecientes síntomas de disgregación del Imperio aconsejaban la promoción de algún elemento que cohesionara a la ciudadanía. El Estado venía promocionando desde hacía siglos una religión cesárea, pero, como siempre, los cristianos se resistían a aceptar la convivencia con dioses que no fueran el suyo y, al propio tiempo, estaban en continua expansión. Diocleciano decidió cortarles las alas y obligarlos a integrarse en la religión estatal. Para ello promulgó cuatro edictos anticristianos entre febrero del año 303 y marzo del 304.[415] Esta persecución, aunque más virulenta que las anteriores, también fracasó: el cristianismo era mucho cristianismo, ¡había llegado para quedarse! [416]

Diocleciano, al final de su vida, en su lecho de muerte, quizá vislumbró la verdad: «Tenía que haber cortado el árbol y dejar que creciera la rama espúrea —pensó segundos antes de expirar y comparecer ante el severo tribunal de Dios—. Con estos fanáticos no vale el palo ni la persuasión: o te rindes a ellos o estás bien jodido!» [417]

Si no puedes con tu enemigo, únete a él. Esa era la gran inspiración. A Diocleciano le llegó demasiado tarde, pero a Constantino le llegó a tiempo, como en seguida veremos.

CAPÍTULO 27

Constantino

En 312 dos aspirantes al cetro del Imperio romano marcharon sobre Roma al frente de sus respectivas tropas: Majencio, hijo del tetrarca de Oriente; y Constantino, hijo del tetrarca de Occidente. El enfrentamiento se produjo a las afueras de Roma, en la llanura que cruza el Tiber, cerca de Puente Milvio.

Según la piadosa leyenda, la víspera de la batalla Constantino soñó que veía una cruz en el cielo orlada por la leyenda: «Con esto vences.» [418] Constantino la dibujó en sus estandartes, se enfrentó a su rival y, en efecto, venció. [419]

Los hipercríticos señalan que el crismón o cruz que vio Constantino fue probablemente un efecto de reflexión de la luz sobre cristales de hielo, con lo cual reducen el milagro a una mera ilusión óptica, pero yo me pregunto: ¿permitió Dios o no permitió que la reflexión de la luz sobre cristales de hielo formados en la estratosfera (que es también creación divina, como la luz), formaran esa ilusión óptica en los ojos de Constantino? Es evidente que sí, luego ahí está el milagro. Dios, que tiene a su disposición cuantos efectos especiales quiere (ahí tenemos los tornados, los terremotos, los maremotos, los vientos huracanados que descuajan árboles centenarios y las tormentas con aparato eléctrico...) no se rebaja a hacer un milagro allá donde la situación se puede arreglar con un mera ilusión óptica. La munición gruesa la guarda Dios para cuando la ocasión lo aconseja, como cuando paralizó el sistema solar para que Josué terminara de exterminar a sus enemigos, o cuando hizo bailar el sol en Fátima (1917) o en El Escorial (1984), ante Pitita Ridruejo y una muchedumbre de extasiados católicos, un rebaño de unas veinte mil cabezas, como no se veía semejante desde los mejores tiempos de la Mesta. ¡Será por milagros!

Volvamos a la batalla de Puente Milvio. Los historiadores dedican congresos y simposios al estudio y discusión de este episodio decisivo de la

historia de la Iglesia. Tras agotadoras sesiones de trabajo trufadas de sesudas ponencias, cuando, después de la cena, se relajan los catedráticos en el bar del hotel con dos cubatas en el estómago y la mano tonta en el muslo permisivo de una doctoranda, todavía discuten si Constantino hubiera ganado la batalla de no contar con el auxilio divino. Cuestión baladí que no nos conduce a ninguna parte. Dios, que es omnisciente, sabía que Constantino ganaba y se le apareció en sueños o en efectos ópticos. En caso contrario se le habría aparecido a Majencio. Tanto da.

Lo que buscaba Dios era la definitiva ubicación de su Iglesia (la verdadera), en la caduca estructura del Imperio como el cangrejo ermitaño se mete en la caracola, adapta su cuerpo todavía blando a ella y la convierte en su morada.

Ahondemos el símil: Dios, en su infinita sabiduría, obró como, en la naturaleza por Él creada, obra la avispa cubana, el *Cerceris,* que deposita sus huevos en el cuerpo del escarabajo agrilo (¿recuerdan?) para que cuando nazcan las larvas se alimenten de él hasta alcanzar la edad adulta. De este modo, la «Iglesia larva» salvífica de la nueva esperanza de la humanidad se nutrió del cuerpo caduco del paganismo y del Imperio romano y dejó de él lo que ahora vemos en los museos, algunas esculturas, [420] algunos utensilios, cuatro mármoles fracturados: pálidas cáscaras inertes donde un día hubo vida y alegría, hoy sólo habitadas por el polvo, la decadencia y el olvido.

Después de Puente Milvio, el Imperio se repartió entre Constantino y su cuñado Licinio. Los dos coemperadores se reunieron al año siguiente en Milán (febrero de 313), y promulgaron conjuntamente el famoso Edicto de Milán por el que se garantizaba libertad de conciencia y de culto a los ciudadanos y se restituía a los cristianos los bienes confiscados por emperadores anteriores.

¿Quién era este Constantino, el benéfico varón al que debemos la extensión del cristianismo?

Dios, que, para que resplandeciera más su omnipotencia, no quería incurrir en favoritismos de ninguna clase, permitió (o provocó) que la esposa de Constantino, Fausta, le saliera ninfómana y que acusara a su hijastro Crispo (hijo del anterior matrimonio de Constantino) de solicitarla en amores.

¡Aquí tenemos los ingredientes de un drama rural, de una tragedia griega, de un descalabro familiar shakespeariano!

Constantino, fogoso como era, no se lo pensó dos veces. Convocó al verdugo e hizo decapitar al presunto culpable. Luego, la madre de Constantino, santa Elena (que todavía no era santa), acusó a su vez a la nuera de adulterio. Constantino, fiel a su norma, tampoco se lo pensó dos veces en esta ocasión: hizo ahogar a la infortunada Fausta en el baño.

Uxoricidio, sí, ¿a qué negarlo? Pero uxoricidio perfectamente disculpable por la acumulación de eximentes: enajenación mental, arrebato, impremeditación, diurnidad, inmunidad por razón del cargo, (emperador nada menos)...

«Digámoslo sin tapujos —asevera el teólogo católico Torrents—: en la biografía de Constantino hay una parte muy oscura. Parece que era un hombre agresivo y despiadado. En la Galia arrojó a las fieras a los cabecillas enemigos [...], eliminó a su cuñado Licinio [...], ordenó asesinar a su hijastro Crispo y a su mujer Fausta [...]. Dejó Roma y se instaló en Bizancio, pequeña ciudad del Bósforo, porque el lugar le gustaba y la transformó, al precio de sudor, sangre y gastos incalculables, para obras colosales en Constantinopla («ciudad de Constantino»), la nueva capital del Imperio.» [421]

¿Qué nos indica Torrents con este recuento de los pecados de Constantino? ¿Que tenía mal carácter, que era propenso a la ira, que era un asesino, un uxoricida, un parricida, un cuñadicida, un megalómano que abrumaba de impuestos a sus desdichados súbditos para construirse una ciudad de ensueño que llevara su nombre? Eso sólo demuestra que era un gran pecador, pero recordemos el mensaje de Jesús ante la furcia desorejada: «Te quedan perdonados tus muchos pecados, porque has mostrado mucho amor» (Lc. 7,47). [422]

De este modo se realiza aquella promesa divina: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la misericordia, el don ha sido mucho más grande que el delito» (Rm. 5,1-21).

Constantino pecó, de acuerdo, pecó gravemente, más de acuerdo todavía, pero ¿acaso no pecó también el rey David el elegido por Dios, que no sólo cometió adulterio con Betsabé, esposa de Urías, uno de sus generales, sino que además asesinó al esposo engañado? ¿No lo perdonó Dios cuando se arrepintió, compungido?

Desde luego.

Ésa es la ventaja del catolicismo: pecas, te confiesas, el cura te perdona en nombre de Cristo, cumples la liviana penitencia y quedas limpio de pecado. El alma es lo que tiene, es como un coño, que después de cada función se lava y se estrena. [423]

Y ahora preguntémonos...

¿Compensó Constantino con buenas obras la enormidad de sus faltas?

La respuesta es un rotundo sí.

Constantino, aun siendo pagano y devoto de Mitra *(pontífex maximus,* nada menos), credo al que se mantuvo fiel hasta el fin de sus días (de hecho eludió bautizarse hasta las mismas vísperas de su muerte), convocó, sin embargo, el Concilio de Nicea y lo presidió en su calidad de emperador.

¿Por qué protegía el cristianismo si él era pagano?

Los historiadores apuntan dos razones principales: primero por motivos políticos, por unificar los cultos del Imperio, y segundo por no aguantar a su madre, Elena, que era cristiana y le resultaba de una pesadez abrumadora cuando le largaba aquellos sermonazos para atraerlo a su fe.

Quizá había decidido escarmentar en cabeza ajena, aleccionado por el caso del infortunado Diocleciano.

Constantino era un político pragmático. Como su antecesor Diocleciano, deseaba que los súbditos del Imperio, una miscelánea de pueblos y culturas con tendencia a disgregarse, tuvieran algo en común que los mantuviera unidos. ¿Qué elemento cohesionador le saldría más barato? Lo esencial, una sola religión. Puesto que la cristiana era la mejor situada en el ranking de los nuevos cultos apostó por ella y la designó como religión oficial. En aquel momento los cristianos dejaron de ser adeptos para convertirse en fieles. [424] El lema fue: «Un Dios, un emperador, una Iglesia, una fe.»

Pragmatismo puro. En esta decisión del pagano (ya vimos que, en realidad, Constantino adoraba al dios Mitra, asimilado al Sol Invictus de las legiones) tenemos que ver la mano de Dios, naturalmente, y por encima de la conveniencia política. O sea, Dios inspiró al pagano para que nos favoreciera a los cristianos.

Los historiadores escudriñan los fríos documentos, pero son incapaces, con toda su ciencia, de descubrir la mano de Dios dirigiendo los asuntos de

los hombres. Nosotros, por el contrario, debido a nuestra fe, sí vemos la mano de Dios en el modo en que Constantino favoreció a la Iglesia en detrimento de las otras religiones del Imperio, ¡oh, qué hermoso ejemplo para los actuales rectores de la cristiandad intoxicados por el laicismo! Constantino el Grande amparó a la Iglesia como el gran escualo ampara a la marsopa, como el potente buey a la grácil sanguijuela, la eximió de impuestos, asignó salarios a los sacerdotes, los liberó del servicio militar, los sustrajo de la justicia ordinaria y sufragó con generosidad y largueza cesáreas la construcción de templos. [425] La Iglesia española, nos enorgullece señalarlo, es la única entre las de los países católicos a la que el Estado concede privilegios semejantes. [426]

Dios, que no da puntada sin hilo y que escribe derecho con renglones torcidos, había permitido el drama familiar del emperador por un motivo poderoso: reservaba para su madre, santa Elena, el honor de descubrir las reliquias de la Pasión y de la vida de su Hijo (o sea, de Él mismo) y para ello necesitaba que Constantino alejara de sí a la autora de sus días enviándola al confín del Imperio, a Tierra Santa. [427]

San Ambrosio revela que Elena fue en su adolescencia moza de establo (*stabularia*), y que Constantino el Mayor (Constancio Cloro), la desposó antes de proclamarse rey. «¡Buena moza de establo, sin duda, debió de ser en su juventud quien después tan diligente se mostró en buscar y localizar el pesebre en el que fue reclinado el Señor! ¡Buena moza de establo tuvo que ser quien tanta prisa se dio para conocer el otro establo (el portal de Belén)! ¡Buena moza de establo, ciertamente, demostró ser la que para ganar a Cristo despreció como estiércol todas las demás cosas! Por eso del estiércol la sacó el Señor y la sentó en un trono real».

Resulta convincente san Ambrosio con su vehemente estilo, pero autores más modernos y sistemáticos traducen de manera distinta *stabularia*, la profesión de santa Elena. La palabra deriva de *stabulum* que, además de establo, significa «mesón» y «lupanar». El caso es que en la Antigüedad (e incluso sin remontarse tanto) los tres oficios, moza de mulas, mesonera y puta, se confundían en uno solo.

¿Puta la santa? ¿Puta la madre de Constantino?

Eso parece, y los documentos dejan poco margen de maniobra al hagiógrafo. Ahora que, eso sí, de alto, de altísimo standing, de las

acostumbradas a manejar Visa platino y de ahí para arriba.

Concedamos que santa Elena fue cantinera antes que santa. ¿Y qué? Especular con su turbio pasado, ¿a qué conduce? La misma calumnia levantaron a Aramís Fuster y por poco se suicida. Si santa Elena fue *stabularia* entre las guarniciones romanas acantonadas en los Balcanes donde llevaba por cuenta y a cuenta siete batalloooones (como la María revolucionaria mexicana de la ranchera cantada por Massiel en su época más abstemia) eso poco afecta a nuestra historia. Si Constancio Cloro se encoñó con ella y la tomó por concubina antes de casarse con la emperatriz Teodora; [428] si después la desposó incurriendo en bigamia... eso, ¿qué demuestra? En todo caso mayor es su virtud puesto que supo remontarse «del fango al trono» como apunta san Ambrosio.

Santa Elena fue a Tierra Santa dispuesta a descubrir y rescatar las reliquias de Cristo y las halló todas: desde la cruz hasta el pesebre de la Natividad, desde la columna de la flagelación a la túnica colorada, desde los clavos de Cristo hasta las espinas de la corona, por eso es la patrona de los detectives.

Transcurridos tres siglos desde el fallecimiento de Jesús, la religión de sus seguidores, los cristianos, había crecido tanto que era la predominante en el Imperio romano, al menos en las ciudades y centros de poder.

En ese tiempo, los sacerdotes cristianos habían allanado el camino con inteligencia y perseverancia, adaptando dogma y creencias a la mentalidad helenística de sus catequistas, especialmente lo de Dios encarnado en un Hombre, un mito que, como vimos en su momento, compartían diversas religiones mistéricas.

El Concilio de Nicea (325)

Deseoso de imponer un pensamiento único y de acabar con el desmadre de creencias, teologías y ritos existente entre las distintas iglesias cristianas, Constantino convocó un magno concilio en Nicea, antigua ciudad de Bitinia, en Asia Menor, actual Iznic, en la Anatolia turca. [429]

Constantino invitó a su concilio a los obispos más pastueños (al de Roma lo excluyó) y lo presidió a través de un obispo títere, un mandado que

hacía lo que se le ordenaba. Los obispos, quedaron encantados porque Constantino los colmó de regalos (los sobornó dicen los historiadores hipercríticos) y les consolidó salarios similares a los de los altos magistrados del Imperio, con sus pluses, sus trienios y todos sus avíos.

En ese clima de concordia y colaboración, el emperador convirtió en leyes estatales las resoluciones del concilio (que él mismo refrendaba o rechazaba tras la discusión).

Bajo la supervisión de Constantino se redactó el Credo, la profesión básica de la fe cristiana, el reglamento que en adelante observarían unánimemente los cristianos del Imperio.

¡El credo de Nicea, esa hermosa profesión de fe que nos identifica como cristianos!

¡El credo, oración utilísima que nuestras abuelas recitaban tres veces seguidas mientras el huevo hervía en el agua, para darle su punto exacto de cocción (sólo un credo seguido de una salve si se quería pasado por agua)!

El credo explicaba la esencia de la Trinidad formada por Dios Padre, por su Hijo Jesús encarnado, consustancial con el Padre, y por el Espíritu Santo.

El credo se convirtió en la columna de la fe cristiana, como aquellas leyes inmutables y eternas que los romanos grababan en bronce.

El credo que todos los súbditos del Imperio habrían de profesar, ¡que es el mismo que seguimos acatando, y recitando, los católicos!

Al credo debemos este cristianismo institucional que hoy disfrutamos con la consideración de Jesús como Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad y Redentor de la humanidad.

¡Casi nada, Nicea! De allí salieron la mayoría de los dogmas cristianos. Después de Nicea, el Jesús histórico se transformó en el Jesucristo divino provisto de dos naturalezas, una divina y otra humana. De predicador y modelo de vida religiosa (el probable zelote estaba ya olvidado) Jesús se transformó en fundador de una religión, en Dios mismo que recibía culto.

Hubo más en Nicea. Los ágapes informales de los primeros cristianos se transformaron en la santa misa obligatoria y el reparto de pan se instituyó en eucaristía. Aquel pan que los cristianos pudientes aportaban a las cenas comunales y repartían entre sus correligionarios pobres, que se lo llevaban a sus casas, se consagró como alimento sagrado, carne y sangre del crucificado

en una teofagia ritual calcada de las religiones mistéricas, como todo lo demás, sí, pero con todo el carisma cristiano que los obispos niceos supieron otorgarle.

¡Nada fue igual después de Nicea! Aquí resplandece la mano de Dios: Constantino es un pájaro de cuenta, un pagano, un descreído, un manipulador, un parricida, un uxoricida y un maltratador de género, pero Dios, que escribe derecho con renglones torcidos, lo escoge entre todos los hombres, lo dirige para que ejecute su voluntad. Y él, aficionado como era a ejecutar, la ejecuta punto por punto y pone las bases del catolicismo institucional que hoy gozamos.

Dios ha diseñado la religión que es grata a sus ojos, la cristiana, la católica, la verdadera, e inspira a Constantino para que la componga exactamente como Él quiere a partir del desguace de los cultos mistéricos más aceptados en el imperio con el toque exótico del judaísmo basal.

Le salió redonda la jugada, por algo es Dios. Él no tiene necesidad de marcar las cartas: Él conoce las cartas. Nada se escapa a su percepción.

Por designio del Todopoderoso, la Iglesia se apoderó del Imperio romano, y adoptó la burocracia de los césares y su sistema recaudatorio. Pronto dividió el mundo conocido en provincias, legaciones, magistraturas, jerarquías... En una estructura piramidal tuvimos Papa, cardenales, obispos, sacerdotes, parroquias y feligreses. Las diócesis coincidirían con las provincias del Imperio. Al frente de cada una habría un sínodo metropolitano y provincial. Los obispos controlarían la bolsa del dinero y nombrarían a los sacerdotes.

Había un credo unificador. El que no lo observara estrictamente se declaraba hereje, delito no sólo doctrinal sino civil. La ley descargaría su peso sobre los disidentes. [430]

Así fue como, cuando todavía no se habían apagado los ecos de la última persecución anticristiana, la Iglesia se convirtió, a su vez, en perseguidora. Un caso claro de estricta aplicación de la fórmula Montalembert: «Cuando soy débil os reclamo la libertad en nombre de vuestros principios; cuando soy fuerte os la niego en nombre de los míos.» [431] Nada más natural: el paganismo admitía la convivencia de muchos dioses, pero el monoteísmo la negaba. La Iglesia solamente se atuvo a sus principios. ¿Acabó con las libertades? Por supuesto, pero fue en bien de la

humanidad, para que la humanidad no cayera en el error de venerar falsos dioses.

Ardieron muchos templos y santuarios paganos. Otros se reconvirtieron en cristianos, lo que, sumado a las donaciones, acrecentó considerablemente el patrimonio de la Iglesia. El gigantesco negocio del santuario de Afrodita en Éfeso, lugar de peregrinación de toda la paganía, se trocó en casa de la Virgen María para que no se interrumpiera el flujo de divisas y gracias santificantes.

El clero cristiano, por su parte, mostró una generosidad sin límites hacia las religiones que sustituía: adoptó sus dogmas y ritos (bautismo, eucaristía, vida del Redentor, Resurrección, etc.); y transformó dioses, nereidas, genios del lugar y demás fauna maravillosa pagana en santos cristianos. Hasta la más humilde piedra adorada por indígenas supersticiosos recibió un hisopazo de agua bendita que automáticamente la incorporaba al nuevo culto.

El poder y la Iglesia a partir un piñón; el Papa y el Emperador íntimamente unidos, como uña y carne, en la tarea de pastorear (y ordeñar, y esquilar) a los súbditos/creyentes y ayudarlos a discurrir por este valle de lágrimas con la mirada y la esperanza fijas en la recompensa de la otra vida.

Hasta tal punto se compenetraron Roma y la Iglesia que cuando el Imperio romano entró en barrena y se encaminó a su disolución, los obispos ocuparon el vacío de poder resultante y se aplicaron diligentísimamente a la tarea de convertir al catolicismo a los reyes y caudillos bárbaros que ocupaban los despojos de Roma. De este modo se prolongó el contubernio Iglesia/Estado, lo que, con la ayuda de Dios y no poco celo inteligente de los ministros del altar, se ha conseguido hasta nuestros días.

Aliada con el poder, la Iglesia se desvivió por atraer al abrevadero de la Verdad a los bárbaros, a los gentiles, a los paganos y a las demás ovejas descarriadas. El diablo había probado a Jesús con tres tentaciones: la riqueza, el éxito y el poder (Mc. 1, 12-13). También tentó a la Iglesia, pero la Iglesia, poseedora de la Verdad, le sostuvo el pulso y lo derrotó en su propio terreno: le demostró que podía acumular riquezas, éxito y poder sin dejar por ello de ser Iglesia; que podía ceder a las tentaciones de la carne sin que ello quebrantara el poder de la Iglesia. [432] El resto de su historia, y va ya para dos milenios, ha sido un continuo acaparar riquezas y poder para darle en la cresta al demonio con su propia medicina.

Algunos hipercríticos insinúan que la Iglesia cayó en esa tentación y ahora es predio del demonio. ¡Qué equivocados estáis! ¿Existe mayor demostración del carácter divino de la institución que el hecho de que haya llegado hasta nuestros pecadores días más rica y más poderosa que nunca, venciendo sus propias contradicciones y sus propias miserias?

Después de Constantino, con su impulso, el cristianismo creció como la espuma. Con ánimo caritativo y conciliador los obispos copiaron las fiestas mitraicas y los ritos y costumbres paganas para aprovechar la inercia de los otros cultos y favorecer la asimilación de los conversos.

Un plagio descarado, piensan algunos.

¿Y por qué no una muestra de humildad y mansedumbre, de aceptación de creencias ajenas, de tolerancia cristiana? Estos ritos que os son familiares desde la infancia yo los incorporo al cristianismo para que os sintáis cómodos en él, para que no añoréis doctrinas desfasadas.

¿Frío cálculo? No: caridad cristiana.

Los sucesores de Constantino ya oficialmente cristianos siguieron siendo sumos sacerdotes de la religión pagana hasta el año 382, cuando el emperador Graciano rechazó ese puesto aconsejado por el patriarca Ambrosio. Esto no fue obstáculo para que la Iglesia cristiana, ya institucionalmente ligada a los emperadores, creciera en influencia y poder.

La convivencia del cristianismo con otros cultos paganos o mistéricos no era fácil. ¿Cómo podrían los obispos y los sacerdotes aceptar en conciencia la existencia de falsas religiones cuando en su mano estaba el poder de suprimirlas? Es natural que practicasen la santa intransigencia (la expresión favorita de san Josemaría Escrivá) en su afán de atraer a los descarriados que las profesaban a la verdadera doctrina, al mensaje salvífico de Cristo.

Como testimonia el teólogo católico Torrents: «Los cristianos pasan de perseguidos a perseguidores. En el siglo IV, bandas de monjes fanáticos causarán estragos en todo el Imperio hasta el punto de que en el año 383, Símaco, angustiado senador romano pagano, suplicaba la tolerancia religiosa. En pleno reinado de Teodosio (379-395), que declaró el cristianismo como la única religión que podía practicar una persona, tenemos testimonios de demolición de altares y templos no cristianos y de amenazas a sacerdotes paganos. [...] El 16 de junio de 391, Teodosio publicó un edicto en el que se

ordenaba la clausura de todos los templos paganos. Diez años antes ya había declarado el gnosticismo crimen de lesa majestad contra el Estado.» [433]

El emperador Juliano el Apóstata (360-363), un hombre envenenado por la filosofía platónica e iniciado en los misterios de Mitra y de Dionisio, proclamó la tolerancia para todas las religiones y hasta se propuso, en su ceguera, reconstruir el templo de Jerusalén, tan añorado por los judíos. Dios lo arrancó de este mundo, como el sembrador del Evangelio arranca la hierba mala, antes de que cumpliera su designio, con alivio de los cristianos de Jerusalén, decididos partidarios de la santa intransigencia.

En vista de que Roma se les convertía y los colmaba de privilegios, los obispos dejaron de llamarla «la gran ramera» y expurgaron los textos evangélicos de expresiones desfavorables a Roma al tiempo que reescribían algunos pasajes e introducían ciertas interpolaciones para suavizar las tradiciones antirromanas. Iluminados por la prudencia, desde entonces culparon de la muerte de Jesús exclusivamente a los judíos. [434] En esta revisión llegaron a extremos tales como declarar que Pilato era secretamente cristiano (así lo afirma Tertuliano) y ¡elevarlo a los altares! [435]

El clero de la Iglesia primitiva, en su labor evangelizadora, se topó con una dificultad: incluso cuando convertían a los paganos a la verdadera y única religión, ciertos ritos y costumbres estaban tan arraigados que continuaban observándolos a pesar de declararse cristianos.

¿Qué hacer en esa coyuntura?

Lo más inteligente: apropiárselos. ¿Que los paganos adoran una piedra esférica dentro de una cueva, o un menhir clavado en medio de un prado? Le superponemos el símbolo cristiano, decimos que la Virgen se posó en la piedra, y en un par de generaciones lograremos que esos zoquetes adoren el símbolo y se convenzan de que la piedra es solamente su peana.

De este modo convirtieron santuarios paganos en templos o ermitas cristianos, y dioses locales se reconvirtieron en santos o vírgenes, ángeles o demonios, según conveniencia.

Es natural: todas esas falsedades y patrañas con las que había venido a acabar tenían algo de aprovechable, ¿por qué no aprovecharlo?

La Iglesia primitiva barría el mapa del Imperio con voluntad exclusivista. De este modo arrancó a los paganos de la idolatría y los salvó

para Cristo. Ofreciéndoles la oportunidad de contribuir con sus estipendios al mantenimiento de la Iglesia, los hizo partícipes en el negocio salvífico.

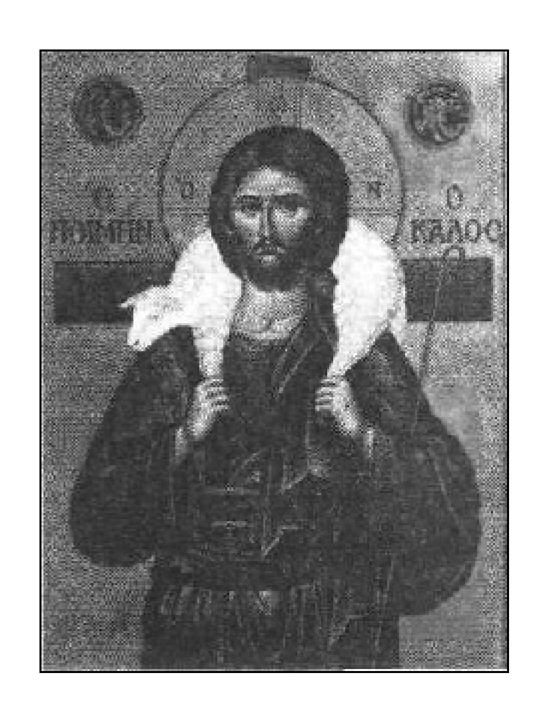
Las herejías

Los primeros cristianos tuvieron que improvisar la nueva religión sobre la base de una serie de creencias absurdas y con frecuencia contradictorias. No resultó nada fácil conciliar esas creencias y enhebrarlas en una doctrina sólo en apariencia incoherente que aseguraba la existencia de un Dios único que en realidad son tres personas, la Trinidad, de las que el Hijo es en realidad el Padre y viceversa, que ese Hijo se encarna como un Hombre normal y corriente, que nace de una Virgen fecundada por Dios Padre, o sea Él mismo, con dos naturalezas, divina y humana, para que los romanos lo sacrifiquen y de ese modo la humanidad quede liberada de un pecado original contraído por la primera pareja humana.

Esta aparente empanada mental la tenemos relativamente clara los actuales católicos gracias al Concilio de Nicea que fijó la doctrina oficial y acabó con las especulaciones particulares, a lo que se ha unido el magisterio de la Iglesia, que cuando desembocaba en un problema enrevesado e insoluble lo declaraba misterio y dogma. El pastor siempre velando por el bienestar no sólo físico sino incluso psicológico de sus ovejas.

Ahora es fácil ser cristiano, pero en los tres siglos de cristianismo anterior a Nicea este conjunto de creencias produjo una serie de especulaciones que la Iglesia oficial, la romana, persiguió con pastoral encono sin conseguir erradicarlas del todo. [436] Casi todas son anteriores a Nicea, pero algunas son posteriores, lo que muestra que las ovejas del rebaño cristiano, cuando piensan, tienen una enfadosa tendencia a dispersarse. Por eso dijo el filósofo: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar.» [437] Y no le faltaba razón. A la vista está que ahora los buenos cristianos no nos planteamos duda alguna sobre la alfalfa doctrinal con la que nos alimentan nuestros pastores y vivimos tan felices y conformes, la mar de bien.

En los apéndices enumeraremos las principales herejías que el Maligno ha inspirado a lo largo de la historia.


Ο
ΠΟΙΜΗΝ
Ο
ΚΑΛΟΣ

CAPÍTULO 28

¡El cristianismo llega a España!

No sabemos con seguridad cuándo llegó el cristianismo a España ni quién lo trajo. En este asunto, como en casi todo, las opiniones están divididas. Por una parte tenemos la versión de la Iglesia, refrendada por la tradición, y por otra la de historiadores hipercríticos que todo lo ponen en duda simplemente porque no existen documentos que lo prueben o porque los documentos que hay son falsos.

¿Qué pasa, que un documento falso no puede ser verdadero a poco que Dios se lo proponga? ¿No puede Dios rellenar una laguna exegética, resultado de un despiste sin importancia, simplemente inspirando al falsificador del siglo X, pongo por caso, un documento que, de haberse escrito en el siglo III, sería verdadero? ¿Tiene que ser forzosamente falso porque finja redactarse en el siglo IV y se haya escrito quinientos o mil años después?

En esas cominerías se marean los hipercríticos, todos ellos historiadores que antes perdieron la fe y, como suele decirse, la soga fue tras el caldero. La historia nos enseña que el cristianismo llegó a España desde África, traído por mercaderes y traficantes que pasaban de un lado a otro (algo normal en el Imperio romano) y con los soldados de la Legión VII Gemina que se establecieron en León. En aquel tiempo debió de producirse cierto trasiego de cristianos por la vía de la Plata, entre Galicia y el valle del Guadalquivir.

Lo cierto es que en el siglo II había ya cristianos en la Bética, seguramente todavía pertenecientes a las comunidades judías.

La mayor ambición de san Pablo era extender el cristianismo a todo el Imperio romano. En este sentido manifestó dos veces su deseo de misionar la lejana Hispania, pero es improbable que lo hiciera personalmente. [438] La tradición sugiere, sin embargo, que el evangelizador de España fue el apóstol Santiago (patrón de España, ¡Santiago y cierra España!). [439]

¿Quién era Santiago? En realidad se llamaba Jacob (nombre hebreo que en cristiano equivale a Jacobo o a Santiago). Era hijo de Zebedeo y Salomé y hermano mayor del también apóstol Juan (el presunto evangelista). Jesús llamaba a los dos hermanos *boanergues* («hijos del trueno»). Santiago era pescador cuando se enroló en la troupe de Jesús. Fue uno de los que presenció la Transfiguración en el monte Tabor (Lc. 9).

La tradición, inventada siglos después, asegura que Santiago desembarcó en Galicia; según otros autores en Tarragona. [440] Es evidente que hizo a la inversa su camino (el camino de Santiago) y que descendió por el Ebro con parada en Zaragoza para que se le apareciera la Virgen antes de recalar en la imperial Tarragona.

Diversos apócrifos neotestamentarios (entre ellos *El libro de la Dormición de María)*, aseguran que cuando Jesús se apareció a la Virgen para anunciarle que le había llegado la hora, de la muerte, ella le expresó su deseo de despedirse de los apóstoles y que Jesucristo, como no sabía negarle nada, que por algo era su Madre, le concedió que pudiera hacerlo antes de subir al Cielo (la Abducción o Asunción). Ya en su vejez, la Virgen vio mundo y viajó lo que no había viajado en su vida (por eso es patrona especial del Imserso) ya que los apóstoles, debido a sus predicaciones, se hallaban dispersos por todo el Mediterráneo. A Santiago se le apareció en Caesaraugusta (Zaragoza) encima del fuste de una columna o pilar (origen de la Virgen del Pilar). [441]

Objetan los hipercríticos que lo de Santiago en España son leyendas sin base histórica porque Santiago nunca pudo venir a España, dado que Heredes Antipas lo ejecutó en Jerusalén en el año 44. Si tuvieran sólo un poquito de fe reconocerían que a menudo los designios de Dios alteran la percepción temporal de los hombres y que, desde esa razonable perspectiva, es lícito pensar que Dios comprimiera el tiempo de Santiago de manera que pudiera realizar ese apostolado entre las gentes de Iberia antes de su martirio y muerte. La Iglesia acepta la piadosa tradición como verdad revelada, el Papa Juan Pablo II (infalible, inspirado por el Espíritu Santo) adoró la tumba de Santiago en Compostela. ¿Necesitamos más pruebas de que el apóstol Santiago evangelizó España, nuestra patria?

Según la leyenda, los discípulos de Santiago respetaron su deseo de ser enterrado en España, de la que tan buenos recuerdos guardaba, y llevaron su cadáver por el mismo itinerario seguido en vida hasta las costas de Galicia

¡en una embarcación de piedra que desafiaba por igual la ley de la gravedad y las tempestades! [442] Contra todo pronóstico, la barca de piedra cruzó el Mediterráneo, pasó el estrecho de Gibraltar, bordeó las costas del moderno Portugal y fue a encallar en su destino, Iria Flavia, municipio de Padrón. [443]

Alrededor del año 813, reinando Alfonso II el Casto, un ermitaño llamado Pelagio observó unas luces misteriosas en el monte Libredón y se lo comunicó al obispo Teodomiro, de Iria Flavia.

El obispo cavó en el lugar de las luces (no personalmente, claro, sino por medio de peones) y apareció una tumba con un cadáver decapitado que sostenía la cabeza debajo del brazo. ¿Quién podía ser? Sumemos una luz milagrosa a un esqueleto con la cabeza entre el cúbito y el coxis. ¡Santiago apóstol, naturalmente! Volaron cartas al Papa (León III) y la noticia se divulgó *urbi et orbi.* [444]

Alfonso II el Casto, un hombre pío y temeroso de Dios, como su propio nombre indica (a su esposa, presuntamente molesta por la escasa actividad marital, la silencian los textos), construyó una iglesia para guardar la supuesta tumba de Santiago. [445]

El camino de peregrinación a la tumba del apóstol, el tercer objetivo de los peregrinos medievales, después de Roma y Jerusalén, ayudó a cristianizar ciertos ritos ancestrales relacionados con la peregrinación a la morada de los muertos en el fin del mundo *(finis terrae).* [446]

En el siglo X, numerosos cristianos procedentes de toda Europa peregrinaron a Santiago para postrarse ante su tumba. Al propio tiempo menudeaban las donaciones a la Iglesia compostelana con las que tanto reyes como devotos anónimos buscaban asegurarse un puesto en el Cielo. Con el producto de ese patrimonio, el obispo Gelmírez construyó una magnífica catedral (terminada en 1126) y trasladó la sede, ya arzobispal, de Iria Flavia a Compostela. [447]

Por las mismas fechas, la tradición sostiene que llegaron a España siete misioneros enviados por san Pedro, los siete varones apostólicos (Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio). [448] Parece ser, pero la verdad sólo Dios la sabe, que no entraron con buen pie: habiéndose detenido para descansar cerca de Acci (moderna Guadix), mandaron a sus discípulos a comprar víveres y los accitanos los recibieron a pedradas. En la

persecución cruzaron un antiguo puente que se desplomó bajó el peso de la turba perseguidora (¿milagro del Cielo o fallos de planificación y estructura imputables a la ministra de Fomento?). Muchos paganos perecieron ahogados.

Después de aquel signo del Cielo, los indígenas se amansaron considerablemente y a los siete varones no les resultó difícil proseguir su apostolado. Quizá sea mucho suponer que lo primero que hicieron al llegar al pueblo, ya pacificado, fue dirigirse al prostíbulo, pero desde luego el nombre de la primera conversa, Luparia, parece aludir a que la profesa ejercía el antiguo oficio. No debe extrañarnos dado que el propio Jesús estableció que las prostitutas nos precederán en el reino de Dios (Mt. 21, 28-32). [449]

La versión oficial es que Luparia era una noble accitana que se interesó por los forasteros, se abrió a ellos (a la doctrina que predicaban) y solicitó el bautismo. Una vez más el esquema de penetración habitual: una mujer influyente abraza el cristianismo y tras ella las autoridades que, a su vez, arrastran al pueblo. Siguiendo el ejemplo de Luparia, los accitanos se convirtieron masivamente y los siete varones apostólicos, en vista del éxito obtenido, se asentaron en la región y desde ella continuaron las predicaciones que tan sazonados frutos producían para el granero de la Iglesia.

Torcuato, que estaba delicado de remos, permaneció en Acci. Sus seis compañeros se repartieron por la actual Andalucía oriental: Segundo se estableció en Abula; Indalecio sentó sus reales en Urci; Tesifonte, en Vergi; Eufrasio, en Iliturgi; Cecilio, en Ilíberis, y Hesiquio, en Carcesi o Carcere. [450] Algunos creen que san Esicio y san Tesifonte llevaron el Evangelio hasta Astorga. Pudiera ser, allí hay muy buenas mantecadas.

Bien mirado, tres varones predican en la provincia de Almería; dos en la de Granada y dos en la de Jaén: todos en Andalucía oriental con especial significación de Almería. Es evidente que el cristianismo nos llegó desde el Magreb (entonces tan romanizado o más que España) por Almería, la vía de penetración tradicional de las migraciones africanas.

¡Los siete varones apostólicos! ¡Bien podríamos llamarlos los siete magníficos por el modo sorprendente en que multiplicaron el rebaño hispano con aquella cosecha de conversiones y gracias eficacísimas!

Prisciliano

Un capítulo menos feliz de la implantación del cristianismo en España, la tierra de María Santísima, la predilecta del Sagrado Corazón de Jesús, es el que podríamos denominar *caso Prisciliano*.

Prisciliano nació hacia el año 350 en el seno de una buena familia gallega que lo envió a estudiar a Burdigala (Burdeos) en el internado del afamado retórico Delphidius con cuya hija Prócula se casó (otras fuentes aseveran que su mujer se llamaba Gala, tanto da). En aquel centro de saber, el joven Prisciliano adquirió una vasta cultura, que abarcaba incluso astrología y magia.

El brillante joven parecía llamado a vestir la púrpura. No le hubiera sido difícil llegar a obispo o más arriba, pero se prendó del cristianismo primitivo (con tintes judaicos, maniqueos, gnósticos y orientales) y fundó una especie de comuna ascética y rigorista que rendía culto a la naturaleza, lo que incluía reuniones nocturnas en bosques, cuevas o *villae* alejadas de las ciudades. Los aspectos más polémicos de la secta eran el nombramiento de maestros o doctores laicos, la presencia de mujeres en las reuniones de lectura de los textos evangélicos (incluyendo Apócrifos), la consagración de la eucaristía, ¡con leche y uvas, o sea un batido!, la presencia de clérigos pelanas («con melena»), y la inclusión del baile en la liturgia.

Si la liturgia y las costumbres de Prisciliano y sus cofrades daban que hablar, las creencias no les iban a la zaga: el alma brota de un depósito celestial o almario y desciende a la Tierra donde el Maligno la corrompe (emanatismo). Este origen divino del alma, junto con la concepción sabeliana del dogma de la Trinidad, chocaron con la doctrina de la Iglesia.

No se han conservado textos priscilianistas, si es que los hubo. Lo que sabemos del movimiento se deduce de los cánones de los concilios que arremeten contra esta herejía y censuran a las «mujeres que asisten a lecturas de la Biblia en casas de hombres con quienes no tienen parentesco; el ayuno dominical y la ausencia de las iglesias durante la cuaresma; la recepción de las especies eucarísticas en la iglesia sin consumirlas de inmediato; el apartamiento en celdas y retiros en las montañas; y hasta que andan descalzos (*nudis pedibus incedere*). [451]

Para terminar de concitar la antipatía de la Iglesia, Prisciliano condenaba

la esclavitud y censuraba a los obispos que vivían en la opulencia (prácticamente todos: ¡había que vestir el cargo para codearse con las damas de la aristocracia!). Con esas credenciales, ni un milagro podría salvarlo de la santa ira de la curia eclesial. Lo acusaron de excesos sexuales, de celebrar orgías, de permitir que los clérigos llevaran el pelo largo, de practicar una liturgia demoníaca...

En su enfrentamiento con la Iglesia, Prisciliano no estuvo falto de recursos. De hecho capeó el temporal hasta que en 383 el nuevo emperador, Magno Clemente Máximo, condenó el priscilianismo. [452]

Máximo no tuvo inconveniente en procesar el priscilianismo por practicar la brujería *(maleficium)*. La condena entrañaba la requisa de las propiedades personales de los acusados (muchos obispos priscilianistas pertenecían a pudientes familias hispanas).

A Prisciliano lo detuvieron en Tréveris el año 389. Guardia civil caminera lo llevó codo con codo ante un tribunal eclesiástico que lo acusó de brujería, de danzas demoníacas y hasta de usar hierbas abortivas. En el potro de tortura su entereza se quebró y firmó todo lo que le pusieron por delante. Condenado a muerte, lo decapitaron junto con seis de sus discípulos, entre ellos una mujer. Éstas fueron las primeras personas que la Iglesia condenaba a muerte por motivos religiosos tras un proceso que se considera el primer atisbo o ensayo general de la futura Inquisición. El segundo, más sonado aún, ocurrió en Alejandría, el emporio de la cultura helenística, en 392, cuando una turba de cristianos exaltados destruyó su famosa biblioteca mientras Teodosio miraba para otro lado.

Sin biblioteca, Alejandría continuó floreciendo en científicos y filósofos. No por mucho tiempo, ciertamente, en 415 el obispo Cirilo, patriarca de la ciudad, soliviantó en un sermón a un grupo de fanáticos para que lincharan a Hipatia, una mujer tan famosa por su hermosura como por su erudición y vastos saberes, que mantenía una postura crítica hacia el cristianismo. [453] La asesinaron descarnándola con conchas afiladas, la descuartizaron y quemaron sus restos. El historiador Gibbon comenta: «Esta acción manchó el cristianismo de modo indeleble.» Si lo traigo a colación es para demostrar que el cristianismo no está manchado. La Iglesia, que somos todos, goza de buena salud mientras que de la cretina Hipatia no se acuerdan más que cuatro tontos nostálgicos. Tuvo su oportunidad, pudo abrazar el cristianismo y llegar a ser como Teresa de Jesús, de doctora de la Iglesia para arriba, pero escogió

el lado oscuro.

Se preguntará el lector: ¿interrogatorios, torturas, linchamientos, ejecuciones en nombre de Jesús, el que predicaba amor al prójimo, mansedumbre, poner la otra mejilla? Ya sé que es difícil de conjugar lo uno con lo otro. En realidad es, a primera vista, contradictorio, pero ése es, precisamente, el meollo del asunto. Si lo pensamos detenidamente, todo se explica y se justifica. En la óptica divinal, en la que se mueve la Iglesia, una cosa puede parecerse a su opuesta sin dejar de ser distinta de ella. Paradójico, ¿verdad?, pero no por ello menos cierto: quien bien te quiere, te hará llorar. No hay otra. Así como el salutífero jarabe puede resultar amargo, pero lo bebemos porque nos cura; así como la incisión que el cirujano practica con su lanceta duele y escuece, pero es necesaria para restituir la salud al enfermo, así la Iglesia se ha visto obligada a torturar y a matar, siempre a individuos concretos, casi nunca a colectivos, y siempre sin perder de vista que el interés individual debe supeditarse al de la colectividad que constituye el cuerpo místico de Cristo. Sacrificar una oveja, la negra precisamente, para salvar el rebaño. De eso se trata. Más le duele a la Iglesia verse obligada a hacerlo y en sus entrañas se conduele como la madre que lleva al hijo berreante a vacunar y lo inmoviliza en un gesto que objetivamente parece cruel, pero que es, sin embargo, amoroso y previsor, para evitar que el rapaz, que muge y se agita como un venado en celo, pueda acertar con una patada o una manguzada en los cataplines del ATS que le inyecta el fármaco.

Muerto Prisciliano, la Iglesia desencadenó una virulenta persecución de anacoretas, vegetarianos y ascetas sospechosos de priscilianismo, pero la herejía se prolongó durante más de un siglo, reiteradamente condenada por los concilios y siempre viva entre la masa del pueblo. [454] La mala hierba que nunca muere.

Recientemente se ha planteado la hipótesis de una posible formación druídica de Prisciliano. Los druidas eran sacerdotes y hombres sabios de una antigua religión céltica de la que sabemos poco. Si lo añadimos a la ficha de nuestro hereje, nos quedaría un Prisciliano de lo más completo, «druida, romano, cristiano, gnóstico, mago y gallego», identidades todas, si bien se piensa, perfectamente compatibles. [455]

Regresemos ahora a la cristiandad mediterránea. A primera vista da la impresión de que, transcurridos tres siglos de la muerte del Redentor, su mensaje se ha tergiversado por completo. Ello no es así: el mensaje de Jesús

sigue presente en los Evangelios —Palabra de Dios, viva, inmanente, eterna—, pero la Iglesia no puede soslayar que ha adquirido un componente temporal, su universalidad, su multinacionalidad (la primera multinacional, de hecho). Su Reino no es de este mundo, de acuerdo, pero sus intereses sí lo son. La Iglesia tuvo que adecuarse a desempeñar el papel de Judas (a lo de llevar la contabilidad y la tesorería apostólicas me refiero).

¿La Iglesia recaudadora, controladora, fiscalizadora, represora?

Sí, admitámoslo. Pero preguntémonos por qué.

La respuesta es obvia: por amor a la sociedad, no por otra cosa, por pura generosidad, por ese sentimiento paternal que el pastor abriga hacia sus desamparadas ovejas.

El Imperio romano decaía. La jerarquía eclesiástica asumía las labores de un funcionariado estatal que se despreocupaba de sus obligaciones ante el cuerpo moribundo del Imperio. Había que dirigir a la grey cristiana con mano firme aunque ello comportara alejarse, de manera puntual, solamente cuando las circunstancias lo requirieran, del mensaje manso de Jesús, lo de amar al prójimo y a los enemigos, poner la otra mejilla y todo eso.

Constantino había convertido la Iglesia en una institución a sueldo del poder, pero también al servicio del Estado, de donde se sigue que lo político primaba sobre lo religioso y desde luego la doctrina de Cristo pregonada por san Pablo se suspendía temporalmente, por necesidades prácticas (pero sin perderla de vista, y con la intención de regresar a ella en cuanto se ofrecieran las condiciones necesarias).

¿Quién está enterrado en Compostela?

Diez siglos llevábamos los cristianos peregrinando a Compostela, postrándonos ante el sepulcro y abrazando la chepa del apóstol para pedirle favores y contarle nuestras miserias cuando en 1900 se descuelga un erudito francés con la noticia de que el que está enterrado en Compostela es el hereje Prisciliano y no Santiago. [456] O sea, que llevamos siglos postrándonos y orando ante la osamenta de un hereje ejecutado por la Iglesia. Una humorada del destino. Hasta Franco, Aznar y el rey Juan Carlos se han fotografiado abrazados a Santiago.

¿Nos ha tomado Dios el pelo? Imposible: Dios carece de sentido del humor y en esto coinciden el Padre del Antiguo Testamento con el Hijo del Nuevo. No le encuentran la gracia a nada. [457]

El francés afirma que el esqueleto decapitado hallado por Pelagio era el de Prisciliano, sepultado allí por sus discípulos (¿no será que el tal Pelagio era secretamente priscilianista y nos quiso gastar una broma pesada?). [458]

El voto de Santiago

El 23 de mayo del año 844 las huestes cristianas de León y Castilla se enfrentaron con los moros en el que se denominaría Campo de la Matanza, no lejos de Clavijo (en La Rioja). En el momento más apurado de la batalla, cuando las huestes cristianas desmayaban frente a la morisma vociferante y fiera, en el momento culminante en el que la suerte de los reinos cristianos estaba casi perdida, el apóstol Santiago descendió del Cielo, majestuoso, cabalgando su caballo blanco, espada en mano, a bandera desplegada, y arremetiendo contra los moros los segó como la cosechadora siega las mieses, que por donde pasa va dejando la tierra en rastrojos. Fue como la aparición del séptimo de caballería, el trompeta tocando paso de carga y degüello —«pa paraba pa pa pa pa para ba papa»— en el momento en que los indios son tan numerosos y desconsiderados que el destacamento sitiado está a punto de sucumbir.

En agradecimiento por la ayuda del apóstol, el rey Ramiro I prometió solemnemente que, en adelante, y a perpetuidad, ofrecería a la Iglesia de Santiago las primicias de los trigos y las vides de sus dominios y al apóstol Santiago le correspondería una parte del botín tomado a los moros. A esa promesa se llamó el voto de Santiago. [459] Los habitantes de la jurisdicción arzobispal (que abarca de las Rías Bajas a La Rioja, ¡casi nada!) lo satisfacían religiosamente so pena de nefastas consecuencias tanto espirituales como temporales. A ello se sumaban los diezmos y primicias que obligaban a todos los españoles (el consabido ordeño y esquileo de las ovejitas de la Iglesia). [460]

«Una de las mayores estafas de nuestra historia», llaman los historiadores hipercríticos al voto de Santiago.

Desmontemos esa calumnia.

Es cierto, y no hay inconveniente en reconocerlo, que, como todo lo demás relativo a la Iglesia (sus predicaciones, sus promesas y sus dogmas), el voto de Santiago falta a la verdad. Es cierto, en puridad, que la batalla de Clavijo es enteramente imaginaria [461] y, por lo tanto, el apóstol Santiago nunca descendió del Cielo a matar moros por más que nos sea tan familiar esa estampa suya a caballo descabezando sarracenos. [462]

Sí. Todo esto es cierto. Pero no es menos cierto que el famoso voto se derogó y ya no está vigente. Por lo tanto no guarda relación alguna, como esos maliciosos desinformados creen, con los millones de euros con los que la Hacienda pública española sufraga año tras año el sostenimiento del clero y de la Iglesia, tanto si los contribuyentes marcan la casilla correspondiente en la declaración de la renta como si no lo hacen.

¿Que ello vulnera la Constitución? ¡A la mierda la Constitución! (Y ustedes dispensen la manera de expresarme, pero es que tanta cerrazón me saca de quicio.) ¿Acaso no tiene preferencia la Biblia sobre la Constitución? ¿Vamos a supeditar un texto dictado por Dios, ¡nada menos!, al producto de la masturbación mental de media docena de supuestos «padres de la patria» puestos a organizar una democracia convivencial como si no tuviéramos ya a los obispos para pastorearnos?

Natural.

Los hipercríticos señalan que esos sufragios eclesiásticos vulneran la Constitución en la que España se declara un Estado laico y no confesional. De acuerdo, pero la Constitución es una ley de rango menor, casi un reglamento de peña recreativa, si la comparamos con la grandeza de la Ley de Dios. Y la Ley de Dios nos obliga a sostener la verdadera religión, la católica manteniendo a sus ministros. Esto es obrar en estricta justicia. Si España es la nación predilecta del Sagrado Corazón de Jesús y la tierra de María Santísima, títulos que no posee ninguna otra nación en la cristiandad, es lógico que apoquinemos colectivamente para que la verdadera religión no decaiga en nuestra patria y sus pastores estén debidamente alimentados y atendidos con arreglo a la dignidad que les confiere su sagrado ministerio.



CAPÍTULO 29

Los dogmas

De vez en cuando aparece en estas páginas la palabra *dogma* y me queda la duda de si el lector tibio en su fe (desgraciadamente la mayoría) tendrá claro el concepto o lo habrá medio olvidado desde los lejanos tiempos en que asistía a la catequesis parroquial.

Dogma significa «verdad revelada por Dios». El dogma nunca es una cosa sencilla, sino algo complicado y difícil de asimilar desde el limitado entendimiento humano, de lo contrario no sería dogma. Es una rueda de molino con la que el cristiano comulga con los ojos cerrados y el espíritu abierto, con cierta conformidad infantil («sed como niños»). El dogma es una semillita que el mismo Cristo ha sembrado en el campo fecundo de su Iglesia; «semilla que germina, crece y se desarrolla [...] el tempero lo da el mismo Espíritu Santo, [...] sus enseñanzas, las no escritas, quedaron como en el subconsciente de la Iglesia, y afloran cuando suena la hora de la Providencia, en forma tan clara y patente, que muchas veces no puede ser ahogada ni por la autoridad de los doctores, como acaeció en el caso del dogma de la Inmaculada Concepción». [463]

Existen tres dogmas de la Iglesia que preocupan mucho al católico, inmersos como estamos en esta sociedad consumista y codiciosa que pretende obtener pingües ganancias del mínimo esfuerzo y no da nada de balde. Me refiero a los novísimos, al dogma de la existencia del Juicio Final, del Cielo, el Infierno y el Purgatorio y al microdogma anejo, residual, del Limbo.

Tenemos una alma inmortal, de eso no cabe duda, y esa alma que es también el hogar de nuestra conciencia, de nuestro yo y hasta de nuestro superyó, tiene que reubicarse en alguna de esas cuatro regiones cuando el cuerpo muere. Que has sido bueno y sin tacha en tu paso por este mundo: vas al Cielo, a la Gloria, a la morada de los ángeles; que has sido sólo regularcillo, pero has muerto confesado y comulgado, vas al Purgatorio con

más o menos condena según la carga de pecados que el ángel de la guarda, ese chivato insobornable, haya anotado en tu *Libro de culpa mayor*, que has sido malo o has muerto sin arrepentimiento ni confesión: ni Dios te libra del Infierno; que has muerto recién nacido y no dio tiempo a bautizarte: al Limbo, donde ni gozas ni padeces. Que has nacido antes de la predicación de Jesús y por lo tanto imposibilitado de hacerte cristiano, pero, sin embargo, eras buena persona: también al Limbo, a cambiar pañales a los recién nacidos. [464]

Esto estaba claro hace unos años, pero hoy está un tanto confuso, así que vamos a ponernos al día por lo que pudiera venir.

Existe un gravísimo problema que la teología no ha resuelto satisfactoriamente, un pequeño cabo suelto en los novísimos: ¿adonde van los musulmanes, los budistas, los hindúes, los animistas africanos, los sintoístas y el largo etcétera de religiones, sectas, credos y creencias repartidos por el mundo, lo que incluye a la Iglesia de Maradona argentina que adora un balón de reglamento coronado de espinas?

No se sabe bien.

Estas criaturas, si la vida les ha brindado la oportunidad de agregarse al rebaño cristiano, creo que van al Infierno y se joden por no haberse despabilado; pero si, a pesar de todo, nunca tuvieron un sacerdote o un misionero a mano ni oyeron hablar de la existencia del cristianismo, lo suyo sería que fueran al Limbo. Digo yo.

El Cielo

En los días calurosos y apacibles del verano de 1999 el Papa Juan Pablo II meditó sobre los novísimos mientras tomaba el sol, recostado en una tumbona blanca [465] al borde de la piscina, en su retiro estival de Castelgandolfo. [466] Inspirado por la paloma del Espíritu Santo, el Santo Padre, ya en el ocaso de su vida terrenal, a una edad en que muchos mortales chochean y sólo se les ocurren incoherencias, vio clara la luz y decidió emprender radicales reformas en el Cielo, el Infierno y el Purgatorio. Y, de paso, ajustarle las cuentas, de una vez por todas, al demonio.

Hasta entonces el Cielo había sido un lugar inconcreto por encima de las

nubes, en la estratosfera, un lugar donde las almas de los justos se reunían con Dios y gozaban de su contemplación por toda la eternidad. «Mirar a Dios no cansa —nos advertían los predicadores en los ejercicios espirituales—, muy al contrario: es el gozo mayor que se puede concebir, tanto que precisamente por eso no lo concebimos, de donde se deriva que podamos sospechar que el Cielo sea aburrido: no lo es. Aparte de que uno de los gozos del Cielo consiste en contemplar desde arriba, como desde un palco privilegiado, los sufrimientos que padecen los condenados al Infierno.»

El pío Tertuliano glosa la alegría que el justo experimenta al contemplar a los pecadores en el Infierno «reblandecidos y macerados por el fuego [...], ¡qué espléndido espectáculo se ofrecerá allí, que suscitará mi asombro y provocará mis risas!». El obispo Cipriano y la santa Lactancia prometen la contemplación de los tormentos de los condenados como parte del gozo de los justos en la Gloria. Santo Tomás de Aquino suscribe la misma idea en su *Suma teológica;* «Para que la beatitud agrade más a los santos *(magis complaceat)* y se muestren más agradecidos a Dios, les será dado contemplar, con una perfecta visión, los tormentos de los condenados.»

El Papa Wojtyla, con ese dominio escénico que Dios le concedió, aguardó a la celebración del jubileo del nuevo milenio, para comunicar su escatológico dictado.

El mensaje era tan revolucionario que prefirió, siempre prudente, emitirlo en cómodas entregas semanales, en el curso de otras tantas audiencias. En la primera, el miércoles 21 de julio de 1999, Wojtyla declaró que «el Cielo existe, pero no está en un lugar físico entre las nubes» sino que es «una relación viva y personal con Dios». [467]

El Cielo se ha quedado en «una relación viva y personal de los creyentes con Dios». Con san Agustín, el Papa sostiene que «en el Cielo la bienaventuranza es eterna y la alegría interminable», «es el estado de felicidad suprema».

Esta declaración, que más bien es aclaración, fue acogida con balidos de satisfacción por el rebaño cristiano, y no sólo por las ovejas sino también por los pastores. El apuesto y sensible cardenal Carlos Amigo Vallejo, arzobispo de Sevilla, declaró: «Juan Pablo II habla a los hombres en plenas vacaciones de verano y nos habla del Cielo. Te sorprendes, pero es muy lógico y muy hermoso lo que dijo.»

En el fondo, si uno lo piensa, el Papa no cambiaba gran cosa. Antes pensábamos que el Cielo estaba arriba en algún lugar inconcreto, pero ahora, con la cantidad de chatarra espacial que gira a velocidades de vértigo en torno a la Tierra, desde que comenzamos a lanzar cohetes (el *Sputnik* en 1956) y desde que telescopios cada vez más potentes y Hawkins y otros físicos, ateos casi todos, campan por sus respetos en la investigación celeste, se nos acaba el misterio que embaucaba a la humanidad desde los homínidos boquiabiertos contemplando la bóveda celeste, con sus miríadas de estrellas, así que ha sido preferible trasladar lo celestial lejos de lo celeste, a un lugar imaginario que, en realidad, no es tal lugar sino un concepto. Es algo hacedero y razonable dado que las almas son insustanciales, ni pesan, ni miden, ni tienen color.

Estos cambios nos plantean, no obstante, algún problema teológico menor y fácilmente subsanable, eso espero. Todavía hablan los púlpitos de la Ascensión del Señor (Jesús resucitado ascendiendo al Cielo) y de la Abducción o Asunción de la Virgen, su Madre, succionada al cielo por un impulso divinal o levitación asistida.

Si con la remodelación del Santo Padre, el Cielo no está arriba sino en lugar inconcreto, que no es arriba ni abajo ni a la izquierda ni a la derecha, estos conceptos, Ascensión y Asunción, no nos sirven y se prestan a confusión. Sería mejor sustituirlos por Desintegración Celestial, Disolución Atómica o algo parecido, en eso no me meto, que doctores tiene la Iglesia. Confío en que alguna comisión pontificia esté trabajando en ello y muy pronto rinda copiosísimos frutos dilucidando este particular *urbi et orbi*. Mientras tanto sería encomiabilísimo que los obispos emitieran una pastoral conjunta para advertir a los sacerdotes de sus diócesis que no deben usar —como lo siguen haciendo— los conceptos Ascensión y Asunción, que ya han quedado obsoletos. Es como si usaran un GPS sin actualizar: lo has programado para que te conduzca a la parroquia de la Virgen de la Consolación para una boda. El aparato te va guiando con su voz neutra: «Ahora gire a la derecha, ahora a la izquierda», pero en la dirección indicada te encuentras una inesperada señal de dirección prohibida y te ves obligado a seguir hasta la desviación siguiente que no te conduce a la parroquia donde te esperan con cierta preocupación (eres el padrino) sino a un *cul de sac*, una calle sin salida, que te lleva a la whiskería El Consolador de la Virgen. Se parece, pero no hay color.

Tampoco deberían usar los predicadores la expresión «Altísimo»

aplicada a Dios. Antes tenía sentido porque lo imaginábamos en el Cielo, por encima de las nubes, pero ahora, con la desubicación del Cielo, debemos acoger la idea de que puede estar en cualquier parte, arriba, abajo, a la derecha o a la izquierda, o sea en lugar de Altísimo deberíamos llamarlo Vastísimo, puesto que, además, como está en todas partes, lo ocupa todo. [468]

Vastísimo pues, y cuidado con la ortografía, no me lo escriban con B.

El Infierno

Después de la declaración papal sobre el Cielo sucedieron días de zozobra y ansiedad en las conciencias de la grey católica: ¿qué nos dirá el Santo Padre del Infierno —nos preguntábamos—, qué nos dirá del Purgatorio?

Porque, el que más el que menos, por muy buenas que sean las familias de las que procedemos, no nos libramos de tener deudos en el lugar del llanto y el crujir de dientes: familiares y amigos difuntos, ovejas extraviadas que no observaron en vida la conducta sumisa y entregada que los pastores de la Iglesia demandan.

En ese clima de devota tensión, se produjeron algunas orientadoras filtraciones que los hipercríticos atribuyeron, con su habitual mala intención, a globos sonda que la propia Iglesia emitía para constatar la opinión de los votantes, como si el gobierno del Reino de Dios se rigiera por los mismos trucos electoralistas que las multinacionales y los gobiernos de los hombres. [469]

Unos días después, el miércoles 28 de julio de 1999, transcurrida una semana desde las declaraciones sobre el Cielo (que, la verdad sea dicha, parece que no inquietaron a nadie), inspirado por el Espíritu Santo, tras madura reflexión, el Santo Padre fija la nueva doctrina acerca del Infierno ante ocho mil fieles congregados en la plaza de San Pedro, Vaticano.

Antes de entrar en el meollo, hagamos un poco de historia. Los judíos, de los que el cristianismo procede (¡resignémonos a ello!), ignoraban la existencia de un Cielo y de un Infierno. El mismo Dios Padre (o sea Yahvé, tal como ellos lo denominan) que tantas indicaciones minuciosas les había revelado sobre la forma de adorarlo y de apaciguarlo para evitar sus súbitas

cóleras, nunca se había dignado indicarles la existencia de un Cielo, de un Infierno y de un Purgatorio. En su ignorancia pensaban que las almas de los muertos se integraban en el *sheol*, un estado donde ni se goza ni se padece, una especie de archivo de difuntos sin pena ni gloria. [470]

¿Por qué había incurrido Dios en ese olvido? En realidad Dios no olvida nada. [471] Entonces, ¿qué?

Dios había reservado esa Revelación para la Iglesia católica, su Hija predilecta, y a los judíos, a pesar de su condición de pueblo elegido, no les reservaba el Infierno (que es invención cristiana) sino que los castigaba en vida enviándoles invasiones, exilios (la diáspora), plagas, persecuciones, trabajos y preñeces indeseadas. O sea, a nosotros nos aplaza el castigo y nos lo pone a treinta, sesenta y noventa, pero a los judíos se lo cobra a tocateja y al contado.

¿Quién es, entonces, el pueblo elegido, el favorito, el beneficiado de Dios, a ver?

¡Los católicos, naturalmente! ¡Nosotros!

Los judíos compartían su ignorancia con otros pueblos de la Antigüedad: egipcios, griegos, romanos y los demás del entorno mediterráneo. Los indios de la India, por su parte, creían en la reencarnación. [472]

Los griegos y los romanos difuntos iban a parar al Hades. [473] Las almas allí concentradas no sufrían penas ni dolores sino cierta melancolía debido a lo lóbrego del lugar, una caverna oscura, y a la pésima decoración, no más sofisticada que la de un aparcamiento subterráneo.

El Hades era un lugar concreto, en la Tierra, al que se llegaba cruzando una laguna subterránea, la Estigia, que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Los deudos introducían una moneda en la boca del difunto para que pagara el viaje, sólo de ida, al barquero Caronte.

Es evidente que lo del Hades, la laguna Estigia y todo eso es un mito, una ficción. Lo testimonia el hecho de que la moneda de Caronte aparezca entre los huesos y las cenizas del muerto, prueba de que jamás se la pagó al tal Caronte. ¿Adonde fueron entonces estas almas de paganos en pena?

No se sabe. La Iglesia todavía no se ha manifestado en ese sentido. Aguardemos con cristiana paciencia, que todo llegará. Los teólogos están en

ello.

¿Es eterno el Infierno para todos los pecadores? En realidad no. «El dogma católico no rechaza el suponer que Dios pueda, a veces, por vía de excepción, liberar una alma del Infierno», escribe la *Enciclopedia católica* a principios del siglo XX: «Sin embargo, los teólogos son unánimes en enseñar que tales excepciones nunca ocurrieron y nunca ocurrirán.» [474] Y para confortar a los posibles pusilánimes que creen que el fuego del Infierno es una metáfora aclara: «No hay suficientes razones para considerar el término *fuego* como una mera metáfora.»

Preocupante, ¿no? Ya lo creo que lo es, pero, como Dios aprieta pero no ahoga y estamos en tiempos más permisivos, en tiempos de rebajas, la Iglesia adapta su dogma a las necesidades y estimaciones del rebaño y, sin ceder en su celo por cristianizar a la humanidad, ha matizado el sentido teológico del Infierno. Aquí es donde encajan las declaraciones de Juan Pablo II: «Las imágenes con las que la Sagrada Escritura nos presenta el Infierno deben ser rectamente interpretadas —declara el Santo Padre—. Ellas indican la completa frustración y vacuidad de una vida sin Dios. Más que un lugar, el Infierno es la separación de Dios para siempre. [...] Las imágenes utilizadas por la Biblia para presentarnos simbólicamente el Infierno como un horno en llamas o un estanque de fuego donde impera el rechinar de dientes, deben ser interpretadas correctamente. El Infierno es la situación de quien se aparta de modo libre y definitivo de Dios. [...] El hombre, llamado a corresponder libremente a Dios, puede, sin embargo, rechazar definitivamente su amor y su perdón privándose así, desgraciadamente, de la gozosa comunión con él. Esa trágica condición es lo que se llama condenación o Infierno.» [475]

Los católicos de mi generación, los que andamos metidos en la sesentena, los que añoramos aquel Paraíso nacionalcatólico de los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo en el que discurrieron nuestra infancia y mocedad, tenemos una idea del Infierno que convendría matizar a la luz de las últimas enseñanzas de la Iglesia. Durante siglos nos explicaron que el Infierno era un lugar de tormento, un continente en llamas adonde padecían los réprobos por los siglos de los siglos. En nuestra infancia, el piadoso sacerdote que tenía nuestra alma a su cuidado nos amenazaba con las llamas eternas, no digo ya por una masturbación sino incluso por una pequeña mentira, especialmente si no se la confesábamos a él.

«¿Qué tormentos padece el condenado al Infierno? —nos explicaba el

padre Oronoz, S. J., en los ejercicios espirituales—. El primero el fuego eterno, y además los tormentos a los que te somete el demonio, hay un demonio de la guarda por cada uno de nosotros, y está esperando a que caigas en su poder para abrirte las carnes y desgarrarte las entrañas con garfios, colgarte de tus partes impuras [476] de un gancho de carnicero, cortarte los solomillos, la tapa, la trasera, el costillar, con afilados cuchillos, arrancarte uñas y dientes con unas tenazas candentes, introducirte un hierro al rojo por tu salva sea la parte... pero no te mueres: las heridas cicatrizan dolorosamente (te las espolvorean de azufre y sal), las uñas te vuelven a crecer, todo ello para que te puedan seguir arrancando uñas, fileteándote con los cuchillos... ¡El Infierno: fuego inextinguible, de llanto, rechinar de dientes, de tinieblas exteriores, de cárcel, de gusano que no muere! Y éstos son los tormentos más livianos, porque, siendo el demonio una inteligencia superior y angélica, aunque caído, no acertamos a imaginar qué refinamientos habrá ideado para atormentar a los condenados confiados a su tutela. Todo esto lo sufres eternamente, desgraciado, ¿a cambio de qué? ¡A cambio de un espasmo de placer que no dura ni un segundo! Medita, hijo mío. Medita, escoria pecadora. ¡Sufres todo eso, además de las llamas! ¡Y qué llamas! Un místico alemán del siglo XVII, el teólogo capuchino Martin von Cochem, tuvo una visión el Infierno, por especial concesión de Dios, y como era alemán, que están especialmente dotados para las matemáticas, la física y la química además de la mecánica, hizo una serie de cálculos.

»¿Sabéis, desgraciados, cuánto miden las llamas del Infierno? ¡Nueve metros, doce centímetros! ¿Qué quiere esto decir? Llamas de la altura de una casa de dos pisos. Llamas de la altura del ciprés del patio. ¡Llamas que te cubren de sobra por alto que seas! ¿Qué significa eso? Que al respirar... ¡porque en el Infierno respiras, no puedes aguantar la respiración! Llamas que te penetran por la boca, por la garganta, por los pulmones... ¡Te abrasas por dentro y por fuera!

»Pero hay algo más, el reverendo Von Cochem notó, termómetro en mano, que el fuego es mucho más vivo, más destructor que el que conocemos porque sucede "en lugar cerrado". Y ese fuego, ¿qué combustible usa? ¿Petróleo como nuestros infernillos? ¡No! ¿Leña como nuestras chimeneas? ¡No! "¡Se alimenta de pez y azufre!", precisa el reverendo Von Cochem. ¡Horrible pez, la masa ardiente, horrible azufre que consume hasta el hueso y duele a rabiar! Pero hay algo más: permitidme que lo lea de las mismas

palabras de Von Cochem: "Tú sabes que cuando se sopla sobre el fuego, éste prende con más ímpetu. Si el fuego se atiza con grandes fuelles, como se hace en las fraguas de los herreros, las llamas se enfurecen. Ahora bien, cuando es el Dios Omnipotente el que sopla el fuego del Infierno con su aliento, ¡cuan horrible no será su rabia y furor!"

»Os daré otro testimonio y éste de un santo varón que hoy está en la Gloria, el santo Antonio María Claret. ¿Qué decía del Infierno, en su catecismo? "Una cárcel, la más terrible y horrorosa, llena de fuego y ocupada de demonios, donde son atormentados según sus culpas los que mueren en pecado mortal."

»Meditad, queridos hijos míos, meditad repulsivos pecadores... un instante de placer sensual ¿a qué equivale...? Equivale a una eternidad de atroces tormentos en las llamas eternas...

»¡Qué buen negocio hacéis usando la pilila sólo para orinar, para lo que la puso el Altísimo, quedándoos con Dios, permaneciendo a su lado, obedeciendo fielmente los preceptos de su Iglesia, reverenciando a sus ministros, los sacerdotes, practicando la penitencia y frecuentando la eucaristía... Eso o... ¡lo otro!» [477]

Algún lector podría pensar que las palabras del padre Oronoz que aquí rememoro son exageradas. Traeré por tanto a colación las de otro sapientísimo jesuita, el padre Loring, S. J., en su «Sermón de la Sábana Santa», pronunciado en 1993, que aparece impreso en las publicaciones que él mismo comercializa. El padre Loring, S. J., catequiza al hombre moderno, tan tibio en su fe e incluso tan descreído, con esclarecedores e irreprochables razonamientos.

«La Iglesia sólo me obliga a creer los dogmas de fe, verdad revelada por Dios —dice el padre Loring, S. J.—. Pero, eso sí, una verdad revelada por Dios es obligatoria. ¡Eso hay que creerlo! Por ejemplo: el Infierno. ¡Tanta gente que se las da de lista! Tanta gente que dice: "El Infierno cómo va a ser verdad. A mí es que no me cabe en la cabeza que el Infierno sea verdad." ¡Pues lo siento mucho, muchacho! Aunque no quepa en tu cabecita, el Infierno es verdad porque lo ha dicho Cristo, y si no cabe en tu cabecita, lo siento, muchacho. Hay muchas cosas que son verdad y no caben en tu cabecita, que es muy pequeñita, pero no va a ser sólo verdad lo que quepa en tu cabecita. Hay muchas cosas que son verdad y no caben en tu cabecita y si

tú tienes dificultades contra el Infierno me parece lógico que tú no entiendas el Infierno con esa cabecita tan pequeñita. Me parece lógico que no entiendas el Infierno, pero ¡no me discutas a Cristo, por favor! ¡No pienses saber más que Cristo, por favor! Y si Cristo Dios me dice que hay Infierno, ¡hay Infierno! ¡Lo entiendas tú o no lo entiendas; te guste o no te guste; lo aceptes o no lo aceptes! El Infierno no existe porque tú lo aceptes o porque tú lo entiendas. El Infierno existe porque lo ha dicho Cristo Dios y si no quieres creer ya te enterarás, muchacho. En cuanto te mueras, fíjate. ¡En cuanto te mueras te enteras! Es una idiotez decir: "El Infierno no es verdad porque yo no lo entiendo." ¡Es una idiotez! El Infierno no es verdad porque tú lo entiendas. El Infierno es verdad porque lo ha dicho Cristo Dios. ¡Es de fe! ¡Es verdad de fe! ¡Dogma de fe! Eso es verdad lo entienda yo o no lo entienda, lo acepte o no lo acepte. Las cosas no dejan de ser verdad porque yo las acepte, ¡dónde vamos a parar! Hay muchas cosas que son verdad y yo no las entiendo.»

La reacción de algunos católicos, me apena admitirlo, no fue precisamente la que se espera de un fiel hijo de la Iglesia, de un borrego de Cristo. «¿Y el fuego eterno, y las calderas de Pedro Botero alimentadas por una legión de diablos?», preguntaban.

«Todo era una metáfora, nada es real», se les respondió.

Se sintieron estafados, ésa es la verdad.

«¡Hombre, haber empezado por ahí! —protestaron—. ¿Quién nos quita ahora los terrores y la preocupación, el anticipado rechinar de dientes que sufrimos en nuestra infancia y juventud cada vez que incurríamos en la gustosa gayola pecando mortalmente contra el sexto?»

Vayamos por partes. ¿En qué se basaban los pastores del rebaño cristiano para aterrorizar a sus ovejas con esos terribles castigos? ¿Era simplemente elucubración de mentes retorcidas por la existencia hipócrita y la sexualidad reprimida a la que su oficio los obligaba?

No. Nada de eso. Aquellos sacerdotes se basaban en la misma Palabra de Dios, siempre certera y esclarecedora: «Cristo vendrá en llamas ardientes para hacer justicia de aquellos que no quieren reconocer a Dios y no obedecen al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Éstos serán castigados con la eterna perdición, lejos de la presencia del Señor» (2 Tes. 1, 8-9). [478] Más testimonios: «El fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles»

(Mt. 25, 41), «el abismo de fuego» (Mt. 5, 22), «el abismo donde el gusano no muere y el fuego no se extingue» (Mc. 9, 44), Jesús directamente dice: «Allí habrá llanto y rechinar de dientes» (Lc. 13, 28), «reina la perdición» (Mt. 7, 13); «tinieblas con llanto y rechinar de dientes» (Mt. 22, 13); «tormento de llamas» (Lc. 16, 24). A esto se suman las doctrinas de los padres de la Iglesia. San Atanasio («los malos irán al fuego eterno»); el Concilio IV de Letrán («los malos recibirán la pena eterna con el diablo»).

Ésa era la doctrina de la Iglesia y del mismísimo Jesús relativa al Infierno que los fieles acatábamos con mansedumbre ovina, pero hete aquí que el Papa Juan Pablo II nos dice en 1999 que ese Infierno de llamas y tormentos es una imaginación de los artistas, de los pintores, de los predicadores exaltados.

El Santo Padre fue taxativo: «No es un horno ardiente —dijo, y añadió—: Rezo para que esté vacío.» Nada que objetar, porque el Papa es infalible y en materia de dogma y fe no puede equivocarse. [479]

Ante la palabra del Santo Padre no cabe especular: eso es lo que hay. ¡Nos hemos quedado sin Infierno!

Ahora bien, si el Santo Padre es el vicario de Dios y habla por su boca, sería de agradecer que Dios no cambiara de opinión tan a menudo, porque esto de que donde ayer dije digo hoy digo Diego desconcierta mucho al rebaño y mengua la confianza depositada en sus pastores. Si debido al signo de los tiempos la Iglesia tiene que rebajar sus exigencias y suavizar sus amenazas para contener un poco la desbandada de los fieles, reconózcalo honradamente y aderece estas mudanzas de convenientes teologías.

Vamos a ver: ¿no es de sabios cambiar de opinión? Sí, lo es.

¿No es Dios infinitamente sabio?

Sí, lo es.

Ergo si Dios es infinitamente sabio cambiará de opinión infinitamente. Se demuestra con toda claridad, sin descrédito del Santo Padre. Pero eso no quita que el Infierno con llamas y tormentos fuera falso; fue verdadero hasta ahora, con sus penas de «sentido y de daño» (las llamas y la ausencia de Dios) y ahora, con la remodelación, se ha quedado en «pena de daño». [480]

El teólogo jesuita padre Arnaiz, S. J., escribe a este respecto: «Ha hablado el Papa. Todo lo demás que se diga o escriba, se pinte o se esculpa,

no deja de ser mera literatura o representación artística religiosa, sólida o fantasiosa, barata o valiosa, genuina o espuria, verdadera o falsa, al margen de la buena o mala voluntad de los que así se expresen.»

El Infierno de llamas y tormentos era cierto entonces, porque era lo que en aquel momento propugnaba la Iglesia. Ha habido reformas, inspiradas por el Espíritu Santo, y ahora todo aquello es papel mojado. Renovarse o morir. La Iglesia no se puede anquilosar. Estamos en el siglo XXI y, por si no lo han notado, hay crisis de fe. [481]

Meditemos un segundo sobre lo que el Papa nos ha revelado: en el Juicio Final resucita la carne y las almas se reintegran en sus cuerpos, cada cual en el suyo, sin confusión alguna, en la magna asamblea que congrega a toda la humanidad. [482] Eso no ha cambiado nada. La novedad es que entonces se nos da una oportunidad, que no existía antes, de «corresponder libremente a Dios, pero puede libremente rechazar definitivamente su amor» y ése es el que va al Infierno o se reintegra a él.

Ahora bien, yo pregunto: ¿quién va a ser tan tonto que no «corresponda a Dios» después de haber ardido durante un tiempo en el Infierno sufriendo, no ya las quemaduras de primer grado en el ciento por ciento de la superficie corporal, sino otros tormentos no menos atroces? (Me refiero, claro está, al Infierno anterior a la remodelación teológica de 1999.)

¿Quién va a ser tan tonto que no escoja «corresponder libremente a Dios»? En ese acto se queda el Infierno vacío y sin otro valor que el puramente museístico y todo el rebaño cristiano, congregado como una piña, como una montaña de lana en torno a su pastor, el Creador, incluidos los que antes profesaron falsas religiones o doctrinas (Darwin y sus secuaces, y toda la demás ralea).

O sea: no es Dios el que condena, sino cada persona que confrontada con la película de su vida decide libremente si se queda del lado de Dios o se aparta. La opción está clara: todos de su lado, con fervor.

Por consiguiente, el Infierno se quedará desierto, despoblado, evacuado, el mismo día del Juicio Final.

Liquidación por cierre.

El último que salga que apague la caldera. Stop.

Esto ha venido a confirmar lo que muchos fieles sospechábamos cuando

percibíamos que, después del Concilio Vaticano II, la Iglesia había dejado de mencionar las penas del Infierno.

El asunto suscita ciertos interrogantes que convendría que la Iglesia despejara en ocasiones venideras.

¿Qué hay de los demonios, de Pedro Botero, que ahora queda en paro forzoso? [483] ¿Qué va a ser del ángel caído en la moderna reestructuración del Infierno?

Si aceptamos que, tras el Juicio Final, no quedará ni un mísero inquilino en el Infierno, ¿qué sentido tiene mantener el horno encendido? Y el demonio, ¿va a ser tan tonto de no aprovechar esa ocasión para reconciliarse con Dios, pedir perdón como el hijo pródigo del Evangelio, y volver a su servicio?

El Papa enseña que los demonios «son criaturas espirituales que se han rebelado al amor de Dios, [...] Jesús ha sido capaz de derrotar definitivamente a Satanás liberándonos del miedo que sentíamos por él». De acuerdo: no tenemos nada que temer, pero, no obstante, nos quedamos sin saber qué ha sido del demonio, porque ahí Wojtyla no se mojó. A ver si Benedicto XVI dice algo, aunque me temo que, dado que ha restaurado el Infierno, el demonio habrá recuperado su trabajo. [484] Quizá todo el asunto del cierre del Infierno fue una argucia vaticana para despedir al Maligno temporalmente y volver a alistarlo luego con un contrato basura.

El Purgatorio

Y llegamos por fin al Purgatorio.

Un invento de la Iglesia para extirpar dinero (aún más) de sus feligreses, para apurar, aun más, hasta que salte la sangre con el cuero, la lana de sus ovejitas, proclaman los hipercríticos. Un invento medieval de la Iglesia —dicen— que les dio tan buen resultado en caja que lo han mantenido hasta hoy, cada vez más activo, siete siglos ya en cartelera, con llenazos diarios.

Pues bien, la tercera semana de aquel azaroso verano papal que venimos comentando, el miércoles 4 de agosto de 1999, el Santo Padre, nuestro nuevo Moisés, declaró los cambios acaecidos en el Purgatorio. [485] «El Purgatorio

—dijo— es un lugar de paso para aquellas almas que aún no han pagado totalmente por sus culpas; considerando la naturaleza humana y siendo como somos débiles ante la tentación y el pecado.» A ese lugar van las «almas que aún no se han purificado».

Antes de la declaración pontificia, el Purgatorio era como un Infierno transitorio. Había llamas, había tormentos, había la misma lóbrega caverna, [486] pero si uno observa las visiones del Purgatorio, tan abundantes en la simbología cristiana (en las estampas de la Virgen del Carmen y en las capillas de las Santas Ánimas), no verá por parte alguna demonios con garfios ni tormentos especiales. Los inquilinos del Purgatorio tienen, por lo menos, la esperanza de que algún día, cuando purguen sus pecados, irán al Cielo. [487] Todo esto se reguló en los concilios de Florencia (1304) y de Trento (1580). [488]

Lo dice claramente el Evangelio de Lucas: «Dios ha querido que nos ayudemos unos a otros en el camino al Cielo.»

Antes, en los primeros siglos de la Iglesia, no se tenía mucha idea de lo que era el Purgatorio, ni siquiera se sabía de su existencia, y, lógicamente, el rebaño cristiano no entendía la imperiosa necesidad de donar su lana en esta vida para librarse de la chamusquina en la siguiente. Cuando se supo que favoreciendo a la Iglesia se ahorraban días de condena de los deudos o, lo que es incluso mejor, se podía abrir una cuenta de ahorro para reducir la propia condena, los católicos se mostraron mucho más generosos con su Iglesia.

Las almas en el Purgatorio (nuestras queridas ánimas benditas) pueden ser asistidas con nuestras oraciones, pero sobre todo con nuestras donaciones, con nuestras misas de difuntos y con nuestros óbolos para la Iglesia en su advocación recaudadora, tan estrechamente relacionada con la dispensadora del perdón.

—¿Un perdón que se compra con dinero? —objetan los enemigos de la Iglesia.

—Sí. ¿Por qué no? Lo establece claramente el Evangelio de Lucas: «Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre ante el juez, y el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas aflojado el último céntimo» (Lc. 12, 58-59). [489]

Luego están los testimonios de los padres de la Iglesia. San Agustín refiere que lo único que pidió su madre santa Mónica al morir fue que no se olvidaran de ofrecer oraciones por su alma.

Era santa, pero se quiso asegurar («no vendas la piel del oso antes de haberlo cazado», murmuró aludiendo a la Gloria).

San Gregorio Magno, por su parte, declaró: «Ofrecemos misas, oraciones y limosnas por el eterno descanso de nuestros difuntos.» Dando ejemplo, él mismo se rascó el bolsillo y ofreció treinta misas por el alma de un difunto al que apreciaba (o quizá se las dijo personalmente, por ahorrar). Lo cierto es que ese difunto se le apareció en sueños para agradecérselas, ya que, gracias a esas misas, había logrado escapar del Purgatorio.

En otra ocasión, el mismo san Gregorio, elevó la hostia durante la celebración de una misa y se quedó con ella en alto un buen rato, tanto que alarmó a la concurrencia dudosa entre esperar o intervenir, por si le había dado un calambre. Terminada la misa le preguntaron por qué había permanecido tanto tiempo con la hostia en alto y él les respondió:

—Es que vi que, mientras ofrecía la santa hostia a Dios, descansaban las benditas almas del Purgatorio.

Hermoso, ¿eh?

O sea, a veces, en el momento de la consagración, se extinguen momentáneamente las llamas del Purgatorio. Lo que ignoramos es si eso ocurre con todos los consagrantes o sólo ocurrió con san Gregorio. Parece que esto último es más factible, dado que los curas normales no experimentan visión alguna cuando consagran. Y no será porque no ponen interés, me consta. Otra duda subsidiaria se nos plantea: si el valor de la misa es infinito, como la Iglesia predica en púlpitos y devocionarios, el valor de una sola misa debería bastar para redimir a todas las almas del Purgatorio, ¿no?

Recapitulemos: el Cielo, el Infierno y el Purgatorio no son lugares físicos sino estados anímicos. Es cierto que ha sido la propia Iglesia católica la que ha promocionado esa truculenta imagen del Infierno y del Purgatorio, en sermones, devocionarios, cursillos, estampitas y templos, pero ¿quiere eso indicar que la Iglesia estaba equivocada como en el caso de Galileo y la Inquisición? Antes de responder afirmativa o negativamente, hay que matizar.

La Iglesia, como la Madre providente que es, debe adaptarse al crecimiento de su hijo, el pueblo cristiano. En algún momento de su dilatada historia es posible que, obligada por las circunstancias, se haya visto en la necesidad de incurrir en la *pia fraus*, la mentira piadosa de idear esas visiones del Cielo, del Infierno y del Purgatorio por las conveniencias espirituales concretas de sus hijos, pero eso no quiere decir que tales conceptos sean inamovibles. Antes bien, son relativos y siempre sujetos al magisterio de los pontífices y de los teólogos que los auxilian. En la actual coyuntura, el Papa ha decidido levantar ese último velo que quizá matizaba la realidad de un modo un tanto truculento. Lo que nos ha dicho es verdad, ¿quiere esto decir que la Iglesia mentía antes? ¡En modo alguno! La verdad es siempre la Verdad. Pensemos en una rosa de esas primorosas que por mayo adornan los altares de Nuestra Señora: primero ha sido un botoncito en el extremo de una rama; luego, un capullo (con perdón); luego, una hermosa flor abierta que nos ofrece su aroma y su color.

Cambia la rosa, pero siempre es rosa. Pues igual sucede con los novísimos: cambian, pero continúan siendo los mismos.

¿Qué es, pues, el Infierno?, ¿qué es el Purgatorio?, se preguntará el lector. A la vista está. La doctrina pontificia lo ha aclarado: es un descafeinado sentimiento de mala conciencia por haber pecado.

Nada más.

El mayor tormento no son las llamas, no son los garfios, no es la pez hirviente vertida sobre las heridas abiertas, las muelas arrancadas con unas tenazas, las astillitas de caña debajo de las uñas, el escroto rociado con alcohol... No es nada de eso, es, nada menos, que la imposibilidad de contemplar eternamente, por los siglos de los siglos, la faz de Dios.

No obstante, por si el Papa presente (Benedicto XVI) cambia de parecer, nunca estará mal mantener las devociones a las advocaciones mencionadas, esos tunelitos propicios bajo la montaña sagrada de la teología.

A todo esto, ¿qué hay de las indulgencias?

La Iglesia inventó las indulgencias para que los condenados al Purgatorio pudieran reducir sus penas por buena conducta o por la ayuda que, desde el mundo de los vivos, les prestaran sus deudos y familiares.

Antes de proseguir diferenciemos dos conceptos: la penitencia es un

sacramento que perdona el pecado; la indulgencia no es un sacramento sino un modo de acortar o eximir al pecador de las penas del Purgatorio. [490] La conceden el Papa, los obispos y cardenales.

La indulgencia es un *do ut des*, o sea, «dar para recibir», un trueque según las descarnadas normas de las religiones antiguas, darle a Dios una cosa para que a cambio te dé otra, la que le pides.

¿Qué cosa le damos a Dios, que tiene de todo?

Bueno, tiene de todo, pero ya hemos visto que lo que más le gusta es el halago, que lo adoren, que estén pendientes de Él. En el fondo es, ya vemos, un sentimental. Con malas pulgas, pero sentimental, con un corazón de oro. Las indulgencias pueden ganarse por entregar un donativo a la Iglesia, por rezar una determinada oración, por peregrinar a un santuario de la cristiandad o por cumplir ciertos ritos.

Si miramos la historia, la Iglesia, como organización temporal que tiene sus gastos, ha preferido a menudo el donativo en metálico (u ofrenda como la llaman en el argot del negocio), a los rezos que al fin y al cabo son aire y van al aire. O sea, lo contingente pecuniario antes que lo trascendente divinal.

Todas esas iglesias, monasterios, conventos, santuarios, capillas, monumentos al Sagrado Corazón y Vaticanos cuajados de obras de arte que representan un capitalazo... ¿Cómo los ha financiado la Iglesia?

¿Con el trabajo del clero, con el sudor de la frente de obispos y presbíteros, de frailes y beneficiados?

No: el clero raramente ha trabajado físicamente dado que, en fiel observancia de la división social que la propia Iglesia estableció en la Edad Media, apoya y justifica la articulación de la sociedad cristiana en las tres clases que antes comentábamos: los *oratores* (el clero), los *pugnatores* (los militares) y los *siervos*. El clero reza, la milicia defiende y la servidumbre trabaja.

Es natural: ¿con qué espíritu recibiríamos la Sagrada Forma de una mano maltratada por el trabajo, callosa, con las uñas partidas y remachadas? ¿No nos mueve más a devoción una mano manicurizada, los dedos largos y sacramentales, que parecen hechos para bendecir o para el órgano (de la iglesia), las uñas delicadas y parejas, libres de pellejos, la piel blanca, fina y mosturizada, con un ligero aroma al *after shave* del afeitado matinal?

Natural.

¿Admitirían en sus mansiones las damas esclavas reparadoras de la Santísima Virgen, facción reconstituida, al chocolate con bizcochos de los viernes, a un cura recién llegado del trabajo que huele a sudor, a bosta y a estiércol?

Natural que no.

Imaginemos ahora a un campesino de la paramera española en las actividades que le brinda el variado y ameno ciclo agrícola: arando, podando, recogiendo la cosecha, estercolando, guardando ganado, arrancando garbanzos, sudando de sol a sol, deslomado desde el alba hasta la noche entrada.

Hora del ángelus. Tañe, remota, la campana.

Nuestro campesino hace un alto para secarse el sudor de su frente (con la que gana el pan desde el desliz de Adán y Eva) y murmurar la oración, como en el cuadro de Millet. Antes de reanudar la labor abarca con la mirada el horizonte.

¿Qué ve?

La iglesia o la colegiata del pueblo: un edificio enorme con el campanario apuntando al cielo; el castillo, masivo, con su torre mayor. Nada más.

Dos edificios construidos para durar. Enormes. Dos hitos en la llanura castellana.

¿Y el pueblo?

El pueblo no aparece por ninguna parte. Tienes que acercarte mucho para distinguirlo. Esparcidas delante de la iglesia y el castillo se extienden las humildes chozas y las corralizas de los siervos, construcciones de un solo piso, ventanucas mezquinas, muros de tierra y barro que se confunden con el terreno.

La población humilde, horizontal (choza), trabaja y se desloma para mantener, vestir y sufragar ceremonias, oros, caballos, inciensos y lujos de la vertical (iglesia y castillo).

¿Una injusticia flagrante? Es fácil decirlo. La situación parece injusta desde la perspectiva moderna: el pobre hombre explotado que engorda al

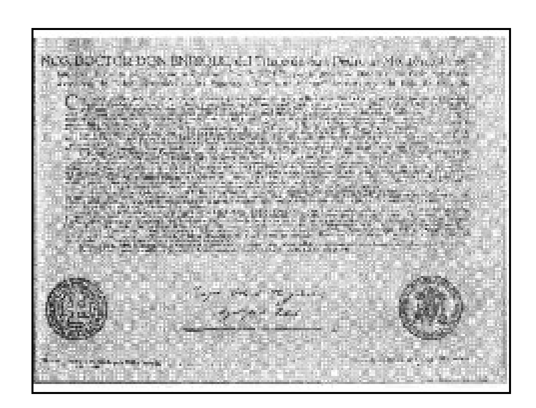
clero y a la aristocracia, al altar y al trono.

Quien piense de esa manera sepa que arrastra una pesada carga en su conciencia: vive envenenado por el materialismo que ha inspirado los movimientos obreros, especialmente los sindicatos, y ha socavado los cimientos de la sociedad cristiana hasta indisponer al siervo contra su señor natural, incitando a la rebelión contra el orden establecido.

La realidad es muy otra: ese hombre que te parece un pobre desgraciado es feliz y es mucho más afortunado que tú. Sabe que su esfuerzo no se rinde en vano, que cuanto más sufra en este valle de lágrimas mayor será su recompensa en la otra vida. El hombre puede ser analfabeto, pero tiene ojos para ver y oídos para oír. Los domingos, cuando asiste a la santa misa, se recrea contemplando la magnificencia de Dios en los altos techos nervados de sus iglesias, en los retablos forrados de pan de oro de sus capillas, en las brillantes pinturas que reproducen santos y escenas de las Escrituras. Ve el premio que Dios tiene reservado a las ovejas mansas y obedientes y el castigo que merecerán los chotos rebeldes que embisten contra el orden establecido.

El hipercrítico podrá insistir: entonces, ¿de dónde ha financiado la Iglesia todo ese ingente patrimonio?

Del trabajo de sus fieles deseosos de alcanzar la Gloria, naturalmente. ¿Qué hay de malo en ello? La Iglesia ha obtenido ese dinero [491] de los impuestos religiosos de los fieles (los diezmos y primicias) y sobre todo de la pignoración de indulgencias.



Bula de Cruzado que el Papa concedía a los españoles y dispensaba de ayunos y abstinencias. Se compraba en las parroquias hasta que el Vaticano II la abolió.

En la Edad Media, la Iglesia comenzó a emitir indulgencias para financiarse, «en el mejor de los casos, la construcción de edificios religiosos [...], en el peor de los casos, alimentar el tren de vida de prelados indelicados». [492]

En 1506, el Papa concedió una generosa indulgencia para recaudar dinero con destino a la construcción de la basílica de San Pedro y ello provocó la egoísta y desmedida reacción del monje agustino Martín Lutero que acarreó la reforma protestante.

Lutero atacó las indulgencias pontificias en sus famosas noventa y cinco tesis contra las indulgencias, clavadas como un pasquín en la puerta de la iglesia de Wittenberg. [493]

Lutero cuestionó el Purgatorio y acusó a la Iglesia de fomentar el miedo a esas penas de las que casi nadie se libraba. Sólo los santos iban derechos al Cielo, y eso moviendo influencias. Los comunes mortales pasábamos una temporada más o menos larga en el Purgatorio. Para Lutero, solamente Dios puede salvar a los pecadores. El rebelde agustino rechaza las indulgencias que redimen a las almas del Purgatorio (tesis 8-29) y las de los vivos que las acumulaban como una cuenta de ahorro para acortar el tiempo de Purgatorio cuando mueran (tesis 30-68). [494]

Resultado: acojonados por las descripciones del Purgatorio que les hacían los predicadores y los decoradores de las iglesias, los crédulos (o creyentes, como también se denominan), desollaban las paredes de sus hogares y dilapidaban sus haciendas para comprarle el perdón a la Iglesia («lo que atares en la Tierra será atado en el Cielo» (Mt. 16,19)). Lo que fuera con tal de librarse de la condena.

Eso es humano (incluso es divino). ¿Qué hay de malo en ello?

¿A quién perjudicas entregando a la Iglesia el fruto de tu trabajo, del sudor de tu frente?

Dios ve con simpatía las ofrendas que sus criaturas le brindan de corazón. A Él, afortunadamente, no le falta de nada, que es un espíritu puro y con poco se apaña, dada además su condición de omnipotente, pero su Iglesia, su vicario en la Tierra, tienen perentorias necesidades. Dios ve con buenos ojos que mantengamos a su Iglesia, que llenemos de oro y mármoles

los templos, que cuajemos de broches, brillantes y encajes los leños tallados en forma de Virgen, que reputados orfebres cincelen custodias del Corpus de metales preciosos...

El taimado Lutero no veía nada de eso. Estaba obcecado. Creía que el arrepentimiento basta para redimir las penas, sin dinero por medio. Cuando ya era demasiado tarde y media cristiandad se había pasado a los protestantes siguiendo al mal pastor que la conducía por la senda de la perdición, la Iglesia reaccionó y limitó la venta de indulgencias. En el Concilio de Trento se puso un poco de orden, pero el daño estaba hecho y ya ven ustedes el resultado: un cisma más dentro de la Iglesia que debería ser una, un solo rebaño con un solo pastor, y no este esturreo de ovejas que se observa y que tan mal ejemplo da a los infieles.

Hoy subsisten las indulgencias reguladas por el código de derecho canónico [495] y la verdad es que, con la decadencia general de los tiempos, no gozan de buena salud. Juan Pablo II predicó el miércoles 29 de septiembre de 1999, vísperas del jubileo del año 2000, que las indulgencias «no son rebajas» y en el *Manual de indulgencias* que presentó daba instrucciones para obtenerlas. En el ajetreado mundo moderno en que vivimos también se ganan indulgencias practicando acciones como «dejar de fumar, orar con el Papa a través de la televisión y hacer la señal de la cruz en público».



La Iglesia, en su incesante aggiornamento, debe adoptar formas de apostolado acordes con los nuevos tiempos.

La decadencia del Purgatorio nos plantea algunos problemas de conciencia e incluso logísticos. Si el Papa ha declarado que no existe, ¿qué hacemos con el Museo del Purgatorio instalado a pocos metros de su

residencia, en la iglesia romana del Sacro Cuore di Gesù in Prati, calle Lungotevere Prati, 12? ¿Qué hacemos con los testimonios físicos de la existencia del Purgatorio que atesora este museo: sábanas, ropa, mesas, cruces quemadas por el contacto de las ánimas internas que arden en el Purgatorio? [496] ¿Era falsa entonces esa impresión del dedo con el que había pecado reiteradamente la monja sor Pía María de San Luis Gonzaga, que en la noche del 5 al 6 de junio de 1894 se apareció a su colega y amiga sor Margarita del Sagrado Corazón para implorarle rezos y misas en sufragio de su alma porque estaba en el Purgatorio, incomodísima, y aquello no era vida? [497]

Un periodista preguntó al padre Bruni, director del Museo del Purgatorio, si realmente creía en el origen de aquellas reliquias. «Por supuesto que sí —contestó—. No veo por qué no. Estas son pruebas. Nuestro obispo ha investigado varias de ellas y todas han sido verificadas. Se trata de auténticas reliquias de almas del Purgatorio. Quien quiera creer que crea.»

Eso. Quien quiera creer que crea y quien no crea ya tendrá ocasión de arrepentirse de su descreencia cuando le llegue su hora. Jesús mismo, en persona, bajó del Cielo a visitar a la mística alemana santa Gertrudis la Magna, religiosa cisterciense del monasterio de Helfta en Eisleben, Alemania, a finales del siglo XIII, para comunicarle, como favor especial, una oración que liberaría de una tacada mil almas del Purgatorio cada vez que se rezase. [498]

El Limbo

Después de las esclarecedoras revelaciones del Santo Padre en las tres semanas del verano de 1999, esperábamos impacientes a que a la cuarta semana redondeara la faena pastoril con alguna declaración doctrinal sobre el Limbo.

Esperamos una semana, ¡cuán larga se nos hizo!, ¡qué nervios, Señor!, aguardamos al miércoles 11 de agosto y el Pontífice no dijo esta boca es mía. Esperamos otra semana, a la audiencia siguiente, pero esta vez el Santo Padre habló del demonio. Del Limbo, ni palabra. Esperamos a la siguiente.

Nada.

Con creciente impaciencia, incluso con angustia, esperamos dos semanas, tres, un mes... ¡y la declaración pontificia sobre el Limbo nunca se produjo!

Al final llegamos a una desesperanzadora conclusión: el Santo Padre se había olvidado del Limbo, el Santo Padre tenía ya la cabeza en otras cosas: sus obras de caridad, la venta de las riquezas de la Iglesia para dárselo a los pobres; los escándalos de los sacerdotes africanos que violaban monjas en sus retiros parroquiales; los escándalos de los sacerdotes pederastas de Boston que estaban llevando a la bancarrota a la diócesis porque todo el dinero de las colectas y activos se iba en pagar minutas de abogados e indemnizaciones y no les quedaba ya ni para el recibo de la luz; el escándalo del arzobispo (y exorcista y cantante) africano Emmanuel Milingo, casado a sus setenta años con la acupunturista coreana de cuarenta años y muy buen ver María Sung por el rito de la secta Moon, en un hotel de Nueva York (con lo fácil que le hubiera resultado autocasarse en la intimidad, en la sacristía de su catedral de Lusaka, sin necesidad de dar tres cuartos al pregonero)... [499]

¡Tantos asuntos divinos y humanos que el Papa debe atender con prontitud y diligencia!

El Santo Padre había olvidado, o había aplazado, aclararnos en qué quedaba el Limbo.

En realidad, haciendo historia, la Iglesia se había olvidado del Limbo después del Concilio Vaticano II. Muchos cristianos de las más recientes hornadas ni siquiera conocen su existencia.

Por ellos practiquemos la obra de misericordia de enseñar al que no sabe: el Limbo es uno de los cuatro senos o lugares de las almas que no van al cielo (*Nuevo Ripalda*, p. 3O) [500] el «Infierno de los justos», precisamente al que, según algunos, bajó Jesucristo en visita oficial cuando dicen los Evangelios «bajó a los Infiernos» antes de regresar a la derecha del Padre.

Lejos de reprochar olvido o negligencia al Santo Padre, vayamos al fundamento de la doctrina: ni las Escrituras ni Jesús mencionan el Limbo. Yo comprendo que muchas piadosas mujeres, entre ellas mi abuela, se habían hecho ilusiones de que sus niños muertos al nacer (eventualidad tan frecuente en el pasado) estuvieran en una especie de Cielo supletorio llamado Limbo, pero ahora es mejor que nos dejemos de paños calientes y afrontemos la dura realidad: el Limbo nunca ha pasado de ser una mera hipótesis, un espacio

conveniente donde ubicar a los neonatos sin bautizar, a los que mueren antes de empezar a vivir.

La Iglesia comprendió que tenía que habilitar una vía de salvación alternativa para estos casos y lo hizo. Otra *pia fraus* que añadir a la lista. Sin embargo, parece que, con la actitud actual del Papa, el Limbo bruscamente fue desalojado y quedó desierto.

¿De dónde nació la idea del Limbo?

Limbo significa «borde» u «orla» de algo, en el caso que nos ocupa se refiere al borde del Infierno. [501] Si el Infierno es una especie de olla negra y llena de tizne con la lumbre por dentro, el Limbo es el borde redondeado donde encaja la tapadera (implemento que nunca se usa, por facilitar la oxigenación del interior).

Al Limbo no llegan las llamas (si lo alcanzaran sería parte del Infierno). Si calculamos sobre los datos del anteriormente citado teólogo Martin von Cochem, el Limbo está situado a nueve metros cuarenta centímetros del Infierno, un palmo exacto por encima de las llamas, suficientemente alejado de ellas para que las almas infantiles eludan el tormento, pero suficientemente cerca para que se mantengan calentitas. [502]

Los teólogos, con esa habilidad que tienen para nadar y guardar la ropa, y esa seguridad de saber que siempre llegan a fin de mes y no como el resto de los artistas que vivimos de la imaginación (entre ellos, yo), en lo tocante al Limbo se mostraron renuentes y nunca se implicaron demasiado: estaban seguros del Infierno, de la Gloria y del Purgatorio, eso era teología pura y dura, pero el Limbo era sólo un *teologúmeno* (una propuesta especulativa), o sea, lo dejaron sin definición, amorfo, ni chicha ni *limoná*, ni fu ni fa.

El primero que no vaciló en coger al toro por los cuernos y legisló sobre el destino de los que morían sin bautizar fue san Agustín, cuya opinión sobre el particular constituyó doctrina de fe (*doctrina credencia*) desde el siglo V. Le parecía al obispo de Hipona que el pecado original merece las penas del Infierno, incluidos sus tormentos, y que ése es el destino de los niños no bautizados, sin más paños calientes. [503] No obstante afirmaba que la pena sería levísima (*mitissima sane omnium poena*...); ¿en qué quedamos? Si están en el Infierno, en las mismas llamas que los mayores pecadores, ¿cómo se regula el termostato del tormento para que éste sea «levísimo»? Como comprendió que metía la pata y de sabios es cambiar de parecer, moderó un

poco el dictamen y se conformó con afirmar que la pena será «de daño» (privación de la visión beatífica de Dios) y no «de sentido» (las quemaduras, el tizón encendido introducido por salva sea la parte, las carnes desgarradas con tenazas candentes...). [504]

El 19 de abril de 2007, la Comisión Teológica Internacional, presidida por Joseph Ratzinger (todavía cardenal) emitió un «documento teológico» (estos documentos, sin constituir magisterio, proyectan con vivísima luz la opinión de la Iglesia). El documento declara que el Limbo de los niños no es dogma, sino hipótesis teológica, y que, por lo tanto, no existe ni ha existido nunca. [505]

Entonces, ¿adonde van los bebés que mueren sin bautizar?

Es un misterio.

«Todos los factores considerados [...] aportan firmes bases teológicas y litúrgicas a la esperanza de que los niños muertos sin bautismo estén salvos y gocen de la visión beatífica.» [506]

¿Que no ha existido nunca? Entonces nos mentían los ministros de la Iglesia cuando nos adoctrinaban sobre su existencia, cuando nos lo describían incluso con pelos y señales? ¿Es que la Iglesia acomoda su doctrina al viento que sopla, como las veletas?

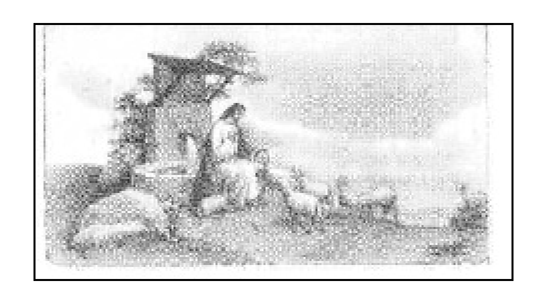
No. Nada de eso. Es que la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, sigue los dictámenes de Dios, del que el Papa es vicario y agente exclusivo en la Tierra. Esto significa que cuando Dios escribe derecho con renglones torcidos, lo que realiza con desconcertante frecuencia, los creyentes o crédulos debemos acomodar nuestra percepción a los inescrutables designios del Vastísimo, sin achacar su inconsistencia a la Iglesia. La Iglesia es una mera correa transmisora y se lava las manos, como Pilato.

El Limbo existía y ahora lo han suprimido, admitámoslo. Es como un ministerio celestial que se elimina por conveniencias del servicio. ¿Adonde se transfieren sus funciones y sus empleados?

¿Los han trasladado al Cielo?

Es lo más probable, si pensamos que los niños no bautizados sólo tenían a sus espalditas el pecado original, pero si Jesús nos redimió de este pecado con su sacrificio, es razonable que los neonatos muertos no lo padezcan.

¿Puede Dios hacer tal cosa? Por supuesto, Dios hace lo que quiere, lo que le sale de su Santísima Voluntad, Dios no conoce límites. Somos nosotros, los teólogos, los que a veces se los ponemos, pero Él se los pasa por el arco iris. Las pobres madres devotas que ya murieron después de toda una vida angustiadas pensando que sus hijitos muertos sin bautizar no gozarían jamás de la inefable presencia divina no tienen ya remedio, pero aún quedan personas vivas a las que consolar. Si la Iglesia sabe que los niños del Limbo están ahora en el Cielo, ¿por qué no lo anuncian para consuelo de tantas familias atribuladas por la suerte de sus deudos? [507]



CAPÍTULO 30

Ángeles y demonios

El cristiano debería recordarlos, pero los volveremos a enumerar para auxilio de los desmemoriados: los obreros del Cielo, donde Dios habita, son los ángeles. San Agustín los define como nadie: «El nombre de ángel indica su oficio, no su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza, te diré que es un espíritu; si preguntas por lo que hace, te diré que es un ángel.» [508]

Los ángeles son «agentes de sus órdenes (de Dios), atentos a la voz de su palabra» (Sal. 103, 20); son mensajeros de Dios que van y vienen haciéndole recados entre el Cielo y la Tierra. No plantean problemas laborales. Se dan por bien pagados con el privilegio de contemplar «constantemente el rostro de mi Padre que está en los Cielos» (Mt. 18, 10).

Los ángeles son espíritus puros, sin cuerpo, e inmortales, aunque, cuando intervienen cerca de los hombres, se nos presenten a veces en forma de muchachos guapetones, rubios, ojos azules, altos, cachas, y espléndidamente dotados (de gracia santificante). Lo de las alas es confuso porque unas veces las tienen *y* otras no y, cuando las tienen, si uno calcula sus proporciones, es evidente que no les sirven para volar (Dios no puede ir contra las leyes físicas que Él mismo dicta) [509] porque si calculamos el peso aproximado de uno de estos ángeles, pongamos ochenta kilos, para uno noventa de estatura, les corresponderían unas alas por lo menos de doble envergadura de las que les pintan, o sea, al menos cuatro metros desplegadas y abiertas, con lo que, o se prolongarían excesivamente por arriba o les arrastrarían mucho por abajo, recogiendo toda la suciedad del suelo, un accidente impropio de un espíritu puro. ¿Qué quiere esto decir? Simplemente que esas alas no son practicables, que no tienen más servicio que las de los pollos de criadero o las de los pavos de corral o las de los avestruces. Con los adelantos que hay hoy en día bien podríamos prescindir de los ángeles con alas y hacer que se trasladaran por teletransporte cuántico que te lleva, en una milésima de segundo, de un lado a otro de su universo, sin necesidad de esos

apéndices aviares. Así desvincularíamos a los ángeles de su origen babilónico (toros alados, leones alados, etc.).

Zanjada esta cuestión admitamos que hay dos tipos de alas, en lo que se refiere a su percepción artística: las blancas como la nieve y las coloreadas que imitan la cola del pavo real.

Existen más ángeles que personas, pero, como son seres inmateriales y no ocupan lugar, no se puede decir que el Cielo esté superpoblado como la Tierra. Por otra parte, como el universo está en expansión, el Cielo es cada vez más grande, con lo que el problema queda resuelto. Aparte de que los ángeles no se reproducen. Que se sepa.

Y a propósito de reproducción: ¿tienen sexo los ángeles?

Este era el tema de discusión favorito de los bizantinos, nuestros hermanos cristianos de Oriente. Mientras los turcos afilaban los sables y molían la pólvora para tomar Constantinopla, ellos se pasaban la tarde en sus casinos, tan ricamente, copa cincelada en mano, bolita de oloroso ámbar en la otra, discutiendo sobre el sexo de los ángeles. Tenían fútbol, cuidado, pero el derbi no les preocupaba tanto como el sexo de los ángeles. [510]

Nunca llegaron los bizantinos a un acuerdo, pero la opinión dominante era que los ángeles son andróginos, o sea, tienen la entrepierna como los maniquíes de los escaparates, lisa, montes de Venus más o menos abultaditos y pare usted de contar. Su apariencia es, por lo general, masculina con ciertos toques de femineidad, dependiendo del artista que los represente, de donde se deduce esa pinta de travestidos e incluso de *drag queens* que algunos no pueden evitar.

Mi opinión como teólogo aficionado es que lo del sexo de los ángeles dista de estar claro. Ciertamente los ángeles son más bien escurridos de pecho, por lo que tenemos visto de ellos, que siempre se manifiestan profusamente vestidos, y a ello sumamos que, en las Escrituras, Dios se refiere a ellos en términos masculinos (entonces no existía el *—a, —o).* Quizá no sea un argumento decisivo, si tenemos en cuenta que Dios, por su propia naturaleza, es algo machista. Por otra parte, el profeta Zacarías menciona en su libro a un par de ángeles femeninos: «Levanté mis ojos y vi, contemplé a dos mujeres que se presentaron, había viento en sus alas, tenían alas como las de una cigüeña» (Za. 5, 9).

O sea, que entre los ángeles podrían existir machos y hembras. Ahora

bien, como son seres sin sustancia, hechos de luz, espíritus puros, aunque estén dotados de las herramientas sexuales de nada les valen. En ese sentido son como los mulos de labranza: mucha presencia cuando desenfundan, pero después no se comen una rosca: inapetencia pura. Ellos lo compensan con el gozo inefable de contemplar el rostro del Vastísimo (me refiero a los ángeles, no a los mulos). [511]

Los ángeles se dividen en cuatro coros de huestes angélicas, que a su vez se integran en nueve órdenes: serafines, querubines, tronos (en Sevilla, pasos), dominaciones, virtudes, potencias, principados, arcángeles (los jefes de todas las huestes) y ángeles. Estos últimos están especializados en diversas tareas, entre ellas la de ángeles de la guarda, expertos contables que nos acompañan de la cuna a la sepultura y van asentando en su libro mayor los pecados que perpetramos, especialmente las pajas o gayolas, y los buenos actos que realizamos.

Uno se pregunta: si Dios todo lo ve, ¿qué necesidad tiene de los ángeles de la guarda? ¿Acaso no nos puede controlar Él mismo, y llevar personalmente la contabilidad de nuestros actos? Por supuesto que puede, pero ¿qué pintarían entonces esas legiones de ángeles celestiales sin nada que hacer sino alabarlo continuamente, eternamente...? Cae de su peso que es mejor asignarles un trabajo, que la ociosidad es mala consejera y podrían descarriarse y acabar como los ángeles caídos.

Los ángeles vienen a ser como los perros que auxilian al pastor para cuidar del rebaño. Los ángeles caídos serían esos perros asilvestrados que van por libre y si pillan una oveja descuidada, la devoran.

El demonio

Los hipercríticos que tanto envenenan nuestras conciencias y siembran en ellas la cizaña de la duda se preguntan a veces: si Dios en infinitamente bueno y lo creó todo de la nada, ¿cómo es posible que en un mundo que es Creación suya exista el mal?

Esto requiere una explicación razonada. Cuando Dios creó el mundo fabricó una legión de ángeles para que lo ayudaran y también por establecer una cierta jerarquía entre Él y los hombres. (Ya sabemos lo puntilloso que es

en cuestiones protocolarias).

Al principio, todos los ángeles eran espíritus puros, y bondadosos, un cacho pan. [512] Dios, por darles de todo, con aquella generosidad suya, les concedió incluso la facultad de obrar según su voluntad, es decir, de ser buenos o malos.

¡Ahí fue donde Dios metió la pata! (Y conste que me duele decirlo.)

En cuanto les brindó la oportunidad de ser buenos o malos, casi todos siguieron siendo buenos, pero uno de ellos, Lucifer, el demonio, escogió ser malo y arrastró consigo a toda su peña (era, y es, muy persuasivo). Dios los expulsó del Cielo y por eso los llamamos los ángeles caídos. Después de esta exclusión, Satanás se maleó aún más, por eso la Biblia lo pone a caer de un burro: «Homicida desde el principio, mentiroso y padre de la mentira» (Jn. 8, 44); «Satanás, el seductor del mundo entero» (Ap. 12, 9); «somos de Dios y [...] el mundo entero yace en poder del Maligno» (1 Jn. 5, 18-19).

Los artistas han pintado al demonio de muchas maneras, pero casi siempre feo, negro, con alas de murciélago y, a veces, con patas de cabrón (el macho de la cabra) y rabo, pero no hay que fiarse porque es muy versátil y tiene el poder de cambiar de aspecto a voluntad para incitarnos a pecar. Es conocido el estrago que perpetraba entre los eremitas del desierto de la Tebaida que vivían a pan y agua todo el día alabando a Dios. Llegaba el demonio en figura de bocata de calamares y cervecita fresca, con aquellos calores, y pocos eremitas se le resistían. Otras veces se presentaba en figura de mujer hermosísima que bailaba la danza del vientre quitándose velos hasta quedar desnuda y disponible para lo que se tercie. Recuerde el lector las tentaciones de san Antonio, que tantos pintores usaron como pretexto para representar a una real hembra en sus cueros sin salirse de la pauta de la pintura religiosa, los muy pillines. [513]

Una precisión: lo de llamarlos ángeles caídos encajaba cuando el Cielo estaba arriba y el Infierno abajo, [514] pero ahora, con los adelantos de la teología, sabemos que ni el Cielo ni el Infierno se ubican en lugar alguno sino que son estados de ánimo (más o menos). Por consiguiente, si queremos ser precisos, debemos dejar de llamarlos los ángeles caídos para denominarlos, con más precisión, los ángeles del Infierno o del Agujero Negro.

Aquí se nos plantea un problema que, por una vez, no es estrictamente teológico sino de derechos de imagen y de marcas registradas: la expresión

«Ángeles del Infierno» la viene usando desde 1978 como marca propia y registrada un grupo de rock *heavy metal* oriundo de Lasarte, Guipúzcoa. ¿Sería posible que los dos grupos, el que lidera Lucifer y el de *heavy metal,* compartieran ese título pacíficamente?

A mi juicio es posible, si las dos partes ponen un poco de buena voluntad, dado que sus actividades difieren casi por completo y no se van a prestar a más confusión que la de vestir de negro, los unos tachuelas, imperdibles y cuero, los otros blusón manchego, pezuñas caprinas y alas de murciélago. En todo lo demás divergen, aunque es posible que compartan un sector de la clientela, lo que, lejos de resolverse en competencia desleal, podría contribuir a estrechar lazos de hermandad entre las dos formaciones. Por otra parte, la cesión de los derechos de ese título, «Ángeles del Infierno», es de justicia dado que los del grupo *heavy* han usado denominaciones pertenecientes a los antes llamados ángeles caídos sin protesta o reclamación legal por parte de éstos. [515]

Algún hipercrítico objetará: si los ángeles del Infierno (los genuinos digo, los de Lucifer) tenían la facultad de escoger entre el bien y el mal, eso quiere decir que el mal existía, ¿no?

Es lo natural. Los pobres ángeles no podrían decantarse por algo inexistente, luego tenía que existir.

Si ese mal existía, ¿quién lo había creado? ¿El Creador de todo? ¿Dios?

Ya volvemos a empezar: algún origen tiene que tener el mal, y desde luego no puede provenir de Dios, que es infinitamente bueno. Entonces, ¿de dónde?

Digámoslo ya: el origen del mal es un misterio de la Iglesia. De Dios no puede venir teológicamente hablando y, sin embargo, todo viene de Dios. ¿Qué es esto?

Sencillamente una paradoja, un misterio. Apliquemos la fe que nos salvará de ese escollo, así como el surfista avezado ve venir la ola que amenaza con engolfarlo, con revolearlo, con ahogarlo, pero él, usando de su tabla y de sus facultades, regalo de Dios, consigue esquivarla e incluso jugar con ella remontándola, introduciéndose en su interior de caracola, cabalgando en su cresta bravía y espumosa, así el que cree en la gracia santificante puede esquivar la paradoja del origen del mal.

¿Cuál es nuestra tabla de surf? ¿Cuál es nuestra tabla de salvación? La fe.

La fe mueve montañas, salva precipicios, amansa fieras, mantiene fondos de inversión y cuentas de jubilación. [516]

Regresemos al demonio. Era un ángel de los más bonitos, más bonito que un san Luis, pero... se reconcomía de envidia porque no era como Dios. Escogió el mal, pecó, se separó de Dios, se llenó de maldad y abandonó el rebaño. De obediente y eficientísimo perro pastor pasó a ser can asilvestrado que ataca a las ovejas y las pierde con insidias y tentaciones (principalmente carnales).

Dios lo castigó, le negó la visión beatífica y lo arrojó a las tinieblas exteriores donde no existe climatización alguna. Los ángeles expulsados tuvieron que encender un fuego: ése es el origen del Infierno.

¿Sabía Dios cuando creó los ángeles que algunos se rebelarían? Pues claro que lo sabía: es omnisciente. ¿Y a pesar de ello los creó, con la de problemas que iban a proporcionarle?

Evidentemente los creó (ya hemos comentado su vena masoca).

Dios sabía que algunos ángeles se rebelarían, pero los creó porque Dios toma la libertad en serio, hasta sus últimas consecuencias, no como otros. El mal es preciso para que brille el bien. Si solamente pudiésemos hacer el bien no seríamos libres y no tendría mérito. Para que unos tengan matrícula de honor otros deben cosechar suspensos. Todos matrícula no tiene mérito.

El Papa Juan Pablo II, en su cuarta audiencia, el miércoles 18 de agosto del año 1999, comunicó sus últimas conclusiones sobre el demonio al rebaño cristiano estabulado en la plaza de San Pedro, frente a las ventanas de sus aposentos: «Nosotros creemos que Jesús ha vencido definitivamente a Satanás y nos ha liberado de su temor.»

Eso dijo. Sin embargo se contradice con declaraciones conciliares anteriores en el sentido de que Satanás no está vencido ni mucho menos: «Toda la vida humana, la individual y colectiva, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas.» [517] Mazdeísmo puro.

Es más, habrá que aguardar a la consumación de los tiempos para ver al Demonio vencido: «A través de toda la historia humana existe una dura

batalla contra el poder de las tinieblas que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final.» [518]

En auxilio del Santo Padre, que lo veo un poco empanado, examinemos el carácter del demonio. [519] Los griegos distinguían demonios buenos (*agatodemones,* αγαθοδαίμονες) y demonios malos (*cacodemones,* κακοδαίμονες). Los buenos eran una especie de ángeles de la guarda; los malos, espíritus perversos que sembraban cizaña en el mundo. En los primeros siglos, cuando san Pablo impulsó el cristianismo en la sociedad helénica, los conceptos griego y cristiano se apoyaron mutuamente de manera que el Diablo griego se confundió con el Satanás cristiano. [520] Me da la impresión que por ahí vienen todas las contradicciones.

Los demonios pueden poseer a personas, animales o cosas por el procedimiento de invadirlos y apropiárselos, a modo de *okupas* o, más dramáticamente, como el *Alien* de Ridley Scott. Una vez que el demonio te invade, aviado vas: te obliga a perpetrar toda clase de maldades y extravagancias, de manera que pones en peligro a tus semejantes porque dejas de controlar (es lo que en los juzgados se denomina «enajenación mental transitoria», un eximente estupendo). En este caso más te vale contratar a un buen exorcista (una de las habilidades de Jesús, y no la menor). El exorcista es un cura con barba de chivo y gafas estilo años cincuenta que tiene la habilidad de expulsar a los demonios y de este modo se gana la vida honradamente. La Iglesia dispone de una considerable nómina de exorcistas. [521]

Vivimos tiempos de cambios, no hay más que abrir el periódico o asomarse a la televisión para confirmarlo. La decisión del Papa sobre el Cielo, el Infierno, el Purgatorio (el olvido del Limbo) y sobre el demonio nos angustian y nos colman de íntima zozobra, ¿a qué negarlo? [522] Hemos empleado dos mil años en construir pacientemente una gigantesca montaña de casuística y argumentación escolástica para que ahora venga el pastor polaco y nos lo suprima de un plumazo porque se le ha ocurrido redecorar los novísimos en una meditación veraniega.

¿Estaba errado el Papa Wojtyia?

No. Nos guste o no, el caso es que no puede estarlo: lo eligió el Espíritu Santo en persona, si bien después de ciertos titubeos con la fumata blanca, ¿lo recuerdan?

Lo eligió Dios, tras dudarlo un poco.

Juan Pablo II, siempre con la choza al hombro, de un lado para otro, era el vicario de Dios en la Tierra: lo que él ataba en la Tierra, Dios lo ataba en el Cielo.

Por ese lado no hay duda alguna.

Entonces, ¿qué?

¿Es que Dios se nos está haciendo viejo y afloja sus férreas convicciones de antaño?

No, Dios como eterno, es como el conde de Saint Germain, como el Judío Errante, como Nati Abascal: los años no pasan por Él, no chochea, tenemos Dios para rato, así que a sus rarezas les tendremos que buscar otra explicación plausible.

¿Está cansado, Dios? ¿Es posible el cansancio de Dios? Quizá sea posible, del mismo modo que hablamos del cansancio de la historia, otra abstracción semejante. Si cuando hizo el mundo al séptimo día descansó (Gn. 2, 2-3) es porque se cansa, de eso no cabe duda.

Algún católico poco avezado en las Escrituras se sentirá desorientado, lo sé.

Intentemos iluminar su camino.

Si observamos las directrices de la Iglesia en estos últimos tiempos, nos percatamos de que la curia vaticana persigue y anatematiza la doctrina de los teólogos avanzados. [523] Eso es casi una ley natural. Los cardenales son ancianos acomodados que disfrutan de una existencia apacible en sus palacios, pendientes sólo de sus bienestares y de sus *boccati* (o sea *boccone*) *di cardinali,* sus mariscadas en el Trastevere, su caviar Beluga nueve estrellas etiqueta platino, sus whisquis Dalmore, sus champañas Krug, Clos du Mesnil, 1995; [524] sus puros Cohíba Behique, sus conciliábulos, sus tiquismiquis, sus intrigas, sus rencillas, las murmuraciones de la corte vaticana...

No quieren evolucionar. Sus eminencias temen que las cosas cambien demasiado rápidamente y les compliquen la existencia para el escaso tiempo que les queda por disfrutar el gustoso valle de lágrimas, a punto como están, muchos de ellos, por imperativo de la edad, de ser llamados a la Gloria por el Padre Eterno, cita ineludible que no podrán aplazar por más que se atiborren

de Gerovital y se sometan a los tratamientos rejuvenecedores de la doctora Asland o a las terapias de Niehans. En vano intentan aplazar ese gozoso momento de sentarse a la derecha del Padre.

El resultado es que los cardenales rechazan las innovaciones propuestas por los teólogos avanzados. Hasta, si se les ponen muy pesados, los apartan de sus cátedras y les prohíben publicar o predicar. [525] Pasan unos pocos años y un Papa que cuando era cardenal participaba de esas reservas, ahora que está tocado por el Espíritu Santo cambia de idea y apoya y consiente lo que antes perseguía. Siempre sucede.

Un Papa paradójicamente surgido de esa carcundia curial romana, pero no elegido por sus iguales, sino por el Espíritu Santo, no lo olvidemos.

Hans Küng y otros prestigiosos teólogos adelantaron, en los años setenta del pasado siglo, el estado evanescente de los conceptos Cielo, Infierno y Purgatorio que ahora el Papa confirma.

Siguiendo esa misma tendencia, lo que los teólogos más avanzados están adelantando ahora, a principios del siglo XXI, siempre contracorriente de la curia vaticana, un Papa vendrá a confirmarlo dentro de veinte o treinta años. Ese Papa, que es posible que se llame Juan Pablo Benedicto I, lo asumirá y lo declarará *urbi et orbi* como doctrina oficial de la Iglesia. A poco que estudiemos el rumbo de la teología vaticana en los últimos años, podremos anticipar, con escaso margen de error, el rumbo que seguirá el transatlántico de san Pedro cuando surque las procelosas aguas del futuro.

¿Qué es lo que nos dicen los últimos teólogos?

El sacerdote católico y prestigioso teólogo Armindo dos Santos Vaz, después de consagrar sus vigilias a largos años de profunda investigación, revela que el Paraíso Terrenal, el diablo y el pecado original jamás existieron, que son meros mitos, una interpretación que «podría haber variado completamente esa concepción cristiana, pesimista, fatalista y trágica sobre el pecado y la vida». [526]

O sea: nuestro paso por el mundo no tiene por qué ser, necesariamente, un valle de lágrimas. [527]

Refiriéndose al Génesis, Armindo dos Santos Vaz asevera: «Difícilmente se encuentra en la literatura mundial una narración tan conocida, tan mal interpretada y que, después de san Agustín, tanto haya

marcado e influido en la fantasía, el pensamiento, la mentalidad y la moral de Occidente como la llamada historia del Paraíso Terrenal.»

«No me sentía satisfecho —dice Armindo dos Santos— de las explicaciones del Génesis sobre esos pasajes y decidí estudiarlos. Adopté un método de análisis siguiendo las pautas del magisterio de la Iglesia y llegué a conclusiones completamente diferentes de las tradicionales.»

«El Jardín de las Delicias, o Paraíso Terrenal, nunca existió. La expresión hebrea *gan eden* se tradujo torpemente por "Jardín del Edén" cuando, en realidad, *eden* significa "vega, llanura irrigada", y *gan* es una "huerta". [...] El texto habla de una huerta en una vega como lugar de trabajo donde Dios colocó al hombre. Este lugar no es el Paraíso, el Jardín de las Delicias, sino una huerta fértil, con mucha agua, que el narrador usa para explicar el trabajo humano y después su expulsión de ese lugar idílico.»

Entonces, ¿no existe la Gloria? —nos preguntamos—. ¿No existe ese lugar celestial que Jesús promete en la cruz al buen ladrón cuando le dice: «En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc. 23, 43)?

Armindo dos Santos Vaz se muestra pesimista en este aspecto, para qué nos vamos a engañar: «La Iglesia inventó una Gloria que no existe en el Génesis. El pecado original tampoco existió.»

«La pareja humana, Adán y Eva, estaban en proceso de creación —alega Dos Santos Vaz—; no tenían condición humana y, por tanto, no gozaban de conocimiento, de discernimiento del bien o el mal. Luego no podían pecar. El supuesto pecado original consistió en comer del árbol prohibido; el texto original ni siquiera habla de una manzana.»

¿Y lo de Eva saliendo de una costilla de Adán, esa humillante manera de presentar a la mujer que a los feministas nos repugna? «La creación de la mujer también está distorsionada o malinterpretada —aclara Dos Santos Vaz—, la mujer no salió de la costilla del hombre. La palabra hebrea *tzaila* no significa "costilla" sino "costado, lado", lo que presenta a la mujer como el otro lado del hombre, su complemento en términos de igualdad, no de subordinación. El hombre y la mujer eran iguales, de la misma naturaleza y los dos conformaban la especie humana.»

¿Y qué hay del demonio que tienta a Eva en forma de serpiente?, nos preguntamos.

«No existe nada de diabólico o demoníaco en la serpiente —aclara Dos Santos Vaz—. Es una figura ambigua que utiliza el Génesis para explicar el bien y el mal, para discernir entre las cosas positivas y las negativas. La serpiente representa la astucia de la civilización, porque engaña a la mujer asegurándole que "no moriréis" cuando Dios, en la prohibición, les había advertido que morirían si comían del árbol.» [528]

O sea, la moderna teología (porque es evidente que el resto de los teólogos caminan por la misma senda) tacha del imaginario cristiano el Paraíso Terrenal, el otro Paraíso Celestial, el demonio y el pecado original.

De una tacada. Borrón y cuenta nueva.

Dos Santos Vaz cree que éstas conclusiones «no tienen consecuencias negativas, porque llevan al hombre a aceptar serenamente las penas de la vida humana.»

Que no tenga consecuencias es opinable. Que nos dé serenidad a los cristianos es posible, pero también nos suscita muchísimas dudas que, a los más sensibles, nos desasosiegan.

Y lo que es peor: con estas conclusiones que la prensa divulga, suministramos munición a los hipercríticos que, con razón, pueden comentar en sus cenáculos: ¡dos mil años jodidos y ahora nos salen con ésta! ¿Quién les alivia a los ya fallecidos sus angustias? [529]

De sabios es mudar de parecer. La Iglesia ha ejercido su magisterio lo mejor que ha podido y sabido, con la inspiración de Dios. Ahora bien, si Dios ha permitido la pervivencia en el pasado de esos errores, incluso de esos abusos, sus razones tendría. ¡No seamos tan soberbios que intentemos penetrar en las motivaciones de la mente divina!

Lo peor del caso, desde el punto de vista teológico, son las consecuencias que estas revelaciones tendrán para el entero edificio de la Revelación.

Si no hubo Paraíso Terrenal, ni Adán y Eva, ni demonio en figura de serpiente tentadora, de ello se sigue que no hubo pecado. El único sustento de la historia del pecado primigenio es el Génesis o deriva de él. Eso está claro.

No hubo pecado original. ¡Otra pamema teológica que tendremos que demoler!

Quién nos vendió esa burra, es lo de menos. Eso ocurrió hace tres mil años, quizá más (la transmisión oral) así que vaya usted a buscarlo y a exigirle responsabilidades.

Si no hubo pecado original, es evidente que tampoco hubo necesidad de Redención.

Eso es elemental.

Si no hubo necesidad de Redención, Jesús no tuvo que encarnarse para que lo crucificaran a fin de redimirnos.

Esto podría explicar ese asunto tan extraño, e inaceptable desde el punto de vista de la razón, de que Dios se desdoble en un Hijo y lo mande a sufrir a la Tierra para redimir un castigo que Él mismo ha impuesto a la humanidad en un rapto de ira.

Es que no se sostiene.

Si no hubo necesidad de Redención es evidente que Dios no se desdobló en un Hijo. Dios no da puntada sin hilo y los experimentos los hace con gaseosa. ¡No impliquemos a Dios en nuestras fantasías!

Si Dios no se desdobló en un Hijo terrenal, ¿quién era Jesús?

Probablemente eso: un buen hombre, un predicador, un sanador, un exorcista que se metió en camisa de once varas, se creyó lo que no era, y los romanos lo crucificaron por sedición sin más averiguaciones. Unos años después san Pablo lo tomó como pretexto para fundar una religión mistérica que acabó con todas las demás, semillita ínfima de la que brotó el baobab potente de la Iglesia romana bajo cuya sombra se acoge hoy el balador rebaño de la feligresía mundial.

En tal caso, todo cae por tierra.

¿Vamos a liquidar a la Iglesia, la vamos a cerrar? ¿De qué comerán sus cientos de miles de funcionarios? ¿Quién les llevará esperanza a esas criaturas débiles y atribuladas, los creyentes, que, como su propio nombre indica necesitan —necesitamos— creer en algo, necesitamos de la religión? ¿En qué pararán todos los procesos de nulidad que se acumulan en los anaqueles de la Rota? ¿Y el dinero que llevan invertido en sus asuntos los aspirantes a anulados, quién se lo restituye? Y las feligresas que hallaban gran consuelo en su confesor y salían como nuevas, mucho más relajadas, de cada consulta espiritual, ¿a qué consolador recurrirán ahora? ¿Y los

restaurantes y comederos que compensan las escaseces del resto del año con las comilonas de bodas, bautizos y primeras comuniones? ¿Y las tiendas de estampitas y souvenires religiosos? ¿Y las delicatessen conventuales a las que tan acostumbrados estamos los golosos, quién las elaborará cuando el obrador del convento cierre? ¿Y esas indiecitas de la India o de América, o esas subsaharianas de contundente grupa, que se refugian en nuestros conventos huyendo de las asperezas de la vida, qué va a ser de ellas si las arrancamos del servicio de las cuatro monjas ancianas que han quedado, les quitamos los hábitos que tan bien les sientan y las ponemos en la calle donde el Maligno tiende sus redes de lujuria? Además, suprimidas las comunidades religiosas, ¿dónde encontraremos las yemas de santa Teresa, los huesecitos de san Claudio, los esternocleidomastoideos de san Sebastián, los cojoncitos del abad, los pezones de santa Águeda y otras delicias conventuales? ¿Qué confesores y directores espirituales acompañarán en su vejez a las viudas pudientes con un montón de propiedades que los sobrinos rondan como pirañas hambrientas?

Demasiadas implicaciones, todas ellas negativas.

¿No merece ningún reconocimiento que valga un indulto la institución secular que ha mantenido y transmitido (y depurado de cuanto juzgaba pagano y pecaminoso), el legado de la cultura antigua que hoy forma la base de nuestra civilización occidental? [530]

¿Vamos a permitir que ese enorme vacío que dejaría la Iglesia lo ocupen la astrología, la cartomancia, la lectura de posos del café, la bruja Lola con su peinado de escarola, la bruja Aramís con su potencia en el pompis (cada cual con su teología de lo inmanente), el tarot, las pamemas de la *new age,* las runas y todas esas engañifas seudotrascendentes?

¿Vamos a permitir que se hunda nuestra Semana Santa, con sus capirotes y sus penitentes, sus costaleros y sus mantillas, su aroma (que hay a quien le gusta) a incienso y a cera quemada? Lo primero que harían los gobiernos explotadores vendidos a las multinacionales esclavistas sería suprimirnos las vacaciones de Semana Santa.

¿Vamos a permitir que se extingan nuestras romerías con sus santos del pueblo acarreados a hombros por mocetones, sus entrañables estampidos de cohetes, sus misas de campaña, sus rosarios, sus vivas a la patrona, sus vivas al presidente de la hermandad que sufraga el vino, sus chiringuitos, sus

banquetes de hermandad, sus rosquillas del santo, sus caballos, sus motos de escape libre, su toro ensogado, su sorteo de la pava o del cerdo, su banda de música con acordeón, sus borracheras, sus cánticos corales, sus bailes en el prado y sus casquetes de aquí te pillo, aquí te mato, detrás de un seto?

¿Dejaremos extinguirse los roperos parroquiales, los santos rosarios de media tarde, las cuestaciones de la hermandad, los ejercicios espirituales, el arreglo del ajuar de la Virgen, las mesas petitorias, las novenas a san Antonio, las adoraciones nocturnas, los ejercicios espirituales, las octavas a santa Rita, las jornadas de la Congregación de los Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento, los triduos a san Caralampio, las campanas al vuelo, las alfombras de flores por el Corpus y sus cruces de mayo a cual más bonita, los remordimientos por una paja, las comuniones con la niña vestidita de novia, el niño de almirante, la mamá de mantilla, el menú de comedero con gambas descongeladas y jamón de bodega al principio y chocolate de polvos con churros al remate, los entierros con el cura delante entonando su gorigori con solemnidad profesional?

¿Vamos a renunciar a la celebración de la Navidad, a la ilusión de los niños, a las calles llenas de bombillitas de colores, al espumillón, a las compras de todo lo que traerán los Reyes Magos, a los mariscos de cocedero, al besugo, al jamón, a los mantecados que se pegan al paladar, a las comidas de empresa con piropos subidos de tono a Puri, la secretaria, que está cada día más ajamonada y más buena, a los villancicos, a las zambombas, a las carracas, al anís, a los belenes, a la misa del gallo, a los planes de adelgazamiento pos-navideños?

¡No, no podemos permitir tal cosa! El cristianismo forma parte de la esencia de Europa, de América, de Australia y del mundo libre en general. ¡La cristiandad! No se entiende nuestro mundo sin el cristianismo.

Tres son los esenciales rasgos de identidad de los componentes de la civilización occidental (la nuestra, la mejor con diferencia): el cristianismo, el derecho de gentes y el hecho de haber comenzado a estudiar inglés alguna vez en la vida.

Darle la espalda al cristianismo es dársela a Europa, y a la civilización cristiana occidental.

Sería nuestro definitivo suicidio.

La moraleja está clara: hay que mantener el cristianismo. Aguantemos la

presente tormenta teológica, este nuevo siglo de hierro que se nos avecina, esta nueva barbarie a la que los tiempos enfrentan a la Iglesia. Soportemos los embates furiosos de los hipercríticos que incluso desde el seno de la Iglesia (¡porque muchos son sacerdotes!), se esfuerzan por derribarla.

Si lo conseguimos, muy pronto alumbrarán nuevos tiempos y la Iglesia antigua volverá por sus fueros, con sus misterios y sus dogmas, con su valle de lágrimas y su resignación ante la adversidad, con su pecado y su penitencia, su eucaristía, sus sacramentos, sus virtudes teologales, sus corruptores de doncellas, sus pedófilos, su Infierno y su Gloria, su Purgatorio, su Limbo, sus sermones, sus entrañables fiestas patronales y todo ese mundo de salvación por la fe que ahora peligra.

Los hipercríticos pueden seguir aseverando que todo, absolutamente todo lo referente al cristianismo y a la Iglesia católica es mentira, que todo es un puro embuste, patrañas urdidas por una panda de farsantes para mantener a los humildes resignados y a los poderosos en sus privilegios.

Vale. Todo eso es cierto, concedámoslo, pero ahí reside precisamente la grandeza del cristianismo: aunque todo se basa en ficciones, embelecos y tergiversaciones, como hemos visto, el resultado final es la Verdad, la Verdad revelada y eso ni todos los hipercríticos del mundo pueden cambiarlo.

Razonémoslo escolásticamente.

El oxígeno es agua, ¿verdad o mentira? Respuesta correcta: mentira.

El hidrógeno es agua, ¿verdad o mentira? Respuesta correcta: mentira.

El oxígeno (un átomo) y el hidrógeno (dos átomos), ¿son agua? Respuesta correcta: verdad.

O sea: de dos mentiras ha resultado una verdad.

Una verdad irrefutable, científicamente probada, una verdad que va a misa.

Otro caso.

El huevo es la tortilla española, ¿verdad o mentira? Respuesta correcta: mentira.

Las patatas son la tortilla española, ¿verdad o mentira? Respuesta correcta: mentira.

El aceite de oliva virgen (extra, y si es posible que sea picual exprimido

en frío) es tortilla española, ¿verdad o mentira? Respuesta correcta: mentira.

La cebolla picadita fina y rehogada es tortilla española, ¿verdad o mentira? Respuesta correcta: mentira.

El huevo batido y mezclado con la patata cortada en lascas y semifrita en aceite de oliva virgen extra, si es posible que sea picual exprimido en frío, al que se adiciona la cebolla picada y rehogada y todo ello cuajado en una sartén y conformado en forma de pastel, es tortilla española, ¿verdad o mentira?

Respuesta correcta: verdad, una espléndida, una sabrosa, una apetecible verdad. [531]

¿Qué nos enseña la filosofía? Que de un conjunto de mentiras puede resultar una verdad.

De las mentiras cristianas, de esa sarta de embustes de imposible digestión, de ese potaje de patrañas y supersticiones, de esa estafa secular que permite vivir del cuento, y divinamente, a una panda de vagos y embaucadores, ha brotado, como manantial de gracia santificante, nuestra Verdad católica.

Hasta los hipercríticos destinados a las llamas eternas tienen que reconocerlo.

Podéis ir en paz, pardillos.

Que así sea.



Apéndices

APÉNDICE 1

Algunas teorías sobre el origen de las religiones [532]

—El filósofo Evémero de Mesenia (siglo —IV) señaló que los dioses son el resultado de la divinización de personajes ilustres que se personificaron en los astros.

—Para el filósofo Auguste Comte (1798-1857), la religión comienza con la veneración de los objetos de la naturaleza (sobre todo de los astros celestes, *fetichismo*) que evoluciona primero hacia el politeísmo y luego al monoteísmo.

—Herbert Spencer (1820-1903) cree que primero se adoró a las fuerzas de la naturaleza (el *mana*) y a los muertos ilustres elevados a la categoría de dioses protectores de la familia, del clan o de la tribu (*evemerismo*) y finalmente condensados en un Dios único.

—James G. Frazer (1854-1941) piensa que la magia precede a la religión. (*La rama dorada*, 1890-1915.) Cuando la magia se muestra insuficiente surge la religión que delega en la potencia de los dioses.

—Edward B. Tylor (1832-1917), en *Primitive Culture* (*La cultura de los pueblos primitivos*, 1871), cree que los «primitivos» creían que el ser animado (los animales, las plantas, las aguas, las selvas, los manantiales, las montañas...) tiene una alma que le da la vida (animismo). El alma del muerto es «alma sombra» o «alma externa». El hombre primitivo intenta congraciarse con las almas de la naturaleza hostil sobornándolas con regalos (sacrificios). En la evolución de estas creencias se distinguen tres etapas: magia, religión y ciencia; animismo (creencia en almas, seres espirituales), politeísmo y monoteísmo.

El animismo evoluciona sucesivamente de la personificación de la naturaleza al politeísmo, al monoteísmo y a la metafísica. Esta cuestiona la creencia irracional y acredita la explicación científica. [533]

—Robert Ranulph Marett (1866-1943) cree que los primitivos adoraban las manifestaciones suprahumanas (divinas) de la naturaleza: la tormenta con sus rayos y truenos, las olas, los torrentes, los roquedos, el pedo de lobo.

—Émile Durkheim (1858-1917) define la religión como «un sistema unificado de creencias y prácticas relativas a las cosas sagradas, es decir, cosas colocadas aparte y prohibidas, creencias y prácticas que unen en una sola comunidad moral llamada Iglesia a todos aquellos que se adhieren a ellas». El objeto de la religión es una realidad colectiva. «La esencia y el alma de la religión es la idea de la sociedad.» La conciencia colectiva es una experiencia real y por ello nos proporciona una referencia objetiva para explicar la religión como la fuerza moral y cognitiva que une grupos.

—Max Weber (1864-1920) cree con Frazer que la religión surge para satisfacer las necesidades físicas (*La sociología de la religión*, 1922). Con el tiempo, en cambio, la religión viene a proporcionar un sentido a la vida.

—Clifford James Geertz (1926-2006) cree que la religión surge para dar un significado a la vida (*La interpretación de las culturas*, 1973).

—Sigmund Freud (1856-1939), el neurólogo y fundador del psicoanálisis que a tanta gente da de comer, piensa que la religión es una neurosis colectiva y coactiva, «el intento de controlar el mundo de los sentidos en el que nos vemos inmersos por medio del mundo de nuestros deseos desarrollado en nosotros por impulsos de las necesidades psicológicas y biológicas humanas». Para Freud la religión surge como respuesta a la culpabilidad que los hijos primitivos sintieron por haber matado a sus padres, quienes les habían impedido el acceso sexual a las mujeres de la horda original: los machos jóvenes se confabulan para asesinar al macho más poderoso, al jefe de la manada, codiciosos de aparearse con sus hembras. Muerto el padrino y saciados de sexo, los jóvenes rebeldes sienten remordimientos y empiezan a comentar que el tirano no era tan malo después de todo, que tenía sus cosas malas pero también las tenía buenas, *etc.* Los jóvenes, que se han deslechado en el prolongado fornicio, se sienten ahora culpables y se comprometen a no volver a matar. El acuerdo se sella con un festín en el que devoran ritualmente el cadáver del finado. Así nacen la religión, las leyes del parentesco, el totemismo y el tabú del incesto. Los tótems [534] evolucionan y se transforman en dioses que imponen una serie de restricciones religiosas (tabús) a la libre satisfacción de los deseos. El fastidio causado por estos tabús se suaviza con rituales periódicos que representan el hecho original (o sea, vuelta al fornicio: es que no tenemos enmienda).

—Salomon Reinach (1858-1932) cree que la religión comienza con el totemismo (*Orpheus. Histoire genérale des religions*, 1909). Los fieles

adoran al tótem (que sublima las cualidades del grupo o clan humano), y sacrifican y comen al animal totémico (comunión, banquete ritual) para apropiarse de su fuerza supranatural.

Algunas veces la carne del dios se identifica con alguna planta alucinógena cuyo consumo transporta al creyente a otra dimensión trascendente, o dicho más llano, le proporciona un colocón. Lo ha estudiado extensamente John Allegro (véase bibliografía) en una obra controvertida en la que intenta demostrar que los cultos a la fertilidad neolíticos, de los que proceden las mayores religiones, incluido el cristianismo, se basaban en el uso de la seta sagrada, la *Amanita muscaria* como camino de acceso a una alteración de la consciencia que permite comunicarse con la divinidad. (Más información en el apartado segundo de estos apéndices, «La religión y los alucinógenos».)

—Gustavo Bueno (1924) distingue entre *religiones primarias* (en las que no hay dioses, son númenes animales); *religiones secundarias* (en las que surgen dioses imaginarios que van perdiendo su sentido numinoso) y *religiones terciarias* monoteístas (en donde ya no hay númenes ni dioses, sino un Dios único verdadero, es decir, una idea de Dios contradictoria y que ya no puede existir como tal, ni siquiera como idea). [535] «Las religiones brotan de una relación originaria de los hombres con otras entidades no humanas, pero dotadas de percepción y de deseo que se identifican no con fantasmas (extraterrestres, demonios, ángeles) sino con ciertos animales que se enfrentan al hombre desde época paleolítica y cuyo reflejo se encuentra en las pinturas rupestres de las cavernas (*religión primaria*). Las *religiones secundarias* se constituyen, a partir del Neolítico, como una transformación de las religiones primarias, determinada por el progresivo control que los hombres llegan a tener sobre esos animales divinos. Las religiones secundarias cubren toda la época de las religiones supersticiosas que dan culto a figuras antropomórficas o zoológicas que llenan el panteón del Egipto faraónico, de las culturas hindúes, chinas, mayas, *etc.* La crítica al antropomorfismo y el zoomorfismo religiosos, llevada a cabo principalmente por la filosofía griega, conduce a las *religiones terciarias*, de signo marcadamente monoteísta, que constituyen el umbral del ateísmo. Las llamadas religiones superiores (judaismo, cristianismo, islamismo) mantienen el componente monoteísta pero complementado por doctrinas «positivas» sobre una supuesta revelación que favorece la transformación de los

fenómenos religiosos en superestructuras sociales o políticas (principalmente la formación de Iglesias, con sus cultos, ceremonias, dogmas, etc., cuyo funcionalismo alcanza grados muy altos).» [536]

—Ambrosio Algarinejo Calandria, chapista (1951) entrevistado por un periodista declaró:

AMBROSIO: ¿La religión? Un cuento chino *pa* que unos cuantos granujas vivan de puta madre sin dar golpe a costa de la ignorancia de las viejas que les sueltan las perras.

ENTREVISTADOR: Usted también los mantiene.

AMBROSIO: ¿YO? ¡De mí poco van a sacar!

ENTREVISTADOR: Viven de los presupuestos generales del Estado y Hacienda somos todos.

AMBROSIO: ¡Anda la hostia, pues es verdad! [537]

ENTREVISTADOR: No tomarás el nombre de Dios en vano.

APÉNDICE 2

La religión y los alucinógenos

En los Vedas hindúes (compilados hace tres mil quinientos años en el valle del Indo) se describe el *soma*, una planta sagrada, sin raíces ni hojas, que crecía lejos del valle del Indo, en las montañas, y era producto del dios del trueno. Por sus representaciones, en las que destaca su característica caperuza roja, se parece mucho a la seta *Amanita muscaria*. [538] El consumo ritual del *soma* conducía al creyente a su comunión con los dioses (o sea, era un enteógeno). Su fuerza era tal que los orines de una persona que la hubiera tomado embriagaban a su vez a los demás comensales.

También los textos mazdeístas mencionan una planta sagrada, la *haoma*, de similares características, y el parecido de los nombres no parece fortuito como sugiere Wasson.

¿Llegó este *soma* o *haoma* al pueblo elegido, dada su proximidad y convivencia con el mazdeísmo? ¿Llegó este *haoma* al cristianismo dada su proximidad y convivencia con el mitraísmo? Uno quisiera creer que no, que a los primeros cristianos les bastaba el consuelo espiritual de sus ágapes, con el alimento fraternal del pan y el vino, pero hay que admitir que en algunos frescos románicos (como los de Plaincourault y Notre Dame de Vic, en Berry, Francia), el árbol del conocimiento del Génesis tiene toda la forma de un hongo rojizo moteado de puntos blancos, la *Amanita muscaria*. Si la hipótesis se confirma, la amanita sería el árbol prohibido de cuya fruta comieron Eva y Adán lo que originó su expulsión del Paraíso, el pecado original y las demás desgracias de la humanidad que Jesús vino a redimir.

Hace años, en un retiro de la organización católica Agnus Dei, en Marignane (Francia), intimé (sin transgredir los límites de la honestidad) con una atractiva monja italiana, doctora en teología y antropología, sor Inmaculada de las Sagradas Espinas, en el siglo Annina Fasciati, que me explicó su hipótesis acerca del origen de la eucaristía: en las primeras comunidades cristianas, el pastor que oficiaba de «brujo de la tribu u obispo»

(fueron sus términos) suministraba a cada oveja del rebaño parroquial una rebanadita de pan contaminado con el hongo cornezuelo del centeno en dosis calculada para que ejerciera su efecto alucinógeno sin llegar a ser letal. La comunidad parroquial, convenientemente *colocada*, creía realmente haber ingerido a Dios y en ese estado recibía del sacerdote el aleccionamiento doctrinal y terminaba con una apoteosis de himnos eucarísticos, arrobos y desmayos. Cuando las necesidades de la comunidad o de la Iglesia aconsejaban que un determinado feligrés se uniera con el Vastísimo, bastaba aumentarle la dosis de cornezuelo del centeno y aquel mismo día dejaba en paz a la familia y tan felices a los herederos para comparecer en presencia de san Pedro e iniciar una vida mejor en el Cielo.

Me pareció, y me sigue pareciendo, que la monja desvariaba, pero era una cuarentona de muy buenas hechuras y yo estaba en esa edad en que uno se deja catequizar por dos tetas aunque nunca las haya visto ni abrigue esperanza de verlas (creer sin ver, eso es la fe).

Hoy, con la experiencia de algunas lecturas, admito que las falsas religiones hayan recurrido al uso de alucinógenos en sus ceremonias mayores, pero en el caso del catolicismo se da la circunstancia de que se trata de la verdadera religión, de la escogida por Dios y eso invalida por completo la teoría de sor Annina. No obstante, en mi achacosa vejez, daría algo por volver a encontrarla para repasar con ella el catecismo y demostrarle que la firmeza y robustez de mi fe se mantienen, aunque a trancas y barrancas, a pesar de los años.

En otras religiones y magias también se usaron alucinógenos vegetales o animales. La población neolítica europea, que adoraba a una diosa madre, personificación de la fertilidad de la naturaleza, usaba estas sustancias en sus ritos. El folclore europeo conservó ciertos vestigios de esta «vieja religión» que la Iglesia perseguía bajo la acusación de brujería. Las brujas que durante siglos fueron el chivo expiatorio de la cristiandad eran, en realidad, herbolarias duchas en el empleo de sustancias de efectos medicinales, alucinógenos o mortíferos, dependiendo de la dosis empleada, cuyo conocimiento se transmitía de madres a hijas.

Según Harner, Quaife y otros autores, las brujas europeas y los chamanes de ciertos pueblos precolombinos usaban en sus ceremonias los jugos de diversas plantas solanáceas ricas en atropina y alcaloides similares: la mandragora, el beleño y la belladona. [539] Podríamos añadir la saprofitita,

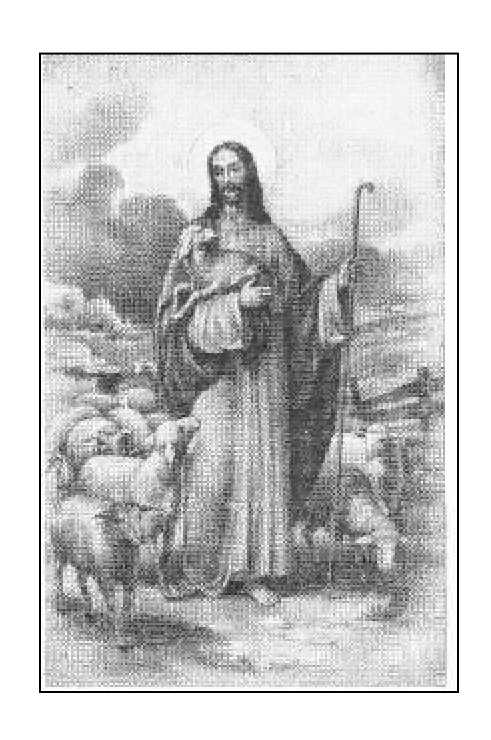
sustancia alucinógena (y venenosa) existente en las glándulas dorsales de los sapos. Y la coca, todavía de uso común en aquellas latitudes.

El famoso «ungüento de las brujas» se absorbe más rápidamente si se aplica en la fina piel de determinadas zonas: vulva, ano, ingles o axilas. El acto brujesco de volar en una escoba sugiere que la celebrante untaba la pomada en la caña de una escoba, el instrumento más suave de la casa, y en sucesivas pasadas masturbatorias se lo aplicaba en el interior de la vulva.

El cornezuelo del centeno mencionado más arriba es un hongo parásito de las gramíneas, que, dependiendo de la dosis, se manifiesta en forma gangrenosa (el llamado fuego sagrado) o convulsiva, acompañada de alucinaciones.

Después de estas experiencias, los adeptos se purgaban con apio silvestre, perejil o cincoenrama, depuradores naturales de la sangre, ya que los alucinógenos son acumulativos y dañan el sistema nervioso. Lo digo para aviso de caminantes, no se me vayan a empeñar en comulgar a la antigua.

A nivel psicológico la brujería medieval europea representa una rebelión inconsciente contra la represión sexual impuesta por la Iglesia. En el aquelarre o sabbat los celebrantes daban rienda suelta a unos instintos sexuales con tales variantes y perversiones que sólo de imaginarlos se sonroja uno, El pudor me impide describirlos en este libro apologético, pero el aficionado puede encontrar su detallado recuento, con mención incluso del tamaño y frialdad del pene del diablo, en los procesos inquisitoriales. Alguno se describe en mi libro *Historias de la Inquisición* (Planeta, 1984).



APÉNDICE 3

Las fuentes hablan de Jesús

Después de la muerte de Jesús, pasados algunos años, las comunidades cristianas comenzaron a escribir sobre Él. Las primeras fuentes que conocemos son el llamado *Documento* Q [540] y el Evangelio de Tomás (probable hermano de Jesús), dos relatos que ofrecían la imagen de un Jesús predicador, sanador y exorcista.

A partir de mediados del siglo I, y durante los cien años siguientes, las comunidades cristianas produjeron hasta una veintena de evangelios y una miscelánea de cartas atribuidas a san Pablo o a otros personajes.

La creencia en que el propio Dios dicta sus libros a través del inconsciente de un amanuense proviene de la Biblia, pero es común a varias religiones. [541] La Iglesia reconoce como «inspirados por Dios» el Evangelio de Juan, los de Mateo, Marcos y Lucas (llamados sinópticos porque se parecen bastante entre sí), [542] los Hechos de los Apóstoles, algunas epístolas, y el Apocalipsis, atribuido a san Juan. En total veintisiete documentos que conforman el Nuevo Testamento.

Los nombres asignados a los evangelistas son supuestos; los Evangelios son, en realidad, obras anónimas compuestas por personas que no conocieron personalmente a Jesús.

Existen otros Evangelios que la Iglesia no considera inspirados por Dios (y por lo tanto tilda de apócrifos): los de Tomás y Pedro, el Evangelio Egerton, el Evangelio secreto de Marcos y el Evangelio de Judas, recientemente descubierto. Alguna información histórica se extrae de ellos, pero al ser obra humana y no divina podrían contener doctrinas inductoras de pecado. Vade retro. Mantengámonos a distancia.

Los Evangelios sinópticos se escribieron en griego (Dios inspira en cualquier idioma, faltaría más), entre cuarenta y sesenta años después de la muerte de Jesús. Nos cuentan algunos episodios de la vida de nuestro

Redentor, especialmente su Nacimiento y su muerte. Reflejan más al Cristo de la fe, ya desdibujado por las leyendas, que al Jesús de la historia.

El Evangelio de San Juan se escribió unos setenta años después de finado Jesús y en él predomina también, incluso más que en los otros, el Cristo teológico sobre el Jesús histórico.

Las catorce epístolas que san Pablo escribe a comunidades cristianas o a particulares explicando aspectos doctrinales se componen entre veinte y treinta años después de la muerte de Jesús. [543] Son los documentos más antiguos que conocemos, pero nos dicen poco de la vida de Nuestro Señor. Seguramente los redactaron eruditos cristianos que parafraseaban meros dietarios o memorandos de Pablo.

Los Evangelios apócrifos, compuestos ya en el siglo II, apenas contienen información de la vida de Jesús.

Ningún escritor cristiano conoció personalmente a Jesús. Todos los que escriben sobre Él hablan de oídas. Quizá podríamos exceptuar a san Pablo, que asegura que Jesús resucitado se le apareció para revelarle el Evangelio. Como es un apóstol y santo habrá que creérselo, pero los historiadores hipercríticos, todos ellos ajenos a la Iglesia o alejados de ella, no conceden ningún crédito a lo de la aparición paulina. [544]

Puede que Jesús no se le apareciera a san Pablo, concedámoslo, pero lo que es indudable es que san Pablo conoció a personas que habían conocido a Jesús, entre ellas a los apóstoles Pedro, Juan y Santiago, el hermano de Jesús. Por lo menos eso dice. [545] Con tanta prevención hipercrítica es que ya no sabe uno a quién creer.

Del Jesús histórico, Pablo indica solamente que nació «según la Ley», que pertenecía al linaje de David, «según la carne», [546] que los destinatarios de su predicación fueron los judíos circuncisos, [547] que convocó a sus apóstoles para la Última Cena, [548] que murió crucificado por culpa de los judíos y de los «poderosos de este mundo», [549] y que resucitó al tercer día. [550]

¿Pudo Pablo ser un poco más explícito sobre la vida y milagros de Jesús?

Por supuesto que pudo, pero es que a él no le interesaba la vida de Jesús, sino su muerte y Resurrección, dos accidentes que demostraban, a su juicio,

que Jesús era Dios encarnado para redimir a toda la humanidad (no sólo a los judíos). [551]

¿Es verdad lo que cuentan los cuatro evangelistas legales (y por tanto inspirados por el Vastísimo)? Entre los neotestamentólogos hay división de opiniones, pero la mayoría —que incluye a reputados autores católicos, incluso sacerdotes de probada santidad que, sin embargo, no tienen cojones de defender la literalidad de la Palabra de Dios— se inclinan por considerarlos escritos apologéticos destinados a conciliar el Jesús histórico con el Cristo de la fe cuya figura estaban configurando Pablo y las comunidades cristianas. [552]

Los evangelistas hacen lo que pueden, que no es mucho, por armonizar las tradiciones recibidas sobre el Jesús terrenal con la fe de sus comunidades que se basa en el Cristo celestial. Eso explica que los Evangelios estén empedrados de errores e inexactitudes (históricos, geográficos...) de contradicciones y de hechos sobrenaturales cuya veracidad es inaceptable a la luz de la razón. No obstante, ¿qué vale la razón en presencia de la fe? Si sabemos que se trata de palabras inspiradas por Dios, y eso es precisamente lo que nos enseña la Iglesia, ¿cómo vamos a aplicar el procedimiento científico habitual a la Palabra de Dios? ¿Quiénes se creen que son estos historiadores para arrogarse el derecho de poner en tela de juicio la Palabra divina revelada?

Ése es el principal escollo, y mientras no seamos capaces de salvarlo, con ayuda de la fe, las conclusiones seguirán siendo negativas para las creencias católicas con el penoso resultado de la desedificación de los creyentes (o crédulos). Afortunadamente los buenos católicos lo aceptamos todo en bloque, como ovejas que somos, sin cuestionar nada, guiados por nuestros sabios pastores.

¿Qué es lo que se deduce de los meros documentos? El Evangelio de Marcos, compuesto en Siria hacia el año 70, es obra de un probable colaborador de san Pablo, que se ha propuesto demostrar que Jesús es el Mesías esperado por Israel. [553] Parte de una crónica de la Pasión de Jesús y de diversas tradiciones orales sobre milagros y discusiones de sinagoga.

El Evangelio de Mateo, escrito por un judeocristiano de Antioquía o Alejandría hacia el año 80, se basa en Marcos y en el *Documento Q*, a los que añade noticias de su cosecha, tomadas de la tradición oral o inventadas (en

este caso inspiradas por Dios, claro). Se dirige a los judeocristianos de Israel a los que intenta demostrar que Jesús era el Mesías en el que se cumplieron las profecías.

El Evangelio de Lucas, y su continuación, los Hechos de los Apóstoles, escritos hacia el año 90 por un judío de Antioquía o de Alejandría que ha acompañado a san Pablo en sus últimos viajes, cuentan la vida de Jesús y los orígenes del cristianismo partiendo de Marcos y del *Documento Q*. Se dirigen a los paganocristianos (helenistas) para convencerlos de que cuando los judíos rechazaron a Jesús, su mensaje se derivó inmediatamente al resto de los mortales aunque no pertenecieran al «pueblo elegido».

El Evangelio de Juan, redactado hacia el año 100 por un cristiano helenista que tiene a la vista las memorias del sacerdote Juan (¿el discípulo amado de Jesús?), es más teológico que histórico y presenta a un Jesús que es ya Cristo, enviado por Dios para redimir a la humanidad. [554] Utiliza fuentes ajenas a las de los sinópticos, quizá un Evangelio de los Signos, hoy perdido, y narra sucesos nunca antes mencionados (las bodas de Caná, la resurrección de Lázaro...) además de aportar nuevos datos de la Pasión. [555]

Aparte de los Evangelios apócrifos, que contribuyen con escasa información sobre Jesús, [556] existen algunos dichos atribuidos a Jesús en los Hechos de los Apóstoles (Hch. 20, 35), en la epístola a Santiago y en la primera epístola de Pedro. Otras palabras imputadas a Jesús, menos fiables cuanto más tardías, aparecen en las cartas de Ignacio de Antioquía, en un texto de Papías. [557]

Las referencias a Jesús en fuentes no cristianas son escasas e irrelevantes. Jesús se menciona dos veces en *Antigüedades judías* obra del historiador judío helenizado Flavio Josefo. La primera pudiera ser una interpolación cristiana posterior. [558] La segunda, más verosímil (Ant. 20, 200) alude a la lapidación de Santiago, hermano de Jesús.

El Talmud babilónico podría referirse a Jesús de Nazaret (Sanh, 43a) cuando menciona a un hechicero llamado «Yeshu» colgado «la víspera de Pascua», por incitar a la apostasía. [559]

Plinio el Joven, en una carta dirigida al emperador Trajano (Epístolas 10, 96), alude a unos cristianos que «le cantan himnos a Cristo (casi Dios, según dicen)». Tácito, el prolífico autor cuyo nombre significa «Callado»,

alude a la secta «de un tal Cristo, que en época de Tiberio fue ajusticiado por Poncio Pilato» perseguida por Nerón (*Anales*, 15:44:2-3); Suetonio narra, por su parte, que el emperador Claudio expulsó de Roma a «los judíos, instigados por Chrestus, debido a sus hábitos escandalosos». [560]



APÉNDICE 4

Estudiosos tras la huella de Jesucristo

Hemos visto que los datos que poseemos del Jesús histórico son escasos, dudosos y, en ocasiones, difíciles de distinguir de las mentiras propaladas por sus propagandistas. La figura del Cristo que propone la Iglesia guarda escaso parecido con la del Jesús histórico, el sanador y predicador galileo crucificado por los romanos. De hecho, la figura de Jesús es tan versátil que asombra por su camaleónica capacidad de adaptarse a modas transitorias. Sólo en el espacio de nuestra vida hemos conocido a un Jesús pacifista y hippy en los años sesenta del pasado siglo; al Jesús-Che Guevara revolucionario de la teología de la liberación de los años setenta y, finalmente, al Jesús actual que en sus formulaciones más extremas nos presentan unas veces como un punki, otras como un pandillero mexicano, otras, por fin, como una especie de travestí o «un tipo andrógino con tendencias feminoides que se creyó emisario de Sofía, la personificación femenina de la sabiduría». [561]

Durante mil setecientos años, los cristianos hemos aceptado ovinamente como verdad revelada las patrañas evangélicas. [562] En la infinitud del relativismo divino, las que ahora parecen evidentes engañifas eran entonces, por voluntad del Vastísimo, indiscutibles certezas. No es que aquellos cristianos estuviesen privados de raciocinio, dos dedos de frente los tenían sobrados. Lo que pasa es que cuando advertían contradicciones en los textos sagrados las acataban sin meterse en averiguaciones ¿No eran Palabra de Dios, Escritura divina? Pues entonces era perfectamente posible que, desde la óptica del Omnisciente, del Todopoderoso, una cosa fuera verdad y su contraria también. Aparte del hecho de que, en aquellos tiempos recios, si cuestionabas la opinión de la Iglesia, te hacías sospechoso de herejía y ya mismo estabas oliendo a churrasco demasiado hecho. Era más saludable no pensar (en cierto modo lo sigue siendo).

Pero llegó el desventurado siglo XVIII, el Siglo de las Luces, la Ilustración, cuando ya la Iglesia no quemaba a nadie (la sociedad civil le

había arrebatado esa potestad tan saludable para el culto) [563] y en Alemania surgieron racionalistas deseosos de hacer leña del árbol caído que aplicaron la crítica histórica a la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento.

—¿Que la burra de Balaam habló?

—Sí, señor, lo pone la Biblia: Palabra de Dios.

—Pues yo no me lo creo.

Y aquella ofensa a la Palabra de Dios quedaba impune. La sociedad, en boca de algunos de sus elementos más contestatarios, gentes sin temor de Dios, se mofaba y se befaba de las Escrituras. Los racionalistas rechazaban todo lo que fuera irracional, o sea, la mitad del contenido de los Evangelios tirando por lo bajo: ángeles que se aparecen, una Virgen que se empreña saltándose el procedimiento, agua que se transmuta en un tinto de mucho cuerpo con tonos a hierba fresca y roble, panes que se multiplican, difuntos que resucitan, demonios que salen de una persona y se transfieren a una piara de cerdos suicidas, Dios que se encarna en un carpintero (o albañil), un hombre que sube más allá de la estratosfera sin artificio alguno, el Cielo mismo, el don de lenguas concedido por ciencia infusa a los apóstoles sin pasar por la academia de idiomas (Hch. 2, 1-13). Todo lo rechazaban los hipercríticos como fábula embustera, como mera mitología, nada los acomodaba.

El primer racionalista que atacó las Escrituras fue Hermann Samuel Reimarus (1694-1768), especialista en culturas orientales de Hamburgo. [564] Tras madura reflexión sobre los textos sagrados (eso decía), se descolgó con que Jesús sólo fue un agitador contra el ocupante romano que aseguraba a sus seguidores la inminencia del Reino de Dios anunciada por los antiguos profetas hebreos. Cuando al gobierno se le hincharon las narices y lo ejecutó, sus desalentados seguidores se consolaron inventando la parusía o segunda venida. O sea que de Dios, nada.

Esta corrosiva y tendenciosa doctrina arraigó como la hierba mala y creó escuela. Después de que Reimarus abriera la veda, un aluvión de estudios críticos que cuestionaban a Jesús inundó Europa. [565] Duele reconocerlo, pero a lo largo del último siglo los investigadores se han apartado de la doctrina tradicional de la Iglesia y han propuesto Jesucristos para todos los gustos:

—un curandero médico con fama de milagroso (K. F. Bahrdt);

—un predicador sobre el que los esenios inventaron al Jesús de los Evangelios (K. H. Venturini);

—un moralista (H. E. G. Paulus);

—un mito inventado de arriba abajo (F. Strauss y E. Doherty);

—un revolucionario nacionalista (Robert Eisenman);

—un sabio no apocalíptico (R. Funk, J. D. Crossan, M. Borg y otros miembros del Jesus Seminar). [566]

Estos, aunque desviados, por los menos no cuestionaban la existencia de Jesús. Lo peor estaba por llegar. Detrás de Reimarus vinieron los ilustrados franceses del siglo XVIII que sospechaban que era un personaje inventado, como don Quijote o el agente James Bond. A mediados del XIX, los alemanes Friedrich Strauss y Bruno Bauer retomaron el testigo y consideraron a Jesús recreación literaria de los evangelistas. [567] Propalaban que Jesús es un mito forjado por san Marcos, sobre una amalgama de materiales helenísticos y judíos.

¿Un mito inventado, con qué objeto?

Para facilitar la penetración de la nueva religión en el mundo romano.

Esto explicaría el hecho de que los escritos cristianos del siglo I, con la excepción de los Evangelios, apenas mencionen a Jesús: «La conspiración del silencio», como lo llama Doherty. Por otra parte, a estos incrédulos autores les parecía mucha casualidad que la vida del Jesús evangélico parezca ideada expresamente para cumplir las profecías de la Biblia.

¿Qué decir cuando falla la fe?

A partir de este punto, ya no se respetó nada. La Iglesia emitía su doctrina, impertérrita, la Creación, la serpiente del Paraíso, el pecado original, Dios Padre que se desdobla en su Hijo y se encarna en un carpintero para, con su sangre, redimir a la humanidad, Dios al que asesinan, Dios que resucita, Dios que sube al Cielo y se sienta a la derecha de Él mismo... Todo se ponía en duda, todo les parecía filfa de charlatanes y comecocos aprovechados.

La primera hornada de neotestamentólogos preparó el camino de una segunda, florecida como cizaña mala hacia 1838, que planteó la *cuestión*

sinóptica: ¿cuándo se escribieron los Evangelios de Lucas, Marcos y Mateo, quién los escribió, en qué documentos se basaron? Tras mucha discusión y no poco estudio concluyeron que estos tres evangelios se parecen mucho porque beben de las mismas fuentes: el propio Evangelio de Marcos, que es el más antiguo, y un texto perdido que los académicos denominan *Documento* Q (del alemán *Quelle*, «fuente»). [568]

Sobre el cimiento de estos conocimientos se edificó la escuela liberal de estudios bíblicos que se extendió por Europa en la segunda mitad del siglo XIX. Quizá el Cielo no reaccionó con la severidad que hubiera sido aconsejable ante ataques y descalificaciones de individuos como el francés Ernest Renan. En lugar de enviar fuego de azufre, como en Sodoma y Gomorra, contra las ciudades que los albergaban se limitó a menudear apariciones de la Virgen a pastorcilios y monjitas desasosegadas (La Salette y las que vinieron después). Demasiada sutileza. Los que cuestionaban lo divino no se dieron por enterados. Más bien incrementaron su ceguera y arreciaron en sus embates contra el contenido escatológico de los Evangelios, a los que motejaban de pura patraña desarrollada por la Iglesia primitiva. No faltaron ovejas que bajo la influencia de estas disolventes lecturas se declararon «liberadas del dogma católico para volver al hombre Jesús», el que predicaba la bondad y la espiritualidad, el que ejecutaron los romanos.

Y así llegamos al siglo de nuestros pecados, a estos tiempos revueltos que nos ha tocado vivir. En el siglo XX, diversos estudiosos de variado pelaje (católicos, protestantes y hasta algunos independientes) intentan desentrañar quién fue Jesús y qué ocurrió en los inicios del cristianismo, pero, por lo general, incurren en disculpables parcialidades sean creyentes o hayan perdido la fe.

Uno se pregunta: ¿mienten estos eruditos, muchos de ellos personas de reconocida probidad y prestigio? Bueno, digamos que acomodan sus deducciones a sus prejuicios y al final de sus trabajos encuentran lo que desde el principio esperaban encontrar como hombres de fe. No tienen inconveniente en aceptar que Jesús era hijo de Dios, que nació de una Virgen, que resucitó después de muerto y que subió al Cielo, lo que los historiadores pretendidamente rigurosos acogen con una sonrisa condescendiente antes de dictaminar que las pruebas que sustentan estos extraordinarios hechos son muy débiles.

¿Débiles las pruebas de unos textos inspirados por el propio Dios en

persona?

¿Qué podía esperarse de estos descreídos? «El estudio histórico de Jesús es un cómodo lugar para hacer teología y llamarlo historia», apunta malévolamente John Dominique Crossan.

¿Mienten entonces los eruditos cristianos?

Maticemos. Sólo miente el que tiene voluntad de mentir. Uno puede equivocarse sin que por ello deba considerarse un mentiroso. Nada tan humano como que un estudioso bíblico al que su madre adorada inculcó en la infancia que Jesús nació de una Virgen, que era Hijo de Dios enviado a la Tierra para expiar con su muerte en la cruz el pecado que la humanidad arrastraba desde su pareja inaugural, que resucitó al tercer día y subió al Cielo en cuerpo y alma, vertical como un cohete, sin planeo ni artificio, encuentre justificación histórica para esas aparentes fantasías. Como dice el refrán castellano que antes comentábamos: «El que a sí mismo se capa, buenos cojones se deja» (perdónenme nuevamente la crudeza de la expresión, pero creo que estoy escribiendo para cristianos formados).

A algunos malintencionados les llama la atención que los analistas cristianos que aceptan como verdad histórica estos prodigios consideren, sin embargo, fabulosos los que sustentan los musulmanes, los hinduistas, los budistas, el antiguo paganismo grecolatino, los indios yanomami. [569] O sea, que Jesús y María subieran al Cielo en cuerpo y alma les parece creíble y de lo más natural, pero no aceptan la posibilidad de que lo hiciera Mahoma, como defienden los musulmanes. ¿Cuál es la diferencia?, se preguntan malévolamente los independientes. Yo se lo voy a responder con claridad meridiana: la diferencia estriba en que una religión es verdadera y la otra falsa y si no sois capaces de verlo, por falta de fe, más vale que abandonéis la investigación histórica y os dediquéis a otra cosa. Me congratulo en añadir que también el ilustre polígrafo Menéndez Pelayo era de esta opinión y coincidía plenamente conmigo. A cada cual lo suyo.

A la escuela liberal decimonónica sucede una nueva línea de investigación abierta a nuevas indagaciones. La inaugura en 1901 Wilhelm Wrede, que cree descubrir un «secreto mesiánico» tras examinar atentamente el Evangelio de Marcos.

¿En qué consiste este secreto mesiánico?

Del texto evangélico se desprende que Jesús no parece enterado de que

es Dios y el Mesías. Las primeras comunidades cristianas alegaron que cómo no iba a saberlo si Dios lo sabe todo y Él era Dios: lo que pasa es que, prudente como la serpiente, prefería mantenerlo en secreto e iba de incógnito hasta que llegara la hora de manifestarse. A este propósito, el erudito, K. L. Schmidt rebaja el valor del Evangelio de Marcos a un mero guión cronológico que recoge diferentes tradiciones más o menos fantasiosas. ¿Qué podíamos esperar de personas descreídas, de hombres sin fe?

La revelación de la escasa fiabilidad histórica de las fuentes relativas a Jesús propugnada por estos autores desconcertó a los eruditos de la escuela liberal. No es para menos. Después de años quemándose las cejas sobre libros y fichas, sin apenas tiempo para la mujer y los niños, descubren, de pronto, que llevan media vida levantando el firme edificio de sus indagaciones sobre un cimiento tan movedizo. Crisis y recapitulación. En los albores del siglo XX el terreno estaba abonado para una nueva generación de estudios neotestamentarios. Para desbrozarla aceptemos su división en tres etapas: [570]

1. Búsqueda antigua (*oldquest*). Abarca la historiografía racionalista del siglo XIX y se prolonga en la primera mitad del XX. Sus practicantes, mayoritariamente alemanes, detectan unas supuestas irreconciliables diferencias entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Rudolf Bultmann y Martin Dibelius examinan la «prehistoria» literaria de los Evangelios [571] y concluyen que los conocimientos históricos son insuficientes para acceder con un mínimo de objetividad a la figura de Jesús.

2. Búsqueda nueva (*new quest*). En este apartado incluimos estudios realizados entre 1950 y el decenio de los setenta que examinan la figura de Jesús sin referencia a su contexto social, e inciden en su excepcionalidad (lógica desde el punto de vista del creyente, puesto que era Dios).

3. La tercera búsqueda (*third quest*) abarca desde los años setenta del pasado siglo hasta el día de hoy. La protagonizan estudiosos anglosajones (Borg, Crossan, Meier, Sanders...) que han tomado el relevo de los alemanes. Si los alemanes se limitaban a analizar críticamente los textos, los nuevos estudiosos incorporan al estudio la literatura apócrifa (antes ignorada) y las nuevas ciencias auxiliares (la arqueología, la antropología, la sociología...).

La tercera búsqueda explica a Jesús en el contexto histórico de la Palestina judía del siglo I, con sus sectas religiosas, sus aspiraciones

nacionalistas y la grave depresión socioeconómica que conduce a la rebelión del año *66*. Considera a Jesús un producto típico del judaismo helenizado de Galilea que difería del judaismo jerosolimitano, rigorista y centrado en el templo. [572]

En la etapa más reciente de la búsqueda antigua (ol*d quest*), la del siglo XX, distinguimos dos tendencias: la escuela alemana (que considera el cristianismo una religión mistérica más de su época) y la escuela sociológica, que aborda la nueva religión en su contexto social. La luminaria de esta escuela es Rudolf Bultmann.

Bultmann quiere descubrir al Jesús Hombre que se esconde bajo los ropajes teológicos del Cristo mítico. Utilizando las fuentes escritas contemporáneas y las tradiciones posteriores, incorporadas por las primeras Iglesias, llega a la conclusión de que es imposible saber nada de la vida de Jesús, tan desdibujada está por el Cristo posterior.

Esta fue la postura admitida por la erudición neotestamentaria durante la primera mitad del siglo XX, pero, en 1953, Ernst Käsermann, discípulo de Bultmann, contradijo al maestro («al maestro, puñalada», como reza el piadoso refrán castellano) e inauguró la nueva búsqueda (*new quest*): el Jesús histórico se puede rescatar porque está integrado en el Cristo de la Iglesia primitiva. [573]

A ver, ¿en qué quedamos?

Una nueva hornada de estudiosos se lanza a la delicada tarea de separar con escalpelo al Jesús histórico del Jesús evangélico prestando especial atención a reveladores detalles del relato evangélico que, por discordantes y contradictorios, tienen visos de ser reales. Por ejemplo ¿por qué se bautiza Jesús en el Jordán si, en su calidad de Dios, no tiene pecados que limpiar con las aguas bautismales?

En esta nueva corriente de investigación destacan Günther Bornkamm y Norman Perrin. Estos autores han espigado de los Evangelios una lista de dichos de Jesús que tienen todo el aspecto de ser originales.

En la tercera búsqueda (*third quest*) destaca el grupo de investigación neotestamentaria independiente Seminario de Jesús (*Jesus Seminar*) constituido hacia 1985 con el propósito de estudiar al Jesús histórico y limpiar su figura de los añadidos legendarios que la desdibujan. Lo integran

académicos norteamericanos de diversos campos (antropología, lingüística, historia, arqueología) que se reúnen los fines de semana en los jardines del campus y en lugar de relajarse y atender a la familia, siguen discutiendo sobre Jesús y el Evangelio mientras sus sufridas mujeres se ocupan de la barbacoa, del ketchup y la mostaza y de los niños que berrean desatendidos. No sé si acaecerá lo mismo en las universidades de Berkeley, Oxford y Heidelberg, donde también hay equipos multidisciplinares que trabajan sobre la figura de Jesús y la dieta del científico sigue dejando mucho que desear.

La novedad es la colaboración interdisciplinar de filólogos, neotestamentólogos, sociólogos, antropólogos, arqueólogos, psicólogos, politólogos y una variedad de *—ólogos* de toda laya empeñados en situar a Jesús y sus predicaciones en su contexto histórico. [574]

El resultado de esos estudios no se divulga sólo entre la comunidad científica, como ocurría antes, no. Si fuera así no harían el daño que hacen porque nadie se enteraría de por dónde van los tiros. Lo malo es que ahora se publican en libros de venta libre (otra consecuencia funesta de la ablación de la censura y del *nihil obstat*), posibilitando que malévolos divulgadores liben de ellos artículos de revistas y reportajes que multiplican el daño. Ciudadanos con pretensiones de cultos consumen ávidamente estos escritos corrosivos. De ello, y del fornicio desatado por la búsqueda inmoderada de placer inmediato, se deriva (¿para qué los voy a engañar?) esta crisis de fe que vivimos.

La investigación en sí no sería mala: desbroza nuevos campos de investigación y su publicación genera una industria que alimenta a mucha gente. El daño reside en que algunos historiadores cristianos se dejan cautivar por el método de sus colegas descreídos y, aunque realizan patéticos esfuerzos por explicar a Jesús desde la historia, siempre se les acaba viendo el plumero porque fracasan en la prestidigitación. ¿Por qué ese empeño en hacernos creer que la burra es una pava, cuando tenemos la fe contra la que nada pueden los hipercríticos? ¿Es que no advierten, cegados como están por la soberbia del método histórico, que por muchas vueltas que se les dé, el Jesús de la historia no puede conciliarse con el Cristo de la fe? Todo lo que los católicos planteemos saliéndonos del mito está abocado al fracaso.

¿Qué hacer en esa tesitura para mantener unido a un rebaño cristiano cada vez más ralo, disperso y desorientado?

La solución es fácil. Demos la espalda a la historia, a la ciencia y a la razón y recurramos a la fe, ese propicio burladero que nos mantiene a salvo de las cornadas de la crítica.

¿No comprendéis que si nos apeamos de la fe y recurrimos a la razón y al método científico dejamos a la Iglesia con las nalgas manifiestas, casulla levantada y sin calzoncillos (o bragas, que la Iglesia es de todos/as)?

¿No comprendéis que analizando desde nuestra crítica seudorracionalista hechos que violentan el sentido común tales como el Nacimiento virginal de Jesús, la Encarnación del Hijo de Dios, la Resurrección y la Ascensión a los Cielos lo único que hacemos, como católicos, es ponernos en evidencia?

¿No es patético que nos veamos obligados a realizar un auténtico encaje de bolillos que, a la postre, se revela como un trabajo voluntarista o de mera charlatanería seudohistoricista que no se sostiene?

Admitámoslo: no hay manera de armonizar fe e historia y estas concesiones a los racionalistas no nos llevan a ninguna parte. Los racionalistas siempre se negarán a admitir que Dios envió a su Hijo unigénito para derramar su preciosísima sangre y morir por un pecado que no había cometido; se negarán a admitir que Jesús anduvo sobre las aguas, que resucitó a un muerto (que ya hedía) y demás portentos. ¿Por qué intentamos razonar con ellos, si son personas sin fe que jamás admitirán lo maravilloso (aunque ya se enterarán cuando mueran, ya)?

Los creyentes debemos mantenernos al margen de las lucubraciones de esos desventurados historiadores que sólo saben recurrir a la verdad sin jamás trascender a la Verdad fundamental que hay detrás de las mentiras, de las patrañas, de las contradicciones y de los absurdos de creer en la divinidad de Jesucristo.

Subordinemos a la teología todo lo demás, la historia, la filosofía y la ciencia..., *philosophia ancilla theologiae.* Así se hizo hasta el malhadado Siglo de las Luces y muy bien que vivíamos en paz con nuestra conciencia, bajo el propicio paraguas de la vigilante Inquisición y sin malos pensamientos que nos perturbaran.

No les hagamos el juego a los racionalistas. No intentemos justificar la religión, que eso nos pierde y no todo el mundo tiene la fe tan robusta como para resistir los embates del sentido común.

Lejos de nosotros el sentido común que nos indica, sobre meras apariencias externas, que todo ese asunto de Jesús es una paparrucha montada por una panda de farsantes que viven a costa de la credulidad, del aborregamiento y de la angustia de los pobres de espíritu.

También es malo que, como consecuencia de ese interés (insano, a qué negarlo) del gran público por descubrir lo que se oculta tras las verdades de la fe, muchos oportunistas estén haciendo literatura o historia ficción (tipo *Código Da Vinci*) con lucubraciones heréticas sobre si Jesús estaba casado con María Magdalena o si sólo eran amantes, sobre si era homosexual o solamente delicado. [575] Se ha llegado a insinuar, me horroriza escribirlo, pero apuraré hasta el fondo este cáliz de hiel, que en los primeros ágapes cristianos se comía y bebía sin tino y que la recomendación evangélica de amaos los unos a los otros se llevaba hasta el extremo de ¡copular como forma de entrega cristiana al prójimo!, lo que facilitaría la pronta divulgación del cristianismo en detrimento de las religiones mistéricas rivales que no acertaron a ofrecer un solaz comparable a sus fans. ¡¿Se puede ser tan vil?!

Los que divulgan maliciosamente esa especie son sujetos que no creen en el Infierno, pero ya se enterarán, ya, cuando mueran: el justo Dios, el que castiga sin palo ni piedra, les tendrá aparejadas las llamas y el tormento eterno. De eso no los salva ni el escapulario de la Virgen del Carmen. [576]

El autor más famoso (y más discutido) de la tercera búsqueda es precisamente el católico J. D. Crossan. Este comentarista divide en varias etapas las noticias históricas sobre Jesús (del año 30 al 60; del 60 al 80; [577] del 80 al 120; y del 120 al 150), y concede especial crédito a las de los años 30 al 60, cuando la memoria de Jesús estaba aún viva en personas que lo habían conocido. En sí no está mal, pero concede el mismo crédito a las noticias de los libros canónicos que a las extracanónicas. Por ejemplo, sobrevalora el *Documento Q* en detrimento del Evangelio canónico de Marcos y eso no se puede consentir.

¿Es que el magisterio de la Iglesia no vale nada?, podríamos preguntarle.

J. D. Crossan presenta a Jesús radical, contestatario con la cultura convencional judía, influido por la filosofía helenística (en especial la de los cínicos). Nos dibuja un sanador amable y algo hippy que predica la relación abierta, igualitaria, cordial, sin intermediarios entre Dios y los fieles. Rechaza al Jesús escatológico. Cree que el Reino de Dios que Jesús anunciaba era algo

presente y accesible a todos, una especie de seguridad social para la otra vida.

J. P. Meier, fiel al método histórico crítico clásico, se muestra crítico con la moderna investigación norteamericana y su utilización de las ciencias sociales. Desconfía de las fuentes apócrifas, incluido el *Documento Q* («un documento hipotético del que desconocemos la extensión, el contenido, la comunidad en que tuvo origen, los estratos ni las fases de redacción»).

No iba mal encaminado Meier, pero se nos acaba torciendo cuando considera a Jesús un profeta despreocupado por los problemas sociales de sus contemporáneos ante la inminencia de una intervención divina que va a arreglarlo todo. Rechaza que Jesús anunciara un Reino meramente presente y admite que, tras su desastrada muerte, sus seguidores, al principio perplejos, reaccionaron reinterpretando lo ocurrido para justificar el chasco y dieron a su mensaje un tinte apocalíptico. Le parece a Meier que Jesús fue un profeta más escatológico que social, puesto que anunció un Reino de Dios ya presente, pero sobre todo como una realidad de carácter trascendente que iba a irrumpir en un futuro cercano. Suena bien si queremos explicarlo desde el punto de vista de la historia, pero lógicamente no es de recibo. Pone en duda que Jesús fuera Dios, parte del Padre, desgajado del Padre. No nos sirve.

El resto de la cuadrilla tampoco es de fiar. Para J. H. Charlesworth y otros militantes de la tercera búsqueda, el Jesús de la historia era un judío ortodoxo obediente de la Ley y del templo. Jesús, dicen, es un producto de su época y de un lugar, Galilea, en el que el creciente helenismo, más patente en un mundo urbano en expansión, pugna con un judaísmo inmovilista de raíz rural, cada vez más empobrecido, que se resiste al cambio. En ese paisaje social hay que situar las parábolas de Jesús, integradas en un corpus de literatura oral de aquel pueblo. Tampoco vemos por ninguna parte la necesaria referencia a que Jesús es Dios.

Le parece a Charlesworth que Jesús lideró un movimiento de renovación social, independiente y hasta opuesto a otros grupos o sectas de la época (fariseos, zelotes, esenios...). El entramado básico del grupo de Jesús son los doce, uno por cada tribu de Israel, en su proyecto de restaurar el antiguo reino.

El gobierno romano y el *establishment* judío toleraron a este grupo subversivo mientras les pareció inofensivo, cuatro pescadores y ganapanes embaucados por un individuo marginal y contracultural dado a las

declaraciones contundentes («dejad que los muertos entierren a sus muertos» y otras por el estilo, siempre buscando un buen titular en la inexistente prensa), pero esta paciencia llegó a su límite cuando la emprendió a patadas con los cambistas, nada menos que en la explanada del templo, lugar sagrado, y les tiró los tenderetes por los suelos con el consiguiente esturreo de la calderilla. Este escándalo en el lugar más sagrado y contra la no menos sagrada fuente de ingresos de la aristocracia sacerdotal saducea lo perdió. «Hasta ahí hemos llegado —se dijeron los cardenales judíos—, hasta ahora te hemos tolerado las tonterías y tus mañas de embaucador, pero ahora nos has tocado el bolsillo y por ahí sí que no pasamos: te condenamos a muerte porque eres un peligro social.» Crudo y aleccionador. Y en el fondo, bien articulado y veraz, pero ¿dónde dejamos a Dios, dónde se refiere al plan divino, señor Charlesworth?

A partir de la década de los ochenta del siglo pasado, los estudios bíblicos incorporan como fuentes primarias los escritos seudoepígrafos, y los hallados en las cuevas de los escritos Qumrán. ¡La releche, o sea, encuentran unos pergaminos cochambrosos que alguien dejó olvidados en una cueva y pretenden darle la vuelta al Vaticano y a los obispos! Los estudios de la tercera búsqueda detectan en el pensamiento de Jesús la influencia de la literatura apocalíptica de su tiempo que determina un mensaje escatológico. Creen que la misión de Jesús era proclamar la llegada del Reino de Dios. ¡Dicen que Jesús pudo persuadirse de su propio papel como Mesías! O sea, como si fuera un pirado al que, de pronto, le da por creer que es Napoleón.

Hasta ahora hemos hablado de diferentes escuelas o tendencias interpretativas (alemana, anglosajona, francesa, etc.) en las que los españoles han brillado por su ausencia. No nos hemos atrevido a traer a colación al presbítero Balmes ni al polígrafo Menéndez Pelayo porque esto es un libro serio y no queremos convertirlo en un reñidero de gallos. No obstante, llegados a este punto, es de justicia señalar que en España, la tierra de María Santísima, la nación proclamada predilecta por el Sagrado Corazón de Jesús, también existe una pléyade de teólogos, historiadores y exégetas de creciente prestigio en su indagación sobre Jesús y sus secuelas. El que abrió camino fue Gonzalo Puente Ojea con su libro *Ideología e historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico,* aparecido en 1974. Apoyado en un sólido aparato crítico y exegético, Puente Ojea traza la historia global del Nuevo Testamento y la dogmática fundamental de la fe católica para

ilustración del público en general y de los obispos en particular, quienes, tras su atenta lectura, supieron, con pastoral asombro, que el cristianismo se alimenta en sus fuentes de semitismo y helenismo, un aspecto de nuestra fe quizá algo descuidado en seminarios y charlas catequéticas. Tras el precursor Puente Ojea ha surgido un nutrido grupo de estudiosos entre los que mencionaré, a vuelapluma, y pido perdón a aquellos que me deje en el tintero, a R. Arnau, González Fraus, Torres Queiruga, J. Bosch, M. Payá, J. A. Estrada, A. Benlloch, Ll. Busquets, Montserrat Torrents y A. Piñero, este último especialmente empeñado en hacer accesibles estos conocimientos al gran público (o rebaño cristiano).

Los nuevos estudios, siempre en el contexto de esta crítica destructiva que ignora las pastorales directrices de la Iglesia, nos presentan a un Jesús que comienza su vida pública tras el encuentro con Juan el Bautista, probablemente influido por el pensamiento escatológico de éste. En el Evangelio de Marcos, Jesús anuncia el inminente advenimiento del Reino de Dios (Mc. 9, 1). Como fallaron las expectativas, sus seguidores tuvieron que reelaborar la doctrina del grupo en los Evangelios de Lucas y Mateo.

Burton Mack señala que el fracaso de Jesús en su intento de convencer a sus compatriotas judíos estimuló a sus continuadores (san Pablo, principalmente) a ocuparse en los gentiles del entorno judío con un mensaje revestido de las formas mistéricas entonces de moda. Así surgió, dice, el Cristo paulino remotamente basado en el Jesús judío y así se incorporaron a la raíz del cristianismo conceptos míticos (la Resurrección y la Ascensión a los Cielos). [578]

Algunos estudiosos (Crossan, Borg, Horsley), consideran a Jesús un profeta social que se ha propuesto transformar la sociedad de su tiempo. Otros (Sanders, Meier) creen que a Jesús sólo le interesa el inminente fin del mundo. A este respecto, Rafael Aguirre se pregunta: «¿Entendió Jesús la irrupción futura del Reino, de la que hablaba como algo trascendente y que suponía el fin del mundo o, por el contrario, como una transformación histórica, pero que no suprimía la historia? ¿Cómo hay que interpretar las afirmaciones cosmológicas y apocalípticas de Jesús? Sabemos que en la escatología judía existía una tensión entre lo nacional/terrestre y lo ultramundano. ¿Cómo se situaba Jesús?»

Estas indagaciones parecen fútiles desde nuestra perspectiva cristiana. Si era Dios y, como tal, omnisciente, si lo sabía todo no albergaría duda alguna.

Natural.

En fin, ¿para qué seguir? Mi consejo es que, puesto que la Iglesia ha suprimido el nihil obstat que antes nos resultaba tan útil a los católicos para saber qué podíamos leer y qué no, lo que debemos hacer a título individual es buscarnos un sacerdote de los de antes, de los de sotana y botonadura corrida (procurando, eso sí, que no sea muy tocón), y dejar que nos oriente sobre lecturas edificantes, vidas de santos y libros píos. Alejémonos de los supuestos historiadores que están indagando sobre la vida y milagros de Jesús desde posiciones ajenas a la fe, con las orejeras que les pone la razón. No olvidemos que cuando comparezcamos ante el tribunal divino se nos pedirá estrecha cuenta de todos nuestros actos, lecturas incluidas, y que el ángel de la guarda lo anota todo.

APÉNDICE 5

Los milagros de Jesús

Los Evangelios narran veintisiete milagros de Jesús (catorce curaciones; cinco exorcismos, todos exitosos, ni un fallo; tres resurrecciones llevadas a buen término; dos prodigios naturales y tres signos extraordinarios). En un año de vida pública no se puede decir que esté tan mal: sale a más de dos milagros por mes. En nuestros días ni el ilusionista David Copperfield puede reivindicar unos logros tan constantes y sorprendentes. Copperfield puede hacer desaparecer la Estatua de la Libertad, puede levitar sobre el Gran Cañón o atravesar la Muralla China con una salchicha Wusrtwurt Sajonia, pero ¿qué es eso comparado con resucitar a un muerto que lleva tres días enterrado sin catalepsia ni trucos porque ya huele, que hasta que no se duchó y escamondó concienzudamente con jabón [579] y estropajo ni la hermana que tanto lo quería lo quiso abrazar?

Las curaciones de Jesús abarcaban, con versatilidad divina, todas las ramas y especialidades de la medicina: lo mismo sanaba la fiebre de la suegra de Pedro en Cafarnaún simplemente con tomarla de la mano (Mc. 1, 29-31; Mt. 5, 14-15; Lc. 4, 38-39); que curaba a un leproso galileo tocándolo y pronunciando unas palabras (Mc. 1, 40-45; Mt. 8, 1-4; Lc. 5, 12-16). Y ¿qué decir de la curación del paralítico de Cafarnaún, al que llevaron a su presencia en unas parihuelas porque no podía valerse? A éste no sólo lo curó del cuerpo sino que le perdonó sus pecados, porque por lo visto el puñetero se las arreglaba para pecar contra el sexto a pesar de su impedimento. (Mc. 2, 1-12; Mt. 9, 1-8; Lc. 5, 17-26). También curó aun hombre que tenía la mano seca, otro que tal, diciendo unas oraciones. Por cierto que esto ocurrió en sábado y en una sinagoga, lo que escandalizó a los fariseos porque en sábado no se trabajaba (Mc. 3, 1-6; Mt. 12, 9-14; Lc. 6, 6-11). No es que a Jesús le encantara *épater le bourgeois:* es que era un tipo cálido y humano (aunque también divino) al que no se le caían los anillos por curar en sábado. «No se han hecho los hombres y las mujeres para el sábado sino el sábado para los hombres y las mujeres» (Mc. 2, 27), predicaba. Aparte de que siendo Dios el

que dicta la Ley (Él mismo por tanto, aunque los fariseos ignoraran este extremo) bien podía conculcarla a voluntad. También le resolvió su problema a una artrítica que estaba encorvada. Fue imponerle las manos y decirle unas palabritas y la señora, que llevaba varios años baldada, se enderezó más derecha que un huso, que parecía otra (Lc. 13, 10-17). Algo parecido realizó con un hombre que llevaba treinta y ocho años impedido, éste en Jerusalén (Jn. 5, 1-9) y con un hidrópico al que sanó en casa de un fariseo importante, sin importarle que fuera sábado (Lc. 14, 1-6). Por dónde Él pasaba, surgían milagros, algunas veces hasta sin proponérselo: una mujer que padecía flujo de sangre se curó con sólo tocar el manto de Jesús, lo que fue muy celebrado (Mc. 5, 25-34; Mt. 9, 18-26; Lc. 8, 40-56). Con el sordomudo de la Decápolis (confederación de ciudades limítrofe de Galilea) se tuvo que emplear más a fondo: primero le hurgó en los oídos por si lo que tenía era un tapón de cerumen (causa natural achacable tan sólo a falta de higiene cuya averiguación le hubiera deslucido el milagro), luego escupió, le tocó la lengua y finalmente le dijo: *Effatá*, o sea, «ábrete» en arameo, y el hombre recuperó la audición y le mostró calurosamente su agradecimiento (Mc. 7, 31-37).

A un ciego de Betsaida le devolvió la vista con sólo untarle los ojos con saliva e imponiéndole las manos (Mc. 8, 22-26). A Bartimeo, el ciego de Jericó, lo mismo (Mt. 20, 29-34; Mc. 10, 46-52; Lc. 18, 35-45); a otro ciego de nacimiento le hizo ver con sólo untarle los ojos con barro y saliva. Después lo envió a lavarse en la piscina de Siloé (Jn. 9, 1-12). Al criado del centurión de Cafarnaún lo sanó sin necesidad de verlo (Mt. 8, 5-13; Lc. 7, 1-10, Jn. 4, 43-54; Jn. 4, 43-54). [580] A diez leprosos, que encontró en el camino los curó con sólo hablarles (Lc. 17, 11-19).

Estos son los milagros del sanador Jesús, su faceta más atestiguada. Pero también demostró en cinco ocasiones su excelencia como exorcista conjurador de demonios que habitaban en personas endemoniadas (Mc. 1, 32-34; Mc. 3, 10-12): [581] en la sinagoga de Cafarnaún expulsó a un demonio (Mc. 1, 21-28; Lc. 4, 31-37); en Gerasa a otro (Mt. 8, 28-34; Mc. 5, 1-21; Lc. 8, 26-39); a otro que poseía a la hija de una mujer sirofenicia también lo sacó del cuerpo de la joven (Mt. 15, 21-28; Mc. 7, 24-30) y lo mismo hizo con el que atormentaba a un epiléptico (Mt. 17, 24-20; Mc. 9, 14-27; Lc. 9, 37-43); y finalmente a un demonio mudo (Lc. 11, 14; Mt. 12, 22). Los envidiosos, que nunca han de faltar, propalaban que obraba en connivencia con Satanás

(Mt. 9, 32-34; Mt. 12, 22-30; Mc. 3, 22-27; Lc. 11, 14-15; Lc. 11, 17-23). Los milagros más difíciles y meritorios fueron las resurrecciones, de las que practicó tres, a saber: la hija de Jairo, niña de doce años (Mc. 5, 21-24; Mt. 9, 18-26; Lc. 8, 40-56) de la que dijo, con aquella modestia que lo caracterizaba, que no estaba muerta, sino dormida (Mt. 9, 24; Mc. 5, 39; Lc. 8, 52); también rescató de la muerte al hijo de la viuda de Naín (Lc. 7, 11-17) y finalmente a Lázaro, la más difícil de todas estas resurrecciones porque, como queda dicho, ya llevaba tres días muerto y hedía (Jn. 11, 1-44). Muy celebrada fue su destreza con los efectos especiales cuando calmó la tempestad (Mt. 8, 23-27; Mc. 4, 35-41; Lc. 8, 22-25), y cuando caminó sobre las aguas (Mt. 14, 22-33; Mc. 6, 45-52; Jn. 6, 16-21). La misma diligencia que ponía en ayudar al prójimo, la puso en socorrer a los suyos, cuando fue menester, realizando milagros de índole alimenticia, que con la andorga vacía no hay buena doctrina. La multiplicación de los panes y los peces se menciona en los cuatro Evangelios (hasta en Juan, que normalmente va por libre; Mc. 6, 32-44; Mt. 14,13-21; Lc. 9,10-17; Jn. 6, 1-13). Marcos y Mateo señalan que repitió el milagro (Mc. 8, 1-10; Mt. 15, 32-39). Dado que algunos discípulos eran pescadores les dio la sorpresa de la pesca milagrosa (Lc. 5, 1-11; Jn. 21, 1-19). Lo de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná (Jn. 2, 1-11), pudo ser por complacer a la Virgen, quien como toda madre, quería lucir ante las amistades las habilidades de su hijo.

APÉNDICE 6

La confusa historia de la Magdalena

Jesús y María Magdalena se conocieron paradójicamente a causa de los demonios. Los Evangelios nunca dicen que la Magdalena fuera puta de profesión, ni siquiera insinúan que lo fuera de afición, o sea, una chica ligera de cascos o liberal como ahora se dice. [582] María de Magdala era, más bien, una seguidora de Jesús, una discípula aventajada (reiteradamente demuestra ser más inteligente que el resto de la santa cuadrilla) una *apóstola*, procedente de Magdala, villorrio a orillas del lago Tiberíades, la comarca galilea de la que, como hemos visto, procedían otros jesusitas. Según una versión, Jesús le había echado siete, uno detrás de otro, [583] por lo que la agradecida mujer, calmada de aquella inquietud, de aquella desazón, que no la dejaba vivir, lo siguió el resto de su vida. No descartaremos que estuviese platónicamente enamorada de Él, en la manera en que lo están las monjitas cuando aseveran, sin mediar malicia alguna, que están enamoradas de Jesús, que son sus novias primero (novicias) y después sus esposas (profesas). ¿Quién no se enamoraría de Él? Los locos de Jesús, eso somos los cristianos. [584]

¿Por qué, entonces, esa infamante fama de puta que arrastra la Magdalena? [585] ¿Es que la supuesta misoginia de la Iglesia ha de manifestarse hasta en los propios Evangelios, sin respetar a nadie?

Nada de eso. Empecemos por decir que la Iglesia no es misógina. Los santos ministros de la Iglesia siempre han acogido a las mujeres con los brazos abiertos y la mejor disposición. Incluso han acotado para ellas lugares e instituciones de los que se excluyen los hombres. [586] El sambenito putescente que pesa sobre la Magdalena se debe a una simple confusión. La pecadora pública que perfuma los pies de Jesús, los riega con sus lágrimas y los seca con su frondosa cabellera (Lc. 7, 36-49) aparece en la misma página del Evangelio en que se menciona a María de Magdala como una de las mujeres a las que Jesús alivió. Hay cierto parecido accidental entre ellas: las dos lloran, las dos tocan los pies del Señor (la pecadora se los perfuma,

Magdalena se los ase, [587] Mt. 28, 9; Jn. 20, 17). Luego está el propio nombre, Magdalena, que nos evoca el bizcocho blandito, dulce, absorbente, con su retrogusto a corteza de limón y su costra superior de azúcar tostado. ¿No parece que sugiere la opulencia corporal de una de esas mujeres cuya evaluación física acogen los libertinos (Dios los perdone) con esa horrible expresión machista «está para mojar pan»?

Para arreglar las cosas, también se confunden estas dos mujeres, la ramera y la Magdalena, con otra María, la de Betania, la hermana de Marta y de Lázaro que en otro pasaje (Jn. 12, 3) «tomando una libra de perfume de nardo puro, carísimo, ungió los pies de Jesús y los ungió con sus cabellos». [588]

La historia de la Magdalena, un personaje tan atractivo y sugerente, tuvo interesantes prolongaciones extraevangélicas. Después de la Pasión y Ascensión de Jesús acompañó a san Juan y a la Virgen a Éfeso, donde murió y su cuerpo santo acabó en Constantinopla, según la tradición de la Iglesia oriental. La tradición occidental (la nuestra, la buena, la genuina) asegura que se embarcó y cruzó el Mediterráneo junto con Lázaro, el resucitado, su hermana Marta y una esclava negra que atendía por Sara. Desembarcada en Marsella, predicó y obró milagros en la región. Ya mayor se retiró a la cueva de Saint Baume («Santo Bálsamo») a hacer penitencia como una eremita *avant la lettre.* [589] La criada negra, Sara, se jubiló en Saintes Maries-sur-Mer, donde aún es venerada en el santuario de las Tres Marías, especial devoción de los gitanos de la Camarga.

Hace más de cien años se encontró el Evangelio de María Magdalena, un apócrifo gnóstico escrito en copto en el siglo I, en el que la santa aparece como una apóstola en términos de igualdad con sus compañeros varones a los que incluso supera en sabiduría y discernimiento. En la Edad Media se la llegó a considerar «apóstola de los apóstoles» y su culto se extendió sobremanera como atestiguan los numerosos santuarios puestos bajo su advocación, generalmente cerca de manantiales para simbolizar sus lágrimas de arrepentimiento (la seguían considerando pecadora).

El Vaticano la ha rehabilitado. En la reforma del misal de 1969 no se mencionan ya sus pecados. Algo es algo.

Los documentos de Nag Hammadi (Egipto), un depósito de trece códices coptos hallados casualmente por unos campesinos en 1945, de los

que se han conservado doce, [590] ofrecen una visión novedosa de la Magdalena. En el Evangelio apócrifo de Felipe se lee: «La compañera del Salvador es María Magdalena» y «el Salvador la amaba más que a todos sus discípulos y frecuentemente la besaba en la boca».

Que no nos escandalicen esos besos en la boca: son costumbre educada en Oriente. ¿No hemos visto a más de un ministro de Exteriores español besando, más por imperativo del cargo que por mero gusto a lo que presumo, los morros de Yaser Arafat, rojos y abultados (y húmedos) como dos pimientos morrones?

Karen King, profesora de Harvard, especialista en la figura de la Magdalena, escribe: «No existen datos que nos permitan afirmar que Jesús o la Magdalena estuvieran casados y mucho menos entre ellos. Sobre esa ausencia de datos se puede especular en las dos direcciones: ¿por qué no iban a tener relaciones sexuales?, y ¿por qué cada vez que hay un hombre y una mujer hemos de pensar que hay relaciones sexuales entre ellos? La Magdalena ocupó un lugar preferente entre los seguidores de Cristo, ¿somos capaces de aceptar que no necesitó casarse con el jefe?»

APÉNDICE 7

Las herejías cristianas

A continuación enumero las principales herejías cristianas por riguroso orden alfabético, dado que para mí todas son falsas y ni quito ni pongo rey. Se desaconseja la lectura de este apartado a los tibios en su fe.

—Adopcionistas. Para éstos, Jesús era un simple ser humano que fue elevado a una dignidad similar a la de Dios después de su muerte.

—Antidicomaritas. Rechazaban la perpetua virginidad de María. Después del Nacimiento de Jesús, decían: «Ella se hizo uno con su esposo», o sea, que hubo sexo. Apena admitirlo pero muchos teólogos católicos actuales también incurren en esta herejía.

—Arrianos. Secuaces de Arrio, sacerdote de Alejandría que no consideraba a Jesús Dios o parte de Dios (un tercio al menos), sino una persona normal. Otro tropiezo doctrinal defendido torpemente por muchos teólogos actuales. Quizá podamos considerarla la herejía más antigua porque los doce discípulos nunca creyeron que Jesús fuera Dios encarnado en Hombre. Cuando Él vivía, lo veían comer, dormir, roncar, orinar, defecar y las otras funciones propias del mamífero, y engañados por esas apariencias, no se les ocurrió pensar que fuera Dios. Lo tomaron por un simple profeta. ¡Qué ceguera la de aquellos toscos pescadores incapaces de ver la luz divina a un palmo de sus narices! Por la misma senda andan muchos teólogos actuales, incluso los que se llaman católicos y viven a los pechos de la Iglesia. Ni en los Evangelios ni en san Pablo se dice que Jesús proceda de Dios Padre, aducen. En fin, para los arríanos, Jesús fue un simple mortal al que Dios había resucitado y divinizado (ya vimos que, en el contexto de las religiones paganas y mistéricas, abundan los héroes divinizados). «De los datos del Nuevo Testamento no se puede inferir la identificación de Jesús el Nazareno con Dios.» [591]

—Apolinares. Seguidores del obispo Apolinar de Laodicea. Al contrario que los arrianos, afirmaban que el espíritu o intelecto de Jesús no era humano

sino sólo divino.

—Cátaros. Estos creían que el universo se compone de dos mundos en conflicto: el espiritual, creado por Dios, y el material, obra del demonio. Es una variante del maniqueísmo precristiano que, a su vez, procede del zoroastrismo persa. En el siglo XIII se extendieron tanto por el Languedoc francés que hasta fundaron una Iglesia particular que desobedecía y, lo que es peor, no pagaba sus impuestos, a la Iglesia de Roma. El Papa decretó una cruzada contra ellos y los exterminó. ¡Que tomen nota los sociatas que pretenden recortar las asignaciones a la Iglesia!

—Docetas. Afirman que Cristo no sufrió la crucifixión, que su cuerpo sólo era aparente y no real, con lo cual niegan la Redención por la sangre.

—Donatistas. Seguidores de Donato, obispo de Cartago (Túnez), para el que sólo los sacerdotes de conducta intachable alcanzan el misterio de la eucaristía (convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo). La transustanciación falla cuando el sacerdote es pecador y por lo tanto su eucaristía no vale. La Iglesia lo persiguió considerando que si la feligresía tiene que juzgar la bondad de una eucaristía por la conducta del cura que la administra, aviados íbamos. «La santa forma no es un mejunje cuyo efecto dependa de la habilidad del boticario», predicó el obispo.

—Dulcinianistas. Seguían a Dulcino de Novara, discípulo de Segarelli, el inspirador de unos anarquistas comunitarios que pretendían salvarse por el amor, sin ley alguna. Incurrían en la gula y practicaban el sexo a calzón quitado. Cuando la Iglesia quemó vivo a Segarelli, en 1300, Dulcino se puso al frente del movimiento y lo administró hasta que también lo quemaron vivo, en 1307, junto con su compañera Margarita, con la que cohabitaba en abominable concubinato.

—Encatritas o acuarios. Al igual que los ebionitas, pretendían comulgar sólo con agua considerando el pan y el vino lujos innecesarios. [592]

—Eutiquianos. Seguidores de Eutiques (378-454), abad de un monasterio en Constantinopla. Como los monofisitas, pensaba que las naturalezas divina *y* humana de Jesucristo estaban tan mezcladas que no era plenamente humano ni plenamente divino, sino algo intermedio, ni fu ni fa.

—Gnósticos. La gnosis presentaba muchas cepas o variantes. Básicamente profesa que los iniciados no se salvan por la fe en el perdón ni por el sacrificio de Cristo, sino mediante la gnosis, o conocimiento de lo

divino, que es superior a la fe. Es un potaje de creencias orientales pasadas por la filosofía platónica. [593] Una partida de colgados.

—Kenosis (del griego, «vaciamiento»). Sostiene que Jesús se vació en parte de su divinidad al encarnarse; se redujo, se hizo menos que Dios.

—Macedonianistas. Adeptos a Macedonio, arzobispo de Constantinopla que negaba la divinidad del Espíritu Santo. Estos herejes se llaman también pneumatómacos («adversarios del Espíritu»).

—Maniqueos. Seguidores del sabio persa Mani o Manes (c. 215-275), que creía que el alma es de Dios, pero el cuerpo es del demonio. ¡La madre que lo parió! Ya se ha dicho que estas ideas inspirarían el catarismo posterior.

—Marcionistas. Discípulos de Marción de Sínope (siglo II) que rechaza el Antiguo Testamento, y considera a Yahvé, un Dios diferente, el Padre del Mesías que se llamará Emmanuel y vendrá sólo para los judíos. El Dios del Antiguo Testamento crea al Hombre y el Dios del Nuevo Testamento lo libera o manumite pagando para ello el precio de su sangre. Marción es el único gnóstico que reconoció a Jesús de Nazaret como verdadero Hijo de Dios.

—Monofisitas (del griego *mono,* «uno» y *physis,* «naturaleza»). Al igual que los eutiquianos creen que las dos naturalezas de Jesús, divina y humana, se combinaron conformando un nuevo tipo de ser (con lo cual Jesús no sería ni Dios ni Hombre, sino una tercera clase).

—Montanistas. Seguidores del predicador Montanus. Profesaban que la Trinidad era sólo una persona, no tres, que la inspiración del Espíritu Santo sustituía a las doctrinas apostólicas y que el regreso de Jesús era inminente. Montanus predicaba por Asia Menor acompañado por dos discípulas, Prisca y Maximila, a las que cuando se ponían en éxtasis se les revelaba el Espíritu Santo con el que esperaban unirse después de recibir el martirio. Preconizaba la vida devota, el ayuno, la limpieza. Tal estilo de vida era esencial en vistas al inminente regreso de Cristo. Creía que la santa Jerusalén iba a descender pronto sobre la villa de Pepuza. Tertuliano, padre de la Iglesia, dio una gran campanada cuando se convirtió al montanismo. Los modernos pentecostales tienen algunos puntos en común con los montanistas.

—Nestorianos. Adeptos de Nestorio, hereje sirio muerto en 451. Sostiene que las dos naturalezas de Jesús, divina y humana, están completamente separadas, sin contacto alguno. Cuenta con iglesias activas

que se agrupan actualmente bajo la denominación de Iglesia Asiria de Oriente.

—Ofitas (del griego *ophis*, «serpiente»). Consideraban a la serpiente del Paraíso no como Satanás sino como el mensajero del conocimiento o gnosis del árbol del bien y del mal. Las sociedades protectoras de animales lo encuentran razonable.

—Pelagianos. Seguidores de Pelagio, que sostenía que el pecado original sólo afectó a Adán, no a la humanidad. Por lo tanto el bautismo no tiene sentido, ya que nacemos limpios.

—Priscilianistas. Devotos de Prisciliano. Ya hablamos en su momento de este hereje gallego perniciosísimo que predicaba austeridad y pobreza. ¡Incluso entre las altas jerarquías de la Iglesia a las que exhortaba a abandonar la opulencia y las riquezas para volver a la pobreza evangélica! Como es natural, los afectados fueron tras él hasta que consiguieron su eliminación física. Además condenaba la esclavitud y exaltaba a la mujer, cada vez más marginada de la Iglesia, para que participara activamente en los cultos. Por si fuera poco, predicaba la abstinencia de alcohol y el celibato, aunque no era partidario de prohibir el matrimonio de la clerecía.

APÉNDICE 8

Vírgenes consagradas en la Iglesia

El Concilio Vaticano II instituyó que las personas que deseen consagrar su virginidad a Dios y «seguir a Cristo más íntimamente» de un modo reconocido por la Iglesia, sin por ello ingresar en una orden religiosa, puedan ser consagradas por el obispo de la diócesis correspondiente mediante un rito litúrgico (*consecratio virginum*) que las vincula místicamente con Dios. [594]

Las vírgenes consagradas no son religiosas, pero tampoco son laicas o seglares en sentido estricto. Estas corderas de himen intacto (más o menos) que ingresan en el redil del Señor a salvo de los moruecos o marones del rebaño, se mantienen individualmente por sus propios medios en el proceloso mundo laico, sin convento ni ayuda alguna de la Iglesia, aunque, como colectivo, constituyen una asociación pastoreada por los obispos.

En el aspecto carismático, la virgen consagrada muestra a Cristo esposo el amor de esposa de la Iglesia, lo que se manifiesta en la exigencia de la virginidad: que al ser consagradas las aspirantes no conozcan varón (ni el varón las conozca a ellas) y que «nunca hayan celebrado nupcias y no hayan vivido pública o manifiestamente en un estado opuesto a la castidad» formulación que obviamente disculpa algún resbaloncillo del pasado con tal de que medie arrepentimiento y no se vuelva a repetir.

A pesar de las continuas acechanzas del Maligno y de lo difícil que resulta mantener la virginidad intacta y pura en un mundo tan entregado a los placeres de la carne y a la sensualidad, se calcula que existen en el mundo unas tres mil vírgenes consagradas. En España son unas ciento cincuenta (cada año crece el número, aunque tímidamente). [595] Están repartidas por todas las diócesis, con especial incidencia en las del norte. Es igualmente observable que se crían mejor en el interior de la Península que en sus costas, especialmente si éstas son turísticas. Desde hace dieciocho años nuestras vírgenes consagradas, muchas de ellas en la edad en que ya duelen los huesos pero aún queman los besos, organizan una convivencia anual en casas de

ejercicios o conventos de distintas provincias en la que, durante unos días, se consagran al rezo de las horas, a la eucaristía, a la amistad fraterna en honesto asueto y a un poco de turismo religioso por la zona.

Del «Magazine» dominical del diario de *El Mundo* recogemos el siguiente reportaje dedicado a varias vírgenes consagradas.

> Marisa Achutegui se empeñó con el voto de castidad privado y perpetuo a los seis años, justo el día de su primera comunión. Tanta precocidad sobrepasaba las previsiones de la Iglesia católica en lo que a vocaciones de cualquier tipo se refiere, así que Marisa tuvo que esperar con paciencia hasta los diez años para que algún sacerdote empezara a tomar en serio su determinación de preservar la virginidad. Por esa época, Marisa soñaba cuando iba a misa que Dios bajaba por una escalera y ella subía corriendo para encontrarlo a medio camino entre el Cielo y la Tierra. Y empezaba además a considerar la posibilidad de alcanzar (más adelante) la santidad. Ya era hora —pensaba ella— de que su tierra, Vizcaya, conociera el orgullo de aparecer por fin en el santoral.
>
> Estudió filosofía y letras, y en la facultad llegó la primera y última crisis por culpa de una disquisición teológica sobre Judas Iscariote. «Conocí la angustia de la nada durante dos o tres años y hasta tuve tres novios, porque guapa no he sido nunca pero simpática, mucho, y chicos no me faltaban. El problema era que siempre los dejaba, porque yo no me veía casada para toda la vida con un hombre. He renunciado sabiendo a lo que renunciaba. Fui profesora de universidad y después me marché a vivir a un extrarradio de Bilbao y abrí una casa de oración. Quiero decir, que aunque tengo sesenta y un años y me consagré hace sólo siete, siempre he vivido con esa idea.»
>
> «Hace siete porque hasta entonces no conocía la posibilidad de convertirse en virgen consagrada» que la Iglesia católica ofrece a sus feligresas desde el 31 de mayo de 1970 (Decreto de la Congregación para el Culto Divino) y que, según Bernardo Santos, su delegado en Madrid, retoma una tradición de los antiguos padres de la Iglesia. Las vírgenes consagradas, explica el padre Santos, poco tienen que ver con las órdenes religiosas

tradicionales. Ni viven en conventos, ni obedecen a una superiora ni profesan votos de pobreza y obediencia ni dependen más que del obispo de su diócesis. En la ceremonia de consagración, generalmente en una catedral, reciben un anillo «signo del desposorio con Cristo que llevarán en todo lugar como signo de fidelidad al Esposo». ¿Requisitos? «Haber cumplido treinta años, demostrar una cierta madurez intelectual y, lógicamente, no haber estado casadas. Más que la constatación física de la virginidad, que no haya vivido públicamente en estado opuesto a la castidad.» Y esto quiere decir, más o menos, que si en algún momento se han apartado de su propósito, cuantos menos se hayan enterado, mejor. «Una candidata puede alegar que aunque haya vivido antes con un hombre muy pocas personas lo sabían, o que la relación no tenía carácter escandaloso. Pero no suelen darse estos casos.»

Ochenta mujeres de edades variadas y ocupaciones también diversas son vírgenes consagradas en España. Todas tienen ocupaciones, porque tienen que mantenerse por sus propios medios. La última, Margarita Martín Bravo, treinta años, que vive en Salamanca con su familia, trabaja en una editorial católica y se consagró el día de la Inmaculada. «Ahora el trabajo ha pasado a un segundo plano, prefiero tareas sencillas y un ambiente silencioso que me permita la intimidad con Dios.»

—¿Cuánto tiempo dedica a la oración?

—¡Qué pregunta tan graciosa! Yo me siento llamada a orar a todas horas, y a eso dedico la plenitud de mi tiempo. Sí, de vez en cuando salgo con mis amigos, si tengo la posibilidad, pero cuando ya se ha descubierto algo más valioso, todo lo demás deja de apetecerte. ¿Novio? No, nunca. Estoy enamorada de Jesucristo y soy consciente de ese enamoramiento desde muy joven, desde los dieciocho años. Quizá cuando era una niña... Pero no, nada.

Lali Ramírez, treinta y cinco años, también fue consagrada con treinta, y sí tuvo alguna relación más o menos estable antes de decidirse por este camino irrevocable y perpetuo. «Sí, durante un año, más o menos. Estábamos bien juntos, pero de alguna manera yo veía que no era eso lo que quería. No fue una ruptura radical, no le dejé para consagrarme. Simplemente, inicié un proceso que me

llevó después y poco a poco a lo que soy.» Lali trabaja en Cáritas en Córdoba y lo mismo se encarga de las campañas de comunicación que de organizar la recogida de juguetes o de las familias que llegan a pedir ayuda con un problema concreto, así que el tiempo de oración se le reduce a la fuerza. «Un ratito por la mañana y después el trabajo es el trabajo. ¿Lo peor? La incomprensión duele. Todos necesitamos que nos entiendan, que nos digan que lo que hacemos está bien. Mi consagración al Señor ha sido la irrupción de un enamorado que me pedía entonces y me sigue pidiendo una respuesta con todo mi ser. Cuando digo al Señor "te amo", lo digo como a mi esposo, y cuando estoy con Él me abrazo a Él esperándolo todo de Él. Creo que al final, lo único que hago es luchar por la simplicidad, no por tener, sino por dar a los demás.»

—¿Y para eso es necesaria la virginidad?

—Sí, porque Dios se convierte en el centro de todo. Aun así vivimos en el mundo. Mis amigos, unos son creyentes y otros no, porque la amistad está por encima de las creencias, ¿tengo acaso aspecto de beata?

No, no lo tiene, sobre todo ahora que lo pregunta delante de un vino y una tapa de tortilla de patatas.

«Sí, yo tendría que aprender de ella —dice Amelia, funcionaría de Hacienda, treinta y siete años, también consagrada y también de Córdoba—, porque a lo mejor resulto demasiado clásica. La verdad es que como soy la única chica de seis hermanos, en cuestión de ropa siempre he seguido los consejos de mi madre.»

Amelia, que vive sola, procede de una familia muy católica y tiene un hermano sacerdote. Practica el testimonio en el trabajo, que quiere decir que trabaja todo lo que puede y que a veces algún compañero se desconcierta con tanta dedicación laboral. «Si no lo entienden, al menos lo respetan. A la hora de contar un chiste verde a lo mejor se lo piensan dos veces, cuidan el vocabulario.»

Amelia dice que siempre ha tenido más amigas que amigos. «Nunca surgió una relación. Sí, cuando era una cría me gustó

algún amigo de mi hermano, pero tampoco fui nunca capaz de decírselo y en fin, desde muy joven me di cuenta de que buscaba una opción dentro de la Iglesia. Pero tampoco creo que nosotras seamos las únicas vírgenes...»

Primera vez

Resulta un empeño sorprendente en una sociedad que, según una encuesta de Sygma Dos, valora, por ejemplo, la experiencia sexual (48,5 por ciento) muy por encima de la virginidad (27,8 por ciento) a la hora de elegir pareja. Y en la que la media de edad a la que los jóvenes tienen sus primeras relaciones sexuales ronda los dieciocho años. Unas cifras que, aparentemente, nada tienen que ver con la infidelidad, porque de creer un estudio similar del Centro de Investigaciones Sociológicas, el 80 por ciento de los españoles nunca había deseado ni siquiera un escarceo con una persona distinta de su pareja.

«Sí tenemos a veces la sensación de ir contracorriente, tal como están las cosas ahora —dice Mercedes Contreras, cincuenta y ocho años, consagrada desde hace ocho y que siempre ha trabajado en el comercio—. Yo tomé esta decisión a los dieciocho. Más tarde me enteré de que la Iglesia nos ofrecía esta posibilidad. Nunca me he arrepentido, al revés. Creo que la virginidad es un valor muy bonito para la mujer, que se está perdiendo y que deberíamos promover.»

Mercedes nació en Burgos y frecuenta a otras vírgenes consagradas de su ciudad, pero vive, como la mayoría, con su familia. La mayoría, pero no todas. A las vírgenes consagradas también se les da la posibilidad de asociarse. Es decir, de compartir casa sin superiora y en igualdad de derechos y obligaciones. Y así lo han hecho Elvira, Sagrario y María en Madrid desde hace casi veinte años, aunque se consagraran hace sólo diez. Las tres son profesoras y las tres con voto privado de castidad desde la adolescencia. Y eso a pesar de algún antiguo pretendiente obcecado. Sagrario fue alumna de Elvira y María las conoció en la

parroquia.

«De alguna manera, llevábamos ya un tipo de vida que la Iglesia terminó por institucionalizar. La casa en la que vivimos la compramos entre las tres con una hipoteca, como todo el mundo. Nos bañamos con nuestro bañador y nos ponemos nuestro chándal para salir a la sierra como todo el mundo. Porque eso es lo que nos gusta, ser como todo el mundo.»

Casi. El horario habitual resulta un poco más apretado. Después del desayuno, laudes y maitines en el oratorio de casa. Clases en el colegio y a las cinco, se reza la hora nona. Trabajo en la parroquia, porque además de un grupo de oración, Elvira, que estudió piano, dirige el coro, y vuelta a casa. A las once de la noche, completas, y, cada una, oración personal.

«¿Asombro cuando contamos nuestra forma de vida? Creo que ya no. En el barrio nos conocen y en el colegio los padres y los compañeros saben que siempre estamos disponibles. Creo que, en el fondo, sienten una cierta admiración. Es una vocación pensada por Dios para la época en la que vivimos.» [596]

APÉNDICE 9

Sagradas reliquias de Jesús

Oigamos el verbo encendido del padre Ignacio Acuña Duarte, S. J., que nos va a dar una lección de «testimonios ciertos de veracidad histórica».

> Amadísimos hermanos: un silencio revelador se hace en torno a las reliquias de la Pasión. ¿Quién se ha enterado de su existencia o ha recibido la sugestión de visitarlas y venerarlas con piadoso amor? La cristiandad cuenta con decenas de ellas, testimonios ciertos de la veracidad histórica de los Evangelios, y obligan —forzosamente— a darles aceptación. Cosa aparte es la rebelión a la consecuencia que ello implica, esto es, la suprema virtud y verdad que de ellos emana y la necesidad de seguir a Cristo a riesgo de la condenación eterna.» [597]

Condenación eterna: ¡ahí está la clave! Por lo tanto y llevados por el fervor filial que la pastoral reconvención del sabio jesuita sabe despertar en sus ovejas, nos disponemos a censar las reliquias de Jesús tan exhaustivamente como nos sea posible, si es que ello es posible. Hay que advertir que los hipercríticos las tienen por falsas, simplemente por el hecho de que no se comenzaran a coleccionar reliquias hasta siglos después de la muerte de Jesús (los judíos consideraban impuro todo lo que hubiera estado en contacto con un muerto). Nosotros, sin embargo, estamos convencidos de que todas ellas son verdaderas porque tenemos fe y con eso nos basta. Es evidente que Dios Padre, con esa superior visión que tiene de la jugada al ser quien es («Yo soy el que soy», ¿recuerdan?) y estar donde está, en el Cielo, con miríadas de ángeles vigilándonos, se preocupó de que todos estos vestigios de la vida de su Hijo muy amado (que es Él mismo por otra parte) se conservaran en su baúl de los recuerdos que es la Tierra para que, en su día, fueran venerados por los cristianos.

Los santos prepucios

Ya explicamos que el rito judío impone la circuncisión (o corte de una rodajita del prepucio) a los hijos varones del pueblo de Israel al octavo día de nacidos. Es uno de esos aparentes caprichos del inescrutable Yahvé que, desde nuestra chata perspectiva de simples mortales, puede parecer perfectamente absurdo (¿por qué no nos diseñó simplemente sin prepucio, con el glande pelado al aire?), pero Dios, en su infinita inteligencia, sabe por qué hace lo que hace, así que mejor será que no lo cuestionemos.

Según la tradición, la Virgen conservaba el prepucio de Jesús en un botecito lleno de aceite de nardos y se lo entregó a la desolada María Magdalena para ver si se le aliviaba el profundo trauma que le supuso la crucifixión del amado.

En circunstancias normales, el rabino encargado de la operación corta un único aro del anillo prepucial (*praeputium amputatum*). Por eso no deja de resultar extraño que no menos de veintiún santuarios de la cristiandad hayan optado a lo largo de la historia al título de depositarios del genuino prepucio del Señor (*vero praeputium Domini*), cada uno de ellos provisto de sus correspondientes credenciales y certificados de autenticidad. [598] Incluso si pensamos que el rabino que le cupo a Jesús era un torpe principiante que metió la pata y tuvo que repetir la operación varias veces hasta que el corte le salió derecho, no es plausible que existan tantos prepucios *verdaderos.* Ensamblándolos todos obtendríamos un calamar de considerables proporciones cortado en aros, lo que no parece de recibo, ni siquiera tratándose de una persona tan excepcional como Jesús, el Hijo de Dios.

Dejémoslo así. La multiplicación del santo prepucio es otro misterio aritmético y cristiano no menor que el de la Santísima Trinidad.

¿Cómo llegó a Europa el santo prepucio?

Según algunos autores lo trajo Carlomagno entre los souvenires de su visita a los santos lugares. Según otros, Balduino I, rey de Jerusalén tras la Primera Cruzada, lo donó al santuario de Amberes en 1100. El santo prepucio de Amberes, mencionado por vez primera en 1112, mantuvo mucho tiempo la fama de ser el más auténtico porque en una ocasión destiló tres gotas de sangre en presencia del obispo de Cambray. [599] Durante el siglo XIV le

surgió un competidor peligroso, el santo prepucio de Letrán, en Roma, cuya autenticidad atestiguaba la vidente santa Brígida. El cabildo de Amberes admitió, conciliador, que lo que custodiaba en su templo no era el prepucio completo, sino un trozo considerable (*notandam portiunculam*) del mismo. El santo prepucio de Amberes desapareció en 1566, durante las guerras de religión, pero su capilla existe todavía.

Los que creen que Carlomagno trajo a Europa el santo prepucio afirman que lo obtuvo de un ángel que se le apareció cuando visitaba el Santo Sepulcro. [600]

¿Qué hizo Carlomagno con la sagrada reliquia? Según unas versiones se la entregó al Papa León III en el año 800 en prueba de agradecimiento, cuando lo coronó emperador del Sacro Imperio romano germánico. El Papa añadió el prepucio a su colección de reliquias de Cristo en el sanctasanctórum de la basílica de San Juan de Letrán. Allí permaneció el trocito de Cristo Nuestro Señor hasta que, en 1527, las tropas de nuestro católico Carlos V saquearon los palacios e iglesias de Roma y penetrando en los conventos de clausura los pusieron patas arriba. En el tumulto del reparto, el relicario del santo prepucio (de oro y piedras preciosas) le cupo en suerte a un lansquenete (mercenario suizo o alemán).

Dios, siempre vigilante, no consintió que la reliquia de su más preciada parte se perdiera. El desalmado lansquenete fue capturado y presumiblemente ejecutado en Calcata, a pocos kilómetros de Roma.

Pocos años después, en 1557, el santo prepucio apareció oculto en el establo que sirvió de prisión al mercenario cuando aguardaba sentencia. La sagrada reliquia fue depositada con grandes manifestaciones de fervor en la iglesia del pueblo donde se ha venerado hasta nuestros días.

Los franceses nunca aceptaron que la sagrada reliquia hubiera salido de Francia, pero tampoco se ponían de acuerdo sobre cuál de los santos prepucios galos, cerca de una docena, era el legítimo. Las simpatías, y devociones, estaban muy repartidas entre el de Niedermünster y el de Charroux.

Alegaban los monjes de Niedermünster que Carlomagno cedió su santo prepucio a Hugo de Tours y éste a su vez a su monasterio; los de Charroux argumentaban como mejor probanza que el santo prepucio de su abadía tenía la facultad de preñar a las mujeres al tercer padrenuestro rezado ante él con la

necesaria devoción, siempre bajo la supervisión de los frailes.

¿A quién creer?

La abadía de Charroux tenía en su santo prepucio una considerable fuente de ingresos pues muchas mujeres favorecían al santuario con cuantiosos donativos para asegurarse la preñez. Temiendo que la competencia de Niedermünster perjudicara sus ingresos, los monjes de Charroux llevaron en procesión su santo prepucio hasta Roma para que el Papa Inocente III certificara su autenticidad, pero el Santo Padre, prudente como la paloma, prefirió no definirse. No quería malquistarse con los otros santos prepucios de la cristiandad.

El santo prepucio de Charroux se perdió, como tantas otras reliquias, durante la Revolución francesa, pero apareció de nuevo en 1856, cuando unos albañiles lo descubrieron en un agujero disimulado del muro de la iglesia. El obispo de Poitiers, monseñor Pie, testificó su autenticidad.

El regreso a la competición del francés desató un pandemónium entre los devotos prepuciales. Los partidarios del santo prepucio de Calcata (o sea, el de Letrán) pusieron el grito en el cielo reclamando que su pellejito divino era el único auténtico. [601]

Los ánimos se encresparon hasta el punto que el Papa tuvo que intervenir con una sentencia salomónica: «Nos, el Santo Padre, decretamos excomunión automática para todo el que polemice sobre el santo prepucio, que ya me estáis tocando las partes.» [602]

Desde entonces ha reinado la calma en el rebaño cristiano, ni un balido más alto que otro.

No seremos nosotros los que echemos leña al fuego y menos pesando el peligro de excomunión. A nuestro parecer todos los santos prepucios son legítimos, siempre que estén refrendados por la fe. Ahora bien, sin desmerecer ninguno, quizá el más legítimo sea el de Calcata, que todos los días primero de enero se procesionaba para conmemorar la fiesta de la circuncisión del Señor con asistencia de una multitud de peregrinos, autobuses enteros, que acudían a adorarlo y a ganar los diez años de indulgencias concedidos por el Papa. La pía celebración se mantuvo hasta que la víspera de la procesión de 1983 el párroco de Calcata y custodio de la reliquia, padre Darío Magnoni, anunció compungido: «No habrá procesión.

Manos sacrilegas han hecho desaparecer el santo prepucio de mi habitación.» El impacto de la noticia fue terrible en la prensa católica mundial y desde entonces no se han apagado las especulaciones en torno al destino de la reliquia. No falta quien acuse al propio Vaticano de haber fingido el robo para retirar la reliquia de circulación. Al parecer, la Iglesia venía detectando, desde años atrás, que la intensa devoción de los años de posguerra cuando los principales concurrentes a la procesión prepucial eran viudas enlutadas que repetían piadosas jaculatorias y portaban velas encendidas estaba derivando en fiesta carnavalesca y profana, con gente joven inmodestamente ataviada y quizá bebida que manifestaba abierta irreverencia cuando no chacota, lo que redundaba en desedificación del rebaño cristiano.

El santo prepucio ha suministrado amplia materia a la apologética, a la patrística, a la mística y no digamos a la literatura. El padre Salmerón, S. J., proponía una interesante metáfora del prepucio de Jesús como anillo nupcial de las doncellas que consagran su virginidad al señor: «Jesús envía a sus esposas el anillo de carne de su preciosísimo prepucio.» [603] Lo que viene al pelo a las vírgenes consagradas del apartado anterior. Las supongo enteradas.

Este prepucio de Cristo es indistintamente recibido por sus esposas, bajo la especie de comunión (caso de sor Agnes Blannbekin) o, más frecuentemente, como alianza matrimonial. Santa Catalina de Siena, según propia confesión, portaba en el dedo el prepucio invisible de Cristo que Él mismo le había entregado en sus místicos esponsales. El dedo incorrupto de la santa se conserva y venera, con el prepucio invisible ensartado en él. ¡Qué morbo! ¿eh? No es caso único. También llevaron el prepucio de Cristo a guisa de alianza las estigmatizadas Célestine Fenouil y Marie Julie Jahenny (1874), «catorce hombres vieron cómo el anillo que llevaba esta última se hinchaba y se volvía rojo bajo la piel. Su obispo estaba completamente entusiasmado». [604]

Tanta fe, tanto carisma, tanto misticismo se añoran en los pecadores y descreídos días que vivimos.

Los santos pañales

El Niño Jesús, en su presencia mortal, no controlaba los esfínteres. En

esto Dios quiso ser como otro mortal cualquiera, asumiendo las consecuencias más desagradables, sin excluir la fase anal.

Pañales del Niño Jesús hay (o hubo) varios, a saber: en Coria, en Lérida y en Escalona del Prado (Segovia), este último sólo un fragmento cortado al de Lérida.

El santo pañal de Lérida se veneraba en el altar de la Piedad, segundo a la derecha según se entra por la puerta principal de la catedral nueva de la bella ciudad catalana. Estaba doblado y dispuesto en un artístico relicario de ébano con incrustaciones de plata que databan de 1820. Según la tradición, este pañal fue un regalo del sultán de La Meca a la hija del rey de Túnez.

Las noticias más antiguas del santo pañal leridano se remontan a 1297, cuando se adoraba en una hornacina del altar mayor de la catedral antigua, al lado del Evangelio. En 1773 lo trasladaron a la sacristía de la catedral nueva. Tenía fama de milagroso y de ser inmune al fuego (curiosa propiedad de tantas reliquias textiles de Jesús que, mire usted por dónde, no comparte la Sábana Santa de Turín). Los devotos se encomendaban a él para las enfermedades de la vista y para los partos. En 1897 se restauró la antigua cofradía del Santo Pañal y volvió a celebrarse su solemne octavario de Navidad.

Era un trozo de tela blanco tirando a gris, de «unos cuatro palmos cuadrados», [605] de textura bastante basta, casi de saco, lo que sorprende en un pañal y mucho más usado por la Virgen con lo hacendosa y prudente que era. Sin embargo un paleosindonólogo suizo (que a fuer de precisos debiéramos nombrar pañalólogo) el sacerdote y arqueólogo Adolf Fäh, lo examinó en 1904 y certificó que se trataba de un tejido del siglo I procedente de Palestina.

Lamentablemente el santo pañal no está ya entre nosotros. En 1936 fue requisado, con el resto de los tesoros de la catedral de Lérida y depositado en el Banco de España. A la caída de Cataluña pasó a Francia y no se volvió a saber de él. Que le aproveche a quien lo tenga, pero si es un verdadero católico debería restituirlo.

Las columnas del templo de Jerusalén

«Aún se ven ocho de ellas debajo de la magnífica cúpula del Vaticano, dos en el altar de San Mauricio, dentro de la capilla del Santísimo, y otra en la cámara inferior de la capilla della Pietà, que según la tradición es en la que se apoyaba el divino Jesús cuando a la edad de doce años disputó con los doctores de la Ley.» [606]

La mesa de la Santa Cena

«La mesa en la cual el amabilísimo Jesús celebró la Última Cena e instituyó el adorable Sacramento del altar se conserva y venera en la misma basílica de San Juan de la Letrán, Roma.» [607]

El plato de la Santa Cena

«Se conserva uno en la santa iglesia de Génova.» [608]

Las toallas de la Santa Cena

«De las que sirvieron, tanto para lavar las manos al Salvador como para enjuagar los pies a sus discípulos, se conserva una parte notable en la citada basílica de San Juan de Letrán, Roma.» [609]

El triclinio de la Santa Cena

«Del que, en forma de cama, sirvió a nuestro amable Jesús en la Última Cena, se conserva una gran parte en la capilla llamada Sanctasanctórum, en Roma.» [610]

El cáliz de la Santa Cena (o santo grial)

Algunos pueblos de la Europa medieval, especialmente aquellos que se cristianizaron superficialmente, creían en la existencia de calderos, copas o bandejas mágicos que suministraban alimentos. El mito fascinaba a las famélicas tribus célticas y a otros pueblos desfavorecidos que entran en la historia europea lampando por un mendrugo.

En el siglo XII, estos objetos mágicos se confundieron con el cáliz en el que los misioneros cristianos obraban el prodigio de convertir pan y vino en Carne y Sangre, alimento espiritual. De este sincretismo surgieron los mitos del Santo Grial, el vaso, copa o escudilla que Jesucristo usó durante la Última Cena.

El mito del grial, enriquecido con las aportaciones de poetas y fabuladores, ha mantenido íntegra su antigua fascinación incluso en el mundo moderno, tan tibio en la fe, y no deja de aparecer en el cine y la literatura, dígalo Indiana Jones.

Según la leyenda medieval, un simpatizante de Jesús, José de Arimatea, tuvo la intuición de que la cena pascual de aquel año no iba a ser como las otras y guardó para la posteridad el vaso que había usado el Maestro. En efecto, aquélla fue la famosa Última Cena o Santa Cena (ya vimos que en realidad fue el Santo Almuerzo). Una piadosa variante de aquella tradición asegura que cuando el Cuerpo de Jesús desapareció de su sepulcro, acusaron a José de Arimatea de robar el cadáver para fingir su Resurrección. Estaba el buen hombre en la cárcel cuando Jesús se le apareció para entregarle el milagroso cáliz. Estas tradiciones fueron enriqueciéndose con nuevos detalles: José de Arimatea, presente en el drama del Gólgota, convirtió en realidad la cruenta metáfora pascual y, atento a la lanzada, usó el vaso griálico para recoger la sangre aguada que brotaba del costado abierto de Jesús.

En las postrimerías del siglo XII, distintos santuarios de la cristiandad exhibían supuestos cálices de la Última Cena. Pero la singularidad del objeto planteaba problemas de autenticidad. Que varios templos se jactaran de poseer una muela de santa Apolonia (en España se contaron más de trescientas, algunas de ellas asnales) o de un frasco de leche de la Virgen no resultaba sospechoso puesto que santa Apolonia debió de estar dotada de treinta y seis piezas dentarias y la Virgen pudo distribuir en varias redomas el preciado líquido extraído de su seno con una mamadera. Incluso la existencia de varias santas faces o varias sábanas santas se explicaba aludiendo a los

dobleces del velo o a la especial configuración de la mortaja que había permitido que la imagen de Jesús se plasmara en tantos textiles. Por el contrario, que varios santuarios se ufanaran de poseer el cáliz de la Santa Cena, una pieza necesariamente única, ponía en entredicho la legitimidad de todos ellos y los desautorizaba por igual. Los asesores de imagen de estos presuntos griales lo entendieron así y cada cual se aplicó a idear la historia verídica que probara la autenticidad del suyo. De este modo dieron a la estampa tratados abrumadoramente eruditos cuyo objeto era disipar las posibles dudas del crédulo devoto y estimular su generosidad.

Casi todas las historias coincidían en señalar a José de Arimatea como primer poseedor del sagrado vaso, pero a partir de él las versiones de la leyenda diferían. Para algunos, la emperatriz Elena encontró el cáliz en su viaje a Tierra Santa y lo llevó a Constantinopla; según otros, el cáliz quedó en Jerusalén durante un par de siglos hasta que la amenaza islámica aconsejó evacuarlo a Constantinopla.

Otros creen que el cáliz permaneció en Jerusalén y que no es otro que el sacro catino, que los cruzados donaron a la catedral de Génova, donde aún se venera (en la iglesia de San Bartolomé de los Armenios).

Digámoslo ya: el verdadero cáliz de la Última Cena es el de la catedral de Valencia, el español, naturalmente. La reliquia está avalada por una historia que la remonta a la época de Cristo: el Papa Sixto II, en el siglo III, confió este cáliz a su diácono Lorenzo, natural de Loreto (Huesca). Lorenzo lo donó a la iglesia de su pueblo, donde se conservó hasta que los musulmanes invadieron España, y el previsor obispo Auduberto ocultó la reliquia en el monasterio de San Juan de la Peña, a pocos kilómetros de Jaca. Está probado que en 1134 los monjes poseían, en efecto, un cáliz tallado en una piedra semipreciosa. Este cáliz pasó en 1399 a Martín el Humano, que lo depositó en la Aljafería de Zaragoza; y en 1437, reinando Alfonso el Magnánimo, fue a parar a la catedral de Valencia donde hoy se venera. Benedicto XVI realizó una eucaristía con él durante su visita a Valencia.

Las monedas que recibió Judas

De las treinta monedas por las que Judas vendió al Maestro según la versión tradicional (que hoy algunos hipercríticos ponen en duda a raíz del

hallazgo del Evangelio de Judas) «se conservan tres en la catedral de Genova, y una en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, en Roma.» [611]

Las ligaduras que ataron al Señor

«Un segmento importante se conserva en España, en la basílica de El Escorial, y otro en Italia, en la catedral de Anaghi.» [612]

La piedra del torrente del Cedrón

«Habiendo prendido al Señor, y llevándolo a la casa de Anás, al pasar por el torrente de Cedrón, la tradición dice que tiraron al Señor al fondo del torrente, dejando impresas las huellas de sus pies, rodillas, manos y cabeza sobre la durísima piedra que aún hoy se muestra a los peregrinos.» [613]

La casa de Anás

En el lugar donde estuvo esta casa hay una iglesia y convento, ocupado por monjas armenias.

La casa de Caifás

«En el lugar en que estuvo hay una iglesia, cuidada por los armenios: en ella se ve un calabozo muy reducido, en donde pasó algunas horas nuestro Divino Salvador: allí mismo había una columna en la cual estuvo atado, y es la que hoy se venera en Roma, en la iglesia de Santa Práxedes. En el altar que hay en el fondo del ábside de esa iglesia se ve la piedra que se puso a la puerta del sepulcro del Salvador.» [614]

El lienzo con que vendaron los ojos al Señor

«Se venera una parte en la iglesia de San Francesco á Ripa, en Roma.» [615]

El arco del Ecce Homo

«Hoy día se ve gran parte de él en la magnífica iglesia que el celoso misionero Alfonso María de Ratisbona levantó en Jerusalén para las monjas de Sión, tras su conversión desde el judaismo por gracia de Nuestra Señora.»

La escalera de Pilato

La llamada *scala sancta* (escalera santa) o *scala Pilati,* del palacio de Poncio Pilato en Jerusalén (por la que Jesús ascendió y descendió el día de su Pasión y por lo tanto «fue santificada y regada con la sangre de Nuestro Amable Salvador»), la llevó santa Elena a Roma en 326. Actualmente se ubica en el santuario della Scala Santa construido entre los años 1586-1589 por el Papa Sixto V frente a la basílica de San Juan de Letrán. Son veintiocho peldaños de mármol blanco que conducen al sanctasanctórum papal, la capilla pontificia que contiene la imagen de Jesús Akeropita («no pintada por mano humana»). El edificio tiene otras cuatro escaleras de uso común, ya que la *santa* se restringe a uso penitencial.

Desde 1723 está recubierta de madera de nogal, para protegerla del desgaste producido por la continua subida de peregrinos arrodillados.

Existen copias en Lourdes y en otros santuarios cristianos.

La santa columna de la flagelación

La columna a la que ataron a Cristo para flagelarlo es una de la más antiguas reliquias evangélicas, pues ya se menciona entre las inventadas en el siglo III. La peregrina Egeria la vio en medio de las ruinas del supuesto palacio de Caifás: un bloque de piedra en el que, con buena voluntad y mucha fe, se distinguían levemente las huellas de las manos y del rostro de Cristo.

Poco después, a principios del siglo IV, un anónimo peregrino de Burdeos adoró la santa columna en el pórtico de la iglesia de Sión o del Cenáculo. No sabemos si sería la misma, trasladada a nuevo emplazamiento, u otra distinta. También la veneró allí santa Paula, según san Jerónimo, a finales del mismo siglo. Aquellos peregrinos se contentaban con rodear la columna con un cordón que luego llevaban al cuello de por vida. Los que llegaron después iban provistos de cincel y martillo y arrancaban trocitos de la columna para sus relicarios.

Desde la época de las cruzadas, la columna de la flagelación se venera en la iglesia del Santo Sepulcro. Hoy está en la capilla de la Aparición de Cristo a su Madre que regentan los padres fransciscanos. Es un fragmento de fuste de pórfido rojizo de setenta y cinco centímetros de altura y unos treinta centímetros de diámetro.

Otra columna de la flagelación se venera en la iglesia de Santa Práxedes de Roma. Ésta mide setenta centímetros de altura y es de mármol negro con vetas blancas. Está documentado que en 1233 la trajo de Jerusalén el legado pontificio Giovanni Colona, que, al parecer, la había sacado de las ruinas del Pretorio.

¿Cuál es la auténtica?

Después de no pocas vigilias meditando sobre el tema, he llegado a la conclusión de que podríamos conciliarias con sólo decidir que ataron un brazo de Jesús a una y el otro a la otra, una posición mucho más expuesta al azote y, por lo tanto, mucho más conveniente tanto para los flageladores como para el flagelado, que sólo aspiraba al mayor tormento posible para redimir bien redimida a la humanidad con su sagrado sacrificio. Por consiguiente las dos columnas son verdaderas. Sobre lo que no quisiera significarme es en lo referente a las piedras que pasan por ser partes de la columna en la basílica de El Escorial y en San Marcos de Venecia. Ninguna de ellas se asemeja ni remotamente a las columnas de Roma *y* de Jerusalén, pero no podemos descartar que pertenecieran a dos parches o remiendos practicados sobre las referidas columnas con piedra de distinta naturaleza, en cuyo caso inmediatamente adquirirían carta de legitimidad. Un poco de buena voluntad es lo que necesitamos y menos hipercriticismo.

Los santos azotes

«Se veneran en la catedral de Anagni y en la iglesia de Santa Maria in Via Lata en Roma.»

La corona de espinas y otros tormentos

En los siglos V y VI una supuesta corona de espinas se adoraba en la iglesia de Sión, en Jerusalén. En 1204, otra corona, ¿o era la misma?, figuraba en la colección imperial de Constantinopla. Sería desolador que fuera la misma que se conserva en la parisina catedral de Notre Dame, porque ésta no es más que un pelado aro de juncos que nunca contuvo espina alguna. Sin embargo algunos autores la identifican con la reliquia que llegó a Constantinopla en el siglo IV y formó parte de la colección imperial hasta el siglo XIII, cuando el emperador Balduino IV la empeñó a los venecianos y luego, incapaz de rescatarla, la vendió a su tío san Luis de Francia por doscientas mil libras de oro. El rey santo edificó para ella la Sainte Chapelle. Los revolucionarios confiscaron la reliquia y se perdió su pista durante unos años, pero finalmente fue restituida a la catedral (¿la misma o su réplica?) en 1808.

Existen más de ochocientas espinas de la corona en distintos relicarios de la cristiandad, la dotación de un zarzal entero. Las más veneradas están en Roma, Pisa, París y Tréveris. Las dos más famosas de Roma se encuentran en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, junto a las otras reliquias de la Pasión. En España, podemos enorgullecemos de un buen puñado de ellas repartidas en distintos santuarios: El Escorial (once espinas), las catedrales de Toledo, Palma de Mallorca, Valencia, Jaén y Oviedo; el Palacio Real, Montserrat (dos); la iglesia de San Pedro (Barcelona, dos). En Sevilla solamente había seis espinas, «pero las mayores». Por el contrario en la Santa Capilla de Jaén había una que desapareció en 1937, aunque consolamos nuestras devociones con el relicario que la contenía.

Otros trebejos mencionados en los Evangelios estimularon a los fabricantes de reliquias, una próspera industria surgida a partir del siglo III. En la colección imperial de Constantinopla figuraba en 1201 el flagelo con el que azotaron a Jesús. La esponja de la Pasión se custodia en la basílica de San Juan de Letrán. Otra esponja figuraba también entre las reliquias que el

persa Cosroes II sustrajo en Jerusalén.

Existen reliquias más menudas indirectamente relacionadas con la Pasión: el trozo de la mesa de la Santa Cena engastado en otra mesa mayor que se venera en un palacio sevillano; el mantel de la Santa Cena que se custodia en la catedral de Coria (además del santo pañal); el trozo de la puerta por la que Jesús entró en Jerusalén, que se adora en Sangüesa (Navarra).

La Verónica

La primera mención de Verónica aparece en las Actas de Pilato (principios del siglo V) donde se dice que la hemorroísa de los Evangelios (Mt. 9, 20) poseía una escultura que representaba a Jesús. Lo malo es que las referidas actas son apócrifas, o sea falsas. Un poco antes, el obispo Eusebio de Cesárea (el historiador más mendaz de la Antigüedad, según Jacob Burckhardt) había consignado en su *Historia ecclesiastica* que la hemorroísa vivió en su diócesis. A partir de estos escuetos datos, la leyenda se fue enriqueciendo con nuevos detalles. A poco resultó que la hemorroísa era la mujer de aquel Zaqueo citado por Lucas (19, 1-10), el que se subió al sicómoro para ver a Jesús.

En el siglo X la hemorroísa se empieza a llamar Verónica, extraño nombre probablemente derivado de *vera icona*, es decir «verdadera imagen», lo que alude a que la hemorroísa poseía una imagen fiel de Jesús. En Roma un documento de la época denominaba Verónica a una sección de la basílica de San Pedro. En 1011 ya tenía la santa su altar. [616]

Para 1200, la antigua estatua del Redentor se había transformado en una impresión de su rostro sobre lienzo o pañuelo efectuado antes de la Pasión. Por aquel tiempo comenzaría a mostrarse a los fieles la reliquia conocida como «paño de la Verónica». La leyenda atesoraba tales posibilidades dramáticas que los paños de la Verónica se multiplicaron en diversos santuarios cristianos. Solamente en España tenemos dos, a cual más famoso: el de Jaén y el de Alicante.

En el siglo XV, cuando comienza la costumbre de rezar en las estaciones del vía crucis, la leyenda adquiere su forma definitiva y el velo de la Verónica resulta de la imprimación del rostro de Jesús, ensangrentado,

escupido y sudoroso, camino del Calvario.

La túnica sagrada

Han existido varias túnicas de Jesucristo en la historia del cristianismo occidental, todas ellas con la pretensión de ser la mencionada en los Evangelios.

La más antigua parece que fue la que se veneraba en la iglesia de los Santos Ángeles, en Gálata. Se suponía que esta ciudad cercana a Constantinopla había sido guarnición permanente de las legiones romanas que custodiaban Jerusalén. Esta circunstancia justificaba que la túnica hubiera llegado hasta allí, en el equipaje del soldado que la ganó a los dados. Según los que la vieron, era una prenda muy sutil y de color granate, sufridita.

En 1204, los cruzados contemplaron la túnica sagrada en la colección de reliquias de la iglesia de Faros, en Constantinopla. Se ignora si era la misma de Gálata u otra. Tampoco conocemos el paradero de esta túnica o túnicas, que pretendían ser la que Jesús vestía cuando entró en Jerusalén, y durante la Última Cena, y la Pasión. Es posible que las trocearan para escapularios. De hecho en los siglos XIV y XV circulaban por Europa abundantes reliquias presuntamente obtenidas de la túnica sagrada. La reina Isabel la Católica legó en su testamento «la reliquia que tengo yo de la saya de nuestro Señor» al monasterio segoviano de San Antonio.

La segunda túnica catalogada es la de Tréveris (hoy Trier, en Alemania). Tréveris fue una importante sede arzobispal desde 815, con dominio sobre un amplio territorio. Además, sus arzobispos fueron, desde el siglo XII, príncipes electores del Imperio. En su catedral gótica se conserva una túnica sagrada que, según la tradición, la emperatriz Elena, madre de Constantino, regaló a su ciudad natal (otros autores creen que santa Elena no nació en Tréveris, sino en Colcestia, localidad de Gran Bretaña). Es de tejido suave y color granate, y mide ciento cuarenta y ocho centímetros por delante y ciento sesenta y ocho por detrás.

La tercera túnica es la de Argenteuil, pueblecito al noroeste de París, antes famoso por sus vides y por sus espárragos, hoy ciudad industrial y dormitorio de la gran urbe. En este lugar se fundó, a orillas del Sena, en el

siglo VII, un convento que se transformaría en monasterio hacia 1118. En la basílica del monasterio, consagrada a san Dionisio (Denis), se venera una prenda que pasa por ser la túnica que Jesucristo llevaba el día de su prendimiento en Jerusalén, la que sortearon los soldados. Unos dicen que la emperatriz de Bizancio, Irene, la había regalado en el año 800 a Carlomagno, quien, a su vez, la donó a su hija Teorada, que era abadesa de Argenteuil. Otros sostienen que la regaló Carlos el Calvo hacia 856. La túnica parece que está documentada en 1156 en la *charta Hugonis* donde dice que «desde antiguo se guardaba en el monasterio con todos los honores». En 1567, durante las guerras de religión, los hugonotes conquistaron Argenteuil e incendiaron las iglesias y el monasterio. Es presumible que la túnica de Carlomagno no sobreviviera a este percance, pero nada más fácil que sustituir una reliquia destruida por su copia, especialmente si se trata de una reliquia textil, como es el caso.

La túnica sagrada, o su copia, sufrió un nuevo contratiempo en 1793, durante la Revolución francesa. Al bienintencionado capellán que la tenía a su cargo no se le ocurrió mejor cosa, para salvarla de las iras revolucionarias, que cortarla en varios trozos que confió a feligreses de su confianza. El trozo mayor se lo reservó él y lo enterró, dentro de un cofre, en el jardín de la casa rectoral. En 1795, pasados ya los peores tiempos, reunió nuevamente los pedazos excepto uno, que se había perdido.

Esta túnica, o lo que quedaba de ella, se cosió sobre una prenda de satén blanco en 1892 para devolverle su forma original, aunque con el descuento del trozo extraviado y las mermas de numerosos retalitos detraídos para reliquias.

En su aspecto actual, la túnica sagrada de Argenteuil es un camisón de lana, color rojo oscuro o violáceo, con mangas cortas. Mide por delante ciento veintinueve centímetros y por detrás ciento cuarenta y dos, y es inconsútil, sin costura, de acuerdo con el testimonio evangélico.

Los sindonólogos han llegado a un acuerdo para que las dos túnicas, la de Tréveris y la de Argenteuil, sean verdaderas. La de Tréveris, bastante más larga, sería el traje exterior y la de Argenteuil la camisa interna. Una vez más tenemos que lamentar que en los tiempos de Cristo no se usara ropa interior. En el parco guardarropa del Jesús histórico no figuraría más que una túnica y un par de sandalias. En cualquier caso, una vez más, la discusión es baladí, puesto que incluso si concedemos que la túnica actual puede ser la misma que

Carlomagno legó al convento, seguiría siendo una falsa reliquia fabricada en la Edad Media. Es decir, habría que dilucidar si se trata de la auténtica falsa reliquia o de una réplica que en algún momento sustituyó a la auténtica falsa reliquia. Con lo cual tenemos que, al tratarse de una reliquia falsa, falsificada sobre otra reliquia falsa, y siendo falso sobre falso términos que ontológicamente se contrarrestan y anulan, resulta que la reliquia en cuestión es verdadera.

Luego la túnica de Argenteuil es verdadera.

La Vera Cruz

«Pocas reliquias se han propagado por toda la Tierra como la perteneciente al árbol santo en donde murió nuestro Redentor, pero de un modo especial se conservan aún partes insignes en las basílicas de San Pedro y [de la] Santa Cruz de Jerusalén, en Roma; en la catedral de Anagni se venera también un pedazo muy notable, en el cual se ve aún uno de los agujeros que se hicieron al crucificar a nuestro Divino Salvador.»

Por los clavos de Cristo

La piadosa tradición determina que a Jesús lo crucificaron con tres clavos y que santa Elena los encontró siglos después, pero ahora, con esta moda revisionista que lo trastoca todo, se vuelve a discutir si los clavos fueron dos, si fueron tres, si fueron cuatro o si no fue ninguno; si a Jesús le clavaron los brazos y los pies (lo más probable), si le ataron las manos y le clavaron solamente los pies o no lo clavaron en absoluto sino que tan sólo lo ataron. Son los desorientadores frutos de este sarampión de hipercriticismo que ha sucedido a diecinueve siglos de crédula piedad. Ahora basta que el Evangelio afirme una cosa para que se ponga en cuarentena.

Regresaba santa Elena a Italia con su preciosa carretada de reliquias cuando la Providencia permitió que se desencadenara una terrible tempestad que amenazaba con hundir el navio. Santa Elena, con admirable entereza, arrojó al encrespado piélago uno de los santos clavos e inmediatamente la mar se calmó. La santa hizo fundir los dos clavos santos restantes para

fabricar un freno de caballo y un refuerzo para el yelmo del emperador Constantino, su hijo.

No obstante existen en la cristiandad clavos de la cruz de Cristo para poner una ferretería. Herrmann echó la cuenta, con rigor germánico, y le salieron veintisiete, [617] pero puede que haya bastantes más, dado que hasta tiempos relativamente recientes en la basílica de la Santa Croce se vendían réplicas del clavo santo venerado en aquella iglesia. Es de cabeza redonda y sección cuadrada, y según unos mide 11,5 centímetros de longitud y uno de lado; según otros ciento veinticinco milímetros de largo y nueve de lado. Le falta la punta.

En 1204, los cruzados camino de Tierra Santa atestiguaron haber visto dos santos clavos que los emperadores de Constantinopla veneraban en su capilla de Faros.

En la catedral de Milán hay otro santo clavo; en la capilla del Palacio Real de Madrid, otro; y unido a la santa lanza de Viena, un tercero.

«Además de esos clavos —nos informa el padre Ignacio Acuña Duarte, S. J., en su precitado estudio—, se veneran otros que también eran de la cruz, pues los brazos de la misma estaban clavados y el inri también.»

La tablilla del Inri

Los cuatro Evangelios mencionan un cartel o título que los ejecutores de Jesús clavaron en la cabecera de la cruz especificando el delito por el que lo ejecutaban: «Rey de los judíos», [618] lo que equivalía a sedición contra Roma, como queda explicado páginas arriba (muchas).

Entre las reliquias de la Pasión presuntamente halladas por santa Elena figuraba el título de la cruz de Cristo. Un fragmento del título de la cruz, con su inscripción perfectamente legible, se conserva en Roma, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén. [619] Según la tradición lo llevó santa Elena junto al lignum crucis y uno de los clavos que perforaron los miembros de Jesús.

Examinado por un comité de científicos expertos, además de creyentes, el dictamen resultante es inapelable: el título de la cruz es verdadero.

«En San Juan de Letrán y en San Marcos de la misma ciudad santa se

ven pedazos notables.»

La santa esponja con la que le dieron a beber vinagre

«La principal parte se venera en la Santa Capilla de París, pero se conservan partes en la basílica de El Escorial, en España, y en las de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y Santa María del Trastevere, en Roma.» [620]

El *perizonium* de Nuestro Señor

Lo más seguro es que a Jesús lo crucificaran completamente desnudo como era costumbre romana, lo que también se deduce del hecho de que los sayones sortearan su túnica. No obstante Cristo crucificado se suele representar provisto de un *perizonium* o paño de pureza que le cubre sus partes pudendas, una medida de lo más conveniente que evita la distracción de las devotas y fieles en general. La tradición, admitida por la Iglesia, certifica la autenticidad de los paños de pureza que se veneran en San Juan de Letrán y en San Marcos, de los cuales es evidente que uno hizo de *perizonium* propiamente dicho y el otro de enaguas, con lo que entrambos son perfectamente compatibles.

La Santa Lanza

La santa lanza con la que el romano Longinos atravesó el costado de Jesús apareció, con el resto de los trebejos del Calvario, en la excavación practicada por santa Elena. La punzante reliquia fue sucesivamente propiedad de san Mauricio, el de la Legión Tebana, y del emperador Constantino (que según otra leyenda la llevaba consigo en la batalla de Puente Milvio y eso que era adepto al mitraísmo).

Cronológicamente incompatible con esta santa lanza existe otra que ha circulado por Europa desde el siglo VIII. Es tradición que el caudillo franco Carlos Martel la enarboló en la batalla de Poitiers (732), en la que derrotó a

los árabes. De Carlos Martel pasó a su heredero Carlomagno, que la llevó en sus cuarenta y siete campañas y ganaba todas las batallas gracias al valioso talismán (hay que suponer que cuando le ocurrió el descalabro de Roncesvalles la había olvidado en palacio).

Con Carlomagno, la santa lanza se vinculó a la más alta institución europea, el Imperio.

A la caída del Imperio romano, el título de emperador había caído en desuso, pero en el año 800, el Papa León III lo desempolvó y se lo concedió a Carlomagno, el rey más poderoso de Europa, con la pretensión de que sirviera a la Iglesia a cambio de la pastoral bendición del sucesor de Pedro. Desde entonces la cristiandad se denominó Sacro Imperio romano germánico para expresar la hermandad de los antiguos romanos y los invasores germanos bajo el manto de la fe común. Cuando la dinastía carolingia se extinguió, el título imperial pasó a los germanos y se hizo electivo, no hereditario. En los primeros tiempos, quizá desde Carlomagno, la consagración imperial se hacía con la santa lanza, tal vez aludiendo al antiguo Imperio cristiano de Constantino. Durante la solemne ceremonia, el Pontífice tocaba con el sagrado hierro los hombros del aspirante arrodillado ante él.

La santa lanza pasó de Carlomagno a Enrique el Pajarero, fundador de la casa de Sajonia. De los Sajonia se transmitiría a los Hohenstauffen de Suabia, uno de cuyos miembros, Federico Barbarroja, conquistó Italia.

Otra santa lanza aparece en Europa en tiempos del emperador Otón el Grande (912-973) cuya decisiva victoria sobre los magiares se atribuiría a la intercesión de la reliquia. El Papa Juan XII consagró a Otón emperador del Sacro Imperio romano germánico. Desde Constantino en el Puente Milvio, la santa lanza aseguraba la victoria al caudillo que la empuñaba en la batalla pero, a cambio, había que mimarla y tratarla con la máxima deferencia porque la herramienta tenía un carácter algo quisquilloso y era peligrosa como la picadura del pez piedra. Si, por accidente o descuido se dejaba caer, la muerte del portador era segura en cuestión de segundos. Así acaeció, según la leyenda, a Carlomagno y a Federico Barbarroja, al que se escapó de las manos cuando vadeaba un arroyo.

Durante siglos, la reliquia formó parte del tesoro imperial guardado en Núremberg, pero, sus custodios la enviaron a Viena, vía Ratisbona en 1796, para evitar que cayera en manos de Napoleón. En 1806, el Sacro Imperio

romano germánico que, como decía Voltaire, ya no era «ni sacro, ni romano, ni germánico» se disolvió. Al poco tiempo circuló la noticia de que los Habsburgo austríacos habían comprado los símbolos imperiales, entre los que figuraba la santa lanza, al funcionario imperial responsable de su custodia, el barón Von Hugel.

Un escritor ocultista, Walter Johannes Stein (1891-1957), aseguraba que Hitler estuvo fascinado por la santa lanza cuando era un joven pintor fracasado que intentaba buscarse la vida en Viena. El futuro Führer se pasaba las horas contemplando la reliquia detrás de la vitrina del museo, quizá soñando en la leyenda que aseguraba que el dueño de la santa lanza tendría en sus manos el destino de la humanidad.

¿Estaban los nazis genuinamente pirados o utilizaban los métodos ocultistas, la parafernalia de las sectas y todo eso para otros fines? Sólo Dios lo sabe. Lo cierto es que cuando Hitler, ya jefe del Estado alemán, incorporó Austria al Imperio germánico que estaba creando (el III Reich), se apoderó de la santa lanza y la envió a Núremberg, la ciudad más idónea en su doble condición de santuario donde tradicionalmente se había custodiado el tesoro imperial y de lugar emblemático de los nazis. Allí quedó expuesta en el Museo de la Guerra instalado en la cripta de la iglesia de Santa Catalina.

La santa lanza estaba vinculada al Papado y, en último término, a una religión de origen judaico, el cristianismo, pero, al propio tiempo, la historia germana la confirmaba como talismán mágico de poder. Los nazis germanizaron la santa lanza incorporándole otras leyendas que aseguraban que el soldado Longinos era, en realidad, un auxiliar germano alistado en la legión romana.

En la Alemania hitleriana, el sanctasanctórum de la orden SS estaba en el castillo santuario de Wewelsburg, que Himmler reconstruyó cerca de Paderbon. El castillo, cuya planta tenía forma de hierro de lanza, estaba consagrado al mito del poder de la santa lanza a la que Himmler aspiraba como talismán de sus SS. Mientras llegaba el momento de hacerse con la verdadera, Himmler se consolaba con una réplica. Cada sala del castillo estaba dedicada a un portador imperial de la lanza, desde Carlomagno hasta la liquidación del Sacro Imperio en 1806. Los invitados ilustres se alojaban en estas estancias decoradas con antigüedades o imitaciones de objetos y armas de la época del titular. Himmler se reservaba la habitación de Enrique I el Pajarero, cuya reencarnación se creía (con cierta razón, dado que antes de

meterse a nazi regentó una granja avícola). [621]

Tras la caída de Hitler, las tropas americanas de ocupación devolvieron la santa lanza a Austria. Hoy se admira en una vitrina del Museo Hofburg de Viena. La otra santa lanza sigue en el Vaticano, encerrada en uno de los gigantescos pilares que sostienen la cúpula.

Sangre y agua del costado del Salvador

«Es de fe que del costado de nuestro Divino Salvador salió sangre y agua: entre las reliquias más insignes que se exponen a la pública veneración en la santa ciudad de Roma, se encuentra parte de la sangre y agua que salió de su sagrado costado después de muerto, se conserva en la basílica de San Juan de Letrán. En la de San Marcos se expone un velo que se embebió en la misma sangre y agua.» [622]

Las columnas del velo del templo

«El velo del templo de Jerusalén, que se rasgó en dos partes al morir nuestro divino Salvador, era sostenido por dos columnas, las cuales hoy día se conservan en el claustro de la basílica de San Juan de Letrán, en Roma.» [623]

La piedra de la unción

«Se venera en Jerusalén, en la iglesia del Santo Sepulcro.» [624]

Sudarios y lienzos del Señor en el Santo Sepulcro

Páginas atrás hablamos de la famosa Sábana Santa de Turín y del pañolón de Oviedo. Estos son los lienzos principales que produjo la crucifixión del Divino Redentor, pero no los únicos. Oigamos una vez más al

padre Ignacio Acuña Duarte, S. J.: «Según la costumbre que tenían los hebreos al embalsamar, varios eran los sudarios y lienzos que empleaban: así parece deducirse del Evangelio de San Juan. En la iglesia de San Juan de Letrán se conserva uno de esos lienzos en que estuvo envuelta la cabeza del Señor en el sepulcro. En las iglesias de San Marcos, de San Francesco á Ripa y en El Escorial, se veneran partes de otros lienzos.» [625]



APÉNDICE 10

Los Santos Lugares

A partir del siglo III los cristianos europeos empezaron a peregrinar a Tierra Santa, unos por tierra, otros por mar, desafiando peligros e incomodidades.

¿Qué los movía?

Los movía el santo anhelo de recorrer los lugares citados por los Evangelios. Querían tocar los objetos que tocó Jesús, pisar el suelo que hollaron sus plantas, respirar el aire que respiró y traerse de regreso alguna sagrada reliquia que prestigiara y protegiera a la familia de generación en generación.

En Tierra Santa la accidentada historia lo había trastocado todo. Del tiempo de Jesús sólo quedaban los accidentes geográficos: aquél es el mar de Galilea donde pescaba Pedro; aquél, el monte Tabor; aquél, el desierto de Judea; aquel pueblecito es Belén... Poco más. Del Jerusalén que Jesús conoció no quedaba prácticamente nada. Después de la rebelión judía del año 60, los romanos lo habían arrasado y sobre sus escombros nivelados habían construido una ciudad helenística.

Causa tristeza reconocerlo, pero el tiempo había borrado cualquier vestigio de Jesús. En esta tesitura, la Iglesia no desmayó, antes bien, se ató los machos, se puso manos a la obra y proveyó los santos lugares que sus fieles demandaban. En pocos años se identificaron, sin asomo de duda, diversas piedras y cuevas relacionadas con la vida de Jesús. Ni un solo pasaje evangélico quedó sin testimoniar con su correspondiente marco o reliquia. En su entusiasmo, los pastores de la Iglesia incluso se extralimitaron justificando con nuevas reliquias pasajes que ni siquiera aparecían en los Evangelios, con lo que bien puede decirse que los aumentaron y corrigieron.

Como era de esperar, los historiadores hipercríticos, cegados por la soberbia intelectual y por su estrechez mental, tildan las peregrinaciones a los santos lugares de «negocio infame montado sobre la credulidad de gentes

sencillas por una cuadrilla de mercaderes embusteros que trafican con la ignorancia de la gente sencilla». [626] Estos aguafiestas profesionales olvidan que el Concilio de Trento declaró que la tradición es también legítima fuente de conocimiento de la Iglesia. Por lo tanto, si la tradición dice que Jesús se sentó a charlar con la samaritana a la vera de un determinado pozo es legítimo que el pozo designado se convierta en un santo lugar y en torno a él se construya un santuario y en torno del santuario tiendas de objetos religiosos y souvenires, así como mesones, casas de comidas, restaurantes, chiringuitos de falafel, kebab, té moruno y bebidas gaseosas, pensiones, hoteles de tres o más estrellas, conventos, casas de ejercicios, lavanderías, cererías, inciensérías, whisquería y todos los demás servicios que una ciudad moderna demanda.

En 325, Constantino encomendó al obispo Macario que encontrara el Calvario y el Santo Sepulcro (ya vimos que la piadosa tradición atribuye el descubrimiento a santa Elena).

Macario se enfrentaba a un dilema de imposible solución porque la ciudad de los tiempos de Jesús había sido literalmente arrasada y ni siquiera su primitivo relieve era perceptible. El núcleo urbano se había nivelado desmontando las zonas altas y terraplenando las bajas hasta crear un espacio llano donde instalar el foro y el capitolio de la nueva ciudad. Pero Macario era hombre de recursos y no se amilanaba fácilmente. Con los Evangelios en la mano demolió un par de templos paganos y excavó el solar resultante hasta dar con la roca de vetas rosáceas característica del subsuelo de Jerusalén. Luego desescombró el terreno y cortó la ladera del monte Gareb separando del resto de la montaña un antiguo sepulcro al que adjudicó el honor de haber contenido el cadáver de Jesucristo. Sobre este lugar se levantó una gran basílica que ocupaba tanto la cima de la colina, el supuesto Gólgota, como la gruta sepulcral, convenientemente próximas. Esta basílica se llamó Martirion y la del sepulcro, Anastasis (es decir, «Ascensión»). [627] Macario lo inventó todo y el tiempo hizo el resto con su morosa maquinaria que digiere, justifica y legitimiza cualquier patraña.

Desde que comenzaron las peregrinaciones, a finales del siglo III, la creciente industria sacroturística no ha cesado de incorporar a sus itinerarios nuevos escenarios y testimonios de la vida de Jesús. Hoy, después de diecisiete siglos de empeño constante, el sector puede enorgullecerse de que no exista pasaje evangélico por insignificante que pueda parecer cuyo

escenario no haya sido debidamente localizado y censado. Hoy conocemos el lugar donde cada suceso ocurrió con tal precisión que, en muchos casos, hasta pueden mostrarse pruebas tan contundentes como las huellas de los pies de los protagonistas indeleblemente marcadas en la roca.

En un mundo supuestamente racionalista, los falsos santos lugares que en veinte siglos de cristianismo han atestiguado las pías ficciones evangélicas, mantienen su vigencia ahora más que nunca, favorecidos por las modernas técnicas de turismo masivo, los *tours operators* y demás. Y no sólo no decaen sino que aumentan. El último en incorporarse a la larga lista, no hace todavía un siglo, ha sido la sinagoga de Cafarnaún, construida varios siglos después de Jesús.

Asombra pensar que todo aquel negocio empezó con una borriquita. En el siglo III, cuando llegaron los primeros turistas píos a Tierra Santa, sólo media docena de topónimos testimoniaban el paso de Jesús por este mundo: había una aldea de Belén; había una ciudad de Jerusalén, había un desierto de Judea, había un río Jordán, había un lago Tiberíades y pare usted de contar. No existía memoria del Nazaret donde creció Jesús, ni del monte Calvario donde lo crucificaron y sepultaron; ni del lugar del Tiberíades donde embarcó, ni del tramo del Jordán donde lo bautizaron.

Macario no se arredró. Con la colaboración de santa Elena, la antigua cabaretera bizantina, madre a la sazón del emperador reinante, una mujer acostumbrada a obtener de la vida cuanto se proponía, se propuso inventar (o sea, descubrir) los santos lugares y las primeras reliquias. Tenían dinero, tenían voluntad y contaban con los permisos correspondientes. No se anduvieron con rodeos. Alistaron obreros de pico, pala y esportilla y comenzaron las primeras excavaciones arqueológicas de la historia.

Jerusalén era el paraíso arqueológico que todavía es. Varias ciudades se habían sucedido a lo largo de más de un milenio y nadie había retirado escombro alguno. Bastaba con cavar en cualquier lugar y en seguida se encontraba de todo. Así que nuestro obispo y nuestra santa designaron un rodal propicio, excavaron y no tardaron en anunciar que habían hallado el sepulcro de Cristo con tres cruces dentro. Desde el punto de vista de la arqueología, las dos ficciones, el hallazgo del sepulcro y el de las cruces, son débiles si se consideran independientemente, pero combinadas constituyen una aleación invencible, la una apoya a la otra.

Una aldea que estaba en el lugar preciso se adjudicó el título de ser la Nazaret de los Evangelios y atrajo a muchedumbres de visitantes. Poco importó que la configuración del terreno contradijera al Evangelio.

Nazaret ni siquiera existía, como ya se dijo páginas arriba. El nombre evangélico se lo adjudicó una población construida sobre suaves colinas. En vano busca el peregrino el «escarpado precipicio del monte sobre el que se había construido la ciudad» (Lu. 4, 29), cuando los nazarenos duros de corazón, y fieles al principio de que nadie es profeta en su tierra, expulsaron de la ciudad al Señor y quisieron despeñarlo. En vano se encaminará el visitante a la capilla de Nuestra Señora del Espanto (o del Tremore, o del Temblor), erigida en el lugar desde el que la Virgen presenció el intento de linchamiento de su hijo: no hay en varios kilómetros a la redonda un lugar donde despeñar a alguien con garantías de que se dé una mínima costalada. Ahora bien, a dos leguas de distancia está el monte Tabor, que casi alcanza los quinientos treinta metros de altura y en su cumbre se visita la basílica católica de la Transfiguración con el lugar exacto, claramente marcado en el piso, en el que Jesús se transfiguró ante sus discípulos (Mc. 9, 2-10). Los ortodoxos llegaron después y han tenido que conformarse con levantar enfrente una iglesia dedicada a san Elias, que casualmente también se subió allí al carro.

El negocio turístico de Nazaret se especializó en infancia de Jesús a pesar de la levedad con que los Evangelios la tratan. En 570 se exhibían en una iglesia los bancos donde se sentaba Jesús en la sinagoga y la tablilla escolar del Redentor, con su alefato en el reverso. Y en la presunta casa de la Virgen se conservaba el guardarropa completo de Nuestra Señora. La cestilla de costura, no, que había ido a parar a Cesárea junto al jarro donde bebía agua. En cuanto al peine de la Virgen, está en Munich y los jesuitas locales le hacen novenas.

Nazaret es hoy una ciudad de setenta mil habitantes que sigue viviendo principalmente de la industria turística crecida en torno a la calle Casa Nova (donde se muestra la cueva de la casa donde Jesús pasó su infancia) y la basílica de la Anunciación, donde aseguran que el ángel se apareció a María. La basílica, como casi todos los templos que cobijan santos lugares en Israel, es bastante moderna (se inauguró en 1969), pero guarda los vestigios de la antigua iglesia que durante siglos han venerado los peregrinos. En el subsuelo hay una cripta, también moderna, a través de la cual se accede a una cueva

donde, debajo de un altar de piedra, hay una estrella de mármol con una inscripción latina que dice: «Aquí el Verbo se hizo Carne.» En una oscura cueva.

Las excavaciones revelaron que el culto comenzó en este lugar en el siglo III, pero es extraño que no lo mencionen san Jerónimo ni san Epifanio. Es posible que, al principio, la cueva perteneciera a una facción heterodoxa y se abstuvieran de mencionarla por no hacer publicidad a la competencia.

No hay que confundir la basílica de la Anunciación con la iglesia homónima. La basílica es católica; la iglesia, ortodoxa. En la iglesia se venera la fuente de María, el lugar donde la Virgen acudía a llenar el cántaro, y donde, según los ortodoxos, el ángel se le apareció. Estas discrepancias entre sectas cristianas son muy comunes en los santos lugares. Es natural. La mera existencia de tantos credos y confesiones atenta ya contra el espíritu evangélico. Además, la feroz competencia por vender el mismo producto y la forzada vecindad durante tantos siglos, mantiene vivo el rescoldo de las viejas desavenencias.

No lejos de la basílica de la Anunciación está la iglesia de San José, supuestamente enclavada sobre el solar donde tenía su negocio familiar el padre putativo de Jesús. En otra iglesia, la Mensa Christi, regida por franciscanos, se muestra el lugar donde Jesús y sus discípulos comieron en una de sus apariciones después de la Resurrección.

A siete kilómetros de Nazaret, en lo espeso del monte, está Caná, donde Jesús hizo su primer milagro, en una boda. Naturalmente existe una iglesia sobre el lugar del milagro y en la cripta se conserva la gran vasija de piedra o hidria donde dicen que Jesús operó la transmutación de agua en vino. La han rodeado con una valla de hierro para evitar que los devotos la manoseen.

APÉNDICE 11

La iglesia del Santo Sepulcro

Sobre la propiedad de la iglesia del Santo Sepulcro siempre ha habido sus más y sus menos. El santuario está repartido, desde 1757, entre católicos, ortodoxos, coptos, siriojacobitas y monjes etíopes [628] que se odian a muerte con olvido de la mansedumbre evangélica y han convertido el monumento en una chamarilería. Incluso en una capilla de reducidas proporciones, la del Calvario, cuya mitad derecha pertenece a los católicos mientras que la izquierda es propiedad de los ortodoxos. Cada secta se esfuerza por acaparar la atención del visitante con una decoración más estridente que la del rival. En esta capilla se venera la piedra de la unción, una losa sobre la que las santas mujeres supuestamente ungieron de aceite el cadáver de Jesús, según la costumbre judía. [629] La losa está enmarcada en mármol para evitar que los peregrinos le arranquen lascas para reliquias. A los visitantes sólo se les permite depositar sobre la sagrada losa rosarios, estampas, ceniceros, abrebotellas, postales y otros artículos adquiridos en la tienda de souvenires que, al contacto con el mármol, absorben automáticamente sus propiedades salvíficas.

Existe, además, una capilla del Escarnio, donde se venera el trozo de la columna de la flagelación. También se rinde culto a una hendidura en la roca, que se supone ocasionada por el terremoto que siguió a la muerte de Jesús. Finalmente puede adorarse el agujero de la cruz, convenientemente protegido con un rodete de bronce dorado.

Entre las numerosas reliquias menores que atesora la iglesia del Santo Sepulcro destaca, en la parte armenia, un fragmento de roca del subsuelo llamada piedra de las Tres Marías desde la que las mujeres evangélicas asistieron, hechas un mar de lágrimas, a la crucifixión de Jesús. La roca no se ve, que la cubre una artística tapa de mármol blanco rodeada por un alcorque con templete.

Al Santo Sepulcro propiamente dicho se accede por un edículo central

cuya recargada fachada barroca enmarca la puertecita que conduce a una mínima antecámara desde la que se accede a la cámara. Los dos espacios son diminutos y están forrados de mármol y profusamente decorados, como dice una guía, «en estilo ortodoxo ruso del siglo XIX» (sic). La antecámara está ocupada casi por completo por un relicario central, de mármol, que contiene un trozo de la piedra giratoria del sepulcro (según otros se trata de la piedra donde se sentó el ángel a esperar la llegada de los primeros visitantes). La cámara, igualmente forrada de mármol, atesora una losa sobre la que supuestamente se depositó el cadáver de Jesús. Una lámpara marca el punto exacto sobre el que reposó su cabeza.

El conjunto del Santo Sepulcro parece una tienda de todo a cien. Pendiente de los techos y estante en las superficies horizontales se exhibe un abigarrado batiburrillo de lámparas votivas, candelabros, lucernas y jarrones con flores de plástico. La precisa ubicación de cada pieza es fruto de un consenso, alcanzado después de laboriosas negociaciones, entre las diferentes confesiones cristianas que pugnan por marcar su territorio. Los que más elementos decorativos aportan son los ortodoxos rusos, seguidos de cerca por los griegos y por los franciscanos. La diversidad de orígenes explica que las piezas sean tan distintas y que ninguna haga juego con la contigua.

Algunos santos lugares parecen una almoneda más que un santuario y sin embargo nos mueven a devoción. No es inusual presenciar arrebatos místicos, lágrimas, rostros contraídos por la paz espiritual que se siente en la cercanía de lo sagrado. ¿Qué mejor prueba para indicarnos que a pesar de las desordenadas apariencias estamos en la presencia del Señor?

Los devotos así a los que el Santo Sepulcro oficial resulte algo *kitsch* pueden, si lo desean, elevar sus preces en cualquiera de los santos sepulcros alternativos que se disputan el honor de ser el auténtico. El primero de ellos, a escasos metros del verdadero, sin salir de la iglesia del Santo Sepulcro, es la capilla de los siriojacobitas, donde los recubrimientos marmóreos y la exhuberancia decorativa tampoco permiten imaginar sepulcro alguno, pero la tradición católica indica que ése es el sepulcro secundario que reservó para su familia José de Arimatea, el seguidor de Jesús que cedió el Santo Sepulcro y muy probablemente corrió con los gastos de la Santa Cena, dado que era un hombre pudiente y generoso. [630]

Al norte de la ciudad, extramuros, existe un tercer Santo Sepulcro más austero, la denominada tumba del Jardín, al cuidado de una comunidad de

monjes irlandeses por delegación de la Garden Tomb Association anglicana a la que pertenece la finca. El sepulcro se descubrió en 1857, aunque su designación como residencia sepulcral de Jesús se le ocurrió al general Charles George Gordon, el héroe de Jartum, en diciembre de 1883. Se trata de una tumba excavada anterior a Jesús. Tiene un aforo de hasta ocho difuntos y dispone incluso de una ventana por la que aseguran se asomó María Magdalena para descubrir que el cuerpo de Jesús había desaparecido. A unos veinte metros de la tumba, una piedra de molino se postula como prueba irrefutable de que allí se encontraba la viña de José de Arimatea. [631]

APÉNDICE 12

Los manuscritos de Qumrán

En el año 1947, Mohamed Adib Issa, de quince años, beduino de la tribu de tahamireh, apacentaba un hato de cabras en los barrancos del desierto de Qumrán, a veinte kilómetros de Jerusalén, sobre el mar Muerto. Aburrido, se entretenía en tirar piedras a las cuevas que coronaban el barranco. De pronto una de las pedradas sonó:

—¡Cloc!

—A cántaro roto —se dijo Mohamed.

Curioso, trepó por la resbaladiza pendiente arenosa y penetró en la cueva. En la amplia cavidad iluminada por el sol que entraba a raudales por las cavidades del barranco descubrió ocho vasijas de raro diseño, con su tapadera y todo, una de ellas rota por la pedrada.

Mohamed había oído cuentos de genios maléficos encerrados en vasijas, el cuento de Aladino y la lámpara en versión maléfica.

Se asustó, salió corriendo y se llevó las cabras a otro barranco.

Aquella noche le contó su descubrimiento a su primo Juma'ha.

—Puede ser un tesoro —dijo Juma'ha, que no creía en los genios.

Al día siguiente los dos mozalbetes se encaminaron a la cueva, destaparon uno de los cántaros y vaciaron su contenido. Decepción. Un rollo de papiro escrito. Una antigualla sin valor.

A la caída de la tarde, cuando las primeras estrellas aparecen en el cielo y los enamorados se arriman, en el desierto hace un frío que pela. Los primos encendieron una fogata utilizando como combustible uno de los rollos. Luego se lo pensaron mejor: los guiris dan dinero por las cosas viejas. Vaciaron los cántaros, se llevaron los rollos de papiro al poblado y los vendieron a un trapero que comerciaba con antiguallas.

Los siete primeros rollos del mar Muerto iniciaron su andadura en el

mundo de los traficantes de antigüedades convenientemente troceados para aumentar el precio. Algunos terminaron en Egipto; otros, en Estados Unidos.

Cuando uno de aquellos rollos llegó a manos de un estudioso de la Biblia que supo apreciar el inmenso valor de aquel hallazgo, la prensa mundial magnificó la noticia, las universidades enviaron compradores a los traficantes y éstos movilizaron a los beduinos. Espoleados por la codicia, muchos padres de familia de *kefiya y* mostacho abandonaron el consuetudinario *dolce far niente* a la sombra de los emparrados (mientras las mujeres trabajan el huerto y los hijos guardan el rebaño) para escudriñar en cuevas y pozos en busca de más pergaminos. Se encontraron varios cientos, algunos en estado razonable, otros hechos cisco, pero incluso los mínimos fragmentos servían porque a partir de ellos se pueden reconstruir los textos o compararlos con copias más recientes para restituir el original.

¿Por qué son tan importantes estos documentos?

Porque arrojan luz sobre algunos movimientos espirituales del tiempo de Jesús: los esenios, quizá inspiradores de las predicaciones del Bautista (o el Inmersor) y, por ende, del propio Jesús. [632]

¿Por qué estaban en las cuevas? Probablemente los esenios, o quizá los propios sacerdotes de Jerusalén, los ocultaron para salvarlos en los tiempos revueltos de la sublevación contra Roma. Seguramente murieron en la contienda y por eso no pudieron recuperarlos.

Los manuscritos se clasifican en tres grupos:

1. Partes del Antiguo Testamento en versiones anteriores a las conocidas en la Biblia (que demuestran, ¡ay!, que la original Palabra de Dios ha sido bastante alterada por copistas descuidados).

2. Libros de tipo bíblico que no merecieron ser incluidos en el Antiguo Testamento (o sea, no estaban inspirados por Dios a pesar de las apariencias).

3. Documentos esenios: comentarios de textos y reglamentos de la comunidad.

Uno de los manuscritos estaba cincelado sobre un rollo de cobre y es la clave (demasiado vaga, me temo) para la localización de diversos tesoros. Se especula que puede referirse al tesoro del templo, ocultado en lugar seguro por los sacerdotes. Algún arqueólogo moderno ha soñado con que uno de esos tesoros fuera la mítica Arca de la Alianza, ignorante de que ya la

encontró Indiana Jones en la primera entrega de la serie.

Los manuscritos contienen valiosas claves para entender las distintas sectas del tiempo de Jesús: esenios, zelotes, fariseos y saduceos y fieles judíos convencidos de la inminencia del Reino de Dios.

«En contra de lo que muchos investigadores han creído descubrir, los hallazgos de Qumrán no nos obligan a modificar sustancialmente la imagen que durante los dos últimos siglos ha labrado la ciencia sobre los orígenes del cristianismo. [...] El cristianismo fue un riachuelo más nacido del riquísimo lago del judaismo del siglo I.» [633]

Una parte importante de los manuscritos del mar Muerto se conserva en el santuario del Libro de Jerusalén.

Mohamed Adib Issa, el muchacho que descubrió los pergaminos, murió, ya mayor, de cáncer, convencido de que se lo había producido el maleficio del *djinn*, o genio de la vasija rota, en venganza por haber perturbado su apacible sueño de milenios (detrás del beduino llegaron periodistas y arqueólogos, cada cual con sus trebejos, y desde entonces no se ha podido parar en la cueva, con la consiguiente incomodidad del genio titular). «Los genios de la cueva a los que molestó se han vengado concediéndole sólo pobreza, dolor, sufrimiento y enfermedades», declaró Sara, la afligida viuda.

APÉNDICE 13

Dos problemas eucarísticos tratados frívolamente por la prensa

Problema primero. Las tribulaciones de los celíacos [634]

Cuando Benedicto XVI era Joseph Ratzinger, el pan de la sagrada forma de Dios sólo era válido si estaba amasado con trigo, por poca cantidad que contuviera. Pero trigo, al fin. Era 1995 y los celíacos del mundo, los enfermos que enferman de más si comen trigo, pidieron permiso, hostias distintas, de pan de maíz, para recibir el cuerpo de Cristo sin destrozos en el suyo. En 2003 la Iglesia española les abrió una posibilidad: «Se puede comulgar sólo con vino.» Hoy, con Ratzinger convertido en Benedicto, los celíacos españoles se preguntan: «Entonces, ¿tienen nuestros hijos que hacer la primera comunión bebiendo vino?»

La pregunta no es una broma, es una centralita caliente en vísperas del mes de las comuniones. «Nos llaman padres y madres todos los días. Acabo de hablar con una señora que no sabe cómo convencer a su hija de que no es distinta por no poder comulgar.» Es Manuela Márquez, presidenta de la Asociación de Celíacos de Madrid, que se empieza a topar con la historia de todos los mayos y todos los junios. Su colectivo ha recordado ahora aquella instrucción, la de Ratzinger, y «confiando en lo que parece su nuevo talante» pide que la Iglesia permita a los celíacos (adultos y niños) comulgar con hostias que no contengan gluten sino maíz.

La enfermedad celíaca es la patología crónica intestinal más frecuente en España y se estima que afecta a unas trescientas mil personas, de las cuales sólo treinta mil han sido diagnosticadas. Si un celíaco ingiere gluten (una proteína presente en el trigo, la cebada, el centeno y la avena) sufre una lesión severa de la mucosa del intestino delgado, por lo que absorberá inadecuadamente los nutrientes, con consecuencias desastrosas. Eso se sabe desde hace años, tantos que en 1994 el Vaticano contestó a las demandas de los celíacos cristianos. En un documento firmado un año después, el 19 de

junio de 1995, Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, fue tajante: «Las hostias sin gluten son inválidas para el sacramento. Dichas hostias, en cambio, son materia válida si en ellas permanece la cantidad de gluten suficiente para obtener la panificación.»

La nota fue enviada a todas las conferencias episcopales del mundo con la orden de que informaran «cada dos años» de la aplicación de las «presentes normas».

Los celíacos siguieron comulgando sin comulgar y, en 2003, la Federación de Asociaciones de Celíacos de España (FACE) se entrevistó con el cardenal de Madrid, Antonio María Rouco Varela, para ponerle una solución al asunto.

El 20 de febrero de ese año, la Conferencia Episcopal emitió una nota en la que autorizó a los sacerdotes a «facilitar al celíaco la comunión bajo la sola especie de vino». E incluso recomendó que tomara la sagrada forma en un «segundo cáliz» que no tuviera en el vino ni un resto impregnado de las hostias tradicionales.

El comunicado de los obispos abordó la primera comunión, pero sin dar respuesta. «Se procurará que el niño o niña que padece la enfermedad se sienta respetado y apreciado por los demás niños, de manera que todos vean como algo natural y normal la solución que se adopte.»

Hoy, dos años y unas cuantas comuniones después, tanto la FACE como su asociación madrileña siguen pidiendo lo mismo sin demasiada suerte. «La nota de la Iglesia española fue un avance positivo, pero para los niños no vale. Los niños sólo pueden comulgar bebiendo vino y eso no nos parece adecuado. Hay una discriminación clara. Queremos que se pueda comulgar en igualdad de condiciones», sostiene Carlos Bravo, coordinador de proyectos de la FACE.

Al otro lado, la Iglesia se remite a sus renglones. Fuentes de la Conferencia Episcopal Española mantienen que la tesis actual es la nota de febrero de 2003. «No ha habido cambios», dicen en la sede central de los obispos.

«Y con la primavera estrenando vestido de marinerito y de princesa, los niños celíacos ensayan su primera comunión en otra fila, la de los que recibirán la sangre sin cuerpo de Cristo.»

Problema segundo. Hostias con fecha de caducidad [635]

Etiquetas para las hostias. O cuando menos, fecha de caducidad. Como la leche, los huevos o los garbanzos. Lo exige la Ley europea 283, que regula la venta y consumo de productos alimenticios. Y el Vaticano ha puesto el grito en el Cielo, porque la ley civil se ha atrevido a tocar uno de los elementos más sagrados de la eucaristía.

Las autoridades eclesiales aseguran que sería poco menos que un sacrilegio el que las sagradas formas tuviesen que llevar impreso el «consumir preferentemente antes de...» de cualquier otro producto alimenticio.

El liturgista español, Andrés Pardo, se muestra «sorprendido» por la noticia y asegura que el espíritu de la reforma litúrgica del último concilio es que la «sagrada forma sea reciente y consagrada en cada eucaristía».

Pero, por lo que parece, para la ley europea también las hostias «caducan». Y eso que, como señala *L 'Avvenire,* el periódico de la Conferencia Episcopal italiana, en todo el mundo se conservan muchísimas partículas incorruptas. «Sólo en Siena, hay doscientas veintitrés partículas incorruptas desde hace dos siglos y medio.»

En España hay también más de media docena de lugares donde se conservan y veneran milagrosas y seculares presencias eucarísticas incorruptas.

Para evitar la proliferación de sagradas formas con fecha de caducidad, algunos liturgistas proponen que se cueza el pan (ázimo, por supuesto) antes de cada eucaristía. De esta forma, no sólo estará fresco, sino que, además, olerá todavía a pan. Es lo que hacen algunas comunidades de base del movimiento neocatecumenal, fundado en España por Kiko Argüello y Carmen Hernández.

No existen fábricas de hostias. Las partículas para la misa las hacen las monjas de clausura y, para muchos conventos, representa una de sus fuentes de ingresos, junto a la fabricación de bollos, dulces y toda clase de pasteles. Cada parroquia compra mensualmente las que más o menos prevé que pueda necesitar. Las formas vienen ya recortadas y bien empaquetadas. Después, suelen conservarse en recipientes, generalmente de plata.

La elaboración de las hostias era, pues, hasta ahora una labor artesanal. Pero Maastricht no tiene fronteras y ha llegado hasta los recónditos monasterios, muchos de ellos de clausura, donde se hacen las hostias.

La aplicación de la ley supondrá un serio revés para la ya de por sí maltrecha economía de los cenobios españoles. En efecto, los que se dediquen a hacer hostias tendrán que pedir autorización sanitaria. Una autorización que también deberán solicitar todos los que las repartan al público.

Además, es posible que las autoridades sanitarias exijan que las hostias incluyan conservantes, con lo que se violaría la norma litúrgica y canónica, que prescribe que las sagradas formas tienen que estar hechas exclusivamente de harina de trigo sin levadura.

El canon 924 del derecho canónico reza así: «El sacrosanto sacrificio eucarístico se debe ofrecer con pan *y* vino, al cual se ha de mezclar un poco de agua.» Y a renglón seguido añade: «El pan ha de ser exclusivamente de trigo y hecho recientemente, de manera que no haya ningún peligro de corrupción. El vino debe ser natural, del fruto de la vid, y no corrompido.»

Sólo hay dos excepciones a esta tajante regla. A los celíacos, enfermos que no pueden tomar el gluten que contiene la hostia, se les concede el permiso de poder comulgar con hostias de maíz. Bien es verdad que las asociaciones de afectados por esta enfermedad se quejan de las escasas facilidades que les brindan algunos curas.

La segunda excepción afecta a un colectivo mucho más polémico, que es el de los sacerdotes alcohólicos, que quieren rehabilitarse y que, por lo tanto no pueden beber vino. En estos casos, la Iglesia les concede el permiso para utilizar mosto sin alcohol en la consagración.

El problema teológico

Son muchos los problemas a los que se enfrenta la Iglesia para cumplir la ley civil sobre la caducidad de las hostias. El principal es el teológico. En esencia, se podría formular así: si, una vez consagrada, la hostia deja de ser pan y se convierte «en el cuerpo de Cristo», ¿puede el cuerpo de Cristo tener fecha de caducidad?

En opinión de las autoridades eclesiásticas, la Iglesia no puede aceptar que la sagrada forma, una vez que se consagra, pueda corromperse.

Bibliografía

ACHARYA S., *La conspiración de Cristo: La mayor ficción de la Historia*, Madrid, Valdemar, 2005. Acharya S. es el seudónimo de D. M. Murdock, una mujer francamente atractiva y comprometida en la defensa de los derechos humanos. En el libro que comentamos explica que Jesucristo es la compilación de las vidas y enseñanzas de diversos dioses y santones cuyos dramas fueron regularmente representados por diversos pueblos mucho antes de la era cristiana. Hace años, cuando yo empezaba mis estudios teológicos, la invité a las fiestas patronales de mi pueblo, Arjona, Jaén, de gran interés antropológico. Estábamos echándonos un pasodoble en la plaza del pueblo, con música de la orquesta local Los Javaloyas, mientras departíamos, arrimaditos, sobre temas bíblicos, cuando, asombrada por la profundidad de mis conocimientos, me dijo que, a pesar de mi juventud, debía estar en posesión de un curriculum impresionante. Yo desconocía el significado del latinajo, pero, orientándome por el contexto, me apresuré a mostrárselo. Me soltó dos sonoras bofetadas y me dejó plantado. Para que luego digan que la vida de un teólogo aficionado no es azarosa.

ACUÑA DUARTE, Ignacio, «¿Dónde están las reliquias de la Pasión?», en *Cristiandad*, www.mercaba.org/FICHAS/JESUS/PASION/RELIQUIAS.htm.

AGUIRRE, Rafael, «Estado actual de los estudios sobre el Jesús histórico después de Bultmann», en *Estudios Bíblicos*, núm. 54, 1996.

—, «Aproximación actual al Jesús de la historia», en *Cuadernos de Teología Deusto*, núm. 5, 1996.

—, «El Jesús histórico a la luz de la exégesis reciente», en *Iglesia Viva*, núm. 210, abril-junio de 2002.

—, y Antonio RODRÍGUEZ,*Los Evangelios sinópticos y los Hechos de los Apóstoles*, Estella, Verbo Divino, 1994.

ALLEGRO, John M., *The Sacred Mushroom and the Cross*, Londres, Hodder & Stoughton, 1970.

AMBELAIN, Robert, *Los secretos de Israel*, Barcelona, Martínez Roca,

1996.

ARNAIZ, Francisco José, S. J., «Revuelo acerca del Cielo», en *Listín Diario,* Santo Domingo, sábado, 14 de agosto de 1999. El padre Arnaiz es arzobispo y secretario de la Conferencia Episcopal dominicana. De teología sabe la tira.

BARBET, Pierre, *La Passion de N. S. J. C. selon le chirurgien,* París, Dillen, 1950. Existe edición en castellano *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo vista por un cirujano,* México, Promesa, 1983.

BARCELÓ ROLDAN, Juan, *Jesús y la estafa de Cachemira,* España, Plaza y Janes, 1979.

BATAILLON, Marcel, *Erasmo y España,* Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1983.

BEAULIEU, Michéle, *El vestido antiguo y medieval,* Barcelona, Oikos Tau, 1971.

BENÍTEZ, Juan José, *El enviado,* Barcelona, Plaza y Janes, 1987.

Biblia de Jerusalén, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975.

BIEMA, David Van, «Acerca del nacimiento de Cristo», en *Time,* 13 de diciembre de 2004.

BORG, M. J., *Conflict between Holiness and Politics in the Teaching of Jesus,* Nueva York, Edwin Mellen Press, 1984.

—, *Jesus in Contemporary Scholarship,* Valley Forge, Trinity Press International, 1994.

BRANDON, Samuel George Frederick, *Religion in Ancient History: Studies in Ideas, Men and Events,* Londres, Alien and Unwin, 1969.

BROWN, R. E., *The Gospel of Peter and Canonical Gospel Priority,* NTS 33 (1987) 321-343.

BUENO, Gustavo, *La fe del ateo,* Madrid, Temas de Hoy, 2007.

BULTMANN, Rudolf, *Historia de la tradición sinóptica,* Salamanca, Sigúeme, 2000.

BUSQUETS i GRABULOSA, Lluís, *Última noticia de Jesús el Nazareno,* Barcelona, Destino, 2007. El autor de este excelente libro, un creyente catalán licenciado en teología por la Pontificia de Roma y

simpatizante de la teología de la liberación, examina las raíces del cristianismo usando el método científico que le permite deconstruir y reconstruir las figuras del Jesús histórico y el Cristo de la fe sin más limitación que la (importante) que le impone su propia e insobornable creencia en la divinidad de Cristo.

CARCENAC PUJOL, Claude BRIGITTE y Llogari PUJOL, *Jesús, tres mil años antes de Cristo. Un faraón llamado Jesús,* Barcelona, Plaza y Janes, 1987.

CASTILLÓN, Jesús, «La leyenda del santo pañal», en *Historia y Vida,* núm. 273, Barcelona, diciembre de 1990, pp. 84-85.

CHARLESWORTH, James H. y Walter P. WEAVER, *Images of Jesus Today,* Valley Forge PA, Trinity Press, 1994.

CHEVALIER, Ulysse, *Le St. Suaire de Lyrey-Chambéry-Turin et les defenseurs de son authenticité,* París, Alphonse Picard et Fils, 1900.

—, *Le Saint Suaire de Turin. Histoire d'une Relique,* París, Picard, 1902.

CHORIN, SCHALOM BEN, *Bruder Jesus,* Munich, List, 1967.

CLARKE, Arthur C, *Report on Planet Three,* Nueva York, Signet Ed., 1972.

COLOMIATTI, Emmanuel, «De l'Authenticité du saint suaire de Turin», en *Revue des Sciences Ecclesiastiques,* n° 81, 1899, pp. 73-80.

CROSSAN, John Dominic, *The Birth of Christianity. Discovering What Happened in the Years Immediately After the Execution of Jesus,* Nueva York, Harper Collins Publishers, 2004. Edición en castellano: *El nacimiento del cristianismo,* Santander, Sal Terrae, 2002.

—, *Jesús, biografía revolucionaria,* Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996.

—, *El Jesús de la historia: vida de un campesino mediterráneo judío,* Barcelona, Crítica, 2000.

DAVIES, Wade, *La serpiente y el arco iris,* Barcelona, Martínez Roca, 1988.

DAWKINS, Richard, *El espejismo de Dios,* Madrid, Espasa Calpe, 2007.

DELAGE, Yves, «Le Linceul de Turin», en *Revue Scientifique,* núm. 17, 1902.

DELITZSCH, Friedrich, *Wo Lag das Paradies?,* Leipzig Universität, 1881.

DESCHNER, Karlheinz, *Historia criminal del cristianismo,* Barcelona, Martínez Roca, 1990.

—, *Historia sexual del cristianismo,* Zaragoza, Yalde, 1993.

DOHERTY, Earl, *The Jesus Puzzle. Did Christianity Begin with a Mythical Christ?,* Montreal, Canadian Humanist Publications, 1999. Existe edición en castellano: *El puzle de Jesús*, Madrid, La Factoría de Ideas, 2005.

Discípulo de George Albert Wells, Doherty es más claro e incisivo que el maestro cuando deconstruye la figura de Jesús como mito sin base histórica real, creado por sus seguidores en el contexto del sincretismo mediterráneo del siglo I (helenismo, platonismo y cultos mistéricos con un toque de escritos proféticos del Antiguo Testamento).

DRÖSCHER, Vitus B., *La vida amorosa de los animales*, Barcelona, Planeta, 1974.

DURKHEIM, Émile, *Las formas elementales de la vida religiosa,* Barcelona, Paidós, 1984.

EHRMAN, Bart D., *Jesús no dijo eso. Los errores y falsificaciones de la Biblia,* Barcelona, Ares y Mares, 2007.

ENRIQUE, Antonio, *El discípulo amado,* Barcelona, Seix Barral, 2000.

ESLAVA GALÁN, Juan, *El fraude de la sábana santa y las reliquias de Cristo,* Barcelona, Planeta, 1998.

Una obra definitiva que la internacional sindonológica ha acogido cálidamente. El libro de cabecera de cuantos se interesan por la sábana santa.

EVANS-PRITCHARD, E. E., *Las teorías de la religión primitiva,* Madrid, Siglo XXI, 1991.

FABER-KAISER, Andreas, *Jesús vivió y murió en Cachemira,* Madrid, Ate, 1976.

FEUERBACH, Ludwig, *La esencia del cristianismo,* Buenos Aires, Claridad, 1995.

FINER, Samuel Edward, *The History of Government from the Earliest Times*, Nueva York, Oxford University Press, 1997.

FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías*, libros XI al XX, Madrid, Akal, 1997.

—, *La guerra de los judíos*, Madrid, Gredos, 1997.

—, *Contra Apión*, Madrid, Aguilar, 1967.

FRANCISCO DE OSUNA, *Abecedario espiritual*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 1998.

FRAZER, J. C, *La rama dorada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

FREKE, Timothy, y Peter GANDY, *Los misterios de Jesús, El origen oculto de la religión cristiana*, Barcelona, Grijalbo, 2000; y Barcelona, Círculo de Lectores, 2004.

El libro plantea la hipótesis de que Jesús no existió realmente, sino que fue un mito de origen judío, al modo de Dionisos en la mitología griega. Los autores basan la tesis de los misterios de Jesús en parte en una serie de paralelismos entre la biografía de Osiris-Dionisos y la biografía de Jesús deducida de los cuatro Evangelios canónicos. La reconstrucción del mito de Osiris-Dionisos, compilado de los mitos antiguos de muerte y resurrección de los «hombres de Dios», coincide sorprendentemente con los relatos del Evangelio. Los autores darán cuenta de su engendro ante el tribunal de la Divina Justicia.

FREUD, Sigmund, *El porvenir de una ilusión; El malestar en la cultura*, Barcelona, RBA Coleccionables, 2002.

FUNK, Robert, *et al.* (eds.), *The Five Gospels: What Did Jesus Really Say? The Search for the Authentic Words of Jesus*, Nueva York, MacMillan, 1993.

—, *The Acts of Jesus: The Search for the Authentic Deeds of Jesus*, San Francisco, Harper, 1998.

—, *Funk on Parables. Collected Essays*, Santa Rosa, Polebridge Press, 2006.

GARDNER, Martin, *¿Tenían ombligo Adán y Eva? La falsedad de la pseudociencia al descubierto*, Madrid, Debate, 2001.

GIBBON, Edward, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano,* Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2003.

GRELOT, Pierre, *Los Evangelios y la historia de Jesús,* Madrid, Cristiandad, 1970.

GUERRA GÓMEZ, Manuel, *Los nuevos movimientos religiosos (las sectas),* Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1993.

GUIJARRO, Santiago, *Dichos primitivos de Jesús. Una introducción al Protoevangelio de Dichos Q,* Salamanca, Sigúeme, 2005.

—, *El Jesús histórico,* Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2003.

GUIRAO, Pedro, *El enigma de la sábana santa*, Barcelona, Libroexpress, 1989.

HANCOCK, Graham, *Símbolo y señal*, Barcelona, Planeta, 1993.

HENNING, Richard, *Grandes enigmas del universo,* Barcelona, Plaza y Janes, 1972.

HEREZA, Rafael, *El desvelamiento de la Revelación. La identidad del discípulo amado y María Magdalena,* Madrid, La Rama Dorada, 1981.

HERNÁNDEZ VILLAESCUSA, Modesto, *La sábana santa de Turín. Estudio científico-histórico-crítico,* Barcelona, Humánitas, 1991.

HERRMANN, Albert, *Die Erdkarte der Urbibel,* Brunswick, Westermann, 1931.

HERRMANN, Horst, *Dos mil años de tortura en nombre de Dios,* Barcelona, Flor de Viento Ediciones, 1996.

HESEMANN, Michael, *Titvlus Crucis*, Milán, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo, 2000.

HOARE, Rodney, *The Turin Shroud is Genuine*, Londres, Souvenir Press, 1994.

HOLLEY, Vernal,*Christianity: The Last Great Creation of the Pagan World»,* Texto en Internet.

HORSLEY, R. A., *Sociology and the Jesus Movement,* New York, Crossroads, 1989.

—, *Bandits, Prophets and Messiahs,* Atlanta, Scholars Press, 1988.

—, *Jesus and the Spiral of Violence,* San Francisco, Harperand Row, 1997.

IGARTUA, Juan Manuel, *La sábana santa es auténtica. Reflexión metódica,* Bilbao, Mensajero, 1990.

IRINEO DE LYON, *Contra las herejías,* www.primeroscristianos.com.

IRVIN, Jan, *y* Andrew RUTAJIT, *Astrotheology & Shamanism: Unveiling the Law of Duality in Christianity and Other Religions,* Browse Books, 2006.

JACKSON, John G., *Christianity befare Christ,* Austin, Texas, American Atheists, 1985.

JAY GOULD, Stephen, *Ciencia versus religión. Un falso conflicto,* Barcelona, Crítica, 2000.

JONAS, Hans, *La religión gnóstica,* Madrid, Siruela, 2000.

KIDGER, Mark, *The Star of Bethlehem,* Princenton, Princenton University Press, 1999.

KOESTER, H., *Apocryphal and Canonical Gospels,* núm. 73, 1980. Defiende el valor de ciertos textos apócrifos.

KÜNG, Hans, *La Iglesia católica*, Barcelona, Mondadori, 2001.

El teólogo suizo Hans Küng fue consejero oficial del Concilio Vaticano II por decisión personal de Juan XXIII. Era profesor de teología en la Universidad Católica de Tubinga cuando lo apartaron del cargo por sus escritos. Éste es quizá el mejor y más ponderado resumen de la historia de la Iglesia.

LADARIA, Luis, *Teología del pecado original y de la gracia,* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos-BAC, 1993.

LANE FOX, Robin, *La versión autorizada*, Londres, Penguin Books, 1992.

LATOURELLE, R., *A Jesús el Cristo por los Evangelios,* Salamanca, Sígueme, 1986.

LEITA, Juan, *Autopsia del nuevo catecismo católico,* Barcelona, Martínez Roca, 1993.

LÓPEZ-SEIVANE, Francisco, «Jesús no murió en la cruz», en *Espacio*

y Tiempo, núm. 4, junio de 1991, pp. 72-74.

LORENTE, Miguel, *Cuarenta y dos días. Análisis forense de la crucifixión y Resurrección de Jesucristo*, Madrid, Aguilar, 2007.

LORING, Jorge, *La sábana santa. Invalidez de la prueba del carbono 14,* Madrid, Crespo, 1990. La obra doctrinal, hagiográfica y sindonológica del padre Loring, S. J., es sin duda uno de los más firmes pilares en los que se sostiene la santa Iglesia católica apostólica y romana. Como un potente faro fundado sobre el firme peñasco de la fe, la obra loringuea ilumina el camino del creyente tan a menudo amenazado por el agitado piélago de los errores modernos.

LÜDEMANN, Gerd, *La Resurrección de Jesús. Historia, experiencia, teología*, Madrid, Trotta, 2001.

LLIBRE TELLO, José, *Cielo, Paraíso, Infierno y Purgatorio,* usuarios.lycos.es/jallite/works/cielo-infierno-purgatorio.htm.

MACK, Burton L., *A Myth of Innocence: Mark and Christian Origins,* Filadelfia, Fortress Press, 1988.

MAIER, Paul L., *History, Archaeology and Jesus. Hard Evidence from the Ancient world Dramatically Supports the New Testament Record on Jesus*, www. issuesetc.org/resource/archives/maierz.htm.

MALINA, Bruce, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural,* Estella, Verbo Divino, 1995. Un excelente resumen de las más modernas tendencias de la exégesis española, especialmente de la catalana.

MARSHALL, Roy K., *The Star of Bethleem,* Carolina del Norte, North Carolina University, 1949.

MARTIN, Michael, *Alegato contra el cristianismo,* Pamplona, Laetoli, 1991.

Michael Martin, profesor de filosofía en la Universidad de Boston, se propone examinar el cristianismo desde la lógica y el respeto al análisis lógico de las fuentes. Descreído, lo cuestiona todo y analiza fríamente lo que a él le parecen errores sin advertir que la inteligencia humana no puede penetrar en los misterios de la Revelación. Lectura densa y difícil. Lo humaniza algo saber que tenía un abuelo jardinero que le preparaba rebanadas de pan con manteca de cacahuete.

MARTÍN MORENO, Juan Manuel, *El Jesús judío,* www.upcomillas.es/personal/jmmoreno/cursos/profesor.html.

MARTÍNEZ OTERO, Luis Miguel, *El priorato de Sión. Los que están detrás,* Madrid, Obelisco, 2004.

MARVIZÓN PRENEY, Julio, *La sábana santa ¿milagrosa falsificación?,* Sevilla, Ediciones Giralda, 2000.

MEIER, John R, *Un judío marginal: nueva visión del Jesús histórico,* Estella, Verbo Divino, 1998-2003.

El libro de Meier, sacerdote católico, es para Montserrat Torrents «la obra cumbre de la apología cristiana contemporánea» y un buen ejemplo de lo que los autores confesionales entienden por histórico.

MEERSCH, Maxence Van der, *Cuerpos y almas,* Buenos Aires, Almafuerte, 1954.

MINDÁN MAÑERO, Manuel, *Testigo de noventa años de historia. Conversaciones con un amigo en el último recodo del camino,* Zaragoza, Librería General, 1995.

MOLNAR, Michael R., *The Star of Bethlehem: the Legacy of the Mage,* New Jersey, Rutgers University Press, 1999.

MONCADA, Alberto, *Historia Oral del Opus Dei,* Barcelona, Plaza y Janes, 1986.

MONTSERRAT TORRENTS, José, *El desafío cristiano. Las razones del perseguidor,* Madrid, Mario Muchnik, 1992.

—, *La sinagoga cristiana,* Madrid, Trotta, 2005.

—, *Jesús, el galileo armado: Historia laica de Jesús,* Madrid, Edaf, 2007. Montserrat Torrents se caracteriza por compaginar claridad de concepto y de juicio con una exposición asequible al lector no especialista. Recomiendo sus libros al que quiera ampliar conocimientos sobre esta materia.

MÜLLER, A. V., *El sagrado prepucio de Cristo, Die hochheilige Vorhaut Christi im Kult und in der Theologie der Papskische,* Berlin, 1907.

PAGELS, Elaine, *Los Evangelios gnósticos,* Barcelona, Crítica, 1996.

—, *Más allá de la fe. El Evangelio secreto de Tomás,* Barcelona, Ares y

Mares, 2004.

PIÑERO, Antonio (ed.), *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos,* Madrid, El Almendro, 1992.

—, *Fuentes del cristianismo. Tradiciones primitivas sobre Jesús,* Madrid, El Almendro, 1994.

—, *El Nuevo Testamento. Introducción al estudio de los primeros escritos cristianos*, Madrid, El Almendro, 1995.

—, *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi,* Madrid, Trotta, 2000.

—, *Hechos apócrifos de los Apóstoles,* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.

—, *Jesús, la vida oculta según los Evangelios rechazados por la Iglesia,* Madrid, Esquilo, 2005.

—, *Guía para entender el Nuevo Testamento,* Madrid, Trotta, 2007.

—, *Cristianismos derrotados,* Madrid, Edaf, 2007.

—, *Año I. Israel y su mundo cuando nació Jesús*, Madrid, Laberinto, 2008.

—, y GÓMEZ SEGURA, E., *La verdadera historia de la Pasión,* Madrid, Edaf, 2008.

Antonio Piñero pertenece al escaso número de científicos españoles capaces de escribir obras a un tiempo profundas y amenas. Le recomiendo al lector interesado en estos temas que recurra a ellas.

PUECH, Henry Ch., *En torno a la gnosis,* Madrid, Taurus, 1982.

PUENTE OJEA, Gonzalo, *El Evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

—, *El mito de Cristo,* Madrid, Siglo XXI, 2000.

—, *Ideología e historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico,* Madrid, Siglo XXI, 1993.

Una lectura recomendable para personas cultas que dominen el lenguaje filosófico.

PUENTE OJEA, Gonzalo, e Ignacio CAREAGA VILLALONGA, *Animismo, el umbral de la religiosidad,* Madrid, Siglo XXI, 2005.

PUIG, Armand, *Jesús. Una biografía,* Barcelona, Destino, 2005.

QUASTEN, Johannes, *Patrología,* 2 vols., Madrid, BAC, 2004.

RAMBLA, Pascual, *Tratado popular sobre la Santísima Virgen,* Barcelona, Vilamala, 1954.

ROBINSON, James M. et al., *El Documento* Q *en griego y en español con paralelos del Evangelio de Marcos y del Evangelio de Tomás,* Salamanca, Sigúeme, 2002.

RUBERT DE VENTOS, Xavier, *Dios, entre otros inconvenientes,* Barcelona, Anagrama, 2000.

RUSSELL, Bertrand, *¿Por qué no soy cristiano?,* Barcelona, Edhasa, 2005.

SALA SEVA, Federico, *La verdad sobre la santa faz,* Alicante, Gráficas Díaz, 1991.

SANDERS, Ed *Varish, Jesús y el judaismo,* Madrid, Trotta, 2004.

—, *La figura histórica de Jesús,* Estella, Verbo Divino, 2000.

SANTOS VAZ, Armindo dos, *La llamada historia del Paraíso,* Lisboa, Didaskalia, 1995.

SAVATER, Fernando, *La vida eterna,* Barcelona, Ariel, 2006.

SCHNÜRER, Gustav, y J. M. RITZ, *Sankt Kümmernis und Volto Santo,* Dusseldorf, L. Schwann, 1934.

SCHONFIELD, Hugh, *El complot de Pascua,* Barcelona, Martínez Roca, 1987.

SENDÓN DE LEÓN, Victoria, *La España herética,* Barcelona, Icaria, 1986.

SHANKS, Hershel (ed.), *The Search for Jesus. Modern Scholarship Looks at the Gospel*, Washington, Biblical Archaeological Society, 1994.

SMITH, Morton, *Jesus the Magician. Charlatan or Son of God?,* Nueva York, Ulysses Press, 1978.

SOLÍ, Manuel, *La sábana santa de Turín, su autenticidad y trascendencia*, Bilbao, Mensajero, 1988.

TABOR, James D., *La dinastía de Jesús,* Barcelona, Planeta, 2007.

TERESA DE CALCUTA, *Ven y sé mi luz. Las cartas privadas de la madre Teresa de Calcuta*, Barcelona, Planeta, 2008.

THEISSEN, Gerd, y MERZ, Annette, *El Jesús histórico*, Salamanca, Sigúeme, 2004.

TREVIJANO, Ramón, *Patrología*, Madrid, BAC, 2004.

UNAMUNO, Miguel de, *Diario íntimo*, en edición digital de las *Obras completas*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras, 2004.

VALLEJO NÁJERA, María, *Entre el Cielo y la Tierra. Historias curiosas sobre el Purgatorio*, Barcelona, Planeta, 2007.

Un librito delicioso, obra de una «escritora beatorra de aspecto bastante sexi» como la describió un listillo de la prensa en su columna de la flagelación. Vaya desde aquí mi solidario apoyo a María y mi reprimenda al plumilla. ¿Qué pasa, que una católica militante no puede estar buena?

VARO, R, *Rabí Jesús de Nazaret*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.

VERMES, Geza, *Jesús el judío*, Barcelona, Muchnik, 1979.

VIDAL MANZANARES, César,*El primer Evangelio: el Documento Q*, Barcelona, Planeta, 1993.

VIGNON, Paul, *Le Linceul du Christ*, París, 1902.

—, *Le Saint Suaire de Turin devant la science*, París, 1939.

VILLENEUVE, Roland, *El museo de los suplicios*, Barcelona, Martínez Roca, 1989.

VORÁGINE, Santiago de, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1973.

WELLS, G.

Para G. Wells:

El cristianismo nació dentro del judaismo, cuya enseñanza teológica básica fue «Dios es Uno». La más grande blasfemia para un judío hubiera sido asociar cualquier hombre con Dios. Aun así, ¿qué hicieron estos

primeros cristianos? Aparentemente, ellos tomaron alguien visto como un criminal crucificado y lo convirtieron en el Hijo de Dios y Salvador del mundo. Le dieron títulos y roles previamente reservados únicamente para Dios. Lo hicieron preexistente: compartiendo la divinidad con Dios en el Cielo antes de la Creación del mundo. Todo este pensamiento mitológico es el más cercano al tiempo de Jesús.

Ese profundo silencio que Pablo y los escritores del primer siglo guardan sobre Jesús constituye una «ecuación perdida». Ninguno de estos escritores afirma en ninguna parte que este Hijo de Dios y Salvador, este Cristo cósmico del que habían sea el Jesús de Nazaret recientemente ejecutado en Judea. En ninguna parte hay una defensa de esta proposición descabellada y blasfema, el primer elemento necesario (presumiblemente) en el mensaje cristiano: que un hombre reciente era Dios.

http://www.geocities.com/pejlj/var_rompecabezas 1.htm?200724-Inicio#Inicio

WENDRIN, Franz von, *Die Entdeckung des Paradises,* Braunschweig Westermann, 1924.

WHITE, L. Michael, *From Jesus to Christianity,* Nueva York, Harper Collins Publishers, 2001.

«Es virtualmente imposible reducir los relatos a una única narrativa primordial.»

WILSON, A. N., *Jesus: A Life,* Nueva York, W. W. Norton & Company, 1992.

WILSON, Ian, *Holy Faces, Secret Places. The Quest for Jesus True Likeness,* Londres, Corgi Books, 1991.

WINTER, Paul, *El proceso a Jesús,* Barcelona, Muchnik, 1983.

Oración de la Oveja

¡Señor!, que para explicar tu amor a los hombres te presentaste a ellos como el Buen Pastor, ayúdame a que sea una buena oveja.

Que no quiera escapar del redil. Que nunca me atraiga la soltura de las cabras para burlar al pastor y mordisquear los huertos prohibidos. Te ofrezco mi pequeña vulgaridad diaria de oveja, porque Tú me has querido así.

Danos un pastor que se parezca a ti, que nos lleve a buenos pastos, que no esté a sueldo.

Elígele unos perros que nos conduzcan y reúnan, que no gocen asustándonos y mordiéndonos las patas.

Dale (al pastor) juventud para dormir junto a nosotros en el monte y curarnos las heridas. Y que no le dé vergüenza oler a oveja. Tú no la tendrías y a nosotros nos gusta.

Así tendré la seguridad de que, si algún día quedo perdida en el monte, vendrá a buscarme y me llevará sobre sus hombros, gozoso, de nuevo al redil.

Laus Deo.



ESAS OVEJAS QUE NO SON DE

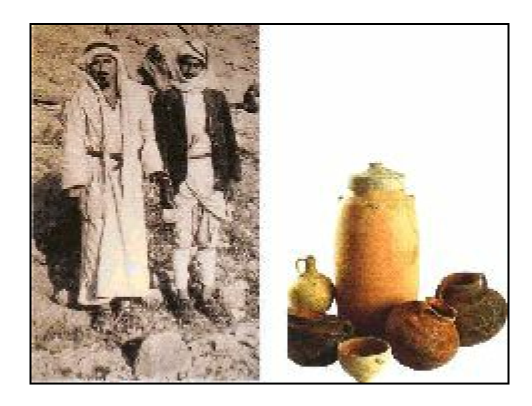
ESTE APRISCO Y ES PRECISO QUE LAS TRAIGA...

Jo. 10, 16

* Texto de una hoja parroquial editada en Pamplona hacia 1970, en Luis CARANDELL, *Celtiberia Bis*, Guadiana de Publicaciones, S. A., Madrid, 1972.



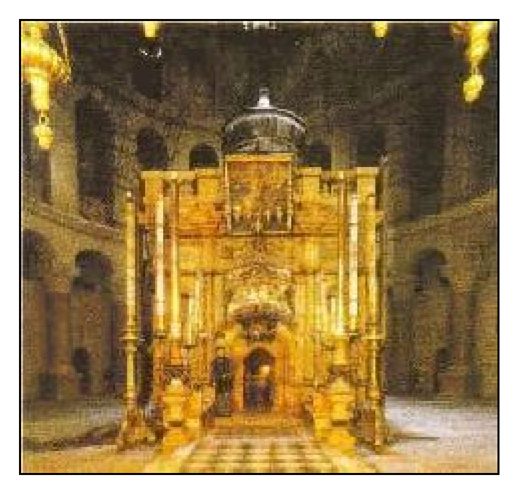
Cuevas de Qumram



El descubridor de los manuscritos de Vasijas de Qumram, ya en su desdichada vejez y vasijas de qumram



Crudelísima caricatura anticlerical de la procesión de la Túnica Sagrada de Trier (Alemania, 1844)



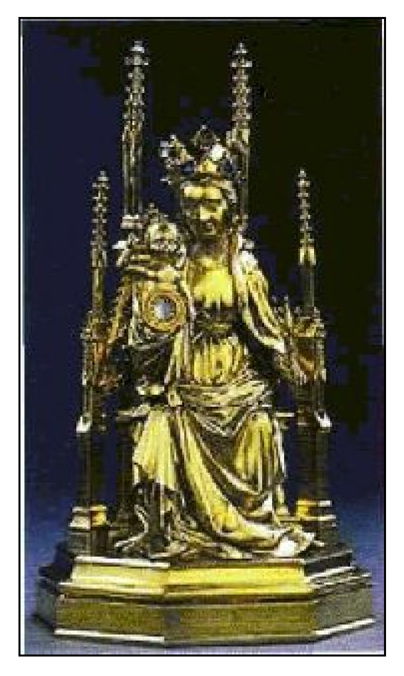
Edículo que encierra el Santo Sepulcro (Basílica del Santo Sepulcro, Jerusalén, Israel).



Las devotas santifican diversos objetos restregándolos sobre la Santa Losa en la que las santas mujeres adobaron el cadáver de Jesús. Basílica del Santo Sepulcro, Jerusalén, Israel. (Juan Sol, 2007).



Lugar exacto desde el que las santas mujeres presenciaron la Crucifixión del Redentor (Basílica del Santo Sepulcro, Jerusalén, Israel).



Relicario con el cordón umblical de Jesús (Museo de Cluny, París).



Lote de reliquias que contiene: el dedo índice de Santo Tomás, una esquirla de piedra de la columna de la flagelación y dos espinas de la Corona. Iglesia de la Santa Cruz en Jerusalén, Roma. (I. Castro, 2006).



Corona de espinas de Jesús (Sainte Chapelle, París).



Fragmentos de la cruz de Jesús en la basílica de la Santa Cruz en Jerusalén, Roma. (I. Castro, 2006).



Cueva-santuario de santa María Moderna visión de la Magdalena, Sainte Baume, Francia. según Lady Ruin.



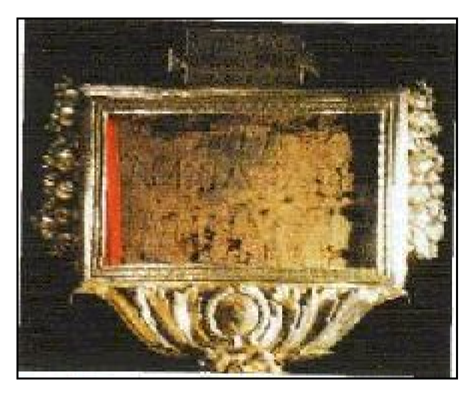
La Magdalena, según J. Lefevre



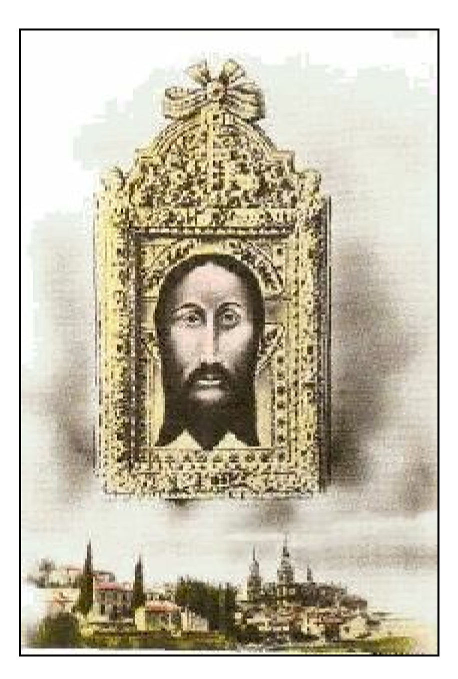
Columna de la Flagelación en la iglesia de Santa Prassede, Roma. (I. Castro, 2006).



Clavo de Cristo de la catedral de Thier, Alemania.

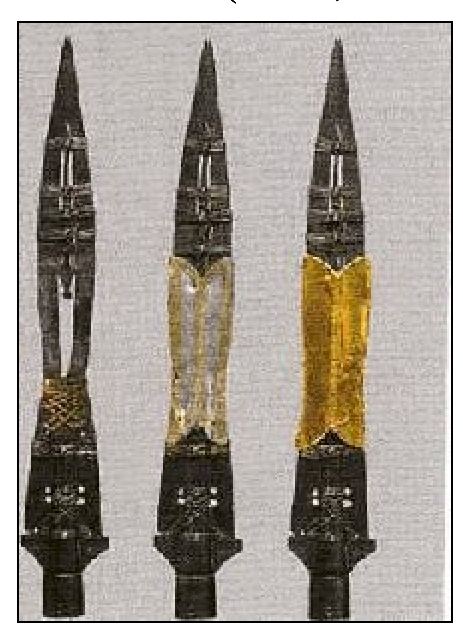


Títulus crucis, Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén. Roma. (I. Castro, 2006).

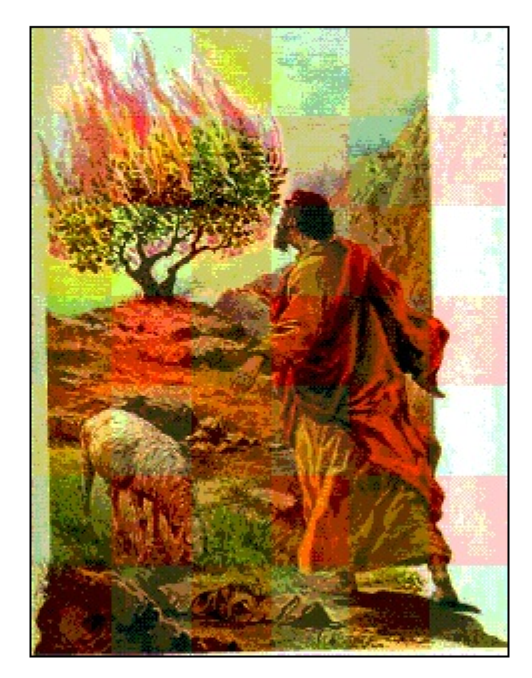


Verónica o Santo Rostro de Jaén (Postal, hacia 1940).

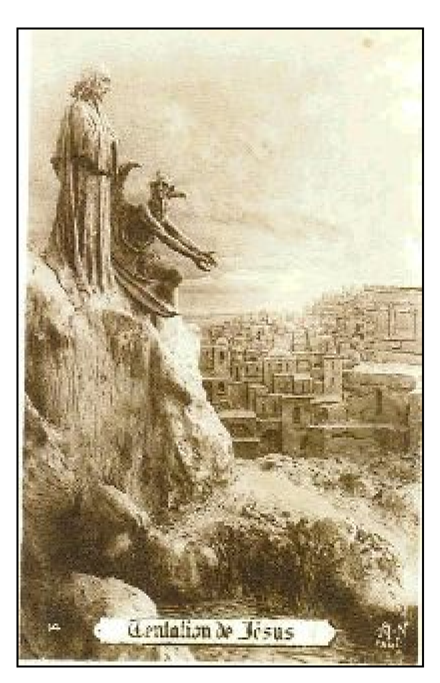
Verónica o Santo Rostro de Jaén (Postal, hacia 1940).



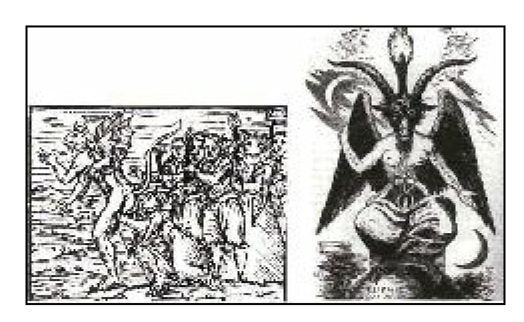
Santa Lanza de Viena con sus distintos recubrimientos (Museo de Viena).



Yahvé se manifiesta a Moisés en el Sinaí en forma de incendio forestal o zarza ardiente.



Jesús infructuosamente tentado por el Demonio.



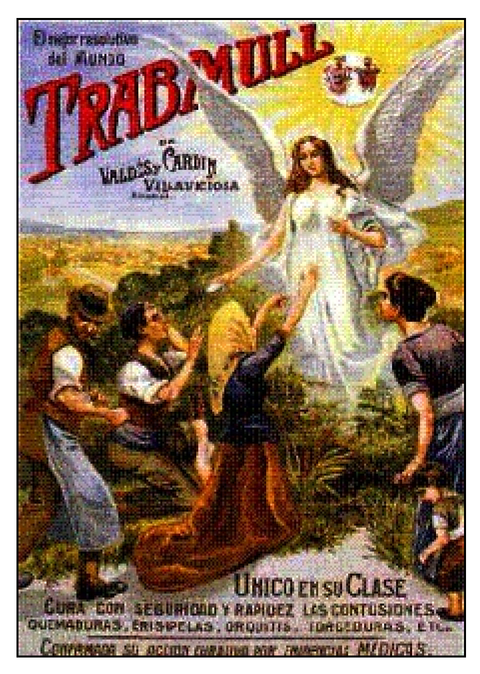
Demonio medieval con séquito de brujas. Demonio de Eliphas Levi, siglo XIX



Demonio de Gustavo Doré, siglo XIX. Visión moderna del demonio en femenino (2007). Testimonia la incorporación de la mujer a los roles tradicionalmente reservados al hombre.



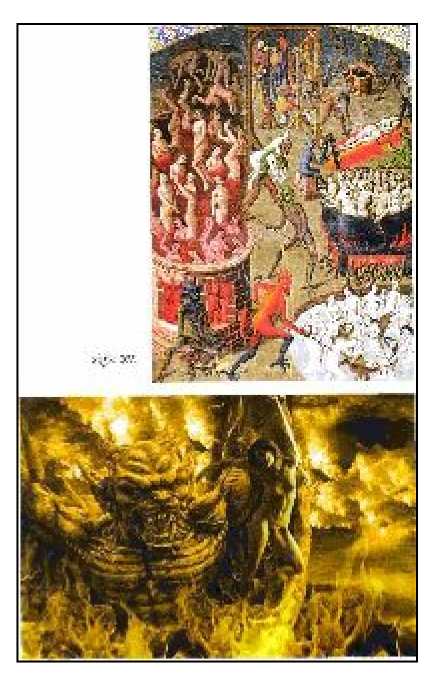
Ángel de la Guarda en un cuadro de cabecera, hacia 1950. Ángeles. Estampa conmemorativa de un misacantano, hacia 1905.



Ángel femenino (nótense las tetas). Cartel publicitario, hacia 1930.



Ángel de la guarda e infante. Postal alemana, hacia 1920.



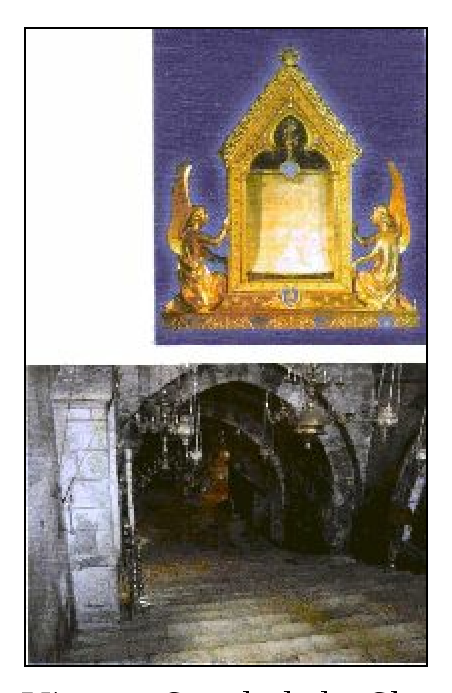
Infierno tradicional. Debajo visión actualizada del Infierno que evidencia su evolución iconográfica postconciliar.



Azulejo de las Animas Purgatorio en la iglesia de San Pedro, Sevilla. I. Castro, 2008.



Impresionante prueba de los tormentos padecidos por las ánimas del Purgatorio. Museo del Purgatorio, Iglesia del Sagrado Corazón del Sufragio, Roma.

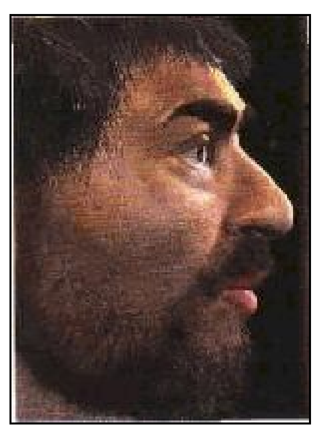


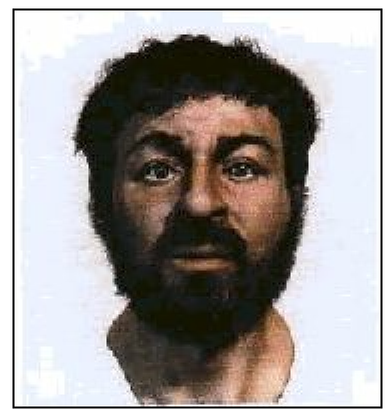
Santa Camisa de la Virgen. Catedral de Chames, Francia. Tradicional tumba de la Virgen. Jerusalén, Israel.

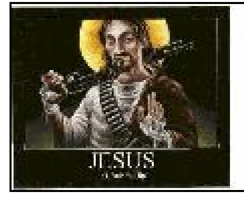


Agnus Dei, por Fray Eustaquio (1473 —1555)

Retrato robot de Jesús, según el equipo de la BBC.

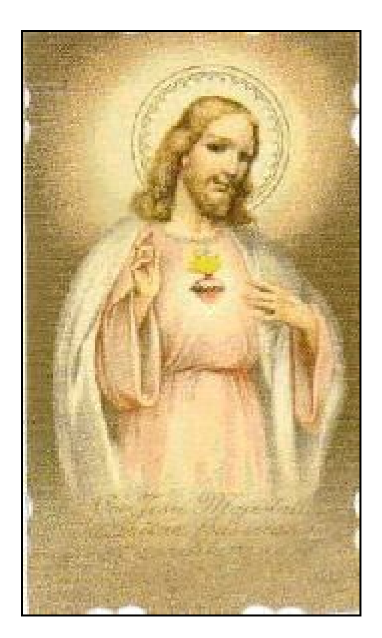




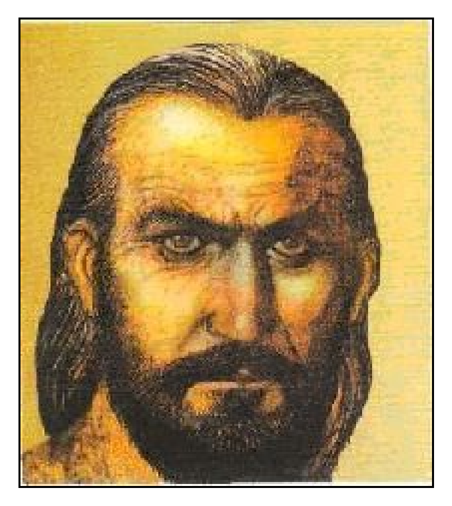




Jesús killer. Postal Mejicana, 2002. «Cristo colega». Imagen devocional creada en 1999 para la película Dogma de Kevin Smith como parte de la campaña «Catholicism Wow!».



Sagrado Corazón. Estampa, hacia 1930.



Otra posible reconstrucción del rostro de Jesús.



La barca de Tiberiades. Museo de la barca, Kibutz Ginosar, Israel.

Procesión en la Vía Dolorosa, hacia 1980.



Jesús y el discípulo amado, quienquiera que fuese. (Postal española, hacia 1920)



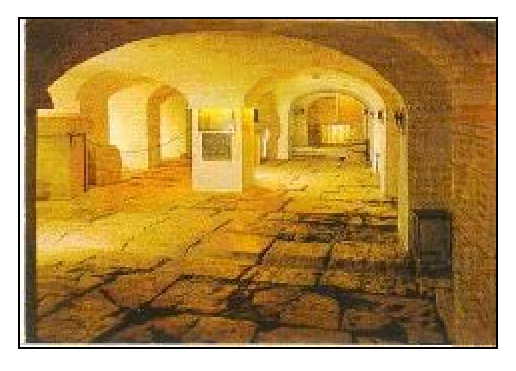
Arriba Salomé. Pierre Bonaud (1865). Louise Whiteford Galery. Londres. Abajo Salomé. Óleo de Lovis Corinth (1858-1928)



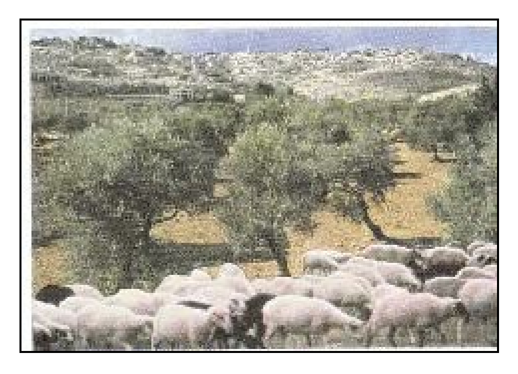
Scala Santa por la que presuntamente ascendió Jesús. Roma. (I. Castro, 2006).



Presunto cenáculo donde se celebró la Santa Cena. Jerusalén (siglo XIII).



Litóstrotos con las losas que Jesús prendido pisó (presuntamente).



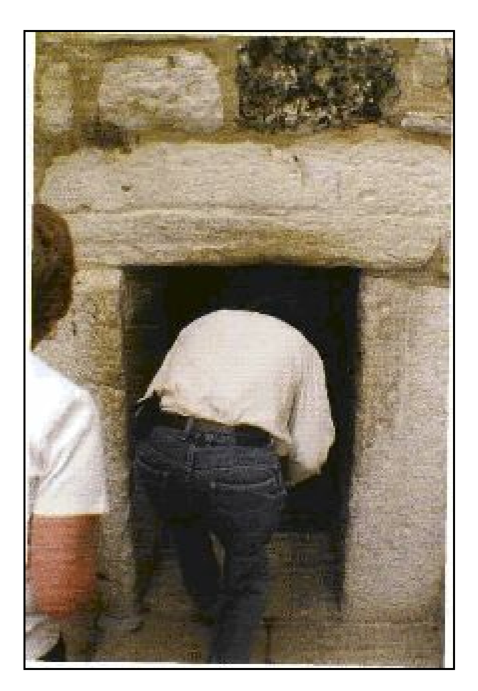
Rebaño de ovejas con Belén al fondo. Postal religiosa, hacia 1980.



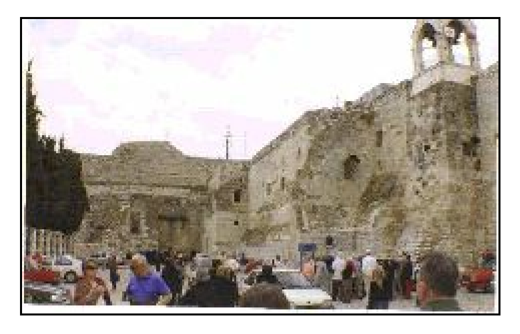
Presunto punto exacto en el que Jesús vino al mundo. Basílica de la Natividad, Belén.



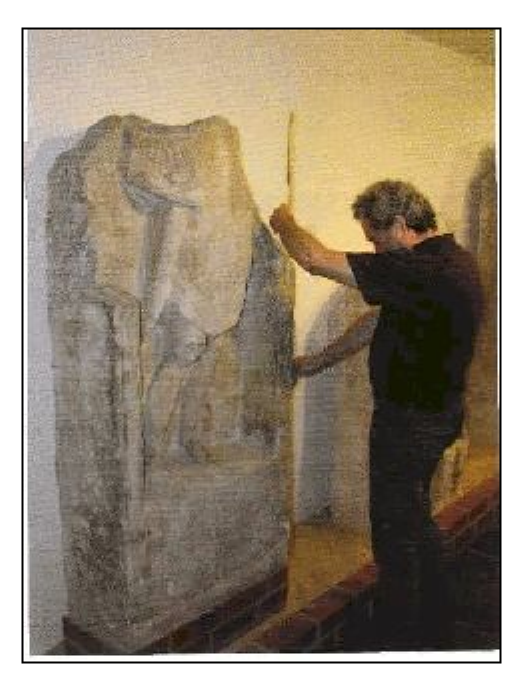
Los Reyes Magos con atuendo persa. Mosaico bizantino, siglo VI. Rávena, Italia.



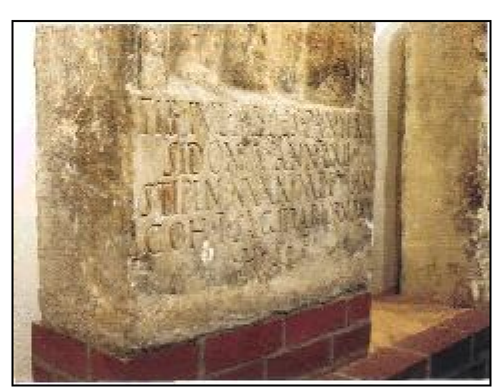
Entrada de la Iglesia de la Natividad, en Belén, diseñada para evitar que los turcos entraran a caballo.



Iglesia de la Natividad, en Belén.



James D. Tabor mide la lápida sepulcral del legionario romano Panthera, presunto padre de Jesús.



Inscripción latina en la lápida sepulcral de Panthera.



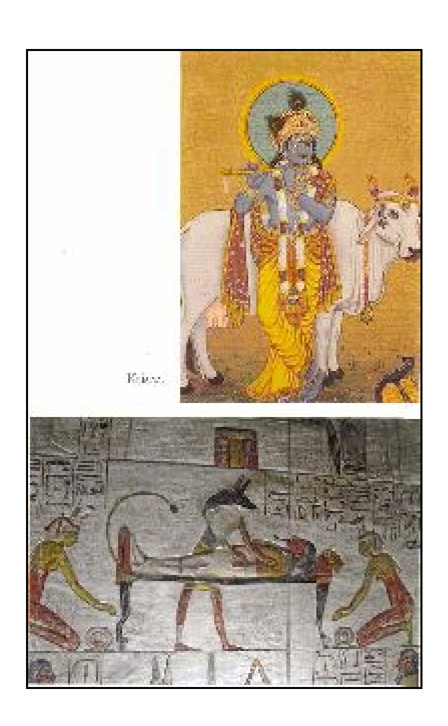
La Anunciación por Fray Angélico. 1432. Museo Diocesano, Cortina, Italia.



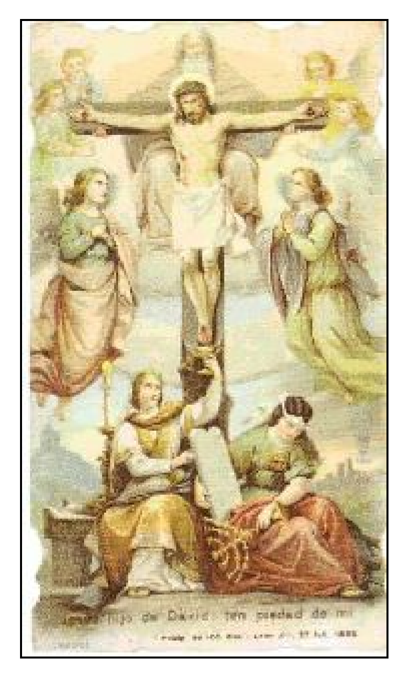
Los dones del Espíritu Santo. Estampa francesa, hacia 1900.



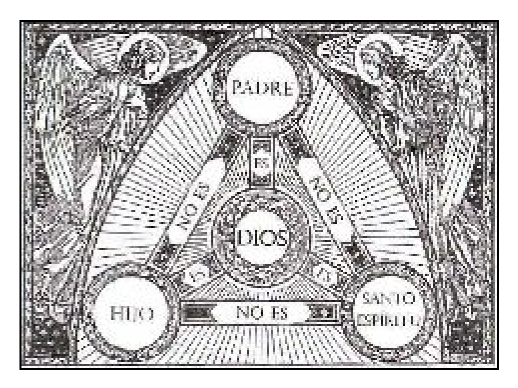
Huida a Egipto. Salterio alemán del siglo XIII.



Osiris difunto.



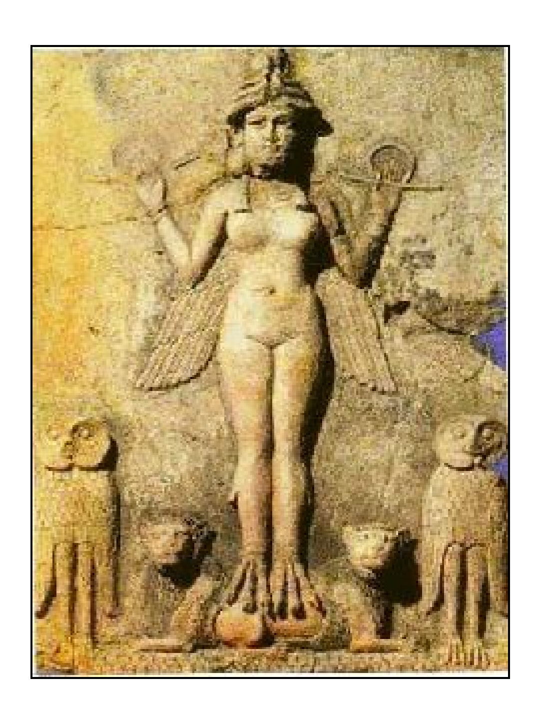
La Trinidad con la Iglesia triunfante y la sinagoga vencida. Estampa religiosa, hacia 1900.



Esquema de la Trinidad. Estampa hacia 1880.



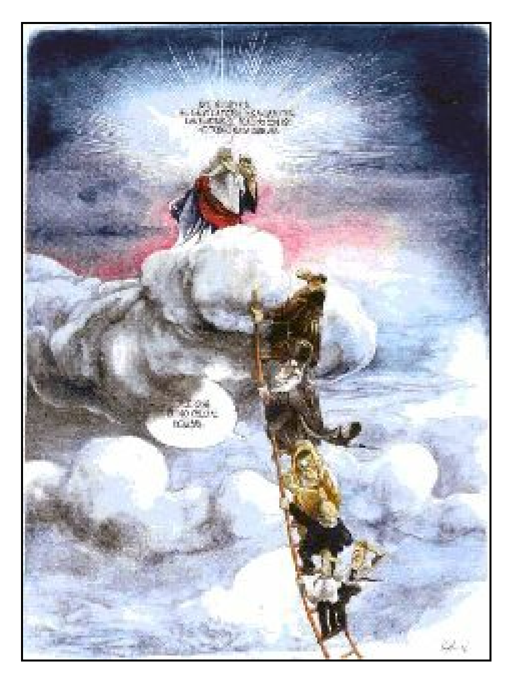
Adán y Eva en el Paraíso. Óleo de Lovis Corinrh (1858-1925).



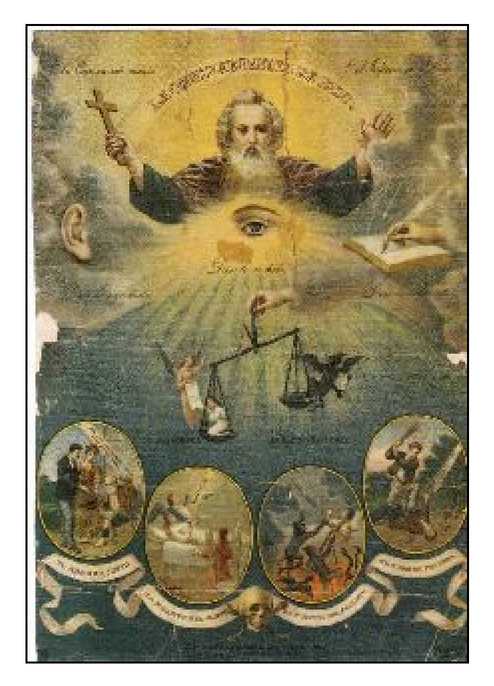
Diosa sumeria Innana, antecesora de Astarté. British Museum.



Mitra. Museo de Córdoba.



Dios Padre no se hace cargo. Siglo XXI.



La omnipresencia de Dios. Litografía, siglo XIX.

notes

[1] Aunque duela reconocerlo: ¡cuánta fornicación, cuánto amancebamiento incluso con las antiguas corderas a las que dirigían espiritualmente! ¡Cuánta desedificación de la grey cristiana, cuánta *fellatio* y cuánto *cunnilingus* que antes les hacía llevarse las manos a la cabeza (cuando no a otro sitio) en el confesonario!

[2]. Monseñor Blázquez dio el paso, elípticamente y con muchos matices pero lo dio: pidió perdón el 19 de noviembre de 2007 «por determinados comportamientos de la Iglesia española en la guerra civil y aun tras ella». Descarto que sea un desahogo porque sabía que no lo iban a reelegir, que lo suyo era un interinato porque a Rouco Várela le había faltado un solo voto para los dos tercios necesarios para su tercera reelección.

[3] La teología, una de las ramas más frondosas de la literatura fantástica, según Jorge Luis Borges (quien seguramente arde en el Infierno en justo castigo por esta pavada).

[4] Francisco de Quevedo, *El Buscón*, cap. II

[5] Lo asevera el perniciosísimo Lucrecio en su obra *De rerum natura*. Además véase el Apéndice 1.

[6] Así lo afirmó Freud en su libro *El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultura*, Barcelona, RBA Coleccionables, 2002. Es una vergüenza que se siga editando cuando, en su momento, figuró en el *índice de libros prohibidos*, el añorado censo de la *fatwa* católica.

[7] No estoy seguro de que la metáfora sea cabalmente entendida. Iba a escribir «como la oveja se entrega sin reserva alguna a su pastor», pero lo he desestimado, no sea que algún mal pensado lo interprete torcidamente. En este caso el Pastor sería el miembro de la Iglesia y la oveja el catequista. No sé si me explico.

[8] Earl Doherty, *The Jesús Puzzle. Did Christianity Begin with a Mythical Christ?*, Montreal, Canadian Humanist Publications, 1999. Existe edición en castellano: *El puzzle de Jesús*, Madrid, La Factoría de Ideas, 2005.

[9] Robert Funk, *Funk on Parables. Collected Essays*, Santa Rosa, Polebridge Press, 2006.

[10]A propósito de *sacrificium intellectus* recordemos las palabras de san Ignacio: «Debo siempre creer, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo es negro si la Iglesia jerárquica así lo determina» *(Ejercicios espirituales,* 365). Y su notable jaculatoria: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad» *(Ejercicios espirituales,* 234).

[11] Concretamente la sustracción de una pieza de fruta que, según la tradición cristiana, fue una manzana, pero quizá se acerque más a la verdad un higo. (en Tierra Santa y aledaños abundaban las higueras, pero no había manzanos) o, como afirman algunos, una seta alucinógena (véase Apéndice 2).

[12] En este caso la tautología está plenamente justificada.

[13] Juan José Tamayo, «Proceso a Jesús de Nazaret», *El País*, jueves 20 de abril de 2000, p. 12. Debo precisar, en conciencia, que tanto la Conferencia Episcopal como el Vaticano consideran a Tamayo una oveja descarriada.

[14] Además de dentera hay que recordar que uno sufre retortijones de estómago y a continuación se va de vareta, especialmente si la uva estaba caldeada por el sol.

[15] En otro tiempo también nos ponía a la parrilla (la Inquisición) y casi siempre se le carbonizaba el asado, pero últimamente, debido a la mengua de su poder temporal, ha de contentarse con el ordeño y el esquileo.

[16] Carpintero según unos, ebanista fino según los del Opus; según otros, cantero o albañil, lo del oficio es lo de menos: lo importante es que ese Dios hecho hombre «habitó entre nosotros» (Jn. 1,14).

[17] Aludo a la prostituta que lo unge en Lc. 7, 36-38, 3. Por no enredar acato la tradición cristiana que tiene por puta a la Magdalena, difamación que es fruto de una confusa interpretación de los textos. El Evangelio tampoco menciona el canalillo de la Magdalena, pero me atrevo a añadirlo de mi cosecha sin por ello faltar al respeto al dulce Jesús. Lo único que intento es subrayar que el Hijo de Dios tiene una naturaleza humana como cualquier hijo de vecino, como usted y como yo, y que no es ajeno a las dulzuras del mundo, aunque, claro es, y ahí está su ejemplo imperecedero, en todo momento supo sustraerse a las tentaciones. De hecho, cuando el demonio lo tentó, directamente, tras el ayuno del desierto (cuarenta días: muchos huelguistas de hambre no aguantan tanto) Él le respondió que nones y lo dejó

con un palmo de narices. ¡Ese es mi Jesús!

[18] Éste podría ser el origen de las rencillas, no por lamentables menos ciertas, que los modernos teólogos detectan entre las dos personas primeras de la Trinidad, el Padre y el Hijo. Por lo visto lo que subyace es un problema de celos: que los creyentes le concedemos demasiada importancia al Hijo en detrimento de la atención debida al Padre Eterno. Aquí, mea culpa, reconozco que casi nunca lo tenemos en cuenta y hemos relegado su mención al terreno de la blasfemia: «¡Me cago en D. —exclama el camionero palpándose el bolsillo—: ya se *ma olvidao* el mechero en *ca* la Mulata de Fuego!» (una whisquería de carretera, en la autovía de Andalucía, pasado Bailén, a la izquierda según se baja y perdonen la digresión). Digo que en los éteres eternos, más allá de las Puertas de Tannhäuser, Dios Padre rumia su decepción. Los padres conciliares lo dejaron claro en Nicea, pero ahora la cristiandad se ha decantado por el Hijo y el Padre no aparece ni siquiera en el remate de los retablos barrocos, el altillo húmedo y polvoriento, pegado al tejado. El debate esencial podría plantearse así: «¿Es compatible la unidad trinitaria con la plena autonomía identitaria de cada una de las tres hipóstasis del Triángulo divino?» No estaremos los católicos, con nuestra devoción asimétrica, provocando fisuras fatales en la autoestima de Dios Padre, el Creador. Su enfado, que aunque lo disimule ahí está, podría explicar muchas cosas, entre ellas, sin ir más lejos, las calamidades que el cambio climático nos acarreará muy pronto. ¿No podría derivarse de ello una variante sutil del Diluvio Universal, del que nos libraremos cuatro gatos para echar simiente y criar una humanidad nueva, más ponderada en sus devociones?

[19] Bueno, quizá hubiera sido mejor decir «relativa complementariedad», dado que a menudo intentamos encajar el tornillo del calibre cinco en un taco del calibre ocho, con la consiguiente e indeseada holgura. El caso contrario, tornillo gordo en agujero insuficiente se da menos, nos apena reconocerlo.

[20] De hecho el propio Dios ha permitido que, en algunas especies animales, la hembra quede fecundada sin concurso de varón: los pulgones, la *Anchiole maculata* australiana, la hembra del insecto palo, las lagartijas del Cáucaso y de Anatolia, los tisú de la región situada entre el mar Caspio y China... El prestigioso naturalista Vitus D. Droscher escribe: «Es todavía un enigma científico el motivo que hizo innecesarios los machos de estos animales.» Nosotros, personas de fe, conocemos la respuesta: de enigma

científico, nada: Dios ensayó en ellos la inmaculada concepción de la Virgen que había de traer a Jesús, es decir a Él mismo, al mundo. «¿Dios ensayando? —preguntarán los hipercríticos—. ¿Qué pasa, que no tiene confianza en su omnipotencia?» ¡Qué fácil les resulta dudar de las facultades de Dios a estos sujetos desprovistos de fe! Dios ensaya, sí, pero lo hace, no porque dude de su poder, sino para darnos ejemplo con su infinita prudencia, con su ilimitada sabiduría. Por muy sobrado que esté, El sabe mejor que nadie que los experimentos se hacen con gaseosa. ¡No iba a arriesgar el nacimiento de Jesús de una virgen inmaculada, o sea Su propio nacimiento, sin unos ensayos previos en otras criaturas del reino animal que probaran la viabilidad de la idea! Y ahí los tenemos dando testimonio cristiano de la grandeza del Todopoderoso. (Véase Vitus D. Droscher, *La vida amorosa de los animales*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 34.)

[21] Con el permiso del doctor Duns Scoto parafraseo sus palabras: *Potuit, decuit, ergofecit* pronunciadas en defensa de la Inmaculada Concepción de María ante los doctores de la Sorbona de París que quedaron acojonados de su elocuencia y de la sutileza de sus razonamientos. Es bueno que los teólogos nos ayudemos mutuamente. Y pido perdón por contarme entre los teólogos violentando mi natural modestia. No quisiera yo ser como aquel hojalatero que estaba remendando una olla cuando acertó a sobrevolar la escena un reactor y levantando la mirada exclamó: «¡Lo que hacemos los artistas!»

[22] Para volver al redil de la Iglesia a los que, a pesar de todo, no creen en Dios, basta confrontarlos con la afirmación ontologista de santo Tomás de Aquino, tan asequible y sencilla: «Puesto que inteligir no es más que intuir, que no es otra cosa que la presencia de lo inteligible en el intelecto de algún modo, si *anima semper intelligit se et Deum;* "el alma siempre se conoce a sí misma y a Dios"» (1 Sent. dist. 3, q. 4, a. 5). No puede estar más claro.

[23] *Atapuercos* podríamos denominarlos, porque muy aseados no parece que fueran.

[24] Quizá también «¿Cuánto tiempo me queda?», como el replicante guapo y cachas de *Blade Runner*, hoy gordo cervecero, Rutger Hauer creo que se llama. Y Fernando Savater se pregunta además: «¿Cómo puede ser que alguien crea de veras en el más allá, en todo el circo de lo sobrenatural?», *La vida eterna*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 10.

[25] Pailey mencionaba más concretamente el perfecto mecanismo del ojo como prueba de la existencia del Divino Diseñador. Pero luego llegaron con su soberbia los científicos del siglo XIX y demostraron que el ojo está mal diseñado, ya que tiene un punto ciego que un buen diseñador hubiera evitado fácilmente. Razonable, desde luego, pero no tiene en cuenta que probablemente Dios quiso hacer ese punto ciego por alguna razón, no sabemos cuál, el que la lleva la sabe. Por otra parte, ya lo sé, me hago cargo, el argumento del reloj se debilita porque ahora los relojes tienen una maquinaria comparativamente simple, pero alguien tiene que seguir diseñando los chips, los circuitos y todo eso, ¿no?

[26] Y conste que he estudiado los repugnantes panfletos que segregan los científicos anticreacionistas. Sólo mencionaré al más contumaz de la cuadrilla, el etólogo británico Richard Dawkins, la lectura de cuyo abominable engendro *El espejismo de Dios*, Madrid, Espasa Calpe, 2007, desaconsejo vivamente porque se trata de un libro letal escrito con diabólica claridad, y muy capaz de arrancar de la cálida placenta de la Iglesia y arrojar a las tinieblas del mundo racional a cualquier católico tibio en su fe (¡ay, la mayoría!). ¿A qué esperas para anatematizarlo, Santo Padre? No es por faltar al respeto a Su Santidad, pero es que parece que el Papa Benito está en Babia, tantas declaraciones contra la pederastia de los curas y tantos brindis al sol, (como si fuera novedad lo de los curas menoreros que se pirran por las pililas de los niños), mientras se le quema el negocio por otro lado y nadie se preocupa de salvarlo.

[27] Dios asume, un poco chulescamente, lamento decirlo, esa responsabilidad: «¿Quién ha dado al hombre la boca y quién lo hace sordo y mudo, vidente o ciego? ¿No soy acaso yo, el Señor?», le espeta a Moisés en Éx. 4, 11. 34

[28] No sabemos dónde estaba Dios en aquellos días, pero sabemos dónde estaba Ratzinger: trabajando por el nazismo en las Juventudes Hitlerianas (obligado por las circunstancias, por supuesto).

[29]. «Por el Infierno empecé a rebelarme contra la fe. Mi terror ha sido el aniquilamiento, la anulación, la nada más allá de la tumba. ¿Para qué más Infierno? Claro que siempre quedará el discurso aquel de que esto hay que creerlo por fe. (¡No lo pienses, no dudes! Ésta es la verdad absoluta y quien no la cree, se condena eternamente a las llamas del Infierno!)», Miguel de Unamuno, «Diario íntimo», en edición digital de las *Obras completas*,

Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2004, vol. 7, pp. 263-398.

[30] Este insomnio crónico del demonio pudiera explicar, en parte, aun que no justificar, su maldad intrínseca.

[31] En una carta al sacerdote Lawrence Picacho, en agosto de 1959, escribe la santa: «Siento que Dios no me quiere, que Dios no es Dios, que Él verdaderamente no existe.» Sus cartas se han publicado en *Ven y sé mi luz. Las cartas privadas de la madre Teresa de Calcuta,* Barcelona, Planeta, 2008.

[32] No tenemos muchas respuestas de agnósticos o ateos, pero nos arreglaremos con dos a título de muestra: el pensador inglés Bertrand Russell, autor del ensayo *¿Por qué no soy cristiano?*, Barcelona, Edhasa, 2005, le reprocharía: «Señor, no nos diste suficientes pruebas»; el novelista Francisco Ayala «le estrecharía cortésmente la mano, porque soy una persona educada, pero francamente quedaría muy sorprendido», Savater, ob. cit., p. 17.

[33] La palabra *biblia* significa «libros» (en griego βιβλια, *biblia*, plural de *biblion,* «papiro para escribir» y por extensión «libro»).

[34] Robin Lane Fox, *La versión autorizada,* Londres, Penguin Books, 1992, citado por Richard Dawkins, p. 253.

[35] Uno, como fiel católico que es, no quisiera desacreditar la Vulgata, el texto oficial de la Iglesia, pero en honor a la verdad hay que decir que las meteduras de pata de san Jerónimo son constantes. Por ejemplo, cuando Moisés baja del Sinaí, de entrevistarse con Dios, dice la Biblia que «la piel de su rostro se había vuelto radiante» (Ex. 34, 29-30). En hebreo el verbo *irradiar*, «emitir rayos» es de la misma raíz que el sustantivo *cuernos*, así que san Jerónimo no se lo pensó dos veces y tradujo: *Et facies sua cornutus erat,* o sea, «y su rostro era cornudo». Ya se ve adonde nos conduce que los traductores estén tan mal remunerados. Excuso decir que como la Vulgata era el texto oficial de la Iglesia, los pintores y escultores no se metieron en mayores dibujos y retrataron a Moisés con cuernos, que maldita la gracia que le hará cuando lo constate desde su privilegiada posición a la derecha de Dios Padre, donde se supone que está. Uno entiende que el biblista Pinchas Lapide escriba: Bibblia tradotta, Bibblia tradita, «Biblia traducida, Biblia traicionada.»

[36] Los libros que componen la Biblia cristiana se decidieron en el Concilio de Hipona, en 393. El canon consta de setenta y tres libros (cuarenta

y seis correspondientes al Antiguo Testamento, de los que siete no figuran en el canon judío).

[37] Eterno, todopoderoso, omnisciente, justo, pero también, las cosas como son, enojado, vengativo, cruel y enfermizamente egoísta con su propio pueblo es cogido, al que castiga despiadadamente en cuanto se descantilla lo más mínimo.

[38] Según los cálculos del teólogo inglés John Lightfoot, Dios comenzó la creación a las nueve de la mañana del 26 de octubre del —4004. No tuvo necesidad de madrugar, dado que al no haber ni luz ni oscuridad, ni días ni noches, tampoco había madrugadas.

[39] Los judíos mantuvieron su promesa, pero Dios no siempre mantuvo la suya, hay que reconocerlo, porque a menudo los ha dejado de la mano de Él mismo y han pasado las de Caín con asirios, persas, egipcios, romanos, cristianos, moros y nazis.

[40] Profética referencia al episodio de David derrotando a Goliat. Es pena que este diálogo no aparezca en las Escrituras, porque la verdad es que parece bastante sensato y bíblico. Hoy me siento inspirado.

[41] La referencia al Paraíso terrenal es obvia. En el Edén nuestros primeros padres andaban en cueros todo el día y eran felices porque aquello estaba climatizado, ni frío ni calor. El pecado original les hizo perder la adánica inocencia, por eso desde entonces tuvieron que cubrir su desnudez. Esto alude Yahvé cuando dice que aquellos tiempos pasaron «desgraciadamente».

[42] Los cristianos se pasarán por el forro la advertencia y lo representarán con docenas de miles de imágenes, a Él, a su Hijo (Jesucristo), a su nuera (la Virgen) y al Espíritu Santo (la Blanca Paloma), a los ángeles y a los santos del Cielo: si no quieres caldo, taza y media, Yahvé.

[43] El cristianismo crea imágenes; las religiones falsas, ídolos: ésa es la diferencia. Por lo tanto los paganos son idólatras, pero los cristianos no somos *imagélatras* (ni siquiera existe la palabra). Cuando dos gañanes hispanos se dan de eucaristías o de garrotazos tras discrepar sobre si la patrona de un pueblo es más guapa que la del otro, en ningún momento pierden de vista que las dos son meras representaciones de la misma Virgen que está en el Cielo. Si lo hicieran serían *imagélatras*, pero ya queda dicho que tal categoría no existe entre nosotros los católicos (renunciamos a

iconólatras por sus connotaciones ortodoxas: ése es un rebaño distinto).

[44] «Una monarquía limitada» la denomina Samuel Edward Finer, en *The History of Government from the Earliest Times*, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1997.

[45] Carlos Alonso Zaldívar, «El invento de Moisés», *El País*, lunes 20 de marzo de 2000, p. 16.

[46]Véase 1 R. 14, 21-24; 2 R. 7; 1 R. 15, 11-15; 1 R. 22, 41-47; Dt. 23, 18; Ez. 16 y 23; Os. 1 al 5; Jr. 3; Nm. 25, 1-3; Sal. 13, 1-2 y 9-12.

[47] Gn. 12, 7; Gn. 13, 18; Gn. 28, 18-19; Gn. 35, 14; 1 R. 11, 7.

[48] 2 R. 16, 1-4; 2 R. 21, 1-9; 2 R. 23, 10 y 17, 17; Sal. 106, 36, 38; Jr. 7, 31; Jr. 19, 5; Jr. 23, 35; Ez. 20, 25-26.

[49]Robert Ambelain, *Los secretos de Israel*, Barcelona, Martínez Roca, 1996, pp. 50-51.

[50] De las piezas grandes sólo dejó a la ballena porque tenía previsto que una de ellas vomitara a Jonás.

[51] La teología una vez más deja su trabajo a medio hacer y se escapa por la tangente a la hora de aclararnos cómo es Dios en lugar de apartarse de retóricas huecas y agarrar el toro por los cuernos. Tomás de Aquino, en la *Suma teológica*, señala que Dios no puede adscribirse a ningún *género* (sic) y añade «Dios es desconocido en cuanto que nuestras palabras y conceptos no lo definen de ningún modo». Luego, en su *Tratado de teología para estudiantes*, asevera que «no podemos decir lo que es Dios, porque no lo abarcamos con nuestra inteligencia, sino tan solamente lo que no es». De acuerdo, colega, pero nosotros vamos a intentar acotar un poco su personalidad partiendo precisamente de sus memorias, en las que él se ha retratado con sus accidentes físicos, sus cualidades o sus defectos. Ya decía Chesterton que para entrar en la Iglesia no hay que quitarse la cabeza sino sólo el sombrero, o sea, mantengamos la cabeza y repensemos la teología, que nos iluminará (esta cita se la debo al maestro de teología sensata Miret Magdalena).

[52] Un triángulo isósceles para ser precisos, aunque no faltan artistas partidarios del equilátero.

[53] El Diluvio, que también afectó, por cierto, a la mayoría de los anima les terrestres, ¿qué culpa tenían ellos? Un buen tema de reflexión para

las sociedades protectoras de animales.

[54] Eso asegura la Biblia, pero un buen abogado habría demostrado que lo estaban subastando y de ahí la expectación en torno a la pieza.

[55] Por cierto, mucho pueblo elegido y mucho autobombo, y les fue a asignar la única parcela de Oriente Medio donde no hay petróleo. El sabrá por qué, dado que sus designios son inescrutables.

[56] Mirándolo es un decir porque es sabido que el humano que contempla la faz de Dios queda alelado de por vida (vean los místicos). Dios sólo se deja contemplar libremente cuando ya uno ha pasado al estado angélico. La recompensa de la Gloria consiste precisamente en eso: en contemplarlo por los siglos de los siglos. Aunque esta actividad pueda parecer aburrida si la prolongamos hasta la eternidad, aseveran los padres de la Iglesia que no lo es, que uno nunca se cansa. Debe ser como contemplar las olas rompiendo sobre las rocas, o el fuego que arde en la chimenea.

[57] «Ofrenda encendida de olor grato a Yahvé. Vianda es de ofrenda que se quema en olor grato, pues toda la gordura de los animales es de Yahvé» (Lv. 1, 2-9 y 3, 6-17). A veces es capaz de consumir raciones de carne que se nos antojan pantagruélicas: «Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y una paloma», le exige a Abraham. La ración diaria que le sacrificaban en el templo de Jerusalén era por el estilo. Milagro es que no padeciera gota con esa dieta desaforada.

[58] No hay más que ver que el sacrificio de Caín de hortalizas y frutos le desagradó y sin embargo el de Abel, que le sacrificó un cordero con su grasa, le encantó (Gn. 4, 3-5). Sin embargo, su Hijo, Jesús, parece ser que era vegetariano como prueba la secta Cristianos Vegetarianos tan extendida en Estados Unidos que ahora comienza a evangelizar en España. Esta disparidad de gustos plantea un delicado problema teológico: ¿cómo es posible que la primera persona de la Trinidad aborrezca las verduras y la Segunda abomine de la carne, siendo como son de la misma sustancia y, por lo tanto, de similares gustos? Con la Tercera no hay problema porque al Espíritu Santo, debido a su condición avícola, sólo le va el alpiste y otros granos. (José Manuel Vidal, «Jesucristo era vegetariano», *El País, 2* de marzo de 2003, p. 14.)

[59] Otros opinan, por el contrario, que Adán tuvo ombligo porque, en el

momento de crearlo, le dijo a Yahvé: «Señor ¿por qué no me das una compañera en la que me solace y ayunte?» A lo que Dios, mirándolo con ternura, replicó: «¡Ah, pillín!», al tiempo que le daba un golpecito en la barriga con la punta del dedo. Como el barro estaba todavía blando le marcó el hoyuelo del ombligo. Los hipercríticos, siempre tan aguafiestas, señalan que la historia de Adán y Eva procede de la tradición irania, del Avesta, cinco siglos anterior a Moisés y, por lo tanto, muy anterior a la redacción de los primeros libros de la Biblia. Es posible que la historia formara parte del acervo popular de los judíos que salieron con Abraham de Ur de Caldea, no vamos a negarlo. Y también parece probado que, cuando los hebreos llegaron a Egipto, encontraron la misma historia en la mitología egipcia. Esto indica que Yahvé la había inspirado a diversos pueblos para hacerla más creíble al suyo, el judío, «tan duro de cerviz».

[60] La cuestión del ombligo de Adán viene preocupando a diversos comentaristas bíblicos desde muy antiguo. Quizá el ensayo más erudito sobre el tema sea el que escribió Christian Tobías Ephraim Reinhard *Untersuchung der Frage: Ob unsere ersten Uralter, Adam und Eve, einen Navel gehabt* (1752). Más accesible al lector español moderno es el documentado ensayo de Martin Gardner *¿Tenían ombligo Adán y Eva? La falsedad de la pseudociencia al descubierto,* Madrid, Debate, 2001, en el que el lector desvelado por este asunto encontrará una completa bibliografía sobre el particular.

[61] «Porque en seis días Yahvé hizo los Cielos y la Tierra, y en el séptimo día descansó» (Ex. 31,17).

[62] «Entonces se despertó el Señor, a la manera del que duerme, como un guerrero que grita excitado por el vino» (Sal. 78, 65). O sea, lo compara con un sargento borracho.

[63] «¡Levántate, oh, Yahvé Dios; alza tu mano! No te olvides de los pobres» (Sal. 10, 12). «¿Hasta cuándo, oh, Yahvé, me olvidarás para siempre?» (Sal. 13, 1). «[Yahvé] ¿Por qué te olvidarás de nosotros para siempre y nos dejarás a lo largo de los días?» (Lm. 5, 20).

[64] . «Entonces Yahvé lamentó haber hecho al hombre en la Tierra, y le dolió en su corazón» (Gn. 6, 6). «Entonces Yahvé se arrepintió de parecer en cuanto al mal que dijo que haría a su pueblo» (Ex. 32, 14).

[65] «Porque así ha dicho Yahvé: "¡Ay de mí, por mi ruina! Mi herida es

incurable." Sin embargo, dije: "Ciertamente ésta es mi enfermedad, y debo sufrirla. Mi tienda, destruida; mis cuerdas, rotas. Mis hijos se fueron de casa y ya no están. Ya no hay nadie que extienda mi morada, ni quien levante mi tienda."» (Jr. 10,18-20).

[66]. «Yo también batiré mano contra mano y haré que se asiente mi ira. Yo, Yahvé, he hablado» (Ez. 21, 17). «He aquí que golpeo con mis manos» (Ez. 22, 13). «¡Padre Eterno (Yahvé), Dios de las Venganzas, ¡Dios de las Venganzas! ¡Muéstrate! Levántate, oh Juez de la Tierra» (Sal. 94).

[67] «En mi angustia invoqué a Yahvé; invoqué a mi Dios. El oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó a sus oídos... Humo subió de su nariz; de su boca salió fuego consumidor, y carbones encendidos saltaban de El. Inclinó los cielos y descendió; una densa oscuridad había debajo de sus pies. Cabalgó sobre un querubín y voló; se remontó sobre las alas del viento. Puso tinieblas alrededor de sí como su morada, oscuridad de aguas y densas nubes. Por el resplandor de su presencia se encendieron carbones de fuego... A la reprensión de Yahvé, por el soplo del aliento de su nariz» (2 S. 22, 7). «¡Oh, Padre Eterno (Yahvé), tu mano alcanzará a todos tus enemigos! Tu diestra alcanzará a los que te aborrecen. Y los pondrás como horno de fuego en el día de tu ira. Dios Nuestro Señor (Yahvé) los deshará en su ira y el fuego los consumirá. Y su fruto harás desaparecer de la Tierra. Y su descendencia de entre los hijos de los hombres» (Sal. 21, 8-10).

[68] Le prohíbe a la mujer hablar en la Iglesia, y ésta sólo puede preguntar le a su esposo cuando estén en casa (1 Cor. 14, 34-35).

[69] Yahvé dijo a los hijos de Israel «... de modo que cuando salgáis no os vayáis con las manos vacías. Cada mujer pedirá a su vecina y a la que habita en su casa, objetos de plata, objetos de oro y vestidos, los cuales pondréis sobre vuestros hijos e hijas. Así despojaréis a los egipcios» (Ex. 3, 21). Y luego, en el Sinaí, dice: «No robarás.» ¿En qué quedamos, Señor? Muy sencillo: robar pudiera ser lícito bajo ciertas condiciones, lo que explica (y justifica) que la Iglesia haya robado tanto a lo largo de su prolongada historia. La Iglesia puede robar muy a su salvo y no es normalmente censurable dado que su reino no es de este mundo y esas riquezas que acumula subrayan precisamente su vocación de pobreza evangélica.

[70]. «Luego que Dios Padre (Yahvé) te entregue aquellas ciudades que no quieran ser tus vasallas, ¡matarás a todo varón suyo a filo de espada! Pero

de las ciudades que el Padre Nuestro te dará por heredad, ¡ninguna persona, hombres, mujeres y niños dejarás con vida!, sino que las destruirás por completo» (Dt. 20,10 y ss.).

[71]. «El que no está conmigo está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mt. 12, 30). «El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado» (Mc. 16,16).

[72] «Por tanto, así ha dicho el Señor de todo el universo (Yahvé): ¡He aquí que mi furor y mi ira se derramarán sobre los hombres, sobre los animales, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la Tierra! ¡Se encenderá mi ira y no se apagará jamás!» (Jr. *7,* 20). «El Padre Eterno (Yahvé), es Dios celoso y vengador ¡Dios Nuestro Señor (Yahvé) es vengador y está lleno de indignación!, se venga de sus adversarios y guarda enojo para sus enemigos. ¡Su ira se derrama como el fuego! Dios Padre (Yahvé) hará exterminio y no tomará venganza dos veces de sus enemigos!» (Na. 1, 2, 6 y 9). «Dice Dios Padre (Yahvé): "El que a muerte, a muerte, el que a espada, a espada, el que a hambre, a hambre y el que a cautiverio, a cautiverio. Y enviaré sobre ellos cuatro géneros de castigos", dice Dios Nuestro Señor (Yahvé): "Espada ¡para matar! Perros ¡para despedazar! Aves del cielo ¡para devorar! Y bestias de la Tierra ¡para destruir!» (Jr. 15, 1 y ss.). «¡Acercaos, naciones, juntaos para oír!; y vosotros, pueblo, escuchad. Oiga la Tierra y cuanto hay en ella, el mundo y todo lo que produce. Porque Dios vuestro Señor está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas; ¡las destruirá y las entregará al matadero! Y los muertos de ellas serán arrojados, y de sus cadáveres se levantará hedor. ¡Y los montes se disolverán por la sangre de ellos. En los cielos se embriagará mi espada! ¡Llena está de sangre la espada de Dios Vuestro Señor! Porque vuestro Padre Eterno tiene día de venganza y sus arroyos se convertirán en brea y su polvo en azufre» (Is. 34).

[73] También la historia del Diluvio la copiaron de la tradición religiosa caldea, en la que el Noé asirio se llama Hasisadra y tras la inundación su arca se posa sobre el monte Nasir (Ararat en la Biblia).

[74] Maxence Van der Meersch, *Cuerpos y almas,* Buenos Aires, Almafuerte, 1954, p. 262.

[75] Porque a menudo lo juzgamos sin tener en cuenta que nuestro cerebro de microbios no puede comprender sus altas motivaciones. Por

ejemplo, muchos teólogos e incluso teodiceos se han planteado que si Dios es omnipotente e infinitamente bueno, ¿cómo es posible que exista el mal en el mundo? Un Dios bueno y omnipotente lo eliminaría, ¿no? Sólo cabe pensar que quiere eliminarlo, pero no puede, en cuyo caso no sería omnipotente; o puede eliminarlo, pero no quiere, en cuyo caso no es infinitamente bueno, sino solo regularejo; o, para agotar las posibilidades, ni puede eliminar el mal ni querría si pudiera, lo que confirmaría que no es ni bueno ni omnipotente. No quiero pensar en la única posibilidad restante: puede y quiere, pero no se decide. En este caso, es lícito preguntarle: «¿A qué estás esperando Dios, alma de cántaro, o es que has prolongado el descanso del séptimo día y mientras tanto nos tienes aquí jodidos? Pudiera ser que los días de la Biblia no equivalgan a los días de nuestro calendario sino días de millones de años de duración, en cuyo caso se explicaría todo. Además, eso ayudaría a conciliar las encontradas posturas de creacionistas y evolucionistas. Creo que no es mala idea. Se la plantearé a Ratzy.

[76] Tengamos en cuenta que no tenían necesidad de trabajar ni diversión alguna, ni fútbol, ni tiendas, ni telenovelas, ni copichuelas con los amigos, ni bingo, ni semejantes de los que murmurar.

[77] Más arriba hemos quedado en que fue higo y no manzana.

[78] Aclaro, una vez más, que ignoramos qué fruta comió Eva. La manzana no se conocía todavía en Oriente. Su elección se debe a una defectuosa traducción de la Vulgata de san Jerónimo de las palabras de la serpiente: *Et erit sicut dei scientes bonum et malum...* («Y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal.») Como «manzana» en latín es *malus, malum,* de ahí proviene la confusión. Ahora bien, después de siglos diciendo que fue una manzana más vale «sostenella y no enmendalla», frente a los judíos que creen que fue un higo y frente a los ortodoxos que optan por la naranja. Los musulmanes, por su parte, creen que se bebió un vaso de vino. Apena constatar que ni en eso nos ponemos de acuerdo las gentes del Libro. Los judíos se inclinan por el negro y rajado fruto de la higuera porque Adán y Eva en cuanto pecaron y descubrieron que estaban desnudos se cubrieron las vergüenzas con hojas de higuera, las que tenían más a mano obviamente.

[79] Se deduce que el árbol en cuestión era un manzano. Probablemente la manzana era una Granny Smith de casi un cuarto de kilo, densa y dura.

[80] *Edén* deriva para algunos de una raíz hebrea que significa «placer»;

para otros, del acadio *edinu*, «llanura». En aquellos pagos, las llanuras eran irrigables y, por lo tanto, fértiles.

[81] Franz von Wendrin, *Die Entdeckung des Paradises*, Brunswick, 1924.

[82]. Friedrich Delitzsch, *Wo lag das Parodies?*, Leipzig, 1881; Albert Herrmann, *Die Erdkarte der Urbibel*, Brunswick, Westermann, 1931.

[83] Richard Henning, *Grandes enigmas del universo*, Barcelona, Plaza y Janes, 1972, p. 17.

[84] Las consecuencias que acarrearía la observación estricta de este mandamiento serían espantosas: la pintura, la escultura, la rica imaginería de nuestra Semana Santa... Dígale usted a un sevillano que prescinda de la Esperanza Macarena, del Jesús del Gran Poder o del Cachorro. ¿Y qué decir de las vírgenes de Guadalupe, de Covadonga, de la Almudena, de Montserrat...? ¿Y la romería del Rocío? ¿En qué pararía si los mozos de Almonte tuvieran que saltar la verja sólo para sacar a pasear un pedestal sin Virgen ninguna atornillada a él? No quiero ni imaginar la funesta repercusión que ese trastorno acarrearía en la civilización occidental. Dejaría en mantillas al cambio climático y a la pacífica invasión de la cristiandad por las oleadas migratorias del Tercer Mundo.

[85] Catecismos de los padres jesuitas Ripalda y Astete.

[86] A este propósito debo señalar que no todos los clérigos formados por la Iglesia han sido tan obtusos y reprimidos como para considerar pecado el sexo practicado por el mero placer. Ahí tenemos al padre Vitoria, S. J., que en sus *Relaciones teológicas* afirma: «Si se atiende a la cosa misma, no parece que se siga inconveniente alguno de algún concúbito fornicario» y el único problema que se observa en él es que se pueda engendrar prole sin padre reconocido, ergo, si se hace con condón o con cualquier otro medio anticonceptivo no se sigue inconveniente alguno». Es de apreciar que esta luminaria de la Iglesia, el padre Vitoria, descargue nuestra conciencia con razones tan claras. Aconsejo al lector que el próximo concúbito fornicario en que se complazca, recreándose en la suerte si tuviere carrete para ello, lo brinde a la memoria del sabio jesuíta. Es lo menos que podemos hacer para mostrarle nuestro agradecimiento ya que no está entre nosotros.

[87] En realidad dice: «Palabras, palabras, palabras», pero me acomodaba más que dijera «papeles».

[88] No consideraremos como tal la Sábana Santa, el pañolón d'Uviéu, las santas espinas, los fragmentos de *lígnum crucis* y demás reliquias, ya que los positivistas, animados por una perversa intención, dudan de su autenticidad simplemente por el hecho de que se haya probado que son falsas.

[89] Se refieren a las diferentes confesiones cristianas, claro, unas cincuenta actualmente, aunque sólo una de ellas, la católica, sea la verdadera. Lo malo de estos críticos que cocean a ciegas es que casi todos los palos aciertan en los lomos del colectivo que hace más bulto, que es el nuestro, y al escribir bulto no se entienda como alusión a la obesidad del clero, muy mitigada en los últimos años a causa de la estética laica impuesta por la tiranía de la moda, sino al número de fieles.

[90] Las profecías del Antiguo Testamento concernientes al Mesías aparecen en los libros de Isaías, Jeremías, Salmos, Zacarías, Miqueas y Oseas. El Evangelio de Mateo cita explícitamente estos textos que profetizan las circunstancias y lugar de nacimiento y muerte de Jesús (Is. 7, 14; Miq. 5, 2); su relación con Galilea (Is. 9, 1); que es el Mesías (Is. 9, 6-7; Is. 11, 1-9; Is. 16, 5); el papel de precursor de san Juan Bautista (Is. 40, 3), que aparece en los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento (Mt. 3, 3; Mc. 1, 2-3; Lc. 3, 4-6; Jn. 1, 23) y su Pasión y muerte con el testimonio del Deutero Isaías, o Segundo Isaías, que mencionan a un «siervo de Yavhé» sacrificado para redimir a Israel (el papel del chivo expiatorio), junto con otros diversos pasajes igualmente aplicables al caso (Is. 42, 1-7; Is. 49, 1-7; Is. 50, 4-9; Is. 52, 42 y 53, 12).

[91] Lluís Busquets i Grabulosa, *Última noticia de Jesús el Nazareno*, Barcelona, Destino, 2007, p. 171

[92] En apariencia solamente. Después veremos que los sorprendentes paralelismos responden a meras coincidencias entre las religiones falsas y la única verdadera.

[93] Aquí se adivina la sombra de Darwin, el autor de la teoría de la evolución que tanto daño hace a nuestros crédulos escolares. Darwin y sus secuaces evolucionistas. ¡Ellos sí que descienden del mono!

[94] Hablo desde el punto de vista de la Biblia, o sea, me reconozco creacionista a machamartillo. Ya sé que los evolucionistas rechazan la posibilidad de que el hombre conviviera con los grandes saurios. Allá ellos con sus desvarios.

[95] La Virgen daba a luz en torno al 25 de diciembre y cuando el divino Hijo alcanzaba la pubertad se casaba con él y se repetía el rito. Parece que el rito se reproducía cada año sagrado (diecinueve años). Es obvio que la virgen que representaba a la Diosa Madre se iría renovando en la persona de una joven, fértil y bien constituida para su papel de Madre Sagrada.

[96] Entre ellos Timothy Freke y Peter Gandy, *Los misterios de Jesús. El origen oculto de la religión cristiana,* Barcelona, Grijalbo, 2000.

[97] A veces lo hacen hijo de una roca *(petrageneratrix),* evidente supervivencia de la primitiva representación de la Diosa Madre neolítica, que era una esfera de piedra.

[98] Los dioses mistéricos que comparecen montados en un asno simbolizan de este modo su dominio de las bajas pasiones inherentes a su naturaleza humana. Por lo tanto, están listos para reintegrarse en sus naturalezas divinas. En los cultos de Atis en lugar de palmas y ramas de olivo se agitaban juncos.

[99] «Tomad y comed, éste es mi cuerpo [...]; tomad y bebed, ésta es mi sangre» (Mc. 14, 22-24). «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros... Aquel que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Jn. 6, 53-56). Entre los adoradores de Dionisos este pan representante de la carne y de la sangre del divino se llamaba *makaria* («bienaventuranza»).

[100] ¿Devoraban al Rey Sagrado fecundador de la Diosa Madre después de apiolarlo ritualmente? Pudiera ser.

[101] Antes pretendían comulgar con hostias de pan de arroz o de maíz (lo que, por cierto, produciría una hostia amarillita y dorada como la propia espiga, muy adecuada a la identificación del sacramento eucarístico). Hay que ser testarudos y cerrados de mollera para no comprender que lo que ingieres después de la consagración no es pan de trigo, sino carne y sangre de Cristo. Como cristiano es evidente que lo acatas, de lo contrario no estarías comulgando. Entonces, ¿a qué viene tanto tiquismiquis? Con todos estos aspavientos lo único que vamos a conseguir es levantarle la liebre a los funcionarios de la Unión Europea que velan por el control de los alimentos que hasta ahora no han advertido el cambalache eucarístico. Imaginen que atraemos su atención y se empeñan en que la carne y la sangre sacramentales se sometan a los rigurosos controles alimentarios que la Unión aplica a los

productos cárnicos antes de distribuirse entre los comulgantes del banquete eucarístico. A ello habría que sumar que, siempre según las normas comunitarias europeas, el sacerdote que administra la comunión debería usar guantes, dado que las sagradas formas en ningún caso deberían entrar en contacto con sus manos desnudas, que pueden ser portadoras de gérmenes (el paripé higiénico de las vinajeras sobre el altar no les vale a los funcionarios europeos) aparte de hacer los cursillos correspondientes para obtener el carnet de manipulador de alimentos. Hace bien el Estado Vaticano en no solicitar su ingreso en una Unión Europea que sólo le traería problemas y le pondría impedimentos a todo. Aparte de que nuestro reino no es de este mundo (más información en el Apéndice 11).

[102] Cicerón, *De natura deorum,* III, 201, V, 41. Disculpemos el irracional comentario del sabio pagano, tan apreciable por los demás conceptos, que no conoció el dulce mensaje de Jesús *y,* por lo tanto, no pudo beneficiarse de la luz de sus sacramentos. De haberlo conocido, a no dudar, se hubiese consagrado al sacerdocio y habría llegado, como mínimo, a obispo, cuando no más alto.

[103] Freke y Gandy, ob. cit., p. 74.

[104] Busquets, ob. cit., p. 65.

[105] Mitra se representa como un joven tocado con un gorro frigio que sacrifica a un toro seccionándole la yugular con un cuchillo *{Mitra Tauroctonos).* Un perro lame el chorro de trigo y sangre (símbolo de la Creación, el pan y el vino eucarísticos) que brota de la herida. Otros animales asociados a la escena son la serpiente, un escorpión (que le pinza los testículos), un cuervo, un león. También aparece una copa. Estos símbolos, junto con el toro mismo, representan las sucesivas constelaciones del Ecuador celeste. Todo ello tiene un sentido astral que remonta el nacimiento del mito a estadios religiosos más antiguos. La precesión de los equinoccios determina la sucesión de los símbolos religiosos: el toro es la figura central en el tercer milenio antes de nuestra era, después lo será el carnero de Aries (símbolo del judaismo) y finalmente el primer símbolo cristiano será el pez (Piscis).

[106] En realidad es una derivación del mazdeísmo.

[107] Pudiera haber inspirado la categoría episcopal de los cristianos o, al menos sus símbolos (la mitra, el báculo y el anillo).

[108] ¿Qué necesidad había de aquellas incitaciones al error? La Iglesia

los destruyó en cuanto alcanzó el estatus de religión oficial de Roma.

[109] Los misterios del sirio Adonis se celebraban al grito de «¡la estrella de la salvación ha nacido en Oriente!». El dios frigio Attis, llamado «el Salvador», «el Buen Pastor» y «el Hijo de Dios», nacía de una virgen, Nana, el 25 de diciembre y era, a un tiempo, Padre e Hijo divino. Lo crucificaban en un árbol para la salvación de la humanidad, resucitaba al tercer día, predicaba un bautismo por el que «se nace nuevamente», y sus fieles celebraban un ágape anual en el que el pan representaba la carne del dios y el vino su sangre. Su resurrección se celebraba en primavera. Buda, llamado «la Luz del Mundo» y «el Maestro», venerado en la India y en China, nacía de la virgen Maya un 25 de diciembre, anunciado por una estrella. Lo visitaban sabios que le llevaban ricos presentes. A los doce años enseñaba en el templo. Durante un ayuno lo tentó el diablo Mará. Se bautizó con agua, curó enfermos, alimentó a una muchedumbre con sólo una canasta de panes, predicó la pobreza y la renunciación de los bienes y placeres mundanos...

Krishna, segunda persona de la trinidad hindú, hijo de la virgen Devaki, nacía en una cueva establo iluminada por una estrella donde las vacas lo adoraban. El rey Kansa lo buscaba para matarlo (como Herodes a Jesús). Obraba milagros, curaba sordos, ciegos y leprosos, resucitaba muertos, moría en la cruz, resucitaba al tercer día y ascendía al Cielo.

En el Mediterráneo, el héroe dios mistérico adoptaba las características del Osiris egipcio y del Dionisos griego, los dos nacidos, según unas fuentes el 25 de diciembre; según otras, el 6 de enero (también Jesús nace el 6 de enero, la Epifanía, para la iglesia armenia). El dios escandinavo Frey es hijo de los dioses Odín y Friga y nace un 25 de diciembre. Para un estudio detallado, consultar Acharya S., *La conspiración de Cristo: La mayor ficción de la historia*, Madrid, Valdemar 2005.

[110] No como instrumento de ejecución, lo que les habría parecido una perversidad sadomasoquista, sino como representación de la naturaleza en sus cuatro elementos: tierra, agua, fuego, aire. Este uso de la cruz por paganos anteriores a Cristo escandalizaba a Arnobi, en el siglo III, maestro de Lactancia, en su obra *Adversus gentes,* citado por Busquets, ob. cit., p. 448, nota.

[111] Sobre la influencia egipcia en el Nuevo Testamento han escrito

Carcenac Pujol, Claude Brigitte y Llogari Pujol, *Jesús, tres mil años antes de Cristo. Un faraón llamado Jesús*, Barcelona, Plaza y Janes, 1987.

[112] Existen diversas representaciones de Osiris crucificado. Nuestra reproducción procede del sello amuleto del museo de Berlín, tomado del libro de Freke y Gandy, ob. cit.

[113] Víctor M. Amela, «Llogari Pujol: Jesús nació tres mil años antes de Cristo», *La Vanguardia*, Barcelona, 25 de diciembre de 2001 (citado por Busquets, ob. cit., p. 69).

[114] Es la medida matemática del triángulo equivalente a longitud dividida por la altura, a menudo símbolo de Dios (ese triángulo que Dios Padre, el venerable anciano de la barba blanca, usa como peineta en lo alto de nuestros retablos). Arquímedes lo denomina «la medida del pez» o raíz cuadrada de tres (265/153 = 1,732050808). ¿Por qué el pez? Porque cuando un círculo pasa por el centro de otro, al cortarse, forman un pez esquemático, la *vesica piscis*, la intersección entre dos círculos. No es casualidad que el número ciento cincuenta y tres aparezca en los Evangelios en la pesca milagrosa (el pez, claro, en Jn. 21, 11). Es el primer símbolo cristiano, antes que la cruz, y anagrama de Cristo, porque pez en griego se dice *ICHTHYS*, iniciales de «Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador». El símbolo de la cruz no comienza a usarse hasta el siglo V con la posible y única excepción de un grafito encontrado en una columna romana que representa a un crucificado con cabeza de asno al que acompaña la inscripción: «Alexamenos adora a su Dios.» Se ha interpretado como la caricatura insultante de Cristo, el asno crucificado, al que adora el creyente al que se quiere humillar, el tal Alexamenos. También podría tratarse de una representación de la muerte del yo inferior que preconizan los cultos báquicos. El grafito se ha fechado entre el 193 y el 235.

[115] Freke y Gandy, ob. cit., p. 173.

[116] Ibídem.

[117] Rudolf Bultmann, *Historia de la tradición sinóptica*, Salamanca, Sígueme, 2000, p. 306.

[118] Morton Smith, *Jesus the Magician. Charlatan or Son of God?*, Nueva York, Ulysses Press, 1978.

[119] Cuando la virgen María se empreñó sólo El que Todo lo Sabe, o

sea el Omnisciente, conocía la inseminación artificial.

[120] El Papa Julio I la declaró oficialmente en el año 336. Anteriormente el nacimiento de Jesús se conmemoraba el 6 de enero, junto con la Epifanía (otra fecha significativa en el paganismo, inicio del año nuevo para los egipcios). Los ortodoxos de la Iglesia oriental siguen celebrando el nacimiento de Jesús el 6 de enero.

[121] El Concilio de Nicea (325) fijó el dogma; el I Concilio de Constantinopla (381) y el IV de Letrán (1215) lo redondearon y el de Florencia (1438) prescribe la incorporación del *Filioque* en el credo.

[122] Concilio de Constantinopla II, año 553: DS 421.

[123] Concilio de Toledo, XI, año 675: DS 530.

[124] Concilio de Letrán, IV, año 1215: DS 804.

[125] En Hechos de los Apóstoles hay un suceso que ejemplifica bien cómo se las gasta el Espíritu Santo: la comunidad cristiana de Jerusalén pone sus bienes en común (comunismo paleocristiano) y un matrimonio de ancianos, Ananías y Safira, vende una finca y entrega a san Pedro el producto de la venta, pero reservándose secretamente una parte, para sus gastillos. Ananías va a Pedro y le entrega el dinero como si fuera el total de la venta. Pedro, que conoce la verdad, le afea ese proceder: «¿Por qué has mentido al Espíritu Santo?» Ananías se desploma, muerto: un infarto fulminante. Llega después la señora Safira y Pedro vuelve a la carga: «¿Por cuánto habéis vendido la finca?», le pregunta. «Por tanto», dice ella, dando la cifra falsa. Y ¡zas!, otro infarto fulminante y cae muerta. Moraleja: cuidado con el Espíritu Santo, que aunque tenga forma de paloma es astuto como la serpiente y peligroso como una piraña en el bidé. Es una pequeña discrepancia que tiene la tercera persona de la Trinidad con la segunda, el Hijo, Cristo, que en el Evangelio dice aquello de «cándido como la paloma y astuto como la serpiente» (Mt. 10, 16). En resumidas cuentas: que al Espíritu Santo no se le engaña. Hay que ir con la verdad por delante. Por lo demás no es mala gente el ave, dado que, según el catecismo del padre Astete, S. J., nos dispensa doce frutos, a saber: caridad, paz, longanimidad, benignidad, fe, continencia, gozo, paciencia, bondad, mansedumbre, modestia y castidad.

[126] «Porque Jesucristo y el Padre están tan unidos que son una misma cosa» (Jn. 10, 30).

[127] El concepto aparece por vez primera en la primera carta de Juan.

[128] Esta metáfora, las velas, el mástil, la navecilla, los fuera borda..., esta metáfora continuada es enteramente de nuestra cosecha, reconozcámoslo sin falsa modestia. Otras metáforas propuestas por diferentes confesores y padres de la Iglesia no han sido tan felices y acertadas como la nuestra, pero son igualmente válidas: los tres cirios que unen sus pábilos en una sola llama, los tres arroyuelos que tributan sus corrientes a un único río, los tres dedos que pertenecen a una sola mano (ya sé que sobran dos).

[129] Busquets, ob. cit., p. 172.

[130] Arrio de Alejandría, un obispo del siglo IV, negaba la consustancialidad de Jesús (que fuera de la misma sustancia que el Dios Padre o esencia) y por eso le echaron los perros, lo declararon hereje y quemaron sus libros. «¿Consustancial con Dios? —se pregunta el erudito Dawkins (otro que oposita para el Infierno)—. ¿Qué significa esto? ¿Sustancia? ¿Qué sustancia? ¿Qué se quiere significar exactamente con *sustancia?*. Muy poco.» Dawkins, ob. cit., p. 42.

[131] Por eso la ciencia *progresa*, mientras que la filosofía y la teología se contentan con *ahondar* (Savater, ob. cit., p. 16).

[132] El *Catecismo* de la Iglesia enumera diversos misterios en su artículo 1066. «En el símbolo de la fe, la Iglesia confiesa el misterio de la Santísima Trinidad y su "designio benevolente" (Ef. 1, 9) sobre toda la Creación: el Padre realiza el "misterio de su voluntad" dando a su Hijo amado y al Espíritu Santo para la salvación del mundo y para la gloria de su Nombre. Tal es el misterio de Cristo (Ef. 3, 4), revelado y realizado en la historia según un plan, una "disposición" sabiamente ordenada que san Pablo llama "la economía del misterio" (Ef. 3, 9) y que la tradición patrística llamará "la economía del Verbo encarnado" o "la economia de la salvación".» Hasta aquí el *Catecismo*, siempre tan claro en sus planteamientos y tan exacto en sus definiciones. Desvelado (por nosotros) el ex misterio de la Santísima Trinidad, quedan los otros misterios enumerados a cuyo esclarecimiento invitamos a los teólogos, a ver si se ponen las pilas de una puñetera vez y hacen algo por ganarse el salario. Tomen ejemplo de los científicos profanos (y a menudo ateos) que desvelado el misterio de la cadena de la vida (el ADN), abordan ahora el de la formula de la Coca-Cola. Es de lamentar que no exista un premio Nobel de Teología que estimule las conciencias (y los

cepillos) vaticanos.

[133] Los padres de la Iglesia distinguen entre la *theologia* (el misterio de la vida íntima del Dios-Trinidad) y la *oikonomia*, (las obras de Dios por las que se revela y comunica su vida). Por la *oikonomia* se nos revela la *theologia;* pero inversamente, es la *theologia* quien esclarece toda la *oikonomia*. Complicado, ¿eh? Para que luego digan que no hacen nada productivo para ganarse el pan. A ver qué iba a ser de nosotros, el rebaño cristiano, si la Iglesia no nos aclarara estos conceptos.

[134] Hizo esta declaración el 24 de noviembre de 2005, en el discurso de apertura de un simposio de dos días sobre el genoma humano, organizado por el Vaticano, al que asistían setecientos participantes de ochenta y un países con el objetivo de crear un «diálogo interdisciplinar» sobre la cuestión. Los congresistas regresaron a sus países muy edificados.

[135] Las tomo prestadas, con leves retoques explicativos, del libro de Dawkins, ob. cit., pp. 195 y 218-219. He de advertir que este Dawkins, catedrático en la Universidad de Oxford, es el apóstol vivo del ateísmo. El Maligno lo ha dotado de una diabólica facultad de explicar con claridad asuntos obtusos y todo su afán en esta vida es desenmascarar a los curas que, según él, viven del cuento explotando la credulidad ajena. ¡Qué equivocado estás, Ricardito! Si indagan en Internet encontrarán más noticias suyas.

[136] Gerd Theissen y Annette Merz, *El Jesús histórico*, Salamanca, Sigúeme, 2004, p. 153. No deja de sorprendernos esta faceta de Dios, esa vehemente y algo histérica necesidad de que lo adoren, y también sorprende su carácter exclusivista y celoso: «Sólo a mí.» Los hipercríticos, especialmente los psicólogos argentinos, han creído detectar en ello los vestigios de algún trauma infantil, un deseo de autorrealización a través de la subordinación de los otros. No diría yo que no.

[137] En este punto los neotestamentólogos podrán objetar que el propio Dios define la Tierra Prometida en términos más generosos en otro pasaje (ése es el mérito de la Biblia, que lo mismo te sirve para un roto que para un descosido, lo contiene todo): «A tu descendencia doy esta tierra desde el torrente de Egipto hasta el gran río Éufrates: los quenitas, queniceos, cadmonitas, hititas, periceos, refaimitas, amorreos, gonorreos, cananeos, guirgaseos y jebuseos», o sea, le da la tierra con los pueblos que contiene. Todos esos pueblos han desaparecido, pero el de Israel se mantiene a pesar de

los reveses de la historia, con un par.

[138] En un comentario hipercrítico leemos literalmente: «Yahvé tenía menos influencia que un gitano en los juzgados», lo que nos parece del todo improcedente, comenzando por el hecho de que en aquella época los gitanos todavía no habían salido de su India originaria y eran desconocidos en Occidente.

[139] David, un auténtico salido de los de culito veo, culito deseo, pero como le cae en gracia a Yahvé, le disculpa todo.

[140]. Llamamos Fértil Creciente a la media luna formada por los territorios comprendidos entre los ríos Tigris y Éufrates, en Mesopotamia, y Nilo en Egipto. En ese terreno florecieron las primeras ciudades y los primeros imperios de la Antigüedad. Canaán era también paso de caravanas de las penínsulas de Anatolia en el norte, y Arabia en el sur.

[141] Ahora inspira novelas y películas *(En busca del arca perdida).* Los cristianos de Lalibela proclaman que la tienen en su santuario y le organizan una romería anual (véase Graham Hancock, *Símbolo y señal,* Barcelona, Planeta, 1993). Mientras tanto un arqueólogo americano algo visionario (o completamente pirado) la busca en el desierto de Israel.

[142] Los saduceos eran discípulos de Sadoc, erudito judío del siglo —III que negaba la inmortalidad del alma, un dogma fundamental de los cristianos. Una vez quisieron enredar a Jesús con una pregunta capciosa: «Maestro, a ver si nos despejas una duda: una mujer que se ha casado de nuevo después de enviudar, ¿de quién será esposa cuando los muertos resuciten?» Jesús, sin inmutarse, respondió: «Los resucitados no tendrán esposa ni marido, serán como ángeles del Cielo» (Mc. 18, 27; Mt. 22, 23). ¡Planchados los dejó! Esa argucia dialéctica se llama trampa saducea, la pregunta que no se hace con sincera voluntad de saber, sino para que el interlocutor se perjudique tanto si responde en un sentido como en otro. La usan mucho los políticos, incluso los de ingenio más romo, y no señalo a nadie. Aquellos infelices saduceos que quisieron confundir a Jesús se creían muy listos pero no sospechaban que el que creían charlatán palurdillo recién llegado de Galilea (así lo veían ellos) era Hijo de Dios, nada menos, y les daba a todos cien mil vueltas.

[143] Se encuentran en los llamados libros proféticos, especialmente en el de Isaías.

[144] Obviamente desconocen, o maliciosamente ignoran, la existencia de pruebas contundentes del alfabetismo de Jesús: durante el Concilio de Roma del año 745 el Papa san Zacarías leyó ante los cardenales y obispos una carta de Jesucristo que había caído del Cielo y que el arcángel san Miguel había recogido y entregado al obispo alemán Edelberto. No fue ésta la única misiva emitida por Jesucristo desde la estafeta celestial: el cabecilla de la denominada Cruzada de los Niños, Pedro *el Ermitaño* (1050-1115) mostraba a sus seguidores una carta que Jesucristo le había entregado en el Santo Sepulcro de Jerusalén. A Jacobo, *Maestro de Hungría* (1190-1251), organizador de la Cruzada de los Pastores le entregó la Virgen una carta que no lograba leer (no sabía arameo). Lo único objetable es que, incluso si admitimos a un Jesús celestial leído y *escribido*, eso no demuestra que no fuera analfabeto en la Tierra. Concedamos por una vez a los hipercríticos el beneficio de la duda. Tiempo le ha sobrado a Jesús, desde luego, para obtener el graduado escolar, aunque sea en los cursos de educación a distancia (mucha distancia, sin duda, tratándose del Cielo situado en el lugar más remoto de la supermegaestratosfera, más allá de las puertas de Tannhäuser). Por otra parte, reintegrado en la Santísima Trinidad, como Dios que es (su segunda persona), Jesús reúne vastísimos conocimientos por ciencia infusa (omnisciente) y nada se le oculta, idiomas incluidos.

[145] ¿Qué es la gnosis? Es un movimiento religioso y filosófico que valora el conocimiento *(gnosis)* sobre las creencias *(pistis).* Sus practicantes parten de la creencia de que los humanos tenemos una naturaleza humana mortal, material *(éidolon)* y otra divina o alma inmortal *(daimon).* El creyente debe remontar desde el *éidolon* hasta alcanzar la plenitud del *daimon.* Esa iluminación se obtiene al fundir su naturaleza humana con la divina, una ascesis que luego encontramos en el cristianismo, con santa Teresa, san Juan de la Cruz y otros místicos A ese conocimiento se llega mediante la iniciación y la enseñanza. La gnosis triunfa en los siglos II y III sobre un sustrato de las religiones iraní, egipcia, griega, judía, con aportaciones de la filosofía platónica y aristotélica.

[146] Quizá sea más exacto llamarlo *Inmersor* en lugar de *Bautista,* como propone José Montserrat Torrents *en Jesús, el galileo armado: historia laica de Jesús,* Madrid, Edaf, 2007, p. 194.

[147] Por cierto, algunos arqueólogos afirman ahora que los textos procedían del templo de Jerusalén y los ocultaron allí para salvarlos de los

romanos. ¡El caso es marear la perdiz!

[148] Nazaret sólo se menciona con este nombre a partir del siglo IV. Holley señala que jamás se menciona «en el Antiguo Testamento, ni en el historiador Flavio Josefo ni en los primeros mapas de Tierra Santa». El Nazaret actual es una población cercana a la antigua Séforis, que ya contaba con cierta población en el siglo I. Su nombre podría ser una invención cristiana posterior. De hecho, la actual Nazaret está cerca del monte Carmelo, lo que induce a sospechar que sea una creación de los carmelitas, un *pia fraus*, una «mentira piadosa», para aproximar la patria de Jesús a su convento mayor. Véase Vernal Holley, *Christianity: tbe Last Great Creation of the Pagan World*, 1994.

[149] En los Evangelios se denomina a Jesús seis veces como «Nazareno» y doce como «Nazoreo».

[150] Procede de la palabra egipcia *natzr*, «retoño», «parra». Véase Holley, ob. cit.

[151] Extrañamente a las señoras devotas de Jesús que frecuentan los sacramentos y tienen al Galileo por modelo de vida les resultan sospechosos los hombres que se dejan crecer el pelo, con la excepción del ex presidente Aznar. Lo menciono para señalar la inconsistencia de las opiniones mundanas (y la falta de caridad).

[152] No sabemos mucho de María porque los Evangelios le dan carpetazo en cuanto pare a Jesús. Debía de ser una mujer del pueblo, probablemente analfabeta, consagrada a las labores del hogar y poco amiga de aventuras místicas o políticas. En los Santos Evangelios se rastrean vehementes indicios que nos autorizan a sospechar que se llevó un gran disgusto cuando su hijo ingresó en una secta. Seguramente habría preferido un hijo normalito, carpintero (o albañil) como su padre, que a su tiempo se hubiera casado con una chica sana, sencilla y laboriosa y le hubiera dado una bulliciosa carnada de nietecitos. En vida, María llevó una existencia un tanto privada y anodina, pero después de su milagrosa Asunción a los Cielos ha prodigado sus apariciones a pastorcillos y monjas aquejadas de trastornos neurovegetativos, más que por su gusto (a lo que se nos alcanza) por necesidades del guión. Sabemos que le gusta ir de blanco y azul, que es muy guapa y muy dulce, que se conserva estupendamente, sin liftings ni silicona, aunque murió a los sesenta o setenta años y que su grupo sanguíneo es el 0

negativo (esto se deduce del análisis que el doctor César Reyes, director del Instituto Médico Legal de Santiago de Chile hizo de la sangre que lloraba una imagen de la Virgen en una casa del popular barrio de La Cisterna, en la capital chilena).

[153] Según una versión popular era zapatero, de donde el villancico: «En el portal de Belén *san José está haciendo botas* se le ha escapado la lezna / y se ha pinchado las pelotas.» La verdad es que la palabra griega usada por el evangelista es *tékton* («constructor») referida al artesano que trabaja un material duro (Mt. 13, 55; Mc. 6, 3). Lo mismo puede aludir a un carpintero que a un cantero o a un albañil. En este último caso debiéramos imaginarnos esas tiernas escenas del Niño Jesús en la carpintería en un entorno diferente, con palustres, paletas y ladrillos, y san José debería ser el patrón de los albañiles, sobre todo ahora que parece que emiten menos piropos procaces a las viandantes hermosotas y poco avisadas que se aventuran cerca de los andamios. Por otra parte, la palabra aramea que significa «carpintero» *(naggar)* equivale a «sabio» o «erudito». ¿No confundirían los evangelistas, que escribían en griego, la palabra «sabio» con «carpintero» traducción errónea de un texto arameo, hoy perdido? Si sustituimos las menciones evangélicas al carpintero por otras equivalentes a sabio los textos resultan más verosímiles. Sólo son suposiciones, ¿eh? La verdad, Él la sabe y resplandecerá el Día del Juicio Final.

[154] Aparentemente no les faltaba razón a aquellos deslenguados ¿Puede una virgen tener un hijo sin concurso alguno de varón (descartando la reciente inseminación artificial, naturalmente)?

[155] La bondad de José y su predisposición a aceptar lo del embarazo divino podrían parecer, a la luz de la razón, bobería y falta de inteligencia. El pueblo, de ordinario tan socarrón e irreverente, se mofa de este santo varón y nos lo presenta como ligeramente obtuso. Se mire como se mire, desde la óptica cínica y materialista de cualquier aldea mediterránea, José es el tonto que carga con la chica embarazada por otro. Algunos villancicos populares confirman esta impresión: «San José bendito / ¿cómo te apañaste / *pa* cogerte un huevo / con los alicates?» O este otro: «San José Bendito *por hacerse el chulo* ha entrado en una cueva / y le han dado por culo.»

[156] Le concedieron la santidad, como ahora conceden una medalla a los ministros destituidos, y no se volvieron a ocupar de él: como si se lo hubiera tragado la Tierra. San Bernardo, en el siglo XII, sospecha que san

José sólo fue una cobertura de conveniencia para «salvar el honor de María» y escoltarla en su viaje a Belén. ¡Así le han pagado su comprensión y el sacrificio de su reputación por acomodarse a los planes divinos!

[157] ¿Qué pensará Jesús, sentado a la derecha del Padre, cuando observe los esfuerzos de sus seguidores por probar con argucias teológicas la virginidad de su Madre? Es posible que desapruebe ese empecinamiento por situarlo fuera de las leyes naturales cuando precisamente advirtió: «No he venido a derogar la ley, sino a cumplirla» (Mat. 5, 17).

[158]. Cuatro varones: Santiago, José, Judas y Simón, y dos hermanas que no se nombran, pero la tradición llama María y Salomé. Los Evangelios lo reconocen repetidamente: «Su madre y sus hermanos estaban fuera» (Mt. 12, 46-50). «Porque ni aun sus hermanos creían en él» (Jn. 7, 5). Pablo menciona a «Santiago, el hermano del Señor» (Ga. 1, 19). En otro pasaje: «¿No tenemos derecho de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?» (1 Cor. 9, 5). El libro de los Hechos de los Apóstoles menciona a Santiago (Hch. 13, 17; 15, 13 y ss.). El historiador Flavio Josefo menciona el linchamiento de Santiago, hermano de Jesús, el año 62.

[159] Esto se llama en teología «la perspectiva helvidiana», por Helvidio, escritor cristiano del siglo IV. Por la misma época el historiador Eusebio menciona a estos hermanos carnales de Jesús «según la carne» (Eusebio, *Historia de la Iglesia*, 2, 23; 3, 19.)

[160] Es la «perspectiva epifaniana», por su enunciador, Epifanio. Aparece ya en el siglo II en el Protoevangelio de Santiago.

[161] A ésta la llaman «perspectiva jeronimiana», en honor de su autor, el monje Jerónimo, del siglo V. Es la que adopta modernamente el *Catecismo* de la Iglesia católica (n. 500). Aducen que la palabra aramea *âch-'achâ* («hermano») y la equivalente griega *adélfoi*, significan también «pariente». Tienen razón en lo que se refiere al arameo (y al hebreo), que no poseen una palabra específica para «primos», sino que designa de igual forma a «primos» y «hermanos». Lo malo es en el caso del griego, donde existen palabras específicas para referirse a los primos y a los parientes *(anepsios*, que aparece en Col. 4, 10), jamás se usan en el Nuevo Testamento para aludir a los hermanos de Jesús. Los escrituristas del bando eclesial, personas duchas en griego, del que tienen una dilatada práctica, se defienden como gato panza

arriba argumentando que los autores del Nuevo Testamento pudieron equivocarse influidos por las lenguas semíticas y utilizar el término *hermano* para referirse también a los parientes. Son ganas de marear la perdiz. ¿No es más directo, y sin posible réplica, alegar que Dios inspiró ese término equivocado precisamente para probar la firmeza de nuestra fe? ¡A ver si ese argumento nos lo desmontan los hipercríticos!

[162] El *yibbun* (Dt. 25, 5-10).

[163] James D. Tabor, *La dinastía de Jesús*, Barcelona, Planeta, 2007, pp. 97-103.

[164] Estas coincidencias no son exclusivas de las telenovelas sudamericanas, también abundan en las mitologías. No interprete el lector que tomamos el episodio como mitológico, aunque, según vemos, muchos pasajes de la vida de Jesús presenten paralelos sorprendentes con las mitologías mistéricas. Quede claro que consideramos las mitologías del resto de las religiones pura fábula, mientras que los mismos prodigios referidos a la vida de Jesús constituyen para nosotros verdades incontrovertibles. ¡Lo que no pueda la fe!

[165] En la Antigüedad existió una Belén de Galilea, a once kilómetros de Nazaret, que los comentaristas descartan a favor de la Belén de Judea, a ocho kilómetros de Jerusalén, pero alejadísima de Nazaret. ¡Coño, con los neotestamentólogos, algunas veces con tantas tragaderas que aceptan las mayores barbaridades, como lo de la virginidad de María, y otras tan tiquismiquis como para rechazar taxativamente que la Belén davídica sea la de Galilea, con lo bien que nos vendría para encajar las piezas de este puzle! ¿Tan difícil sería demostrar, con esos enredos en los que son especialistas, que los Evangelios se refieren a la Galilea, puesto que es lo que favorece la verosimilitud del relato?

[166] Se comprende la escasez y precariedad de los alojamientos: todavía no había Santos Lugares (se estaban haciendo) y el turismo religioso (peregrinación lo llaman hoy) se desconocía.

[167] Dios puede, en ocasiones, confundir, pero mentir, nunca. Y cuando cambia de opinión, lo que en la Biblia hace a menudo, porque de sabios es cambiar de parecer, siempre tiene sus buenas razones para hacerlo aunque la limitada inteligencia humana no llegue a penetrarlas.

[168] Acharya S., ob. cit., p. 308.

[169] Aparte de que si reconocían su nacimiento en Galilea perjudicaban su identificación como el Mesías (Jn. 1, 45; Jn. 7, 52).

[170] Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, 18, 1.

[171] Si a pesar de todo el lector insiste en enterarse de todos los detalles, recurra a Lane Fox, ob. cit., pp. 27-29.

[172] Las genealogías aparecen en los evangelios de Mateo y de Lucas (Mt. 1, 2-16; Lc. 3, 23-38). La de Mateo se remonta a Abraham; la de Lucas, a Adán. En el primer tramo, entre Abraham y David, coinciden, pero después difieren bastante. Mateo asevera que Jesús desciende de Salomón; Lucas, que desciende de Natam, hermano de Salomón. Lo curioso es que, en los dos casos, se trata de la ascendencia de José, el padre putativo de Jesús, que se supone no engendró a Jesús (ya hemos quedado en que el que dejó embarazada a María fue el Espíritu Santo). Estos pequeños fallos de las Escrituras son disculpables: cuando no se explican por algún designio secreto del Señor se trata de pequeños deslices sin consecuencias que Dios comete debido a la sobrecarga de trabajo que tiene, atento como está a que ni siquiera una humilde hoja de árbol se mueva sin su voluntad. Calculen la cantidad de árboles que existen en el mundo (selva brasileña, etc.) a pesar de la avanzada deforestación, multipliquen por mil —que debe ser el promedio de hojas por unidad—, y ya me dirán si no tiene trabajo el Padre Eterno.

[173] Como decíamos, la conveniencia de esta apropiación se incrementó por el hecho de que el culto a un dios en una cueva era un lugar común del paganismo: Apolo, Cibeles, Deméter, Heracles, Hermes, Mitra y Poseidón se adoraban en cuevas: Hermes, el logos griego, nació de Maya en una cueva, y Mitra nació de una roca, también en una cueva. John G. Jackson, *Christianity before Christ*, Austin, Texas, American Atheists, 1985, p. 206.

[174] Un problema de índole moral: ¿no pudo el ángel avisar al resto de los padres con niños menores de dos años de lo que se les venía encima para que pusieran a salvo a sus pequeñuelos? El argumento de que los soldados se acercaban y no daba tiempo no nos sirve, porque, como es sabido, Dios dispone de muchas legiones de ángeles que están en el Cielo mano sobre mano, sin dar golpe, si acaso ensayando coros celestiales que actúan muy de tarde en tarde. Los creyentes debemos admitir algún designio oculto de Dios, el infinitamente justo, al consentir la comisión de aquella crueldad.

[175] Una vez más para que coincida con las profecías: «He aquí, que la *Virgen* concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emmanuel» (Isa. 7, 14).

[176] El evangelista lo adorna un poco: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

[177] Aunque lo suyo sería, en ese caso, hablar del Santísimo Trío en lugar de la Santísima Trinidad, con esta manía de abstraerlo todo.

[178] John Dominic Crossan, *The Birth ofChristianity. Discovering What Happened in the Years Immediately After the Execution of Jesus,* Nueva York, Harper Collins Publishers, 2004.

[179] Trata el asunto de forma clara y resumida el neotestamentólogo James D. Tabor en su libro, ya mencionado, ob. cit., pp. 79-93. Para Tabor, los evangelistas y los primeros cristianos están inmersos en un ambiente de cultura helenística en el que abundaban los héroes híbridos de dios y mortal. De este modo podían afirmar que Jesús era simultáneamente divino y humano. En su tiempo, Jesús tuvo que soportar que le reprocharan su nacimiento irregular: los que rechazan sus predicaciones le recuerdan: «Nosotros no hemos nacido de la prostitución», como dando a entender que él sí (Jn. 8, 41). Los historiadores han localizado la lápida sepulcral de un soldado romano llamado Panthera, nacido en Sidón, a sesenta kilómetros del supuesto Nazaret, que vivió en Tierra Santa hasta el año 6 y después fue trasladado a una guarnición de Alemania, donde falleció. Hay fotos de su lápida sepulcral en el libro de Tabor.

[180] Jane Schaberg, militante feminista y profesora de la Universidad de Detroit, sostiene que el embarazo de María fue el resultado de una violación (aduce textos veterotestamentarios: «Si una joven virgen está prometida a un hombre y otro... se acuesta con ella»). ¿Pudo el Espíritu Santo arreglar el estropicio hasta hacerlo pasar por milagroso y causa de nacimiento del Hijo de Dios? Por supuesto que pudo y esta teoría, aunque débil en su desarrollo, por eso meramente la mencionamos, atestiguaría la fina sensibilidad del Altísimo dispuesto a adoptar como suyo el hijo fruto de un estupro.

[181] «Los nacimientos virginales eran algo más bien propio de los gentiles —dice el reverendísimo John Drury, capellán del All Souls' College de la Universidad de Oxford—. Se los encuentra en un montón de leyendas

de Ovidio donde el dios fecunda a alguna bella joven que luego concibe un hijo milagroso.»

[182] Una decisión democrática que aplaudimos, puesto que el Santo Padre la tomó después de consultar la opinión de seiscientos obispos. ¡Para que luego digan que Sus Eminencias no se ganan el sueldo!

[183] *Hacerse cruces* es un vulgarismo por santiguarse. *Santiguarse,* según el catecismo del padre Astete, es «hacer una cruz con los dos dedos de la mano derecha, desde la frente hasta la cintura, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, invocando a la Santísima Trinidad». Se detectan dos errores, uno del autor y otro del padre Astete. El autor incurre en anacronismo: la partera todavía no puede ser cristiana y, por tanto, ignora la función del santiguado; el padre Astete no debería decir «los dos dedos», como si tuviésemos pinzas de crustáceo, sino «dos dedos» dado que la mano tiene cinco. Acaso se trate de una velada crítica al diseño del Creador. (Nota del editor.)

[184] Este comentario de la partera no aparece en Evangelio alguno ni en los escritos de los padres de la Iglesia relativos a la Natividad. Es enteramente de nuestra cosecha, dictado por nuestro meritorio afán de completar las escrituras con los aditamentos que dicta el sentido común y el lenguaje de hoy. Lo advierto porque no quisiera provocar una de esas estériles discusiones eruditas a las que nos tienen acostumbrados los neotestamentólogos sobre a qué tipo de goma se refería la partera, si a la almáciga o resina de lentisco *(Distacia lentiscos)* o a la goma arábiga, resina de acacia (en sus dos variedades *Acacia senegal o Acacia seyal).*

[185] De haberla mencionado la tendríamos ahora como abogada de los partos en lugar de santa Librada y la oración rimada de las parturientas sería distinta. La de santa Librada dice: «Santa Librada, Santa Librada, / que la salida *sea tan dulce* como la entrada.»

[186] Una vez más para que se cumpliera la profecía de Isaías: «La doncella encinta dará luz a un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7, 14).

[187] Jesús es la versión latina de la palabra griega Ιησους *(Iesous),* que a su vez es traducción de la hebrea-aramea *Yeixua,* הוהי’,(Yēšûa, Yeisu en dialecto galileo), que es abreviatura de Yehoixua, o sea, el nombre del bíblico Josué, lugarteniente de Moisés, que significa «salvación» o «Dios salva».

Véase John Meier, *Un judío marginal: una nueva visión del Jesús histórico,* Estella, Verbo Divino, 2001, tomo I, p. 219 y ss.; y el artículo de Jesús Peláez: «Jesús y el Reino de Dios: Las comunidades primitivas en el judeocristianismo», en Antonio Piñero (ed.) *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos,* Madrid, El Almendro, 1992, p. 235. Cristo es la traducción griega de la palabra hebrea *mesías,* o sea «ungido». Los cristianos lo designan con nombres o títulos tomados de los dioses mistéricos y de la Biblia. Marcos y Lucas, lo llaman *lesous ho nazarenos* (Ιησους ο Ναζαρηνός) en Mc. 1, 24; Mc. 10, 47; Mc. 14, 67; Mc. 16, 6; Lc. 4, 34; Lc. 24, 19. Mateo, Juan, los Hechos de los Apóstoles y a veces Lucas lo llaman *lesous ho nazoraios* (Ιησους ο Ναζωραος, en Mt. 2, 23; Mt. 26,71; Lc. 18, 37; Jn. 18, 5-7; Hch. 2,22; Hch. 3,6; Hch. 4,10; Hch. 22, 8). Para algunos autores estos epítetos aluden a su localidad de origen, Nazaret; o al compuesto ya comentado de *nazoraios* («nazoreo») de las palabras hebreas *neser* («retoño») y *semah* («germen») propio del Mesías. Marcos lo llama «Jesús el Nazareno», en Mc. 1, 24; Mc. 10, 47; Mc. 14, 67; Mc. 16, 6. Cualquiera sabe.

[188] Más o menos, se supone, porque si queremos ser exactos, los años deberían comenzar el 25 de diciembre y no el 1 de enero.

[189] Respecto al día, los cristianos hemos llegado al arbitrario consenso de que nazca en la noche del 24 de diciembre, pero otras tradiciones han pro puesto fechas distintas: el 28 de marzo, el 20 o el 25 de abril, el 20 de mayo, el 24 de junio, el 17 de noviembre y el 6 de enero (la Epifanía), que es el día en el que lo celebran los ortodoxos.

[190] También amamantó a san Bernardo en un episodio no por oscuro menos milagroso. Oraba el santo ante una imagen de la Virgen y ella le tomó tan gran afición que, oprimiéndose uno de sus adolescentes aunque grávidos pechos, hizo brotar del botoncito rosado de su pezón tres gotas de leche que cruzaron el aire como un chorro de luz y fueron a dar en la boca entreabierta del santo. Es lo que la Iglesia denomina «lactancia de san Bernardo». Ha inspirado a muchos pintores, sin morbo alguno. Preguntado acerca del evento, el santo contestó bajando modestamente la mirada: «A nadie le amarga un dulce.» Reliquias de leche de la Virgen se veneran en París, Chartres, Venecia, Nápoles y otros santuarios de la cristiandad.

[191] Lamento descender a estas precisiones que pueden levantarle el estómago al lector escrupuloso, pero lo demanda la correcta interpretación de

la historia. De ahí que en todos los belenes haya un arroyo y lavanderas. Sin embargo otras figuritas tradicionales del pesebre, como el tío cagando en medio del campo con las posaderas al aire (el *caganer*) son perfectamente prescindibles por más que lo reivindiquen los teólogos y pesebristas catalanes.

[192] Mateo porque los padres vivían allí; Lucas porque estaban de visita, para empadronarse, cuando sobrevino el parto.

[193] Esto provoca depresiones en los belenistas, pero si se llamaran nazaretistas, todo estaría arreglado con sólo cambiar el rótulo del pueblo en miniatura a cuya construcción dedican sus desvelos. ¿Tan difícil es complacer a la gente? Recordemos el eslogan de los ángeles en el portal de Belén: «Paz a los hombres de buena voluntad.»

[194] Aquí topamos con una pequeña dificultad: ¿cómo puede descender de José? ¿No habíamos quedado en que José no era el padre? Nuevamente se explica por un designio divino fuera del alcance de nuestra limitada inteligencia.

[195] Según el Evangelio de San Mateo (Mt. 2, 1-2; 9-10), del apócrifo de Santiago (Sn. 15, 7) y de San Agustín y otros padres de la Iglesia merecedores de crédito y respeto.

[196] «Los astrónomos nunca encontrarán la verdadera estrella de Belén porque la verdadera estrella de Belén es algo de nuestra imaginación. Es la luz que brilla sobre el Niño Jesús», A. N. Wilson, *Jesus: A Life*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1992.

[197] Juan José Benítez expone el resultado de sus concienzudas investigaciones en el ensayo *El enviado*, Barcelona, Plaza y Janes, 1987: la estrella de Belén «sólo podía ser lo que hoy, nosotros, describimos como un "objeto volante no identificado" (ovni), p. 193; «el "ángel del Señor" que se les "presentó" a los pastores en mitad del campo de Belén puede ser interpretado aquí como una nave o como alguno de sus tripulantes», p. 198; en su vida pública «Jesús de Nazaret fue "ayudado", o "acompañado" o "asistido" de alguna manera por todo un "equipo" de seres que hoy podríamos etiquetar como "astronautas"», p. 203. En este contexto, siempre eficazmente secundado por sus ángeles astronautas, Jesús resucitó, irradió la imagen de la Sábana Santa en el acto de la Resurrección, y abandonó el sepulcro, que quedó custodiado por un ángel astronauta (p. 222).

[198] El 29 de mayo, el 3 de octubre y el 4 de diciembre, según Henning, ob. cit., p. 158.

[199] Johannes Kepler, *De Jesu Christi servatoris nostri vero anno natalitatis,* Francfort del Meno, 1606.

[200] Véase Roy K. Marshall, *The Star of Bethlehem,* North Carolina, North Carolina University, 1949, o los dos libros homónimos de Mark Kidger (Princenton, Princenton University Press, 1999) y Michael R. Molnar (Rutgers University Press, 1999). También le dedica un capítulo Arthur C. Clarke, *Report on Planet Three,* Nueva York, Signet Ed., 1972.

[201] En la iglesia de la Natividad de Belén, un mosaico dorado del siglo IV representa a los Magos vestidos a la usanza persa. La inesperada presencia de compatriotas en el mosaico salvó la iglesia de las llamas cuando los persas conquistaron Tierra Santa en el año 614 e incendiaron todos los templos.

[202] 202. Quizá se alude al segundo origen de la humanidad, en los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet.

[203] La víspera de la Pasión, Jesús pedirá a sus discípulos que busquen una *katàlyma* para la cena pascual.

[204] No tendremos en cuenta su mención en el apócrifo Evangelio del seudo-Mateo, en el que la burra y el buey se acercan al pesebre y ¡se arrodillan! Es el primer milagro de Jesús, lástima que no esté homologado.

[205] A Brown le parece que el anuncio es «una cristología formulada en un lenguaje similar al de la propaganda imperial romana». Las palabras del ángel recuerdan mucho los títulos del cesar de Roma: «Hijo de Dios, Señor, Salvador del Mundo, y Aquel que ha traído paz a la Tierra.»

[206] El término *archimandrita* significa «rector de las ovejas de Cristo», o si preferimos su literalidad, «jefe del redil ovejero» (del griego αρχι *archi,* «superior», y μανδρα *mandra,* «cercado, redil»).

[207] Uso el término en su prístino significado etimológico. Proviene de las palabras latinas *nec* y *otium,* es decir, lo que no es ocio. Es evidente que el negocio de un sacerdote consiste en pastorear al rebaño cristiano y administrar los sacramentos a las ovejas que lo demandaren.

[208] No regresaría de ese exilio hasta que el ángel se le apareció en sueños nuevamente para comunicarle la muerte del rey Herodes. Como

Herodes murió el año —4 y Jesús debió de nacer entre el —7 y —5, es evidente que la Sagrada Familia apenas tuvo tiempo de instalarse en Egipto. La crítica bíblica considera este episodio egipcio totalmente mítico, pero eso no es obstáculo para que en Egipto se muestren numerosos santos lugares. La iglesia de Mostoros, en las afueras de El Cairo, se construyó sobre la cueva donde la Virgen ocultaba, bañaba y alimentaba al Niño. La iglesia de la Virgen María, en el monasterio al-Muharraq, al sur, ocupa el solar donde la Sagrada Familia pernoctó más de seis meses, según certifican los coptos que comercializan turísticamente el santo lugar.

[209] Actualmente técnicos del Instituto Geológico israelí contratados por los franciscanos realizan prospecciones en la zona en busca de nuevas cuevas a las que adjudicar otros pasajes de la infancia de Jesús (la expulsión de la placenta de la Virgen, la ingestión del divino calostro, la sagrada bajada de la leche y el santo puerperio de María).

[210] En este punto ruego una jaculatoria por el alma de Carod-Rovira, que hizo mofa y befa de la sagrada reliquia en su visita a Tierra Santa el 21 mayo 2005.

[211] Lo conozco personalmente, es un maronita llamado Josuá Lebone que tiene once hijos y dos hijas, todos viviendo de la campana y de las cintas de casete con sus toques que venden a los turistas. Sabe las oraciones que curan la culebrilla y aliña muy bien las aceitunas con hinojo, menta, ajo, pimiento y cáscara de naranja seca.

[212] Con un cuchillo ritual de piedra, que sólo de pensarlo da repelús.

[213] ¿Cómo pudo saber esta monjita lo que tantos padres de la Iglesia y teólogos no habían alcanzado a deducir? Lo supo por directa revelación divina. Sor Agnes sufría lo indecible cuando llegaba la fiesta de la circuncisión del Señor, que ella pasaba cavilando sobre el destino de aquel preciosísimo fragmento del órgano viril del Redentor. Un día, al comulgar, «comenzó a pensar en dónde estaría el prepucio. ¡Y ahí estaba! De repente, sintió un pellejito, como una cascara de huevo, de una dulzura completamente superlativa, y se lo tragó. Apenas lo había tragado, de nuevo sintió en su lengua el dulce pellejo, y una vez más se lo tragó. Y esto lo pudo hacer unas cien veces... Y le fue revelado que el prepucio había resucitado con el Señor el día de la Resurrección. Tan grande fue el dulzor cuando Agnes tragó el pellejo, que sintió una dulce transformación en todos sus

miembros», Karlheinz Deschner, *Historia sexual del cristianismo*, Ed. Yaide, Zaragoza, 1993, p. 130.

[214] Todavía queda en el aire el destino de los dientes de leche, del pelo y de las uñas cortadas a Jesús a lo largo de su vida, elementos que lógicamente también participaban de su divinidad y por lo tanto eran incorruptibles y contenían, la parte por el todo, a Dios. ¿Qué se hizo de ellos? Una nueva laguna doctrinal que los teólogos deberían rellenar. Yo personalmente renuncio a esa abrumadora tarea, que ya estoy un poco harto de hacerles el trabajo y a lo mejor cuando se publique este libro ni me lo agradecen.

[215] Crossan glosa esta propuesta de Mateo en su libro *The Birth...*, ob. cit.: «Una de las cosas que Mateo hace en su Evangelio es poner a Jesús sobre una nueva montaña y entregando una Nueva Ley. Lo llamamos el "Sermón de la montaña".»

[216] Eso contando con que no fuera albañil, posibilidad apuntada más arriba, en cuyo caso desempeñaría con similar diligencia las tareas propias del oficio.

[217] En tiempos de Jesús era preceptivo que los judíos peregrinaran al templo de Jerusalén tres veces al año, en otras tantas fiestas, para entregar ofrendas y realizar sacrificios. Los oficios sagrados del templo estaban al cuidado de un numeroso funcionariado de sacerdotes y levitas —unos veinte mil según Flavio Josefo *(Contra Apión*, Madrid, Aguilar, 1967, 2, p. 108)—, cuyas labores oscilaban desde la supervisión general de los más altos (equivalentes a los canónigos de nuestras catedrales), los maestros de coro que entonaban los salmos y gorigoris litúrgicos (Sanders, ob. cit., pp. 63-64) hasta los meros monaguillos encargados de preparar los animales y disponer la leña para los sacrificios. Todo este personal, que los hipercríticos consideran parasitario, puesto que vivía del cuento, se mantenía con los tributos de los fieles. Dado lo rudimentario de la Hacienda de la época, la imposición tributaria para el mantenimiento del clero era directa, sin disimulo alguno, y no con diversos subterfugios y a través del Estado como ahora.

[218] Mt. 3, 1-12-15; Mc. 1,4-9; Lc. 3, 1-21. Éste es uno de los episodios más emocionantes de la mitología cristiana: en el momento en que Jesús recibe las aguas, el Espíritu Santo desciende sobre Él en forma de paloma y en el Cielo se escucha la voz de Dios (Mt. 3, 16-17; Mc. 1, 10-11;

Lc. 3, 21-22). En el Evangelio de Juan se menciona esta teofanía en otro momento, qué más da (Jn. 1, 32-33). Según Juan, Jesús no recibió el bautismo personalmente de Juan el Bautista, que estaba ya en la cárcel de Herodes Antipas (Jn. 1, 19-32).

[219] Las *langostas* del relato evangélico no se refieren al reputado marisco, sino al menos apreciado saltamontes, una excelente fuente de proteínas para el que no escrupulice en exceso. En muchos lugares de Asia, África y América se consumen saltamontes a la plancha o a la brasa. El Bautista es posible que se contentara con curruscarlos sobre una losa al ardiente sol del mediodía. La fauna del desierto incluye también zorrillos y hienas, pero el Evangelio no los menciona porque son astutos y no se dejan coger.

[220] Mc. 1,7-8; Mt.3,11; Lc.3,16; Jn 1, 26-27.

[221] Reparo en que en estas páginas aparecen varios Juanes, lo que quizá contribuya a empanar aún más al lector. Existen tres Juanes importantes en el santoral hispano: el Bautista (o Inmersor), el Evangelista (que algunos identifican con el «discípulo amado») y san Juan de la Cruz, el santo carmelita y gran poeta del siglo XVI.

[222] Montserrat Torreras, *Jesús*..., ob. cit., pp. 195-197.

[223] Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, Madrid, Akal, 1997, libro 18, pp. 116-119.

[224] Quiero suponer que, a falta de té con pastas y partidita de bridge (que en aquella época se desconocían), las encopetadas señoras tomarían caldo de acelgas con un puntito de vinagre de tomillo al eneldo, un poderoso adelgazante, y jugarían a las prendas o al tres en raya, mientras intercambiaban las consabidas confidencias sobre longitudes, calibres y firmezas.

[225] Los afamados caldos de Gibeon, algo fuertecillos y rasposos, que, aromatizados con mirra y murcielaguina, generaban eructos capaces de apagar una lámpara a la distancia de un brazo. A su lado todo el Cabernet Sauvignon, el Merlot, el Chardonay, el Pinot Noir y el Triesling blanco que hoy producen aquellos pagos son una mariconada.

[226] Disculpen si me extiendo en estas descripciones, pero es que los Evangelios, en su telegráfica brevedad, muchas veces descuidan los detalles y

no tienen en cuenta los contextos que, a menudo, disculpan o al menos explican las conductas. No intento justificar a Herodes, Dios me libre, que bien condenado estará en lo más ardiente de los infiernos; lo que intento es presentarlo como una persona en el fondo débil sometida a unas circunstancias concretas en una época concreta. Quizá cualquiera de nosotros no hubiera obrado de otro modo con cuatro copas de más y una esposa al lado dale que te pego, más pesada que el tormento de la gota china, dándote la brasa una noche sí y otra también. Y, cabe añadir, cerrada a calicanto a toda efusión venérea.

[227] «Y saliendo, dijo a su madre: "¿Qué he de pedir?" Ella dijo: "La cabeza de Juan el Bautista." Y al instante, entrando deprisa donde estaba el rey, pidió así: "Quiero que en seguida me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista."» (Mc. 6, 24-25). «Instigada por su madre, dijo: "Dame en esta bandeja la cabeza de el Bautista."» (Mt. 14,8).

[228] De la danza de los siete velos no hay más rastro en la literatura patrística que una mención en el apócrifo «Maravillas de la Tebaida» atribuido a san Caralampio. Este autor nos narra que una de las tentaciones del anacoreta san Antonio consistió precisamente en que el demonio se le apareció en la cueva bajo el aspecto de una mujer de deslumbrante belleza y rotundas hechuras, la cual bailó la sensual danza de los siete velos alrededor de él, que oraba arrodillado frente a un crucificado de tamaño natural. Cuando aquella mujer espléndida se hubo despojado del último velo para mostrarle lo que Shakespeare llama «su fosa sulfúrea», o sea, su hendidura natural, el santo, sintiendo flaquear su virtud, se dirigió, suplicante, al Crucificado: «¿Qué hago, Señor? ¿Qué hago?» A lo que el interpelado respondió: «¡Quítame estos clavos, maricón!»

[229] Hay que reconocer que los ritos bautismales justificados por la tradición tampoco son demasiado higiénicos: «Sople en modo de cruz al niño en el rostro tres veces», dice el ritual (y el cura sopla en la carita del recién nacido y le envía tres chorros de bacilos y microbios que la criatura aspira); «ponga al niño sal en la boca» (¡eso, hombre, ponle cloruro sódico —NaCl— para que la criatura se vaya acostumbrando a un condimento que, a la larga, minará su salud!); «luego tome el sacerdote un poco de saliva de su boca con el dedo pulgar y unte con él las orejas y las narices del niño» (¡eso, a ver si le pegas algo malo y de una misma tacada te ganas los estipendios del bautizo y del funeral!)... ¡Manda narices el sacramento! Afortunadamente este ritual se

ha simplificado e higienizado antes de que interviniera la Organización Mundial de la Salud.

[230] El agua del Jordán no es potable, a no ser que se trate con unas gotitas de lejía, pero sirve muy bien para bautizar e incluso es de buen tono, en familias pudientes, cristianar con ella a sus retoños. Se puede adquirir un frasquito en el Centró de Tierra Santa, calle Mayor núm. 49, tercer piso, Madrid. Pregunten por el padre Teodoro, de los franciscanos menores. También se expende por Internet, en tiendas virtuales. La Iglesia católica de Jordania comercializa «agua santa del río Jordán extraída directamente por la Iglesia católica de Jordania». El folleto publicitario advierte que se trata de «una preciosa botella de cerámica hecha a mano con diseño bizantino. El estuche contiene una medalla con un cordel atado a mano con sello de la Iglesia romana católica en Jordania y un certificado numerado con sello de la Iglesia católica en varios idiomas. No pierdas la oportunidad de bautizar a tu hijo con el agua del río en el que bautizó Jesucristo. Una idea genial para regalar, un toque de distinción y originalidad para su bautizo, que le encantará». La Casa Real española bautiza tradicionalmente a sus retoños con agua del Jordán que obtiene personalmente el franciscano burgalés (de Villandiego) Ovidio Dueñas, encargado de la tienda de objetos religiosos del convento de San Salvador de Jerusalén. El piadoso franciscano recoge la preciada agua «con una lata atada a una cuerda» y la envía a La Zarzuela a través del cónsul de España en Jerusalén.

[231] Quizá. Ya había cumplido los treinta años y, como tantos chicos de hoy, aún vivía en la casa materna, sin oficio ni beneficio (lo de la carpintería no lo atraía lo más mínimo).

[232] Y debió de salir bastante harto del secarral, puesto que el resto de su vida se lo pasó metido en el Jordán. «De aquí no me saca nadie», declaró.

[233] Mt. 4, 2-11; Mc. 1, 12-13; Lc. 4, 1-13. Este episodio no se menciona en el Evangelio de Juan.

[234] Si persiste en la acuciante duda le recomendamos al lector consulte con su director espiritual que se la disipará o lo reexpedirá a superiores instancias donde se la disipen. Doctores tiene la Iglesia.

[235] Mt. 4, 12-17; Mc. 1, 14-15; Lc. 4, 14. Según Juan (Jn. 1, 35-51) Jesús encontró a sus primeros discípulos en Judea, antes de partir hacia Galilea.

[236] Jesús escogió a sus doce hombres de confianza (en el Evangelio, apóstoles o enviados) entre gente sencilla de Galilea. Los sinópticos mencionan a Simón o Pedro, a su hermano Andrés, a Santiago el Zebedeo y su hermano Juan, todos pescadores; a Felipe y Bartolomé, a Tomás y Mateo el publicano, a Santiago el de Alfeo y Tadeo, a Simón el Zelote y a Judas Iscariote. En el Evangelio de Juan los apóstoles son también doce, aunque sólo se nombra a nueve: Simón Pedro, Andrés, los hijos de Zebedeo (es decir Santiago y Juan), Felipe, Natanael (generalmente identificado con Bartolomé de los sinópticos), Dídimo Tomás, Judas Iscariote y otro Judas.

[237] Respeto el femenino por no contrariar a doña Bibiana, la ministra de Igualdad.

[238] El 8 de agosto de 2007, la prestigiosa revista masculina *Esquire,* que distingue anualmente a los hombres mejor vestidos del mundo, premió a Benedicto XVI como el «mejor portador de accesorios» del año, por sus zapatos rojos de cuero. Se los confecciona la sastrería pontificia Ditta Annibale Gammarelli, donde un par de zapatos (no digo los papales) vienen a salir por unos cuatro mil euros (IVA aparte). Ello no tiene por qué estar reñido con la pobreza evangélica.

[239] El nombre de Judas Iscariote alude a que manejaba la *sica,* propia de los *sicarii* (de donde procede la palabra *sicario).* La *sica* era una gumía diseñada para degollar, el arma favorita de los resistentes zelotes.

[240] Lc. 9, 14 y 15; Mc. 6, 44; Mt. 14,21; *y* Jn. 6, 10.

[241] Así la denomina Gonzalo Puente Ojea, *El Evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

[242] De otro modo sabríamos con seguridad dónde nació *y* su fecha de nacimiento.

[243] En el Evangelio de Marcos, Jesús deja entender que es el Mesías, pero les pide a sus discípulos que no lo divulguen. Es lo que se llama «el secreto mesiánico». ¿Qué temía Jesús? Quizá que los sacerdotes del templo lo acusaran de blasfemo, delito que se castigaba con la pena de muerte por lapidación.

[244] Sobre este tema, véase Geza Vermes, *Jesús el judío,* Barcelona, Muchnik, 1979, pp. 171-202.

[245] También está en Oscar Wilde: «Devuelve bien por mal a tus

enemigos, que eso los joderá más que ninguna otra cosa»; la Mishná (escrito judío posterior a la Biblia), también aconseja «si alguno busca hacerte el mal, hazle bien».

[246] Una situación, esta última, que perdura todavía y posiblemente se prolongue hasta el fin de los tiempos. Que cada lector examine en conciencia los casos más próximos.

[247] Reconozcámoslo: las referencias a la ira de Dios abundan en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (aparecen en Is. 13, 5-11; Is. 13, 12; Is. 66, 15; Is. 66, 16; Jl. 2, 31; Is. 13, 10; Is. 13, 13; Mc. 13, 24-25; Lc. 21, 25-26; Hch. 2, 20; Ap. 11, 18; Ap. 6, 17; Ap. 15, l;Ap. 15,7;Ap. 16, l;Ap. 19, 15; Ap. 6, 12), pero ¿quiénes somos nosotros, gusanos miserables, rebaño de obtusas ovejas, para juzgar ese pecado capital cuando lo comete Dios?

[248] ¡Era una colonia, una cooperativa de demonios instalados como okupas en el cuerpo de aquel desdichado!

[249] También anduvo por la comarca vecina, la Decápolis («Diez Ciudades») y el territorio de la tetrarquía de Herodes Filipo.

[250] No es descartable que a veces incurriera en la humana debilidad de repetir en beneficio propio el milagro de la multiplicación de panes y peces cuando se encontraba ante un buen solomillo o ante una parrillada de chuletillas de cordero. Esto se contradice con su condición de vegetariano, defendida por una de las nuevas sectas cristianas, lo sé.

[251] Este mismo infundio se lo han aplicado después los enemigos de la religión a otras luminarias de la Iglesia, entre ellos al cardenal Danielou, que fue candidato al Papado.

[252] Porque, decían, exorcizaba en connivencia con el propio diablo (Mt. 12, 22-30).

[253] Y en este versículo se basan ciertos religiosos para perseguir a las putas, tergiversando el espíritu del Evangelio. La Iglesia en general ha sido misógina, admitámoslo, y especialmente en lo tocante al sexo de la mujer. Apena reconocerlo, lo sé, aunque también es cierto que algunos prelados, como el mencionado cardenal Danielou, se desvivieron por prestar pastoral atención a las mujeres caídas.

[254] Las parábolas de Jesús mencionadas en los Evangelios, casi todas

referentes al medio campesino en que se crió, donde probablemente eran de dominio popular, son la del sembrador (Mt. 13, 3-9; Mc. 4, 3-9; Lc. 8, 5-8); la de la semilla que crece (Mc. 4, 26-29); la del grano de mostaza (Mt. 13, 31-32; Mc. 4, 30-32), la de la cizaña (Mt. 13, 24-30), la de la oveja perdida (Mt. 18, 12-14; Lc. 15, 3-7), la del siervo despiadado (Mt. 18, 23-35), la de los obreros enviados a la viña (Mt. 20, 1-16), la de los dos hijos (Mt. 21, 28-32), la de los viñadores asesinos (Mt. 21, 33-42; Mc. 12, 1-11; Lc. 20,9-18); la de los invitados a la boda (Mt. 22, 1-14), la de las diez vírgenes (Mt. 25, 1-13), la de los talentos (Mt. 25, 14-30; Lc. 19, 12-27), la del samaritano y la del hijo pródigo (Lc. 10, 30-37; Lc. 15, 11-32) que sólo menciona Lucas.

[255] Mt. 11, 20-21; Lc. 10, 13.

[256] No le prestaron la atención que merecía como Hijo de Dios y él abandonó el pueblo tras maldecirlo airadamente: «Y tú, Cafarnaún, ¿por ventura serás exaltada hasta el Cielo? Hasta el Infierno descenderás. Que si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios obrados en ti, subsistiría aún hasta el día de hoy. Pues bien, os digo que con la tierra de Sodoma se usará menos rigor el día del juicio que contigo» (Mt. 11, 23-24; Lc. 10, 15).

[257] Mt. 13, 53-58; Mc. 6, 1-6; Lc. 4, 16-30.

[258] Como algunos curas de ahora (no todos, ni siquiera la mayoría, afortunadamente, y desde luego ninguno en el seno de la Conferencia Episcopal, esa junta de pastores que rezuma bondad, comprensión y abnegación hacia las ovejitas encomendadas a su custodia.)

[259] Marcos y Pablo lo mencionan, pero no lo traducen (Mc. 14, 36; Rm. 8, 15; Gal. 4, 6).

[260] Mt. 20, 29; Mc. 10, 46; Lc. 18, 35.

[261] En Betania resucitó a Lázaro (Jn. 11, 38-44).

[262] Con unas cosas y con otras no queda claro en qué año crucificaron a Jesús. Existen varias opciones. Según los sinópticos lo mataron el 15 del mes de *nissan* que caía en viernes. En ese caso, calculando con el calendario en la mano, pudo ocurrir el año 27 o el 34, Si recurrimos al Evangelio de Juan, que parece más informado, debió de ocurrir el viernes 14 de *nissan* del año 30 o del 33. Entre estas vacilaciones y las de la fecha de su nacimiento nos quedamos sin saber a qué edad murió, aunque la piadosa tradición acepta que fue a los treinta y tres, «la edad de Cristo». Es, por cierto, la edad en que

las mujeres alcanzan su verdadera sazón, aunque a otros les gustan más talluditas y una mayoría las prefieren yogurinas.

[263] Mt. 17, 1-8; Mc. 9, 2-8; Lc. 9, 28-36.

[264] El monte Tabor (hebreo: הר תבור, Har Tabor) está en la Baja Galilea, a diecisiete kilómetros del mar de Tiberíades. Alcanza una altura de quinientos setenta y cinco metros sobre el nivel del mar (cuatrocientos metros con respecto a su entorno).

[265] Esta precisión de que el burro que cabalgaba Jesús era «hijo de una burra» no responde a ninguna manía genealógica del evangelista, es simplemente que se ve venir a los teólogos tomando unas veces al pie de la letra lo que escribe y otras veces de manera figurada, según conveniencias, y en este pasaje no quiere que le muevan ni una tilde (sus motivos tendrá) y recelando que pueden poner que Jesús entró en Jerusalén en un brioso alazán o en un camello mehari (la variedad más apreciada) quiere dejar definitivamente claro que su cabalgadura era un burro. De otro modo no se habrían cumplido las Escrituras.

[266] Por cierto, en Verona, en época medieval, se veneraban las reliquias del burro que cabalgó Jesús el Domingo de Ramos. No hay que confundirlas con otras reliquias de asno veneradas en Beauvais, que correspondían a la burra en que la Sagrada Familia huyó a Egipto.

[267] Primera guerra (66-73) o primera revuelta judía, segunda guerra o guerra de Kitos (115-117), y tercera guerra o rebelión de Bar Kojba (132-135).

[268] Mt. 21, 1-11; Mc. 11, 1-11; Lc. 19, 28-40; Jn. 12, 12-19.

[269] Según Juan, Jesús utiliza un azote para expulsar a los vendedores (Jn. 2, 13-22). Algunos comentaristas le afean este rapto de ira. Pero ¿acaso no puede Jesús, que es Dios, dejarse llevar por la ira? Ya hemos visto que el Antiguo Testa mento está plagado de referencias a la ira de Dios y al día de la ira *(dies irae)* y nadie se escandaliza. Entonces, se preguntará el lector, ¿por qué considera Dios la ira uno de los pecados capitales? Porque lo es en las personas, pero no en Dios, que está muy por encima del bien y del mal. Me da cierto reparo explicar estas menudencias, pero es que hay creyentes que se la cogen con papel de fumar y todo se les va en objetar y ponerle pegas al texto sagrado.

[270] El Evangelio de Juan, en cambio, sitúa este episodio al comienzo de la vida pública de Jesús, y lo relaciona con una profecía sobre la destrucción del templo.

[271] Mt. 24, 1-3; Mc. 13, 1-4; Lc. 21, 5-7.

[272] Alguna vez recuerda las mansas enseñanzas de san Josemaría Escrivá: «No me llaméis bueno, porque sólo Dios es bueno» (Mc. 10,18), aunque es evidente que, en todo caso, influiría Él en Escrivá y no al contrario.

[273] Como sabemos, la bendición canónica consiste en mover la mano suavemente de arriba abajo, unos veinte centímetros y luego a la izquierda y a la derecha otro tanto, manteniendo los dedos índice y corazón ligeramente extendidos hacia arriba y los otros tres recogidos, con el pulgar tocando la segunda falange del medio. Lo suyo es una mano blanca y gordezuela, poco trabajada, con los dedos como butifarras y si es con el aditamento de un anillo episcopal, ya roza la perfección. Por el contrario la mano leptosomática, dedos delgados y ganchudos, con las uñas remachadas aunque limpias, es más semejante a una garra y mueve menos a devoción. Donde esté un cura gordo y saludable que se quite el enteco con pinta de Nosferatu, por muy licenciado que esté para administrar los sacramentos. Yo les voy a decir mi verdad: cuando me confieso lo hago siempre con un gordo, que siempre te impone menos penitencia que un delgado. Y está estadísticamente probado que los gordos padecen menos de halitosis (el franciscano de Belén es una excepción).

[274] Busquets, ob. cit., p. 188.

[275] Mc. 14, 12; Mt. 26, 17; Lc. 22, 7

[276] De ahí las prisas por retirar su cuerpo de la cruz, porque en sábado, día santo de los judíos, la Ley mosaica prohibía terminantemente la manipulación de cadáveres y cualquier clase de trabajo, aunque fuera para enterrar a un muerto.

[277] Puede considerarse que su dieta diaria eran los dos toros, siete corderos y un cabrito que se le sacrificaban en el templo en nombre del pueblo. Antes de quemarlos todos o en parte había que desangrarlos convenientemente porque la sangre repugna a Yahvé: «No quiero sangre de toros ni de ovejas ni de cabritos» (Is. 1, 11). O sea, que la morcilla, ni probarla.

[278] El cordero es el animal sacrificial de Israel porque es la carne favorita de Yahvé Dios, ya queda dicho al principio de este libro. Como la ejecución de Jesús fue un sacrificio a Dios (un autosacrificio difícil de entender, lo sé), en la literatura cristiana, Jesús aparece a veces como cordero: «Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo.» En el Apocalipsis el cordero aparece continuamente: el trono de Dios se denomina «trono del Cordero», aunque alude al sitial ocupado por el Hijo: «¡Gloria a Nuestro Dios que está sentado sobre el trono y al Cordero!» (Ap. 7, 9-10). De ahí procede, por extensión, que los cristianos seamos ovejas que la Iglesia, el dueño del rebaño, pastorea por medio de clérigos, los pastores asalariados, a través de los cuales esquila y ordeña al rebaño. La metáfora no puede ser más bella.

[279] Mt. 26, 26-29; Mc. 14, 22-25; Lc. 22, 19-20. En este episodio se basa la Iglesia para legitimar el sacramento de la eucaristía.

[280] Con Judas, eran trece a la mesa. Éste es el origen de la superstición del número trece que se comprende, aunque no se comparta, al considerar que la reunión terminó como el rosario de la aurora, con el jefe preso y condenado a muerte y los demás fugitivos de la justicia en busca y captura.

[281] El Evangelio de Juan no menciona la Última Cena, aunque sí el anuncio de la traición de Judas (Jn. 13, 21-30) y el lavatorio de los pies de los discípulos, que no figura en los sinópticos (Jn. 13, 1-20). La memoria del episodio se repite en las catedrales por Pascua cuando el excelentísimo y reverendísimo señor obispo de la diócesis escenifica el paripé de mojar levemente el pie de un anciano sacado de algún asilo de la ciudad al que previamente han escamondado y lavado las monjitas que lo tienen a su cargo hasta dejarlo como los chorros del oro. El hombre a lo mejor no se explica esa molesta reiteración en su limpieza una vez al año, ignorante como está de que es solamente un instrumento pasivo por medio del cual la Iglesia demuestra públicamente la modestia y sencillez de sus altas jerarquías, al tiempo que se legitima como heredera del mensaje de Cristo. Si hubiera un adarme de sinceridad en la ceremonia, como parecería razonable tratándose de la Iglesia, deberían recoger en portales y cajeros automáticos a una docena de mendigos roñosos, de los que huelen a guano a diez metros de distancia, y llevarlos tal como están, con toda su sustancia, a presencia del señor obispo para que les lave los pies y se los deje limpios como una patena, recorte de uñas incluido, que las tendrán como garrones. No estaría de más y eso sí que

sería ponerse a la altura del dulce Jesús. Sería aconsejable, para redondear el lance, que en los cursillos de promoción a obispo les suministraran unas nociones de pedicura para que, de paso, les repasen los callos y los ojos de gallo a esos semejantes nuestros, los pobres, los ancianos, que andan tan dejados de la mano de Dios.

[282] Y quien dice huríes, dice donceles musculosos y sobrados de todo para atender a la satisfacción sentimental de las señoras, no nos dejemos arrastrar por el machismo inherente a las religiones reveladas.

[283] Aparte de que, en su compañía, predicando de un lado para otro y obrando curaciones y milagros que estimularían la generosidad de la gente (Judas llevaba las cuentas de la comuna), la vida resultaba más agradable que cuando eran pescadores, publícanos y practicantes de otros oficios no menos fatigosos.

[284] Mt. 26, 36-46; Mc. 14, 32-42; Lc. 22, 40-46. Este episodio tampoco aparece en el Evangelio de Juan. Juan siempre por libre.

[285] El «sudor de sangre» es conocido médicamente como hematohidrosis, un fenómeno que acompaña, en muy raras ocasiones, a situaciones de estrés extremo, ansiedad y debilidad física, cuando los vasos sanguíneos se contraen y dilatan hasta el punto de romperse. El resultado es que la sangre brota de las glándulas sudoríparas mezclada con el sudor. Esto demuestra que Jesús, en su calidad de humano, estaba francamente asustado. La sangre que Jesús sudó en Getsemaní (Lc. 22, 43 y ss.) se ha conservado en distintos santuarios. Casi siempre se trata de paños manchados o de porcioncitas de tierra impregnada de sangre, pero en el monasterio de Sant Pere de Roda (Gerona), se veneraba toda una ampolla. También, por cierto, la cabeza de san Pedro.

[286] Bart D. Ehrman, *Jesús no dijo eso. Los errores y falsificaciones de la Biblia,* Barcelona, Ares y Mares, 2007, pp. 175-177. Los manuscritos más antiguos del Evangelio no incluyen este pasaje que, por otra parte, contiene palabras y giros extraños al vocabulario y al estilo de Lucas (*agonía, sudor, gotas*). Tampoco la actitud medrosa y angustiada de Jesús se corresponden con el Jesús imperturbable y flemático que retrata Lucas.

[287] Mt. 26, 47-56; Mc. 14, 43-52; Lc. 22, 47-53; Jn. 18, 2-12. Juan señala que la detención ocurrió en un huerto «al otro lado del torrente Cedrón» y que participó en ella toda una cohorte romana. En Juan, no lo

denuncia Judas sino que Jesús mismo se identifica gallardamente ante los policías.

[288] Paulus, racionalista, cree que lo único que hizo Jesús fue interesarse por la suerte del soldado lesionado. A Hase, Keim y Schenkel todo el episodio les parece una fantasía.

[289] Montserrat Torrents, *Jesús...*, ob. cit., p. 197.

[290] El manuscrito, fechado entre los siglos III y IV y escrito en copto, consta de veintiséis páginas. Probablemente perteneció a un cristiano gnóstico de la secta de los cainitas que lo ocultó para protegerlo de la persecución de sus hermanos, los cristianos ortodoxos. La existencia histórica de este Evangelio está probada porque se cita en el libro *Contra las herejías*, del obispo de Lyon Irineo (siglo II). El códice hallado pertenece a la Fundación Mecenas.

[291] Lo publicó, con gran cobertura mediática, el canal Historia de National Geographic el 6 de abril de 2006. Una entrevista al profesor Rodolphe Passer apareció en el diario *El País*, el jueves 13 de abril de 2006.

[292] Las hizo monseñor Waker Brandmüller, director del Comité Científico para la Ciencia Histórica.

[293] O sea, lo que técnicamente llamaríamos una muerte inducida.

[294] Por cierto que *Getsemaní* es la transcripción griega del hebreo *Gatshemanim* o «almazara». Lo que había allí era un molino de aceite.

[295] Estos gerundios beneméritos —*tropezando*, *cayendo*—, no son míos, que conste. El mérito de haberlos enhebrado con tanta destreza corresponde al clérigo que traduce los Evangelios. A cada cual lo suyo.

[296] Recordemos que Jesús, además de segunda persona de la Trinidad, es un profeta venerado para el islam.

[297] Según el Evangelio de Juan, lo llevaron primero a Anás, suegro de Caifás, ¿qué más da?

[298] ¡Qué buen abogado se perdió el foro!

[299] Los tribunales judíos carecían de potestad de condenar a muerte, aunque excepcionalmente se la arrogaban, por ejemplo cuando lapidaron a Esteban, el protomártir, o a Santiago, el hermano de Jesús.

[300] Pilato era prefecto, pero los Evangelios y el historiador Flavio

Josefo se equivocan y lo titulan procurador. Respetaremos el error para desmarcamos de los hipercríticos.

[301]. Mt. 27, 11-26; Mc. 15, 1-15. Según Lucas, Pilato envió a Jesús ante el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, que por Pascua residía en Jerusalén. Jesús rehusó responder a las preguntas de Antipas, quien lo devolvió a Pilato (Lc. 23, 1-25). El Evangelio de Juan cita dos diálogos entre Jesús y Pilato que faltan en el resto de los relatos de la Pasión (Jn. 18, 28 y 19, 16).

[302] Es la tesis del biblista Hyam Maccoby y otros colegas suyos no menos resueltos.

[303] La escalera original no es la que se ve ahora, pues la han cubierto de tablones para protegerla del desgaste al que la someten los erosivos devotos. Al atardecer del 19 de septiembre de 1870, Pío IX la subió de rodillas en un desesperado intento de provocar un milagro que detuviera a las tropas italianas que asediaban el Estado Vaticano. Como el milagro no se produjo, al día siguiente ordenó a sus soldados disparar, pero ni siquiera esta dolorosa y escasamente evangélica determinación (recordemos «pon la otra mejilla») salvó los Estados Pontificios de ser incorporados a la naciente Italia. Para los descreídos la anécdota del Papa subiendo de rodillas la *scala sancta* muestra que, en un agobio, hasta los pontífices llegan a creerse sus propias patrañas. Nosotros, creyentes y ovejuelas de la Iglesia, lo vemos de manera distinta: la actitud papal demuestra que la extendida sospecha de que de obispo para arriba ningún eclesiástico cree en Dios responde a un bulo carente de fundamento.

La *santa scala* no es la mayor reliquia de Tierra Santa trasladada a Europa. Ese título corresponde a la casa de la Virgen que en 1291, cuando sucumbió el último bastión de los cruzados en Tierra Santa, fue aerotransportada por los ángeles hasta los alrededores de Fiume y, como aquel lugar se probara inadecuado, dijeron: «Ya puestos...» y la volvieron a llevar por los aires hasta su definitivo emplazamiento en Loreto, donde hoy se venera. La aviación española ha escogido por patrona, con gran acierto, a la Virgen de Loreto.

[304] lan Wilson, *Holy Faces, Secret Places. The Quest for Jesus True Likeness*, Londres, Corgi Books, 1991, p. 69.

[305] Ya vimos que Iscariote deriva de *ho sicarios*, o sea, «el que lleva

la *sica*», el arma característica de los terroristas zelotes.

[306] Gonzalo Puente Ojea, *El mito de Cristo,* Madrid, Siglo XXI, 2000, p. 26.

[307] Montserrat Torrents parte de los datos que suministra Flavio Josefo sobre los movimientos de resistencia judía entre la muerte de Herodes el Grande y la guerra de los judíos de 66-70 y detecta el verdadero motivo de la condena romana de Jesús: insurrección y sedición. (Véase su libro *Jesús...*, ob. cit.)

[308] Es el momento que recoge una popular y sentida saeta andaluza: «Lo coronaron de espinas *y a poco lo dejan tuerto* ¡Los hijos de la gran puta! / ¿No es *pa* cagarse en sus muertos?»

[309] Mt. 27, 26-31; Mc. 15, 15-20.

[310] La religiosa agustina, y mística e inválida alemana Ana Catalina Emmerich (1774-1824) aseguraba que Dios le había concedido el don místico de asistir a la Pasión de Jesús (además de estigmatización, locución, éxtasis y todo un catálogo de facultades similares). La investigación histórica demuestra que todo eran imaginaciones suyas. Catalina no acertó ni una sola de sus profecías; y sus visiones de la muerte de Jesús, del Purgatorio y de la Santísima Trinidad están desacreditadas. No obstante, su santidad queda fuera de toda duda, puesto que curaba las llagas de los enfermos chupándolas y, al final de su vida, se alimentaba solamente con la sagrada forma, por lo que actualmente se tramita su nombramiento como patrona de las anoréxicas. Juan Pablo II la beatificó el 3 de octubre de 2004. Mel Gibson basó en las memorias de la monja su película *gore* sadomaso *La Pasión de Cristo,* que tanto confirma la certeza del refrán castellano: «A mal Cristo, mucha sangre.» Para su vida y escritos, véase *Tagebuch des Dr. Med Franz Wilhem Wesener über die Agustinerin Anna Katharina Emmerick,* Aschaffenburg, Pattloch Verlag, 2, Auflage, 1973, Band I, II. Para un estudio de su histeria: Dianne Hunter, «Hysteria, Psychoanalysis and Feminism: The Case of Amia O», en *Feminist Studies,* vol. 9, núm. 3 (otoño, 1983), pp. 465-488. Hay que consignar que el patronazgo de las anoréxicas se lo disputa la gallegolusa santa Librada. Su historia oficial no deja lugar a dudas: «Era por el año 800 d. C., en una lujosa estancia de un castillo portugués, la hija del rey rechazaba los alimentos que le ofrecían, ayunaba y si la forzaban a comer vomitaba. Enflaquecía a ojos vistas, y prácticamente se estaba dejando morir de hambre.

Todo antes de romper su voto de castidad y de servir a Dios, todo antes que la casaran...» O sea, anorexia nerviosa. En Alemania la conocen como santa Wilgefortis, supuestamente del latín *virgo fortis,* «mujer fuerte», pero Gustav Schnürer y J. M. Ritz demostraron en su ensayo *Sankt Kümmernis und Volto Santo* (Düsseldorf, 1934) que Wilgefortis era una corrupción de Hilge Vartz *(vartz* o *fratz:* «rostro»), el «Santo Rostro», por eso a veces la retratan como la mujer barbuda. Vaya usted a saber.

[311] Y ocuparía el lugar de san Cristóbal, que ha causado baja definitiva en el escalafón de los santos tras la última remodelación vaticana.

[312] Es plausible que Jesús, que no manejaba dinero de bolsillo, no hubiera tenido con qué pagar el trato de favor. Los que así piensan aducen como prueba circunstancial que cuando dijo aquello de «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt. 22, 15-21), pidió previamente una moneda a uno de sus acompañantes en lugar de sacársela del bolsillo, como hubiera sido lo normal, de haber llevado algo de dinero encima.

[313] Mt. 27, 32-44; Mc. 15, 21-32; Lc. 23, 26-43; Jn. 19, 16-24. Juan no menciona a Simón de Cirene, ni a los dos ladrones crucificados junto a Jesús.

[314] Los afiliados a la secta sindonológica defienden que a Jesús lo clavaron por las muñecas y señalan como probanza la imagen de la sábana santa. Ya se ha demostrado que la famosa reliquia es tan falsa como un euro de corcho, pero ellos no se bajan del burro, «sostenella y no enmendalla».

[315] «El fantasma» *(Mostelaria;* 359, s. 2, I-12). Véase Manuel Solé, S. J., *La Sábana Santa de Turín, su autenticidad y trascendencia,* Bilbao, Mensajero, 1988, p. 218.

[316] Los restos se descubrieron en 1968 en un osario (cista sepulcral) de Jerusalén. Corresponden a un joven llamado Yohanan (Juan).

[317] Juan Manuel Igartua, *La Sábana Santa es auténtica. Reflexión metódica,* Bilbao, Mensajero, 1990, pp. 90 y 87. Queda aclarado, pues, que Dios es perfectamente consciente de que el clavo se aloja en el brazo —¡como que lo había sufrido en sus propias carnes!—, pero, para evitar la perplejidad de sus criaturas, tiene la deferencia de reproducir las llagas en las manos de los estigmatizados.

[318] Jorge Loring, *La Sábana Santa. Invalidez de la prueba del*

carbono 14, Madrid, Crespo, 1990, p. 65.

[319] La cruz de Jesús de la iconografía cristiana no presenta *sedile.* No sabemos si será por evitarle a Jesús la connotación sexual de un palo asomando por su entrepierna que fácilmente pudiera confundirse con un falo erecto, con el consiguiente escándalo y desedificación de las corderillas más tiernas del rebaño cristiano, las novicias y devotas que se postran arrobadas al pie de la cruz, como blancos lirios en un jarrón, para ofrendar al Galileo su pureza virginal. El hecho es que el *sedile* continuaba vigente durante la Edad Media como técnica de tormento. Podemos observarlo, por ejemplo, en la tabla de Pedro Berruguete que representa un auto de fe de la Inquisición (Museo del Prado), donde aparecen dos condenados a garrote y hoguera atados a sendos postes provistos de *sedile* del tipo que los romanos denominaban *comu.*

[320] Solé, ob. cit., p. 337.

[321] Ibídem.

[322] ¿Un *rapisma* le fracturó la nariz? Pero ¿no habíamos quedado en que, en concordancia con las profecías, no se quebrantaría ninguno de sus huesos? Esperemos que los sindonólogos corrijan sus textos y sustituyan «fractura» por «fisura ósea».

[323] Julio Marvizón Preney, *La Sábana Santa ¿milagrosa falsificación?,* Sevilla, Giralda, 2000, p. 39.

[324] Modesto Hernández Villaescusa, *La sábana santa de Turín. Estudio científico-histórico-crítico,* Barcelona, Humanitas, 1991, p. 284.

[325] Todo lo contrario, porque es de presumir que Dios Padre habría dotado espléndidamente a Dios Hijo, aunque Jesús, recalcitrante y honesto soltero, no llegara a estrenarse, como categóricamente establecen los padres y concilios de la Iglesia.

[326] O, en palabras del padre Solé, S. J.: «Estas anomalías no son concebibles en un artista de la talla que habría tenido que tener quien fuera capaz de pintar el lienzo; en cambio se explican perfectamente suponiendo que la sábana envolvía un cadáver yacente», ob. cit., p. 139.

[327] Ibídem, p.248

[328] Ibídem, p.475

[329] Ibídem, p.331

[330] Ibídem, p.333

[331] Recordemos con Nietzche que «en la teología no hay hechos, sólo opiniones».

[332] Los evangelistas discrepan una vez más. Según Mateo y Marcos dijo *Eli, Eli, lemá sabactani,* en arameo (Mt. 27, 45-50; Mc. 15, 33-41), pero según Lucas y Juan dijo otra cosa (Lc. 15, 39-46; Jn. 19, 25-30). Y yo me pregunto, ¿quién estaba allí para atestiguarlo? Si lo dijo o no lo dijo, es lo de menos y, en cualquier caso, pasto de teólogos. Lo cierto y verdadero es que entre todos lo mataron y Él solo se murió. Y ya puestos, permítanme otra pregunta: ¿por qué dejan estas palabras en su lengua original en lugar de traducirlas al griego, como todas las demás palabras de Jesús? ¿Hay una intención oculta?

[333] Según el médico forense José Antonio Lorente en «Magazine» de *El Mundo,* núm. 235, 20 de marzo de 2004, pp. 18-22.

[334] Miguel Lorente, *Cuarenta y dos días. Análisis forense de la crucifixión y Resurrección de Jesucristo,* Madrid, Aguilar, 2007, pp. 226-227'. Lorente hace sus propias observaciones y llega a la misma conclusión: el cuerpo que envolvió la Sábana Santa estaba vivo.

[335] Francisco López-Seivane, «Jesús no murió en la cruz», en revista *Espacio y Tiempo,* núm. 4, Madrid, junio de 1991, pp. 72-74.

[336] Solé, ob. cit., p. 465.

[337] La Biblia-ficción es un nuevo género literario o histórico, o híbrido de los dos, que se ha desarrollado en los últimos años. Pertenecen a este género textos que, basándose en la Biblia y en los Evangelios, añadiendo un poco de fantasía y otro poco de espiritualismo, llegan a conclusiones sorprendentes. Es un género muy despreciado por la Iglesia y por los sindonólogos, un hijo que les ha salido torcido y respondón. Imitando los procedimientos exegéticos, tan usados y abusados por la Iglesia (reconozcámoslo desde la piedad filial), los autores de Biblia-ficción son capaces de probar las teorías más peregrinas.

[338] Andreas Faber-Kaiser, *Jesús vivió y murió en Cachemira,* Madrid, Ate, 1976. Juan Barceló Roldan lo refuta *en Jesús y la estafa de Cachemira,* Barcelona, Plaza y Janes, 1979, en el que confiesa que su fervor católico procede de una circunstancia personal: «Mi desmedida afición a los temas

esotéricos y parapsicológicos me llevó a un concepto de Dios totalmente antibíblico primero, para desembocar, más tarde, en un completo ateísmo. Pero un día el Señor me llamó y desde entonces no leo, escribo ni hablo más que del Evangelio de la Redención, que constituye mi vida» (prólogo).

[339] El movimiento Ahmadiyya del islam fue fundado en la India por Hazrat Mirza Ghulam Ahmad (1835-1908) de Qadian el 23 de marzo de 1889. Se fraccionó en 1914 en la Ahmadiyya Muslim Yamat (AMJ) y Lahore Ahmadiyya Movement (Ahmadiyya Anjuman Ishaat-i-Islam Lahore, AAIIL).

[340] Hugh Schonfield, *El complot de Pascua*, Barcelona, Martínez Roca, 1987.

[341] Al tema de Jesús superviviente en Cachemira se le dedicó un congreso en la mezquita de Londres, del 2 al 4 de junio de 1978, con asistencia del presunto descendiente del Mesías, Mirza Muzaffer Ahmad.

[342] Solé, ob. cit. p. 267.

[343] Pedro Guirao, *El enigma de la Sábana Santa*, Barcelona, Libroexpress, 1989, pp. 98 y 136.

[344] Después de aquel almuerzo tan accidentado (o sea, la Santa Cena), las Escrituras mencionan al discípulo amado en cuatro ocasiones: en el Calvario, cuando Jesús, clavado en la cruz, le encomienda a su madre, la Virgen (Jn. 19, 26-27); en el sepulcro, al que llega en compañía de Pedro, pero, debido a su extrema delicadeza y sensibilidad, se abstiene de entrar (Jn. 20, 2-5); en el lago Tiberíades, cuando están los apóstoles pescando y entre ellos el misterioso discípulo, que quizá haya aceptado lo de la pesca como trabajo basura, entre aquel rudo ambiente de osos, hasta que le salga algo mejor (Jn, 21, 7) y, finalmente, en la comida que sigue a la pesca (Jn. 21, 20-23).

[345] Lo que desde la perspectiva actual de la Iglesia podría considerarse público y notorio concubinato si no fuera que Él, como institutor de sacramentos, bien podría haberse casado con la afortunada tras breve e íntima ceremonia, administrándose Él mismo las bendiciones nupciales (¿quién más autorizado que Él?), sin necesidad de testigos ni de papeles, en presencia sólo de Dios, o sea, de Él mismo. ¿Por qué no?

[346] Técnicamente el chico, o la chica, sería cuarterón (un cuarto de naturaleza divina y tres cuartos humana).

[347] «¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?», le reprochan sus detractores (Jn. 8, 57).

[348] Rafael Hereza, *El desvelamiento de la Revelación. La identidad del discípulo amado y María Magdalena*, Madrid, La Rama Dorada, 1981. Antonio Enrique ha escrito una estupenda novela sobre el tema *(El discípulo amado*, Barcelona, Seix Barra!, 2000), cuya lectura recomiendo encarecidamente.

[349] La teología más progresista discute ahora la conveniencia de extender los tormentos de la Pasión a estas experiencias conventuales del Redentor. ¡La de adefesios que se habrá tenido que calzar en ocho siglos de éxtasis místicos documentados!

[350] El padre Isaac Vázquez, O. F. M., nos ilumina sobre las circunstancias vitales de esta santa: «Halló consuelo en un franciscano de nombre Arnaldo que escuchaba sus confidencias y la dirigía espiritualmente. Gracias a sus ruegos, y a su servicio como amanuense, la posteridad puede saborear la *Autobiografía* de la beata Angela, conocida también con el nombre de *Memorial de fray Arnaldo*, verdadero tesoro de teología espiritual donde se encierran las inefables experiencias místicas de esta alma, desde su conversión, en 1285, hasta el año 1296, en que se consuman sus admirables ascensiones hasta la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad. Su trato íntimo con la divinidad, sus éxtasis escalofriantes, los secretos celestiales que en ellos se le confiaban, son más para admirarlos que para describirlos. L. Leclève no duda en afirmar que Angela de Foligno, por el crecido número de sus visiones, solamente admite parangón con Teresa de Ávila; y a ambas llama reinas de la teología mística. Nuestra pobre fraseología humana resulta inadecuada para captar los misteriosos coloquios entre Ángela y la divinidad.»

[351] Todo el enredo se aclara en el libro de Luis Miguel Martínez Otero, *El priorato de Sión. Los que están detrás*, Madrid, Obelisco, 2004, al que remito al lector interesado.

[352] Tácito, *Anales*, VII, 35. Busquets, ob. cit., p. 189.

[353] Eso opina Schalom ben-Chorin, *Jesus Bruder Jesus*, siguiendo a H. S. Reimarus, el primero que sugirió que algún seguidor de Jesús lo rescató de la fosa común sita en el monte de los Olivos.

[354] Llegado a este punto los Evangelios son poco explícitos con las

circunstancias del traslado y sepultura del divino cadáver. Se conoce que los evangelistas están deseando llegar a la parte más emocionante: cuando Jesús resucita y se aparece. En beneficio de la narración, intentaré suplir lo que falta con datos dictados por el sentido común. No me desagradaría, lo confieso, que el Vaticano, en algún concilio próximo, apruebe la inclusión de este fragmento mío en los Evangelios. Desde aquí hago a la Iglesia solemne cesión de mis derechos de autor. Me contento con que me reconozcan la paternidad de la idea.

[355] En realidad estos sepulcros servían primero de pudridero y contenían el cadáver durante un tiempo hasta que se quedaba en los huesos y entonces se le sepultaba definitivamente dentro de una cista (cajita) de piedra. De éstas se han encontrado muchas, a menudo personalizadas con el nombre del difunto.

[356] Mt. 27, 57-61; Mc. 15, 42-47; Lc. 23, 50-56; Mc. 19, 38-42.

[357] Mt. 27, 62-66.

[358] Rodney Hoare, *The Turin Shroud is Genuine,* Londres, Souvenir Press, 1994.

[359] Ibídem, pp. 167-169.

[360] San Agustín escribe en el siglo IV: «Ignoramos por completo cómo era su rostro.»

[361] La ponía en éxtasis, por supuesto.

[362] Éste es un argumento que inexplicablemente no han esgrimido todavía los sindonólogos para apoyar la identificación de Jesús con el hombre contrahecho, de *cabeza* demasiado pequeña, brazos de orangután y demás defectos físicos constatables en la imagen de la Sábana Santa.

[363] El dedo en cuestión, índice de la mano derecha de santo Tomás, se venera en la basílica rornana de la Santa Croce.

[364] El antropólogo y etnobotánico Wade Davies ha demostrado que los zombis de Haití son, en realidad, sujetos en estado cataléptico, de muerte aparente, que han sido drogados por un brujo o *bokor* con el llamado polvo zombi o veneno zombi. Esta poderosa droga tiene como ingrediente crítico la tetrodoxina obtenida del pez globo (por cierto también integrante de la devastadora culinaria japonesa del *fugu*). Efectivamente una persona zombificada puede parecer muerta y ser reanimada por medio de otra droga

tras permanecer sepultada durante unas horas. No obstante, las lesiones cerebrales provocadas por las pócimas lo convierten a veces en un ser obnubilado y sin voluntad que puede pasar por muerto viviente (Wade Davies, *La serpiente y el arco iris*, Barcelona, Martínez Roca, 1988, p. 125).

[365] Mt. 28, Mc. 16, Lc. 24, Jn. 20-21. Es curioso que Jesús, debido a su naturaleza humana, experimente, en el trance de abandonar este mundo, la misma absurda resistencia que suelen experimentar numerosos cristianos, aun sabiendo que en la otra vida les espera una existencia incomparablemente mejor, la Gloria, en presencia de Dios Padre,

[366] La Iglesia posterior no ha mostrado especial generosidad con la mujer, lo que no ha de interpretarse como misoginia congénita de una institución en la que tanto abundan los pedófilos, sino, más bien, como un deseo de devolverla a menesteres delicados y propiamente femeninos: las monjitas y devotas no pueden acceder al sacerdocio, pero en sus delicadas manos descansan tareas tan importantes como la limpieza, la cocina, el bordado, la repostería y el cuidado de los enfermos.

[367] Lo de la Resurrección lo inventa el Evangelio de San Mateo. Oigamos al erudito católico Crossan: «Mt. 28, 9-10 se intercala para contradecir al propio Mateo que un poco antes habla del sepulcro vacío (Mt. 28, 1-8) que a su vez lo ha copiado de Marcos (Mc. 16, 1-8). De este modo prepara la aparición a los discípulos que él mismo crea en Mt. 26, 10-20.» Citado por Busquets, ob. cit., p. 194.

[368] O sea, que no se habían creído el anuncio de Jesús de que se proponía resucitar. Esta incredulidad se disculpa por la poca costumbre que hay de que los muertos resuciten fuera de los contextos mitológicos y religiosos.

[369] Al parecer lo del ángel es una interpolación posterior (Mc. 16, 6). Según J. J. Benítez en *El enviado*, el ángel era, en realidad, un astronauta, pero esta versión no ha prosperado mucho entre la comunidad científica a pesar del indudable prestigio escriturístico de su impulsor.

[370] Busquets, ob.ck.,p.195.

[371] Ibídem, p.200

[372] Los neotestamentólogos creen que los últimos doce versículos del Evangelio, a partir de la aparición a María Magdalena (Mc. 16, 1-9) son una

interpolación posterior. No sabemos si el Evangelio de Marcos terminaba ahí o si tenía otro final que se ha perdido. Ehrman, ob. cit., pp. 88-92.

[373] La traducción de san Jerónimo en la Vulgata es *noli me tangere* (Jn. 20, 17), o sea, «no me toques», lo que ha inspirado multitud de cuadros religiosos con ese título, pero lo que el original dice es «deja ya de tocarme». Si los artistas fueran fieles al Evangelio tendrían que representar a Jesús y a la Magdalena enlazados en un abrazo, Él pasivo y ella activa. Es natural que prefieran la versión edulcorada de san Jerónimo, porque luego los cuadros van a las iglesias y dan que hablar.

[374] La barca, de ocho metros de eslora por cuatro de manga, construida en cedro y roble, se data hacia el año —40 (según prueba el carbono 14), por lo tanto no puede descartarse la posibilidad de que se trate de la misma embarcación que pisaron las plantas taladradas de Jesús después de la Resurrección, una prueba más de la divinidad del Redentor. ¿Cómo explicar si no que quedasen restos, aunque sólo sean cuatro maderos, con la de cientos de embarcaciones que habrán surcado aquellas aguas a lo largo del tiempo? El asunto trajo cola. El Vaticano intentó que el gobierno israelí se la cediera para una exposición de tres meses, los israelíes se negaron aduciendo el delicado estado del hallazgo, lo que provocó ciertas tensiones que afortunadamente se arreglaron con un poco de paciencia y caridad cristianas y otro poco de paciencia y caridad judías.

[375] La diferencia entre la Ascensión de Cristo y la Abducción o Asunción de la Virgen es que Jesucristo asciende por sus propios medios, dado que es Dios, pero a su Santa Madre la Virgen, que es mortal, tienen que abducirla o ascenderla desde el propio Cielo. Ya se había dado el caso del profeta Elias y más adelante se dará el caso de Mahoma, pero los mortales absorbidos por los Cielos no abundan, ésa es la verdad.

[376] Y sin embargo en Jerusalén uno de los santos lugares es precisamente la tumba de la Virgen, una capilla subterránea muy coquetuela cuajada de flores, velas y abalorios. No hay contradicción en ello: las Escrituras nos muestran que desde la percepción divina pueden ser verdad una cosa y su contraria. Quizá sea conveniente que la Iglesia se manifieste en este punto declarando misterio lo de la muerte de la Virgen, aunque, por otra parte, la tumba de la Virgen (Jerusalén) y el punto desde el que fue abducida a los Cielos (Éfeso) jamás coinciden en el mismo paquete turístico, lo que los hace perfectamente compatibles.

[377] Aquí se muestran hipercríticos nuestros hermanos separados, quizá malaconsejados por el Maligno. Acaso no haya un fundamento escriturístico firme, pero ¿es que no vale nada la tradición? ¿Es que no valen nada los indicios y atisbos, las sospechas y conjeturas que pueden rastrearse en los padres de la Iglesia? ¿Y qué sentido tiene, si no, la denominación «Tránsito de María», de una fiesta celebrada con cristiano jolgorio en los siglos VI y VII? ¿Y qué me dicen de la inspiración del Espíritu Santo?

[378] Montserrat Torrents, *Jesús...*, ob. cit., p. 168. En realidad Pedro se había llamado hasta ahora con su nombre hebreo Simón (arameo Kepa), pero probablemente cambió el nombre por elementales razones de seguridad: había desorejado a un romano el día de marras y los romanos lo tendrían fichado.

[379] El sirviente de Yahvé que anuncia el profeta Isaías, el Cordero de Dios inmolado para redimir a la humanidad.

[380] En la misma ocasión la leyenda cristiana pretende que detuvieron a Pedro, pero el apóstol se las ingenió para escapar de la cárcel con ayuda de un ángel a pesar de que le habían puesto un guardia dentro en su misma celda para evitar su fuga. Unos versos antiguos lo cuentan y de paso explican la expresión castellana de «tomar las de Villadiego» por huir: *«Villadiego era un soldado / que a san Pedro en la ocasión / de estar en fiera prisión nunca le faltó del lado. Vino el espíritu alado / y lleno de vivo fuego le dijo a Pedro: "Sal luego. Toma tus calzas. No arguyas. " Pedro, por tomar las suyas... tomó las de Villadiego.»*

[381] Suena mal lo de que Jesús fuera fariseo, ¿eh? Esto es porque en los púlpitos nos predican a los fariseos como «sepulcros blanqueados», o sea, raza de hipócritas, y algunos, sin duda, lo serían (contra ellos arremetía Jesús), pero, en su conjunto, constituían una secta o grupo que contemplaba la religión con cierto aire progresista. Hoy quizá constituirían una comunidad de base frente a la Iglesia episcopal y púrpura que equivale, salvando diferencias, al núcleo saduceo cercano al templo.

[382] Díganselo a la Renfe, que se ve obligada a ofrecer a sus viajeros creyentes (o crédulos) de clase preferente tres menús religiosos: el *muslime* o sarraceno, el judío *kosher* y el cristiano «de vigilia». ¡Toma modernidad!

[383] Y lapidaron al protomártir san Esteban, como comprobamos en los Hechos de los Apóstoles (Hch. 6, 8-8, 1). En la primera carta a los corintos

también aparecen ecos del rifirrafe.

[384] Podía hablar en presente, lo sé, pero yo «no he venido a traer la guerra entre mis hermanos ni entre padres e hijos sino a poner paz» (Lc. 12, 49-53). Es posible que esa actitud de la Iglesia no te guste, querido lector, pero ¿se te ha ocurrido pensar que a lo mejor los obispos y altas jerarquías tienen sus propias motivaciones, cuya lógica no siempre se alcanza desde nuestro rango de fieles de a pie? ¿Qué saben las ovejas, obtusas como son, como somos, de las motivaciones de su pastor? Un poco de humildad; no juzguemos tan cicateramente a nuestros pastores y ajustémonos a nuestro papel, que es el de borregos (eucarísticos).

[385] Busquets, ob. cit., p. 138.

[386] En las religiones primitivas se practicaban sacrificios humanos (recordemos lo dicho del Rey Sagrado, esposo de la Diosa Madre), pero después se sustituyeron por sacrificios animales. En la tradición de Israel, se sacrificaban carneros o corderos, el animal sagrado de la tradición judía (recordemos el sacrificio de Abraham). En el mismo contexto, durante la fiesta de la Expiación, se sacrificaba cada año un macho cabrío que simbólicamente cargaba con las culpas de todo el pueblo, de donde procede la consideración demoníaca y despectiva que este pacífico y simpático animal tiene todavía entre nosotros. Sólo hay que ver que al macho lo llamamos cabrón, y de los pirados decimos «está como una cabra». En este amplio contexto se explica más fácilmente la denominación de cordero sacrificial de este pasaje.

[387] En efecto, la doctrina de la Iglesia respecto a los judíos podría enunciarse: mano dura con los relapsos que teniendo a Cristo delante, como nacido entre ellos, se resisten a reconocer su divinidad y persisten contumaces en su error, lo cual es una afrenta y un pernicioso ejemplo para los que estamos en posesión de la verdad.

[388] En ese contexto hemos de entender: «Si quieres seguirme, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres» (Mc. 10, 1). Los mal pensados podrían argumentar: «Eso es fácil decirlo, Señor, dado que Tú eres pobre como las ratas, pero aquí un servidor ha ahorrado con mucho esfuerzo y privaciones toda la vida para tener una casita, dos cabras, media docena de gallinas y un huertecillo donde criar dos lechugas y cuatro nabos. ¿Y ahora lo voy a vender siguiendo tu doctrina, para regalárselo a los pobres que lo son, entre otros

motivos, porque no dan golpe? ¿Qué pasaría después? Cuando se lo diese a un pobre, dejaría de serlo y el pobre sería yo. ¿Tendría el pobre enriquecido que repartir lo recibido entre otros pobres o devolvérmelo a mí? ¿Cuántas veces circularía esa herencia, como los regalos de Navidad que nadie quiere y pasan de mano en mano hasta que al final se restituyen al donante original?» Actitudes como ésta, tan egoístas, ¿qué duda cabe que Jesús las encontró? Por eso señala la Escritura que muchos son los llamados, mas pocos los elegidos. Porque los que picaban el anzuelo divino eran escasos.

[389] Busquets, ob. cit., p. 141.

[390] Ibídem, p. 142.

[391] Busquets, ob. cit., p. 143.

[392] Ibídem, p. 152.

[393] El logos era Dios (Jn. 1,1b), que se hizo Carne y plantó su tienda entre nosotros (Jn. 1, 14).

[394] El kerigma, así llamamos, con san Pablo, a la esencia de nuestra creencia, al mástil que sostiene nuestra fe, a la fuerza espiritual que sustenta e impulsa, por los procelosos mares de la historia, la frágil navecilla de san Pedro.

[395] Como responsable máximo del Santo Oficio o Inquisición que ahora se llama Congregación para la Doctrina de la Fe, nuestro Papa reprimió a teólogos disidentes como Hans Küng, a unos prohibiéndoles predicar, a otros publicar y a otros las dos cosas. Se echaba de menos un mayoral capaz de desnucar de un cantazo a los pastores díscolos.

[396] Montserrat Torrents, *Jesús...*, ob. cit., p. 188.

[397] Ibídem, p.197.

[398] El Apocalipsis cundió también entre los judíos porque ponía al Imperio romano a caer de un burro y lo identificaba con el Leviatán, la bestia que surge del mar, una especie de Frankenstein zoológico con cuerpo de leopardo, garras de oso y boca de león.

[399] Conviene advertir que cuando se trata del cristianismo, la verdadera religión, la propaganda religiosa se denomina apostolado, mientras que en el caso de las otras religiones, todas falsas, hablamos de proselitismo.

[400] Busquets, ob. cit., pp. 7-8

[401] Xavier Rubert de Ventós, *Dios, entre otros inconvenientes,* Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 46-52.

[402] Es la interpretación que la Vulgata, Biblia traducida con más voluntad que acierto por san Jerónimo, hace de la mentada cita de Isaías. Debo esta precisión, como tantas otras, a mi admirado teólogo el señor Busquets. *Traduttore, traditore,* ya se sabe, pero el resultado de ese desliz es una interpretación cabal del Cristo cristiano: el Cordero que se entrega voluntariamente al sacrificio, con entereza admirable, sin emitir ni un balido lastimero. A pesar de sus humanos errores, la Vulgata fue sancionada por los concilios y es el texto oficial de la Iglesia. ¿Cómo es eso? —se preguntará el lector escrupulizante y tiquismiquis—. ¿La Iglesia, que es Dios mismo, respalda con su autoridad las monumentales pifias de una de sus criaturas (san Jerónimo, el traductor)? Una vez más debe advertir el lector que los designios del Altísimo son inescrutables. ¿Y si Dios hubiera dispuesto que en los entresijos de esos errores anidara su verdad? Cosas más difíciles se han visto, como que el hombre llegara a la Luna.

[403] Busquets, ob. cit., p. 129.

[404] En ciertos ambientes no era aconsejable admitir abiertamente la condición de cristiano. Por este motivo los primeros cristianos se reconocían entre ellos por signos como el pez (*ichthys* en griego).

[405] Intercambio de parejas o *swinging*

[406] Kenneth Humphreys demuestra que las persecuciones se produjeron en períodos de tiempo intermitentes y muy restringidos, dando a entender que las divulgadas por el martirologio cristiano son un mito. Por su parte, Edward Gibbon, en la parte VIII del capítulo XVI de su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano,* Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2003, calcula un máximo de dos mil víctimas cristianas durante la gran persecución (303-313) y estima la cifra total en unas cuatro mil.

[407] Es curioso, lo que son las cosas, hasta primeros de siglo XX muchos patronos y jefes exigían a sus empleados un certificado parroquial de haber comulgado por Pascua, como era obligación del cristiano. Naturalmente no queremos establecer paralelismo alguno con la actitud de los idólatras romanos. En este último caso el control está más que justificado ya que se trata de hacer un bien por el alma del empleado que, dada su postración social, es fácil que pertenezca al grupo de los tibios y poco

motivados. Por el contrario, el empresario o jefe, como un padre providente, tiene la obligación de velar por el cumplimiento religioso de las criaturas que Dios confía a su cargo.

[408] Cuando Lucas menciona setenta discípulos (Lc. 10, 1 y ss.) seguramente tiene en cuenta los setenta ancianos que Moisés designó para ayudarlo (Nm. 11, 16 y ss.). A veces se habla de setenta y dos, que es múltiplo de doce. Siempre están a vueltas con los números de la Biblia.

[409] La voz obispo proviene del griego *episcopos*, «vigilante» (de *epi*, «encima» y *skopeo* «mirar»). ¡Qué hermosa y ajustada denominación para un pastor cuya principal preocupación es que las ovejas no se apareen a vellón quitado, como animales! Los esenios denominaban obispo al presbítero que preside el consejo de sus iguales. Podríamos añadir en esta nomenclatura a los siete diáconos mencionados en la comunidad griega de Jerusalén, pero no parece que sus funciones se diferenciaran de las presbiteriales. Los propios apóstoles se mencionan a veces como presbíteros (Hch. 11, 30; 1 P. 5,1; 2 Jn. 1; 3 Jn. 1). Hubo otros ministerios carismáticos, los maestros y los profetas, aunque la Iglesia los suprimió pronto porque resultaron de natural enredadores. Los obispos, por el contrario, crecieron en importancia como elemento intermedio entre la infantería (el cura de misa y olla) y la oficialidad (la curia vaticana). Debido a su tendencia a la obesidad, por problemas de metabolismo, que metabolizan mal, han sido blanco de muchos ataques y sátiras, incluso por parte de sus propios pastores. Me viene a la memoria fray Francisco de Osuna, maestro de santa Teresa, que en su *Abecedario espiritual* los llama «obispotes» porque tienen «anillo y báculo y gran autoridad para comer y ataviarse con el patrimonio del crucifijo». O sea, aficionados al lujo y glotones. Quizá se diera algún caso en el pasado, pero uno no se imagina un prelado actual con esas tachas. ¿Verdad?

¿Qué es lo que vamos viendo? Que la Iglesia, desde sus primeros vacilantes pasos, tiene las ideas claras: jerarquía, especialización, reglamentación, objetivos y beneficios. Así se construye la empresa multinacional (pero espiritual y salvífica, ¿eh?) más antigua y asentada de la humanidad. Como apunta el teólogo Busquets: «¡El cristianismo ya nace diversificado en ministerios institucionales y carismas espontáneos!», ob. cit. p. 93.

[410] Hans Küng, *La Iglesia católica*, Barcelona, Mondadori, 2002, p. 47.

[411] Por cierto, que la deferencia hacia las mujeres duró poco, ya se sabe lo misógina que ha tenido que ser la Iglesia muy a su pesar. En ediciones posteriores del texto paulino convirtieron a Junia en Junio, un hombre, quizá el primer caso de cambio de sexo documentado.

[412] Küng, ob. cit., p. 59.

[413] Busquets, ob. cit., p. 96.

[414] Las palabras exactas no se reflejan en fuente alguna, desgraciadamente, pero hemos intentado reconstruirlas a partir de lo que sabemos de su carácter y de su estado de ánimo en aquellas delicadas circunstancias.

[415] Los edictos no se aplicaron en las Galias y Britania, gobernadas por Constancio Cloro, simpatizante del cristianismo y padre del futuro emperador Constantino.

[416] Poco después, Diocleciano entregó el poder a su sucesor, como estaba pactado, le dio dos higas a la política y se retiró a vivir una cómoda jubilación en Espalato (moderno Split, en Croacia), al lado del mar, en su Dalmacia natal, donde se construyó un gran palacio y no le faltaron sopitas de ajo con un huevo estrellado y su ramita de hierbabuena hasta su anciana muerte. Lo que ignoramos es cómo lo recibiría san Pedro cuando compareciera ante él en la otra vida, después de la sarracina que había perpetrado en los pastores de su rebaño.

[417] Es lástima que ninguna fuente o autor antiguo recoja este postrer pensamiento de Diocleciano. Lo he imaginado con la esperanza de que se incorpore pronto a la tradición cristiana y venga a rellenar esta laguna existente en la historia de la Iglesia. Cedo los posibles derechos de autor a la mesa de la Conferencia Episcopal para el sostenimiento y manutención de nuestros pastores.

[418] *En touto nika*, en griego, aunque la Iglesia prefiere traducirla al latín *in hoc signo vinces*, «con este signo vencerás».

[419] La visión de Constantino en Puente Milvio pudo no ser una cruz, (que no se veneraría como símbolo hasta el siglo V), sino un crismón, la superposición de las letras griegas X y P, el símbolo pagano de *Khi-Ro* en la palabra *khrestós* («protegido, auspicioso, afortunado») que los cristianos adoptaron como abreviatura de Cristo. Una vez más vemos que antes del

advenimiento de su Hijo, Dios permitió que el paganismo desarrollara mitos, ritos y hasta símbolos que más tarde adoptaría la Iglesia.

[420] Entre ellas la de la *Venus calípige* («la de las bellas nalgas») con ese culito respingón que es, en su doble hemisferio, un canto a la belleza que continuamente derrama Dios sobre sus criaturas.

[421] Montserrat Torrents, *Jesús...*, ob, cit., p. 220.

[422] También el cardenal Daniélou frecuentaba las *demi-mondaines* en su deseo de llevar el apostolado a los lugares donde se pecaba. Es verdaderamente bochornoso que ciertas lenguas ponzoñosas señalen ahora, malévolamente, que falleció de un infarto en la alcoba de una cortesana a la que cabalgaba con frenesí impropio de su edad. ¿Acaso alguien lo vio? No, evidentemente. Entonces hemos de pensar que si el cardenal Daniélou falleció en el apartamento de aquella oveja descarriada es porque se encontraba allí en el ejercicio de su sagrado ministerio, catequizándola y redimiéndola. ¡Así mueren los soldados de Cristo, con las botas puestas, a pie de obra! Si los enfermeros de la ambulancia encontraron el cadáver de su eminencia en paños menores fue porque, debido a una avería en la calefacción, el apartamento de la pecadora había alcanzado una temperatura inadecuada para una correcta administración del consuelo pastoral.

[423] ¡Perdón por el símil, si escandalizare a los lectores más tiernos, pero es que uno se ciega con el apostolado y se deja llevar por la emoción en Cristo! En esto se asemeja a santa Teresa y a los místicos.

[424] La Iglesia tomó la sartén por el mango y así sigue, al menos en países como la católica España, el nuestro, que han sabido mantenerse en su fe.

[425] En Roma construyó las basílicas de San Juan de Letrán, San Pedro del Vaticano, San Pablo Extramuros; en Constantinopla edificó Santa Irene, Santa Sofía y los Doce Apóstoles; en Jerusalén, la del Santo Sepulcro; en Belén, la de la Natividad.

[426] Es evidente que Dios había designado a Constantino para exaltar a su verdadera Iglesia. No es por enmendarle la plana al Vastísimo, Él me libre, pero uno piensa, en conciencia, que ya podía haber recompensado a Constantino favoreciéndolo un poco en su vida personal.

[427] La tradición asevera que encontró la cueva de Belén, el sepulcro

de Jesús y todas las reliquias de la Pasión, incluidas las tres cruces del Gólgota se conservaban milagrosamente incorruptas después de haber permanecido enterradas más de dos siglos... ¿Cuál de las tres era la de Jesús? La cruz misma se manifestó cuando tendieron sobre ella a un moribundo que revivió al instante, prueba que en las otras dos no había resultado.

[428] No se debe confundir a esta Teodora con la esposa homónima de Justiniano, emperador de Bizancio, antigua prostituta circense que, por su virtud, la Iglesia oriental elevó a los altares. Ésta se lo hacía con un asno, según Procopio de Cesárea. Nacho Vidal le sabía a poco.

[429] En la estación de autobuses hay un puesto de halva, ese denso dulce de Oriente. La receta local incluye pasas y pistachos, además de harina cernida, almendra y miel. Mojados en té azucarado están la mar de buenos. Es de suponer, aunque aún no hemos localizado textos que lo refrenden (las fuentes conocidas lo silencian), que Constantino mantuvo a los padres conciliares a mesa y mantel y que muchos se aficionarían a la dulcería local y criarían gruesas cervices en los meses que duró el evento.

[430] Algunos autores católicos no lo han entendido cabalmente, entre ellos Busquets cuando escribe: «Los concilios instauraron la ortodoxia de la fe aunque fuese a costa de fórmulas frías y sin vida [...] cuando la Iglesia se aparta del espíritu de Jesús [...] puede convertirse en una multinacional fundamentalista», ob. cit., p. 169.

[431] Me temo que es lo que siguen haciendo las religiones monoteístas, especialmente la islámica.

[432] Aludo a los curas pederastas y sobones que corrompen a los niños de la cacequesis y a los curas solicitadores que ligan en el confesonario a sus hijas de confesión y consuman el fornicio en la sacristía, a cerrojo corrido. Caen en el cieno del pecado una y otra vez, como hombres que son, pero se arrepienten, se confiesan, se les perdonan las faltas y ellos siguen firmes en su fe al frente de su sagrado ministerio. ¡Perseverancia y fe! ¡Esa es la fuerza de nuestra Iglesia! Ni denuncias de padres o maridos, ni procesos laicos, nada prevalece contra ella.

[433] Montserrat Torrents, *Jesús...*, ob. cit., p. 220.

[434] Véase al respecto Samuel George Frederick Brandon, *Religion in Ancient History: Studies in Ideas, Men, and Events*, Londres, Alien and Unwin, 1969, p. 267.

[435] El cristianismo copto consagra a san Poncio Pilato el 25 de junio. No parece una medida descabalada: al fin y al cabo gracias a él se cumplió el racional plan divino de que el Hijo de Dios, o sea, Dios mismo, fuera crucificado en expiación de nuestro pecado original y resucitara al tercer día.

[436] A partir del edicto de Constantino I el Grande en el año 313 y especialmente tras el Concilio de Nicomedia en el año 339, que exigió la rectificación de Arrio bajo pena de excomunión.

[437] Era el lema de los absolutistas partidarios del rey Fernando VII.

[438] En la epístola a los romanos (año 58), manifiesta su deseo de ir a Hispania, pero no existen pruebas de que viniera sino más bien de todo lo contrario. Pablo escribe desde Corinto: «Cuando me ponga en camino para España, espero veros de paso.» Más adelante: «Iré a España, después de pasar por Roma.» Debió ser hacia el año 63. La *Primera crónica general*, escrita por Alfonso X el Sabio, admite la venida de san Pablo a España e ignora la de Santiago.

[439] La veracidad de esta tradición es dudosísima, dado que no la mencionan los primeros escritores cristianos españoles de los siglos IV al VII: Prudencio, Orosio de Braga, Idacio de Chaves (Portugal), Martín de Dumio (cerca de Braga), Juan de Valclara, san Leandro, san Braulio, san Julián, san Ildefonso, quienes, de haber tenido noticia de tales predicaciones, habrían perdido el culo por asentarlo en sus escritos. Las Actas Apócrifas de Santiago tampoco mencionan que saliera fuera del ámbito judío. Los historiadores creen que el embuste procede de las *Actas* de Abdías (siglo VI) y se reproduce en los *Catálogos apostólicos bizantinos* (siglo VII).

[440] En Tarragona convirtió a Polisena, la esposa del prefecto Probo, y a su hermana Xantipa. Una vez más la Providencia inspira a sus enviados la sagaz política de convertir a las desocupadas y noveleras mujeres de la clase alta para que influyan sobre sus maridos.

[441] Al menhir o piedra sagrada adorada por los paganos se le superpone una Virgen y se cristianiza, según la conocida teoría de los hipercríticos.

[442] Los hipercríticos señalan que Santiago, patrón de barco (con experiencia náutica en el lago Tiberíades) se hubiera llevado las manos a la cabeza si le dicen que van a transportar sus restos en un bajel de piedra. No tienen en cuenta que después de la exhibición de Jesús y su troupe caminando

tranquilamente sobre las aguas sin hundirse (ninguno sabía nadar), el apóstol confiaba ciegamente en la habilidad del Salvador para burlar las leyes de la naturaleza promulgadas por Él mismo (en la figura de Su Padre).

[443] En este punto hay que precisar que en algunos santuarios precristianos se veneraba una piedra de superficie levemente cóncava (la barca de piedra) sobre la que podía moverse, sin mucho esfuerzo, una piedra esférica que representaba a la divinidad del lugar, una diosa madre. Todavía queda una de estas barcas en el santuario de la Peña de Alájar, Huelva, retiro de Arias Montano.

[444] La primera mención de esta leyenda es el grabado en el tumbo A de la catedral de Santiago de Compostela, que reproduce la orden de Alfonso II el Casto de construir una iglesia en honor de Santiago. Este texto está datado en el año 829 o en el 834, según diferentes autores.

[445] La palabra *Compostela* deriva según algunos de *compositum,* «cementerio», y según otros de *campus stellae*, «campo de las estrellas», por las luces que se observaban en el monte y que atrajeron al curioso Pelagio. Es posible que fueran fuegos fatuos, un fenómeno natural producido por oxidación de la fosfina y el metano desprendido precisamente de la descomposición orgánica en pantanos y cementerios.

[446] En 1122, el Papa Calixto II instituyó el año santo jacobeo todos los años en los que el día de Santiago, el 25 de julio, cayera en domingo. Hoy es un camino de peregrinación muy popular, transitado por gentes de los más variados pelajes y procedencias, a pie, en bicicleta, a caballo o en coche, un poco turistizado, todo hay que decirlo.

[447] El historiador Claudio Sánchez Albornoz descarta esta posibilidad: «Pese a todos los esfuerzos de la erudición de ayer y de hoy, no es posible, sin embargo, alegar en favor de la presencia de Santiago en España y de su traslado a ella, una sola noticia remota, clara y autorizada. Un silencio de más de seis siglos rodea la conjetural e inverosímil llegada del apóstol a Occidente, y de uno a ocho siglos la no menos conjetural e inverosímil *traslatio.* Sólo en el siglo VI surgió entre la cristiandad occidental la leyenda de la predicación de Santiago en España; pero ella no llegó a la Península hasta fines del siglo VII», C. Sánchez Albornoz: «En los albores del culto jacobeo», en *Compostellanum*, núm. 16, 1971, pp. 37-71. El *Catálogo apostólico* donde se afirma «que Santiago, hijo de Zebedeo y

hermano de Juan, predicó en España» data del siglo VII (aunque los manuscritos más antiguos, los de Wolfenbüttel y Berna, son del siglo VIII). A partir del siglo VIII los testimonios abundan: el comentario al Apocalipsis del *Beato de Liébana, Beda el Venerable,* y otros.

[448] *Los orígenes de la Iglesia en España. Pablo, Santiago y los varones apostólicos.* http://webs.advance.com.ar/pfernando/DocsIglMed/OrigIglesiaEspana.html.

[449] Abundando en el tema cabe indicar que en Las Vegas existe una fundación, Prostitutas para Jesús, liderada por la ex prostituta Annie Lobert, que predica el Evangelio a sus antiguas compañeras en las calles de mala nota, a pie de obra, recogiendo copiosísima cosecha de gracia santificante.

[450] La identificación de los lugares es muy discutida. Respecto a tres hay acuerdo total: Acci es Guadix, Illiberis es Elvira, ciudad cercana a la actual Granada, e Illiturgis es Cuevas de Lituergo. Según García Villada, Urci es Torre de Villaricos; Vergi es Berja (Almería); Carcesi, Cieza (Murcia); Abula es Abla (Almería).

[451] Concilio de Caesaraugusta (Zaragoza), de 380.

[452] El Imperio romano se había dividido en dos bloques, oriental y occidental. Máximo, emperador de Occidente, necesitaba el apoyo de la Iglesia frente a Teodosio, emperador de Oriente. La Iglesia condicionó su apoyo a la prohibición de sus numerosos disidentes: arríanos, rigoristas, binionitas, patripasianos, novacianos, nicolaitas, ofitas, maniqueos, homuncionitas, catáfrigos, borboritas, *etc.* En ese saco entraron también Prisciliano y sus discípulos.

[453] Era una consumada matemática. Se le atribuye la invención del astrolabio y del planisferio.

[454] Todavía el IV Concilio de Toledo, en 683, condenaría la costumbre priscilianista de que los clérigos gallegos llevaran el pelo largo («delirante pecado» en la apreciación de la Iglesia oficial).

[455] Victoria Sendón de León, *La España herética,* Barcelona, Icaria, 1986, p. 23.

[456] En 1900 Louis Duchesne publica en la revista de Toulouse *Annales du Midi* un artículo bajo el título «Saint Jacques en Galice». Autores posteriores, entre ellos el historiador Sánchez Albornoz y el filósofo

Unamuno, aceptan esta hipótesis. El escritor Sánchez Dragó la ha popularizado a través de su libro *Gargoris y Habidis: una historia mágica de España*. Para contrarrestar esta teoría, el obispo Guerra Campos ha desenvainado la suya propia: Santiago está en Santiago, como tiene que ser, y Prisciliano está en la ermita de San Mamede, en Os Martores (o sea, Los Mártires), parroquia de San Miguel de Valga (Pontevedra). Según otros el verdadero sepulcro de Prisciliano está en la iglesia de Santa Eulalia de Bóveda, cerca de Lugo.

[457] No hay pasaje de la Biblia, y mira que uno encuentra en ella de todo, en el que Yahvé o Dios se rían o por lo menos sonrían. Nada les hace gracia. Y de la paloma del Espíritu Santo, no digamos: siempre con las alas abiertas, como si acabara de recibir una perdigonada.

[458]. Hace unos años aparecieron en el subsuelo de la catedral los restos de un cementerio celta reutilizado por los primeros cristianos, por los suevos invasores (entre 411 y 585), por los visigodos (entre 585 y 711) y por los musulmanes (a partir de 711).

[459] El diploma original, firmado por Ramiro I, una burda falsificación fabricada siglos más tarde, «se extravió en 1543 al ser presentado en la Chancillería de Valladolid con motivo de un pleito contra la villa de Pedraza», pero se ha conservado una copia procedente del monasterio de Corias, en Asturias (hoy en la Biblioteca Nacional).

[460] El rey Felipe IV renovó el voto de Santiago y lo institucionalizó en 1643, pero en 1812 las Cortes de Cádiz —plagadas como estaban de masonazos, librepensadores, enciclopedistas y liberales—, lo abolieron (junto con todos los privilegios del Antiguo Régimen). Franco lo reinstauró, pero sólo simbólicamente.

[461] Gregorio Mayáns y Francisco Cerda y Rico, demostraron en el siglo XVIII que la batalla nunca se riñó, que era completamente imaginaria. Sólo la menciona la crónica del obispo Rodrigo Jiménez de Rada *De rebus Hispaniae (Cronicón de las cosas sucedidas en España),* también conocida como *Historia gothica* o *Crónica del toledano*, en la que se describe la historia de la península Ibérica hasta 1243.

[462]. Por cierto, ahora, desde el crecimiento del terrorismo islámico, la Iglesia, mansa como paloma pero prudentísima como serpiente, está sustituyendo a toda prisa esas imágenes de Santiago Matamoros por otras

más pacíficas de Santiago Peregrino. Nuestra devoción no debe decrecer por ello, ya que tan Santiago es el uno como el otro. En cualquier caso, el Santiago Peregrino, puesto a las bravas, también puede hacer ricia de los infieles con su cayada o bordón de caminante.

[463] Pascual Rambla, O. F. M., *Tratado popular sobre la Santísima Virgen*, parte III, cap. V: «Historia del dogma de la Inmaculada Concepción», Barcelona, Vilamala, 1954, pp. 192-210.

[464] Maticemos. El padre Ripalda, S. J., en su *Catecismo patriótico*, año 1951, el que estudiamos los niños de mi generación, hablaba de «cuatro senos o lugares de las almas que no van al Cielo». El padre Astete, S, J., en su catecismo de 1955, lo confirma: «Hay cuatro infiernos y se llaman: el Infierno de los Condenados, el Purgatorio, el Limbo de los Niños y el Limbo de los Justos o Seno de Abraham.»

[465] Con toalla del mismo color en la que las monjitas del Sancto Spíritu han bordado primorosamente las llaves de san Pedro cruzadas, una de plata y otra de oro.

[466] Otros dicen que las reformas de los novísimos se le ocurrieron paseando por el valle de Aosta, al pie del alpino Mont Blanc. El lugar es lo de menos y no vamos a discutir por eso. Era una mañana soleada, había madrugado, como siempre, había pedaleado un rato en su bicicleta estática, se había duchado (ducha masaje, naturalmente) con agua tibia, había oficiado misa privada, y había desayunado fuerte: huevos con panceta, dos capuchinos, tazón de *muesli* y zumo de papaya. Y no había probado una gota de alcohol, que conste.

[467] En 1975 el teólogo católico Hans Küng declaró: «El Cielo de la fe no es el cielo de los astronautas. No es un lugar, sino una forma de ser», *y* el Vaticano le echó una bronca de padre y señor mío. Es evidente que hablaba inspirado por el Espíritu Santo, ahora lo vemos, pero había pecado de precipitación al adelantarse al Santo Padre en la publicación de la noticia arrebatándole la primicia.

[468] Y se expande en la misma medida en que lo hace el universo, que para eso es creación suya, qué caramba.

[469] Aparte de que la Iglesia es una teocracia y no ha incurrido, ni incurrirá jamás, en los turbios manejos de las democracias. Los católicos sabemos que al Papa lo elige el Espíritu Santo para una monarquía vitalicia.

¿Qué mejor garantía del hombre probo, el gran timonel que la barca de Pedro necesita?

[470] En la Biblia jamás se mencionan el Cielo o el Infierno. Solamente aparece el *sheol* de los judíos. Los traductores cristianos de la Biblia escribieron «Infierno» donde el texto sagrado decía *sheol* (en hebreo) y *Hades* o *Gehena* (en griego).

[471] Recordemos que, sin que medie la voluntad del Altísimo, ni una hoja se mueve en el árbol, ni hacen sus bolitas un escarabajo pelotero o un conductor se hurga la nariz ante un semáforo.

[472] Si has sido bueno, te reencarnas en un individuo más sabio y en sucesivas reencarnaciones vas ascendiendo, si no te tuerces y das marcha atrás, hasta integrarte en la divinidad; pero si has sido malo te desencarnas en un cerdo, en una liebre, en un protozoo, en un microbio y así sucesivamente.

[473] Incluso tenían localizada la entrada de ese inframundo en el cráter del volcán Averno, cerca de Cumas, en la Campania.

[474] ¡Coño, entonces por qué no ponéis que el Infierno es eterno y aclaráis el concepto!

[475] La verdad es que este Infierno lo habían adelantado hace medio siglo algunos teólogos, entre ellos Hans Küng y Hans Urs von Baltasar, que percibían cierta contradicción entre la «infinita misericordia de Dios» y el desproporcionado castigo de las llamas eternas, pero la rosa de la verdad era todavía un capullo a medio abrir y por esta causa fueron penitenciados por el Vaticano. «El Infierno —escribía Küng— no debe entenderse como un lugar del mundo supraterrestre o infraterrestre, sino como una exclusión de la comunión con el Dios vivo.»

[476] O sea, de los cojones, y perdonen la crudeza.

[477] En este parlamento he intentado reproducir, lo más fielmente posible, las palabras del padre Oronoz, S.J., en los ejercicios espirituales que nos administraba anualmente (con *u*) en los primeros años sesenta del pasado siglo. He intentado localizarlo para que me confirmara si eran ésas aproximadamente sus palabras y me ha sido imposible dar con él. Un colega suyo me indica que ahorcó los hábitos a los pocos años, se emparejó en público concubinato con una hija de confesión y Dios ha bendecido su hogar con dos niñas encantadoras. (Sólo dos porque usa condón, el taimado.) Creo

que viven en las Canarias, las islas Afortunadas (al menos lo eran antes de que él se empadronara allá). Es todo cuanto he podido saber. No obstante, como guardé fielmente en la memoria el nombre del teólogo que citaba, el padre Cochem, la descripción del Infierno que reproduzco es fiel. Su revelación nos sume en un océano de dudas. ¿Cómo es posible que Dios, el del camisón impoluto, el bondadoso anciano de barba blanca y mejillas sonrosadas que vive en las nubes, descienda al Infierno, con lo que tizna, con la persistente peste a humazo que debe impregnarle barba, cejas y vestiduras, para ayudar al demonio en su horrible fragua? Si lo dice el teólogo y la Iglesia no lo contradice, será verdad, pero francamente de vez en cuando podrían cuidar más los detalles para no suscitar en el rebaño dudas desedificantes.

[478] Aquí surge un problema de interpretación que los teólogos no han resuelto todavía, sobrecargados como están de trabajo. Si aceptamos que Dios está en todas partes, ¿cómo pueden las Escrituras, obra del mismo Dios, sin margen de error posible, aseverar que los pecadores serán enviados «lejos de la presencia» del Señor? Si está en todas partes, ya hemos quedado en que su atributo es Vastísimo, ¿cómo se las arregla para alejar a los condenados de su presencia? Y lo que es más: si está en todas partes, también estará en el Infierno. No hay respuesta para este enigma. Evidentemente se trata de un misterio de la Iglesia que debería agregarse a la lista oficial. Propongo que, puesto que he sido yo su descubridor, se me conceda el honor de nombrarlo: Ausenciación (del mismo modo que hay Anunciación, Encarnación, Transustanciación, Ascensión, y tantos otros terminados en —*on*).

[479] Esta doctrina «está en la Revelación y al mismo tiempo es definida como tal por el magisterio extraordinario de la Iglesia, es decir, por un concilio ecuménico o por el Papa actuando ex cátedra».

[480] Recordemos que Dios (o sea, el Espíritu Santo) cuando inspira estas remodelaciones al Santo Padre sabe perfectamente lo que se hace. Es el único que ha estado en el Infierno y ha regresado para contarlo. El cristiano está obligado a creer que Jesús, recién muerto, «descendió a los Infiernos y sacó las ánimas de los santos padres que estaban esperando su santo advenimiento» (cuarto artículo de la santa humanidad, según el *Catecismo* del padre Astete). Los Infiernos referidos corresponden al *sheol* de los judíos (ya vimos que Jesús nunca fue cristiano; murió demasiado pronto para serlo). Fue después de esta visita cuando Dios Padre decidió traspasar el Infierno a

la Iglesia naciente, la cual lo redecoró y, con muy buen criterio, lo llenó de llamas, demonios, tormentos y crujir de dientes.

[481] Un año después, en abril de 2007, el nuevo Papa, Ratzinger, se nos descuelga con que «el Infierno, del que se habla poco en este tiempo, existe y es eterno». Se deduce que el Espíritu Santo (que inspira a los Papas), ha cambiado de opinión de un pontificado a otro y donde dijo digo, dice ahora Diego nuevamente. No es que la Celestial Paloma sea voluble y ande revoloteando errática por los predios de la teología. Lo que ocurre es que la limitada inteligencia humana no alcanza a penetrar los misterios de la voluntad divina. Por eso no me canso de decir que más vale creer a puño cerrado, con la fe del carbonero, que meterse en averiguaciones. No la vayamos a joder a última hora, después de una vida intachable, y acabemos en el Infierno por un delito de herética opinión.

[482] Ya veremos cómo nos las arreglamos para repartir las proteínas ingeridas por los caníbales que pertenecen a su carne, de acuerdo, pero también son parte de la carne del desventurado que se han comido y que supuestamente recupera sus tajadas al resucitar. Lo más probable es que Dios permita una bisustanciación, o sea una duplicación de la proteína y a cada cual la suya, al uno la primigenia y al otro la derivada. Sobre esto no se ha manifestado aún la teología. Una vez más procuro iluminarle el camino, dentro de mi modestia.

[483] «El demonio es el ángel caído que tras desobedecer a Dios fue castigado al fuego eterno y trata de apartar, con las tentaciones, a las almas de Dios.»

[484] Sí, amado hermano en Cristo, lo que oyes: lo restauró, el 13 de marzo de 2007, ante los cardenales, arzobispos, obispos y demás jerarquías de sotana congregadas para asistir al primer sínodo de su pontificado. Reunión de pastores, oveja muerta, y me temo que las ovejas somos nosotros. Muerta y chamuscada en este caso. ¿Y el Espíritu Santo que los inspira, cómo puede dar esos bandazos doctrinales en apenas un lustro?, preguntarás. ¡El Espíritu Santo: mudable paloma que vuela a favor del viento dominante!

[485] Quizá sea excesivo aclamarlo como nuevo Moisés. A Moisés se le manifestó Dios mismo, aunque por medio de una zarza ardiente para evitarle la experiencia cegadora que reserva para los que lo contemplan en su Mismidad. En persona (lo cual indica que en el Cielo anda habitualmente en

cueros, sin el púdico camisón con que la iconografía le cubre las vergüenzas); a los Papas, por el contrario, sólo los inspira el Espíritu Santo (que es la tercera persona y, por tanto, el mismo Dios, no lo olvidemos) y ni siquiera sabemos si ven la Paloma o si simplemente perciben su inspiración dentro de la cabeza.

[486] La purificación «por el fuego» (1 Cor. 3, 15). También se prueba la existencia del Purgatorio en 2 Mac. 12, 46; Mt. 5, 26; 1 Cor. 3, 11-15.

[487] Me baso en la familiar iconografía cristiana. La tradición es una forma de conocimiento revelado que la Iglesia acepta desde Trento. Ahora bien, sobre este asunto del Purgatorio la Iglesia no ha desarrollado doctrina. Algunos teólogos reducen su castigo a una mera «pena de ausencia», porque las almas están temporalmente privadas de la visión beatífica de Dios que se disfruta en el Cielo. Sí, eso será ahora, porque lo que era antes, en siglos pasados, el Purgatorio era un brasero ardiente, lo que persuadía a los cristianos a aflojar la bolsa para ganar indulgencias (el precedente espiritual de la cuenta de ahorro) y sobre todo a sufragar los gastos de la Iglesia y, al borde del lecho de muerte, con el acojono de la inminente comparecencia ante el Dios Juez, a testar a su favor y asegurarse el indulto. Esta actividad continúa practicándose en las residencias de ancianos regidas por religiosas, con gran indignación de los legítimos herederos que, en su egoísmo materialista, preferirían no compartir los bienes con la Iglesia.

[488] Concilio de Florencia, Decretum pro Graecis; Concilio de Trento, Decretum de Justificatione y Decretum de Purgatorio.

[489] En las Sagradas Escrituras abundan los testimonios de esta necesidad de sacrificio (que en lugar de un cordero podemos actualizar en forma de dinero contante y sonante o heredades legadas a la Iglesia en los testamentos): para el plano sacrificial de animales, Lv. 22, 22; para el institucional, referido a los sacerdotes, ministros del culto, Lv. 21, 17-23. Se trata de amar a Dios con todo el ser, con pureza de corazón y con el testimonio de las obras, Dt. 10, 12 y ss.

[490] La indulgencia (del latín *indulgentia:* «benevolencia, gracia, remisión, favor») es la remisión que el pecador obtiene de la pena temporal merecida por sus pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones consigue por mediación de la Iglesia, la cual, como administradora de la Redención, distribuye y aplica

el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos (Código de Derecho Canónico de 1983, libro I, título IV, capítulo IV, canon 992).

[491] A la Iglesia le desagrada hablar de dinero, prefiere llamarlo *emolumentos, estipendios, limosnas, óbolos, ofrendas.* Ahí se manifiesta el desprendimiento del clero hacia los bienes materiales. Luego lo han imitado los vendedores de los grandes almacenes que evitan pronunciar la palabra *dinero* cuando le preguntan al cliente: «¿Lo va a pagar en metálico o con tarjeta?» La Iglesia también ideó un tipo de tarjeta, la bula de la Santa Cruzada. Ingenio no le ha faltado al clero para sacar emolumentos de debajo de las piedras, eso hasta los más hipercríticos se lo reconocen.

[492] Artículo «Indulgencia» de la enciclopedia *Wikipedia.*

[493] Preguntado por el asunto Juan Pablo II, respondió: «Se trata de un tema delicado, que suscitó incomprensiones históricas, que afectaron negativa mente a la comunión entre los cristianos.» Amén.

[494] Fue esto un grave perjuicio para la Iglesia, porque cada vez había más cristianos adinerados que en trance de morir testaban a favor de ésta o de un determinado convento, dejándole toda o parte de la herencia. Ello explica que la Iglesia española llegara a ser propietaria de buena parte del territorio, que al provenir de donaciones era inalienable (no se podía vender), con lo que la economía se estancó. A esto se llamó bienes de «manos muertas». El rey Carlos III promulgó una ley que intentaba corregir estos abusos, pero a la postre se siguieron cometiendo.

[495] El Código de Derecho Canónico de 1983 las regula detalladamente en su libro I, capítulo IV, título 4, cánones 992 al 997.

[496] El Piccolo Museo del Purgatorio fue creado en 1897 por un sacerdote francés aficionadísimo a las santas ánimas del Purgatorio, el padre Jouet, con la venia del Papa Benedicto XV.

[497] Que la imagen dejada sea la de un dedo ardiendo alude evidentemente al instrumento con el que la desventurada religiosa satisfacía las tentaciones de la carne en el retiro de su celda. Sin embargo, la versión oficial de la iglesia, que acatamos, aunque a regañadientes y violentando el sentido común, es que la monja estaba en el Purgatorio para expiar su «gran impaciencia frente a la voluntad de Dios», porque estando tísica «fue presa de un descorazonamiento y deseó la muerte súbita para no sufrir más», María Vallejo Nájera, *Entre el cielo y la tierra. Historias curiosas sobre el*

Purgatorio, Barcelona, Planeta, 2007, páginas ilustradas.

[498] El lector interesado encontrará la oración, y otras no menos efectivas, en el mencionado libro de María Vallejo Nájera, ob. cit., p. 131.

[499] Finalmente todo se arregló, a Dios gracias. Su eminencia el cardenal Milingo abandonó el pecaminoso concubinato y se sometió a la Santa Sede, que le impuso siete «penitencias medicinales», a saber: «Peregrinación de arrepentimiento y penitencia al santuario de Fátima; someterse a un exorcismo; exiliarse durante un año en un monasterio de la diócesis de Winnipeg, en las heladas estepas canadienses; prohibición de decir misa y de administrar sacramentos en público durante su exilio; someterse como un monje más a la disciplina y a las órdenes del abad del monasterio; compartir la vida de los monjes y, sobre todo, su oración, así como sus disciplinas físicas, amén de participar en los ejercicios espirituales ignacianos que duran un mes; y traspasar sus poderes y el control de todas sus obras a manos de la Santa Sede». José Manuel Vidal, «El obispo pecador», crónica de *El Mundo,* 30 de septiembre de 2001, núm. 311. El escándalo de la boda no fue el único, me temo. En 2006, Milingo consagró sacerdotes y obispos a cuatro hombres casados, lo que le acarreó la fulminante excomunión *Latae sententiae* prevista por el canon 1382 del Código de Derecho Canónico. Benedicto XVI, inspirado por el Espíritu Santo, no se anda con paños calientes como su antecesor.

[500] En la primera edición del viejo, el Ripalda de toda la vida (1616) ya se mencionaba el Limbo.

[501] El primero que lo usó con ese significado fue san Alberto Magno y después su discípulo Tomás de Aquino. Ya vimos que el propio santo Tomás señala que uno de los goces de los justos que disfrutan del Cielo consiste precisamente en contemplar los horribles tormentos a que son sometidos los pecadores en el Infierno. Es evidente que, desde la perspectiva tomista, las regiones escatológicas se sitúan de modo concreto: el Cielo, arriba; el Infierno, abajo; el Purgatorio, probablemente a la derecha, fuera de ese eje, para que no interfiera en la contemplación de los justos, y el Limbo en la región intermedia, un poco por encima del Infierno, pero sin llegar al Cielo. Habría que definir si los condenados al Infierno ven a los privilegiados que disfrutan del Cielo. A estas alturas, ya lo sé, poco importa.

[502] Esto nos plantea una duda, porque el último catecismo de la

Iglesia prevé para los bebés sin bautizar «un camino de salvación», lo que los situaría más cerca del Cielo que del Infierno. Si el Limbo es el borde de la olla infernal, como acabamos de demostrar, parece que el Cielo estará a menos de un palmo del Limbo, o sea, en la inmediata cercanía del Infierno y por su parte superior. Hay que imaginar que Dios tendrá previsto algún medio para que los efluvios del azufre quemado y las pavesas de ceniza no molesten a los de arriba, a los justos.

[503] ¡La madre que te parió, Santo Padre!

[504] La doctrina se aprobó en el II Concilio de Lyon (1274) y el de Florencia (1439-1445). En el siglo XVII se produjo un violento enfrentamiento entre agustinos y jansenistas, por un lado, y jesuitas escolásticos, por otro. Los jansenistas defendían la doctrina de san Agustín: los bebés sin bautizar van al Infierno y acusaban a los agustinos y jesuitas de herejes. El Papa Pío VI tuvo que intervenir desautorizando a los jansenistas y el rifirrafe quedó en tablas: que cada cual piense lo que quiera, pero sin excomulgar a nadie, declaró el Papa. Desde entonces unos creen en el Limbo y otros no. Los jesuitas, como creen, lo incorporaron a sus catecismos populares.

[505] La Comisión Teológica Internacional está integrada por treinta y dos teólogos procedentes de distintos países de la cristiandad, entre ellos España, que aporta sólo dos, pero de mucho peso. Como dice el arzobispo de Westminster: «Se pasan la vida encerrados entre libros tratando de dar respuestas exactísimas a preguntas que nadie se plantea.»

[506] Por algo se empieza, pero desde luego los teólogos deberían hacer algo por tranquilizar a todas esas madres y abuelas insomnes que se reconcomen haciendo cábalas sobre el destino de sus niños. ¿Qué trabajo les cuesta a ellos? No dijo el propio Jesús: «¿Lo que atéis en la Tierra será atado en el Cielo?» Pues ¡coño!, declarad dogma el Limbo, si eso no acarrea gastos de comunidad ni impuestos municipales. Si acaso, le fijáis un canon de admisión y que los padres de la criaturita muerta se retraten en taquilla, con lo que se le obtendrían unos buenos estipendios para el mantenimiento del culto y sus ministros, como se le obtienen a las anulaciones, misas y demás servicios de la Iglesia. Es una cuestión de conciencia.

[507] En *petit comité* reconocen que fue una invención de la escolástica medieval. Con este torpe proceder alimentan las especulaciones de los

hipercríticos. ¿Quién nos asegura —inquieren éstos, cargados de torcidísima intención— que todos los demás, Infierno, Gloria, Purgatorio, no sean también invenciones destinadas a recaudar fondos para la Iglesia y sus ministros?

[508] *Angelus officii nomen est, non naturae. Quaeris nomen huius naturae, spiritus est; Quaeris officium, angelus est: ex eo quod est, spiritus est, ex eo quod agit, angelus.*

[509] Las excepciones a esta norma son los milagros, claro, pero siempre se realizan de manera muy concreta y en casos individuales, no como categoría permanente: el agua en vino de Jesús, la burra de Balaám que habla, la detención del sol de Josué, la resurrección de Lázaro o la del propio Jesús (ésta con mayúscula inicial)...

[510] Me tomo la licencia de sustituir con fútbol las carreras de caballos entre equipos rivales, los verdes y los azules, en el hipódromo. Lo hago para la mejor comprensión del creyente (o crédulo).

[511] Me atengo a la doctrina oficial de la Iglesia, pero que conste que en el libro bíblico de Enoch (excluido del Canon) el propio Dios cuenta cómo doscientos ángeles del Cielo descendieron a la Tierra a satisfacer sexualmente a las hijas de los hombres (Enoch. 6 1, 8 y 7, 1-6). A ver en qué quedamos, Yahvé.

[512] Esto no admite discusión. Vayamos a los textos: «Si alguno dice que el diablo no fue primero un ángel bueno hecho por Dios, y que su naturaleza no fue obra de Dios, sino que dice que emergió de las tinieblas y que no tiene autor alguno de sí, sino que él mismo es el principio y la sustancia del mal, como dijeron Maniqueo y Prisciliano, sea anatema» (Concilio de Braga, 561). «Creemos que el diablo se hizo malo no por naturaleza, sino por albedrío» (IV Concilio de Letrán, 1215).

[513] A este propósito hay que señalar como enteramente apócrifo el episodio recogido por algunas vidas de santos que nos retratan a un san Antonio arrodillado y orante en su cueva frente a un Cristo crucificado barroco de tamaño natural. Llega el demonio y comienza a danzar alrededor del santo en figura de Sharon Stone desnuda e insinuante. San Antonio arrecia en sus plegarias, el demonio Sharon acentúa sus contoneos, el duelo entre lujuria y continencia se prolonga sin que ninguna de las partes ceda. Al final, sintiendo que las fuerzas lo abandonan y que está a punto de sucumbir a

la tentación, san Antonio se dirige en desesperada súplica al Crucificado que presencia la escena: «¿Qué hago, Señor, qué hago?» A lo que el Cristo responde: «¡Quítame los clavos, maricón!»

[514] Por eso el evangelista Juan escribe «el príncipe de este mundo ha sido derribado» (Jn. 12, 31).

[515] Me refiero al *longplay Pacto con el diablo,* considerado como uno de los diez mejores discos de la historia del *heavy metal,* la placa *Diabolicca* y, más recientemente, *Todos somos ángeles,* que refrendaría el espíritu de hermandad imperante en las dos formaciones.

[516] Una cuenta personal de jubilación, o IRA, es un plan personal de ahorros que le permite ahorrar dinero para su jubilación, a la vez que le ofrece ventajas tributarias. Es posible que pueda deducir algunas o todas las aportaciones a su cuenta IRA. El dinero de su cuenta IRA, incluyendo ganancias, generalmente no es tributable hasta que usted lo reciba. Las cuentas de jubilación IRA no pueden ser de propiedad conjunta. Sin embargo, toda cantidad que quede en su cuenta IRA al momento de su muerte puede ser pagada a su beneficiario o beneficiarios.

[517] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes,* p. 13.

[518] Ibídem, p. 37.

[519] Usaremos para entendernos este nombre, pero sepa el lector que el demonio, como Dios, tiene muchos nombres. Sin salimos de las Sagradas Escrituras puede llamarse: Abaddón, ángel del abismo (Apoc. 9); ángel de luz (2 Cor. 11); Apolyon (Apoc. 9); Asmodeo (Tob. 3); Beelzebul, príncipe de los demonios; dios de Acarón (Mat. 10 y 12; Mar. 3; Luc. 11; 2 Rey 1); Belial (2 Cor. 6); demonio (Jud. 9, Hech. 10); diablo (Apoc. 2, 12 y 20; Mat. 4, 13 y 25; Hech. 13, Juan 6, 8 y 13; Luc. 4 y 8; 1 Juan 3; 1 Tim. 3, Sabi. 2; 1 Ped. 5; Sant. 4; Hebr. 2; Efe. 4 y 6; 2 Tim. 2); dios de este siglo (Efe. 2, 2 Cor. 4); gran Dragón (Apoc. 12); hijo de la aurora (Isa. 14); Legión (Luc. 8); el Maligno (Mt. 13; 1 Jn. 2, 3 y 5; 2 Jn. 5; 2 Tes. 3; Efe. 6); príncipe (Dan. 10); príncipe de la potestad del aire (Efe. 2); príncipe de este mundo (Jn. 12, 14 y 16); Satán (Job, 1; Crón. 21; Zac. 3); Satanás (Mat. 4 y 16; Mc. 1, 4 y 8; Jn. 13; Lc. 10, 11, 13 y 22; Rom. 16; 1 Cor. 5; 2 Cor. 11 y 12; 1 Tim. 1; 1 Tes. 2; 2 Tes. 2; Apoc. 3, 12 y 20; Job. 1 y 2; Hech. 5 y 26); serpiente antigua (Apoc. 12); el que está en el mundo (1 Jn. 4).

[520] La palabra *diablo* procede de la raíz griega *diaballó* (διαβάλλο,

«calumniar, falsear, mentir». La teología tiene una rama, más bien una raíz, que se ocupa de los demonios: la demonología, una ciencia tan exacta y precisa como la mariología (y no menos necesaria). Los malvados que rinden culto al demonio practican la demonolatría, y cuando evocan a los demonios, para adivinar con su ayuda, a eso se llama demonomancia.

[521] No entiendo por qué predican, con el Papa a la cabeza, que el demonio está acabado, si cada vez se producen más casos de posesión diabólica o histeria, como la llamaban antes los médicos positivistas (ahora la llaman distonía neurovegetativa). Éstos parecen coincidir con los hipercríticos que sostienen que el demonio no existe, que las personas poseídas por el demonio son, en realidad, enfermos mentales y que el acto de la posesión se ha confundido con ataques de epilepsia.

[522] Además de que la sensibilidad masculina está de moda y no sólo entre los metrosexuales con tendencias gais más o menos pronunciadas, sino entre los machos alfa regoldadores y pedorreros de toda la vida.

[523] La carcundia de la curia romana, diríamos, si no lo vedara la caridad cristiana.

[524] No todos: algunos monseñores prefieren el Bollinger Blanc de Noirs Vieilles Vignes Francaises 1998.

[525] Por imposición de la Congregación de la Doctrina de la Fe, como ahora se llama la Santa Inquisición por motivos de imagen.

[526] Armindo dos Santos Vaz, profesor de la Universidad Católica Portuguesa, se licenció en teología dogmática, en ciencias bíblicas por el Instituto Pontificio Bíblico de Roma, y en teología bíblica por la Universidad Gregoriana de Roma. Sus conclusiones las ha expuesto en un libro que resume su tesis doctoral, *La visión de los orígenes del Génesis 2, 4b, 3-24. (La llamada historia del Paraíso) A visao das origens em Gen 2, 46-3, 24.* Lisboa, Didaskalia, 1995. Otro sacerdote teólogo que se mueve en la misma onda es el jesuíta Luis Ladaria, S. J., autor del libro *Teología del pecado original y de la gracia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos-BAC, 1993, en el que según el también sacerdote y teólogo José María Iraburu «no logra estar conforme, aunque lo intente, con la doctrina de la Iglesia». Feo asunto este de ver a dos pastores enzarzados a palos en medio del pastizal mientras el hato se desperdiga fuera del redil a merced del lobo carnicero del acechante pecado, en especial de la desatada ola de lujuria y libertinaje que

estamos padeciendo y que afecta incluso a la Iglesia. (Escribo esto mientras Benedicto XVI pide perdón en Australia por los sacerdotes pederastas que ceban sus instintos primarios en los corderillos recentales variedad Texel del rebaño después de haber pedido perdón en Estados Unidos por los sacerdotes pederastas que ceban sus instintos carnales en los corderillos recentales, variedad merino americano, del rebaño. ¡A ver cuándo le toca a España, Santo Padre, que aquí tampoco somos de piedra!)

[527] Es lo que en el fondo sospechábamos todos a pesar de nuestra fe ciega en la Iglesia y en su interpretación de las Escrituras: de ahí que hasta los místicos se aferren de esa manera a la vida y que los más entregados sacerdotes y monjas remuevan Roma con Santiago cuando les detectan una enfermedad para curarse y prolongar su existencia: si tan seguros estuvieran de que les espera la Gloria en la otra vida no se aferrarían a ésta de esa manera tan desedificante, con grave escándalo de sus ovejas.

[528] Esto nos alivia a los protectores de animales que nunca hemos comprendido por qué se odia tanto a la pobre serpiente, encima de la vida tan arrastrada que lleva.

[529] Reportaje de Javier García, «El Paraíso Terrenal, el diablo y el pecado original nunca existieron. El teólogo Dos Santos desmitifica las falacias del Génesis», diario *El País*, sábado 23 de marzo de 1996, p. 32.

[530] Digo depurado porque la Iglesia se cuidó de suprimir todo documento pagano contrario a sus intereses, que son los del cristiano. De ese modo, las lecturas perniciosas que hubieran sido como medicamentos mortales al alcance de los niños, no han llegado hasta nosotros. La Iglesia no deja nada al azar. Ahí tenemos el Código de Derecho Canónico 29 que permite destruir documentos perniciosos.

[531] Aquí mencionaremos el cisma culinario de la cebolla: algunos creyentes sostienen que la tortilla española no lleva cebolla; otros, que sí la lleva. Servidor se mantiene fiel a la línea ecléctica de los Canaperos Reconstituidos de los Últimos Días: cuando terminan con la tortilla con cebolla, continúan con la que no contiene cebolla. ¡Seamos felices, hagamos felices a nuestros semejantes y semejantas y no cuestionemos tanto la esencia de las cosas!

[532] Todas son erróneas, puesto que prescinden de la existencia de un Dios Creador origen del universo. Sólo los católicos profesamos la religión

verdadera, recordémoslo.

[533] Recomiendo la lectura del interesante ensayo de Gonzalo Puente Ojea e Ignacio Careaga Villalonga, *Animismo, el umbral de la religiosidad,* Madrid, Siglo XXI, 2005.

[534] El tótem es un objeto, ser o animal sobrenatural, que se vincula espiritualmente al grupo o a la tribu. La tribu se identifica con él y le atribuye cualidades en las que ella misma se refleja. El totemismo perdura en los símbolos nacionales actuales, casi siempre en forma de león (Inglaterra, España) o de águila (Estados Unidos, Francia napoleónica...).

[535] Gustavo Bueno, *La fe del ateo,* Madrid, Temas de Hoy, 2007, p. 34.

[536] Ibídem, pp. 276-377.

[537] Esa espontánea invocación a la sagrada forma demuestra que este hombre sencillo que parece apartado de la Iglesia, en el fondo de su corazón cree y tiene presente la eucaristía, por lo tanto como oveja del rebaño de Cristo, aun que descarriada, es recuperable.

[538] Es la tesis del etnomicólogo R. G. Wasson en su ensayo *Soma: The divine mushroom of immortality,* The Haque, Monton, 1968.

[539] Denominadas en vascuence *urrillo-belar, txantxarra y zigarra.*

[540] El Protoevangelio que llamamos *Documento* Q se ha perdido, pero su existencia se deduce de las afinidades entre los tres sinópticos que inspiró. Escrito en Galilea entre los años 40 y 60, en griego, reproduce dichos de Jesús (Santiago Guijarro, *Dichos primitivos de Jesús. Una introducción al Protoevangelio de dichos Q,* Salamanca, Sigúeme, 2005, pp. 26 y 61-63).

[541] Este canon, compuesto de veintisiete libros, se fijó a finales del siglo IV y principios del V por san Agustín (Occidente) y Atanasio (Oriente) y no se re conoció oficialmente hasta el Concilio de Trento (1546).

[542] Las afinidades se deben a que proceden de unas mismas fuentes, ahora perdidas. La teoría de las dos fuentes la propuso el biblista Ch. Weisse en 1838, y la complementó B. H. Streeter en 1924. El Evangelio más antiguo es el de Marcos, que influye en los de sus colegas Lucas y Mateo. Además, Lucas y Mateo usan una segunda fuente, el *Documento Q,* hoy perdido, que, como hemos dicho, se reconstruye parcialmente a partir de los Evangelios que inspiró. Véase James M. Robinson et al., *El Documento* Q *en griego y en*

español con paralelos del Evangelio de Marcos y del Evangelio de Tomás, Salamanca, Sigúeme, 2002.

[543] Al parecer sólo siete son auténticas: 1 Tesalonicenses, Filipenses, Gálatas, 1 Corintios, 2 Corintios, Romanos y Filemón.

[544]. (Gal. 1, 11-12); Antonio Piñero, *Fuentes del cristianismo. Tradiciones primitivas sobre Jesús*, Madrid, El Almendro, 1994, p. 325.

[545] Habla de ellos en la epístola a los gálatas (Gal. 2, 11-14; 2, 9; 1, 18-19) y en la que escribe a los Corintios (1 Cor. 15, 7).

[546] Rom. 1,3.

[547] Rom. 15, 8.

[548] Nos la cuenta en 1 Cor. 11, 23-27, de manera muy parecida a los evangelistas sinópticos (Mt. 26, 26-29; Mc. 14, 22-25; Lc. 22, 15-20).

[549] 2 Cor. 13, 4; 1 Tes. 2, 14; 1 Cor. 2, 8.

[550] 1 Cor. 15, 3-8. Pablo y la Iglesia procuran exculpar a los romanos, para congraciarse con ellos a fin de que les permitan extenderse por el Imperio.

[551] Sólo en 1 Cor. 7, 10 y 1 Cor. 11, 23-26 cita palabras de Jesús.

[552] La apologética es la rama de la teología que explica nuestras creencias católicas y denuncia los errores doctrinales que amenazan la integridad de nuestra fe. Con probada mala intención, los hipercríticos la consideran propaganda religiosa. En puridad lo es, pero hay que matizar: lo que en las falsas religiones y en las confesiones cristianas heréticas (protestantes, etc.) es propaganda religiosa, en la verdadera religión, la católica, es apologética: en apariencia puede parecer lo mismo, pero no lo es cuando lo consideramos a la luz de la fe.

[553] Otros dicen que en Roma o en Alejandría.

[554] Jn. 20, 30-31; véase también Antonio Piñero, *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Madrid, Trotta, 2007, pp. 392-393.

[555] Theissen y Merz, ob. cit., pp. 55-56.

[556] Piñero, *Guía...*, ob. cit., p. 166.

[557] Su *Exposición de las Palabras del Señor* es una supuesta recopilación de tradiciones orales sobre Jesús, hoy perdida, de la que citan

fragmentos Irineo de Lyon y Eusebio de Cesárea; Theissen y Merz, ob. cit., p. 76.

[558] Es el llamado «Testimonio flaviano» (Ant. 18, 63) sobre el que se acumulan las interpolaciones de copistas cristianos que no dudan en introducir morcillas en los venerables textos clásicos con tal de arrimar el ascua a la sardina de la Iglesia. Es posible que el texto primitivo ni siquiera mencionara a Jesús. A algún lector poco avisado le sorprenderá que un cristiano falte a la verdad con tanto descaro. En ese caso es mejor que no siga leyendo y que evite meterse en camisas de once varas porque, por si no lo había notado ya a lo largo del libro, desde aquí le advierto que el cristianismo está empedrado de embustes y falsedades. ¿Mentir, engañar, estafar... es compatible con el cristianismo? Maticemos: en la vida civil un embuste es un embuste y no hay más vueltas que darle, incluso uno puede ser inculpado ante los tribunales civiles. Pero en el ámbito religioso todo se relativiza porque existe una disculpa teológica y Dios está en un rango superior a la mera apreciación de la veracidad o falsedad. En el caso de que la mentira sea un *pia fraus*, un fraude piadoso, debemos admitirla como verdad y no constituye pecado.

[559] La mención de cinco discípulos (Matthai, Nakai, Nezer, Buni y Todah) parece confirmar que se trata de Jesús, pero el documento merece escaso crédito debido a lo tardío de su composición. Véase Joseph Klausner, *Jesús de Nazaret*, Barcelona, Paidós, 2006, pp. 23-58.

[560] Suetonio, *De Vita Caesarum. Divus Claudius*, 25. «Chrestus» parece una defectuosa transcripción de «Christus»; pero también pudiera aludir a cierto revoltoso judío en la Roma de la década del año 50.

[561] Así lo define una respetable profesora feminista de la Universidad de Harvard.

[562] Por excusar prolijidad omito numerosas excepciones cuya mera mención, al tratarse principalmente de obras de clérigos que renegaron de su fe y mancillaron su sagrado ministerio, pudiera desedificar a las más sensibles ovejas del rebaño católico que me lean. Entre estas excepciones que renuncio a citar destaca el jesuíta portugués, provincial de la Orden nada menos, Cristovão Ferreira, que fue a Japón a convertir infieles y acabó como el rosario de la aurora. En una aldea donde predicaba, los catequistas lo acusaron de intentar sustituir las tonterías del budismo zen por gilipolleces

aún más intragables, lo tiraron a la fuente del pueblo y le propinaron una somanta de palos. Como consecuencia de ello, o sea, del shock traumático, creyó ver la luz y pergeñó el opúsculo *La superchería desenmascarada* (Kengiroku, 1636) en el que predica que Dios no ha creado el mundo, que el alma es mortal, que no hay otra vida, que no existen el Cielo, ni el Infierno, ni el Purgatorio, ni el pecado original, ni leches; que el Papa es un sujeto taimado y peligroso, que las indulgencias, el ayuno, las misas, la eucaristía, la confesión, la virginidad de María, los Reyes Magos y los dogmas y misterios son patrañas para el consumo de una panda de memos embaucados por curas sacaperras. Tampoco citaré al sacerdote francés Jean Meslier (1664-1729), cuya abultada obra *Memoria de pensamientos y sentimientos de Jean Meslier. Demostraciones claras y evidentes de la falsedad de todas las divinidades y de todas las religiones del mundo* (1729) hunde en el cieno nuestras más sagradas creencias católicas mediante razonamientos no por impecables menos atentatorios contra la misma esencia de nuestra fe. Este abate es el autor de la desgraciada consigna anarquista de ahorcar a todos los aristócratas con las tripas de los curas, no diré más. El tercer autor que pasaré por alto es Ludwig Feuerbach (1804-1872), filósofo alemán que, tras una juventud devota, perdió la fe y se entregó a la perniciosa razón hasta el punto de que, en su libro *La esencia del cristianismo* (1841), disecciona la idea de Dios y demuestra que sólo es una quimera inventada para consolarnos de la limitada, mortal, finita e impotente condición humana. ¡Siempre el fácil recurso de la razón y de la inteligencia, como si con la fe no bastase! Parafraseando a san Josemaría Escrivá de Balaguer me limitaré a refutarlos con una cita: «Tres eran, tres, las hijas de Elena; tres eran, tres, y ninguna era buena.» ¡Que Dios los haya castigado!

[563] Hablo de Europa en general. La católica España disfrutó de su Inquisición más que ningún otro país de la cristiandad (a excepción del Vaticano, claro). La última ejecución por delitos religiosos practicada en España fue la del maestro deísta catalán Cayetano Ripoll, en julio de 1826.

[564] En el libro *Acerca del objetivo de Jesús y sus discípulos*, publicado en 1774 por su discípulo G. E. Lessing. Reimarus no se atrevió a publicar el libro que había escrito contra la Palabra revelada.

[565] Me refiero a Europa de Pirineos para arriba. España, afortunadamente se mantuvo al margen, católica a machamartillo, atrasada y pobre si se quiere, pero fiel a la verdad, con sus procesiones de Semana

Santa, sus santas patrañas del pueblo y sus toros ensogados.

[566] Vergüenza debería darles haber fundado un seminario para esto. Claro que nosotros tenemos motivos para callar porque ¡anda que no han salido separatistas e ideólogos del terrorismo aberzale de los seminarios de Vasconia!

[567] Otros académicos posteriores siguen negando con la misma ceguera que Jesús existiera: J. M. Robertson, en Gran Bretaña; Arthur Drews, en Alemania; Paul-Louis Couchoud y Prosper Alfaric, en Francia, seguidos por G. Wells y Earl Doherty, entre otros.

[568] Comparten el mérito de este descubrimiento los biblistas Christian Hermann Weisse y Christian Gottlob Wilke quienes, iluminados por el Espíritu Santo, llegaron a idéntica conclusión simultáneamente y sin conocimiento mutuo.

[569] Los yanomami son esos indígenas amazónicos que, en su adánica inocencia, andan desnudos como sus madres los traen al mundo, aunque, debido a un innato sentido de la modestia, se cubren aquellas partes que el pudor nos impide nombrar con unas elaboradas cojoneras de mimbre.

[570] Véase Fernando Bermejo, «Historiografía, exégesis e ideología. La ficción contemporánea de las tres búsquedas del Jesús histórico», en *Revista Catalana de Teología,* núm. 30, 2005, pp. 349-406; y núm. 31, 2006, pp. 53-114, Barcelona, Facultad de Teología de Cataluña.

[571] Para estos autores los Evangelios (incluido el precedente *Documento Q*) son compilaciones de unidades literarias menores, las *perícopas,* procedentes de una variedad de literatura oral (narraciones de milagros, diálogos didácticos, enseñanzas éticas, etc.).

[572] «Para desarmar y neutralizar los avances de una ciencia histórica que ponía en entredicho sus ficciones —escribe Montserrat Torrents—, los historiadores confesionales han dividido la investigación histórica de los últimos doscientos años en tres períodos: una primera búsqueda (*first quest* en la lengua de la mayoría de ellos) correspondiente a la primera historiación crítica del cristianismo desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX; una nueva búsqueda (*new quest*), integrada principalmente por los exégetas protestantes de mediados del siglo XX; una tercera búsqueda (*third quest*), realizada mayoritariamente por estudiosos norteamericanos y promovida por la poderosa industria editorial de Estados Unidos. Para los apologetas de

nuevo cuño la tercera búsqueda es la auténticamente histórica, aunque todavía no se haya completado, porque la primera búsqueda está obsoleta y la nueva búsqueda superada. El lector se habrá percatado de que en esta periodización falta la primera mitad del siglo XX. Los desenfadados historiógrafos consideran que esta época (la de Bultmann, de Loisy, de Guignebert, de Schweitzer...) corresponde a una *no quest*, una ausencia de investigación» (Montserrat Torrents, *Jesús...*, ob. cit., p. 10).

[573] Ernst Käsermann en *Nueva indagación sobre el Jesús histórico*, conferencia dictada el 20 de octubre de 1953.

[574] Para una panorámica de los recientes estudios bíblicos, véase Rafael Aguirre, «Estado actual de los estudios sobre el Jesús histórico después de Bultmann», en *Estudios Bíblicos*, núm. 54 (1996), pp. 433-463; Hershel Shanks (ed.),*The Search for Jesus. Modern Scholarship Looks at the Gospel*, Washington, Biblical Archaeological Society, 1994, y James H. Charlesworth y Walter P. Weaver, *Images of Jesus Today*, Valley Forge PA, Trinity Press, 1994, pp. 5-15.

[575] La teóloga australiana Barbara Thiering sostiene que Jesús se casó con María Magdalena, que tuvo tres hijos de ella, que se divorció y se volvió a casar con una tal Lidia que llegó a obispa de Tiatira, ciudad mercantil del Asia Menor. No seré yo el que le lleve la contraria a la australiana, que tiene todo el aspecto de ser una mujer de armas tomar. Le escribí una carta indignado y me respondió con otra enteramente ofensiva en la que me replicaba con razonamientos como éste: «Vayase a la mierda y no me toque los ovarios, que cosas más extravagantes aparecen en los Evangelios y nadie se ríe ni te da con el codo cuando te los leen en la misa, so capullo.» Naturalmente le he retirado el saludo.

[576] Vuelvo a creer en el Infierno que Wojtyla había declarado en suspensión de pagos y cierre patronal, después de las últimas declaraciones de Ratzinger enmendándole la plana y reabriendo el caso. A veces el Espíritu Santo que inspira a los pontífices vuela un tanto erráticamente, lo sé, pero eso es lo que hay. En tiempos tempestuosos la navecilla de san Pedro da esos bandazos. No sería malo anillar a la Celestial Paloma e intentar seguirle los vuelos cuando no se manifiesta a ver si averiguamos la razón de estas mudanzas tan súbitas.

[577] El primer estrato del Evangelio de Tomás, el Evangelio Egerton

(hacia el año 50), el *Papiro Oxirrinco,* el Evangelio de los Hebreos y un hipotético Evangelio de la Cruz, base de un hipotético Evangelio de Pedro, el Evangelio de los Egipcios y el Evangelio Secreto de Marcos (hacia el año 70).

[578] Burton L. Mack, *A Myth of Innocence: Mark and Christian Origins,* Filadelfia, Fortress Press, 1988.

[579] No me toquen los cataplines los hipercríticos alegando que en tiempos de Jesús no se conocía el jabón: ya lo sé, pero incurro en el anacronismo por facilitar la comprensión de los cristianos simples y limpios de corazón que no entenderían cabalmente mis palabras si, ateniéndome a la verdad, señalara que Lázaro se escamondó con aceite y greda.

[580] En el Evangelio de Juan el que se cura es hijo de un funcionario.

[581] Los hipercríticos se obstinan en creer que eran simples casos de histeria o de epilepsia. ¡Qué sabrán ellos! ¿Acaso no existe el demonio? ¿Acaso no mantiene la Iglesia hoy, en pleno siglo XXI, un montón de exorcistas en nómina? El hecho de que nunca se endemonien las personas que no creen en los demonios, como sostienen los hipercríticos, no prueba nada. Simplemente que los demonios, como son tan orgullosos (la soberbia que perdió a Lucifer) prefieren introducirse en personas crédulas y sencillas, cuando no en débiles mentales. Lo hacen por comodidad, los muy ladinos. ¡Que no se vayan a lo fácil, que intenten introducirse en el Santo Padre o en algún miembro de nuestra querida Conferencia Episcopal, Rouco mismo! ¡No hay cojones!

[582] A esa perversión del lenguaje hemos llegado, a llamar «chica liberal, abierta y sin prejuicios» a lo que antes era «puta desorejada». Lo de «abierta» lo mantengo

[583] Siete demonios, se entiende.

[584] No estoy seguro de si esta poética definición procede de *Camino* o de alguna glosa franciscana. También pudiera ser de mi cosecha.

[585] Sin embargo hemos de advertir que nunca ha sido patrona de las putas. La patrona de las putas es santa Nefija, una santa francesa medieval que «daba de cabalgar en limosna», como aseveran sus pías hagiografías. También precisan que les cobraba a los moros, pero a los cristianos se lo hacía de balde y más completo que a los sarracenos. Dominaba el francés a la

perfección, lógico tratándose de una nativa.

[586] Conventos de monjas, casas de *arrecogías*, amas o sobrinas del párroco, roperos parroquiales, cofradías femeninas, bordado de casullas y otros ornamentos, decoración floral de las capillas, decapado y barnizado de muebles de sacristía, restauración de imágenes antiguas con purpurina dorada y betún de Judea, limpieza y encalado de los templos y casas parroquiales, peregrinaciones a Lourdes o Fátima, adoratrices, camareras de la Virgen, *etc.* El servicio de los pontífices, sin ir más lejos, está a cargo de mujeres, las camareras del Papa, y, todo hay que decirlo, tienen las dependencias pontificias como los chorros del oro. Mejor que gastarse las perras en el bingo, enchufarse todo el día a las telenovelas o trizar honras ausentes en contubernio corralero.

[587] Del verbo *asir*, no de *asar*, cuidado.

[588] Algunos autores, entre ellos el Papa Gregorio Magno, siglo VI, supusieron que en realidad las tres Marías eran la misma persona, pero los modernos estudios bíblicos las diferencian. Otros identifican a María de Magdala con la samaritana del pozo (Jn. 4, 1-42) o la adúltera a la que Jesús salva de morir lapidada (Jn. 8, 1-11).

[589] Lo escribo en francés no por presumir de idiomas, sino porque ocurre en Francia.

[590] Al decimotercero, mal número, lo quemaron para calentar el puchero de la cena.

[591] Busquéis, ob. cit., p. 163.

[592] Otras herejías eucarísticas no menos peculiares fueron los artotyritas, que comulgaban con pan y queso, suponiéndolos los primeros dones sacrificiales de Dios en el Génesis; los catafrigios y pepucianos, que comulgaban con pan amasado con sangre de niños, para que el sacrificio fuera más real. En Estados Unidos, un predicador algo trastornado alegó recientemente que el pan horneado es cancerígeno y el vino favorece el alcoholismo, de modo que propuso comulgar con pizza y Coca-Cola, los productos más fáciles de encontrar, pero extrañamente no halló seguidores (aquí se ve la mano del Vastísimo). Argumentaba el profeta que Jesús no pudo instituir estos productos porque en su tiempo no existían, pero que hoy sin duda los hubiera escogido para la eucaristía. No es por polemizar, pero Jesús, como Dios (segunda persona), tenía perfecto conocimiento de que

algún día en el futuro habría pizza y Coca-Cola y seguramente incluso conocía la fórmula ultrasecreta del brebaje. A Dios no se le resiste nada. No descarto que pueda inspirarle a algún devoto la fórmula de la Coca-Cola. Eso sí que sería una revelación. ¡Que sea antes de tu segunda venida, Señor!

[593] Para algunas religiones gnósticas, el mundo es una creación de malignos demiurgos que tenían al hombre encerrado en la existencia terrenal e ignorante de su condición de prisionero. Para otras, el mundo era el fruto de un fracaso o tragedia creativos. Los que conocían (gnosis) esta verdad podían intentar escapar. En contacto con el cristianismo, aparecieron nuevas variantes gnósticas. Sus más destacados representantes fueron:

—Valentín (siglo II). Fundador de otra escuela gnóstica. Para él, Jesús de Nazaret fue una divinidad creada para redimir a la propia divinidad de un defecto o desorden interno sufrido durante el proceso de la Creación.

—Simón Mago (siglo I). Predicador gnóstico que se autoproclamó encarnación del Padre. Para él, Jesús de Nazaret había sido una encarnación previa del Hijo.

—Basílides de Alejandría (siglo II). Fundador de otra secta gnóstica. Consideraba que la muerte de Jesús era incompatible con su naturaleza divina y, por lo tanto, había sido una muerte aparente o virtual, como diríamos ahora.

—Mani (siglo III). Fundador del maniqueísmo. Dentro de su sistema, Jesús de Nazaret, Zoroastro y Buda habían sido tres predecesores cuya enseñanza él completaba y culminaba.

[594] Concilio Vaticano II, canon 604 del Código de Derecho Canónico (núms. 922 a 924 del *Catecismo de la Iglesia católica*).

[595] El crecimiento descorazonadoramente lento del número de vírgenes consagradas en España lo achacan las interesadas al desconocimiento que se tiene de ellas. Muchas muchachas todavía a tiempo de consagrarse no lo entienden o no lo quieren entender y prefieren abrirse en el otro camino ignorantes de las dulzuras de los desposorios con Cristo el Señor. Como dice el Evangelio: «El que pueda, que lo entienda.»

[596] Reportaje "Vírgenes", de Lourdes Garzón y de Rosa Muñoz, en «Magazine» de *El Mundo,* núm. 169, 10 de enero de 1999, pp. 13-16.

[597] Ignacio Acuña Duarte, S. J., revista *Cristiandad,*

www.mercaba.org/ FICHAS/JESUS/PASION/RELIQUIAS.htm.

[598] El santuario de Charroux (cerca de Poitiers); ei de Amberes; el de Niedermünster (Alsacia); el de París; el de Brujas; el de Bolonia; el de Besançon; el de Nancy; el de Metz; el de Le Puy-en-Velay; el de Conques; el de Langres; el de Anvers; el de Fécamp; el de Hildesheim; los dos de Auvergne, el de Stoke on Trent; el de Newport; el de Burgos; el de Santiago de Compostela y el de Calcata, pueblecito de la provincia italiana de Viterbo. Éstos son los prepucios seguros, que han contado con la aprobación de la Iglesia a lo largo de los siglos, lo que equivale a un certificado de autenticidad. Prepucios sin papeles, probables o inciertos hay algunos más. El sabio dominico alemán A. V. Müller los estudia exhaustivamente en su obra *El sagrado prepucio de Cristo, Die hochheilige Vorhaut Christi im Kult und in der Theologie der Papskirche,* Berlín, 1907.

[599] La Hermandad del Santo Prepucio (*van der heiliger Besnidenissen ons liefs Heeren Jhesu Cristi in onser liever Vrouwen Kercke t'Antwerpen),* fundada en 1426, estaba integrada por veinticuatro hermanos pertenecientes a las más altas magistraturas civiles y religiosas de la ciudad que asistían semanalmente a una misa mayor privada en la capilla de la reliquia. Una vez al año procesionaban por la ciudad el Santo Prepucio para que sus conciudadanos pudieran beneficiarse de la gracia santificante que irradiaba.

[600] Otras fuentes más laicas aseguran que no fue un ángel sino el patriarca de Jerusalén, Fortunato, el que le entregó «una porción de Nuestro Salvador *y* Redentor, el *praeputium Domini*», o que fue un regalo de bodas que le hizo Irene, emperatriz de Bizancio.

[601] Lo demuestra con copiosa erudición Piedro del Frate, en su libro *Preciosísima reliquia del santo prepucio,* (1861).Véase también Herrmann, ob. cit., p. 168.

[602] La excomunión se ha mantenido hasta 1954.

[603] Deschner, ob. cit., p. 129.

[604] 604. Ibídem, p. 129.

[605] «La leyenda del santo pañal», *Historia y Vida,* núm. 273, diciembre de 1990, p. 84.

[606] Acuña Duarte, art. cit.

[607] Ibídem.

[608] Ibídem.

[609] Ibídem.

[610] Ibídem.

[611] Ibídem.

[612] Ibídem.

[613] Ibídem. No es por quitarle mérito a la Guardia Civil, principal usuaria del llamado «gerundio benemérito», pero aquí tenemos hermosos ejemplos del gerundio jesuítico.

[614] Ibídem.

[615] Ibídem.

[616] Solé, ob. cit., p. 384.

[617] Herrmann, ob. cit., p. 167.

[618] Mt. 27, 37; Mc. 15, 26; Lc. 23, 38; Jn. 19, 19. Algunos hipercríticos lo dudan: véase Theissen y Merz, ob. cit., p. 506.

[619] Este conjunto de reliquias de Jesús es, sin duda, el más interesante de la cristiandad, dado que en la misma vitrina podemos orar de una tacada ante tres fragmentos de la cruz de Cristo; un sagrado clavo que traspasó sus carnes; dos espinas de su corona; el susodicho fragmento del Inri; el dedo que santo Tomás le introdujo incrédulo en la raja de la lanzada; tres piedrecitas que representan otros tantos ritos de paso del Redentor en su visita a la Tierra, a saber: un cachito del santo pesebre de Belén; otro cachito de la columna de la flagelación y un tercer cachito del Santo Sepulcro. La colección se completa con una buena porción de la cruz del buen ladrón, san Dimas, quien después de una vida crápula y delincuente, se salvó por la campana. («En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»)

[620] Ibídem.

[621] Fue el primero que se puso guantes para meterles el dedo en el culo a las gallinas. No todo el legado nazi es reprobable.

[622] Ibídem.

[623] Ibídem.

[624] Ibídem.

[625] Ibídem.

[626] Revista *Actual,* Caracas, abril-mayo de 1998, pp. 25-28.

[627] De la primitiva iglesia del Santo Sepulcro, la que se concluyó en 335, debe quedar poco. Justiniano la remodeló dos siglos más tarde; y el persa Cosroes II la destruyó en 614. Reedificada por el emperador bizantino Heraclio en 629, la volvió a destruir el sexto califa fatimita, Harem, en 1009; reconstruida de nuevo por el emperador bizantino Constantino Monómaco en 1048, fue remodelada por los cruzados en 1099. Con estos trajines hay que suponer que muchas reliquias de la basílica original se perdieron, entre ellas los trebejos de la crucifixión, que estaban prácticamente completos (cruz, clavos, corona de espinas, esponja, vara, lanza). Pero, además, había reliquias tan estimables como la piedra con la que la Virgen tropezó cuando iba camino de Belén, que en 530 servía de altar y se extraviaría cuando los persas.

[628] Estos sólo detentan la titularidad del tejado, donde también han instalado sus altarcitos cuajados de iconos y lámparas y su taquilla dispensadora de tiques.

[629] Los sindonólogos rechazan tal posibilidad, dado que habría borrado las marcas de la tortura de su hombre de la Sábana Santa.

[630] Una piadosa leyenda asevera que la Santa Cena quedó sin pagar, pues el contable, Judas Iscariote, se fugó con la caja de la empresa y los apóstoles se declararon insolventes tras la muerte del jefe.

[631] Me temo que los dos presuntos santos sepulcros de Jerusalén no son los únicos aspirantes al título. Existen seis más, a saber: el osario del siglo I encontrado en el barrio de Talpiot (afueras de Jerusalén) con cistas funerarias inscritas a nombre de «Jesús, hijo de José», «José y María»; bajo la mezquita de Ornar, como propuso el ocultista francés Josephin Péladan; en Masadá, donde murió como el zelote que era, según Donovan Joyce; en Srinagar, Cachemira, donde lo veneran los fieles del movimiento Amadilla y en los túmulos Toray Zuka del pueblo japonés de Shingo (famoso también por sus ajos, tan potentes que escuecen en el cuesco).

[632] Los manuscritos se han fechado entre los años —250 y —66 a. C. Son los códices hebreos más antiguos que se conocen.

[633] Piñero, ob. cit.

[634] Transcribo el reportaje de Rafael J. Álvarez, «Los celíacos españoles piden al Papa que rectifique y autorice las hostias sin gluten», *El Mundo*, 1 de mayo de 2005, p. 11.

[635] Artículo de José Manuel Vidal en el diario *El Mundo*, 8 de marzo de 1998.